



Director de la publicación

Verónica Isabel Williams

CONICET. Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Secretario Editorial de la Revista Relaciones

Leandro Luna, CONICET, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA

Comité Editorial Revista Relaciones. Año 2010.

Roxana Boixados, CONICET, Universidad Nacional de Quilmas, Universidad de Buenos Aires

Analía Canale, CONICET, ICA, FFyL, UBA

Valeria Cortegosso, CONICET, UNCuyo

Beatriz Cremonte, CONICET, IDGYM, UnJu

Nora Franco, CONICET, Universidad de Buenos Aires

Cecilia Hidalgo, UBA

Leandro Luna, CONICET, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA

Florencia Tola, CONICET, EREA-CNRS

Revisión de los resúmenes en inglés: Daniel Rafuse, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA.

Comité Asesor: Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi, Carlos A. Aschero, José Antonio Pérez Gollán.

Listado de evaluadores para el Tomo XXXV

Dra. Patricia Arenas, IAM/UNT/UNSE. *Dr. Fernando Balbi*, CONICET-FFyL, UBA. *Lic. Lidia Baldini*, CONICET, FCNyM, UNLP. *Lic. Cristina Bayón*, Departamento Humanidades, Universidad Nacional del Sur. *Dr. Juan Bautista Belardi*, CONICET-Universidad Nacional de la Patagonia Austral. *Dr. Luis Borrero*, CONICET-IMHICIHU, Universidad de Buenos Aires. *Dr. Luis Cornejo*, Dpto. Curaduría Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile. *Dra. Valeria Cortegosso*, CONICET-UNCuyo. *Dra. Mariana De Nigris*, CONICET-Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. *Dr. Víctor Durán*, CONICET-UNCuyo. *Dr. Francisco Gallardo*, Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile. *Dra. Raquel Gil Montero*, CONICET/Tucumán. *Dr. Ricardo A. Guichón*, CONICET, Laboratorio de Ecología Evolutiva Humana Departamento de Arqueología, FACSO-UNCPBA. Dpto. de Biología, FCEyNAT, UNMDP. *Dr. Rafael Labarca Encina*, Programa de Doctorado, UNCPBA. *Dra. Diana Lenton*, CONICET, ICA, FFyL, UBA. *Dr. Jorge Martínez*, ISES-CONICET/IAM, Facultad de Ciencias Naturales e I.M.L., Universidad Nacional de Tucumán. *Dr. Javier Nastri*, CONICET-CEBBAD, Fundación Azara, Universidad Maimónides. *Dr. Tyler G. O'Brien*, Department of Sociology, Anthropology and Criminology, University of Northern Iowa. *Dra. María Teresa Planella*, Sociedad Chilena de Arqueología. *Dr. Héctor Pucciarelli*, CONICET, FCNyM, UNLP. *Dra. Laura Quiroga*, CONICET-PROHAL (Programa de Historia de América Latina), Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravigani". *Dra. Ana Ramos*, CONICET, IIDyPCa, Universidad Nacional de Río Negro. *Dra. Paola Ramundo*, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA, PROEA, UCA. *Dra. Norma Ratto*, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA. *Dra. Fernanda Rodríguez*, CONICET, Instituto de Botánica Darwinion. *Dra. Mariela Rodríguez*, Universidad de Buenos Aires. *Dra. Marcela Sepúlveda R.*, Universidad de Tarapacá, Departamento de Antropología, Chile. *Dr. Mauricio Uribe Rodríguez*, Dpto. Antropología, Universidad de Chile, Santiago de Chile. *Dr. Gustavo Verdesio*, University of Michigan. *Dr. César Velandia Jagua*, Facultad de Ciencias Humanas y Artes, Universidad del Tolima, Ibagué, Colombia.

RELACIONES ha sido calificada con el Nivel Superior de Excelencia por el CAICYT-CONICET. LATINDEX Registro N° 7380.

El presente tomo XXXV de RELACIONES ha sido realizado gracias a las contribuciones de los socios y al otorgamiento de un subsidio del Fondo Nacional de las Artes.

Relaciones es una publicación anual editada por la Sociedad Argentina de Antropología (SAA) para difundir la investigación en Ciencias Antropológicas de la República Argentina y el Cono Sur. Publica artículos originales de investigación básica y aplicada, discusiones, notas y comentarios de autores argentinos y extranjeros sobre Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica, Etnografía, Etnohistoria. Los artículos son revisados por un comité evaluador *ad hoc* de especialistas nacionales y extranjeros. Su objetivo es difundir a nivel académico amplio los resultados de las investigaciones o sus distintos grados de avance, favorecer la discusión entre los autores y mantener actualizados a los miembros de la SAA en los temas de su incumbencia.

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Es propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología

Domicilio Postal: Moreno 350 (1091) Buenos Aires. Argentina.

sociedadargentinaantropologia@yahoo.com

ÍNDICE

Presentación de la directora de <i>Relaciones</i>	5
Juan S. R. Schobinger (Hans), Arqueólogo, por <i>María Mercedes Podestá</i>	7
Víctor Núñez Regueiro, Arqueólogo, por <i>Noemí Acreche</i>	11
Anne Chapman, Antropóloga, por <i>Catalina Saugy</i>	13

ARTÍCULOS

Artefactos de molienda y materias primas. Propuesta para su abordaje y estudio de casos en valles del noroeste argentino <i>María del Pilar Babot y Pedro Orlando Larrahona</i>	17
La distribución de la deformación artificial del cráneo en el área andina centro sur <i>José Alberto Cocilovo y Héctor Hugo Varela</i>	41
La deformación de cráneo en las sociedades precolombinas de Santiago del Estero <i>Hilton D. Drube</i>	69
Arte rupestre soslayado: los grabados coloniales de Laguna Colorada - 8 Hermanos (Jujuy, Argentina) <i>Alicia Ana Fernández Distel</i>	85
Nombres y definiciones indígenas acerca de los cristianos en Norpatagonia, 1860-1880 <i>María Paula Irurtia</i>	99
Procesos de domesticación vegetal en el pasado prehispánico del noroeste argentino: estudio de las prácticas más allá de los orígenes <i>Verónica S. Lema</i>	121
Estrategias de subsistencia de las jefaturas indígenas del siglo XVIII. Zooarqueología de la localidad arqueológica Amalia (Tandilia oriental) <i>Diana L. Mazzanti y Carlos A. Quintana</i>	143
La caza de vicuñas en Tebenquiche Chico (Dpto. Antofagasta de la Sierra, Catamarca). Un acercamiento de larga duración <i>Enrique Moreno y Claudio M. Revuelta</i>	171

Simbolismo e identidad en las tierras bajas del Paraná: un abordaje contextual del arte mobiliario cerámico <i>Flavia V. Ottalagano</i>	195
La primacía del objeto en la práctica arqueológica en las fotografías tomadas durante los trabajos de campo en el NOA (1905 a 1930) <i>María José Saletta</i>	219
Objetivos antropológicos y problemas con las fuentes históricas. Algunas reflexiones en torno al debate sobre la identidad de un cacique blanco chaqueño de fines del siglo XIX <i>Julio César A. Spota</i>	245
El pastor y su rebaño: usos no alimenticios de la fauna en las sociedades campesinas de la península Ibérica <i>Aixa Vidal y Ruth Maicas</i>	257
NOTAS	
Salir del sitio. Una travesía compartida entre arqueólogos y antropólogos <i>Cristina Bellelli, Pablo Marcelo Fernández y Carolina Crespo</i>	279
Dictadura y resistencia: formarse como antropólogo en el período 1975-1983 <i>Mónica Berón</i>	289
Ocupaciones humanas correspondientes a la transición pleistoceno-holoceno al sur del Macizo del Deseado: el área de La Gruta (provincia de Santa Cruz, Argentina) <i>Nora Viviana Franco, Marilina Martucci, Pablo Ambrústolo, George Brook, María Virginia Mancini y Natalia Cirigliano</i>	301
MEMORIA	309
NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES	315

COMISIÓN DIRECTIVA 2009-2010

Presidente: Verónica I. Williams

Secretaria: Mónica A. Berón

Tesorera: Cristina Bellelli

Vocal Titular 1º: Luciano Prates

Vocal Titular 2º: Laura Miotti

Vocal Suplente 1º: Ramiro Barberena

Vocal Suplente 2º: Roxana Boixadós

Comisión Revisora de Cuentas: Iván Pérez Morea y Sonia Lanzelotti

PRESENTACIÓN

Este número de Relaciones es el tercero que se publica siguiendo la modalidad de temas abiertos de los Tomos XXXIII (2008) y XXXIV (2009). En esta oportunidad se presentaron 20 manuscritos, de los cuales fueron seleccionados para su publicación doce artículos, tres notas y tres obituarios, además de la Memoria y una versión revisada de las Normas Editoriales. Dos trabajos fueron rechazados.

Los trabajos publicados en este tomo incluyen temas variados del campo antropológico y abarcan gran parte de las regiones del país y del exterior. Se enmarcan en distintas líneas teóricas y constituyen una muestra cabal de la producción arqueológica y antropológica argentina contemporánea.

Temas como la identidad aborígen chaqueña a fines del siglo XIX, definiciones indígenas de los cristianos en el siglo XIX en norpatagonia, casos de estudio de transferencia del conocimiento y la interrelación entre antropología y arqueología e historia de la formación antropológica durante la dictadura en nuestro país, conforman una variedad de temas de alcance que trasciende el campo antropológico. Otras contribuciones son los estudios etnoarqueológicos de sociedades campesinas actuales de la Península Ibérica y de la caza de vicuñas en la Puna catamarqueña.

Los trabajos de índole arqueológico, con diferentes supuestos teóricos y metodológicos, abarcan una variedad de temas que van desde el arte rupestre colonial en Jujuy, estudios bioantropológicos sobre deformación craneana de sociedades precolombinas de Santiago del Estero y del Área Centro Sur Andina, estudios de subsistencia de las jefaturas del siglo XVIII de la Pampa a partir de análisis zooarqueológico, análisis puntuales de artefactos de molienda y materias primas en valles y de las prácticas de los procesos de domesticación vegetal en el noroeste argentino, acercamientos a la esfera simbólica de las poblaciones en las tierras bajas del Paraná partir del arte mobiliario cerámico y resultados sobre las ocupaciones humanas en la provincia de Santa Cruz en el límite Pleistoceno-Holoceno.

Finalmente queremos recordar en esta presentación a tres notables y queridos colegas fallecidos dos de ellos en julio de 2009 y el otro en junio de 2010: Juan S. R. Schobinger, Víctor Núñez Regueiro y la franco-americana Anne Chapman. Todos tuvieron un papel preponderante en la arqueología y antropología argentina contemporánea, desarrollando una prolífica labor que ha dejado una huella profunda.

El Dr. Schobinger fue gran colaborador de la Sociedad Argentina de Antropología y Socio Honorario desde 1999. Experto en arte rupestre y arqueología de alta montaña fue Profesor Emérito de Arqueología Prehistórica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

El Dr. Núñez Regueiro perteneció a una generación de arqueólogos, discípulos de Rex González, de destacado desempeño en la antropología argentina, que iniciaron una serie de investigaciones pioneras en el Noroeste de Argentina en la década de 1960. Debemos recordar sus trabajos en el campo del Pucará en Catamarca sobre sociedades aldeanas tempranas, tema que desarrolló en forma casi constante a lo largo de su vida profesional, en el valle de Tafí, en el área pedemontana oriental y en el valle de Lerma durante los últimos años. También se interesó por temas teóricos como el desarrollo cultural de las sociedades prehispánicas del noroeste argentino,

y metodológicos en las décadas de 1960 y 1970. Tuvo una prolífica participación en las tareas de gestión institucional en distintas provincias de nuestro país y también desarrolló investigaciones en el exterior.

La Dra. Anne Chapman dedicó parte de su vida a los estudios sobre los selk'man, yámana y alakaluf de Tierra del Fuego en Argentina. Colaboradora permanente con los arqueólogos, cultivó amistades entre ellos, y su último proyecto se vio truncado por su fallecimiento, así como la presentación de un nuevo libro sobre los dramas acaecidos entre 1578 y 2000 en el Cabo de Hornos con los yámana y navegantes, exploradores y misioneros a partir de estudios históricos, geográficos y etnográficos. Fue distinguida por el gobierno chileno en varias oportunidades y por la provincia de Tierra de Fuego en 2009. En el mes de julio de este año se realizó una muestra de su obra en el Museo Mitre de la ciudad de Buenos Aires.

Para la preparación de este tomo colaboraron los integrantes del Comité Editorial: Roxana Boixadós, Nora Franco, María Beatriz Cremonte, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Florencia Tola y Analía Canale. Además, se contó con la colaboración de Leandro Luna como Secretario Editorial de la Revista.

Dra. Verónica Isabel Williams

Directora Relaciones

Presidenta SAA

JUAN S. R. SCHOBINGER (HANS), ARQUEÓLOGO*

18 de febrero de 1928-11 de julio de 2009

*María Mercedes Podestá***



Hans Schobinger frente a la maqueta de Chavin de Huantar, Perú. Noviembre de 2008.
Foto: Susana Barrau.

El arqueólogo Juan S. R. Schobinger falleció en Mendoza el 11 de julio de 2009. Se fue el querido Hans, como lo llamábamos muchos de sus amigos y colegas, gran colaborador de la Sociedad Argentina de Antropología y Socio Honorario desde 1999.

Sus padres suizos lo trajeron a la Argentina con apenas 3 años, donde más tarde se nacionalizó argentino. Se graduó como historiador en la Universidad de Buenos Aires. Fue alumno de José Imbelloni y de Eduardo Casanova. Sus primeras experiencias en la arqueología de campo las compartió con este último durante un viaje a la Quebrada de Humahuaca. Era alumno todavía cuando arribó a la Argentina el Dr. Osvaldo Menghin. Hans comenzó a frecuentar el Museo Et-

* Obituario de Juan Schobinger adaptado y ampliado de los publicados en *Arqueología* (15: 267-269, 2009), *INORA* (56: 29-30, 2010) en coautoría con Matthias Strecker y en *Novedades de Antropología* (64: 31-32, 2010).

** Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.

nográfico “J. B. Ambrosetti” donde el investigador austríaco ocupaba una oficina. En la entrevista que tuviera con Ramiro Barberena en 2008¹, contaba que había tenido una buena relación con Menghin. Ambos se comunicaban en alemán, lengua que Hans había adquirido en la escuela, y Menghin disfrutaba de esas conversaciones en su idioma natal.

Mucho antes de finalizar su carrera sabía que la arqueología era lo suyo, ya que se reconocía como un apasionado del Antiguo Oriente desde sus años de secundario. Es así que, bajo la guía del Dr. Osvaldo Menghin, tomó la arqueología de la provincia de Neuquén como tema de su tesis doctoral. En la entrevista antes mencionada, decía Hans:

En forma previa a todo esto habíamos realizado un viaje al sector central de la Patagonia, a principios de 1953. Él ya me había dicho que me dedique a Neuquén aunque también me dijo ‘lea el libro de la Weltgeschichte der Steinzeit’, que me llevó dos meses. Entonces sí, nos juntamos en Colonia Sarmiento y desde allí fuimos a un lugarejo con tres ranchos que creo que ya no existe, que se llamaba Las Pulgas, donde hay un abrigo muy lindo que se llamaba “de las manos pintadas”. Allí lo acompañé haciendo dibujitos y un par de fotos...”. (Barberena 2008:20).

Esos dibujitos y el par de fotos serían solo el comienzo de otros muchos que realizaría a lo largo de su vida. Si hubo alguien que conoció sitios con arte rupestre en la Argentina, ese fue Hans. Conoció y trabajó a fondo varios sitios de Cuyo, del Noroeste y del Norte de la Patagonia, principalmente. Esta experiencia también la realizó en el exterior, adonde viajaba frecuentemente asistiendo a reuniones científicas y conociendo, en esas ocasiones, sitios arqueológicos. En 1954 finalizó su tesis doctoral “Arqueología del territorio del Neuquén” con la máxima calificación. La información allí recopilada fue publicada posteriormente en varias revistas especializadas como los Anales de Arqueología y Etnología de la Universidad de Cuyo y los de Parques Nacionales.

Antes de cumplir los 30 años, la provincia de Mendoza le brindó su primera experiencia laboral. Allí se trasladó para no dejarla jamás. El propio Hans, autodenominado “cuyano por adopción”, siempre expresó sentirse agradecido a la Universidad de Cuyo que le brindó tantas oportunidades laborales. Llegado a la capital mendocina, se hizo cargo de la cátedra de Arqueología Prehistórica que se dictaba en el ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, asignatura que en 1957 obtuvo por concurso. Se puso al frente del Instituto de Arqueología y Etnología de la misma Facultad, cargo que ocupó hasta 1993, y tomó las riendas de la edición de Anales de Arqueología y Etnología desde el tomo XII. También se desempeñó como Profesor de Antropología y de Historia del Antiguo Oriente, la asignatura que había despertado su pasión en sus tiempos de estudiante. Hans participó de ese ámbito académico cuyano durante cincuenta años y fue distinguido, luego de su retiro, con el título de Profesor Emérito de Arqueología Prehistórica.

La publicación de la *Prehistoria de Suramérica* (Nueva Colección Labor, Barcelona, 1969, reeditado en 1988) fue de gran relevancia para el estudio del poblamiento humano y la arqueología temprana de América del Sur. La obra fue una fuente de consulta durante varias décadas para muchos profesionales y estudiantes. Sus publicaciones (artículos científicos y de difusión, libros, capítulos de libros, reseñas, entre otros) suman unos 170 trabajos, según contabilizó Humberto Lagiglia en una recopilación realizada años atrás (2004-2005). Hans se destacó por la publicación de obras de síntesis, como la ya mencionada, además de *The First Americans* (William B. Eerdmans Publishing Company, Michigan, 1994), obra aparecida originalmente en italiano, y en los últimos años se dedicó a compilar obras sobre los santuarios de altura en cuyos trabajos arqueológicos él participó. Actualmente se continúan editando sus obras, como la reciente compilación de artículos en un libro denominado *Arqueología y arte rupestre de la región Cuyana* a cargo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, 2009).

Los temas dilectos de Hans fueron el arte rupestre y la arqueología de alta montaña, pero mientras el primero fue una elección, el segundo le llegó por casualidad, como el propio Hans decía: “los sitios de alta montaña me vinieron” (Barberena 2008:25). Hans comenzó a dedicarse a la arqueología de alta montaña en 1963 cuando, junto con el andinista sanjuanino Erico Groch, ascendió al Negro Overo del Famatina. Luego vendrá el rescate de la momia del cerro El Toro para el cual se sumó otro andinista, Bernardo Rázquin. Así continuaron los ascensos hasta que en 1985 le llegó el turno al cerro Aconcagua que lo llevó a más de 5000 metros de altura y donde efectuó el rescate de la momia, los textiles y las estatuillas que formaban su ajuar. A lo largo de su vida, Hans pudo ir editando los hallazgos efectuados en los santuarios de altura. La edición era un tema que le preocupaba y a la que se dedicó con deleite. Llegaba siempre a los congresos abrazando sus pesados libros para compartir y canjear con sus colegas. A partir de 1999 pudo ir completando los informes de los distintos estudios de los santuarios de altura. La compilación de *El santuario incaico del Cerro Aconcagua* (2001), editado por la Universidad Nacional de Cuyo, fue una de sus obras cumbres.

Con respecto al arte rupestre, Hans fue un verdadero especialista, reconocido nacional como internacionalmente. Fue un maestro en la materia; conoció, estudió y publicó varios trabajos sobre sitios con arte rupestre cuyanos y patagónicos pero visitó, además, todos los que estaban a su alcance. Volviendo algunos años para atrás, en 1964, Hans conoció a Carlos J. Gradín, presidente por largos años de la Sociedad Argentina de Antropología y editor de dieciséis entregas de Relaciones. Con él compartió la pasión por los estudios de arte prehistórico. Ambos asistieron a la “Primera Convención Nacional de Antropología” (1964) donde comenzó una larga y profunda relación de mutuo respeto y amistad que se afianzaría con el correr de los años. En 1985 publicaron juntos *Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos. Arte rupestre de la Argentina* (Encuentro, Madrid), uno de los primeros libros de síntesis del arte rupestre argentino, que posteriormente fue premiado por la Secretaría de Cultura de la Nación. Otra de sus obras de síntesis fue la que dedicó al arte prehistórico del continente americano: *Arte Prehistórico de América* (Jaca Book y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1997), libro que, al igual que lo ocurrido con Prehistoria de Suramérica, se convirtió en una obra de consulta obligada por parte de los especialistas.

Como el mismo Hans afirmaba, su interés por el arte rupestre surgió de los contenidos de la “... Filosofía Antropológica que defiende una visión universalista que busca captar los aspectos fundamentales de las grandes tradiciones espirituales, actuales y pasadas, y aún las prehistóricas, en la medida en que la prehistoria puede ofrecer esta información” (Barberena 2008:19). Esta corriente de pensamiento subyace en su vasta producción científica, además de ser el lineamiento de fondo de sus conferencias y discursos. Su afición por ella se resume en la obra que lo tiene como compilador: *Humanismo Siglo XX. Estudios dedicados a Juan Adolfo Vázquez* (Universidad Nacional de San Juan, San Juan, 1995). Entroncado con este modo de pensamiento, la práctica del shamanismo fue su otra gran pasión y hasta el final de sus días siguió profundizando en el tema, siempre en relación con las expresiones de arte rupestre. Como corolario de esta dedicación, en 1997 publicó *El arte rupestre surandino como expresión de ideas y prácticas shamánicas o iniciáticas* (Almagesto-Continente, Buenos Aires).

Hans, además de su destacada labor en la Sociedad Argentina de Antropología, llevó a cabo una relevante actuación en la Asociación Cuyana de Antropología desde mediados de los sesenta, además fue Miembro Correspondiente por Mendoza de la Academia Nacional de la Historia y miembro de la AAPRA. En el ámbito internacional fue miembro del Comité de Arte Rupestre de ICOMOS y participó de su Consejo Directivo durante diez años. Actuó también en la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP) y fue elegido miembro del Comité Ejecutivo por el período 1987-1997.

Tuve la suerte de gozar de la compañía de Hans a lo largo de mi vida. Sin lugar a dudas, fue el tema que nos apasionó a ambos -el arte rupestre- lo que nos unió. Compartimos uno de los

simposios de arte rupestre celebrados en Valcamónica, allá por 1981. Tuve la fortuna también de compartir con él su último viaje al exterior, ese que lo condujo a Huaraz, para participar del III Congreso Nacional de Arte Rupestre de Perú, celebrado unos pocos meses antes (noviembre de 2008) de su fallecimiento. Allí recibió su último homenaje en el exterior por parte de la comunidad internacional. Hans ya venía sufriendo una enfermedad desde hacía algunos años pero, a pesar de su abatimiento, durante su estadía en Huaraz no descansó un instante y aprovechó al máximo su tiempo para visitar todos los sitios arqueológicos de los alrededores. La excursión programada como cierre del congreso lo condujo a Chavín de Huántar, La Meca del arqueólogo, La Meca de Hans. Con esa visita, tan postergada y que tanto ansió a lo largo de su vida, concretaba uno de sus grandes sueños. Allí, frente al Lanzón, erguido entre la maraña de los laberintos subterráneos del Templo Antiguo de Chavín, permaneció minutos que se convirtieron en siglos, extasiado en la contemplación del monolito, en un diálogo íntimo con la divinidad.

NOTAS

- ¹ Las citas textuales provienen de la entrevista de Ramiro Barberena con Juan Schobinger en Mendoza, realizada en julio de 2008 (Barberena, R. 2008. Vida de un arqueólogo, petroglifos y santuarios de alta montaña: entrevista con el Dr. Juan S. Schobinger. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 33: 13-27).

VÍCTOR NÚÑEZ REGUEIRO, ARQUEÓLOGO

Rosario, 11 de octubre de 1934 - Salta, 23 de julio del 2009

*Noemí Acreche **



Víctor en Alamito

La presente conmemoración, lejos del panegírico, como también de la santificación, recuerda a una figura representativa, si las hay, de lo que llamamos el saber apropiado: el ejercicio responsable del pensar, del conocer, del sistematizar y del transmitir los objetos del mundo como una tarea adecuada (uno de los sentidos de apropiado) y como entrega que se prodiga de lo propio a los otros.

Víctor, impulsado y sostenido por el deseo de saber y por el de traspasar ese saber, reunió en torno de sí y a lo largo de los años interlocutores a los cuales se prodigó levantando las restricciones de los dogmatismos “científicos”.

Convirtió sus forzados exilios en una diáspora del ser y del conocer en un sentido vital y productivo, no en el sentido de la dispersión y del destierro de quienes son confinados a otros

* CONICET. Universidad Nacional de Salta, Argentina. E-mail: acreche@unsa.edu.ar.

lugares, a otros tiempos, a una casa ajena, sino en el sentido de hacer germinar los saberes en esos otros lugares, en esos otros tiempos, con esos otros: en comunidad.

En las frecuentes y prolongadas conversaciones que sosteníamos al calor de dos fuegos, el del leño y el de la discusión enriquecedora, no pocas veces con puntos de vista opuestos, alentó en nosotros la libertad de tomar posición y la ética de sostenerla aún a pesar o en razón de opiniones contrarias.

Los instrumentos materiales y de la razón para indagar en los objetos y hacerlos abrir sus secretos traídos de otros tiempos fueron y son un legado que desmorona la solemne noción de lo póstumo porque la generosidad de compartir nos acercó a ellos y los sometió a nuestro escrutinio, nuestra crítica y nuestro aporte.

En su sentido más lato, hemos aprendido de sus prácticas a filosofar, en tanto que filosofía es amor por el saber: por el saber pensar, por el saber hacer, por el saber enseñar. Maneras que estallan mezquinas nociones de pedagogía.

Mucho se habla de la necesidad de flexibilizar los límites de las disciplinas para transitar de una a otra en lo que se conoce como interdisciplina. En un día de campo con Víctor, teníamos la verificación en la experiencia concreta de que mundo y conocimiento resisten la parcelación experta de métodos y técnicas para en cambio conformar esos conjuntos complejos de sujetos, objetos y saberes. De esta manera, aquella invitación a hacer hablar a los objetos resultaba en efecto en la desclausura de las definiciones estancas en las que cada disciplina en particular podía encerrarlos dándoles la palabra compartida en la investigación conjunta, en la mirada compleja.

Huesos, piedras, cacharros, telas, metales, plantas, huellas, utensilios, nombres, paisajes, residuos, calendarios, vertientes, signos, se transformaban en un texto de circulación y de intercambios enriquecedores para todas las perspectivas. Esta labor gregaria desplegada en la aventura de la investigación en el campo escribía sus sucesivos capítulos en el laboratorio, en la labor inductiva de la elaboración del saber apropiado y nuevamente compartido.

Unos logros de esta naturaleza colocaron a Víctor paradójicamente y por elección lejos de los escenarios mediáticos, de las ambiciones de fama que conocemos tan bien en las escenas académicas, asumiendo los costos de la discreción como en muchos casos han sido el olvido, el silencio y las malas intenciones¹.

Cada vez que se pone en escena el acto de pensar el mundo y los objetos, de interpretar y reconocer su condición compleja y rica, reflexionar sobre ellos en el espacio común de la exploración y de la enseñanza, agregamos una estación más en esa travesía victoriosa de haber aprendido junto al Amigo y al Maestro.

NOTA

¹ Figura incómoda para sujetos, instituciones y pensamientos encerrados en las celdas de las racionalidades científicas, políticas, culturales, localistas, endogámicas... y por ello mismo desterrado de todas ellas. Sus valores, sin embargo, los reconocemos en su consistente e irrefutable producción. Fue Becario de Guggenheim Memo Found, Honorary Research Associate de Smithsonian Institution, U.S.A., Director del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, Director del Museo Nacional de Antropología de la Universidad Nacional del Litoral, Fundador y Director del Programa Arqueología de Rescate CORPOZULIA-Universidad del Zulia, Venezuela, Director del Instituto de Arqueología de la UNT, Fundador y Director del Instituto Interdisciplinario de Estudios Andinos (INTERDEA) de la UNT, Investigador y Profesor de las Universidades Nacionales de Rosario, Córdoba y Tucumán, Investigador del CONICET, Premio a la Producción Científica Nacional en Arqueología, autor de numerosos trabajos publicados en Argentina, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Venezuela, Austria, Francia y Suecia, y formador de innumerables discípulos.

ANNE CHAPMAN, ANTROPÓLOGA

Los Ángeles, California, 17 de enero de 1922- París, Francia, 12 de junio de 2010

Catalina Saugy*



Anne Chapman y Angela Loij, en Tierra del Fuego, en 1969 (créditos: A. Chapman).

La reconocida antropóloga franco-estadounidense, Anne Chapman, falleció el 12 de junio de 2010, a los 88 años de edad, en París, Francia. Destacada en su juventud por sus investigaciones de campo con los tolupan-jicaque y los lencas de Honduras, y en la segunda mitad de su vida profesional por su dedicación a los selk'nam, yámana y alakaluf de Tierra del Fuego, Argentina.

De origen estadounidense, nacionalizada francesa, vivió en París esporádicamente desde 1961. Había estudiado antropología en México, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Luego preparó su doctorado en Antropología en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Columbia, Nueva York. Finalmente presentó un doctorado de "3^{eme} Cycle" en la Universidad de la Sorbona, París. Desde 1961 fue investigadora del *Centre National de la Re-*

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL), Secretaría de Cultura de la Nación. E-mail: saugy@inapl.gov.ar.

cherche Scientifique (CNRS), con lugar de trabajo en el *Musée de l'Homme*, y en el *Laboratoire d'Anthropologie Sociale* que dirigía Claude Lévi-Strauss en el *Collège de France*. En los Estados Unidos, fue miembro del *Research Institute for the Study of Man*, de New York, en cuyo portal de internet se halla la página de Chapman.

El estilo de Anne Chapman consistía en abordar los pueblos originarios como actores plenos de la historia, considerándolos no como pueblos marginales aislados, sino formando parte activa de la historia de la humanidad.

Cosmogonía de los lenca y tolupan, en Honduras

Sus primeras investigaciones fueron acerca de la cosmogonía de los lenca y tolupán-jicaque, de Honduras. Estos relatos mitológicos presentan, sin proponérselo, algunos grandes temas de la filosofía: ¿es la razón universal?; ¿hay diferencia esencial entre la vida y la muerte?; ¿y entre hombres y animales? Ello ha sido abordado en diálogos maravillosos con un único informante, don Alfonso Martínez., luego volcados en el libro *Les Enfants de la Mort - Univers mythique des Indiens Tolupan (Jicaque)*, de 1978. El gran retrato de Alfonso Martínez de la tapa de este libro, recibía siempre a los visitantes en la entrada de la vivienda de Anne, en Buenos Aires.

La arqueología le abrió la puerta en Tierra del Fuego

Fue la arqueóloga francesa Annette Laming-Emperaire quien introdujo a Anne Chapman en Tierra del Fuego en la mitad de su larga vida profesional. En 1964, en París, Laming-Emperaire invitó a Anne Chapman a formar parte de la Misión Arqueológica Francesa en el sector chileno de la isla de Tierra del Fuego., con la perspectiva de entrevistar a Lola Kiepja, una antigua pobladora ona o selk'nam, a quien Laming-Emperaire había conocido en 1960 a orillas del lago Fagnano, en Argentina.

Colaborando con arqueólogos, Chapman decía que se sentía situada entre los dos extremos de una historia de 9000 años de pueblos cazadores y recolectores. En varias ocasiones en sus recorridas a pie o a caballo en Tierra del Fuego y en la Isla de los Estados, había encontrado materiales arqueológicos en superficie. Estos fueron entregados a instituciones locales. En algunos casos se perdieron pues en aquellos años esos pequeños centros no estaban preparados para preservar dicho material.

Al final de su vida Anne Chapman estaba muy entusiasmada pues se había comprometido con un proyecto de investigación interdisciplinario con la arqueóloga Dra. Estela Mansur, del CADIC, Tierra del Fuego. Esperaban vincular hallazgos arqueológicos con espacios rituales históricos de los selk'nam.

El patrimonio académico que Anne Chapman produjo acerca de Tierra del Fuego será heredado por dicho instituto de investigación.

Lola Kiepja y Angela Loij

Llegó a entrevistar a Lola Kiepja y a Angela Loij, las dos últimas mujeres selk'nam que habían conocido la tradición de cazadores y recolectores, documentando numerosos relatos mitológicos y canciones chamánicas que fueron publicados en libros, discos y películas. Las investigaciones de Anne Chapman enriquecieron el extraordinario bagaje documentado por su predecesor, Martin Gusinde entre 1918 y 1924. Chapman estudió y reconstruyó desde el punto de vista femenino, la estructura social de dicha cultura. Analizó especialmente la gran ceremonia del *hain*, el ritual de

iniciación masculina. Era una ceremonia que Chapman consideraba muy teatral, que reforzaba las relaciones de poder en una sociedad machista, entre hombres dominantes y mujeres que deben ser domesticadas. De allí el nombre que Anne dio a su libro en inglés, *Drama and Power in a Hunting Society. The Selk'nam of Tierra del Fuego*, drama en el sentido de drama teatral, género literario y arte escénico. Consideraba que el *hain* debería formar parte de la gran dramaturgia. Anne me había manifestado que lamentaba el título que le colocaron en la traducción al español: *Los selk'nam. La vida de los onas*.

Durante toda su vida Anne Chapman se dedicó a analizar y muy especialmente a dar a conocer sus investigaciones, hasta el último día. Poco antes de partir, en 2010 estaba en Buenos Aires organizando una futura presentación de su nuevo libro publicado en Inglaterra, *European Encounters with Yaghan People of Cape Horn before and after Darwin* (Cambridge University Press, Inglaterra). Sus más de 700 páginas son el producto de 10 años de trabajo. Es la narración de los dramas ocurridos entre 1578 y 2000, en el área del Cabo de Hornos, entre los nativos yámana y forasteros navegantes como Drake y Cook, investigadores como Charles Darwin, exploradores, misioneros y balleneros, entre otros. Se basó en fuentes históricas, geográficas y en su propio trabajo de campo con los últimos descendientes yaganes.

Con más de 80 años avanzaba con intensidad sobre varios frentes, logrando resultados muy importantes en estos últimos años, con varias publicaciones nuevas y reediciones. Sin embargo vivía con preocupación algunos temas difíciles de resolver como el tratamiento de sus cuadros con genealogías donde se mencionan unos 3000 individuos. Lo mismo ocurría con el análisis lingüístico de las grabaciones de canciones y relatos.

Distinciones

Anne Chapman recibió numerosos reconocimientos por su labor. En 2003 fue investida con el grado de Doctor Honoris Causa en la Universidad de Magallanes, en Chile. En 2005 recibió la Orden Gabriela Mistral otorgada por el gobierno chileno al Mérito Docente y Cultural. En 2009, la gobernadora de la Provincia de Tierra del Fuego, Argentina, Fabiana Ríos, la declaró Huésped de Honor.

Más información

Página web de Anne Chapman con algunos textos completos en inglés: en el sitio del *Research Institute for the Study of Man*: <http://www.thereedfoundation.org/rism/chapman/index.htm>.

Chapman, Anne

- 1978. *Les Enfants de la Mort - Univers mythique des Indiens Tolupan (Jicaque)*. Études Mésoaméricaines 4. Mexico, Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique (edición bilingüe).
- 1982a. *Los Hijos de la Muerte. El Universo mítico de los Tolupan-Jicaques (Honduras)*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1982b. *Drama and power in a hunting society: The Selk'nam of Tierra del Fuego*. Cambridge, Cambridge University Press (edición en español de 1986. *Los selk'nam. La vida de los onas*. Buenos Aires, Emecé).
- 1990. *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Vázquez Mazzini. (reedición 2002, de lujo, con grandes fotografías. Santiago de Chile, Taller Experimental Cuerpos Pintados. Reimpresión 2008 por Saguier y Urruty Publicaciones, Ushuaia).
- 2002. *Hain. Ceremonia de iniciación selknam*. Santiago de Chile, Taller Experimental Cuerpos Pintados. Incluye CD *Hain. 34 cantos selknam* (reimpresión en 2008 por Saguier y Urruty Publicaciones, Ushuaia).

2006. *Darwin in Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Imago Mundi.

2010. *European Encounters with Yaghan People of Cape Horn before and after Darwin*. Cambridge, Cambridge University Press.

Gusinde, Martin

1931. *Die Feuerland Indianer*, Band 1, Die Selk'nam. Wien, Möbling (traducción y edición en español de 1982. *Los indios de Tierra del Fuego*, v 1, Los Selk'nam, 2 tomos. Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana).

Laming-Emperaire, Annette

1968. Le Site de Marazzi en Terre de Feu. *Rehue* 1: 133-44. Concepción, Chile.

Mansur, María Estela y Raquel Piqué

2008. An Ethnoarchaeological approach to the Selknam ceremony of Hain. A discussion of the impact of ritual on social organization in hunter-gatherer societies. *Archaeological invisibility and forgotten knowledge*. B.A.R. International Series. Oxford, Archaeopress.

Films documentales

Chapman, Anne

1990. *Homenaje a los yaganes*. Pelíc. 40 min.

Chapmann, Anne y Montes de González, Ana

1977. *Los onas: vida y muerte en Tierra del Fuego*. Pelíc. 55 min.

Discos

Chapman, Anne

1972. *Selk'nam Chants of Tierra del Fuego, Argentina*. New York, Ethnic Folkways, Album nº FE 4176. En colaboración con Musée de l'Homme, Paris y Wenner-Gren Foundation, New York (reedición en 2002, en CD del libro, 34 cantos selknam interpretados por Lola Kiepjá).

ARTEFACTOS DE MOLIENDA Y MATERIAS PRIMAS. PROPUESTA PARA SU ABORDAJE Y ESTUDIO DE CASOS EN VALLES DEL NOROESTE ARGENTINO

María del Pilar Babot y Pedro Orlando Larrahona***

RESUMEN

En este trabajo se efectúa una propuesta metodológica para el estudio de la selección y abastecimiento de materiales líticos para la manufactura de artefactos de molienda en sus fases de campo y laboratorio. Se plantea un esquema para establecer bases de recursos líticos específicas para estos artefactos y se proporciona una discusión crítica acerca de atributos litológicos pertinentes para el trabajo de molienda. Se expone un caso actual del Noroeste argentino (NOA) que muestra esta situación entre usuarios tradicionales de ese instrumental. El mismo es usado para generar expectativas con referencia a fuentes constituidas por depósitos de rodados. Finalmente, se analizan casos de estudio agropastoriles en dos valles del NOA. En ellos se establecen fuentes potenciales y se caracteriza su disponibilidad de materiales líticos para discutir, posteriormente, diversos aspectos del proceso arqueológico de abastecimiento lítico. Se establece que el aprovisionamiento de materias primas líticas para la producción de artefactos de molienda tuvo lugar mayoritariamente en fuentes secundarias constituidas por depósitos de acarreo, próximas al emplazamiento de las localidades de uso. Allí fueron seleccionadas de manera dominante formas-base rodado con características morfológicas y petrográficas apropiadas para la tarea de molienda, destacándose el tamaño, morfología de los rodados y presencia de superficies y oquedades naturales, entre las primeras, y la textura abrasiva, la presencia de cohesión y dureza, entre las segundas. Los resultados muestran que los lugares de búsqueda, los tipos de fuentes y las características petrográficas y de presentación de los litos, así como la selección de formas-base en los casos arqueológicos, coinciden, en términos generales, con las situaciones registradas en el presente.

Palabras clave: noroeste argentino - grupos agropastoriles - artefactos de molienda - materias primas líticas - abastecimiento lítico.

* Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán - Instituto Superior de Estudios Sociales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. E-mail: shyph@arnet.com.ar, pilarbabot@yahoo.com.

** Colegio de Geólogos de Tucumán. E-mail: geiser71@hotmail.com.

ABSTRACT

The following paper presents a proposal concerning the field and laboratory study of procurement and lithic raw material selection for the production of grinding stone tools. Criteria to establishing the lithic resource base and a discussion of lithologic traits relevant to the grinding task are developed. A current case concerning procurement and selection of grinding tools by traditional users in Northwestern Argentina (NOA) is shown. On this basis, archaeological expectations related to coble deposits are developed. Finally, archaeological case studies from the valleys of NOA are analyzed. The main local sources of lithic raw material are identified and its availability is characterized. Subsequently, the archaeological lithic procurement process is discussed. Procurement of raw material was made mainly in secondary sources composed of cobble deposits, close to the grinding loci. There, cobbles with morphologic and petrographic attributes to the grinding task (particularly size, shape, natural surfaces and cavities, texture, cohesion and hardness), were mainly selected. Archaeological results concerning the procurement places, kind of sources and petrographic/morphologic characteristics of raw material for grinding stone tools show similarities with the situations recorded today.

Keywords: *Northwestern Argentina - agro-pastoralist groups - grinding tools - lithic raw materials - lithic procurement.*

INTRODUCCIÓN

Poco se conoce acerca de la selección y abastecimiento de materias primas líticas para la manufactura de artefactos de molienda en la arqueología argentina. Aparecen como puntos clave a abordar en este sentido cuestiones tales como la localización de las fuentes, su accesibilidad (abundancia, densidad y facilidad de extracción), la distancia a los sitios de uso de los artefactos, y las características de las rocas seleccionadas (Bamforth 1992). Éstos se plantean como aspectos necesarios a establecer para lograr una aproximación a los criterios que pudieron motivar las acciones y conducir las decisiones involucradas en la obtención de materias primas para la producción de artefactos de molienda, como un aspecto más de la compleja dinámica de las sociedades agropastoriles.

En este trabajo se efectúa una propuesta metodológica para el abordaje del problema en sus fases de campo y laboratorio, se hace referencia a casos actuales de selección y abastecimiento lítico entre usuarios tradicionales de instrumental de molienda del Noroeste argentino (NOA) y se exploran casos de estudio en dos valles de la región, exponiendo las situaciones registradas en relación con el tratamiento de las materias primas líticas de los conjuntos artefactuales de molienda.

Los sitios agropastoriles considerados se sitúan en el Valle de El Bolsón (Catamarca) y el Valle de Tafí (Tucumán). En el Valle de El Bolsón se analizan los casos de los sitios La Mesada (SCatBe2(5)), Barranco Don Silvestre (SCatBe2(3)) y El Alto El Bolsón (SCatBe3(3)) (figura 1). En la margen izquierda del Río El Bolsón, sobre depósitos aluviales localizados a 3100 msnm, se ubica La Mesada, un sitio compuesto por unidades domésticas relacionadas con campos productivos cercanos (Korstanje 1996a, 1996b, 2005; Würschmidt y Korstanje 1998-99). En la excavación de una unidad circular menor (Estructura V) se han recuperado un molino de mano (n° 42) y dos manos formatizadas (n° 34 y 28) en un piso de ocupación datado en 1520 ± 90 años AP (Würschmidt y Korstanje 1998-99: 460). En una posición cercana se localizó un bloque sobre el que fueron excavados tres morteros (n° 39 a 41) (Babot 1999; Korstanje 2005). Barranco Don Silvestre, ubicado a 2.950 msnm al frente de La Mesada, sobre el primer nivel de terrazas en la margen derecha del Río El Bolsón, está compuesto por espacios agrarios y domésticos que podrían corresponder a momentos agrícolas tempranos (Korstanje 1996a). Como resultado de una recolección de rescate en el perfil erosionado de una estructura habitacional se recuperó una mano de

moler (n° 33) (Korstanje 1996a; Babot 1999). Finalmente, el sitio El Alto El Bolsón se encuentra sobre depósitos de acarreo colindantes con el Río Yerba Buena, a 2950 msnm. Constituye un emplazamiento para estructuras agrícolas aglutinadas con núcleos de vivienda dispersos y presenta ocupaciones que corresponderían a un Formativo Medio (Korstanje 1996a). En superficie se han registrado un molino (n° 96) y seis bloques con un total de nueve morteros excavados (n° 307, 308, 309, 310, 311 y 313); en rellenos de saqueos se localizó, además, una mano de mortero (n° 312).

En el Valle de Tafi se analiza el caso del sitio Cueva de Los Corrales 1 (CC1). Se trata de una cueva y alero ubicados sobre la margen izquierda del Río de Los Corrales, en la zona de El Infiernillo, aproximadamente a 3000 msnm (figura 1) (Oliszewski *et al.* 2008). En los depósitos estratigráficos del sitio ubicados cronológicamente entre los 630 ± 140 años AP y 2060 ± 200 años AP (Oliszewski *et al.* 2008: 212-213), se recuperaron dos molinos de mano (n° 5 y 6). Debajo, se hallaron varios morteros excavados en la roca de base, de los cuales se consideran los primeros cuatro recuperados (n° 1 a 4) (Oliszewski *et al.* 2008), además de tres fragmentos de manos de molino (n° 7, 8 y 9) que se encontraban en superficie, en el exterior de la cueva.

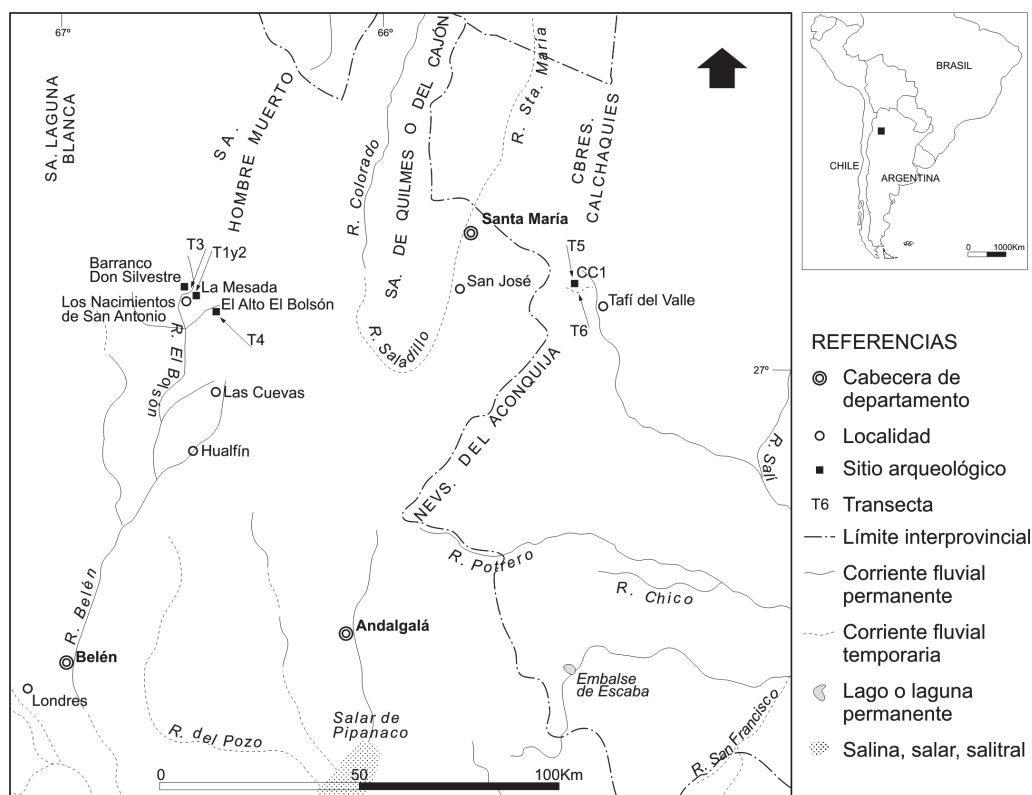


Figura 1. Mapa de ubicación.

EL PRESENTE COMO FUENTE DE HIPÓTESIS SOBRE EL COMPORTAMIENTO PASADO. DISPONIBILIDAD Y ABASTECIMIENTO LÍTICO EN LOS NACIMIENTOS DE SAN ANTONIO EN LA ACTUALIDAD

Para comenzar el análisis sobre cómo se habría resuelto el abastecimiento lítico para la manufactura de artefactos de molienta arqueológicos, se partió del conocimiento de cómo esas

cuestiones son decididas y llevadas a cabo en la actualidad por usuarios tradicionales del instrumental, siguiendo la propuesta de autores como Hayden (1987) y Horsfall (1987). Se consideró necesario que éstas se situaran en paisajes similares a los de los casos arqueológicos que debían ser resueltos. Tales observaciones dieron lugar posteriormente a la formulación de expectativas arqueológicas (Binford 1967; Guevara 1997).

En este trabajo en particular, se utilizó la información de entrevistas y observaciones realizadas entre los miembros de cuatro familias que habitan el Valle de El Bolsón en las localidades de Los Nacimientos de San Antonio y El Alto El Bolsón (Babot 1999) (figura 1). Debido a que la búsqueda y selección de las materias primas se concentra en el hallazgo de rodados, los cercanos depósitos fluviales y aluviales, con su oferta abundante de formas y tamaños, constituyen los lugares más indicados. Se pudo reconocer que, en el primer caso, la obtención de materias primas para la manufactura de molinos de mano, manos de mortero y manos de molino tiene lugar en el río El Bolsón, ubicado en las inmediaciones de las localidades de uso de los artefactos (entre 200 y 400 metros). En el segundo caso, se lleva a cabo en los cercanos depósitos de acarreo o en el Río Yerba Buena. En ambas situaciones, ocurre mediante un mecanismo de acceso directo (*sensu* Ericson 1984) por parte de algún varón adulto de cada unidad doméstica.

De acuerdo con lo documentado, en la selección de los rodados se resumen dos instancias que usualmente ocurren separadas en las cadenas de producción del instrumental tallado; éstas son la obtención de materias primas y la extracción de las formas-base, desestimando así la necesidad de una posterior manufactura. Para eso se prevén como características indispensables de los litos seleccionados, además de su redondeamiento y pulido, las formas y tamaños naturales que faciliten su utilización en el estado en el que son encontrados. En los casos en los que la obtención coincide con un proceso de reclamación (*sensu* Schiffer 1987) de artefactos de molienda descartados en sitios arqueológicos, el criterio de apropiación se rige por la presencia de formas aptas y acabadas en los utensilios. Es requisito que éstos se hallen en posiciones cercanas a las viviendas actuales en donde serán utilizados (en el caso de los morteros fijos), o desde donde pueden ser trasladados a sus nuevas localizaciones de uso (en el caso de los molinos de mano).

Para clasificar la forma de los rodados seleccionados para la manufactura de las piedras de moler etnográficas, se empleó la propuesta de Zingg (1935 en Spalletti 1984)¹. Esto permitió documentar que en los casos actuales los molinos se caracterizan por su forma discoidal, incluyendo a un molino arqueológico reclamado y actualmente en uso y que, además, presentan por lo menos una superficie natural amplia más o menos plana o levemente deprimida que se utiliza como cara activa. Para las manos de molino se buscan rodados laminares, mientras que en el caso de las manos de mortero la forma no sigue una tendencia marcada. El único bloque con un mortero arqueológico en uso en la actualidad presenta forma discoidal en su sector aflorante² (Babot 1999). Las dimensiones de las manos son menores que las de los artefactos pasivos pero dentro de cada grupo, éstas son variables.

La resistencia durante el uso, como una medida de durabilidad, constituye el único criterio de calidad, enunciado por los usuarios actuales como la “dureza” de la roca. En los casos registrados, la selección de las rocas denominadas “duras” recayó sobre distintos tipos de materiales ígneos plutónicos con grados variables de deformación por metamorfismo.

Debido a su larga vida útil y, a pesar de su uso periódico, el descarte de estos tipos de artefactos suele acontecer después de mucho tiempo y, por lo tanto, la tarea de abastecimiento de materias primas para su reemplazo puede constituir una actividad realmente muy esporádica dentro de una unidad doméstica. En la mayoría de los casos, los artefactos pasan de generación en generación a través del mecanismo de la herencia y, por lo tanto, la necesidad de reemplazo no se hizo presente para los individuos de generaciones sucesivas que resultaron beneficiados por este proceso. En otros casos, el recambio de piezas se manifestó como una necesidad repetida para la misma unidad doméstica. El surgimiento de fracturas que afectan parcialmente las zonas activas o de prensión sin llegar a inutilizar por completo a los artefactos no constituye un motivo

que requiera necesariamente resolución. Ello ocurre como resultado de su uso prolongado. No se considera imprescindible el mantenimiento o reactivación e, incluso, los artefactos fracturados siguen en uso, sin ser descartados, a pesar de sus bajos costos de reemplazo. También algunas manos en uso se consideran como artefactos útiles, aún a pesar de tener roturas incómodas en las zonas de prensión. En otros casos, después de haber sido descartadas, las manos con fracturas irreparables no fueron reemplazadas por otras nuevas, sino que su función se suplió con la utilización de otras manos que ya se encontraban en uso en la casa, generando artefactos con múltiples caras activas. En esos casos, a pesar de la cercanía de los lugares de búsqueda y de la facilidad de encontrar rápidamente reemplazos, esta actividad ha sido deliberadamente evitada.

Esta experiencia permitió conocer los aspectos que rigen el aprovisionamiento en depósitos de rodados en la actualidad en una de las zonas de estudio. Dichas fuentes permiten satisfacer a una distancia mínima, los requerimientos de calidad de las materias primas líticas, así como los volúmenes de material necesarios. Se destacan el abastecimiento cercano, el aprovisionamiento esporádico, el tiempo de producción cero, el mantenimiento nulo y el descarte bajo, que puede exceder lo generacional. En particular, la frecuencia y tiempo destinados al aprovisionamiento, manufactura y mantenimiento han sido afectados por el papel decreciente de la molienda en la actualidad, dado que es cada vez mayor la obtención comercial de alimentos procesados en el área (Babot 2007). Por este motivo, tales aspectos no serían compatibles con los casos arqueológicos en los que se estima que la molienda constituyó una actividad cotidiana de importancia.

No obstante, se considera que otros aspectos de la situación actual en El Valle de El Bolsón exceden su ubicación geográfica y sociocultural y pueden dar cuenta de parte de los comportamientos esperables en paisajes en donde los recursos líticos se ofrecen de manera similar. Se hace referencia en particular, al aprovechamiento de fuentes secundarias próximas a las localidades de uso del instrumental de molienda, ricas en materias primas que presentan morfologías, tamaños y atributos petrográficos aptos para la tarea de molienda. Este tipo de práctica también ha sido documentada por otros autores (Mirambell 1968; Flannery 1986; Cotterell y Kaminga 1990; entre otros). Se reconoce a esta situación como posible en varios contextos arqueológicos del NOA que se sitúan en cercanías de depósitos de rodados, incluyendo a los que constituyen los casos de estudio en este trabajo. Por ello, se considera a estos aspectos del aprovisionamiento en la actualidad como una base para generar expectativas acerca de los tipos de fuentes y las características de los litos seleccionados en el pasado.

De este modo, en este trabajo en particular, el dato actual nos situó en una dirección determinada para iniciar la búsqueda de las fuentes potenciales arqueológicas lo que, a su vez, estuvo pautado por el reconocimiento de las características litológicas de los artefactos arqueológicos. En los casos de estudio arqueológicos que se abordan aquí, tal dirección se situó en las cercanías de los sitios, indagando en zonas de depósitos de rodados de diferente origen, tema sobre el que se volverá más adelante, al presentar los resultados de la investigación. Si la situación en el pasado era similar a la actual, entonces deberían encontrarse las fuentes de aprovisionamiento en posiciones cercanas a los sitios; si hubo diferencias al respecto, la búsqueda de las fuentes debería extenderse más allá de esta zona.

HACIA EL ESTABLECIMIENTO DE UNA BASE DE RECURSOS LÍTICOS PARA LA PRODUCCIÓN DE ARTEFACTOS DE MOLIENDA ARQUEOLÓGICOS

El planteo metodológico que empleamos es comparable con el que se ha utilizado para el establecimiento de bases regionales de recursos líticos (por ejemplo Ericson 1984; Bayón *et al.* 1999; Franco y Borrero 1999; Franco y Aragón 2004). Éste comprende la localización y evaluación de fuentes potenciales de materias primas líticas, la caracterización de la disponibilidad y accesibilidad local de rocas (tal como estas características se presentan en la actualidad y se estima

que, en términos generales, pudieron hacerlo en el pasado arqueológico), y el análisis comparativo de rocas disponibles y efectivamente seleccionadas de acuerdo con lo registrado en los artefactos arqueológicos (Franco y Borrero 1999). El objetivo final es el planteamiento de posibles criterios de aprovisionamiento para los implementos de molienda arqueológicos. Particularmente, en este trabajo se han considerado las hipótesis derivadas de los casos etnográficos que fueron expuestas en el apartado anterior acerca de los tipos de fuentes, su distancia con respecto a las localizaciones de uso de los artefactos de molienda y las características morfológico-petrográficas de las materias primas seleccionadas, como una alternativa complementaria para orientar la localización de fuentes potenciales. Las etapas consecutivas de este esquema metodológico se describen a continuación.

Variables para la caracterización de los artefactos de molienda arqueológicos

Con el propósito de reconocer los tipos de rocas que fueron seleccionados en los sitios, se efectuó la descripción petrográfica de los artefactos de molienda mediante su análisis macroscópico y mesoscópico, utilizando lupa de mano y lupa binocular. Asimismo, se recurrió al análisis microscópico de cortes delgados. Esto último fue opcional, dependiendo del *grano* o la precisión litológica de las asignaciones rocosas que cada caso precisaba, y fue evitado cuando se buscaba preservar la integridad de las piezas.

Las variables analizadas se relacionan con una serie de características relevantes en el diseño de los artefactos de molienda, por su vinculación con los procesos de manufactura y mantenimiento y/o porque favorecen las tareas a las cuales serán predominantemente destinados (Mirambell 1968; Horsfall 1987; Aragón y Franco 1997).

La *textura* natural de la roca se considera como un aspecto clave que puede facilitar o, en su caso, hacer innecesaria la manufactura mediante picado (García Azcárate e Indri 1999), a la vez que contribuye decisivamente en el proceso de abrasión y resquebrajamiento que tiene lugar en las sustancias procesadas con el uso, y en la facilidad de asimiento de la pieza (Adams 1988, 1993, 1996, 1999; Nelson y Lippmeier 1993; Haaland 1995). Del tipo de textura depende, también, el tamaño y tipo de los fragmentos líticos que se desprenden del artefacto durante el uso pasando a formar parte del producto de la molienda (Adams 1999).

La aptitud de la textura natural depende de la magnitud de la modificación que se desea lograr en las sustancias procesadas y de la naturaleza de las mismas (Nelson y Lippmeier 1993; Adams 1996, 1999). La textura puede ser modificada por medio de la manufactura por lascado y/o picado e, incluso, ser reactivada mediante re-picado, con el riesgo de inutilizar la pieza por ruptura durante este proceso de mantenimiento (Meurers-Balke y Lüning 1992; Nelson y Lippmeier 1993; Adams 1996, 1999).

El *tamaño de los granos o blastos minerales* es uno de los componentes texturales y determina la microtopografía natural de las superficies de los utensilios, lo cual incide en el efecto y rendimiento que éstos pueden alcanzar durante el uso (Adams 1993, 1996; Roldán 1999).

Ciertos tipos de *estructuras* pueden dotar a los rodados de superficies naturales planas, aprovechables durante el proceso de manufactura (García Azcárate e Indri 1999). En otros casos, los caracteres estructurales pueden incidir negativamente en el comportamiento de la roca, cuando implican la presencia de zonas de debilidad (planos de discontinuidad, esquistosidad, vetas, etc.) que favorecen el fracturamiento durante la manufactura, el uso o el mantenimiento (Ratto 1991).

La *composición mineral cualitativa*, observada o inferida, permite acceder al comportamiento de los granos individuales y a su incidencia en el comportamiento de la roca como un todo (Ratto 1991; Ratto y Kligmann 1992; Ratto y García 1996). A partir de la *dureza* de los componentes y de su representación en la constitución de la roca, se pueden estimar tanto la resistencia relativa a

la abrasión y, por lo tanto, al desgaste durante el uso, así como el efecto del trabajo de los granos sobre la sustancia en procesamiento (Cotterell y Kamminga 1990; Ratto 1991; Adams 1993). Ambos aspectos dependen también de la *tenacidad* o resistencia a la fractura de los componentes minerales individuales.

El *contenido de vidrio* hace a las rocas poco resistentes a la abrasión y la fractura (Cotterell y Kamminga 1990; Ratto y Nestiero 1998), por lo que no es un componente deseable en la materia prima para la confección de artefactos de molienda. La presencia de *cemento* de tipo silíceo permite que las rocas friables se comporten como cuerpos homogéneos (Bayón *et al.* 1999). Esto contribuye a su cohesión (adhesión granular o resistencia a la disgregación mecánica debida a la fricción y/o percusión durante el uso *sensu* Ratto 1991; Roldán 1999), pero también a su mayor facilidad de fractura (Bayón *et al.* 1999). Tanto el contenido de vidrio, así como la naturaleza del cemento constituyen elementos composicionales no siempre detectables en muestras de mano.

Contribuyen a la *cohesión* de la roca, además, la presencia de *minerales alterados* (Ratto y Nestiero 1998; Ratto y García 1996) y de *zonas de debilidad* originadas como caracteres estructurales durante los procesos de formación o deformación de la roca, o que aparecen como resultado de procesos erosivos o meteóricos (huecos, fisuras, saprolitización, etc. *sensu* Ratto 1991). También es de importancia el *tipo de fábrica* que existe entre los minerales, lo cual se ve favorecido por la presencia de *recristalizaciones* y *soldaduras* entre los granos, del tipo de las que se pueden generar como consecuencia del metamorfismo de alto grado (Cotterell y Kamminga 1990; Ratto 1991; Ratto y García 1996; Bayón *et al.* 1999).

La *tenacidad* como calificativo de rocas, se refiere a su resistencia a la fragmentación mediante impacto (Ratto 1991; Ratto y Nestiero 1998). Esta es una característica deseable en los artefactos de molienda ya que evita su ruptura durante el proceso de manufactura y mantenimiento y favorece su durabilidad prolongada (Cotterell y Kamminga 1990). Contribuyen a una mayor tenacidad, el tipo de entramado y fábrica de los componentes de la roca, la naturaleza de los minerales constituyentes (fundamentalmente la escasez de materiales amorfos), su estado de conservación, la textura, estructura, tamaño de grano y cohesión de la roca (Cotterell y Kamminga 1990; Ratto 1991; Ratto y Nestiero 1998).

Además de las características petrográficas, la *presentación como rodados*, el *nivel de atrición*, la *presencia de superficies u oquedades naturales*, el *tamaño, forma y peso* de los litos, constituyen elementos decisivos en la selección, no solamente para la manufactura de artefactos de molienda, o para su uso con esta función sin manufactura previa, sino también para el de otros artefactos picados, alisados y pulidos (Mirambell 1968; Cotterell y Kamminga 1990; Adams 1993; Roldán 1999). Tanto en esos casos, así como en el de los artefactos tallados, es frecuente la correspondencia entre la forma y tamaño de la materia prima y la forma y tamaño de los artefactos finalizados (Andrefsky 1994a).

Además de considerar los valores de los atributos mencionados precedentemente en los artefactos arqueológicos analizados en este trabajo, se procedió a la identificación de las *formas-base* primarias o secundarias (*sensu* Aschero 1975) y su tipo de presentación como rodados, lascas nodulares de afloramientos consolidados, etc. Esto permitió sugerir el tipo de fuente que podría suministrarlas, en términos de primarias, en donde la roca se presenta en el lugar de origen, consolidada o como desprendimientos (modificado de Nami 1992) o bien, secundarias, hacia donde la roca ha sido transportada desde sus fuentes primarias, presentándose como rodados (Nami 1992).

Criterios para la identificación de fuentes potenciales a nivel regional

La consulta de bibliografía de referencia sobre la geología de las zonas de estudio permitió establecer en el espacio la oferta regional “teórica” de materias primas. Ésta se centró, particu-

larmente, en la localización de afloramientos de formaciones geológicas que, de acuerdo con las características de las formas-base de los artefactos y su tipo de presentación, pudieran haber actuado como canteras o fuentes (Nami 1992) (ver *infra*). Al comenzar esta etapa del trabajo, se desconocía la presencia o ausencia de evidencias arqueológicas de su explotación, por lo que ninguna fuente potencial fue descartada *a priori*.

Realización de controles en el terreno

Como ha sido señalado en varias oportunidades (por ejemplo Bayón *et al.* 1999; Franco y Borrero 1999), la escala de trabajo geológico puede no dar cuenta de la diversidad litológica que tiene lugar al interior de las formaciones y que se vincula más cercanamente con la selección antrópica de rocas. Debido a que esto es de sumo interés para los fines arqueológicos, la realización de controles en el terreno constituye una etapa de trabajo imprescindible en estudios sobre fuentes.

Al planificar esta etapa de trabajo en fuentes constituidas por depósitos de rodados se tuvo en cuenta que la naturaleza de las materias primas, la dinámica y heterogeneidad en tales depósitos que son continuamente re trabajados, y la escasa visibilidad de los desechos de la manufactura de artefactos de molienda, dificultarían la localización de canteras-taller (*sensu* Nami 1992). Sobre esta base, los controles en el terreno se dirigieron principalmente a evaluar las características de las fuentes como fuentes potenciales, aunque la búsqueda de talleres no fue descartada.

Al considerar la hipótesis de la mayor cercanía de las fuentes, para comenzar los reconocimientos en el terreno fueron seleccionados aquellos afloramientos que sobre la base de la bibliografía, correspondían a las fuentes potenciales más próximas a los sitios dentro del radio local. Se implementaron dos modalidades de prospección en ellos: transectas sistemáticas en zonas con relieves poco accidentados (sectores de acumulación de rodados sobre los que se disponen los sitios La Mesada y El Alto el Bolsón; figura 1), y transectas asistemáticas en zonas de difícil recorrido (Río El Bolsón en su tramo entre los sitios Barranco Don Silvestre y La Mesada, ladera de acceso oeste al sitio La Mesada, Río de Los Corrales y afloramientos ubicados en la cota del sitio Cueva de Los Corrales 1; figura 1).

El registro rocoso contempló la totalidad de los tipos de materias primas presentes (observadas en fractura fresca) sin efectuar discriminaciones previas dentro de las fuentes sobre la base de criterios de calidad. En éstas se recolectaron muestras que fueron numeradas para ser usadas como referencia en todas las estaciones de registro y en análisis futuros (litoteca de referencia). Se tuvieron en cuenta variables que refieren a atributos de observación exclusiva en campo: tamaños de rodados y/o afloramientos máximos y mínimos y otras características, tales como redondeamiento, presencia de superficies planas naturales, oquedades o inclusiones de gran tamaño. En las transectas sistemáticas se registraron, además, medidas de abundancia relativa de cada tipo rocoso.

Pautas para la caracterización de la disponibilidad de recursos líticos a nivel local

La información obtenida en las prospecciones fue evaluada en términos de disponibilidad de rocas (sus características, diversidad, presentación y abundancia) en los distintos afloramientos. La caracterización de las muestras de rocas disponibles en cada fuente siguió los mismos criterios que para los artefactos arqueológicos (a nivel macro y mesoscópico) para posibilitar las comparaciones posteriores. En los casos de difícil identificación, se recurrió a cortes delgados. Se pudo constatar que en las fuentes secundarias recorridas la variedad de tipos rocosos representados es importante, de acuerdo con lo sugerido por otros autores para depósitos de rodados

(Franco y Borrero 1999; Franco y Aragón 2004) y que esta circunstancia puede reflejarse a su vez en la diversidad de rocas seleccionadas para la manufactura de los artefactos. Es por esto que se privilegiaron las primeras escalas de observación, macro y mesoscópica que marcaron “tendencias litológicas” para las fuentes potenciales que fueron más significativas y permitieron un acercamiento más realista a los criterios de selección al interior de los depósitos de rodados que la identificación de tipos rocosos por corte delgado.

DOS CASOS DE APLICACIÓN EN VALLES DEL NOROESTE ARGENTINO

Caracterización de los artefactos de molienda arqueológicos

Las características de los artefactos de molienda analizados a partir de los criterios propuestos en este trabajo, pueden observarse en las tablas 1 y 2. Con excepción de los morteros de CC1, generados sobre un banco de arenisca, los demás artefactos fueron manufacturados a partir de rodados móviles o fijos; éstos últimos solamente se utilizaron en los morteros (figura 2). Los morteros y el molino de El Alto El Bolsón fueron formatizados sobre rodados subredondeados a angulosos, aprovechando superficies naturales subplanas, levemente cóncavas o convexas subhorizontales y, en ocasiones, oquedades dejadas por el desprendimiento de xenolitos. Sólo para la mano de mortero se usó un rodado redondeado. En los demás sitios se privilegió el uso de rodados redondeados, excepto en tres piezas de diferente funcionalidad. También allí se aprovecharon planos o concavidades naturales de la materia prima, para los molinos y los morteros, principalmente.

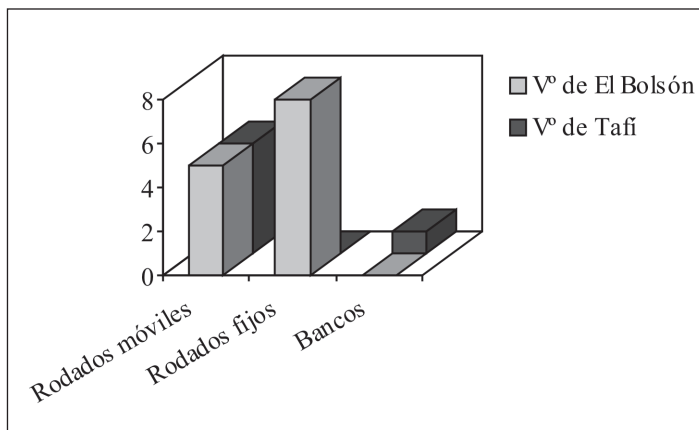


Figura 2. Tipos de formas-base de los artefactos de molienda arqueológicos.

En el Valle de El Bolsón predominó la selección de materias primas de coloración rosada y gris de tipo ígneo plutónico con textura granular (o granoblástica cuando presentan desarrollo de planaridad o esquistosidad incipiente) de tamaño variable. Las vulcanitas pórfido-afaníticas están representadas en una mano de El Alto El Bolsón -nº 312- (figuras 3 y 4).

En CC1 se observa una mayor diversidad de rocas en distintos tonos de grises y pardos. Las rocas ígneas volcánicas con textura pórfido-afanítica fueron usadas en tres manos de molino; cuarcita y granito de grano fino, en sendos molinos, y las sedimentarias en los morteros (figuras 3 y 4).

Tabla 1. Características litológicas de los artefactos de molienda arqueológicos (I).

Nº	Origen	Tipo de roca	Textura	Tamaño de grano	Estructura	Composición mineral
1-4	S	Arenisca limo-arcillosa	Clástica	Mediano/Fino	-	Cuarzo, feldespato, limo, arcilla y fragmentos rocosos
5	ÍP	Granito	Granular	Fino	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
6	M	Cuarcita	Granoblástica	Fino	-	(teórica) Cuarzo, feldespato, moscovita
7	ÍV	Andesita	Pórfido-afanítica	Muy fino con pórfidos	-	(teórica) Plagioclasa, piroxenos, anfíboles, biotita
8	ÍV	Andesita	Pórfido-afanítica	Muy fino con pórfidos	-	(teórica) Plagioclasa, piroxenos, anfíboles, biotita
9	ÍV	Andesita	Pórfido-afanítica	Muy fino con pórfidos	Vesicular discreta	(teórica) Plagioclasa, piroxenos, anfíboles, biotita
28	ÍP	Pegmatita aplítica	Granular fanerítica	Fino Inequigranular	-	Feldespato, cuarzo, muscovita, biotita, turmalina
33	ÍP	Sienogranito muscovítico	Granoblástica	Mediano/Grande Inequigranular	Esquistosa incipiente	Cuarzo, feldespato potásico, plagioclasa, biotita, muscovita, opacos, granate, apatito
34	ÍP	Granito aplítico	Granular fanerítica	Fino/Mediano Inequigranular	-	Feldespato potásico, cuarzo, plagioclasa, muscovita, turmalina
39-41	ÍP	Granito	Granular fanerítica	Grueso Equigranular	-	Feldespato potásico, cuarzo, biotita, moscovita
42	ÍP	Monzogranito	Granular xenomórfica	Mediano Equigranular	Cataclástica	Cuarzo, microclino, plagioclasa, biotita, opacos, rutilo, circón
96	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
307	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
308	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
309	ÍP	Granito	Granular	Mediano/Fino	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
310	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
311	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita
312	ÍV	Dacita	Pórfido-afanítica	Muy fino con pórfidos	-	(teórica) Plagioclasa, cuarzo, piroxenos, anfíboles, biotita
313	ÍP	Granito	Granular	Mediano	-	(teórica) Cuarzo, plagioclasa, feldespato potásico, biotita

Nota: Origen: S = Sedimentario; ÍP = Ígneo plutónico; M = Metamórfico; ÍV = Ígneo volcánico.

Tabla 2. Características litológicas de los artefactos de molienta arqueológicos (II).

Nº	Cohesión	Alteraciones y zonas de debilidad	Color	FB	Re	Cemento	Forma	Observaciones
1-4	D	-	Pardo claro	B	-	Carbonático o sulfático	-	Superficies naturales subplanas
5	F	-	Gris	R	R	-	Cilíndrica	
6	F	-	Gris	R	SR	-	Cilíndrica	Superficies naturales subplanas
7	F	-	Gris pardo	R	R	-	-	-
8	F	-	Gris pardo	R	R	-	-	-
9	F	-	Gris pardo	R	R	-	-	-
28	F/M en superficie	Alteración a caolinita y deformación (leves)	Rosa claro	R	R	-	Discoidal	Venillas de feldespato potásico
33	F/M en superficie	Alteración a sericita y caolinita y deformación (leves)	Rosa grisáceo	R	SR	-	Discoidal	Superficies naturales subplanas
34	F/M en superficie	Alteración a caolinita y deformación (leves)	Gris rosado	R	R	-	Esférica	Fracturas con mineralización
39-41	F/M en superficie	Oxidación de micas, saprolitización, erosión catafilar	Rosa	R	R	-	Discoidal	Superficies naturales levemente convexas
42	F/M en superficie	Alteración a carbonatos (leve); deformación por cataclásis	Gris	R	SR	-	Discoidal/Laminar	Superficies naturales subplanas o levemente cóncavas
96	F/M en superficie	Saprolitización, erosión catafilar	Gris	R	SR/A	-	Discoidal	Superficie natural cóncava
307	F	-	Gris	R	SR/A	-	Discoidal	Superficies naturales subplanas
308	F	Erosión catafilar	Gris	R	SR/A	-	Laminar	Superficies naturales subplanas, oquedades de xenolitos
309	F	Diaclasado	Gris	R	SR/A	-	Laminar	Superficie natural levemente convexa
310	F	-	Gris	R	SR/A	-	Discoidal	Superficie natural subplana, oquedades de xenolitos
311	F	Erosión catafilar	Gris	R	A	-	Discoidal	Superficies naturales subplanas, oquedades de xenolitos
312	F	-	Gris	R	R	-	Esférica	-
313	F	Erosión catafilar	Gris	R	SR/A	-	Discoidal	Superficie natural subplana

Nota: Cohesión: D = débil; M = moderada; F = fuerte. Forma-base (FB): B = banco; R = rodado. Redondeamiento (Re): R = redondeado; SR = subredondeado; A = anguloso.

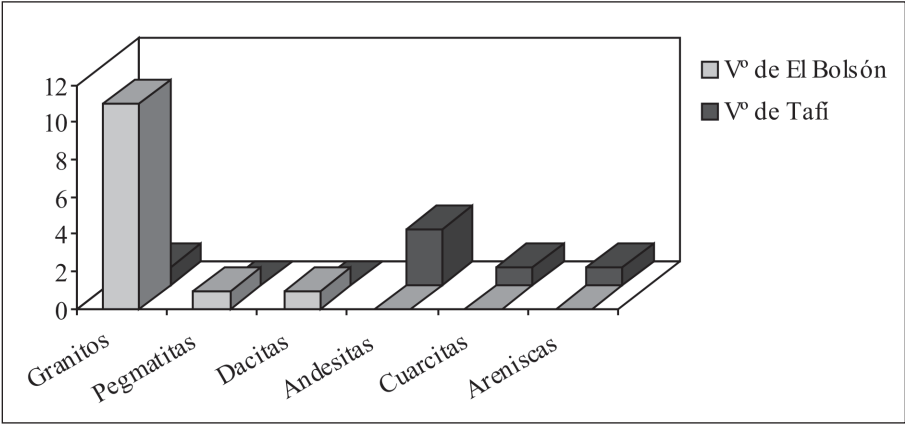


Figura 3. Tipos de materias primas de los artefactos de molienda arqueológicos.

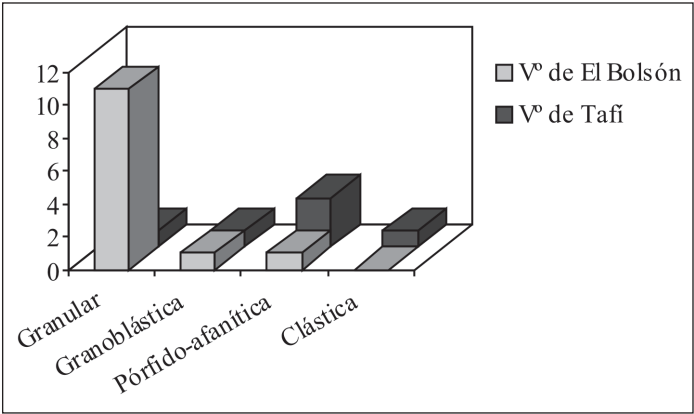


Figura 4. Tipos de textura de los artefactos de molienda arqueológicos.

A pesar de tener textura natural apropiada, aún las superficies activas y las zonas de prensión de las rocas granulares han sido picadas para reforzar o mantener la rugosidad. También se han picado las vulcanitas de El Alto El Bolsón y las areniscas de CC1 para dotarlas de superficies abrasivas.

Excepto por la débil cohesión de las areniscas de los morteros de CC1, dada por cementos de tipo carbonático o sulfático, las rocas seleccionadas presentan una cohesión fuerte o fuerte a moderada en superficie; esto último ocurre en La Mesada y Barranco Don Silvestre (figura 5). Allí la cohesión se ve disminuida por la presencia de minerales inestables alterados, por el proceso de saprolitización y por la ocurrencia de deformaciones leves. La tenacidad es regular en esas piezas a nivel superficial, y en las manos de vulcanita, por su textura afanítica. Esta propiedad está más afectada en algunas piezas con erosión catafilar o diaclasas del Valle de El Bolsón y tiene niveles bajos en los morteros de arenisca de CC1. El molino 6 de este sitio tendría una tenacidad fuerte dada por la recrystalización entre los granos de la cuarcita.

A partir de la composición mineral observada o teórica, se trata de rocas de dureza elevada

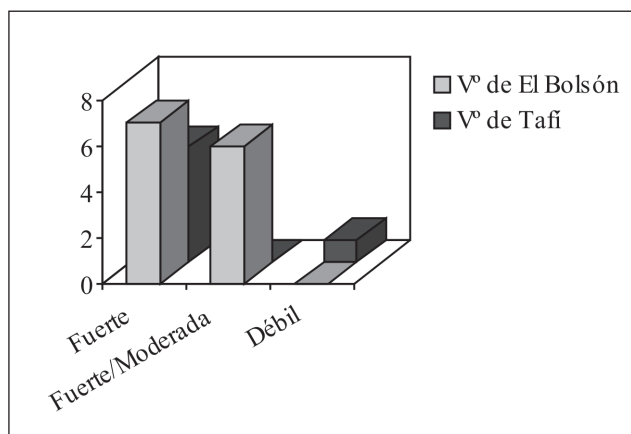


Figura 5. Tipos de cohesión de los artefactos de molienda arqueológicos.

a moderada, en el caso de las ígneas plutónicas y metamórficas cuarzo-feldespáticas, y de dureza moderada, en el de las vulcanitas y la arenisca limo-arcillosa.

Asumiendo que, en términos generales, existe una correspondencia entre la forma de los rodados (*sensu* Zingg 1935, en Spalletti 1984) usados como formas-base y la forma final de los artefactos (la cual puede estar levemente desviada en las manos y molinos por efecto de la manufactura y/o uso), se observa que los molinos tienden a las formas discoidales en El Alto El Bolsón y La Mesada, y cilíndricas en CC1; las manos de molino, a las formas discoidales y las de mortero, a las esféricas en La Mesada, Barranco Don Silvestre y El Alto El Bolsón. Los sectores aflorantes de los bloques donde se excavaron los morteros son discoidales en La Mesada, y discoidales o laminares en El Alto El Bolsón; en tanto que la forma es indefinida en los morteros de CC1, ya que se trata de un estrato de límites no visibles.

Fuentes potenciales y disponibilidad de recursos líticos en los casos de estudio arqueológicos

El análisis de los artefactos de molienda mostró que, con excepción de los morteros de CC1, los restantes habían sido confeccionados a partir de formas-base primarias de tipo rodado, obtenibles en fuentes secundarias. Los afloramientos con esas características fueron ubicados a nivel regional y se seleccionaron los más cercanos a los sitios arqueológicos siendo evaluados como fuentes potenciales (*sensu* Nami 1992). Estos se describen a continuación.

1) La Mesada-Barranco Don Silvestre

En el área de estos sitios, la Formación El Cajón, los depósitos aluviales del Cuartario y los rellenos de depresiones presentan afloramientos con disponibilidad de rodados. La Formación El Cajón, hacia el este y sur de los sitios (a una distancia mínima aproximada de 300 m), está definida por un conjunto de materiales clásticos y elementos volcánicos de color grisáceo. Sus componentes predominantes son las areniscas que se intercalan con bancos de conglomerados de tufitas arenosas y niveles tobáceos (Navarro García 1984). Estos conglomerados terciarios muestran un predominio de clastos de origen metasedimentario (un 60% a 75%); en menor proporción, son de origen granítico y, escasamente, de areniscas (Allmendinger 1986).

Los depósitos aluviales del Cuartario afloran en la zona de los sitios, constituyendo el sustrato en donde se asientan. Están conformados por depósitos de materiales arenosos y conglomerádicos, con intercalaciones de grano más fino, que se presentan como capas cubriendo sectores de las elevaciones montañosas y remanentes de terrazas (Navarro García 1984; Allmendinger 1986). Los lentes conglomerádicos están integrados, en su mayoría, por clastos de granitos redondeados de la Formación Chango Real, a veces con textura de tipo gnéssica, debida a procesos de deformación de origen metamórfico. En menor cantidad se encuentran clastos metasedimentarios, esquistos, cuarzo lechoso o vítreo, pegmatitas, aplitas y vulcanitas provenientes de los grandes afloramientos del área (Turner 1976; Navarro García 1984; Allmendinger 1986).

Afloramientos de depósitos cuartarios y sus zonas de transición hacia los terciarios se reconocieron en las transectas por el sitio La Mesada y su acceso oeste (figura 1, transectas 1 y 2). En términos generales, los rodados se presentaron más visibles y abundantes hacia los bordes del sitio, barrancos y zonas de acceso, que en la cima y el sector de las estructuras arqueológicas, en donde fueron de muy baja visualización los litos no utilizados en la construcción. Hacia los barrancos y zonas periféricas del sitio, fueron abundantes los rodados medianos y pequeños de esquistos micáceos de grano medio; muy grandes, grandes y medianos de granitos de grano grueso; y pequeños, medianos, grandes y muy grandes de sienogranitos de grano grueso. Fueron más escasos los rodados medianos de un granito alcalifeldespático de grano mediano a grueso, siendo ocasionales los grandes, medianos y pequeños de basaltos, metamorfitas de bajo grado y esquistos cuarzo-micáceos de grano fino. Las rocas oscuras y aplitas estuvieron mejor representadas en el acceso oeste. Allí, los rodados pequeños de cuarzo se presentaron en pequeña proporción.

En términos generales, los materiales ígneos plutónicos (de colores grises, rosados y blanquecinos, y textura granular bien definida), presentaron formas redondeadas a subredondeadas y ocasionalmente angulosas, mientras que las metamorfitas e ígneas volcánicas afaníticas (en grises oscuros a negro), tendieron al subredondeamiento y la angulosidad. Fueron frecuentes las superficies subplanas naturales así como las oquedades dejadas por la pérdida de xenolitos. En algunos granitoides se apreció una tendencia saprolítica, erosión catafilar afectando la cohesión, fundamentalmente a nivel superficial, y alteración de los minerales feldespáticos. En el sector de acceso, fueron comunes las pátinas de color pardo y gris oscuro, y las colonias de líquenes aparecieron afectando la superficie de las rocas. También se observaron diaclasas generando planos de debilidad. En estos afloramientos fue visible una planaridad incipiente en los granitos y un desarrollo de esquistosidad en los ortoesquistos.

En las cercanías de los sitios tienen lugar, también, manifestaciones de rellenos de depresiones. Éstos son rellenos de cauces actuales constituidos por arenas con arcillas y rodados que se nutren de materiales durante los meses de verano, cuando ocurren las grandes crecidas (Navarro García 1984).

La transecta por el Río El Bolsón (figura 1, transecta 3) permitió reconocer la disponibilidad lítica en estos tipos de depósitos. En términos generales, por el cauce del río los rodados se presentaron más redondeados que en los afloramientos anteriores pero ofreciendo aún superficies subplanas y oquedades dejadas por la liberación de xenolitos. En la zona del canal presentaron tamaños grandes y medianos principalmente, mientras que en la llanura de inundación se visualizaron rodados medianos y pequeños.

Se registraron algunos bloques muy grandes y otros abundantes, medianos y pequeños de esquistos cuarzo-micáceos de grano medio, granitos claros de grano grueso y granitos alcalifeldespáticos de grano mediano a grueso. En menor medida se observaron bloques muy grandes, medianos y pequeños de sienogranitos grises y rosados de grano grueso y muy grueso, pegmatoides deformados pardo claro y rosados con un desarrollo fino a mediano de cristales, y gneises de ojo negros de grano grueso. Los rodados de rocas oscuras (basaltos afaníticos y esquistos cuarzo-micáceos) se hallaron esporádicamente, aunque se presentaron en mayor proporción que

en las transectas anteriores. Sólo en el río se observó, ocasionalmente, un basalto porfídico con estructura amigdaloidal parcial.

También en los depósitos fluviales, los materiales granulares presentaron xenolitos y alteraciones afectando la cohesión superficial, pero en menor proporción. Se pudo apreciar una esquistosidad marcada en las metamorfitas de grado medio y alto, y de tipo incipiente en algunos granitos.

2) El Alto El Bolsón

El sustrato de este sitio puede adscribirse a los depósitos de acarreo cuaternarios constituidos por sedimentos arenosos con capas conglomeráticas y mantos de grava, que se encuentran rellenando depresiones y cauces de ríos (Turner 1976). Debido a que estos acarreos constan esencialmente de rodados de las rocas que afloran en las proximidades, en el área del sitio están constituidos por materiales de la Formación Chango Real, provenientes de la Sierra de Las Cuevas. Éstos están dados principalmente por rocas graníticas con una estructura esquistosa muy poco aparente que en esta zona presentan grano mediano a grueso, fractura irregular y estado de conservación fresco. Su coloración es gris debido a la abundancia de material biotítico y tienen un carácter porfiroide muy poco visible (Turner 1976). Los granitoides aparecen interestratificados con materiales metamórficos de la Formación Loma Corral (esquistos, pizarras y filitas de color gris verdoso oscuro foliadas, Turner 1976).

En la transecta realizada a través del sitio El Alto El Bolsón (figura 1, transecta 4), se pudieron apreciar varios tipos de rocas graníticas en tonos de grises claros y oscuros con un desarrollo incipiente de estructura, que genera superficies subplanas naturales. El aspecto general de los litos fue principalmente subredondeado a anguloso y, en ocasiones, redondeado. Se presentaron en tamaños muy grandes, grandes, medianos y pequeños, heterogéneamente distribuidos e intercalados con bancos arenosos y gravosos, pero en forma abundante. El desprendimiento de xenolitos generó frecuentemente oquedades en estas rocas que se mostraron frescas pero, a veces, diaclasadas o con erosión catafilar. La textura predominante fue granular de grano medio con tendencia a porfírica en algunos ejemplares, pero también se observaron piezas de grano fino.

Los rodados de metamorfitas foliadas fueron registrados esporádicamente, a veces representando desprendimientos de xenolitos de las rocas graníticas.

3) Cueva de Los Corrales 1

Además de los depósitos fluviales, dos formaciones con disponibilidad de rodados convergen a nivel local en las inmediaciones de CC1: la Formación Caspichango y facies composicionales conglomeráticas (Los Corrales) de la Formación Corral Quemado.

Las facies conglomeráticas Los Corrales consisten, en su parte superior, en conglomerados casi exclusivamente volcánicos que siguen hacia abajo con areniscas y pelitas tobáceas de colores claros muy variados (Bossi y Palma 1982). Se presentan de color gris oscuro, verde oscuro o rojizo, y los rodados corresponden a una andesita (Ruíz Huidobro 1972).

Afloramientos de este tipo fueron reconocidos durante los recorridos por la cota de la Cueva de Los Corrales 1, sobre la margen izquierda del río homónimo (figura 1, transecta 5). Los bancos conglomeráticos presentaron diferentes grados de consolidación, produciéndose desprendimientos de rodados de vulcanitas de tamaños medianos y pequeños y, a veces grandes. Éstos aparecieron bien redondeados, ofreciendo caras naturales levemente convexas, textura afanítica con leve desarrollo de pórfidos y de estructura vesicular ocasionalmente, fuerte cohesión y buen estado de conservación. Estos bancos conglomeráticos se interestratifican con areniscas y pelitas

tobáceas poco cohesivas, con cementos blandos de colores grises a pardo claro, que se disponen en estratos de cierta extensión, los cuales ofrecen superficies subplanas inclinadas cuando quedan expuestos.

Hacia el sur y este del área de la cueva aflora la Formación Caspichango, que constituye un nivel pedemontano adosado a las Sierras del Aconquija con una disponibilidad similar a la de los depósitos fluviales. Está compuesta por gravas, arenas y rodados provenientes de la Formación Corral Quemado y del Basamento Cristalino. Este último aporta rocas metamórficas, ígneas intrusivas y de mezcla (migmatitas), además de pegmatitas y micacitas biotíticas o muscovíticas con una esquistosidad bien indicada y estructura de corrugamiento (Ruíz Huidobro 1972).

Durante la realización de la transecta por el Río de Los Corrales (figura 1, transecta 6) se registraron rodados redondeados a subredondeados de los tipos rocosos descriptos por Ruíz Huidobro (1972). Entre ellos se encuentran rocas de mezcla grisáceas, inyectadas por cuarzo en capas, y esquistos bandeados rosados y grises de tamaño de grano variable y dimensiones pequeñas, medianas y grandes. Asimismo se observaron bloques grandes y medianos de pegmatitas de grano mediano, granitos grises de grano fino, mediano y grueso, y vulcanitas de tipo andesítico de la Formación Corral Quemado. Con excepción de las vulcanitas, los rodados mostraron superficies subplanas naturales, acentuadas, en las metamorfitas, por el desarrollo de planos de esquistosidad.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En el trabajo se han expuesto los resultados del estudio de las bases de recursos líticos para la manufactura de artefactos de molienda en casos de estudio situados en el Valle de El Bolsón y el Valle de Taffí. En este proceso se han tenido en cuenta expectativas derivadas de casos etno-gráficos del NOA acerca de la localización y naturaleza de las fuentes usadas con esos fines y las características morfológico-petrográficas de las materias primas seleccionadas. Este estudio ha implicado la caracterización petrográfica y morfológica de los artefactos de molienda arqueológicos, la identificación de los tipos rocosos seleccionados en el pasado y el establecimiento de la oferta de materiales líticos en fuentes primarias y secundarias en ambas áreas. Sobre esta base, se presentan a continuación discusiones que integran estos datos para inferir cuáles son las fuentes que reúnen las mayores probabilidades de haber sido explotadas en el pasado (fuentes potenciales) y para hacer referencia a la naturaleza y disponibilidad de tipos rocosos aptos para la producción de instrumental de molienda en ellas. Asimismo, se establecen aspectos del aprovisionamiento arqueológico de materias primas líticas con esos fines que derivan de las características de las fuentes y de los artefactos arqueológicos.

Sobre las fuentes potenciales

Aunque en las zonas estudiadas existen fuentes primarias, se han establecido y evaluado como potenciales (*sensu* Nami 1992) a las de tipo secundario. Estas últimas debieron aportar los rodados que se emplearon mayoritariamente como formas-base para la manufactura de los artefactos de molienda arqueológicos (ver el siguiente acápite). Están constituidas por los depósitos de rodados fluviales o conglomerádicos terciarios y cuaternarios que afloran a nivel local, encontrándose a pocos metros de las localizaciones de uso. Su ubicación fijaría la mínima distancia posible de aprovisionamiento desde los sitios arqueológicos.

La realización de controles en el terreno permitió reconocer a estas fuentes en la escala de interés arqueológico. Allí, la oferta de materias primas es abundante, variada y fácilmente extraíble, con un predominio de tipos rocosos aptos para la manufactura de artefactos de molienda. Variedades con características texturales, estructurales y/o composicionales que pueden favorecer

el proceso de manufactura, mantenimiento y uso de los utensilios, así como su durabilidad, están disponibles junto con otros tipos minoritarios de menor calidad para estos fines. En el Valle de El Bolsón se hallan rodados de granitos de composición variada, pegmatitas, aplitas, vulcanitas y metamórficas de mediano a alto grado. En el área de Los Corrales, además de granitoides, hay también pegmatitas, vulcanitas, metamorfitas de mediano a alto grado y migmatitas.

Los rodados muestran distintos niveles de atrición y ofrecen oquedades y superficies naturales subplanas, cóncavas o convexas aprovechables para la manufactura. Sus dimensiones y formas cubren las necesidades de todos los tipos artefactuales, favoreciendo la selección de aquellos más apropiados, aunque ciertas rocas sólo se presentan en rangos de tamaño acotados. El metamorfismo y los procesos meteórico-erosivos han afectado a los litos en el Valle de El Bolsón, pero sólo superficialmente en la mayoría de los casos, por lo que éstos no inciden más que levemente en su aptitud.

Todas las fuentes prospectadas son fuentes heterogéneas que reúnen, en forma de rodados, los mismos materiales que constituyen por separado los afloramientos consolidados de mayor homogeneidad en el área. Éstos se encuentran acotados en el espacio, a diferencia de las fuentes secundarias potenciales. En estas últimas las materias primas no presentan una distribución discreta y una oferta uniforme, lo cual ha condicionado la posibilidad de discriminar áreas específicas de abastecimiento menores al tamaño de los afloramientos que las constituyen (Bayón *et al.* 1999).

El hecho de que no se hayan podido reconocer las localizaciones en donde se llevaron a cabo las distintas etapas de la producción de los artefactos de molienda, incluyendo canteras y canterastaller (Nami 1984), también ha constituido una limitante en este sentido. Éste se plantea como un inconveniente de tipo genérico que puede deberse a la baja visibilidad de los sitios (su extensión reducida *sensu* Schiffer 1988: 474), y al efecto de lo que se ha denominado *obtrusiveness* (las características físicas del fenómeno *sensu* Schiffer 1988: 475). Ambas variables se relacionan con el pequeño tamaño de los desechos de la manufactura por picado o alisado, y con su composición mineralógica cualitativamente idéntica a la de la matriz del sustrato. Los desechos del lascado de las rocas seleccionadas, por su parte, pueden ser fácilmente confundidos con clastos fracturados naturalmente. Sin embargo, estos materiales tendrían mayores posibilidades de ser registrados lejos de las fuentes, en otros sitios arqueológicos con matrices sedimentarias diferentes, si al menos algunas etapas del proceso de producción artefactual hubieran ocurrido allí.

Sobre el aprovisionamiento arqueológico de materias primas líticas en áreas de depósitos de rodados

Al comparar la oferta local de materias primas líticas con las rocas efectivamente seleccionadas para la manufactura de artefactos de molienda en los casos de estudio, es notable que estas últimas están representadas en las cercanías de las localidades de uso, dentro de los sitios e, incluso, en el sustrato mismo sobre el que éstos se asientan. Esta situación podría calificarse como una de disponibilidad y abastecimiento estrictamente local. En el caso de los morteros fijos, particularmente, la obtención podría describirse como la apropiación de litos que luego se manufacturaron, usaron y descartaron en el mismo lugar en el que ocurrió la selección de la materia prima. Podría decirse por esto, que esta actividad tuvo lugar *in situ*.

En el Valle de El Bolsón se seleccionaron mayoritariamente rocas ígneas plutónicas (granitos y pegmatitas), a veces levemente deformadas pero sin perder su calidad, con textura granular (o granoblástica), de fuerte cohesión afectada sólo superficialmente, y de dureza elevada; no parece haber habido discriminaciones por color dentro de las tonalidades disponibles. Los distintos tipos de artefactos no muestran diferencias en cuanto a las características petrográficas.

Allí parecen haber sido deliberadamente evitadas las metamorfitas con fuerte desarrollo de

esquistosidad, los litos monominerales de cuarzo, y las vulcanitas afaníticas e, incluso, algunas con estructura amigdaloidal apropiadas para la molienda.

En la zona de Cueva de Los Corrales, como en los casos anteriores, tampoco existiría una selección por color. Pero aquí, en cambio, los tipos rocosos sí parecen agruparse en torno a las clases de artefactos. Para las manos se seleccionaron vulcanitas pórfido-afaníticas de dureza moderada; para los molinos, rocas granulares y granoblásticas tenaces y duras (ígneas plutónicas y cuarcita); y para los morteros, areniscas friables. Tampoco aquí se utilizaron las metamorfitas y rocas de mezcla con fuerte deformación.

En ambos casos parece haber sido considerada la textura natural por su capacidad de abradir, aunque esta característica fue propiciada y/o mantenida por medio del picado. El tamaño de grano no habría sido un aspecto decisivo, salvo en los artefactos deliberadamente poco abrasivos, como el molino 6, para los que se buscaron rocas de grano muy fino. La cohesión y la dureza, de fuertes a moderadas mayoritariamente, constituirían otros aspectos recurrentemente buscados.

Las formas-base de los artefactos son de tipo primario y corresponden a rodados transportables en el caso de los molinos y manos, y a rodados fijos de gran volumen en la mayoría de los morteros, con excepción de los artefactos de CC1, excavados sobre un afloramiento areal. Salvo por este caso que remite a una fuente primaria, los tipos de formas-base más generalizados pueden obtenerse en las fuentes secundarias constituidas por depósitos de acarreo que hemos considerado como fuentes potenciales.

En la mayoría de los casos se seleccionaron rodados redondeados a subredondeados con ciertas tendencias formales según el tipo de artefacto. En las piezas pasivas, en las que la atrición de aristas y bordes es menor, parece haber sido privilegiada la presencia de oquedades y superficies subplanas y subhorizontales aprovechables en la manufactura de las caras activas.

Los requerimientos de tamaño también habrían sido considerados. Las manos se manufacturaron sobre litos pequeños y, fundamentalmente, manuales; los molinos en rodados de tamaño mediano, transportables pero poco manuales; y los morteros en grandes bloques o afloramientos fijos en el espacio, no siempre de la mejor calidad disponible. Los grandes volúmenes en los que estos últimos se excavaron podrían haber favorecido la resistencia a la fractura durante la molienda por percusión, y la condición de fijeza podría haber impedido movimientos contraproducentes durante el uso de las piezas. En el caso de los morteros de CC1 pudo ser decisiva, además, la ubicación del afloramiento en un sector reparado y la facilidad y rapidez de formatización, por sobre el débil comportamiento de la roca durante el uso, ya que estos artefactos debieron tener una funcionalidad muy específica y un uso no intensivo seguido de abandono o descarte inmediato para la molienda (Babot y Apella 2001).

Si se considera el volumen de los rodados que se utilizaron, la distancia a la zona de aprovisionamiento debió tornarse fundamental. El peso sería un segundo constreñimiento en este sentido, aunque no pudo ser evaluado en los casos de estudio. Esto debió condicionar fuertemente la selección de las materias primas más cercanas a los sitios de molienda. La calidad de las rocas debió ser un criterio empleado una vez dentro de las fuentes. La selección habría operado en el nivel de la apreciación macroscópica general de rasgos que indicaran durabilidad y adecuación de la forma-base, más que en discriminaciones litológicas más finas. Este tipo de abastecimiento sería, también, altamente esperable en otros sitios arqueológicos del NOA situados cerca de zonas de depósitos de rodados.

El análisis de todos los casos parece indicar que la selección de las rocas no pasó por la evaluación de atributos individuales, sino por la consideración de conjuntos de rasgos (tanto las características petrográficas así como la presentación y situación espacial de los litos), y la medida en que éstos podrían favorecer la manufactura, uso y/o mantenimiento en situaciones particulares. La obtención de materias primas constituiría un aspecto clave en el diseño de estos artefactos, pero distintas combinaciones parecen haber sido privilegiadas en distintas situaciones.

No obstante, los resultados muestran que los lugares de búsqueda, los tipos de fuentes y las

características petrográficas y de presentación de los litos, así como la selección de formas-base en los casos arqueológicos, coinciden, en términos generales, con las situaciones registradas en el presente. Esto puede resumirse en un aprovisionamiento próximo.

Se puede inferir que la movilidad desde y hacia los sitios de uso en función del aprovisionamiento de recursos líticos para la confección de artefactos de molienda fue reducida. Debido a que los recursos locales satisfacían estas necesidades, no fueron necesarias estrategias de aprovisionamiento extralocales; éste debió tener lugar mediante un *acceso directo* a las fuentes (*sensu* Ericson 1984). El trabajo invertido en ese sentido debió ser *ad hoc*, aunque también pudo ocurrir que la búsqueda de las materias primas se realizara como parte de algún desplazamiento habitual con otros fines (*embedded*), una vez planteada la necesidad.

Aunque las materias primas están cerca y la posibilidad de recambio rápido de piezas está dada, muchas de ellas están formatizadas y parecen haber sido diseñadas para favorecer su durabilidad. En los casos de estudio se han utilizado mayoritariamente materias primas disponibles abundantemente y de buena a muy buena calidad para elaborar artefactos que han sido manufacturados y mantenidos para promover su larga vida útil, de acuerdo con parte de las expectativas definidas por Andrefsky (1994b). Ello respondería a la intención de conservar a los artefactos y sus superficies activas en uso más que a constreñimientos relacionados con la disponibilidad de las materias primas.

La situación de los artefactos de molienda contrasta notablemente con la de los de piedra tallada en las áreas de estudio. En los sitios del Valle del Bolsón los artefactos fueron tallados principalmente sobre basaltos y andesitas y, secundariamente, en cuarzo, cuarcita blanca, dacita-obsidiana y obsidiana de mayor o menor calidad para la talla. Las fuentes de algunas de ellas no han sido localizadas en el Valle por lo que su obtención sería de tipo no local (Korstanje 1996a)³. En otros casos este dato es conocido; se trata de nódulos de cuarzo y esquistos para la manufactura de artefactos destinados a la labranza.

El material lítico tallado en Cueva de Los Corrales 1 está compuesto por cuarzo, andesita, obsidiana, xilópalo y materias primas no diferenciadas (Oliszewski *et al.* 2005). Con excepción de la obsidiana y el xilópalo, las otras fuentes potenciales han sido descriptas a nivel local; además, la andesita se encuentra distribuida localmente como rodados. Se puede decir por tanto que, en relación con la talla, en CC1 aparentemente se combinaron estrategias de aprovisionamiento estricta y extendidamente local y no local.

El aprovisionamiento de rocas para artefactos de molienda tendría más similitudes con el de rocas para la construcción de estructuras de piedra, por lo menos, en cuanto a los tipos rocosos seleccionados y los lugares de búsqueda. Se sugiere cambiar la perspectiva tradicional para considerar a las materias primas de los artefactos de molienda, como específica y deliberadamente seleccionadas por su aptitud para esos fines, en lugar de tenerlas por piezas de mala calidad, primeramente descartadas para la talla y, sólo secundariamente destinadas para el picado o alisado.

Lo mencionado precedentemente nos indica que varias estrategias de aprovisionamiento de materias primas líticas operaron al mismo tiempo y que, cada tipo de búsqueda, obedecía a un objetivo específico (la manufactura de cierto ítem), que tenían un rumbo distinto (los depósitos de rodados locales en los casos estudiados, otros afloramientos locales y no locales, en el de los artefactos tallados), que se proponían encontrar materias primas de características específicas, y que tenían frecuencias realmente disímiles. En este sentido, estos constituirían conjuntos de decisiones que se tomarían en tiempos diferentes, a medida que las necesidades se presentaban, pero que habrían formado parte del mismo entramado de resoluciones que debieron tomarse en el corto, mediano y largo plazo en el seno de las comunidades agropastoriles estudiadas.

Fecha de recepción: 22/12/2009.

Fecha de aceptación: 27/09/2010.

AGRADECIMIENTOS

A C. Aschero, P. Escola, S. Hocsman, C. Bayón y un evaluador anónimo por sus sugerencias sobre este trabajo. A N. Oliszewski y A. Korstanje por permitirnos acceder a los artefactos analizados. A quienes tan tristemente se nos fueron: nuestro querido Dante Indri, con quien compartimos largas horas mirando rocas; Doña Dalmacia Ferrilli de Salgado, Doña Lorenza de Llama y Don Leocadio Llama, quienes gentilmente nos recibieron. A las señoras Isabel Llama de Chaile, Simona Llama, Camila Llama de Villacorta, y a los señores Silvestre Villacorta, Ramón y Carlos Salgado.

NOTAS

- ¹ Para definir la forma de los rodados según su grado de semejanza con cuerpos geométricos hemos tomado la propuesta de Zingg (1935 en Spalletti 1984), en donde la morfología queda definida por una serie de razones entre sus ejes mayor (A), intermedio (B) y menor (C), mutuamente perpendiculares, que corresponderían a las medidas del largo, ancho y espesor. En base a esto, las cuatro formas que pueden adoptar los rodados, plasmadas en campos en un gráfico denominado “diagrama de Zingg”, son las siguientes:
Discoidales u oblados: con B/A mayor que 2/3 (0,67), C/B menor que 2/3 (0,67).
Equiaxiales, ecuantos o esféricos: con B/A mayor que 2/3 (0,67), C/B mayor que 2/3 (0,67).
Triaxiales, laminares o elipsoidales: con B/A menor que 2/3 (0,67), C/B menor que 2/3 (0,67).
Cilíndricos o prolados: con B/A menor que 2/3 (0,67), C/B mayor que 2/3 (0,67).
- ² Con excepción de este mortero lítico arqueológico que hoy se encuentra en uso debido a un proceso de reclamación (*sensu* Schiffer 1987), los artefactos modernos de este tipo están manufacturados en madera, principalmente de algarrobo (Babot 1999).
- ³ Aún falta evaluar en qué medida los basaltos registrados en las prospecciones fueron usados o descartados para la talla.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Jenny L.
 1988. Use-wear analyses on manos and hide-processing stones. *Journal of Field Archaeology* 15: 307-315.
 1993. Mechanisms of wear on ground stone surfaces. *Pacific Coast Archaeological Quarterly* 29(4): 61-74.
 1996. *Manual for a technological approach to ground stone analysis*. Tucson, Center for Desert Archaeology.
 1999. Refocusing the role of food-grinding tools as correlates for subsistence strategies in the U.S. Southwest. *American Antiquity* 64(3): 475-498.
- Allmendinger, Richard W.
 1986. Tectonic development, Southeastern border of the Puna Plateau, northwestern Argentine Andes. *Geological Society of America Bulletin* 97(9): 1070-1082.
- Andrefsky, William
 1994a. The geological occurrence of lithic material and stone tool production strategies. *Geoarchaeology. An International Journal* 9(5): 375-391.
 1994b. Raw-material availability and the organization of technology. *American Antiquity* 59(1): 21-34.
- Aragón, Eugenio y Nora V. Franco
 1997. Características de rocas para la talla por percusión y propiedades petrográficas. *Anales del Instituto de la Patagonia* (Serie Ciencias Humanas) 25: 87-199.

Aschero, Carlos A.

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe al CONICET. Ms.

Babot, María del Pilar

1999. Un estudio de artefactos de molienda. Casos del Formativo. Tesis de Grado inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán, San Miguel de Tucumán.
2007. Organización social de la práctica de molienda: casos actuales y prehispánicos del Noroeste argentino. En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comps.), *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino: La vivienda, la comunidad y el territorio*: 259-290. Córdoba, Editorial Brujas.

Babot, María del Pilar y María C. Apella

2001. Análisis funcional de artefactos de molienda de El Infiernillo, Tucumán. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina I*: 43-52. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades.

Bamforth, Douglas B.

1992. Quarries in context: a regional perspective on lithic procurement. En J. E. Arnold (ed.), *Stone tool procurement, production and distribution in California Prehistory*. Perspectives in California Archaeology 2: 131-150. Los Angeles, Institute of Archaeology Series, University of California.

Bayón, Cristina, Nora Flegenheimer, Mónica Valente y Alejandra Pupio

1999. Dime cómo eres y te diré de dónde vienes: procedencia de rocas cuarcíticas en la Región Pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 24: 187-217.

Binford, Lewis

1967. Smudge pits and hide smoking: the use of analogy in archaeological reasoning. *American Antiquity* 32: 1-12.

Bossi, Gerardo y Ricardo Palma

1982. Reconsideración de la estratigrafía del Valle de Santa María, Provincia de Catamarca, Argentina. *Actas del V Congreso Latinoamericano de Geología I*: 153-173. Buenos Aires, Servicio Geológico Nacional, Subsecretaría de Minería.

Cotterell, Brian y Johan Kamminga

1990. *Mechanics of pre-industrial technology. An introduction to the mechanics of ancient and traditional material culture*. Cambridge, Cambridge University Press.

Ericson, Jonathon

1984. Toward the analysis of lithic production systems. En J. Ericson y B. Purdy (eds.), *Prehistoric quarries and lithic production*: 1-9. New Directions in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press.

Flannery, Kent

1986. Ground-stone artifacts. En K. Flannery (ed.), *Guilá Naquitz. Archaic foraging and early agricultura in Oaxaca, México*: 147-156. New York, Academic Press.

Franco, Nora V. y Eugenio Aragón

2004. Variabilidad en fuentes secundarias de aprovisionamiento lítico: el caso del sur del Lago Argentino (Santa Cruz, Argentina). *Estudios Atacameños* 28: 71-85.

Franco, Nora V. y Luis A. Borrero

1999. Metodología de análisis de la estructura regional de recursos líticos. En C. A. Aschero, M. A. Korstanje y P. M. Vuoto (eds.), *En los tres reinos: prácticas de recolección en el cono sur de América*: 27-37. San Miguel de Tucumán, Ediciones Magna Publicaciones.

García Azcárate, Jorgelina y Dante Indri

1999. Obtención de materias primas para el trabajo de monolitos. En C. A. Aschero, M. A. Korstanje y P. M. Vuoto (eds.), *En los tres reinos: prácticas de recolección en el cono sur de América*: 71-82. San Miguel de Tucumán, Ediciones Magna Publicaciones.

Guevara, Miguel

1997. La analogía como forma de argumentación en arqueología. *Actualidades Arqueológicas* 12: 7-8.

Haaland, Randi

1995. Sedentism, cultivation, and plant domestication in the Holocene Middle Nile Region. *Journal of Field Archaeology* 22(2): 157-174.

Hayden, Brian

1987. Past to present uses of stone tools in the Maya Highlands. En B. Hayden (ed.), *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*: 161-234. Tucson, University of Arizona Press.

Horsfall, Gayel

1987. Design theory and grinding stones. En B. Hayden (ed.), *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*: 332-337. Tucson, University of Arizona Press.

Korstanje, María Alejandra

- 1996a. Sobre el uso del espacio durante el Formativo en el Valle del Bolsón (Belén-Catamarca). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 13ª parte. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 25(1-4): 99-121.
- 1996b. Sobre la producción agrícola-ganadera en el Formativo: reflexiones para el camino. *Actas del I Congreso de Investigación Social. Región y Sociedad en Latinoamérica. Su problemática en el noroeste argentino*: 402-411. San Miguel de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
2005. La organización del trabajo en torno a la producción de alimentos en sociedades agropastoriles formativas (Pcia. de Catamarca, Rep. Argentina). Tesis de Doctorado en Arqueología inédita, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Meurers-Balke, Jutta y Jens Lüning

1992. Some aspects and experiments concerning the processing of glume wheats. En *Préhistoire de l'agriculture: nouvelles approches expérimentales et ethnographiques*, *Mongraphie du CRA* 6: 341-362. París, Centre National de la Recherche Scientifique.

Mirambell, Lorena

1968. Técnicas lapidarias prehispánicas. *Serie Investigaciones* 14, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Nami, Hugo

1984. La tecnología lítica y una nueva propuesta nomenclatoria. *Arqueología Contemporánea* 1(2): 21-25.
1992. El subsistema tecnológico de la confección de instrumentos líticos y la explotación de los recursos del ambiente: una nueva vía de aproximación. *Shincal* 2: 33-53.

Navarro García, Luis

1984. Estratigrafía de la región comprendida entre los paralelos de 26°00' a 27°15' de latitud sur y los meridianos de 66°30' a 67°00' de longitud oeste, Provincia de Catamarca. *Actas del Noveno Congreso Geológico Argentino* 1: 353-383. San Carlos de Bariloche.

Nelson, Margaret y Heidi Lippmeier

1993. Grinding-tool design as conditioned by land-use pattern. *American Antiquity* 58(2): 286-305.

Oliszewski, Nurit; Jorge G. Martínez y Mario A. Caria

2008. Ocupaciones prehispánicas en una quebrada de altura: el caso de Cueva de Los Corrales 1 (El Infiernillo, Tafí del Valle, Tucumán). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 33: 209-221.

Ratto, Norma

1991. Elección de rocas y diseño de artefactos: propiedades físico-mecánicas de las materias primas líticas del sitio IC-c4, Argentina. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* 2: 121-137. Santiago de Chile, Sociedad Chilena de Arqueología.

Ratto, Norma y María Fernanda García

1996. Disponibilidad y aprovisionamiento de materias primas líticas: muestreo piloto en sectores de la costa norte de Tierra del Fuego (Argentina). *Arqueología* 6: 223-263.

Ratto, Norma y Débora Kligmann

1992. Esquema de clasificación de materias primas líticas arqueológicas en Tierra del Fuego: intento de unificación y aplicación a dos casos de análisis. *Arqueología* 2: 107-134.

Ratto, Norma y Osvaldo Nestiero

1998. Ensayos cuantitativos para la determinación de las propiedades físico mecánicas de las rocas: sus implicancias arqueológicas. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 8ª parte. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 20(3-4): 143-158.

Roldán, María Fabiana

1999. Instrumentos líticos pulidos: determinación de la diversidad funcional en el grupo tipológico “manos de conana”. *Libro de Resúmenes del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 20-21. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades.

Ruíz Huidobro, Oscar

1972. *Descripción geológica de la Hoja 11e Santa María*. Ministerio de Industria y Minería, Subsecretaría de Minería, Servicio Nacional Minero Geológico. Boletín 134. Buenos Aires.

Schiffer, Michael B.

1987. *Formation processes of the archaeological record*. Albuquerque, University of New Mexico Press.

1988. The structure of archaeological theory. *American Antiquity* 53(3): 461-485.

Spalletti, Luis

1984. Revisión sobre el significado sedimentológico de algunas propiedades morfométricas, con especial referencia a los conceptos de ecuantidad y esfericidad de los clastos. *Boletín Sedimentológico* 2(2-3): 67-80.

Turner, Juan Carlos

1976. *Descripción de la Hoja Geológica 11d. Laguna Blanca*. Ministerio de Industria y Minería, Subsecretaría de Minería, Servicio Nacional Minero Geológico, Buenos Aires.

Wurschmidt, Alejandra E. y María Alejandra Korstanje

1998-99. Maíz en la cocina: primeras evidencias de fitolitos en sitios arqueológicos del NO Argentino. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 18: 457-468.

LA DISTRIBUCIÓN DE LA DEFORMACIÓN ARTIFICIAL DEL CRÁNEO EN EL ÁREA ANDINA CENTRO SUR

José Alberto Cocilovo* y Héctor Hugo Varela**

A Virgilio Schiappacasse y Oscar Espoueyes

RESUMEN

La deformación artificial del cráneo constituye un tema de interés por su significación para inferir influencias e interacciones sociales. Reuniendo toda la información disponible en la actualidad, 2.753 casos relevados en el Norte de Chile y en el N.O. Argentino (3000 AC-1450 DC), se analiza la distribución de distintos tipos deformatorios desde el punto de vista espacial y temporal, mediante cuentas, proporciones y pruebas estadísticas basadas en la distribución χ^2 . Se pudieron establecer perfiles característicos a nivel regional y subregional. En el N.O. Argentino son mayoría los tabulares, dominando los tabulares oblicuos, con una escasa existencia de circulares, mientras que en el Norte de Chile, si bien la proporción de tabulares es alta, es mayor la presencia de deformación circular. Las diferencias comprobadas se basan en la combinación de los tipos y en la variación de la popularidad de cada uno de ellos, dominando uno u otro, de norte a sur y desde zonas marítimas a continentales.

Palabras clave: biología y cultura - deformación artificial - tipos y distribución.

ABSTRACT

Artificial skull deformation is a subject of significant interest to infer social influences and interactions. Considering all the available information at present, 2,753 cases from northern Chile and northwestern Argentina (3000 BC - 1450 AD), the distribution of different deformation types is analyzed from the spatial and temporal point of view, using accounts, proportions and statistical tests based on the distribution χ^2 . Characteristic profiles at regional and subregional levels could be established. In the northwest Argentina, the tabular outnumber the rest, dominated by oblique tabular, with a scarce presence of circular deformation; while in the northern Chile, though the proportion of tabular is high, the presence of circular deformation is greater. The

* Departamento de Ciencias Naturales, Facultad de Ciencias Exactas, Físico-Química y Naturales, Universidad Nacional de Río Cuarto (5800). Río Cuarto, Argentina. E-mails: jcocilovo@exa.unrc.edu.ar; hvarela@exa.unrc.edu.ar.

differences found are based on the combination of the deformation types and on the variation of the popularity of each, dominated by one or the other, from north to south and from the coast to the interior continent.

Key words: *biology and culture - artificial deformation - types and distribution.*

INTRODUCCIÓN

La deformación artificial del cráneo es uno de los efectos culturales de mayor impacto sobre el crecimiento y desarrollo normal del cuerpo humano. Su estudio se encuentra reflejado en una extensa literatura y constituye un tema de investigación relevante con una amplia cobertura en la historia de la antropología física mundial. Los aspectos principales implicados en el estudio de esta particular práctica se refieren a sus efectos en la morfogénesis craneana normal, y a su distribución espacial y temporal. Las alteraciones en el desarrollo normal del cráneo fueron evaluados para el Área Andina Centro Meridional (ACM) en un trabajo reciente (Cocilovo *et al.* 2010), restando el análisis de los otros dos aspectos que serán abordados en el presente trabajo. Con la información disponible se espera obtener mayores elementos de juicio para establecer su significación desde el punto de vista social y cultural.

La asociación de la deformación artificial con espacios geográficos, períodos cronológicos y ciertas entidades culturales, se encuentra abundantemente tratada en los principales trabajos dedicados al tema, sin embargo, más allá de lo puramente observacional, son escasas las pruebas concretas sustentadas estadísticamente. A continuación, se presenta una reseña de los aportes más importantes realizados para el área de estudio sobre la distribución de los diferentes tipos reconocidos tratando, dentro de lo posible, de adecuar los registros publicados a los modelos propuestos por Dembo e Imbelloni (1938).

Los principales datos sobre la distribución de la deformación artificial para nuestra área de estudio fueron proporcionados por Imbelloni (1925, 1932, 1933), luego resumidos en la obra de Dembo e Imbelloni (1938) y en Imbelloni (1950). En efecto, en estos trabajos la zona Andina (incluye costa del Pacífico, altiplano y faldeos cordilleranos) comprende 11 áreas, en Perú, Chile y Argentina, caracterizadas por tipos deformatorios exclusivos o combinados: Chimú y Chíncha (deformación tabular erecta exclusivamente), Huanta-Kichua (deformación anular erecta y tabulares), “pueblos de la Montaña N.O. Perú” (deformación anular), “pueblos amazónicos, Perú oriental” (tabulares oblicuos exclusivamente), Colla (deformación tabular erecta y circular), Atacameña (deformación anular, tabular oblicua y tabular erecta), Puna de Jujuy (circulares y tabulares), Humahuaca (tabular oblicua exclusivamente), Diaguita occidental, Chile (predominio de tabular erecta), Diaguita oriental, Argentina (predominan tabulares y escasos circulares).

En 1931 se produce una de las recopilaciones más completas sobre el tema a nivel mundial (Dinwall 1931) con un capítulo extenso referido a Sudamérica. La asociación entre deformación y cultura alcanza su máxima expresión en Perú en donde se llegó a establecer la existencia de aproximadamente doce tipos deformatorios (Weiss 1961, 1962, 1972). Posteriormente el tema es explorado por Munizaga (1964) en poblaciones del Norte de Chile, trabajo en el cual se propone la asociación entre tocados y tipos deformatorios, y se analiza su distribución cronológica. Pocos años después, este autor estudia la distribución en el tiempo de la deformación en San Pedro de Atacama (Munizaga 1969). Siguiendo esta línea, se destaca el trabajo de Allison *et al.* (1981) y el de mayor precisión desarrollado por Torres-Rouff (2002, 2007) en San Pedro de Atacama donde analiza la distribución de la deformación en distintos cementerios y períodos culturales en general para la subárea. Costa y Llagostera (1994) y Costa *et al.* (2008) presentan estudios particulares para los sitios Coyo 3 y Coyo Oriente. Soto (1972-1973, 1974) analizó la deformación artificial en las fases culturales Chinchorro, El Laucho y Alto Ramírez de Arica y posteriormente realizó

un análisis muy completo sobre la evolución de las deformaciones, tocados y funebria en esta misma localidad (Soto-Heim 1987).

En los trabajos citados para San Pedro de Atacama, la idea central fue lograr una conexión, durante el Período Medio entre San Pedro y el centro altiplánico de Tiwanaku, suponiendo por una parte (Munizaga 1969: 132) que "... la deformación tabular oblicua, en el Norte de Chile está ligada a la difusión de elementos culturales de Tiahuanaco" y por la otra (Costa y Llagostera 1994; Torres-Rouff 2002, 2007; Costa *et al.* 2008) que los tipos circulares son indicadores de su momento expansivo para establecer de esta forma una efectiva interacción sociocultural. Sin embargo el problema no es sencillo y la prueba lograda, quizá por la naturaleza propia del fenómeno (biológica y cultural), no tuvo la solidez de otros marcadores arqueológicos específicos.

Por los antecedentes disponibles es posible advertir que en el sitio de Tiwanaku no parece haber existido un tipo exclusivo de práctica deformatoria. Por ejemplo, en las obras de Posnansky (1914) y Hjorjo y Lindh (1947), así como en el trabajo sobre un muestra antigua de Ruiz *et al.* (1984), los materiales del área cultural de Tiwanaku, si bien muestran el predominio de circulares, también indican la existencia de los otros tipos deformatorios reconocidos para el ACM. Incluso en evaluaciones realizadas por Blom *et al.* (1998) y Blom (2005) se encuentran diferencias en la frecuencia de los tipos deformatorios, predominando el tipo tabular oblicuo en Moquegua y el anular en Katari, mientras que en Tiwanaku se observó la coexistencia de ambas costumbres.

A partir de la década de 1980 se realizó una serie de estudios en materiales del Norte de Chile y del N.O. Argentino que permitieron ampliar el conocimiento sobre los efectos y la distribución local de los tipos deformatorios. Hoy se dispone de información de Arica, Pisagua y San Pedro de Atacama (Cocilovo *et al.* 1982; Cocilovo y Zavattieri 1994; Cocilovo 1995; Varela 1997; Cocilovo *et al.* 1999a; Cocilovo y Costa Junqueira 2001), Valles Calchaquies (Cocilovo y Baffi 1985; Baffi 1992), Puna (Mendonça *et al.* 1994), Quebrada de Humahuaca (Cocilovo *et al.* 1999b) y Selvas Occidentales (Baffi y Cocilovo 1989-90; Baffi *et al.* 1996).

Si bien los antecedentes comentados brindan una información útil, no existe un estudio actualizado a nivel regional que permita la integración del conocimiento logrado en distintas localidades y evaluar la importancia de este particular fenómeno cultural para plantear relaciones socioculturales. Por esta razón, el objetivo del presente trabajo es analizar la distribución de la deformación artificial en el ACM cuya variación desde el punto de vista espacial y temporal, sin duda, estuvo determinada por pautas culturales y preferencias socialmente establecidas.

MATERIAL Y MÉTODOS

La muestra para el análisis de la distribución de los tipos deformatorios está integrada por 2.753 observaciones realizadas sobre individuos de ambos sexos, de edad adulto, sin deformación y deformados de tipo tabular (erecto y oblicuo) y circular (erecto y oblicuo), determinados según Dembo e Imbelloni (1938). Una definición sintética de las categorías analizadas se consignó en Cocilovo *et al.* (2010) y se presenta en el Apéndice del presente trabajo. Los materiales corresponden a dos regiones del Área Andina Centro Sur (Figura 1): Noroeste Argentino (NOA) y Norte de Chile (NCH), en las cuales se consideran las subregiones o subáreas: Arica, Pisagua, San Pedro de Atacama y Calama en el NCH, y Puna, Quebrada de Humahuaca, Valle Calchaquí (Salta y Catamarca), Belén (Catamarca) y Selvas Occidentales en el NOA. Las correspondientes referencias se dan en la Tabla 1.

Los materiales del NCH fueron exhumados en Arica, Pisagua, San Pedro de Atacama y Calama (Chunchurí) y poseen una amplia distribución cronológica que comprende los períodos Arcaico Tardío, Formativo, Tiwanaku, Desarrollo Regional, e Inka (Cocilovo *et al.* 1999a, 2001; Varela y Cocilovo 2000, 2002; Cocilovo y Varela 2002). De Arica se emplearon las colecciones Morro Uhle y Morro 1/1-6 pertenecientes al Período Arcaico Tardío, Plm7, Az14, Az22, Az70,



Figura 1. Área Andina Centro Meridional. Localidades de muestreo.

Az115 al Período Intermedio Temprano, Az3, Az13, y Az103 al Período Medio, Chll-5, Cam8, Plm3, Plm4, Az8, Az71, Az75, Az79 y Az105 al Intermedio Tardío y Plm4, Az8, y Llu12, Llu13 al Período Tardío (Varela *et al.* 2004).

La serie de Pisagua está integrada por materiales recuperados por Max Uhle en 1.913, que fueron exhumados en cuatro sectores de esta localidad designados como “D”, “C”, “A” y “H”. De acuerdo con la información proporcionada por Uhle (1917, 1918, 1919) y por estudios posteriores (Nuñez 1965, 1968, 1978) dichos sitios pueden ser asignados a distintos momentos del desarrollo cultural agroalfarero del NCH. El primero correspondería al Período Formativo, el segundo al Período Medio, el tercero al Intermedio Tardío y el cuarto al Tardío (Cocilovo 1995; Cocilovo *et al.* 1999a). Mayores detalles figuran en los trabajos de Quevedo y Cocilovo (1995, 1996).

Tabla 1. Área Andina Centro Sur. Distribución y referencias de las muestras.

Subregión	Referencias
Arica (Costa y Valle)	Cocilovo <i>et al.</i> 2001
Pisagua	Cocilovo <i>et al.</i> 1995, 1999a
San Pedro de Atacama	Varela y Cocilovo 2010
Calama	Cocilovo 1995; Cocilovo <i>et al.</i> 1999a
Puna	Mendonça <i>et al.</i> 1991
Quebrada de Humahuaca	Cocilovo <i>et al.</i> 1999b
Valle Calchaquí	Baffi 1992
Belén	Paulotti <i>et al.</i> 1949
Selvas Occidentales	Baffi y Cocilovo 1989; Baffi <i>et al.</i> 1996

En San Pedro de Atacama, los materiales correspondientes al Período Temprano o Formativo (300 AC - 400 DC) provienen de cementerios ubicados en los ayllus de Toconao, Quitor y Larrache, los del Período Medio o Tiwanaku (400-1000 DC) de los ayllus de Solcor, Quitor y Coyo y los del Período Tardío o Desarrollos Regionales-Inka (1000-1535 DC) de los ayllus de Yaye, Catarpe y Quitor (Varela y Cocilovo 2009 y 2010).

La muestra del N.O. Argentino procede de la Puna (Jujuy) incluyendo Santa Rosa de Tastil (Marcellino y Ringuelet 1969), Quebrada de Humahuaca (Jujuy), Valle Calchaquí (Salta y Catamarca), Belén (Paulotti *et al.* 1949) y Selvas Occidentales (Las Pirguas, Salta) (Figura 1). Estos materiales pueden ser asignados a los períodos Agroalfareros Medio y Tardío (Cocilovo y Baffi 1985; Baffi y Cocilovo 1989-90; Mendonça *et al.* 1991, 1994; Baffi *et al.* 1996; Cocilovo *et al.* 1999b). Las Pirguas o Pampa Grande (Salta), cuyos restos pertenecen a la Cultura de La Candelaria, posee un fechado radiocarbónico que la ubica entre el 400 y 650 DC (Carnese *et al.* 2010). Santa Rosa de Tastil, un extenso poblado preincaico en la Quebrada de Las Cuevas (Salta) fue datada en 1420 DC (Vogel y Lerman 1969; Cigliano 1973).

En general, la asignación a períodos para el NOA es meramente estimativa pues se carecen de fechados radiocarbónicos asociados directamente con los restos óseos. Los materiales de la Quebrada de Humahuaca provienen de los sitios: Alfarcito, La Isla, Angosto Chico, Ciénega Grande, Campo Morado, Juella, Los Amarillos, Yacoraite, Pukará de Tilcara, Pukará de Peñas Blancas y Pukará de Volcán. De acuerdo con el estudio realizado por Nielsen (2001), se pueden establecer para cada sitio rangos de ocupación más probables. Por ejemplo, para El Alfarcito desde el Formativo Tardío (PF) hasta el Período de Desarrollos Regionales I (≡ Período Medio) (PDRI), La Isla al PDR I, Juella, al Período de Desarrollos Regionales II (PDR II) (≡ Período Tardío), Los Amarillos, Yacoraite, Campo Morado, La Huerta, Pukará de Tilcara, Peñas Blancas, Volcán y Angosto Chico desde PDR I hasta el Período Inca (PI), Ciénega Grande desde PDR II hasta PI. Para El Volcán se dispone de una serie de fechados distribuidos desde 1168 hasta 1533 DC (Cremonte y Garay de Fumigalli 1997), el Pukará de Tilcara posee un rango de ocupación entre 1100 y 1530 DC (Zaburlín 2009), desde el Período Intermedio Tardío hasta la dominación incaica. Rivolta (2007) proporciona un resumen de fechados para Los Amarillos desde el 1000 DC hasta 1600 DC, La Huerta desde 800 DC hasta 1470 DC y Juella desde 630 a 1360 DC; de estos dos últimos el segundo sería más aceptable (Cigliano 1967).

La muestra de Puna está integrada por elementos exhumados en los sitios: Sorcuyo, Río Negro, Queta, Casabindo, Doncellas (Expedición Casanova 1937-1944) y Río San Juan Mayo pertenecientes a contextos tardíos (Mendonça *et al.* 1991, 1994). Sorcuyo (Pueblo Viejo de Tucute) cuenta con fechados que lo ubican alrededor de 1300 DC (Albeck 1999; Albeck y Ruíz 2003). El análisis de la tecnología cestera de la colección de Doncellas, recuperada por Casanova entre 1941

y 1943, revela materiales asociados a un grupo caravanero, cuya presencia puede abarcar desde 1300 DC hasta el Período Hispano indígena (Pérez de Micou 2001). Para esta misma localidad ($\equiv$ Agua Caliente de Rachaite) se podría estimar una ocupación desde antes del Período Medio hasta el momento de contacto Hispano (Albeck y Ruíz 2003).

Los restos de Valle Calchaquí, sector septentrional, fueron exhumados en Cachi, Fuerte Alto, La Paya, Payogasta, Luracatao, Tacuil y La Poma. En general, para estos sitios, se dispone de un detallado análisis de antecedentes realizado por Baffi (1992) que permitirían su asignación desde el Periodo Tardío hasta el Incaico.

La determinación del sexo y la edad se realizó según Molnar (1971), Acsádi y Nemeskéri (1970), Bass (1981), Buikstra y Ubelaker (1994) y Lovejoy (1985). En este trabajo se consideran cuatro tipos deformatorios: Tabular erecto (TE), Tabular oblicuo (TO), Circular erecto (CE) y Circular oblicuo (CO), y la categoría no deformados (ND). La distribución de las clases mencionadas se presenta en tablas de doble entrada por región y subregión. Los resultados son expuestos en forma global hasta el nivel de subregión. En los casos en los cuales se disponía de información como es el caso del NCH, se analizó la distribución por períodos, también en forma global y por subregión. Esta variable es evaluada como un atributo (presencia o ausencia) de lo cual surgen cuentas que luego se traducen en proporciones. Por esta razón, las diferencias entre proporciones fueron evaluadas empleando la prueba χ^2 en combinaciones grupales habilitadas por disponer de datos completos. Para mayores detalles sobre los materiales de cada localidad nos remitimos a los trabajos anteriores que fueran citados en la Introducción. En líneas generales, el análisis y la exposición de los resultados así como la discusión de los mismos sigue un orden espacial (región, subregión y localidad) y cronológico para luego terminar con una evaluación del comportamiento de cada tipo deformatorio incluyendo los casos sin deformación.

RESULTADOS

La distribución de los tipos deformatorios se consigna en la Tabla 2. Globalmente ambas regiones presentan una frecuencia dominante de individuos tabulares (71,41 %) con predominio de TE (38 %) contra TO (33 %), seguidos por no deformados (18 %) y circulares (11 %), con proporciones semejantes para CE y CO. Los hechos más destacados indican una repartición más completa en el NCH, con una ocurrencia mayor de tabulares (50 %) que circulares (23 %) y la escasa ocurrencia de circulares en el N.O. Argentino (2,4 %), en donde se destaca la mayor proporción de tabulares (86 %), entre los cuales predominan los TO (45 %). Comparando ambas distribuciones se obtuvo un valor $\chi^2 = 528,86$, 4 gl., $p = 0,0000$, indicando diferencias significativas entre una y otra región.

En toda la región (Tabla 3) se observa la distribución de la deformación asociada con el sexo de los individuos, principalmente con los tipos tabulares, siendo más frecuente la TE en masculinos y la TO en femeninos ($\chi^2 = 43,4368$, 4 gl., $p = 0,0000$). Ambas superan en un 12 % y en 18 % respectivamente al valor esperado, siendo escasa la contribución de las restantes clases. En el NCH no se obtuvieron pruebas suficientes para esta asociación ($\chi^2 = 9,3714$, 4 gl., $p = 0,0525$), aunque el resultado se encuentra al nivel de significación, mientras que sí fue posible en el N.O. Argentino ($\chi^2 = 45,445$, 4 gl., $p = 0,0001$), en donde existe mayor frecuencia de hombres TE y de mujeres TO, presentando ambos sexos una proporción inversa de preferencia, 18 % mayor que lo esperado, para uno u otro tipo.

Dentro de cada región la distribución de los tipos deformatorios no se presenta de manera uniforme. Por ejemplo, en el NCH (Tabla 4), en Arica, la mayor frecuencia corresponde a circulares (55 %) y la menor a tabulares (27,5 %), con 18 % de ND, en los primeros predominan los CO (31 %) y en los segundos los TE (18 %). En Pisagua, los ejemplares tabulares son más frecuentes (45 %) que los circulares (31 %) y los ND (24 %), con proporciones semejantes entre

Tabla 2. Área Andina Centro Sur. Distribución de los tipos deformatorios.

Subregión	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	Total
Arica	55 (18,03)	29 (9,51)	72 (23,61)	95 (31,15)	54 (17,70)	305
Pisagua	26 (23,42)	24 (21,62)	16 (14,41)	18 (16,22)	27 (24,32)	111
San Pedro de Atacama	256 (41,16)	127 (20,42)	23 (3,70)	12 (1,93)	204 (32,80)	622
Calama	28 (33,33)	11 (13,10)	19 (22,62)	1 (1,19)	25 (29,76)	84
Total Norte de Chile (NCH)	365 (32,53)	191 (17,02)	130 (11,59)	126 (11,23)	310 (27,63)	1122
Puna	19 (4,50)	290 (68,72)	1 (0,24)	8 (1,90)	104 (24,64)	422
Quebrada de Humahuaca	150 (26,27)	365 (63,92)	10 (1,75)	5 (0,88)	41 (7,18)	571
Valle Calchaquí	420 (82,03)	70 (13,67)	15 (2,93)	-	7 (1,37)	512
Belén	47 (90,38)	3 (5,77)	-	-	2 (3,85)	52
Selvas Occidentales	44 (59,46)	2 (2,70)	-	-	28 (37,84)	74
Total Noroeste Argentino (NOA)	680 (41,69)	730 (44,76)	26 (1,59)	13 (0,80)	182 (11,16)	1631
Total	1045 (37,96)	921 (33,45)	156 (5,67)	139 (5,05)	492 (17,87)	2753

Nota: porcentajes por filas. Comparación totales entre N. Chile y N.O. Argentino, $\chi^2 = 528,860$, 4 gl. p = 0,0000.

Tabla 3. Área Andina Centro Sur. Distribución de los tipos deformatorios por región y por sexo.

Subregión	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	Total
Norte de Chile (NCH)						
Masculinos	188 (33,39)	76 (13,50)	68 (12,08)	64 (11,37)	167 (29,66)	563
Femeninos	174 (32,16)	108 (19,96)	62 (11,46)	62 (11,46)	135 (24,95)	541
$\chi^2 = 9,3714$, 4 gl. p = 0,05247						
Noroeste Argentino (NOA)						
Masculinos	373 (47,76)	297 (38,03)	17 (2,18)	7 (0,90)	87 (11,14)	781
Femeninos	231 (32,40)	386 (54,14)	8 (1,12)	6 (0,84)	82 (11,50)	713
$\chi^2 = 45,445$, 4 gl. p = 0,0001						

Nota: porcentajes por filas. Total para toda el Área: $\chi^2 = 43,4368$, 4 gl., p = 0,0000.

los subtipos deformatorios. En San Pedro de Atacama, igualmente hay mayor frecuencia de tipos tabulares (62 %), seguidos por ND (33 %) y escasos circulares (6 %). En esta muestra predominan los TE (41 %), sobre los TO (20 %). En Calama, los tabulares representan el 46 % con mayor frecuencia de TE (33%), ND el 30 % y circulares el 24 %. Estas diferencias entre subregiones son estadísticamente significativas: $\chi^2 = 317,401$, 12 gl., $p = 0,0000$, incluso considerando TE, TO, C (CE+CO) y ND, también existen diferencias demostrables entre las frecuencias: $\chi^2 = 290,624$, 9 gl. $p = 0,0000$. Aunque las pruebas realizadas indican diferencias marcadas entre las cantidades observadas y las esperadas, un componente importante del valor χ^2 es el excedente notable de individuos deformados circularmente en Arica y en Pisagua, comparado con el de tabulares y su escasa frecuencia en San Pedro de Atacama.

Tabla 4. Área Andina Centro Sur. Norte de Chile. Distribución de los tipos deformatorios.

SUBÁREA	DEFORMACIÓN					Total
	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	
Arica	55 (18,03)	29 (9,51)	72 (23,61)	95 (31,15)	54 (17,70)	305
Pisagua	26 (23,42)	24 (21,62)	16 (14,41)	18 (16,22)	27 (24,32)	111
San Pedro de Atacama	256 (41,16)	127 (20,42)	23 (3,70)	12 (1,93)	204 (32,80)	622
Calama	28 (33,33)	11 (13,10)	19 (22,62)	1 (1,19)	25 (29,76)	84

Nota: porcentajes por filas.

Comparaciones:

1) Global para todas las clases: $\chi^2 = 317,401$, 12 gl. $p = 0,0000$.

2) Considerando TE, TO, C y ND: $\chi^2 = 290,624$, 9 gl. $p = 0,0000$.

En el N.O. Argentino (Tabla 5) sucede otro tanto, aunque las cuentas dan resultados mucho más dispares. En la Puna, el hecho destacado es la frecuencia dominante de TO que alcanza el 69 %, sólo el 4,5 % de TE, 25 % de ND, y 2 % de circulares. Comparativamente, en la Quebrada de Humahuaca también predominan los tabulares oblicuos (64 %), pero hay una mayor frecuencia de TE (26 %), escasos ND (7 %) y 3 % de circulares. En cambio, en la subárea de Valles Calchaquíes abundan netamente los TE (82 %), seguidos por los TO (14 %), son escasos los circulares (3 %) y ND (1,4 %). En la serie de Belén hay 90 % de TE, 6 % de TO y 4 % de ND. En Selvas Occidentales (Pampa Grande), el 62 % son tabulares y el resto ND (38 %). Aunque es notoria en esta región la baja frecuencia de circulares, en las dos últimas muestras se destaca la total ausencia de este tipo deformatorio. Para evitar el problema de celdas vacías, se exploraron las siguientes combinaciones: 1) TE, TO, C y ND para Puna, Quebrada de Humahuaca y Valle Calchaquí, resultando $\chi^2 = 719,553$, 6 gl., $p = 0,0000$; 2) TE, TO y ND para todas las subáreas: $\chi^2 = 834,817$, 8 gl., $p = 0,0000$, indicando en ambas pruebas, diferencias significativas entre las frecuencias de las categorías deformatorias consideradas.

La información disponible para el NCH permite explorar con mayor precisión la distribución de los tipos deformatorios en el tiempo (Tabla 6). Un hecho relevante en el Período Arcaico, representado por materiales Chinchorro de la costa de Arica, es la gran frecuencia de tipos cir-

Tabla 5. Área Andina Centro Sur. N.O. Argentino. Distribución de los tipos deformatorios.

SUBÁREA	DEFORMACIÓN					Total
	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	
Puna	19 (4,50)	290 (68,72)	1 (0,24)	8 (1,90)	104 (24,64)	422
Quebrada de Humahuaca	150 (26,27)	365 (63,92)	10 (1,75)	5 (0,88)	41 (7,18)	571
Valle Calchaquí	420 (82,03)	70 (13,67)	15 (2,93)	-	7 (1,37)	512
Catamarca	47 (90,38)	3 (5,77)	-	-	2 (3,85)	52
Selvas Occidentales	44 (59,46)	2 (2,70)	-	-	28 (37,84)	74

Nota: porcentajes por filas.

Comparaciones:

1) TE, TO, C y ND para Puna, Q. Humahuaca y V. Calchaquí, $\chi^2 = 719,553$, 6 gl. $p = 0,0000$.

2): TE, TO y ND para todas las subáreas, $\chi^2 = 834,817$, 8 gl. $p = 0,0000$.

Tabla 6. Área Andina Centro Sur. Norte de Chile. Distribución de los tipos deformatorios por período.

Período	DEFORMACIÓN					Total
	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	
Arcaico tardío	16 (16,16)	-	30 (30,30)	23 (23,23)	30 (30,30)	99
Intermedio temprano	32 (20,65)	27 (17,42)	35 (22,58)	34 (21,94)	27 (17,42)	155
Medio	215 (41,91)	103 (20,08)	18 (3,51)	15 (2,92)	162 (31,58)	513
Intermedio tardío	21 (17,80)	14 (11,86)	19 (16,10)	36 (30,51)	28 (23,73)	118
Tardío	81 (34,18)	47 (19,83)	28 (11,81)	18 (7,59)	63 (26,58)	237

Nota: porcentajes por filas.

Comparaciones:

1) sin período Arcaico, $\chi^2 = 190,475$, 12 gl. $p = 0,0000$.

2) T, CE, CO y ND para todos los períodos, $\chi^2 = 241,4815$, 12 gl. $p = 0,0000$.

3) solamente CE y CO y ND para todos los períodos, $\chi^2 = 128,7670$, 8 gl., $p = 0,0000$.

culares (54 %) y la ausencia de TO, incluyendo 16 % TE y 30 % ND. En el período Intermedio Temprano los TE representan el 21 %, aparecen individuos TO en 17 % de los casos, mientras que los circulares presentan frecuencias semejantes (23 % CE, 22 % CO) y hay 17 % ND. En el Período Medio predominan netamente los tabulares que alcanzan 62 % contra el 6 % de cir-

culares y 32 % ND. En el Intermedio Tardío desciende bruscamente la frecuencia de tabulares (30 %), se incrementa la de circulares (47%) y disminuyen a 24 % los ND. Por último, en el Tardío, aumentan los tabulares (54 %), disminuyen los circulares (19 %) y crecen ligeramente los ND (27 %). Como en el caso anterior, planificando comparaciones que permiten salvar la cuestión de las celdas vacías, se comprueba: 1) Sin considerar el Período Arcaico, los restantes períodos presentan frecuencias diferentes en todos los tipos deformatorios ($\chi^2 = 190,475$, 12 gl., $p = 0,0000$); 2) Entre todos los períodos, considerando T (juntas TE y TO), CE, CO y ND se observan frecuencias diferentes ($\chi^2 = 241,4815$, 12 gl., $p = 0,0000$) y 3) Los circulares entre todos los períodos también se distribuyen en forma diferente ($\chi^2 = 128,767$, 8 gl., $p = 0,0000$). Por lo tanto, los distintos períodos del desarrollo cultural de esta región pueden ser caracterizados por la particular combinación de las frecuencias de los tipos deformatorios.

La síntesis anterior está basada en la información disponible para Arica, Pisagua, San Pedro de Atacama y Calama con registros cronológicos confiables. La desagregación de los datos permite obtener una visión de la distribución local aunque se pierde seguridad por la subdivisión de las muestras y la reducción de los grados de libertad en las pruebas estadísticas. En Arica (Tabla 7), la característica distintiva, ya mencionada, es la ausencia de TO en el Período Arcaico Tardío, las frecuencias destacadas de circulares, ND y la existencia de TE. En el Intermedio Temprano se dan todos los tipos en proporciones semejantes aunque predominan los circulares y disminuyen los ND. En el Medio son más frecuentes las formas tabulares, pero la muestra es demasiado pequeña para establecer una conclusión estable. En el Intermedio Tardío se incrementa nuevamente la frecuencia de circulares y se mantiene en el Tardío, en el cual no se registran TO. Este tipo deformatorio parece marcar los períodos intermedios. Considerando la distribución temporal de tabulares contra circulares se obtuvieron diferencias significativas: $\chi^2 = 27,491$, 4 gl., $p = 0,0001$ entre sus respectivas frecuencias.

En Pisagua (Tabla 8), en el Período Intermedio Temprano, se observa una situación semejante a la del Arcaico Tardío de Arica con la presencia de TE y ausencia de TO, aunque las frecuencias de circulares es mayor. En el Período Medio, los tipos tabulares dominan sobre los circulares, aparecen ejemplares TO y se destaca la proporción de ND; la frecuencia de tabulares señala un perfil aproximado al Intermedio Temprano de Arica. En el Intermedio Tardío se incrementan las formas tabulares y se mantienen las circulares, mientras que en el Tardío continúan dominando

Tabla 7. Norte de Chile, Arica; distribución de los tipos deformatorios por período.

ARICA	Deformación Artificial					Total
Período	Tabular Erecto	Tabular Oblicuo	Circular Erecto	Circular Oblicuo	No Deformado	
Arcaico Tardío	16 (16,16)	-	30 (30,30)	23 (23,23)	30 (30,30)	99
Intermedio Temprano	17 (20,0)	18 (21,18)	22 (25,88)	24 (28,24)	4 (4,71)	85
Medio	7 (50,0)	5 (35,71)	1 (7,14)	1 (7,14)	-	14
Intermedio Tardío	11 (12,94)	6 (7,06)	16 (18,82)	34 (40,0)	18 (21,18)	85
Tardío	4 (18,18)	-	3 (13,64)	13 (59,09)	2 (9,09)	22

Nota: porcentajes por filas.

Comparación: considerando T (TE+TO) x C (CE+CO): $\chi^2 = 27,491$, 4 gl., $p = 0,00002$.

Tabla 8. Norte de Chile, Pisagua; distribución de los tipos deformatorios por período.

PISAGUA	Deformación Artificial					Total
Período	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	
Intermedio Temprano	3 (10,71)	-	11 (39,29)	10 (35,71)	4 (14,29)	28
Medio	4 (17,39)	6 (26,09)	2 (8,70)	2 (8,70)	9 (39,13)	23
Intermedio Tardío	10 (30,30)	8 (24,24)	3 (9,09)	2 (6,06)	10 (30,30)	33
Tardío	9 (33,33)	10 (37,04)	-	4 (14,81)	4 (14,81)	27

Nota: porcentajes por filas.

Comparación considerando T (TE+TO) x C (CE+CO) y ND: $\chi^2 = 40,664$, 6 gl., $p = 0,0000$.

los tabulares y se registran solamente CO. Considerando la distribución de tabulares (TE+TO), circulares (CE+CO) y ND, se comprueba que las frecuencias varían significativamente en el tiempo: $\chi^2 = 40,664$, 6 gl., $p = 0,0000$, efecto producido por el paulatino incremento de los tabulares y la disminución de los circulares.

En San Pedro de Atacama (Tabla 9), las formas tabulares dominan en todos los períodos junto con los ejemplares no deformados, mientras que los circulares no superan el 6 % de los casos. En el Intermedio Temprano no se observaron CO, predominan TE, TO y ND, con una escasa ocurrencia de CE. En el Período Medio se presentan todos los tipos aunque son más frecuentes las formas tabulares y sí se registran CO. En el Tardío continúa el dominio de los tabulares y los circulares están representados solamente por CE. Esta particular distribución de frecuencias no presenta una variación temporal estadísticamente significativa. En efecto: 1) considerando T (TE+TO), C (CE+CO) y ND: $\chi^2 = 3,239$, 4 gl., $p = 0,5187$, y 2) considerando TE, TO y ND: $\chi^2 = 5,6423$, 4 gl., $p = 0,2275$.

Tabla 9. Norte de Chile, San Pedro de Atacama; distribución de los tipos deformatorios por período.

SAN PEDRO DE ATACAMA	Deformación Artificial					Total
Período	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No deformado	
Intermedio Temprano	12 (28,57)	9 (21,43)	2 (4,76)	-	19 (45,24)	42
Medio	204 (42,86)	92 (19,33)	15 (3,15)	12 (2,52)	153 (32,14)	476
Tardío	40 (38,46)	26 (25,0)	6 (5,77)	-	32 (30,77)	104
Total	256	127	23	12	204	622

Nota: porcentajes por filas.

Comparaciones:

1) Considerando T (TE+TO), C (CE+CO) y ND: $\chi^2 = 3,2387$, 4 gl., $p = 0,5187$.

2) Considerando TE, TO y ND: $\chi^2 = 5,642270$, 4 gl., $p = 0,2275$.

En el Período Tardío de las cuencas intermedias, Calama se caracteriza por una particular distribución con representación completa de los tipos deformatorios (Tabla 2), en la cual los tabulares representan el 46 %, 24 % de circulares y 30% ND. Entre los tabulares la mayor proporción corresponde a los TE (33 %) y entre los circulares predominan los CE (23 %), perfil que contrasta con el período equivalente de Arica, Pisagua y San Pedro de Atacama.

En la mayoría de los sitios analizados se observa la existencia de individuos sin deformación artificial (Tabla 2), con frecuencias variables, mucho más evidentes en el NCH (28 %) que en el N.O. Argentino (11 %). En la primera región las proporciones fluctúan entre 18 % (Arica) y 33 % (San Pedro de Atacama), mientras que en la segunda varían entre el 1,4 % (Valles Calchaquies) y 38 % (Pampa Grande). Desde el punto de vista cronológico, en el NCH, esta morfología se presenta con valores entre 17 % (Intermedio Temprano) y 32 % (Medio). En Arica, son más frecuentes en la costa que en el valle; la mayoría se concentra en el Arcaico Tardío y en el Intermedio Tardío (Tabla 7) y, aunque la muestra es muy reducida, no se registran casos en el Período Medio. En cambio, en Pisagua presentan la mayor frecuencia en el Período Medio y en el Intermedio Tardío, pero la mayor popularidad se observa en San Pedro de Atacama alcanzando el 45 % en el Período Intermedio Temprano. En esta localidad la ausencia de casos con deformación se mantiene en valores altos, cercanos al 30 % igual que en Calama.

DISCUSIÓN

El estudio de la deformación artificial del cráneo es un problema complejo pues depende de un conjunto de factores vinculados con cuestiones teóricas y metodológicas. La morfología final constituye un fenómeno de naturaleza biológica y cultural, por esta razón la diversidad fenotípica depende de efectos genéticos y ambientales generales y especiales. Entre los factores ambientales ahora se cuenta este componente cultural, determinando la forma particular de la cabeza en el individuo adulto, la cual puede variar mucho más de lo esperado a nivel local y regional. Por ejemplo, la deformación circular en el grupo Chinchorro, igual que la deformación tabular erecta, se pueden distinguir de la de épocas más tardías o de otras regiones, no sólo por su sencillez y menor intensidad, sino porque es distinto el fenotipo normal sobre el cual produjo el efecto deformatorio.

La definición y el reconocimiento de los tipos deformatorios no son iguales en los trabajos que tratan el tema, lo cual dificulta la tarea de comparación de los resultados, aún en los casos en los cuales se declara el empleo del sistema de Dembo e Imbelloni (1938). El diagnóstico puede variar de acuerdo con la experiencia del investigador y de los criterios aplicados durante el examen morfoscóptico, lo cual es igualmente válido, para la determinación del sexo y de la edad durante el estudio de cualquier colección osteológica. Por ejemplo, las proporciones totales para Arica de T (TE+TO), C (CE+CO) y ND presentadas por Soto-Heim (1987) son de 13 %, 50 % y 16 % respectivamente, mientras que las aquí calculadas son de 28 %, 55 % y 18 %. La autora citada no diferencia CO de CE y agrega dos tipos más: fronto-occipital y obélico. Otro caso que referimos son las frecuencias de tipos deformatorios para el Período Intermedio Tardío de Arica publicadas por Sutter (2005), pues no coinciden con nuestro registro, lo cual podría ser razonable pues la muestra empleada por este autor proviene en parte de sitios diferentes como Azapa 6 y Azapa 140. Estas discrepancias, incluyen también criterios distintos para el reconocimiento de la deformación, lo cual torna imposible la comparación objetiva de la información disponible. Además, es necesario destacar que la seguridad y precisión de la observación depende del tiempo empleado en la tarea y del tamaño de la muestra, el cual incluye un efecto paradójico: cuando aumenta el número de observaciones, los límites entre las clases se diluyen, al tornarse más frecuentes las formas intermedias. Así, por ejemplo, en una muestra pequeña, cuando se analiza el dimorfismo sexual, los individuos de sexo indefinido pueden no existir por simple

cuestión de azar, pero en una muestra grande se pondrán en evidencia al aumentar su frecuencia relativa.

Las categorías empleadas en este trabajo no agotan la diversidad de formas que pueden haber sido observadas y declaradas por otros autores, incluso dentro del mismo sistema clasificatorio propuesto por Dembo e Imbelloni (1938) en tipos, formas y variedades. El modelo de cuatro clases principales más la de no deformados fue adoptado para evitar la excesiva subdivisión de la muestra y la pérdida de grados de libertad en la evaluación de la distribución de las frecuencias. Si bien en muchos casos pudo ser difícil discernir entre individuos no deformados y deformados, y entre estos, lograr su asignación a un determinado tipo, mucho más lo habría sido el diagnóstico de formas particulares por rasgos que muchas veces se superponen y se confunden aún entre las clases mayores empleadas. Por ejemplo, en los trabajos de Hoshower *et al.* (1995) y Blom *et al.* (1998) en el sur de Perú y de Sutter (2005) en Arica (NCH) se distinguió una forma llamada “fronto-occipital redondeado” posiblemente una variedad del tipo circular. En nuestro trabajo esta forma no fue identificada y a diferencia de los estudios citados, aquí se consideró innecesario distinguir entre deformación intencional y no intencional, pues la segunda es también un efecto cultural.

El análisis de la deformación artificial en el ACM refleja hechos importantes que permiten caracterizar cada subárea y cada localidad por la distribución espacial de las categorías deformatorias y de los ejemplares no deformados. Globalmente las dos regiones (NCH y NOA) y en particular las subáreas, difieren en cuanto a la presencia o ausencia de algún tipo y en la desigual distribución de los mismos. Sin embargo los resultados obtenidos, a partir de una de las muestras más numerosas disponibles hasta la fecha, deben ser evaluados de acuerdo con la evidencia existente lograda por la propia experiencia y los aportes de otros autores, en particular de aquellos que se han ocupado del tema en la misma región.

El ACM constituye un amplio espacio geográfico en donde la diversidad cultural, además de la evidencia arqueológica, incluye la práctica de la deformación artificial de la cabeza. Sus aspectos esenciales y consecuencias pueden ser inferidos a partir de las modificaciones producidas en la forma normal esperada del cráneo adulto, pensando en un proceso dinámico de modelado aplicado durante la niñez. Si bien esta es una propiedad común para toda el área, en la presente experiencia se explora la posibilidad de aportar información para evaluar su significación desde el punto de vista cultural. La existencia de esta costumbre constituye un rasgo particular que se proyectaba en la gran mayoría de los individuos (82 %). Las diferencias en las frecuencias entre las regiones NCH y NOA, y dentro de cada una de ellas, indica la existencia de preferencias vinculadas con distintas tradiciones.

Con respecto a la propuesta de Dembo e Imbelloni (1938) indicando en el “Área Atacameña” una secuencia temporal de formas circulares, tabulares oblicuas y tabulares erectas, nuestros datos para San Pedro de Atacama y Calama no son coincidentes (ver Tabla 9). La variación cronológica no se evidencia por la existencia de tipos exclusivos, sino por la particular combinación de las frecuencias asociadas con cada modalidad. Los tipos TE, TO y circulares existen en toda la secuencia desde el comienzo del Período Agroalfarero. En el “Área de la Puna de Jujuy” se consigna, en forma muy generalizada, la existencia de esos tres modelos, cuando en realidad la mayor frecuencia es de tabulares (73 %), seguida por ND (25 %), con neta dominación de TO (69 %). Para el “Área de Humahuaca”, los TO no son exclusivos, aunque sí su frecuencia es destacada (64 %). En cambio, en el “Área Diaguita Oriental” la proporción de tabulares es coincidente con nuestro recuento.

El NOA presenta la mayor proporción de tabulares entre los cuales son mayoría los TO por el aporte de los grupos de Puna y de la Quebrada de Humahuaca, y son escasos los circulares, cuya presencia se registra en Puna, Quebrada de Humahuaca y Valles Calchaqués. Esta última subregión posee, comparativamente, la mayor cantidad de TE y la menor frecuencia de TO, también dominan los TE en Selvas (Las Pirguas) y Catamarca (Belén). Ten Kate (1896) al estudiar una colección de Valles Calchaqués depositada en el Museo de La Plata, declara una proporción

menor de cráneos deformados tabulares (62 %) en su gran mayoría TE y ningún circular. Constanzó (1942) en una serie semejante, coleccionada por Manuel Zavaleta, actualmente alojada en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, numeró una cantidad mucho mayor de individuos deformados tabulares (91 %), también en su gran mayoría TE, con 11 % TO y algunos circulares (2 %). Estas cantidades, con ligeras diferencias se aproximan a las frecuencias presentadas en este trabajo, pues se trata en parte de los mismos materiales, cuya información proviene de un relevamiento más moderno (Cocilovo y Baffi 1985; Baffi 1992).

Las pruebas realizadas para comprobar asociación entre la deformación artificial y el sexo de los individuos aportaron resultados sólidos a diferencia de la correspondiente al NCH, aunque la tendencia puede observarse. En efecto, globalmente en la región del NOA la deformación se encuentra asociada con el sexo, existiendo una mayor proporción de individuos masculinos deformados TE y un predominio de femeninos TO. Es posible que este hecho se haya traducido en el desbalance entre los sexos y la deformación comprobado en general para toda el área.

En el NCH la diversidad es mayor y la distribución más completa, dominando los deformados de todos los tipos sobre los no deformados, aunque los tabulares representan la mitad de los casos. El principal aporte de circulares proviene de Arica y Pisagua y el de tabulares de San Pedro de Atacama y Calama. En Arica son más frecuentes los circulares que los tabulares. En San Pedro de Atacama, Pisagua y Calama dominan los tabulares, aunque en las dos últimas localidades la cantidad de circulares es destacada, siendo mayores los casos de CE en Calama y de CO en Pisagua.

Con respecto a la variación temporal de las frecuencias de los tipos deformatorios, el mejor registro disponible es el del NCH. Las frecuencias de las clases fluctúan en popularidad en los distintos períodos configurando perfiles que permiten caracterizarlos. Durante el Arcaico Tardío predominan los circulares y no deformados acompañados por TE. En los períodos siguientes se observan todos los tipos en proporciones variables, destacándose la aparición de TO durante el Intermedio Temprano, el cual presenta una distribución de los distintos tipos más homogénea. El Período Medio está caracterizado por una disminución marcada de las formas circulares y un incremento sustancial de tabulares cuyo principal aporte corresponde a San Pedro de Atacama. En el Intermedio Tardío las preferencias vuelven a orientarse hacia los tipos circulares a expensas de los tabulares y de los casos sin deformación, mientras que en el tardío, la situación se invierte y vuelven a predominar los tipos tabulares en una proporción importante. Estas variaciones son destacadas por las pruebas estadísticas realizadas y permiten hablar de variación cronológica asociada a la deformación artificial.

En Arica, la variación significativa de las frecuencias en el tiempo, entre tipos tabulares y circulares, sumada a la ausencia de TO en el momento inicial y final del registro, marcan las principales características que definen el perfil de esta subregión; en la costa predominan netamente los circulares y en el valle las frecuencias de ambos grupos es muy semejante, siendo la proporción de TO mayor en el valle que en la costa. En Pisagua se observa, desde el período inicial hasta el final, el incremento progresivo de los tipos tabulares y la disminución gradual de los circulares, particularidad que se agrega a la inexistencia de TO en el Intermedio Temprano, coincidiendo con Arica durante el Arcaico Tardío.

En San Pedro de Atacama, nuestro diseño no nos permitió demostrar diferencias significativas de las frecuencias de los tipos deformatorios entre períodos, sea entre tabulares, circulares y no deformados o considerando TE, TO y ND. Sin embargo, Torres-Rouff (2007) destaca el incremento gradual de la deformación artificial y la disminución de los individuos no deformados, así como la existencia de diferencias entre tipos tabulares, circulares y no deformados para los distintos períodos del desarrollo cultural. Por otra parte, de acuerdo con nuestros datos la diferencia sobresaliente es de naturaleza cualitativa pues no se registran CO en el Período Intermedio Temprano ni en el Tardío, aunque esta autora logró detectar dos ejemplares en este último período en el sitio Catarpe 1 (N = 15). Estas discrepancias sin dudas son producidas por diferencias entre

las muestras utilizadas en cada caso. En el mismo trabajo citado, se proporciona una información importante que permitiría explicar la frecuencia de formas circulares en Calama. En efecto, en el cementerio Los Abuelos de Caspana en el río Salado, distante 90 km de Calama (Loa Superior), ocupado durante el Período Intermedio Tardío, se comprobó una particular distribución de tipos deformatorios en la cual existe una dominancia plena de circulares erectos (81 %), con 17 % de tabulares y 2 % de no deformados (Torres-Rouff 2007). Con anterioridad, Baron (1982) había advertido la alta proporción de formas circulares en este sitio.

En cambio, los datos aportados por Munizaga (1969) por fase cultural de San Pedro de Atacama, difieren de las cuentas para Coyo 3 realizadas por Costa y Llagostera (1994), Coyo Oriente por Costa *et al.* (2008), de los números presentados en general para la localidad por Torres-Rouff (2007) y en el actual trabajo. De acuerdo con los datos de Torres-Rouff (2002) mientras que TE y C representan el 87 % del total de individuos deformados, la cantidad de TO en el sitio Solcor 3 alcanza sólo al 13 % (lo cual equivale al 8 % del total de la muestra incluyendo ND). Sin embargo, aunque la proporción de deformación TO (55,31 %) calculada por Munizaga (1969) para la segunda fase con cerámica negra pulida es realmente elevada, la difusión de este tipo deformatorio conjuntamente con materiales de estilo Tiwanaku, en San Pedro de Atacama, propuesta por este autor, puede ser factible aunque no en términos de exclusividad (ver Tabla 9). Este tipo deformatorio se encuentra en casi todos los sitios incluidos en la muestra empleada en este trabajo, con la excepción de Quitor 8. En el Período Medio el mayor aporte de TO proviene de Quitor Conde Duque Bajo, Quitor 2, 5, 6 y Solcor 3. Sin embargo en Coyo Oriente su frecuencia es mínima (Costa *et al.* 2008), lo cual plantea una interesante discrepancia entre sitios asignados al mismo momento. Sería importante, revisar sus contextos, los cuales tal vez reflejen diferencias cronológicas consistentes y asociaciones entre componentes locales y foráneos con la deformación artificial.

Al norte de nuestra área de estudio, Blom (2005), empleando materiales de los valles de Katari, Tiwanaku y Moquegua encuentra una interesante distribución de tipos deformatorios, configurando una secuencia espacial entre la deformación exclusivamente anular en el primero, la coexistencia de TO y anulares en el segundo y el dominio de TO en el tercero, lo cual podría ser un indicador importante de identidad cultural local y de relaciones entre el área altiplánica y el valle costero del sur de Perú. Esta autora sostiene el carácter multiétnico de Tiwanaku con una muestra constituida por 51 individuos, 16 (31,4 %) TO, 16 (31,4 %) CO, 8 (16 %) ND y el resto indeterminados. Desde este punto de vista, no cabe esperar que la influencia de este centro altiplánico esté asociada con un determinado tipo deformatorio sino, tal vez, por más de uno. Lamentablemente no se conocen datos de períodos anteriores al Formativo.

En el área de Tiwanaku, sin embargo, la proporción de circulares habría sido mayor si tomamos, en conjunto, los datos aportados por Posnansky (1914), Hjorjo y Lindh (1947) y Ruiz *et al.* (1984), cuya suma daría la siguiente distribución: tabulares 12,4 %, circulares 67,3 %, ambos erectos y oblicuos, y 10 % ND, aunque en estos casos las relaciones contextuales no sean muy seguras (Tabla 10). Esto apoyaría, en principio, la propuesta de Torres-Rouff (2007) para San Pedro de Atacama, donde la influencia de ese centro altiplánico, en el Período Medio, podría ser inferida por su asociación con la deformación circular; sin embargo los registros contextuales por tumba no indican la relación exclusiva con un determinado tipo deformatorio (Torres-Rouff 2002). En Coyo Oriente (Período Medio) se observó, desde el sector más temprano al más tardío, una tendencia a la disminución de los tipos tabulares (61, 52 y 46 %), mucho más frecuentes, y al incremento de los circulares (2, 5, y 13 %), mientras que los no deformados fluctúan en proporciones mayores a 1/3 (Costa *et al.* 2008).

Para poder establecer el origen y la difusión de los distintos tipos deformatorios, es necesario contar con registros cronológicos precisos y confiables. A pesar de la cantidad de trabajos arqueológicos realizados en los últimos 30 años, son escasas las secuencias biocronológicas con información apropiada para la elaboración de inferencias medianamente estables. Aun las ac-

Tabla 10. Área Andina Centro Sur. Distribución de los tipos deformatorios citados por la bibliografía.

LOCALIDAD	DEFORMACIÓN						Referencia
	Tabular erecto	Tabular oblicuo	Circular erecto	Circular oblicuo	No de- formado	Total (1)	
Tiwanaku	2	1	9	-	-	17	Posnansky 1914
Tiwanaku	-	-	2	10	1	13	Hjorsjo y Lindh 1947
Tiwanaku	3	-	2	10	4	19	Ruiz <i>et al.</i> 1984
Valle de Katari	-	4	-	30	13	57	Blom 2005
Valle de Tiwanaku	-	16	-	16	8	51	Blom 2005
Valle de Moquegua	-	213	-	-	49	304	Blom 2005
San Pedro de Atacama	309	53	21	24	252	659	Torres-Ruff 2007

(1) se consigna el número total observado; la diferencia con la suma de los números presentados corresponde a los casos no determinados.

tualmente existentes, en el futuro, con una nueva investigación, pueden aportar una nueva visión sobre el tema.

El tipo deformatorio más difundido en el ACM es, sin dudas, el TE. El registro más temprano para esta modalidad es en el Período Arcaico del NCH, asociado con CE, CO y ND, cuya cronología es compatible con hallazgos aún más antiguos realizados en los Andes Centrales (Cocilovo y Costa Junqueira 2001). Su popularidad se incrementa en el tiempo y en el espacio sin superar el 50 % de los casos en el Período Medio en San Pedro de Atacama, mientras que en el N.O. Argentino, presenta las máximas frecuencias en la subárea Valles Calchaquíes y en Belén con más del 80 % de los casos, llegando a ser casi exclusiva en El Alfarcito y La Isla (Quebrada de Humahuaca), en Fuerte Alto (Valle Calchaquí) y en Las Pircuas (Salta). En San Pedro de Atacama se observa su presencia desde los siglos VI y VII en Quitar 5, tumba 2139-2140, siguiendo a Tarragó (1989) con las clases 6.1 (Negro pulido clásico), asociado con elementos Tiwanaku (clases 16.2 y 16.3) y con fechas de TL 510±150 DC para Solcor 3-12 y 620±100 DC para Toconao Oriente tumba 4.534. Es importante también citar el caso de las tumbas 2569 y 2571 de Quitar 6, correspondientes a dos individuos masculinos seniles, asociación 6.3 (piezas Negro Pulido y Negro Pulido decorado) con 27.1 (elementos foráneos del Período Medio de la Quebrada de Humahuaca, Isla y afines) y 6.4 (Negro pulido y/o Gris Pulido Grueso) con 27.2 (elementos foráneos de Quebrada de Humahuaca y Puna Oriental), incluyendo cerámica Isla Tricolor, Yavi Polícromo y Tilara con fechas TL desde 620±100 DC hasta 720±95 DC (Tarragó 1977, 1989; Berenguer *et al.* 1986).

En el Período Arcaico y en el Intermedio Temprano de NCH los tipos circulares, representan la mitad de los casos, disminuyen substancialmente en el Período Medio, se recuperan en el Intermedio Tardío y vuelven a disminuir en el Tardío, siguiendo una tendencia decreciente desde Arica, Pisagua, Calama (con excepción de Caspana, s/Torres-Rouff 2007) hasta San Pedro de Atacama, en donde la frecuencia es mínima y menor aún en el N.O. Argentino. En estas dos subáreas las proporciones de CO son irrelevantes. En San Pedro de Atacama la posición más temprana para este tipo deformatorio se ubica en Quitar 5, tumba 2224, con las clases de asociaciones 4 (cerámica Rojo Pulido y Negro Pulido), 5.8 (Negro Pulido y Negro Pulido Decorado), 25.1

(collares de malaquita) y 30.1 (cestería en espiral polícroma) (Tarragó 1989). La CE se presenta en Toconao en la tumba 4449, asociación 4 (cerámica Rojo Pulido y Negro Pulido), junto con el individuo ND 4448, y fechado TL: 220 ± 130 DC (Berenguer *et al.* 1986; Tarragó 1989).

La deformación TO presenta un modelo de distribución espacial y temporal muy particular, presentando sus primeros registros en el Período Formativo del NCH, en Arica y en el período Medio de Pisagua, continuando con frecuencias fluctuantes dependientes de la subregión. En Arica disminuye y desaparece en el Tardío, en Pisagua se incrementa en el tiempo, en Calama su frecuencia es baja y en San Pedro de Atacama fluctúa alcanzando su mayor popularidad en el Período Tardío. En el N.O. Argentino, presenta las frecuencias más altas conocidas con respecto a cualquier otro tipo y subárea, en Puna y en Quebrada de Humahuaca y disminuye notablemente hacia el sur (Valles Calchaquies, Belén y Las Pirguas).

De acuerdo con Blom (2005), en el valle de Moquegua la deformación TO comenzaría en el Formativo, alcanzando en el Período Medio (Tiwanaku V) su máxima frecuencia que llega al 81 % de los casos, con ausencia de otro tipo, siendo el resto casos sin deformación. En el sitio Tiwanaku, este tipo deformatorio se encuentra desde la fase Tiwanaku IV tardío hasta Tiwanaku V, asociado con ejemplares circulares, los cuales alcanzan mayor popularidad al norte, en el Valle de Katari, con cronologías comparables (Blom 2005). Este hecho es coincidente con el registro de Arica, Pisagua y San Pedro de Atacama, en momentos equivalentes del desarrollo cultural del NCH. En la pequeña colección de Tacna de Max Uhle, hemos observado que la frecuencia de la TO llega al 56 %, acompañada con el 44 % de circulares, aunque estas proporciones no se repiten más al sur, igualmente este tipo deformatorio podría estar marcando el comienzo del Formativo en toda la región. Su dispersión estaría asociada con los principales eventos y procesos culturales que configuran este período a nivel macrorregional. En la desembocadura del río Loa, en una serie de sitios excavados por Spahni (1967) aparecen sepulturas con individuos deformados TO y TE (Cementerios 1, 2, 3 y 6) con fechas desde 1425 ± 80 AP y 1735 ± 100 AP. El registro más temprano para San Pedro de Atacama lo encontramos en Quitor 5 Tumba 3342 que, de acuerdo con Tarragó (1989), corresponde a la clase 5.7 con cerámica Negro Pulido Decorado y clase 27.11 con elementos de ajuar foráneo, en este caso del Período Temprano del NOA (Vaquerías) con fechas por TL: 140 ± 150 DC, 160 ± 180 DC, 230 ± 160 DC, 255 ± 120 DC. En Q8 se registran, siendo mayoría ND, tres casos TO: tumbas, 3174, 3183 con asociaciones 4.3 y 4.2 (alfarería rojo pulido o bruñido, negro pulido y vasijas ordinarias grandes) y 3169 con asociaciones 5.4 (alfarería negro pulido, vasijas ordinarias grandes y Gris Alisado) y 27.4 (ajuar con elementos foráneos: cerámica de tradición Tarija-Yavi), esta última reflejando relaciones con el Altiplano Meridional y Tiwanaku, corresponden a la Fase III Sequitor, 100DC-400DC (Berenguer *et al.* 1986; Tarragó 1989).

En el otro extremo, en Puna y en Quebrada de Humahuaca, es manifiesta la popularidad de la deformación TO asociada con unos pocos casos de circulares. Aunque en estas subregiones no es posible hacer inferencias cronológicas por la ausencia de información, no deja de ser un hecho sugerente para la explicación de relaciones, influencias e interacciones entre distintas subáreas. En Puna se presenta casi con exclusividad en los diferentes sitios entre los cuales se destaca Agua Caliente; en Tablada de Abra Pampa y en Casabindo se registran además, algunos casos de CO; en Santa Rosa de Tastil alcanza al 63 % de los casos acompañada exclusivamente por TE. En la Quebrada de Humahuaca, su frecuencia es dominante en el Pucará de Tilcara (73 %) asociada con TE (15 %). En Yacoraite también es más frecuente y se presenta con TE y CE. Aunque las muestras son pequeñas, en El Alfarcito está ausente y en La Isla se contaron dos casos e igual cantidad de circulares. En los valles Calchaquies, su mayor frecuencia alcanza al 17 % en La Poma y La Huerta, dominando plenamente la TE en casi todos los sitios. Este modelo de distribución se repite en Belén y en Las Pirguas, en donde no llega al 6 %, siendo siempre mayoría los casos TE.

Con la información disponible, la difusión del tipo TO se habría producido en el ACM a

partir del Período Formativo, alcanzando un considerable rango de dispersión que incluyó el Sur de Perú, NCH y, en épocas más tardías, gran parte del N.O. Argentino, aunque no sería extraño que una nueva evaluación de los materiales de Puna y Quebrada de Humahuaca arrojen fechas mucho más tempranas. No es posible vincular este tipo de deformatorio con una única entidad cultural, pues excepto en el caso de Moquegua (Blom *et al.* 1998; Blom 2005), en el resto del área se distribuye en asociación con otros tipos deformatorios y no se conocen contextos exclusivos, salvo el registro presentado por Raffino (1977) para sitios del Formativo Inferior (600-0 AC) de la Quebrada del Toro, lo cual, aunque la muestra es exigua, constituye un dato importante y consistente.

Si bien la distribución de los tipos deformatorios en cuanto a su presencia o ausencia, su frecuencia y sus asociaciones, constituyen temas de interés desde el punto de vista antropológico, no lo es menos la existencia de individuos no deformados coexistiendo en los mismos sitios y momentos del desarrollo cultural. Aunque la frecuencia, para la mayoría de las localidades presentadas, sea variable, existen algunos lugares en los cuales se presentan con exclusividad. En el NCH, la proporción de casos ND exhibe una tendencia creciente de desde Arica en el Arcaico Tardío, pasando por Pisagua, hasta San Pedro de Atacama y Calama, en donde alcanza una frecuencia destacada en los períodos intermedios y tardíos. Sin embargo en el segundo de los sitios mencionados se encuentra el registro más temprano en Q5 la tumba 3333 un individuo femenino senil ND con asociación 2.2 (cerámica Rojo Pulido y urnas de base convexa) fechada en 40 ± 170 AC por TL (Berenguer *et al.* 1986; Tarragó 1989) y en Q8 cuatro casos: 3213 (masculino maduro, ND), 3223 (femenino maduro, ND), 3228 (femenino senil ND) y 3235 (femenino maduro, ND), asociados a la clases 4.1 y 4.2 (ajuares con rojo pulido y negro pulido) según Tarragó (1989). Se destaca la tumba 2241, individuo masculino adulto de Quito 5, con asociaciones 16.5 (materiales Tiwanaku varios), 17.1 y 2 (tabletas de rapé), 27.1 (elementos foráneos Isla y afines) que incluye un vaso Isla Tricolor (Tarragó 1977) junto a un kero Tiwanaku de madera y fechas TL entre 710 ± 110 DC y 850 ± 110 DC (Tarragó 1989).

En Acha (Arriaza *et al.* 1993), Camarones 14 (Cocilovo y Rothhammer 1984), en Caleta Huelén 42 (Arcaico Tardío) en la desembocadura del Loa (Cocilovo *et al.* 2005) y en El Cerrito, en el Norte Semiárido (Quevedo *et al.* 2003), la totalidad de los individuos no presenta huellas de deformación artificial. En Punta de Teatinos, si bien la mayoría de los individuos no presenta indicios de deformación artificial, en algunos se observó TE (Quevedo *et al.* 2000). Es posible que la ausencia de prácticas deformatorias esté marcando una propiedad asociada con el poblamiento temprano del NCH. En el NOA, donde la existencia de individuos no deformados es menor, alcanzan su mayor frecuencia en Puna (27 %) acompañando a TO y en Pampa Grande (38 %) asociados con TE. Aunque la muestra es sumamente reducida (dos individuos) existe un caso de ausencia de deformación artificial en el sitio temprano (800-600 AC) de Puente del Diablo (La Poma, Salta) con agricultura inicial (Marcellino 1981). En Cochabamba la frecuencias de casos sin deformación artificial alcanza al 75 % (O'Brien 2003).

Las relaciones culturales entre el NOA y NCH basadas en evidencias como el patrón de asentamiento, cerámica, textiles y cestería, entre las más estudiadas, son el resultado de un enorme esfuerzo realizado por la investigación arqueológica, buscando espacios y tiempos para establecer el origen y la difusión de rasgos marcadores y comprender mejor la dinámica de la evolución sociocultural. Por ejemplo, tomado en cuenta sólo algunos trabajos, son claves las relaciones establecidas por Tarragó (1989) entre todas las fases de San Pedro de Atacama y el NOA, y Lecoq y Céspedes (1997) entre la zona sur de Potosí, Cochabamba, Tiwanaku, NCH y NOA, durante los períodos Formativo, Medio y Tardío así como la extraordinaria dispersión del estilo alfarero Yavi desde la Puna, Quebrada de Humahuaca, las yungas orientales, sur de Bolivia y NCH (Ávila 2009). La evaluación a través de la iconografía de las relaciones entre el centro altiplánico de Tiwanaku, el sur de Perú, centro sur de Bolivia y NCH realizada por Uribe Rodríguez y Agüero Piwonka (2004) sugiere dos áreas de mayor interacción, una hacia los valles occidentales: Arica y

Moquegua y otra hacia los valles sudorientales: San Pedro de Atacama y Cochabamba (Bolivia), aunque con modalidades diferentes. La investigación en la zona de Laguna Verde-Vilama por Nielsen (2004) revela el tráfico de bienes entre San Pedro de Atacama y la Puna de Jujuy durante el Período Formativo y Desarrollos Regionales, y aun en épocas más tardías.

La pregunta clave que surge es si la deformación artificial de la cabeza constituye un artefacto más y si su distribución y relaciones contextuales, poseen alguna significación desde el punto de vista arqueológico. Advirtiendo que es un fenómeno más complejo que un estilo cerámico, las diferencias cualitativas y cuantitativas establecidas, tanto en el espacio como en el tiempo, parecen brindar una respuesta afirmativa a la cuestión planteada. Sin embargo, hace falta mucho más trabajo para establecer su significación a nivel local, por ejemplo, entre sectores establecidos arqueológicamente o entre tumbas de una misma localidad por su asociación con otros marcadores culturales. El trabajo de Hoshower *et al.* (1995) constituye un buen intento en tal sentido, sin embargo las pruebas no son suficientes. En esta dirección, dos localidades del NCH ofrecen una oportunidad excepcional para estudiar las asociaciones por tumba: Arica y San Pedro de Atacama. Por el momento, la consideración de la deformación como única evidencia de influencias, interacciones y vinculaciones entre regiones y determinadas entidades culturales constituye una aproximación excesivamente simple frente a la complejidad y diversidad cultural existente en el ACM, máxime cuando se carece en muchas subáreas de registros más completos que los actualmente disponibles.

Las cuestiones vinculadas con su significación en cuanto al concepto de identidad, deben ser evaluadas con relación a los contextos particulares de cada localidad y de cada momento temporal, los cuales en muchos casos reflejan historias diferentes. Los datos presentados indican al mismo tiempo diferencias y similitudes producidas, en el marco de interacciones biosociales establecidas por la arqueología y la antropología biológica, en el complejo y dinámico mundo del ACM. Desde el punto de vista biológico fue posible comprobar la existencia de diferencias fenotípicas significativas (con rasgos métricos y no métricos) entre el NCH, el sur de Bolivia (Valles de Cochabamba) y el NOA, constituyendo Cochabamba una muestra probable de la población ancestral, a partir de la cual se poblaron las otras dos regiones (Varela *et al.* 2008; Cocilovo *et al.* 2009).

Estas diferencias no implican el desarrollo de las poblaciones en aislamiento absoluto, sino su evolución en el marco de un proceso dispersivo moderado por el efecto de la migración a nivel micro y macrorregional. Este factor no fue constante en cuanto a su magnitud y dirección en el tiempo ni en el espacio, y se encuentra indudablemente asociado con el intercambio de bienes, el tráfico de productos y la difusión de pautas culturales entre regiones tan distantes como el Sur de Perú, el área circunlacustre del Titicaca, sur de Bolivia, NCH y NOA. Sin embargo, la magnitud de estos eventos no alcanzó para frenar el proceso evolutivo que produjo la diversidad genética y cultural, incluyendo una práctica tan conspicua como la deformación artificial.

CONCLUSIONES

Con respecto a la distribución de la deformación artificial, el ACM se caracteriza por la preferencia marcada de los tipos tabulares frente a los circulares y no deformados. Cada localidad y cada región poseen un conjunto de atributos característicos, algunos propios y otros compartidos, cuya asociación configura un perfil definido derivado de historias particulares las cuales involucran tradiciones y linajes integrados social, económica y culturalmente.

La distribución de frecuencias entre NCH y NOA es estadísticamente significativa proporcionando a cada región un perfil particular. En el NOA se observó la asociación del tipo deformatorio y el sexo de los individuos: TE/masculinos y TO/femeninos, tendencia que si bien también se percibe en el NCH la prueba no fue concluyente. En el NOA se concentra la mayor

proporción de tipos tabulares, los tabulares erectos dominan la subárea Valliserrana y los tabulares oblicuos en la Puna y la Quebrada de Humahuaca. En el NCH, aunque también prevalece esta costumbre, se observa una tendencia creciente desde la costa, valle y cuencas intermedias, y un comportamiento inverso de los tipos circulares que disminuyen progresivamente hacia el interior y el sur.

En el NCH, cada subárea presenta una particular frecuencia de tipos deformatorios y de individuos no deformados. Así lo indican las pruebas estadísticas realizadas. Igualmente sucede en el NOA en donde, además se dan diferencias cualitativas: no existen CO en Valles Calchaqués, Belén y Pampa Grande ni en estos dos últimos sitios tampoco se registran CE, siendo irrelevante su frecuencia en Puna.

Desde el punto de vista cronológico, en el NCH, durante el Período Arcaico Temprano es posible inferir la existencia de grupos cuyos individuos en gran parte no practicaban la deformación artificial, mientras que, en el Arcaico Tardío, se popularizan las formas circulares asociadas con TE y no deformados. Durante el Formativo, el hecho relevante es la aparición de TO combinada con otros tipos y ND, esquema que se mantiene hasta el Período Tardío, con bajas frecuencias de circulares durante los períodos Medio y Tardío. Este es un modelo muy general pues el comportamiento de las distribuciones por localidad es diferente y las coincidencias son escasas. En Arica la distribución de circulares y de tabulares indica diferencias significativas en el tiempo, a lo cual se suma la ausencia de TO en el Arcaico Tardío y ND en el Período Medio. En Pisagua este hecho se repite con respecto a la misma agrupación de tipos y se suma la ausencia de TO en el Intermedio Temprano y de CE en el Tardío. En San Pedro de Atacama no fue posible comprobar diferencias entre períodos, aunque si registramos la ausencia de CO en el Intermedio Temprano y en el Tardío.

En el NOA es sumamente difícil hacer inferencias sobre la distribución de la deformación artificial en el tiempo, mientras no se cuente con asociaciones contextuales seguras y cronologías suficientes. La muestra disponible es un conglomerado que seguramente incluye materiales de distintas épocas aunque en su mayor proporción corresponda a períodos tardíos. Un indicio para los períodos Intermedio Temprano y Medio puede ser aportado por El Alfarcito-La Isla y Pampa Grande en donde se registra casi con exclusividad la deformación TE, con una escasa presencia de TO. Si esto fuese aceptado se podría incorporar tentativamente las series de Belén y Fuerte Alto pero se necesitan mayores evidencias.

La asociación de sitios formativos de la Quebrada del Toro con la deformación TO (Raffino 1977), constituye un hecho relevante que se podría vincular con los registros presentados para el período equivalente de Moquegua, Arica, Pisagua y San Pedro de Atacama, señalando la fecha mínima para datar su aparición en el ACM. En San Pedro de Atacama el registro más temprano se encuentra en la Fase III Sequitor (100DC-400DC) con elementos que se relacionan con el Período Temprano (Vaquerías) del NOA, con el Altiplano Meridional y Tiwanaku. Por otra parte en el NOA, Santa Rosa de Tastil, con un alto porcentaje de TO acompañada por TE y ausencia de ND, está marcando la continuidad de esta costumbre hasta un momento tardío preíncario.

En líneas generales, tolerando la pérdida de precisión, se puede concluir que la diversidad de formas desde el Período Arcaico hasta el Tardío varía substancialmente, siendo escasa en los registros más antiguos, alcanzando una mayor variedad en los momentos intermedios para luego disminuir en las etapas más tardías. En algunos lugares la ausencia de deformación puede ser una propiedad exclusiva vinculada con el poblamiento inicial, mientras que en otros se observa además su asociación con formas circulares y con TE. Las formas circulares, si bien aparecen en el Arcaico Tardío junto con TE, se registran en los oasis de Atacama recién en el Período Intermedio Temprano. En el Formativo la difusión de la TO marca un evento importante indicando un incremento de las relaciones socioculturales a nivel de toda el ACM, las cuales se mantienen en el Período Medio y Tardío, aunque en este último la diversidad es menor pues a nivel de subáreas dominan tipos particulares como por ejemplo: TE en San Pedro de Atacama, Pisagua,

Valles Calchaquies, Belén y Pampa Grande, y TO en Quebrada de Humahuaca y en la Puna de Jujuy. A pesar de la antigüedad con que se registra en Arica la deformación TE aparece en San Pedro de Atacama y en el NOA durante el Período Medio y alcanza la mayor popularidad en el Período Tardío.

Los hechos expuestos en el presente trabajo son una contribución para comprender la complejidad del estudio de la deformación artificial y sus implicancias para realizar inferencias bioculturales, establecer relaciones, centros de origen y vías de difusión. Se brinda una información básica como material de trabajo que puede ser útil a la arqueología y a la antropología biológica para la reconstrucción de la historia sociocultural y la discusión sobre la identidad. A pesar de disponer de una de las bases de datos más numerosa de la actualidad, la fragmentariedad del registro, principalmente en el NOA y la incertidumbre contextual, impidió obtener una mayor precisión en los resultados y en las conclusiones. Tal vez más que explicaciones se hayan generados nuevos problemas, lo cual también constituye un logro del trabajo realizado. Confiamos en que nuevos descubrimientos y nuevos estudios interdisciplinarios contribuyan a limitar las actuales incertezas y permitan integrar con mayor precisión la información obtenida.

Fecha de recepción: 13/02/2010.

Fecha de aceptación: 25/07/2010.

AGRADECIMIENTOS

La realización de este trabajo fue posible gracias a la colaboración desinteresada de las siguientes personas e instituciones de Chile y de Argentina que en muchas oportunidades nos acompañaron y permitieron el desarrollo de nuestra tarea en un ambiente realmente confortable. Mencionamos en primer lugar a Silvia G. Quevedo y al personal de Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, a María A. Costa-Junqueira y Agustín Llagostera y al personal del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo “R.P. Gustavo Le Paige Universidad Católica del Norte”. Nuestro especial reconocimiento es para Oscar Espoueys que hizo posible el relevamiento de las colecciones del Museo San Miguel de Azapa de la Universidad de Tarapacá y controló las asignaciones contextuales de las muestras. Deseamos hacer extensivo nuestro recuerdo a Vivien Standen y Leticia Latorre de la misma institución por su ayuda y colaboración durante nuestra permanencia en Arica. Igualmente agradecemos a Inés Baffi, María F. Torres, Sebastián Muñoz y Fabiana Frascarolli por su colaboración en el relevamiento de las colecciones del Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti” de la Universidad de Buenos Aires. La obtención de la información presentada en este trabajo no habría sido posible sin contar con el apoyo de FONDECYT (Chile), CONICET, UNRC y FONCYT (Argentina).

BIBLIOGRAFÍA

Acsádi, György y János Nemeskéri

1970. *History of human life span and mortality*. Budapest, Akadémiai Kiadó.

Albeck, María E.

1999. Pueblo Viejo de Tucut: Sorcuyo revisitado. Una nueva visión sobre un sitio clásico del noreste argentino. *Chungará* 30:143-160.

Albeck, María E. y Marta S. Ruíz

2003. El Tardío en la Puna de Jujuy: Poblados, Etnias y Territorios. *Cuadernos FHyCS-UNJu*. 20:199-221.

Allison, Marvin J., Lawrence Lindberg, Calogero Santoro y Guillermo Focacci

1981. La práctica de la deformación craneana entre los pueblos andinos precolombinos. *Chungara* 7: 238-260.

Arriaza, Bernardo, Arthur Aufderheide e Iván Muñoz

1993. Análisis Antropológico Físico de la Inhumación de Acha-2. En I. Muñoz, B. Arriaza y A. Aufderheide (eds.), *Acha - 2 y los Orígenes del Poblamiento Humano en Arica*: 47-62. Arica, Ediciones Universidad de Tarapacá.

Ávila, Florencia

2009. Interactuando desde el estilo. Variaciones en la circulación espacial y temporal del estilo alfarero yavi. *Estudios Atacameños* 37: 29-50.

Baffi, Elvira I.

1992. Caracterización biológica de la población prehispánica tardía del sector septentrional del Valle Calchaquí (Provincia de Salta). Tesis Doctoral Inédita, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Baffi, Elvira I. y José A. Cocilovo

1989-90. La Población Tardía del Sector Septentrional del Valle Calchaquí (Salta, Argentina). *Runa* 19: 11-26.

1989. Evaluación del impacto ambiental en una población prehistórica: el caso de Las Pirguas (Salta, Argentina). *Revista de Antropología* 4: 39-43.

Baffi, Elvira I., María F. Torres y José A. Cocilovo

1996. La Población Prehispánica de las Pirguas (Salta, Argentina). Un enfoque Integral. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 1: 204-218.

Baron, Ana M.

1982. Estudio de una población. *Chungara* 9: 74-190.

Bass, William M.

1981. *Human osteology: a laboratory and field manual of the human skeleton*. Springfield, University of Missouri.

Berenguer, José, Ángel Deza, Álvaro Román y Agustín Llagostera

1986. La secuencia de Myriam Tarragó para San Pedro de Atacama: Un test por termoluminiscencia. *Revista Chilena de Antropología* 5: 17-54. Santiago, Chile.

Blom, Deborah E.

2005. Embodying borders: human body modification and diversity in Tiwanaku society. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 1-24.

Blom, Deborah E., Benedikt Hallgrímsson, Linda Keng, María C. Lozada y Jane E. Buikstra

1998. Tiwanaku «colonization»: bioarchaeological implications for migration in the Moquegua Valley, Peru. *World Archaeology* 30: 238-261.

Buikstra, Jane E. y Douglas H. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Fayetteville, Arkansas Archaeological Survey.

Carnese, Francisco R., Fanny Mendisco, Chistine Keyser, Cristina B. Dejean, Jean M. Dugojon, Claudio M. Bravi, Bertrand Ludes y Eric Crubézy

2010. Paleogenetical Study of Pre-Columbian Samples from Pampa Grande (Salta, Argentina). *American Journal of Physical Anthropology* 141: 452-462.

Cigliano, Eduardo M.

1967. Investigaciones Antropológicas en el yacimiento de Jüella (Departamento Tilcara, Provincia de Jujuy). *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie) Sec. Antropología 6: 123-249.

1973. *Tastil: una ciudad preincaica argentina*. Buenos Aires, Ed. Cabargón.

1995. La población prehistórica de Pisagua. Continuidad y cambio biocultural en el norte de Chile. Tesis Doctoral Inédita, Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Universidad Nacional de Córdoba.

Cocilovo, José A. y Elvira I. Baffi

1985. Contribución al conocimiento de las características biológicas de la población prehistórica de Puerta de La Paya (Salta). *Runa* 15: 153-178.

Cocilovo, José A. y María A. Costa-Junqueira

2001. La deformación artificial en el Período Arcaico de Arica. *Latin American Antiquity* 12: 203-214.

Cocilovo, José A. y Francisco Rothhammer

1984. Relaciones y afinidades biológicas del grupo humano de Camarones 14. En V. Schiapaccasse y H. Niemeyer (eds.), *Descripción y Análisis Interpretativo de un sitio Arcaico Temprano en la Quebrada de Camarones*, Publicación Ocasional 44: 152-162. Santiago, Chile, Museo Nacional de Historia Natural.

Cocilovo, José A., Francisco Rothhammer, Silvia Quevedo y Elena Llop

1982. Microevolución en Poblaciones Prehistóricas del Area Andina. 3. La población del Morro de Arica. Craneometría. *Revista UNRC* 2: 91-111.

Cocilovo, José A. y Héctor H. Varela

2002. La variación cronológica en la población prehistórica de San Pedro de Atacama, Chile. *Relaciones* 27: 131-144.

Cocilovo, José A., Héctor H. Varela, Elvira I. Baffi, Silvia G. Valdano y María F. Torres

1999b. Estructura y composición de la Población Antigua de la Quebrada de Humahuaca. Análisis Exploratorio. *Relaciones* 24: 59-80.

Cocilovo, José A., Héctor H. Varela, María A. Costa-Junqueira y Silvia G. Quevedo

2005. Los Pescadores Arcaicos de la desembocadura del río Loa (Norte de Chile): El sitio Caleta Huelén 42. *Chungara* 37(1): 5-159.

Cocilovo, José A., Héctor H. Varela, Oscar Espouey y Vivien Standen

2001. El Proceso Microevolutivo de la Población Nativa Antigua de Arica. En B. Arriaza y C. Santoro (eds.), *Actas del III Congreso Mundial de Estudios Sobre Momias*, *Chungara* 33: 13-20.

Cocilovo, José A., Héctor H. Varela y Tyler G. O'Brien

2009. La Divergencia Genética Entre Poblaciones del Área Andina Centro Meridional Evaluada Mediante Rasgos No métricos del Cráneo. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 11(1): 43-59.

2010. Effects of artificial deformation on cranial morphogenesis in the South Central Andes. *International Journal of Osteoarchaeology*. En prensa.

Cocilovo, José A., Héctor H. Varela, Silvia Quevedo, Silvia G. Valdano y Mario Castro

1999a. Biología del Grupo Prehistórico de Pisagua, Costa Norte de Chile. *Estudios Atacameños* 17: 207-235.

Cocilovo, José A. y María V. Zavattieri

1994. Biología del grupo prehistórico de Coyo Oriental (San Pedro de Atacama, NCH): II Deformación craneana artificial. *Estudios Atacameños* 11: 135-143.

Constanzó, María M.

1942. Antropología Calchaquí. *Revista del Instituto de Antropología* 2: 213-308. San Miguel de Tucumán.

Cremonte, M.B. y M.A. Garay de Fumagalli

1997. El enclave de Volcán en las vinculaciones transversales de la región meridional del Valle de Humahuaca (Noroeste de Argentina). Trabajo presentado en el *49º Congreso Internacional de Americanistas*. Quito, Ecuador.

Costa, María A. y Agustín Llagostera

1994. Coyo-3: Momentos finales del período medio en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 11: 73-107.

Costa, María A., Agustín Llagostera y José A. Cocilovo

2008. La deformación craneana en la población prehistórica de Coyo Oriente, San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 36: 29-41.

Dembo, Adolfo y José Imbelloni

1938. Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico. Humanior. Sección A, Tomo 3. Buenos Aires, Jose Anesi.

Dingwall, Eric J.

1931. *Artificial Cranial Deformation: A Contribution to the Study of Ethnic Mutilations*. Londres, John Bale, Sons and Danielsson Ltd.

Hjortsjo, Carl H. y Johannes Lindh

1947. Anthropological investigation of the craneal and skeletal material from Dr. Stig Ryden's archaeological expeditions to the Bolivian highlands, Appendix II. En S. Ryden (ed.), *Archaeological Research in the Highlands of Bolivia*: 517-559. Göteborg, Elanders Boktryckeri Aktiebolag.

Hoshower, Lisa M., Jane E. Buikstra, Paul S. Goldstein y Ann D. Webster

1995. Artificial Cranial deformation at the Omo M10 site: A Tiwanaku Complex from the Moquegua Valley, Peru, *Latin American Antiquity* 6: 145-164.

Imbelloni, José

1925. Deformaciones intencionales del cráneo en Sudamérica, polígonos craneanos aberrantes. *Revista del Museo de La Plata* 28: 329-407.

1932. América cuartel general de las deformaciones craneanas. *Actas del 25º Congreso Internacional de Americanistas* Tomo 1: 60-68. La Plata, Argentina.

1933. Los pueblos deformadores de los Andes. La deformación intencional de la cabeza como arte y como elemento diagnóstico de las culturas. *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia* 37: 209-254.

1950. Cephalic deformation of the indians in Argentina. En J.H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians* 6: 53-55. Washington D.C., Smithsonian Institution. Bureau of American Ethnology. Bulletin 143.

Lecoq, Patrice y Ricardo Céspedes

1997. Nuevos datos sobre la ocupación prehispánica de los Andes Meridionales de Bolivia (Potosí), *Cuadernos* 9: 111-152. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu.

Lovejoy, Owen C.

1985. Dental wear in the Libben population: its functional pattern and role in the determination of adult skeletal age and death. *American Journal of Physical Anthropology* 68: 47-56.

Marcellino, Alberto J.

1981. El Morfotipo Paleoamericano Lago-Fuéguido en restos humanos del período de agricultura inci-

- piente del Noroeste Argentino. *Publicaciones del Instituto de Antropología* 36: 47-67. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.
- Marcellino, Alberto J. y Susana Ringuelet
1969. Estudio Antropofísico de los Restos de Santa Rosa de Tastil. En E.M. Cigliano (ed.). *Santa Rosa de Tastil: una Ciudad Preincaica Argentina*: 406-494. Buenos Aires, Ed. Cabargón.
- Mendonça, Osvaldo J., José A. Cocilovo y Silvia G. Valdano
1991. La población prehistórica de la cuenca de Miraflores-Guayatayo-Salinas Grandes en el sector oriental de la Puna Jujeña. *Avances en Arqueología* 1: 59-80.
- Mendonça, Osvaldo J., Silvia G. Valdano y José A. Cocilovo
1994. Evaluación del dimorfismo sexual y de la deformación artificial en una muestra craneana del borde oriental de la Puna Jujeña. *Antropología Biológica* 2: 25-37. Colombia.
- Molnar, Stephen
1971. Human tooth wear: tooth function and cultural variability. *American Journal of Physical Anthropology* 34: 175-189.
- Munizaga, Juan
1964. Deformación cefálica intencional (Análisis de algunas poblaciones precolombinas en el Norte de Chile). *Antropología* 2: 5-18.
1969. *Deformación craneana intencional en San Pedro de Atacama*. Trabajo presentado en el 5º Congreso Nacional de Arqueología. La Serena, Chile.
- Nielsen, Axel E.
2001. Evolución social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En E.E. Berberían y A.E. Nielsen (ed.). *Historia Argentina Prehispánica* Tomo 1: 171-264. Córdoba, Ed. Brujas.
2004. Aproximación a la arqueología de la frontera tripartita Bolivia-Chile-Argentina. *Chungara* 36: 861-878.
- Núñez, Lautaro
1965. Desarrollo cultural prehispánico en el Norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 37-115.
1968. Subárea Loa-Costa Chilena desde Copiapó a Pisagua. *Actas del 37º Congreso Internacional de Americanistas* 1: 145-182. Buenos Aires.
1978. Northern Chile. En R.E. Taylor y C. W. Meigham (ed.). *Chronologies in New World Archaeology*: 483-511. New York, Academic Press.
- O'Brien Tyler G.
2003. Cranial microvariation in prehistoric south central andean populations: an assessment of morphology in the Cochabamba collection, Bolivia. Ph.D. dissertation, Binghamton University, State University of New York.
- Paulotti, Osvaldo, Elba Molina y C. Visuara
1949. Contribución a la Craneología de Catamarca (República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología UNT* 4: 249-268.
- Pérez de Micou, Cecilia
2001. Tecnología cestería en la colección Doncellas (Jujuy, Argentina), *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* (Perú) 1: 1-8.
- Posnansky, Albert
1914. *Una Metrópoli Prehistórica en la América del Sud*. Tomo 1. Berlín, Dietrich Reimer (Ernst Vohsen).

Quevedo, Silvia y José A. Cocilovo

1995. El cementerio Protonazca de Pisagua ("D" colección Max Uhle 1913). Caracterización Biocultural, Hombre y Desierto. Una Perspectiva Cultural 2(9): 17-25. *Actas del XIII Congreso de Arqueología Chilena* 2(9): 17-34. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta, Sociedad Chilena de Arqueología, Antofagasta.

1996. La población antigua de Pisagua. Caracterización Bioantropológica del cementerio "C" de la colección Max Uhle. *Informes DIBAM* 4: 46-53. Santiago, Chile.

Quevedo, Silvia, José A. Cocilovo, Héctor H. Varela y María A. Costa-Junqueira

2003. Perfil paleodemográfico de El Cerrito (La Herradura), un grupo de pescadores arcaicos del Norte Semiárido de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 52: 177-194. Chile.

Quevedo, Silvia, José A. Cocilovo, Héctor H. Varela y María A. Costa y Silvia G. Valdano

2000. Perfil Paleodemográfico de Punta de Teatinos. Una población de pescadores del Norte semiárido de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 49: 237-256. Chile.

Raffino, Rodolfo

1977. Las aldeas del Formativo Inferior de la quebrada del Toro (Salta, Argentina). *Estudios Atacameños* 5: 65-109.

Rivolta, María C.

2007. Abandono y reutilización de sitios. La problemática de los contextos habitacionales en Quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 34: 31-49.

Ruiz, Asunción, María D. Marrodán y Miguel A. Puig-Samper

1984. Cráneos normales y deformados de Tiahuanaco, Estudios de Antropología Biológica. *II Coloquio de Antropología Física Juan Comas*: 449-474. México.

Soto, Patricia

1972-73. Deformación craneana intencional en la fase cultural El Laicho. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena* (Santiago 1971), Boletín de Prehistoria Número Especial: 11-14. Departamento de Ciencias Antropológicas, Universidad de Chile, Santiago.

1974. II Análisis Antropológico-Físico de los Restos Humanos Correspondientes a Chinchorro, El Laicho y Alto Ramírez (Arica). En M. Rivera, P. Soto, L. Ulloa y D. Kushner (eds.), *Aspectos sobre el desarrollo tecnológico en el proceso de agriculturización en el norte prehispánico, especialmente Arica (Chile)*, *Chungara* 3: 79-107.

1987. Evolución de deformaciones intencionales, peinados, tocados y prácticas funerarias en la prehistoria de Arica. *Chungara* 19: 129-214.

Spahni, Jean C.

1967. Recherches Archéologiques a L'Embouchure du Rio Loa (Côte du Pacifique-Chili). *Journal de la Société des Americanistes* 56 (1): 179-251.

Sutter, Richard A.

2005. A Bioarchaeological Assessment of Prehistoric Ethnicity among Early Late Intermediate Period Populations of the Azapa Valley, Chile. En R. Reycraft (ed.), *Period Populations of the Coastal Azapa Valley, Chile. Us & Them: The Assignment of Ethnicity in the Andean Region. Methodological Approaches*: 185-205. Los Angeles, The Cotsen Institute of Archaeology, UCLA.

Tarragó, Myrian N.

1977. Relaciones prehispánicas entre San Pedro de Atacama (Norte de Chile) y regiones aledañas: la quebrada de Humahuaca. *Estudios Atacameños* 5: 50-63.

1989. Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del Valle Calchaquí. Tesis Doctoral Inédita. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Humanidades y Artes, Rosario.

Ten Kate, Hernan F.C.

1896. Anthropologie des Anciens Habitats de la Région Calchaquie (République Argentine). *Anales del Museo de La Plata*, Sección Antropología 1: 1-62.

Torres-Rouff, Cristina

2002. Cranial Vault Modification and Ethnicity in Middle Horizon San Pedro de Atacama, Chile. *Current Anthropology* 43 (1): 163-171.
2007. La deformación craneana en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 33: 25-38.

Uhle, Max

1917. Los aborígenes de Arica. *Publicación del Museo de Etnología y Antropología* 1: 151-176. Santiago, Chile.
1918. Los Aborígenes de Arica y el hombre americano. *Revista Chilena de Historia y Geografía* 27 (31): 33-54. Santiago, Chile.
1919. La Arqueología de Arica y Tacna. *Bol. Soc. Ecuatoriana Est. Hist. Amer.* 3 (7-8): 1-49.

Uribe Rodríguez, Mauricio y Carolina Agüero Piwonka

2004. Iconografía, alfarería y textilería tiwanaku: elementos para una revisión del período medio en el Norte Grande de Chile. *Chungara* 36: 1055-1068.

Varela, Héctor H.

1997. La población prehistórica de San Pedro de Atacama. Composición. Estructura y relaciones biológica. Tesis Doctoral Inédita. Facultad de Ciencias Exactas Físico-Químicas y Naturales, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Varela, Héctor H. y José A. Cocilovo

2000. Structure of the Prehistoric Population of San Pedro de Atacama. *Current Anthropology* 41(1): 125-132.
2002. Genetic drift and gene flow in a prehistoric population of the Azapa Valley and Coast, Chile. *American Journal of Physical Anthropology* 3: 259-267.
2009. Microevolución en San Pedro de Atacama (Norte de Chile): el cementerio de Quito. *Latin American Antiquity* 20 (2): 333-342.
2010. Divergencia espacial y temporal en los oasis de San Pedro de Atacama en el Norte de Chile. Manuscrito.

Varela, Héctor H, José A. Cocilovo, Silvia G. Quevedo y María A. Costa

2004. La estructura de la población de pescadores del Período Arcaico Tardío y Formativo de Arica. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 53: 149-160. Chile.

Varela, Héctor H., Tyler G. O'Brien y José A. Cocilovo

2008. The Genetic Divergence of Prehistoric Populations of the South-Central Andes as Established by Means of Craniometric Traits. *American Journal of Physical Anthropology* 137: 274-282.

Vogel, John C. y John C. Lerman

1969. Groningen Radiocarbon Dates VIII. *Radiocarbon* 11 (2): 351-390.

Weiss, Pedro

1961. Osteología Cultural, Prácticas Cefálicas. 2a Parte. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
1962. Tipología de las deformaciones cefálicas. *Revista del Museo Nacional* 31: 15-42. Lima.
1972. Las deformaciones cefálicas intencionales como factores de la arqueología. *Actas del 39º Congreso Internacional de Americanistas* 1: 165-180. Lima.

Zaburlín, María A.

2009. Historia de ocupación del Pucará de Tilcara (Jujuy, Argentina). *Intersecciones en Antropología* 10: 89-103.

APÉNDICE

Deformación tabular erecta

Ejemplares con un plano vertical neto en la región lámbdica del occipital y paralelo a la altura basion bregma, frontal también aplanado, fuertemente inclinado o débilmente modificado, reacción manifiesta por un incremento en anchura y en altura, resultante de una evidente compresión antero posterior con elementos firmes y poco flexibles (cuna, almohadillas o tabletas). Las modificaciones son más evidentes a nivel del neurocráneo, aunque no deja de interesar también al esplanocráneo. El eje general de la forma es aproximadamente ortogonal con respecto al plano horizontal de Fränckfurt.

Deformación tabular oblicua

Ejemplares con un plano oblicuo neto en la región infacia y paralelo al frontal también aplanado y fuertemente inclinado, reacción por un evidente incremento de las anchuras y de la longitud, resultante también de la compresión antero posterior con elementos firmes y poco flexibles (almohadillas o tabletas). El eje general de la forma se desplaza oblicuamente hacia atrás sobre el plano horizontal de Fränckfurt.

Deformación circular erecta

Ejemplares con aplastamiento ligero o marcado del frontal en la forma de un surco curvo transversal, fundamentalmente en su parte media, y en el occipital a nivel lámbdico, semejando aquí, un leve plano curvo posterior. El crecimiento en longitud y en anchura se encuentra restringido y se observa una cintura o surco temporal, con una reacción esencialmente expresada por el incremento en altura y la expansión del área obélica. El eje general de la forma puede ser vertical o estar ligeramente inclinado hacia atrás con respecto al plano horizontal de referencia. Es el resultado de la aplicación de elementos flexibles como vendas, vinchas, cordones o cintas entrecruzadas combinadas con otros materiales menos plásticos en la parte posterior. Se incluye en esta categoría el subtipo previamente definido como pseudocircular por Dembo e Imbelloni (1938) y diagnosticado también de esta manera por Munizaga (1964).

Deformación circular oblicua

Piezas con aplastamiento ligero o marcado y en forma paralela del frontal y del occipital a nivel infaco o infrainfaco, asociados, en las zonas de mayor intensidad, con un surco transversal perpendicular al eje general de la forma que en este caso se inclina hacia atrás más acentuadamente. El desarrollo normal en altura y en anchura está restringido y se incrementa la expansión de la bóveda en sentido longitudinal. Se emplearon los mismos elementos que en la clase anterior (llautú), pero de naturaleza flexible exclusivamente, tales como cintas o cordones.

Sin deformación

Se incluyen en esta categoría aquellos ejemplares aparentemente libres de los rasgos morfológicos producidos por la acción de las prácticas deformatorias específicas antes mencionados. El aspecto de la morfología total y particular de las regiones frontal, parietal y occipital es normal.

LA DEFORMACIÓN DE CRÁNEO EN LAS SOCIEDADES PRECOLOMBINAS DE SANTIAGO DEL ESTERO

Hilton D. Drube*

RESUMEN

En este trabajo se procede a evaluar las prácticas deformatorias de cráneo en cada una de las sociedades portadoras de los complejos cerámicos característicos del período alfarero en Santiago del Estero. Para tal propósito se evalúan los tipos de deformación observados, incluyendo el aspecto morfológico y el grado de intensidad de los mismos, y su incidencia en tres series esqueléticas correspondientes a cada uno de los grupos poblacionales estudiados. El extenso espacio temporal que abarcan las muestras estudiadas permite evaluar la dinámica social de las prácticas de deformación craneana en los pueblos precolombinos que ocuparon los territorios de Santiago del Estero. Se aprecia que las prácticas de deformación cefálica exhiben una continuidad notable a través del tiempo, pues la modalidad tabular erecta, en su forma planolámbdica, caracterizó sin interrupciones el registro arqueológico de las poblaciones portadoras de los complejos cerámicos Las Mercedes, Sunchituyoj y Averías.

Palabras clave: *deformación craneana - poblaciones precolombinas - Santiago del Estero.*

ABSTRACT

This paper examines the practices of cranial vault modification among the different cultural groups in Santiago del Estero during the Ceramic Period. Patterns of modification are evaluated, including the morphological appearance of the deformed crania and their degree of modification, as well as the incidence of this cultural practice among three skeletal series representative of the populations included in this study. The ample temporal range encompassed by the skeletal samples provides the opportunity to study the social dynamics concerning cranial vault modification among the pre-Columbian peoples that inhabited the region of Santiago del Estero. This study reveals that artificial cranial deformation exhibits a notorious prevalence and continuity through

* Laboratorio de Antropología. Universidad Nacional de Santiago del Estero. E-mail: drubehilton@hotmail.com.

time, as the tabular erect form of vault modification was present in the human groups who were the carriers of the ceramic complex of Las Mercedes, Sunchituyoj and Averías.

Key words: *cranial deformation - Pre-Columbian populations - Santiago del Estero.*

INTRODUCCIÓN

La deformación intencional del cráneo implica una modificación permanente en la conformación anatómica externa del biosólido craneal. Esta alteración en los atributos morfológicos del cráneo se origina en determinadas prácticas culturales que involucran el uso de diversos aparatos deformadores en los primeros años de vida del infante. Esto ocasiona modificaciones anatómicas importantes en el proceso de crecimiento y desarrollo del macizo craneal, sin afectar la fisiología del encéfalo. La deformación craneana ha sido considerada como un marcador de prestigio o posición social, un indicador de pertenencia étnica, o simplemente un atributo relacionado a la estética corporal de un grupo social determinado. Su práctica ha sido universal en la experiencia del hombre, abarcando todos los continentes y cubriendo un arco temporal varias veces milenario (Dingwall 1931; Dembo e Imbelloni 1938; Stewart 1973; Cocilovo y Zavattieri 1994; Ubelaker 1999; Torres-Rouff 2009).

Los trabajos pioneros referidos a las deformaciones corporales hicieron hincapié en la descripción minuciosa y la clasificación de las tipologías, las técnicas deformatorias y su dispersión espacial y temporal (*i.e.* Imbelloni 1924-25; Dingwall 1931; Dembo e Imbelloni 1938). Posteriormente, en décadas más recientes, la deformación en cráneo ha sido abordada con un particular énfasis en aspectos referidos a los efectos de tales modificaciones culturales en la anatomía original de la estructura ósea, especialmente su incidencia en la expresión fenotípica de los rasgos no métricos craneanos y en el grado de complejidad y forma de las suturas, entre otros aspectos (*i.e.* Anton 1989; Cheverud *et al.* 1992; O'Loughlin 2004; Pérez 2006). Asimismo, en los últimos años, las investigaciones en esta problemática han incorporado una nueva perspectiva en el estudio del moldeado artificial de la cabeza (Torres-Rouff 2009). Esta perspectiva de análisis, dentro de la cual se enmarca el presente trabajo, conforma un campo de estudio en la bioarqueología que pretende expandir el estudio de la modificación craneal en las poblaciones del pasado más allá de los efectos biológicos en la morfología originaria del cuerpo, hacia cuestiones referidas a la identidad y la dinámica social y cultural de los grupos humanos (*i.e.* Molleson y Campbell 1995; Tiesler Blos 1998; Blom 1999; Torres-Rouff 2009).

La deformación cefálica involucra un interés particular en los estudios bioarqueológicos al constituir una práctica cultural implementada en la temprana niñez, cuyos resultados en la morfología craneal permanecen visibles e inmutables durante todo el transcurso de la vida del individuo. Teniendo en cuenta que las prácticas deformatorias en el cráneo son asociadas con la pertenencia o filiación a determinados grupos étnicos, sus manifestaciones han sido utilizadas como indicadores de movimientos o migraciones poblacionales e individuales. Un grupo de foráneos que se encontrara en territorios ajenos al suyo, podía ser distinguido claramente de los autóctonos por su respectiva deformación. A la vez, una locación que denotara la presencia simultánea de diversos tipos deformatorios podría significar una multiplicidad o la confluencia de grupos diferentes en un área determinada. En las sociedades complejas, la presencia de diversidad en las variantes de cráneos modificados vislumbraría parámetros socioculturales de segregación, que reflejarían la estratificación social imperante en tales sociedades. Por el contrario, la presencia de una variante de modificación craneal uniforme implicaría homogeneidad o bien una única unidad étnica en una determinada región (Blom *et al.* 1998; Tiesler Blos 1998; Blom 1999; Torres-Rouff 2009).

Las prácticas deformatorias en cráneo de las antiguas sociedades prehispánicas de Santiago del Estero han sido abordadas previamente por José Imbelloni (1934, 1940) y Alberto Marcellino

(1995-96). Sus trabajos han constituido una importantísima y, a la vez, única referencia respecto a las modalidades deformatorias observadas en los grupos existentes en la provincia en postrimerías del contacto. Sin embargo, estos estudios fueron llevados a cabo fundamentalmente en materiales óseos correspondientes a asentamientos tardíos, sin datos precisos respecto a la adscripción cerámica y cronológica de los sitios de procedencia. Por ello, se torna imperante examinar las prácticas de modificación cefálica en remanentes esqueléticos contextualizados cronológica y culturalmente, con el propósito de analizar su incidencia en estas antiguas poblaciones.

Teniendo en cuenta lo arriba expresado, el objetivo del presente trabajo consiste en realizar un estudio exploratorio respecto a las modalidades deformatorias presentes en cada uno de los grupos portadores de los complejos cerámicos característicos del período alfarero, en el área comprendida en el territorio actual de la provincia de Santiago del Estero. Para ello, se procede a caracterizar las deformaciones craneanas que se observan en una muestra de ejemplares esqueléticos asociados contextualmente a los complejos cerámicos descriptos para el espacio geográfico en consideración, en un período de tiempo comprendido entre los siglos IV y XVI d.C.

LAS SOCIEDADES PREHISPÁNICAS DE SANTIAGO DEL ESTERO

El territorio de la actual provincia de Santiago del Estero (figura 1) estaba ocupado, a juzgar por los relatos de las primeras fuentes etnohistóricas, por pueblos pacíficos y sedentarios o semisedentarios, que extendían su terruño por toda la planicie interfluvial y las sierras colindantes hacia el sur y el oeste. Cuentan estas crónicas tempranas que, al momento del arribo español, grupos nómadas de origen presumiblemente chaqueño, cuyas moradas se localizaban más hacia el norte y también hacia el oriente, incursionaban y saqueaban las aldeas agroalfareras situadas en las orillas de los ríos Dulce y Salado del Norte (Aparicio 1940). Los datos brindados por las investigaciones arqueológicas más recientes no contradicen el panorama descrito por las primeras crónicas de la conquista. En efecto, al momento del contacto hispano-aborigen en el siglo XVI, existían en los territorios adyacentes a los ríos y también en las serranías del área de Santiago del Estero, dos entidades o complejos culturales caracterizados por poseer cada uno de ellos una clase particular de alfarería. Estos complejos cerámicos fueron oportunamente denominados Sunchituyo y Averías (*i.e.* Lorandi 1978; Gramajo de Martínez Moreno 1992; Togo 2004), los cuales, a su vez, exhiben sutiles diferencias regionales en sus respectivas manifestaciones artísticas y tecnológicas (Drube 2004). La cerámica Sunchituyo se caracteriza, en términos generales, por su coloración mayoritariamente bicolor, con figuras ornitomorfos pintadas en negro sobre un fondo rojizo o anaranjado. La cerámica Averías, por otra parte, se destaca por su coloración policroma y por la profusión de motivos decorativos que adoptan un patrón geométrico. A pesar de la distinción existente en la tecnofactura cerámica entre ambos grupos alfareros, éstos poseían en común otros atributos culturales y económicos, que incluían diversos patrones de asentamiento en poblados establecidos en las cercanías de los cursos de agua, enterratorios primarios directos e inhumación secundaria de sus difuntos en vasijas funerarias, y un régimen de aprovisionamiento de recursos naturales que combinaba prácticas agrícolas y domesticación de animales, con actividades intensivas de pesca, recolección y caza.

Los portadores de los ceramios Sunchituyo tuvieron un área de dispersión plausiblemente mayor dentro del territorio provincial y su presencia en la región es más antigua que Averías. El complejo Averías, a su vez, trascendió los territorios santiagueños y se expandió hacia los valles y sierras de la provincia de Catamarca, en áreas de ocupación incaica. Los fechados radiocarbónicos sostienen la contemporaneidad entre ambos complejos culturales (Lorandi 1978; Togo 2004), los cuales ocuparon la vasta geografía santiagueña en un espacio temporal que se extendió a partir del siglo XII d.C. y continuó al menos un siglo después de la llegada de los conquistadores europeos. Se considera que los pueblos portadores de ambas tradiciones cerámicas tardías conformaron dos

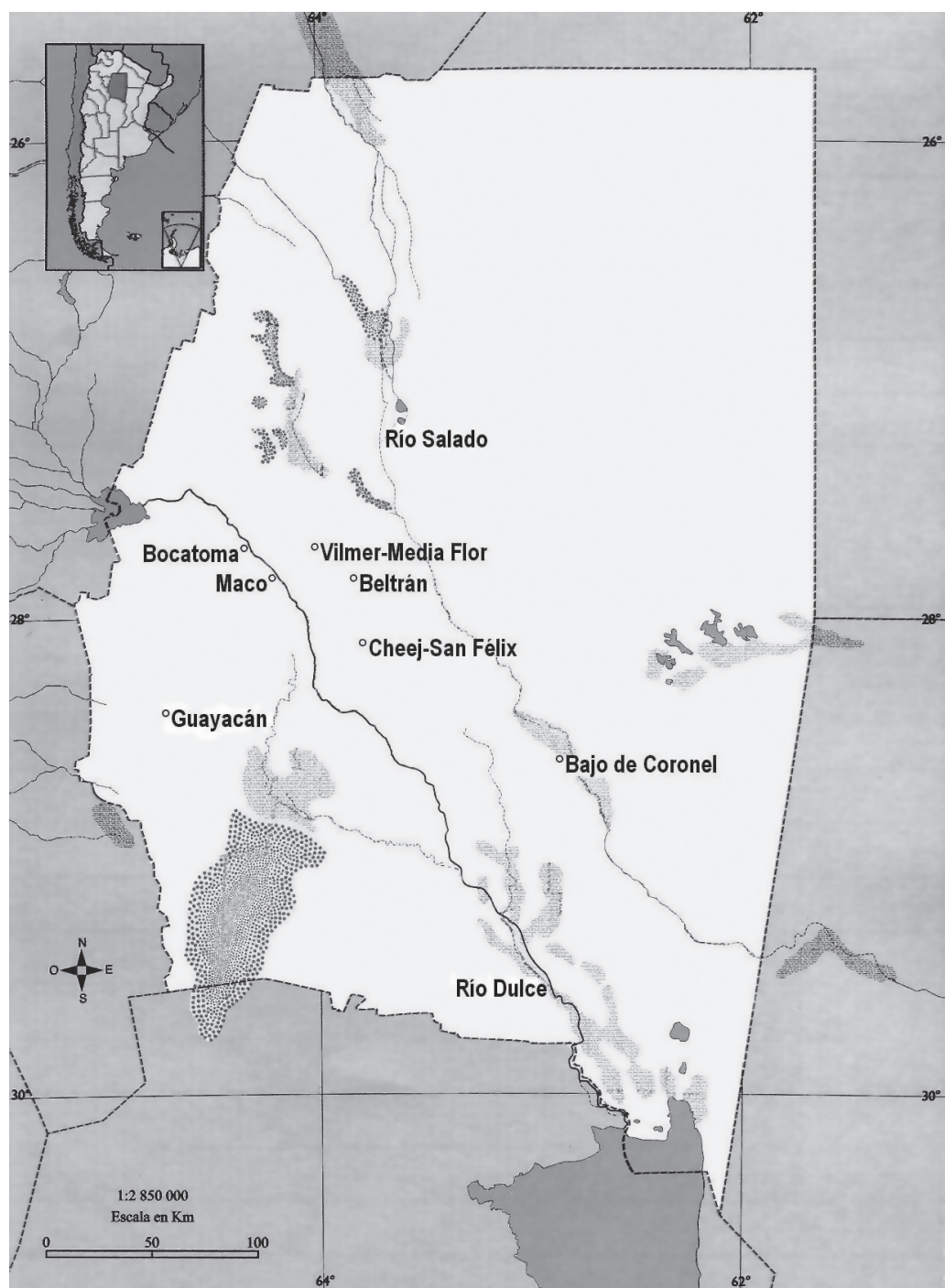


Figura 1. Provincia de Santiago del Estero. Ubicación geográfica de los sitios arqueológicos mencionados en el texto.

grupos poblacionales diferentes, al exhibir cada uno de ellos un patrón de dispersión independiente (Lorandi 1979-82; Togo 2004). No obstante, existía al momento del contacto, más allá de la coexistencia entre Averías y Sunchituyo y en determinados espacios geográficos de la región, un importante vínculo entre ambos grupos en los territorios compartidos, verificable no sólo por la cercanía geográfica entre los diferentes sitios, sino también por la presencia conjunta de cerámica Sunchituyo y Averías en numerosos asentamientos (Lorandi 1978; Togo 2004). Por otra parte, no se han relevado hasta la fecha sitios que pudieran ser adscriptos a las sociedades nómadas mencionadas en las primeras crónicas del contacto, quizás debido a la escasa perdurabilidad de los campamentos transitorios, lejos de sus territorios, y a su incipiente intromisión en suelo santiagueño a la llegada de los españoles.

Hacia atrás en el tiempo, entre los siglos IV y XII de la era cristiana, el área que tardíamente estaría ocupada por las poblaciones portadoras de la cerámica Sunchituyo y Averías, se encontraba poblada por grupos alfareros portadores de un tipo de cerámica diferente, conocida como Las Mercedes. Los asentamientos de estos grupos se encontraban, al igual que en las sociedades tardías, en inmediaciones de los cursos fluviales, y sus prácticas económicas incluían un acopio conspicuo de los recursos faunísticos propios de los bosques santiagueños. El registro arqueológico da cuenta de que los entierros secundarios en urnas ya eran costumbre en estos grupos tempranos (Gómez 1966). La cerámica Las Mercedes se caracteriza por su coloración tanto negra y gris como policroma, con motivos decorativos escalonados, tanto incisos como pintados.

En tiempos previos al siglo IV d.C., la tecnología cerámica no estuvo presente en el territorio de Santiago del Estero, y las condiciones poblacionales de la región para ese entonces son poco conocidas, dada la esporádica y escasa presencia de sitios precerámicos, localizados mayormente en las serranías al sur del territorio provincial (Gramajo de Martínez Moreno 1992).

MATERIALES Y MÉTODOS

Serías esqueléticas

Los restos óseos estudiados en este trabajo fueron recogidos en las tareas arqueológicas de campo llevadas a cabo bajo la dirección de José Togo, complementándose la evaluación con ejemplares esqueléticos procedentes del sitio Bajo de Coronel, Icaño, excavado por Emilio Wagner y Olimpia Righetti. Los esqueletos corresponden mayoritariamente, en un porcentaje de 92,3% (60/65), a contextos primarios directos de inhumación. Los restantes ejemplares evaluados, 7,7% (5/65) de la muestra, corresponden a entierros secundarios en urna. La baja proporción en esta investigación de esqueletos inhumados en vasijas funerarias obedece a patrones de conservación diferencial manifestos en el material óseo recuperado en los sitios excavados. En efecto, los huesos depositados en urnas, a diferencia de aquellos inhumados directamente en el suelo, exhiben un estado de conservación deficiente, que imposibilita en la mayoría de los casos un análisis ulterior.

Las dataciones correspondientes a cada uno de los sitios arqueológicos de procedencia de los ejemplares esqueléticos han sido presentadas y detalladas en trabajos bajo autoría de Togo (2004, 2007). Estas dataciones han sido obtenidas en muestras de carbón vegetal. Los fechados radiométricos en elementos óseos humanos constituyen aún una asignatura pendiente en las investigaciones que se llevan a cabo en el área en consideración.

Teniendo en cuenta que, con fines analíticos, es fundamental la agrupación de los datos en términos de una unidad arqueológica que enmarque sitios estrechamente relacionados (Cole 1994; Key 1994), en este trabajo se ha procedido a agrupar los ejemplares que componen la muestra de estudio de acuerdo a sus correspondientes sitios de procedencia. Los sitios arqueológicos, a su vez, han sido clasificados teniendo en cuenta su adscripción cerámico-cultural. De esta manera,

se han organizado tres series esqueléticas, que corresponden a los tres complejos cerámicos que ocuparon el territorio de Santiago del Estero en tiempos prehispánicos: Las Mercedes, Sunchituyo y Averías (tabla 1).

Tabla 1. Series esqueléticas incluidas en el presente estudio.

	Masculinos	Femeninos	Subadultos	Total
Las Mercedes	2	4	-	6
Sunchituyo	10	11	6	27
Averías	11	17	4	32
Total	23	32	10	65

Los ejemplares que componen la serie Las Mercedes proceden de los sitios de Villa La Punta-Guayacán y de Maco (figura 1). Los fechados radiocarbónicos determinan la vigencia del sitio Guayacán durante los siglos IV y VI d.C., en tanto que Maco estuvo habitado entre los siglos V y VIII d.C. (Togo 2004, 2007). La serie incluye un total de seis cráneos adultos, correspondientes a dos masculinos y cuatro femeninos, en tanto que los restos de subadultos no pudieron ser evaluados apropiadamente debido a sus condiciones de preservación (tabla 1).

La serie Sunchituyo está compuesta por ejemplares procedentes de los sitios de Beltrán, Bocatoma y Cheej-San Félix (figura 1). Las dataciones radiométricas permiten establecer que los asentamientos en Beltrán tuvieron vigencia durante los siglos XII y XV d.C., en tanto que Cheej-San Félix estuvo poblado entre los siglos XIII y XVI d.C. (Togo 2004). No se han realizado dataciones en Bocatoma, no obstante la cerámica en este sitio adscribe en su totalidad al complejo Sunchituyo, sin presencia absoluta de tiestos Averías. La serie incluye un total de veintisiete esqueletos cuyos cráneos fueran factibles de evaluar, entre ellos seis subadultos y veintiún adultos. Los ejemplares adultos en esta serie corresponden a diez masculinos y once femeninos (tabla 1).

La serie Averías incluye ejemplares procedentes de los sitios de Vilmer-Media Flor y Bajo de Coronel (figura 1). Los fechados obtenidos en Vilmer-Media Flor establecen su vigencia entre los siglos XVI y XVII d.C. (Togo 2004). A pesar de las dataciones obtenidas en esta área, que ubican al sitio en tiempos inminentes al contacto y con posterioridad al mismo, no se encontraron en las excavaciones objetos de manufactura europea (Togo 2004). Aunque no se disponen de fechados para Bajo de Coronel, el componente cerámico característico del sitio corresponde al complejo Averías. Esta serie está compuesta por 32 cráneos factibles de evaluar, incluyendo cuatro subadultos y veintiocho adultos. La muestra de adultos comprende once masculinos y diecisiete femeninos (tabla 1).

Las tres series esqueléticas suman, de esta manera, un total de 65 elementos craneales factibles de evaluar. A pesar del tamaño relativamente menor de las muestras, la importancia de las mismas radica en tratarse de conjuntos esqueléticos contextualizados, que cubren un amplio espectro temporal y cultural en esta región del noroeste argentino.

Metódica

La evaluación de la plástica deformatoria se ha llevado a cabo en cráneos adultos y subadultos. En una instancia previa, se utilizaron para la determinación de la edad y el sexo de los ejemplares esqueléticos que componen el material de estudio, los criterios morfológicos y métricos convencionales descriptos en los tratados bibliográficos específicos (*i.e.* Buikstra y Ubelaker

1994; Ubelaker 1999). En la estimación etaria se aplicaron los métodos evaluativos de la sínfisis púbica y la superficie auricular del ileon en la cintura pélvica, y el grado de fusión de las epífisis en el esqueleto postcraneal. En el cráneo se evaluaron tanto el estado de obliteración de las suturas craneanas como el grado de desgaste de las piezas dentarias. En ejemplares subadultos se tomaron en cuenta asimismo la erupción dentaria y la longitud de los huesos largos. Por otra parte, en la evaluación de la expresión dimórfica en adultos, se consideraron los atributos diagnósticos de la morfología del cráneo, pelvis y huesos apendiculares (Buikstra y Ubelaker 1994; Ubelaker 1999).

Todos los elementos craneales fueron examinados cualitativamente y, a la vez, cuantificados teniendo en cuenta la presencia o ausencia de deformación. Las modificaciones cefálicas se evaluaron aplicando fundamentalmente el sistema de clasificación propuesto por Imbelloni (1924-25), que contempla las variantes planolámbdicas y planofrontales en la categoría de las deformaciones tabulares erectas. La evaluación fue complementada utilizando las pautas morfológicas atribuibles a la deformación cuneiforme propuestas por Munizaga (1976).

Las evidencias de alteraciones cefálicas artificiales fueron examinadas teniendo en cuenta la conformación frontal, lateral y occipital del cráneo. Los grados de modificación y acentuación de la verticalidad en la curvatura sagital del hueso frontal en la deformación planolámbdica fueron diferenciados en tres categorías generales: ausente, leve y pronunciada. El plano de la compresión deformatoria occipital, en relación al plano horizontal de Francfort, fue clasificado en las variantes perpendicular (90°) y obtusa ($>90^\circ$), de acuerdo a los criterios de Buikstra y Ubelaker (1994). Los cráneos que observan un plano de compresión perpendicular al plano horizontal se originan cuando el mecanismo compresivo es aplicado sobre la mitad superior del occipucio, ocasionando que el plano deformatorio sea vertical, paralelo al eje del cuerpo (figura 2). Por otra parte, los cráneos que observan un plano de compresión formando un ángulo obtuso en relación al plano



Figura 2. Deformación tabular erecta planolámbdica. Procedencia: Bajo de Coronel.

horizontal (figura 3), se originan cuando la mecánica productora de la compresión es aplicada en la región inmediatamente superior al *lambda*, afectando tanto la porción superior del occipucio como el tercio distal de los parietales (Stewart 1973; Buikstra y Ubelaker 1994; Ubelaker 1999). Asimismo, se evaluaron la presencia y ausencia de asimetrías laterales (figura 4), la incidencia de impresiones ocasionadas por el ceñido de vendas y fajamientos, y los posibles instrumentos utilizados en la mecánica deformatoria (Dembo e Imbelloni 1938; Buikstra y Ubelaker 1994; Blom 1999; Ubelaker 1999).

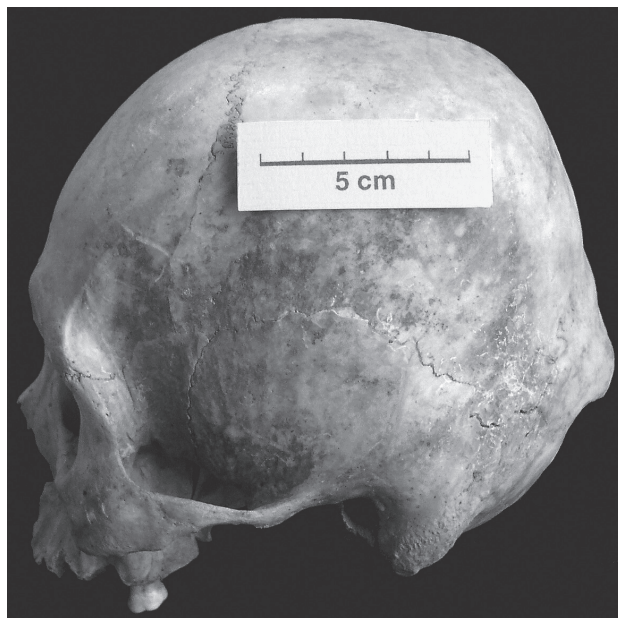


Figura 3. Deformación tabular erecta planolámbdica. Procedencia: Maco.

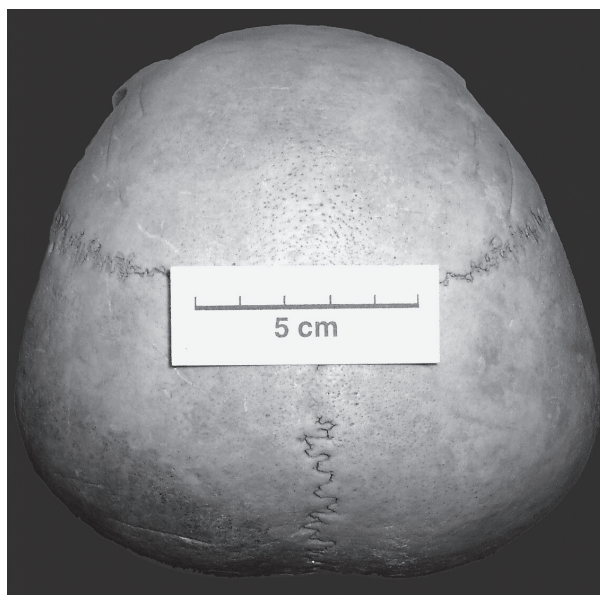


Figura 4. Deformación tabular erecta planolámbdica. Sin asimetrías laterales. Procedencia: Cheej-San Félix.

Si bien se ha priorizado la evaluación en cráneos completos, también se incluyeron aquellos elementos craneales incompletos o fragmentarios que evidenciaran modificaciones anatómicas inherentes a las originadas por la deformación craneal. Es por ello que algunos cráneos incompletos que observan deformación en los cuadrantes posteriores no pudieron ser evaluados adecuadamente en la porción anterior o en las normas laterales del cráneo. Los cráneos extremadamente fragmentados o incompletos no fueron incluidos en el análisis.

RESULTADOS

En el grupo Las Mercedes, la totalidad de los elementos craneanos masculinos (2/2) y femeninos (4/4) evidencian indicadores morfológicos que denotan deformación cefálica. Tal como se especificara previamente, el componente subadulto no pudo ser evaluado debido a las condiciones de preservación de los restos. El tipo de modificación craneana observado corresponde, sin excepciones en ambos sexos, a la modalidad tabular erecta, en su forma planolámbdica (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938). Las deformaciones comportan diferentes grados de intensidad en su manifestación. En efecto, 16,6% (1/6) de los elementos evaluados no observan alteraciones en la morfología del hueso frontal, mientras que 50% (3/6) observa una alteración pronunciada en la curvatura de la escama frontal, que exhibe por lo tanto una verticalidad acentuada en su disposición. El 33,3% restante (2/6) comporta modificaciones leves en el frontal, con una verticalidad menos evidente. En relación al aplanamiento posterior u occipital, puede apreciarse que el plano de compresión en relación al plano horizontal, es perpendicular en 66,6% (4/6) de los cráneos y obtuso en el 33,3% (2/6) restante. Por otra parte, se observa ausencia de asimetrías en el 50% (3/6) de los elementos evaluados, mientras que el restante 50% (3/6) de los casos exhiben asimetría en el lateral izquierdo.

La serie Sunchituyoj comprende un total de 27 elementos craneales factibles de evaluar respecto a la deformación craneana. La totalidad de los mismos, incluyendo cráneos masculinos (10/10), femeninos (11/11) y subadultos (6/6), observan deformaciones cefálicas. Una vasta mayoría, que comprende el 92,6% (25/27) de los cráneos modificados, adscribe a la deformación tabular erecta en su forma planolámbdica. Constituyen excepciones un ejemplar masculino (1/27), procedente del sitio Cheej-San Félix, cuya plástica deformatoria es planofrontal (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938), y un cráneo femenino (1/27) procedente del sitio Bocatoma, con deformación del tipo cuneiforme (Munizaga 1976). Las deformaciones planolámbdicas observadas comportan diferentes grados de intensidad en su expresión. En efecto, un 8% (2/25) de los elementos evaluados no observan alteraciones en la morfología del hueso frontal, mientras que 52% (13/25) de los casos observan una alteración pronunciada en la curvatura de la escama frontal, exhibiendo por lo tanto, una verticalidad notoria en su disposición. El 40% restante (10/25) comporta modificaciones leves en el frontal, con verticalidad atenuada. En relación al aplanamiento posterior u occipital, puede apreciarse que el plano de compresión en relación al plano horizontal, es perpendicular en 76% (19/25) de los cráneos, y obtuso en un 24% (6/25). Por otra parte, se observa ausencia de asimetrías en el 24% (6/25) de los elementos evaluados, en tanto que 32% (8/25) de los cráneos exhiben asimetría en el lateral izquierdo. El 44% (11/25) restante observa asimetría en el lateral derecho.

El ejemplar masculino con deformación planofrontal procede de Cheej-San Félix, en la cuenca media del río Dulce. Las características morfológicas del cráneo corresponden a un grado intermedio de la modalidad deformatoria tabular erecta planofrontal (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938). El cráneo se distingue por presentar la escama del hueso frontal inclinada hacia atrás, sin llegar a perder su curvatura en sentido transversal. Los parietales observan el desarrollo de un surco o concavidad continua entre ambos pares, situado por detrás de la sutura coronal. El plano de deformación en el occipucio es obtuso en relación al plano horizontal, interesando

una porción estrecha de la escama occipital y las áreas inmediatas a la sutura sagital en ambos parietales.

El cráneo femenino con deformación cuneiforme (figura 5) proviene del sitio Bocatoma, situado en la cuenca superior del río Dulce. El patrón deformatorio de este cráneo podría ser fácilmente confundido e interpretado como una deformación tabular erecta planolámbdica. Sin embargo, debe recordarse que la deformación del tipo cuneiforme se diferencia de la modalidad tabular erecta al interesar la totalidad del occipucio a partir del *foramen magnum*, incluyendo en el plano compresivo la porción inferior de la escama y la protuberancia occipital externa. La deformación tabular erecta se distingue de la deformación cuneiforme por centrar el plano deformatorio en la región perilámbdica, sin afectar la porción inferior del occipucio y respetando la morfología original de la protuberancia externa del hueso occipital. Por otra parte, la deformación cuneiforme tampoco debe confundirse con la deformación tabular oblicua, pues, si bien es cierto que ambos tipos deformatorios afectan la totalidad del occipucio, desde el *foramen magnum* hasta el *lambda*, la deformación cuneiforme, a diferencia de la deformación tabular oblicua, no altera en ninguna medida la morfología originaria del hueso frontal (Munizaga 1976). El cráneo femenino procedente de Bocatoma observa un aplanamiento total del hueso occipital, que interesa tanto la porción superior, membranosa, como el área circundante a la cresta occipital externa. El plano de compresión se extiende desde el *foramen magnum* hasta la región del *obelion*, afectando conjuntamente el cuarto posterior de ambos parietales. El resto de la bóveda craneana, incluyendo el hueso frontal, no evidencia indicadores de presión deformatoria. No se observan asimetrías y el plano de compresión es perpendicular en relación al plano horizontal de Francfort.

En el grupo Averías, la totalidad de los cráneos masculinos (11/11) y de los cráneos inmaduros (4/4) se encuentran deformados. La serie de cráneos femeninos, a diferencia de los cráneos

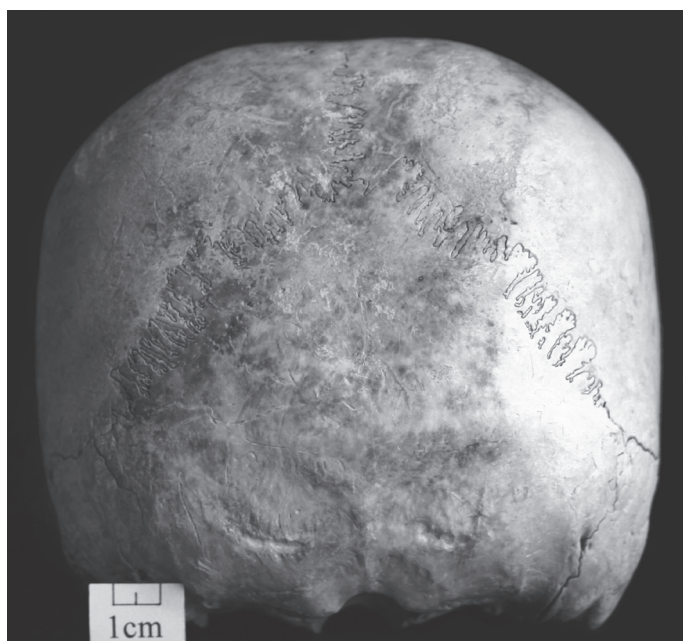


Figura 5. Deformación cuneiforme. El aplanamiento posterior interesa tanto la escama como la protuberancia externa del hueso occipital. Procedencia: Bocatoma.

masculinos y de los subadultos, incluye cráneos sin deformación. En efecto, 70,6% (12/17) de los cráneos femeninos observan modificaciones en la plástica anatómica, en tanto que el restante 29,4% (5/17) no observa deformación cefálica alguna. El tipo de modificación craneana observado corresponde, sin excepciones en ambos sexos, a la deformación tabular erecta. La inmensa mayoría, que incluye el 96,3% (26/27) de los cráneos deformados, adscribe a la forma planolámbdica. La excepción está dada por un ejemplar masculino (1/27), procedente de Bajo de Coronel, que presenta deformación planofrontal (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938). Las variantes deformadas planolámbdicas revisten distintos grados de intensidad en su expresión. No se observan alteraciones en la morfología del hueso frontal en 34,6% (9/26) de los cráneos, en tanto que 26,9% (7/26) observa una verticalidad pronunciada en la curvatura de la escama frontal. El 38,5% restante (10/26) comporta modificaciones leves en el frontal, con una verticalidad poco significativa. En relación al aplanamiento posterior u occipital, puede apreciarse que el plano de compresión, en relación al plano horizontal, es perpendicular en 69,2% (18/26) de los cráneos y obtuso en el 30,8% (8/26) restante. Por otra parte, se observa ausencia de asimetrías en un 61,5% (16/26) de los elementos evaluados, en tanto que 15,4% (4/26) de los cráneos exhiben asimetría en el lateral izquierdo. El 23,1% (6/26) restante observa asimetría en el lateral derecho.

El ejemplar masculino planofrontal (figura 6) procede de Bajo de Coronel, en la cuenca media del río Salado. Sus características corresponden a la variante tabular erecta planofrontal (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938). El cráneo se distingue por presentar un aplanamiento conspicuo en la escama frontal, la cual se encuentra notablemente inclinada en sentido posterior. De esta manera, se aprecia una pérdida significativa en las curvaturas sagital y transversa del hueso frontal. El occipucio comporta un aplanamiento más bien moderado que afecta la región perilámbdica en el occipital y en ambos parietales. Su plano de deformación es perpendicular en relación al plano horizontal de Francfort. Coincidentemente, los cráneos femeninos sin deformación proceden, a su vez, del mismo sitio arqueológico.



Figura 6. Deformación tabular erecta planofrontal. Procedencia: Bajo de Coronel.

DISCUSIÓN

La lectura general de los resultados indica que la totalidad de los cráneos evaluables en las series esqueléticas correspondientes a los complejos cerámicos Las Mercedes y Sunchituyo, incluyendo adultos de ambos sexos y subadultos, observan deformación cefálica. Iguales condiciones advierten la totalidad de los cráneos adultos masculinos y los elementos craneanos subadultos procedentes de sitios Averías. En este último complejo cerámico, doce cráneos adultos femeninos (70,6%), sobre un total de diez y siete, presentan deformación cefálica. Los cinco cráneos femeninos restantes no presentan deformación craneal alguna (29,4%).

Los cráneos deformados en las tres series esqueléticas no observan diferencias en la modalidad deformatoria entre masculinos y femeninos. Todos los cráneos en el conjunto Las Mercedes (6/6) exhiben deformación tabular erecta planolámbdica. En la serie Sunchituyo, la vasta mayoría (25/27) también es planolámbdica, no obstante, un ejemplar de Cheej-San Félix observa deformación planofrontal (1/27), y otro, procedente de Bocatoma, exhibe un patrón deformatorio cuneiforme (1/27). En el caso del grupo Averías, los cráneos deformados también corresponden mayoritariamente (26/27) a la modalidad planolámbdica, excepto un cráneo procedente del río Salado, que presenta la variante planofrontal (1/27).

La totalidad de los cráneos deformados en las tres series exhiben sus respectivos planos de compresión en el occipucio dispuestos en sentido tanto perpendicular como obtuso, respecto al plano horizontal. Ninguno de los cráneos exhibe en el occipucio un plano de compresión dispuesto en ángulo agudo respecto al plano horizontal de Francfort, atributo característico de la deformación tabular oblicua (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938). Tampoco se advierten en los cráneos examinados impresiones de vendas o fajamientos en la cortical ósea.

La plástica deformatoria, tal como se anticipara previamente, no observa diferencias en su expresión entre los cráneos masculinos y femeninos, lo que significa que ambos sexos fueron sometidos a esta práctica en términos igualitarios. La abrumadora presencia de la modalidad deformatoria tabular erecta podría constituir un indicador inobjetable de intencionalidad en estas prácticas, aún a pesar de no apreciarse evidencias de marcas de ceñido o fajamiento en la anatomía anterior o lateral del macizo craneal. La técnica deformatoria probablemente estuviera relacionada con el uso de cunas de soporte de los infantes, compuestas por materiales relativamente duros y rígidos, quizás confeccionadas con tablillas de madera. La superficie de la cuna actuaría como plano de decúbito, contra la cual se habría sujetado la cabeza del niño con vendas flexibles o correas.

CONCLUSIONES

Los resultados en este trabajo revisten carácter tentativo, dado el tamaño limitado de las muestras estudiadas. No obstante ello, la importancia de los resultados expuestos radica en que las series esqueléticas evaluadas conforman los únicos remanentes esqueléticos contextualizados disponibles, hasta el presente, para esta región del noroeste argentino.

Teniendo en cuenta los resultados manifiestos en esta investigación, se puede colegir que el registro bioarqueológico de las poblaciones prehispánicas alfareras de Santiago del Estero evidencia una continuidad asombrosa en las prácticas deformatorias de la cabeza. La deformación tabular erecta, en su forma planolámbdica, estuvo presente en las sociedades portadoras de la cerámica Las Mercedes, tanto en la región serrana de Guasayán como en los llanos inmediatos a la cuenca superior y media del río Dulce, hacia al menos el siglo IV d.C. Posteriormente, y sin interrupciones en el registro secuencial, la misma práctica deformatoria caracterizó en su inmensa mayoría a los grupos portadores de los ceramios Sunchituyo y Averías, localizados en las riberas de los dos cursos fluviales más importantes de la región. Las prácticas deformatorias de la cabeza

perduraron hasta la llegada de los españoles, y seguramente trascendieron al menos una centuria más en el tiempo a partir del contacto acontecido en el siglo XVI d.C. Su perdurabilidad postcontacto se vislumbra ante la presencia de cráneos deformados procedentes de sitios arqueológicos correspondientes a pueblos de indios del período colonial en la provincia (Drube 2004).

La continuidad de los hábitos modificatorios del cráneo en estas sociedades implica una tradición largamente perdurable en el tiempo, que trascendió los cambios ideológicos observados en el registro cerámico. En efecto, el mismo tipo deformatorio permaneció inmutable a los cambios culturales que implicaron, hacia el primer cambio de milenio de la era contemporánea, la desaparición de la cerámica Las Mercedes y la irrupción secuenciada, en el mismo territorio, de los complejos cerámicos Sunchituyo y Averías. La significativa perdurabilidad temporal de la misma plástica deformatoria cefálica en estas sociedades puede llegar a ser interpretada como un reflejo de estabilidad social y política a lo largo del tiempo, que permitiría vislumbrar por una parte, unicidad étnica en cada uno de los complejos cerámicos, y por otra, ausencia de invasiones o conflictos con otros pueblos (Blom *et al.* 1998; Blom 1999; Torres-Rouff 2002, 2007, 2009).

Si bien es cierto que la deformación cefálica que caracterizó a estos pueblos se adscribe prácticamente en su totalidad a la modalidad tabular erecta planolámbdica (Imbelloni 1924-25; Dembo e Imbelloni 1938), resalta la ausencia de un patrón rígido, uniforme, en las expresiones individuales de la mencionada deformación. Puede advertirse cierta variabilidad respecto al plano de compresión aplicado sobre el occipucio, que determina la presencia de cráneos con planos compresivos obtusos y perpendiculares, de acuerdo a su disposición respecto al plano horizontal de Francfort. Por otra parte, la disposición del mecanismo de compresión puede variar según ya sea centrado en el *lambda*, sin originar asimetrías en la bóveda, o bien centrado en las suturas lambdoideas, originando asimetrías izquierdas o derechas. Tampoco se aprecia uniformidad en la intensidad deformatoria, al comprobarse heterogeneidad en los grados de acentuación en la verticalidad de la curvatura sagital del hueso frontal.

La variabilidad evidenciada tanto en los grados de intensidad en la plástica deformatoria como en las asimetrías y en la disposición de los planos compresivos, implicaría, a pesar de que la deformación imperante corresponde a la modalidad tabular erecta planolámbdica, la ausencia de un patrón estrictamente uniforme a nivel individual. Esto coincidiría, de acuerdo a Torres-Rouff (2007:26), con las prácticas deformatorias características de las sociedades simples, no estratificadas, las que, de acuerdo a su organización social, no necesitaban unir grupos dispares bajo una ideología y por ende, no controlaban necesariamente las formas de la cabeza de un modo estructurado y monolítico, tal como acontecía en las sociedades complejas y estratificadas. El predominio de variantes menores a nivel individual, observadas en la forma de la cabeza, indicaría que quien se hubiera encargado de la modificación cefálica habría sido un miembro del núcleo familiar y no una persona especializada en dicha actividad (Arriaza 1988). Debido a que la deformación craneal tiene lugar en los primeros años de la infancia, es probable que las mujeres del grupo hubieran sido las encargadas de llevarla a cabo en las prácticas cotidianas (Tiesler Blos 1998).

Los únicos cráneos sin deformación examinados en la presente investigación proceden del sitio tardío de Bajo de Coronel, caracterizado por un componente cerámico adscrito al complejo Averías. El sitio se localiza en las márgenes occidentales del río Salado, región que hacia mediados del siglo XVI d.C. se encontraba, a decir de las primeras crónicas españolas en el momento del contacto, sujeta a incursiones efectuadas por naciones nómades procedentes, presumiblemente, del Chaco Gualamba (Aparicio 1940). Teniendo en cuenta la presencia mayoritaria de cráneos deformados en estas sociedades alfareras, podría especularse que los cráneos sin deformación hubieran pertenecido a miembros de un etno diferente en términos socioculturales. Más aún, teniendo en cuenta que los cráneos sin deformación corresponden únicamente a individuos femeninos y que todos los cráneos masculinos del mismo complejo cerámico exhiben deformación cefálica, se podría suponer la existencia de redes de intercambio social, que incluirían costumbres

de exogamia e intercambio de mujeres, entre los grupos alfareros de Santiago del Estero y las naciones vecinas del Gran Chaco. Permite dar sustento a esta suposición hipotética no solamente la proximidad geográfica entre estas antiguas sociedades, sino también el hecho de que los pueblos aborígenes de la región chaqueña no incluían en su acervo cultural la costumbre de la modificación craneana (Dembo e Imbelloni 1938). No obstante, la presencia de cráneos sin deformación en el sitio en consideración también podría obedecer a otras causas, originadas en la propia dinámica sociocultural del grupo, entre las que podría mencionarse una incipiente pérdida o flexibilización de las prácticas culturales relacionadas con esta antigua costumbre milenaria.

Por otra parte, la presencia minoritaria en sitios Sunchituyo y Averías de cráneos que exhiben una plástica deformatoria diferencial también indicaría el desarrollo de redes de intercambio y relación social con pueblos de áreas inmediatas y quizás también remotas. Ante la abrumadora presencia de una tradición modificatoria tabular erecta planolámbdica, constante en el tiempo dada su ocurrencia sin interrupciones desde los tempranos grupos Las Mercedes, se podría presumir que los cráneos alejados de la normativa deformatoria imperante corresponderían a sujetos originarios de pueblos diferentes. Como ya se mencionara, los cráneos femeninos sin deformación probablemente correspondieran a etnicidades chaqueñas, quienes no acostumbraban practicar la deformación de la cabeza, en tanto que los cráneos con deformación cuneiforme y tabular erecta planofrontal, encontrados en sitios con fechados radiocarbónicos inminentes al contacto y con manifestaciones ideológicas tardías en la cerámica, podrían constituir evidencias de contacto con poblaciones del área andina, ocupada hacia aquel entonces bajo el yugo del Incario, o bien con pueblos de las florestas de tierras bajas ubicadas al este de los Andes. Próximas investigaciones a llevarse a cabo en un futuro mediano, que involucren estudios en biodistancia poblacional y análisis moleculares, permitirán dar mayor sustento o refutar los planteos hipotéticos enunciados en este trabajo.

Fecha de recepción: 15/12/2009.

Fecha de aceptación: 28/06/2010.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo de investigación ha sido llevado a cabo en el marco de la tesis titulada “Las poblaciones aborígenes prehispánicas de Santiago del Estero. Evaluación de sus características bioantropológicas y de sus condiciones de salud, enfermedad y nutrición”, para acceder al doctorado en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Agradezco el constante apoyo y las enseñanzas brindadas por mis directores de tesis, Susana Salceda y José Togo, quienes conjuntamente con Horacio Calandra y Carlota Sempé compartieron sus vastos conocimientos en las temáticas planteadas en este trabajo. Las investigaciones en consideración han contado con el financiamiento de un subsidio individual para la formación de recursos humanos, otorgado por el área de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Santiago del Estero. Finalmente, deseo agradecer a Ricardo Guichón y a un evaluador anónimo, cuyos valiosos comentarios y sugerencias contribuyeron a mejorar y enriquecer la versión final de este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

Anton, Susan C.

1989. Intentional cranial vault deformation and induced changes of the cranial base and face. *American Journal of Physical Anthropology* 79: 253-268.

Aparicio, Francisco de (ed.)

1940. *Los aborígenes de Santiago del Estero*. Buenos Aires, Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.

Arriaza, Bernardo T.

1988. Modelo bioarqueológico para la búsqueda y acercamiento al individuo social. *Chungara* 21: 9-32.

Blom, Deborah E.

1999. Tiwanaku regional interaction and social identity: A bioarchaeological approach. Tesis Doctoral inédita, Department of Anthropology, University of Chicago.

Blom, Deborah E., Benedikt Hallgrímsson, Linda Keng, María C. Lozada y Jane E. Buikstra

1998. Tiwanaku "colonization": Bioarchaeological implications for migration in the Moquegua Valley, Peru. *World Archaeology* 30: 238-261.

Buikstra, Jane E. y Douglas H. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series No 44. Fayetteville, Arkansas Archaeological Survey.

Cocilovo, José A. y María V. Zavattieri

1994. Biología del grupo prehistórico de Coyo Oriental (San Pedro de Atacama, norte de Chile): II. Deformación craneana artificial. *Estudios Atacameños* 11: 135-143.

Cole, Theodore M. III

1994. Size and shape of the femur and tibia in Northern Plains Indians. En D. W. Owsley y R. L. Jantz (eds.), *Skeletal biology in the Great Plains. Migration, warfare, health and subsistence*: 219-233. Washington D.C., Smithsonian Institution.

Cheverud, James M., Luci A. P. Kohn, Lyle W. Konigsberg y Steven R. Leigh

1992. Effects of fronto-occipital cranial vault modification on the cranial base and face. *American Journal of Physical Anthropology* 88: 323-345.

Dembo, Adolfo y José Imbelloni

1938. *Deformaciones intencionales del cuerpo humano de carácter étnico*. Buenos Aires, Humanior.

Dingwall, Eric J.

1931. *Artificial cranial deformation*. London, John Bale, Sons and Danielsson Ltd.

Drube, Hilton D.

2004. Las colecciones osteológicas y cerámicas del Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales "Emilio y Duncan Wagner" de la provincia de Santiago del Estero. Ms.

Gómez, Roque M.

1966. *La cultura de Las Mercedes*. Edición Privada, Santiago del Estero.

Gramajo de Martínez Moreno, Amalia J.

1992. *La arqueología santiagueña. Marco teórico, sustentos metodológicos y nuevos aportes*. Serie Estudio N° 4. Santiago del Estero, Museo Arqueológico "Emilio y Duncan Wagner".

Imbelloni, José

1924-25. Deformaciones intencionales del cráneo en Sudamérica. *Revista del Museo de La Plata* 28: 329-407.

1934. Los autores de la cerámica de Llajta Mauca. Primeras noticias antropológicas sobre los antiguos civilizadores del Chaco Santiagueño. *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas* 1: 27-57. La Plata.

1940. Síntesis antropológica. En F. Aparicio (ed.), *Los aborígenes de Santiago del Estero*: 79-115. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Key, Patrick J.

1994. Relationships of the Woodland Period in the Northern and Central Plains: the craniometric evidence. En D. W. Owsley y R. L. Jantz (eds.), *Skeletal biology in the Great Plains. Migration, warfare, health and subsistence*: 179-187. Washington D.C., Smithsonian Institution.

Lorandi, Ana M.

1978. El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero. *Journal de la Société des Americanistes* LXV: 63-85.
1979-82. La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 9: 77-95.

Marcellino, Alberto J.

- 1995-96. ¿Eran “Ándidos” los aborígenes del Agroalfarero de Icaño? Nueva contribución a la craneología de Santiago del Estero. *Anales de Arqueología y Etnología* 50-51: 135-166.

Molleson, Theya y Stuart Campbell

1995. Deformed skulls at Tell Arpachiyah: The social context. En S. Campbell y A. Green (eds.), *The archaeology of death in the ancient Near East*: 45-55. Oxford, Oxbow Monographs.

Munizaga, Juan

1976. Intentional cranial deformation in the precolumbian populations of Ecuador. *American Journal of Physical Anthropology* 45: 687-694.

O'Loughlin, Valerie D.

2004. Effects of different kinds of cranial deformation on the incidence of wormian bones. *American Journal of Physical Anthropology* 123: 146-155.

Pérez, S. Iván

2006. Influencia de la deformación artificial del cráneo sobre la morfología facial: implicancias para los estudios de relaciones evolutivas inter-poblacionales. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 48: 37-55.

Stewart, Thomas D.

1973. *The people of America*. New York, Charles Scribner's Sons.

Tiesler Blos, Vera

1998. *La costumbre de la deformación cefálica entre los antiguos mayas: Aspectos morfológicos y culturales*. Colección Científica. México, INAH.

Togo, José

2004. Arqueología santiagueña: estado actual del conocimiento y evaluación de un sector de la cuenca del río Dulce. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
2007. Los primeros fechados radiocarbónicos de Las Mercedes. *Indoamérica* 1: 51-80.

Torres-Rouff, Christina

2002. Cranial vault modification and ethnicity in Middle Horizon San Pedro de Atacama, Chile. *Current Anthropology* 43: 163-171.
2007. La deformación craneana en San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños: Arqueología y Antropología Surandinas* 33: 25-38.
2009. The bodily expression of ethnic identity: Head shaping in the Chilean Atacama. En K. J. Knudson y C. M. Stojanowski (eds.), *Bioarchaeology and identity in the Americas*: 212-227. Gainesville, University Press of Florida.

Ubelaker, Douglas H.

1999. *Human skeletal remains*. Washington D.C., Taraxacum.

ARTE RUPESTRE SOSLAYADO: LOS GRABADOS COLONIALES DE LAGUNA COLORADA - 8 HERMANOS (JUJUY, ARGENTINA)

*Alicia Ana Fernández Distel **

RESUMEN

Se continúa con las consideraciones teórico-metodológicas en relación con la selección de evidencia documental al momento de realizar estudios de arte rupestre. El soslayado de datos viene repitiéndose en la arqueología regional del NOA, no superando las nuevas generaciones de arqueólogos, las trabas heurísticas de los maestros.

Que ha existido arte rupestre en la Colonia es un hecho aceptado a nivel continental. Sin embargo, la tendencia a considerarlo graffiti, sigue teniendo eco. Acá se documenta un panel de Laguna Colorada, Yavi, frontera argentino-boliviana, a través de una foto tomada por P. Krapovickas en 1970, jamás publicada. Luego, se fecha el componente colonial del panel gracias al hallazgo de un escudo de armas con año calendárico exacto en cuanto a su confección. Está tallado en la misma roca que los petroglifos. Tal evidencia se halla en la cercana Bolivia. Ambos elementos, iconográficamente, se inscriben en el barroco europeo del siglo XVIII. Por lo demás, el arte sacro de Yavi también es caracterizable como barroco jesuítico.

Palabras clave: iconografía - arte colonial - petroglifos - escultura - canteras.

ABSTRACT

In this paper, theoretical-methodological considerations regarding the selection of documentary evidence when studying rock art are considered, specifically the eluding of motifs. The elusion of data continues to take place in the regional archaeology studies of NW Argentina, where the new generations of archaeologists are not able to get through the heuristic obstacles of their teachers.

The presence of Colonial rock art has been accepted throughout the continent. However, there is still a tendency for this rock art to be considered as graffiti. A panel from Laguna Colorada, Yavi, in the Argentinean-Bolivian border, is documented here, with two unpublished photos

* Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy-CONICET, Otero 262, 4600 S. S. de Jujuy. E-mail: fernandezalicia@imagine.com.ar.

taken by P. Krapovickas in 1970. The Colonial component of that panel was dated, thanks to the discovery of a coat of arms with the exact calendar year regarding its creation. It is engraved in the same kind of rock as the petroglyphs. Similar evidence is present in Bolivia. Both elements are iconographically registered in the European baroque style of the 18th century. Likewise, the sacred art of Yavi is also characterized as Jesuitical baroque style.

Key words: iconography - Colonial art - petroglyphs - sculpture - quarry.

INTRODUCCION

Aquí se describirá una pieza escultórica en bulto, de naturaleza compuesta y para empotrar (el escudo del Marqués de Yavi) con una fecha bastante cierta de confección (1700) y unos grabados rupestres de la zona de Yavi en los que se ven jinetes de alcurnia, posiblemente de la misma época. Lo primero está en territorio de Bolivia, lo segundo en Jujuy, Argentina, distanciadas las evidencias por escasos 57 Km. (Figura 1). Ambas expresiones están comprendidas en la otrora posesión del Marqués Juan José Campero y Herrera. El soporte de las obras artísticas es el mismo: arenisca de

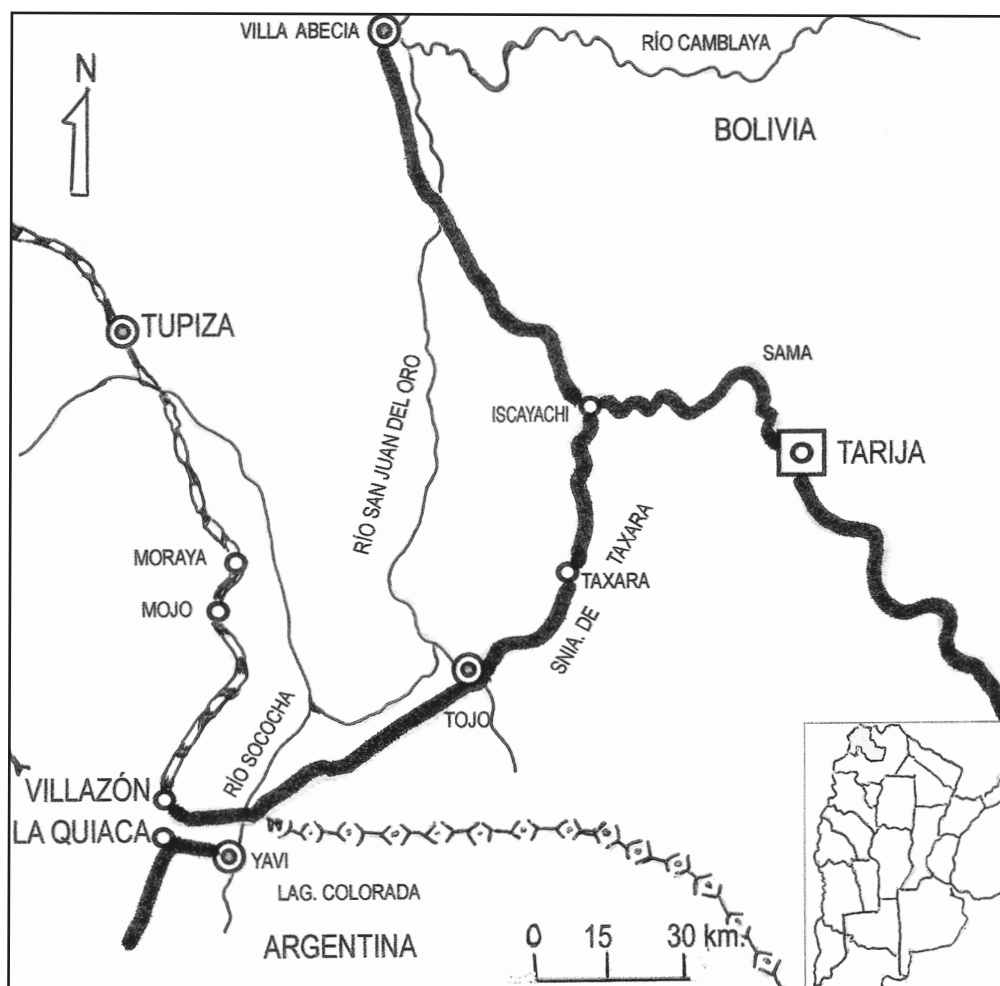


Figura 1. Ubicación de los dos lugares citados, uno en Bolivia (Tojo), otro en Argentina (Laguna Colorada o también 8 Hermanos).

una formación geológica que secta de norte a sur las jurisdicciones de Tarija (provincia Avilés, Bolivia) y de Jujuy (departamento Yavi, Argentina).

El primer elemento puede considerarse inédito, producto de nuestros trabajos como investigadores del CONICET en la década de 1990. El segundo fue registrado por el arqueólogo Pedro Krapovickas a través de unas fotos blanco y negro con un epígrafe de su puño y letra, que quedaron archivadas en el Museo Arqueológico Provincial de Jujuy. Estas fotos sirvieron a L. Alfaro de Lanzone (1972) para presentar una ponencia en el 40° Congreso Internacional de Americanistas de Roma-Génova, titulada “La figura humana dentro del arte rupestre del área puneña”. Es evidente que para redactar ese artículo, la arqueóloga “calcó” las fotos mencionadas, pues los dibujos se presentan con la misma distorsión que las tomas de Krapovickas.

En el año 2009 volvimos al yacimiento que posee varios nombres: Cordón 7 hermanos y Cerro Colorado (Alfaro de Lanzone 1972), Laguna Colorada (Fernández Distel 1971, 2001, 2004), 8 Hermanos (Krapovickas 1961), SJUJ YAV 11 (Fernández Distel *et al.* 1991) y comprobamos que los 4 jinetes¹ estaban intactos y tal como los había fotografiado, pero no publicado (¿por no confiables?) por Krapovickas (Figuras 2 y 3).



Figura 2. Vieja foto de P. Krapovickas, conteniendo al pie anotaciones del autor.



Figura 3. Otra vieja Foto de P. Krapovickas, conteniendo al pie anotaciones del autor.

LO BARROCO EN LAS PIEZAS

La etimología de la palabra “barroco” es oscura. Lo que es más claro es el contenido que, en historia del arte, se le da al término. Se trata de una modalidad artística patente en la escultura, pintura y arquitectura de los siglos XVII y XVIII que surge en Europa como reacción al clasicismo que caracteriza el renacimiento. El barroco busca la exaltación de la forma, con ornamentaciones generosas y fórmulas estereotipadas que se repiten aún a grandes distancias.

Así el barroco europeo encuentra parangón en la América española y se expresa con insistencia en altares de iglesias y en retablos de santos. Ello porque en los retablos puede el artista barroco llevar la arquitectura a nivel pequeño, el retablo es concebido como una estructura de arquitectura. Lo mismo parece ocurrir con el escudo en 5 piezas, a empotrar, que describiremos. El elemento rector es el cuadrángulo con las armas del Marqués que establece relación con los restantes 4 elementos que lo circundan y que ayudan a reforzar la idea de hegemonía de la noble familia Campero.

Todo sobre las obras

La existencia de un escudo de arenisca (Figura 4) con las armas de la Casa del Barranco (por extensión de Tojo) lo anunció Campero Paz (2007) sin, evidentemente, haberlo visto, porque la pieza consta de 5 partes o “eslabones” y no sólo uno, a saber:

- A) Cabezal con figura de yelmo, 45 cm de alto por 86 cm de ancho.
- B) Leones rampantes para los lados, 70 cm de alto por 40 cm de ancho.
- C) Cuadrángulo central, 70 cm de alto por 62 cm de ancho (Figura 5).
- D) Panoplia inferior, 45 cm de alto por 85 cm de ancho.

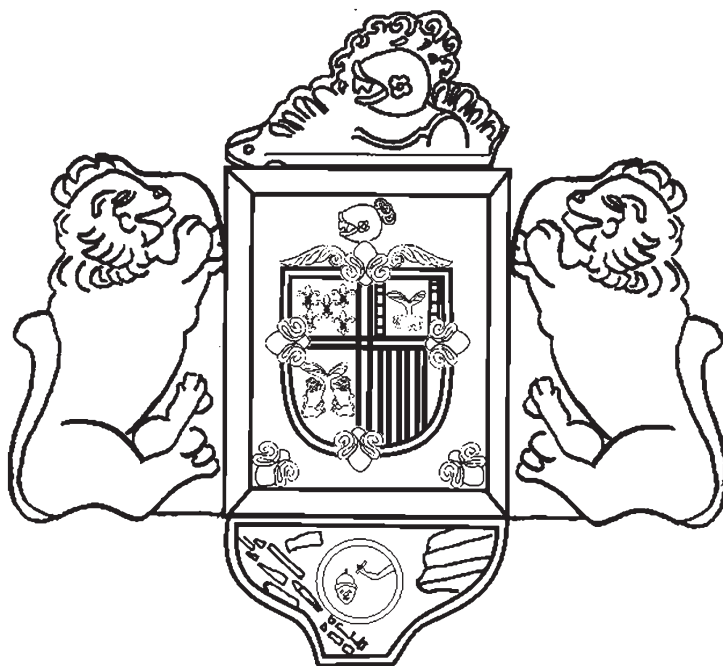


Figura 4. Escudo completo del Marquesado de Tojo, realizado en arenisca roja, en cinco secciones.
Reconstrucción de Justa del Milagro Tejerina sobre fotos de la autora.



Figura 5. La pieza central del escudo, fotografía de la autora.

Son piezas espesas que agregan al relieve varios centímetros más que serían para el empotrado. Son representaciones que reúnen las tres condiciones técnicas que debe tener una escultura según Taboada (2002): técnica de modelado por extracción, volumen o tridimensión e intención estética. Por caer el modelado (la talla) en el orden de la extracción (y no la adición de material) se les define como bajorrelieves.

En el cuadrángulo central se diseñó un escudo dividido en cuatro cuarteles. La cruz que divide termina en sus 4 extremos (de idéntico largo) en oropeles. Por ende, se le puede identificar como la Cruz de la Orden Militar de Calatrava (España), a la cual pertenecía el Marqués. El primer cuartel dentro del campo de la cruz tiene 5 flores de lis pequeñas; el segundo, 8 aspas más un árbol central con un lebrél al pie; el tercero tiene un árbol con dos leones sentados. Finalmente, el cuarto tiene simplemente tres palos. Bastante ilegibles, en la panoplia inferior, están estos elementos: partezanas o alabardas, lanzas y espadas, un círculo dentro del que se ubicó la cabeza de un moro y un brazo armado.

En el año 1996, hallamos las 5 piezas en la trastienda de la iglesia de Tojo. Para el año 1997 ya habían sido trasladadas a Tarija, informándonos que estaban depositadas en la bóveda del Banco Central.

Los informantes de 1996 explicaron que las 5 piezas de arenisca habían sido halladas hundidas en la tierra arable, por el frente de lo que había sido la Casa del Marqués en Tojo. También nos explicaron que en la serranía de arenisca roja que está por enfrente de Tojo hay canteras de esa misma piedra.

La presencia del grabado de jinetes enjaezados “a la española” en el marco del yacimiento arqueológico de Laguna Colorada (Yavi), fue anticipada por Lidia Alfaro de Lanzzone (1972).

Krapovickas (1961) demuestra haber conocido bien el lugar del momento que el grueso de sus trabajos los realiza en Cerro Colorado, prolongación tipo *antigal* o *pucara* del sitio de arte que está junto a la Laguna Colorada. Justamente porque a P. Krapovickas le interesaba verificar todo lo relativo a la cotideanidad y la cultura material mueble (incluidos enterratorios, de los que halló varios) de los artistas que elaboraron los petrograbados. Cabe acotar que con las dos palabras colocadas en cursiva se señalan en la región de los Andes Meridionales a los lugares permanentes de asentamiento, defensa y funebria.

El petroglifo del panel de Laguna Colorada, en su parte baja, en contacto con los sedimentos del lugar, tiene grabados cuatro jinetes. El tamaño no es grande (entre 24 y 29 cm de alto) y la talla es difusa. Las representaciones pueden ser interpretadas como caballos elegantes, aparentemente de raza árabe con el cuello largo y curvado y extremidades gráciles, en posición de galope. De haberse representado al “petiso” o “caballo criollo”, el animal habría sido más retacón. Tres de los jinetes llevan un estandarte cruzado en sus dos diagonales, portado en mano derecha y en alto. Todos están en una misma línea y se dirigen hacia el norte, izquierda del panel, hacia Yavi y/o Bolivia. Los caballos tienen las cuatro patas talladas aunque la perspectiva es biangular y distorsionada (Bednarik 2001). Se ven, con este tipo de perspectiva, las dos orejas a la par. La cola es curvada, levantada, larga. Los dos últimos jinetes tienen penacho en la cabeza, tal vez adherido a un yelmo, que es difícil de reconocer en la representación. También se hace difícil entender lo relativo a estribos y piernas de los personajes.

EL CONTEXTO DE DIBUJOS DEL PANEL EN SU TOTALIDAD

El panel está en el sector sur del yacimiento Laguna Colorada. Los dibujos comienzan a 0,30 m del piso generalizado del lugar y cubren una superficie de 1,90 por 1 m (Figura 6). Con una inclinación de 45° miran hacia el oeste, gozando de sol de tarde. El soporte tiene una forma de triángulo equilátero en cuyo ápice sobresale el grabado de un sol. La mitad superior del triángulo es la más patinada, lo que produce que las figuras resalten. Todavía ocupan este sector los



Figura 6. Panel XX de Laguna Colorada. Detalle de los tres primeros jinetes que se hallan reunidos en un plano continuo (foto F. R. Valdez, año 2009).

siguientes elementos: un sol más pequeño, tres guardas geométricas de picado lleno, tres camélidos simplificados, dos jinetes al estilo indígena (verbigracia como en Sapagua o Huachichocana IV-V lugares de Jujuy que se han hecho emblemáticos por representar el enfrentamiento entre el indio y el español)², un antropomorfo de frente con un gran adorno en la cabeza y un fitomorfo.

La franja más baja está dedicada a los 4 jinetes-soldados españoles. El último queda fuera del triángulo ideal que es el soporte (Figura 7). La faz de arenisca es rugosa y si lo inferior está menos patinado se debe al golpe continuo del agua en la base del panel. El grabado es tenue, poco profundo en toda la extensión de la superficie descrita.

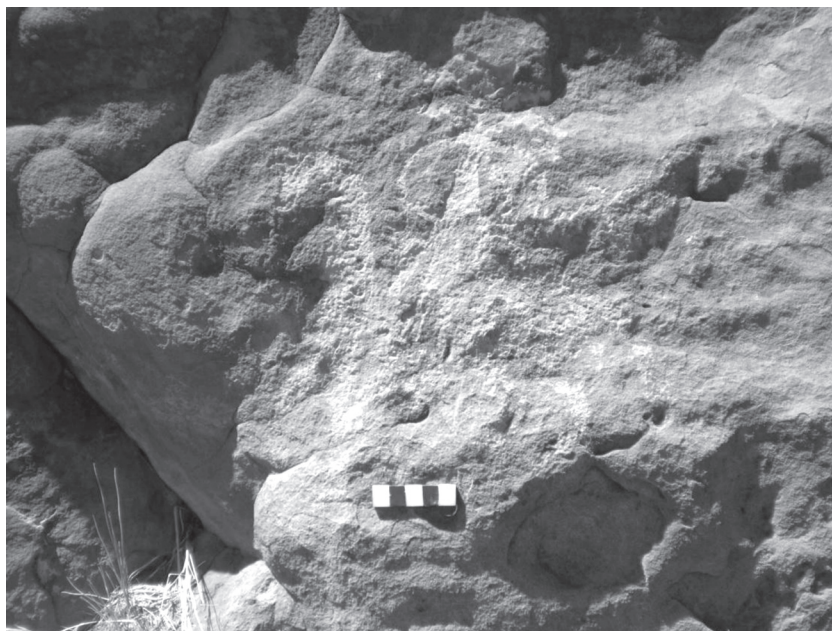


Figura 7. Panel XX de Laguna Colorada. Detalle del último jinete que se halla aislado de los anteriores por una importante grieta, posiblemente anterior a la realización de los dibujos (foto F. R. Valdez, año 2009).

INSERCIÓN DE LAS OBRAS EN UN AREA ETNOGRÁFICA DE INVESTIGACIÓN

Quien con más detalle se ha dedicado a la cuestión es M. Gentile. Es importante penetrar en el tema para dilucidar la raíz étnica de los artistas. Sin mayores análisis podría pensarse que el arte rupestre con motivos españoles fue realizado por “indios” de las encomiendas de Casabindo y Cochinoca que el antecesor del Marqués incorpora a mediados del siglo XVII (Gentile 1998).

Pero, también, está claro que los nativos que más contribuyeron a las empresas de la familia fueron los Chichas (de hecho en la Bolivia actual quedó una provincia con este nombre en la región fronteriza con Argentina). Se complica la situación si se observa que Gutierre Velásquez de Obando obtiene en 1602 la especial concesión de “conseguir yanaconas capturando indios vagabundos, ni visitados ni empadronados” (Gentile 1998:395). Tal intromisión de raíces étnicas insospechadas, se ve en el censo colonial de 1778-1779 que arroja un Yavi con cantidad de forasteros, discriminables en esclavos, negros, mulatos y mestizos, además de indios (Rojas 1913).

De hecho, el mismo censo muestra que el Curato de Yavi es el más poblado de la ahora Puna Argentina. Gil Montero (2006:71) retoma el tema demostrando que en Sud Chichas había

abundantes indios originarios con tierras (es decir que no estaban en total indefensión) y que convivían con “forasteros y originarios sin tierras”.

En las probanzas de estos españoles que venían de fundar Tarija (Bolivia) figuraban caballos, arcabuces, cotas y armas en general (Gentile 1998). Este patrimonio evidentemente fue plasmado en el arte rupestre hispánico de Laguna Colorada (Yavi). Tal vez, la escena de los 4 jinetes directamente se relacione con la gesta de la fundación de Tarija.

Si el grabador fue un Casabindo de la encomienda de los Campero (Madrado 1982; Campero 2006), un Chicha o un Yanacona –indio trabajador y nómada (Konetzke 1972)–, es difícil de precisar. Lo interesante es constatar que la familia a la cual servía le asignó tareas en las canteras de Yavi y Tojo y que dispuso de instrumental de picapedrero, de buen acero. El escudo debió elaborarse en el mismo Tojo; tal vez por manos más expertas.

CANTERAS EN LA FORMACIÓN PIRGUA

Las areniscas rojas utilizadas en las obras pertenecen a la Formación Pirgua del Grupo Salta del Cretácico, Era Mesozoica. Pirgua se da en la llamada Cordillera Oriental de la cual forma parte la cadena de los “7 hermanos” que cobija al pueblito de Yavi. Si se cuenta de norte a sur, el paraje emblemático del marquesado estaría junto al “primer hermano” y el paraje Laguna Colorada al pie del “séptimo hermano”, aunque los picos no sean 7 sino 8 (Figuras 8 y 9).

Desde la frontera argentino-boliviana hacia el Sur se da un rosario de sitios de grabados rupestres, de todos los períodos. Los mismos siguen el rumbo de los afloramientos que en líneas generales es Norte-Sur. Muchos yacimientos se combinan con canteras actuales de lajas, como es el caso de Laguna Colorada que brinda las lajas que se ven en las veredas de La Quiaca.

Lajas de la Formación en cuestión son tomadas para actuar de lápidas (grabadas artesanalmente) en cementerios cristianos como los de Sococha (Modesto Omiste-Potosí, Bolivia), Tabladitas



Figura 8. Vista del Cerro 7 Hermanos, Yavi. Foto de la autora.



Figura 9. Vista de los afloramientos bajos que contienen el panel XX en el Cerro 7 Hermanos, también llamado “Panel Krapovickas”. Foto de la autora.

(Cochinoca) y Uquía (Humahuaca), los dos últimos en Jujuy, Argentina. Describimos el fenómeno en “Catálogo del Arte Rupestre: Jujuy y su región” (Fernández Distel 2001) donde se demuestra que la asociación grabados arqueológicos-Formación Pirgua también se da en Bolivia. Lajas de esta formación fueron aplicadas también a las aceras del casco antiguo del pueblo de Yavi, sede del Marquesado, lo que prueba que las canteras para el siglo XVII ya estaban activas. La relación del hombre, en todos los tiempos y circunstancias, con esta calidad de roca es, por lo tanto, importante de mencionar.

SOSLAYAR, LOS PORQUÉS

¿Porqué cabría suponer que acaeció un soslayado³ de datos en relación con el arte rupestre de Yavi, máxime sabiéndose desde 1970 que los cuatro caballeros españoles estaban grabados en Laguna Colorada y ocupaban una posición topológica preponderante dentro del sitio? Simplemente, porque todo conjunto representativo conteniendo letras, números, iconos del cristianismo, etc. (Figura 10) tiende a ser tomado con desconfianza en cuanto a su cronología.

A Krapovickas (1961:152) le interesaba el “barroquismo” del arte rupestre (pintado) de Yavi. Pero no usaba el término barroco colocándolo en tiempo y lugar, sino en sentido extensivo y

figurado. El grupo iconográfico propiamente barroco fue soslayado por él. La presencia de cruces, jinetes y letras “molestaba” y producía un ruido que enturbiaba la comprensión del desarrollo cultural prehispánico que él pretendía describir.

El fantasma de que los uniformes cuatro íconos, aludiendo a la cultura ecuestre europea, hayan podido ser grabaciones del siglo XX, persiguió al arqueólogo. Concomitantemente, cercenó un dato. Es de alertar a los profesionales en formación que entiendan que tales actitudes deforman la evidencia. Por lo tanto se aconseja profundizar en la búsqueda de indicadores⁴ que refuercen el carácter histórico que supone tener una representación. Viejos itinerarios y mapas, registros parroquiales o estatales⁵ pueden ayudar a precisar la filiación histórico-cultural, lo que de otro modo, ha sido interpretado como un graffiti.

¿Cuándo comienza a entrar en consideración sería un graffiti? Chippindale y Tacon (1998:5) demuestran que hasta una “pintada” callejera del año 1995 puede tener jerarquía de arte rupestre.

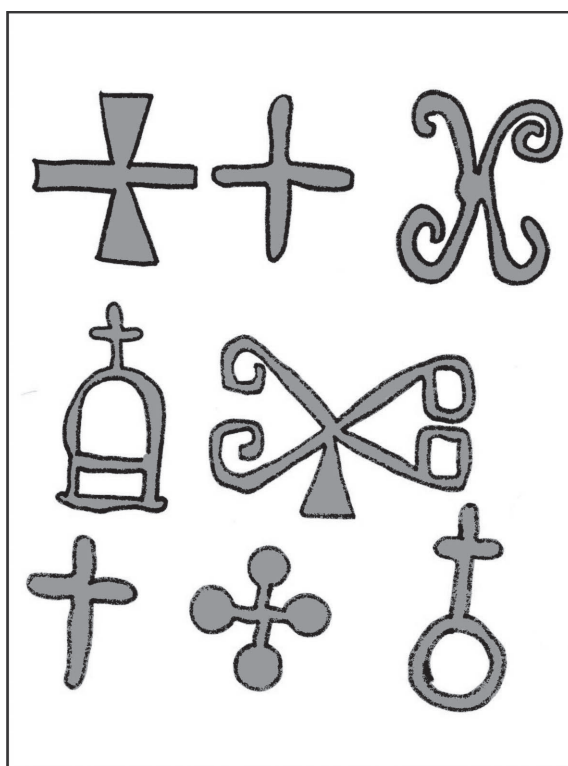


Figura 10. Una selección de los motivos con cruces del sitio de arte rupestre de Laguna Colorada. Escalas variadas.

CONCLUSIONES

El apego del hombre andino, de todos los tiempos, por tallar las areniscas tan frecuentes en sus respectivas zonas es un hecho que se impone. La Formación Pirgua de areniscas rojas en Jujuy y Salta (toma su nombre del lugar arqueológico que precisamente se llama Las Pirguas en Salta) fue un detonante de habitabilidad en la prehistoria. Las mejores cuevas y aleros de estas provincias se hallan en estas rocas rojas.

En Yavi, donde la presión del coloniaje fue muy fuerte, se superpuso la familiaridad con las rocas areniscas rojas que venía de lo prehispánico. Sumándose la contingencia del uso de esas mismas rocas trabajadas en canteras para el Marqués.

Así, parece haberse generado una amalgama, un verdadero arte rupestre hispano-indígena, cronológicamente coincidente con el barroco paneuropeo que emanaba de los símbolos de poder de los Señores de la zona.

Personalmente enfatiqué el hecho que, con la técnica rupestre ancestral, se grabaran letras, números, leyendas, poesías, señales de ganado, sobre todo en el área Yavi, Jujuy (Fernández Distel 1971). A la par que se continuaba con la iconografía prehispánica que da preeminencia a la figura de los camélidos.

En el caso del “Panel Krapovickas” de Laguna Colorada (que así terminó llamándose) se enriquece el tema al observarse que hay dos maneras de representar al jinete español: una simple que recurre al patrón de cuadrúpedo-camélido (en Sapagua directamente se “reciclan” llamas para transformarlas en caballos) y una compleja, abigarrada y “españolizante”.

Es ambiguo el otorgamiento de fechas topes al comienzo de la grabación en un determinado soporte y a su finalización. De no haberse contado con el escudo de la Casa Nobiliaria que a su vez estaba asociado a la campana de la Iglesia de Tojo, que en su costado posee en relieve la inscripción *Ano 701*, los 4 jinetes del “panel Krapovickas” no habrían sido posibles de integrar al cuerpo iconográfico del arte rupestre andino, que por lo demás ya contaba con documentación afín en Chile, Bolivia y Perú (Chacama *et al.* 1988-89; Taboada Téllez 1992; Hostnig 2003).

Definitorio sería poder escindir el momento en que se trabajó con cinceles de acero venidos de allende los mares o producto de forjas españolas. Paradojalmente en el arte rupestre de Laguna Colorada, el emblemático sitio cercano a Yavi, lo grabado rondando el 800 DC (la fecha en que se supone la Cultura Yavi tiene su apogeo) tiene mejores o similares características técnicas que lo agregado en la época del Marqués.

El trabajo en bulto, en la misma arenisca roja siempre fue patrimonio de los antiguos yaveños, no ya para hacer un escudo como el que se describió sino para piezas semi utilitarias como pipas.

De modo que la prédica española en torno a la cualidad de buen lapidario (picapedrero o escultor) cayó en terreno fértil y rindió frutos.

Es de desear, que ya en el siglo XXI que se transita, las canteras de arenisca roja de Yavi sean desactivadas, pues de seguir la extracción, que de hecho continúa⁶, el arte rupestre de tantas épocas desaparecerá. A esto se suma el inconveniente que el casco turístico y central de Laguna Colorada desde 1980 tiene una relativa protección. En cambio el Panel Krapovickas se halla en la planicie sur con afloramientos aislados zona que no es reconocida como sitio arqueológico. Los daños, al momento, ya son intensos.

Fecha de recepción: 17/12/2009.

Fecha de aceptación: 27/06/2010.

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecida al Museo Arqueológico Provincial de Jujuy que me facilitó las dos fotos archivo de Krapovickas. También a Fernando R. Valdez quien me facilitara las fotografías actuales del mismo panel.

NOTAS

- ¹ La iconografía llama a pensar en el Antiguo Testamento, Apocalipsis, Segunda parte “La apertura de los siete sellos”, cuando aparecen los 4 jinetes con caballo de distinto color. Pero los aditamentos soldadescos de las representaciones no concuerdan. De todos modos la alternativa continúa abierta.
- ² Para consultar sobre ambos sitios en una sola obra se recomienda Fernández Distel (2001:167-169 y 89-92) respectivamente. Además de Sapagua y Huachichocana hay muchísimas más estaciones de arte rupestre en Jujuy con imágenes de caballos y jinetes.
- ³ Siempre me interesó develar las razones del soslayado de evidencia por parte de los arqueólogos dedicados al arte rupestre cuando el motivo no encajaba en las exégesis estilísticas consagradas, sea por su técnica (el grabado cuando en el lugar sólo hay pinturas), sea por lo representado (monigotes con rasgos de infantilismo), sea por su tamaño desusado y ubicación topográfica no tan lógica.
- ⁴ Por ejemplo la presencia de cerámica vidriada colonial en la base de los paneles, es un indicio de que los dibujos “no son de ahora” y tampoco tan antiguos como para remontarlos a época preincaica.
- ⁵ Las listas donde se ingresan las señales de ganado únicas e irrepetibles, dan indicios de actividades pecuarias con años calendarios exactos.
- ⁶ De hecho, en todo lo relativo a áridos y piedra para la construcción, no se ha establecido en Jujuy, a través de la Dirección Provincial de Desarrollo Industrial, Minero e Industrial, un sistema claro de pedimento. Las comunidades aborígenes, declaradas en la zona, usufructúan de estos bienes no renovables sin control alguno.

BIBLIOGRAFÍA

Alfaro de Lanzone, Lidia C.

1972. La figura humana dentro del arte rupestre del área puneña. *Actas del XI Congreso Internacional de Americanistas* 1: 303-313. Roma-Génova.

Bednarik, Robert G.

2001. *Rock Art Science, the scientific study of paleoart*. Turnhout, Brepols.

Campero, Rodolfo M.

2006. *El marqués de Yavi, coronel del ejército de las provincias unidas del Río de la Plata*. Buenos Aires, Editorial Catálogos.

Campero Paz, Javier

2007. *El vínculo de Tojo*. Tarija, Editorial Luis de Fuentes.

Chacama, Juan M., Luis Briones y Gustavo Espinosa

1988-89. El arte mural en las iglesias coloniales de la primera región y la tradición pictórica andina en el extremo norte de Chile. *Dialogo andino* 7/8: 101-120. Arica, Departamento de Antropología.

Chippindale, Ch. y Paul C. Tacon

1998. An archaeology of rock art through informed methods and formal methods. *The Archaeology of Rock Art*. 1: 1-10. Cambridge, Cambridge University Press.

Fernández Distel, Alicia A.

1971. Un caso de pervivencia del arte rupestre en nuestra provincia. *Diario Pregón dominical*, 1 de agosto. San Salvador de Jujuy, Editorial Pregón.

2001. *Catálogo del Arte Rupestre: Jujuy y su región*. Buenos Aires, Editorial Dunker.

2004. *Iconografía prehispánica de Jujuy*. Buenos Aires, Editorial Dunker.

Fernández Distel, Alicia A. y Fernando R. Valdés

1991. Mapa arqueológico de la Provincia de Jujuy. S.S. de Jujuy. Ms.

Gentile, Margarita E.

1998. El maestro de campo Don Gutierre Velásquez de Obando. Notas a su probanza de méritos y a su reparto de Bienes. *Investigaciones y Ensayos* 47: 385-407. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

Gil Montero, Raquel

2006. Desplazamiento diferencial en los Andes Meridionales: Sud Chichas y la Puna de Jujuy en el siglo XIX. *Bulletin de l'Institut d'études Andines* 35 (1): 55-73.

Hostnig, Rainer

2003. *Arte rupestre del Perú, inventario nacional*. Lima, Cocytex.

Konetzke, Richard

1972. *América latina, la época colonial. Historia Universal siglo XXI*. Madrid, Siglo XXI Editores.

Krapovickas, Pedro

1961. Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15: 135-167. Universidad Nacional de Cuyo.

Madrazo, Guillermo

1982. *Hacienda y Encomienda en Los Andes*. Buenos Aires, Fondo Editorial.

Rojas, Ricardo

1913. *Archivo Capitular de Jujuy*. Tomo I. Buenos Aires, Imprenta Coni.

Taboada, Constanza

2002. Definiciones y apuntes para el estudio de la escultórica lítica. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 2: 45-49. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Taboada Téllez, Freddy

1992. El arte rupestre indígena de Chirapaca, Departamento de La Paz, Bolivia. En *Arte rupestre Colonial y republicano de Bolivia y países vecinos*: 111-167. La Paz, Sociedad de investigación del arte rupestre de Bolivia.

NOMBRES Y DEFINICIONES INDÍGENAS ACERCA DE LOS CRISTIANOS EN NORPATAGONIA, 1860-1880

María Paula Irurtia*

RESUMEN

Este trabajo analiza nombres y definiciones dados por indígenas de Norpatagonia a hispanocriollos, viajeros y otros personajes, a partir de la lectura de los diarios de viaje de Guillermo Cox [1862-63], George Musters [1869-70] y Francisco Moreno [1876 y 1876-77]. Los distintos nombres parecen reflejar un determinado posicionamiento en la relación con los blancos que implicaba tanto la participación en los circuitos de intercambio posibilitando el acceso a bienes estimados, como la ocupación de territorios indígenas por parte de los cristianos y el incumplimiento a los acuerdos. Las referencias a elementos “mágicos” en las definiciones acerca de los blancos podrían estar asociadas a una situación de dificultad para hacer frente al ineludible avance de los huincas. Finalmente, planteo que las expresiones de los indios darían cuenta de la iniciativa y capacidad de acción puestas en juego en la compleja relación con los cristianos.

Palabras clave: nombres - definiciones indígenas - cristianos - Norpatagonia - años 1860-1880.

ABSTRACT

Based on the diaries from Guillermo Cox [1862-63], George Musters [1869-70] and Francisco Moreno [1876 y 1876-77] this article analyzes the names and definitions given to Hispano-Creole populations, voyagers, and other personages by the Indigenous peoples of North Patagonia. The different names seem to have reflected a specific position in the relationship with the white (huinca) peoples, including the participation and access to inter-exchange of goods, as well as the overall occupation of indigenous territory by Christians and any breaches to the agreements. The references to “magical” elements could be related to a fearful situation because the advance of the huincas estates. Finally, I propose that the Indigenous-definitions show an

* Sección Etnohistoria, Universidad de Buenos Aires/Becaria doctoral CONICET.
E-mail: paulairurt@yahoo.com.ar.

initiative and active capacity in the complex relation with the Christians.

Key words: *names - Indigenous definitions - Christians - North Patagonia - 1860-1880.*

Con los primeros establecimientos españoles, la llegada de viajeros y la presencia de poblaciones hispanocriollas se inició una serie de dinámicos acercamientos, intercambios y enfrentamientos entre indios y cristianos. A medida que se sucedían las interacciones, tenían lugar las transacciones comerciales o los ataques mutuos, se fue configurando una manera de percibir y comprender al *otro* y sus modos de actuar. A lo largo de este proceso surgirían palabras para referirse al *otro* y se identificarían ciertos aspectos que lo caracterizaban. En este trabajo propongo rastrear estos elementos y reconstruir la visión indígena respecto de los blancos en Norpatagonia a partir de la lectura de los conocidos diarios de viaje de Guillermo Cox [1862-63], George Musters [1869-70] y Francisco Moreno [1876 y 1876-77].

El desafío de encontrar *testimonios indígenas* en registros “foráneos” (Clendinnen 1987) que consignan diálogos, frases aparentemente transcriptas, referencias indirectas y actitudes y comportamientos, ha requerido la lectura crítica de las fuentes examinando por quién fueron escritas, por qué motivo y a quién se dirigían, identificando una multiplicidad de contextos, del nivel más local al más global que influye en las prácticas a la vez que opera en el proceso de conocimiento y registro de particularidades respecto del otro (Revel 1995; Bensa 1996; Nacuzzi 2002), analizando, luego, su significado desde la perspectiva de los indios. Los sujetos y grupos sociales mencionados en las fuentes han sido identificados teniendo en cuenta el carácter procesual de la construcción de las configuraciones sociales, interrogándome acerca del origen de los términos y de su contexto de producción. Ante el problema de cómo nombrar a “unos” y a “otros” he resuelto utilizar los apelativos que aparecen en las fuentes: “indios”, “cristianos”, “huincas”, los nombres propios y otras variantes, sin pretender que ésta sea la respuesta definitiva ni que éstos sean los nombres con los que se identificaban los distintos grupos a sí mismos.

Acerca del tema de la construcción de una identidad y, al mismo tiempo, de una o de varias alteridades, José Luis Martínez C. (1995) plantea que este proceso “parece conllevar siempre el surgimiento de una forma social de referirse al otro, de describirlo siguiendo pautas y usando categorías descriptivas que clasifican, ordenan y jerarquizan lo que se supone deben ser las relaciones entre unos y otros grupos” (Martínez 1995:34-35). Los nombres, apelativos, categorías socio-culturales y descripciones expresan la “mirada étnica”, cierta forma de ver y representar al otro. Esta debe ser buscada, por lo tanto, en las maneras de “decir”, de hablar o referir, socialmente aceptadas y difundidas, en los enunciados que evidencian lo que se dice o se puede decir sobre los otros. La palabra, como actividad denominadora, establece un orden y una categorización a las realidades significadas configurando un esquema clasificatorio. Al nominar y otorgar nombres diferentes se separa, identifica, segmenta o une para un determinado conocimiento de una sociedad específica. Por lo tanto, al otorgar un nombre e incorporar la presencia de los cristianos al relato del mundo organizado de los indios, lo que se hace es reordenar, clasificar de acuerdo a una determinada lógica cultural, otorgar un sentido, definir el lugar que se le otorga en la sociedad. Se asigna a una entidad características particulares y esto implica una determinada forma de relacionarse con ésta (Martínez 1995).

Con respecto a los nombres otorgados a las poblaciones indígenas, ha sido estudiado cómo la administración colonial y los posteriores estudios etnológicos han creado sistemas de clasificación identificando grupos étnicos estáticos y de rígidos límites, mientras que, por el contrario, las identidades parecen manifestar permanentes y dinámicos procesos de afirmación a partir del diálogo entre las distintas entidades. Como plantea Amselle, la definición de una cultura es en realidad “el resultado de una relación de fuerzas intercultural” donde la cultura que domina asigna un lugar, un nombre y un campo de expresión a la subordinada en el marco de una compleja y fluctuante relación. Así, en la objetivación y globalización de identidades grupales y culturales las

relaciones de poder resultan un factor fundamental. Mientras ciertas culturas tienen el poder de nombrar a otras y circunscribir sus ámbitos de expresión, otras solo son capaces de ser nombradas revelando una compleja y fluctuante relación de fuerzas (Amselle [1990] 1998). Para el contexto americano, Bonfil Batalla ha observado que los términos indio o indígena designan una “categoría supra-étnica” que no especifica contenidos culturales, sino “una particular relación entre ellos y otros sectores del sistema social global del que los indios forman parte” y remite a la condición de colonizado y a la relación colonial. Luego, las naciones conservaron, en líneas generales, este mismo orden interno y, así, la categoría “indio” continuó refiriendo al “sector dominado bajo formas coloniales” (Bonfil Batalla 1992:25-43).

En cuanto a la región pampeano-patagónica, Nacuzzi ha estudiado las designaciones a grupos indígenas con los clásicos nombres “tehuelche”, “pampas”, “aucas”. Los españoles utilizaron estos “rótulos” para referirse a los distintos grupos y no necesariamente reflejaban los nombres reconocidos como propios por los indios. Nacuzzi señala la fuerza de estas *identidades impuestas*, en tanto los españoles no procuraron dirimir el nombre que estos grupos se daban a sí mismos ni los etnógrafos investigaron cómo esos nombres pasaron a formar parte de la nomenclatura habitual transformándose en grupos étnicos considerados como entidades reales con sus rasgos culturales, costumbres y relaciones con otras entidades (Nacuzzi 1998). De esta manera, como señala Briones, son las “relaciones diferenciales de poder” y la capacidad de producir “efectos de sentido” las que definen las nociones en disputa. La noción de “indio” se ha definido en el contexto de expansión colonial como “lo radicalmente distinto” frente a identificaciones como las de “humanidad”, “cristiandad”, “civilización” en el marco de procesos de subordinación en el que operaron inclusiones y exclusiones selectivas. Estas definiciones de grupos sociales e identidades culturales se han ido configurando en la “práctica de interacciones cotidianas” combinando aspectos económicos y políticos y dando forma a imágenes conflictivas (Briones 1998:187).

Podemos pensar que los nombres “impuestos” por la actividad nominadora de los españoles han trascendido la historia colonial hasta llegar al presente, reflejando una posición subordinada de los grupos indígenas. Sin embargo, con el estudio de los documentos de la época encontramos que los indios también otorgaron nombres y adjudicaron características que identificaban al *otro* a partir de una atenta mirada, de la evaluación de las experiencias y sopesando estrategias de relación. Lejos de ser solo “capaces de ser nombrados”, los nombres y definiciones indígenas mostrarían precisiones y variaciones que dan cuenta de los diferentes matices de la relación con los blancos y constituyen elementos clave a la hora de conceptuar al *otro* y de actuar en el mundo fronterizo. En este caso, se trata de grupos indígenas en un espacio que los blancos no controlaban, en donde los indios tenían posibilidades de movimiento y de toma de determinaciones propias -si bien cada agrupación contaba con distintos medios para acceder y controlar los recursos. En este sentido, resulta fundamental identificar a cada grupo y su particular situación en cada momento.

Acerca de los grupos indígenas de esta región, diversos autores han señalado ya la flexibilidad en su conformación y su movilidad, las vinculaciones entre sí, la profusión de sus relaciones de intercambio y la capacidad de integrar elementos foráneos a sus sistemas sociales (Mandrini 1985; Bechis [1989] 1999; Palermo 1991). La descripción étnica de las agrupaciones involucradas se caracteriza por su complejidad en tanto que podían formar grupos de constitución mixta, establecían flexibles alianzas y promovían la circulación de bienes, personas y productos, produciéndose también enfrentamientos entre ellos. Los indios adoptaron de manera creativa nuevos elementos en sus sistemas económicos, sociales y culturales, tanto materiales como no materiales. Entre los elementos integrados a la vida en las tolderías encontramos bienes que resultaban ya indispensables y objetos de prestigio y de valor simbólico provenientes del mundo de los cristianos.

Siguiendo a Bechis, hacia 1850 tres agrupaciones o naciones indígenas “dominaban” los territorios desde las fronteras de Buenos Aires hacia el sur y hacia el oeste en contacto con agrupaciones cordilleranas y chilenas. Los ranqueles habitaban en la zona norte, el centro pertenecía a la agrupación de “los chilenos” o “los salineros”, el norte patagónico estaba habitado por los

tehuelches del norte y la zona de la actual provincia de Neuquén constituía el País de las Manzanas. Mientras que, en la franja fronteriza de la campaña bonaerense a modo de fuertes militares se agrupaban las reducciones de los “indios amigos”. Acerca de los manzaneros, en contacto y en paz con las ciudades de Carmen de Patagones y Bahía Blanca, Bechis los denomina “indios soberanos”, a veces, “aliados” y otras veces, “enemigos”. Los indígenas se beneficiaron del “negocio pacífico” recibiendo del gobierno “raciones” (animales y otros consumos básicos y regalos no producidos por los indios). Ante el avance de los cristianos (tanto sobre el territorio como en lo político) los indígenas desarrollaron distintas estrategias (Bechis [1999] 2006).

Los grupos norpatagónicos procuraron mantener relaciones de amistad y aspiraron a lograr una integración al estado nacional como pueblo indígena autónomo y una identificación como criollos conservando su origen indígena. Los procesos de construcción del estado-nación argentino y chileno fueron factores externos significativos en las transformaciones de las sociedades indígenas. Por otro lado, como señala Palermo, también jugaron un rol fundamental los cambios operados a partir de “la integración a distintos mercados regionales”. Palermo advierte ya para el siglo XVIII una marcada dependencia de los grupos indígenas respecto del mercado colonial, ya que algunos productos importados eran de primera necesidad: el hierro, la yerba, el tabaco, el añil. La presencia hispana y la aparición de especies traídas por los españoles transformaron profundamente la vida de las tribus y afectaron a los grupos indígenas de manera polivalente. Constituyeron tanto “una amenaza para la integridad de estas sociedades y de sus territorios”, como la posibilidad del acceso a bienes estimados en tanto que “mercado ávido de ciertos productos indígenas” (Palermo 1991:173). En este contexto tuvieron lugar distinto tipo de encuentros entre las poblaciones indígenas y sectores de la sociedad hispanocriolla -instancias en que los indios pusieron en juego una serie de estrategias según sus intereses y sumaron experiencias de relación y conocimientos acerca del *otro*, dando forma a los nombres y definiciones con que los identificarían.

CRISTIANOS, INGLESES, CHILENOS Y ARGENTINOS ENTRE LOS INDIOS

El nombre que asiduamente aparece en las fuentes para referirse a los hispanocriollos de manera general es “cristiano”. Podríamos pensar que la utilización de este término era tan frecuente que no se reflexionaba sobre su origen vinculado a la religión, sino que simplemente se usaba -aunque esto no significa que pueda restarse importancia a los aspectos religiosos puestos en juego durante la Conquista por parte de los blancos. Así es como el nombre “cristiano” aparece en los más variados contextos referido a poblaciones, personas y objetos, como he señalado en un trabajo preliminar (Irurtia 2002). Este nombre remitiría al modelo de identificación colonial y perduraría en el siglo XIX manifestando la persistencia de estructuras, paradigmas y prácticas de esa época en el ámbito fronterizo (Juliano 1992; Tamagnini y Pérez Zavala 2002). Este nombre como modo de identificar a determinados grupos sociales parece asociar a las poblaciones criollas de las décadas de 1860 y 1870 y a los españoles de los siglos anteriores y a cierto modo de relación con los indígenas -cuestión que se verá más claramente al analizar otros apelativos como “español” y “huinca”.

En cuanto a los viajeros, misioneros y otros individuos en particular, ciertos personajes eran identificados con sus nombres hispanos o europeos o con nuevos apelativos. Así, por ejemplo, durante la travesía que realizó el viajero inglés Musters junto a una partida tehuelche al mando del cacique Orkeke, Casimiro se separó unos días y junto a los indios del cacique Hinchel, recibió un chasque que afirmaba que habían matado a todos los “cristianos” del campamento. Al enterarse, Casimiro le preguntó “si ‘Muster’ había sido muerto también”. Ante la respuesta afirmativa, Hinchel, informado por Casimiro acerca del “huésped inglés”, no dudó en reaccionar: “se enfureció ante lo que consideraba una grave violación de la hospitalidad e impartió órdenes

inmediatamente para que apresaran al chasque, y montaran y se aprontaran a vengar mi supuesta muerte matando a Orkeke y a toda su partida”. Luego de ser tomado preso, el chasque “declaró que ‘Muster’ estaba sano y salvo, y que nadie tenía la menor idea de matarlo”, retornando así la calma (Musters [1869-70] 1979:160).

En esta cita podemos distinguir distintos códigos en relación con los “cristianos”, cada denominación define un tipo particular de relación. Mientras la muerte de los “cristianos” del establecimiento no despierta la preocupación de Casimiro ni de Hinchel, éste sí se enfurece ante la versión del asesinato de “Muster”, “el huésped inglés”, y la “grave violación de la hospitalidad” que esto implicaba. También debemos pensar que, por los vínculos de Casimiro con la gente del establecimiento de Isla Pavón —en donde se conocieron el cacique y el viajero— y la importancia de ese lugar para realizar intercambios, la muerte de Musters habría resultado muy desfavorable para Casimiro. Por otro lado, teniendo en cuenta el valor estratégico que adquirió la presencia del viajero inglés entre los indios (Irurtia 2005), estas expresiones podrían haber actuado también como modo de envolver al inglés en una serie de alianzas y compromisos, al mostrarse el cacique Hinchel decidido a “vengar” a Musters.

A partir de este ejemplo, podemos empezar a pensar en los nombres y definiciones acerca de los cristianos en asociación con estrategias de relacionamiento y determinados intereses. Vale la pena observar que en un primer momento se incluye a Musters entre los cristianos, cuando también era identificado como inglés. Podemos pensar en “cristiano” como un término amplio para designar al *otro* que podía abarcar a diversos personajes cuya identidad sería precisada según la circunstancia. Las comillas en la fuente indicarían que Musters era llamado efectivamente por su nombre. Así también sería recordado siete años después, según una cita del diario de Francisco Moreno del año 1877 cuando, estando el explorador en la isla Pavón, llegó una comitiva compuesta por cuatro indios y la china María, “esposa del cacique *Conchingan*, cuyos toldos están clavados en el valle de *Shehuen*, inmediato al del Río Chico”. Los indios deseaban intercambiar quillangos y plumas de avestruz por azúcar, yerba, galleta y aguardiente. Moreno le mostró el libro de Musters a María, a quien ella ha conocido “y lo recuerda perfectamente; me dice: ‘Musters mucho frío tenía; muy bueno pobre Musters’” (Moreno [1876-77] 1997:238). Según esta cita, María recordaba al viajero bondadosamente y compadeciéndose de sus padecimientos bajo el riguroso clima, circunstancia que harían resaltar su estatus de forastero.

Los viajeros eran identificados con diversos apelativos y características propias, pero también se los reconocía como pertenecientes a un determinado grupo social con particularidades que lo definían. El interés de los indios por dilucidar la identidad del viajero y el recelo frente a posibles acciones de los cristianos se ven reflejados en el trato que recibió Cox y en las preguntas y negociaciones que debió afrontar entre los indios luego de naufragar en el río Limay y ser llevado a los toldos del cacique Paillacan y su hijo Quintanahuel. Allí, luego de un largo discurso, el “viejo cacique” preguntó al viajero “quién era y de dónde venía”, a lo que Cox contestó “que era inglés, marino, en viaje para Patagonia (así llaman ellos al Carmen) y después a Buenos Aires con el objeto de dar un poder a un hermano que allí tenía para cobrar de Inglaterra un dinero heredado”. Paillacan, demostrando su conocimiento acerca de esta nación, replicó “que, habiendo una mar grande por donde andaban los ingleses ¿por qué no me había ido embarcado para Buenos Aires? O que habiendo camino en las pampas, ¿por qué no había hecho el viaje por tierra?”. A lo que el “inglés” contestó que el viaje en buque hacia el norte era demasiado largo, pero se había embarcado por el río, pues siendo “marino”, su profesión se lo “había exigido así” y no estaba acostumbrado a andar a caballo. Además, tenía conocimiento de este camino ya que “por los libros de los antiguos españoles había sabido la existencia de ese río y el poco tiempo que se necesitaba para ir a Patagónica navegando sus aguas”. Entonces el cacique mencionó los recuerdos de su padre acerca de la misión de los jesuitas en Nahuel Huapi (1669-1717) y de la expedición del piloto español Basilio Villarino (1782) por el río Negro (Cox [1862-63] 1999:129).

Notamos cómo la actuación de un chileno de fines del siglo XIX era asociada a hechos llevados a cabo durante el período colonial, a través de un relato que enfrentaba a indios y a españoles y era transmitido de generación en generación. Después en el tono “más enojado” le dijo “que si no sabía que me merecía la muerte por haberme venido a sus tierras sin permiso alguno, tratado de pasar escondido como andaban los hombres malos, que eso probaba lo poco amigable de mis intenciones”. A esto Cox contestó que tenía el permiso del gobierno de Chile a quien pertenecían las nieves que alimentaban las aguas por donde había navegado y agregó que, confiando en el buen corazón de los “indios pampas”, “muy lejos de haber querido pasar ocultamente por el Limay mi intención había sido detenerme en su confluencia con el Chimehuin para tratar con los indios, y esto lo atestiguaban los regalos que traía con ese objeto”. En ese momento sacó de su mochila “prendedores, cuentas y demás chucherías” agregando que viniendo de Valdivia con mulas y no a pie habría traído mucho más –viaje que pretendía realizar antes de dirigirse al Carmen y dando a entender que le sería permitido y traería cantidad de regalos. El cacique comenzó a registrar los objetos junto con los niños y sirvientes, cuando aparecieron varias mujeres ebrias. En medio de la confusión, Cox comenzó a tocar el *flageolet* (instrumento de viento de madera) sorprendiendo a los presentes y aliviando al explorador, pues por “la satisfacción con que me oía el cacique y por la diferente expresión que tomó su cara, comprendí que me había salvado” (Cox [1862-63] 1999:128-130). Al día siguiente, en parlamento, se repitió la conversación y finalmente el cacique le anunció que, mientras otros caciques lo habrían matado sin escucharlo por haber venido por el río Limay, él, “como tenía buen corazón, me perdonaba y me iba a dar la libertad para ir a Valdivia y traer muchos regalos para recompensar con largueza sus buenos sentimientos” y luego Cox podría seguir viaje al Carmen junto a sus indios que iban a comerciar cueros. Para esto Cox debía dejar rehenes. Paillacan señaló que prefería a uno de los peones en particular que era “bien parecido y blanco como español” (Cox [1862-63] 1999:130) –señalando así dos aspectos que distinguirían de los “españoles”, es decir, de los hispanocriollos: cierta presencia o facciones (ser bien parecido) y el color de la piel.

En el camino de vuelta hacia Valdivia, Cox debió visitar también otras tolдерías y enfrentarse al recelo y los rumores de los indios que amenazaban a los viajeros. Según el explorador, un indio de la región había “esparcido la alarma” haciendo correr la voz de que “iban a bajar de la cordillera por el Limay unos extranjeros con fusiles, bien armados y que antes de poco tiempo, tendrían que conocer lo que valían los cristianos, etc etc.”. El viajero advierte que había conocido en Puerto Montt a quien originó el rumor, un indio que el gobernador le había enviado como lenguaraz, pero que se había excusado de participar de la expedición y luego, pese a las recomendaciones de Cox, había contado “mentiras” sobre los viajeros (Cox [1862-63] 1999:143). Así, con la efectiva llegada de los extranjeros a la región comenzaría el “alboroto”. En efecto, al acercarse al lugar donde estaban los toldos de Trureupan, varios “indios montados” se acercaron a la comitiva “haciendo encabritar sus caballos a nuestro rededor; unos con ademán amenazador, otros con aires de amistad”, obligando de esta manera a Cox a ir a los toldos del cacique. Allí celebraron un parlamento junto con el vecino cacique Huentrupan, “el último cacique en el camino del oeste”. Trureupan inició el parlamento “por la frase de rigor. ‘Cheu Mapu’, ¿de qué tierra?”. Cox contestó que eran “extranjeros, pero no chilenos” y según el viajero,

lo creyeron sin dificultad, la larga barba que traíamos no suelen usarla mis paisanos [los chilenos]; por otra parte, Lenglier [viajero de origen francés que acompañaba a Cox], que había dado la vuelta la círculo saludando a cada uno en castellano, pronunciaba el idioma de Cervantes con tal acento francés, que los indios no pudieron contener la risa, y vieron luego, que no era chileno. Al saber que no éramos *huincas*, como ellos llaman a los españoles, y a quienes aborrecen cordialmente, se pusieron menos serios los indios (Cox [1862-63] 1999:145-146).

Aún sin saber exactamente de qué nacionalidad exactamente eran los extranjeros, los indios distinguían entre los “huinca”/españoles —que “despertaban su aversión”— y otros orígenes. Acerca del nombre huinca, más adelante Cox aclara que “así llaman a los chilenos” (Cox [1862-63] 1999:286). El término chileno parece ser utilizado en este caso por el viajero y no por los indios. Con respecto al término “huinca”, Merino (1999) aclara que, según su etimología, *wingka*, proveniente del mapudungun, significa “nuevo, s” (*we*) “incas”, “invasores” (*ingka*), esto es, “nuevos invasores” (“los que vinieron a invadirnos después de los incas”). Así, este término abarcaría desde los primeros españoles hasta los criollos de las últimas décadas del siglo XIX —y sabemos que su uso continuará vigente en épocas posteriores—, señalando su condición de ocupar tierras ajenas. Encontramos referencias que indican que este apelativo también era utilizado en el siglo XVIII. Así, por ejemplo, Falkner ([1774] 2003:220), al describir la lengua de los indios, en el apartado dedicado al *Vocabulario* indica: “Huinca, un español”. Según esta cita, aún sin saber exactamente de qué nacionalidad eran los extranjeros, los indios distinguían entre los “huinca”/españoles y otros orígenes. Algunas características que parecían resultar reveladoras podían ser el aspecto físico (usar o no barba) y la lengua (cómo “sonaba” el español). Podemos pensar que Cox logró el propósito de no ser identificado como chileno, pues, según menciona más adelante, los indios lo llamaban “el inglés” (Cox [1862-63] 1999:173).

Entre beneficios y amenazas el viajero debió negociar el permiso para dirigirse a Carmen de Patagones. Finalmente, Paillacan le *concedió* “bondadosamente” retornar a Chile (a Valdivia) para volver con regalos y luego poder continuar hacia el Carmen. Para asegurar el cumplimiento de lo pactado, debían quedar dos de los peones como rehenes. Notamos que cada cacique podía tener un distinto parecer —entre la recepción amistosa y el rechazo— acerca de qué actitud tomar con respecto al extranjero. En torno a su presencia circulaban rumores y alarmas amenazadoras que le impidieron finalmente conseguir el permiso para concretar el recorrido planeado debiendo regresar a Chile. Situaciones similares volverían a suscitarse doce años más tarde, cuando Moreno visitó las “tribus Manzaneras” donde fue recibido amistosamente, aunque el recelo también estuvo presente y se le impidió el paso a Chile, mientras circulaban rumores y amenazas. Al mismo tiempo, su presencia en los toldos fue motivo para denunciar el actuar de los cristianos.

Siguiendo el relato de la reseña presentada a la Sociedad Científica Argentina (Moreno 1876)¹, el perito partió en el mes de septiembre de 1875 desde Patagones junto al baqueano “mestizo” Mariano Linares y a otros indios siguiendo el curso del río Negro. Al llegar a las tolderías, el cacique Sayhueque recibió a Moreno quien, dándole la mano, proclamó: “*amigo?*”, a lo que el cacique contestó: “*Sí, amigo, pues*”. En parlamento Moreno debió explicarle qué iba a hacer “con sus campos”. El viajero adujo que “habiendo oído hablar de lo valiente que era él y del poder que tenía sobre los demás indios, había querido visitarlo para ser su amigo, y que yo no opinaba como otros, que decían que *Reuque-curá* era cacique de más importancia que él” y, además, “como hombre curioso, deseaba recoger algunos bichos y pasar luego a Chile, si él lo permitía, para regresar por el mar a Buenos Aires”. Según el relato del perito, tras una larga conversación entre los caciques que aparentemente versaba sobre “guerra”, Sayhueque le contestó “que se alegraba mucho que hubiese ido a visitarlo; que yo era mejor que los habitantes de Patagones, con quienes se hallaba disgustado y que siendo él buen hombre con los cristianos, nadie atentaría contra mí mientras yo permaneciera en sus toldos” (Moreno 1876).

Ambas personalidades parecen estar utilizando similares argumentos al ponderar Moreno al cacique en relación a *Reuque Curá*, por un lado, y, por el otro, al halagar Sayhueque al viajero por sobre otros cristianos. El cacique también se presenta como favorable a la relación con los cristianos y le da seguridad para permanecer en los toldos. Sin embargo, no podía permitirle el paso a Chile, “alegando que sus antepasados nunca habían consentido en ello y que no sabía qué intenciones tendría yo respecto a los indios, las que no serían buenas pues tenía conocimiento que los Gobiernos Argentino y Chileno se habían unido para pelearlos”. El acceso a los pasos transcordilleranos le estaba vedado al explorador y en este punto el cacique habría expresado du-

das acerca de las intenciones del viajero y denunciado a los gobiernos de Chile y Argentina. Con todo, por la ida de Moreno a los toldos quedaría suspendida la proyectada invasión a Patagones debida a que el Gobierno no había entregado las raciones completas, había ignorado dos chasques enviados por el cacique y, además, “los amigos del pueblito [Patagones] que no le mandaban nunca ningún recuerdo”. El cacique también habló “de los territorios que los blancos les habían quitado, y que él era demasiado bueno permitiendo que poblaran en Patagones y Chubut sin su consentimiento”. Concluida “la ceremonia del parlamento”, Moreno entregó regalos entre los que consigna una carabina *Spenser*, 42 cartuchos, una carpa, un saco y polainas de goma, algunos ponchos y chiripaes de paño, sombreros, collares, aros, sortijas y también una guitarra que sonó casi toda la noche (Moreno 1876).

Al día siguiente el cacique visitó a Moreno en su carpa donde recibió de regalo una botella de coñac y le aclaró al viajero que por sus ofrecimientos de ver personalmente al Gobierno Nacional reanudaba la amistad con el gobierno; en mayo iría a Patagones y si entonces no obtenía respuesta, “invadiría inmediatamente”. En cuanto a Moreno, “quería ser siempre mi amigo y compadre, prometiendo bautizar a un hijo suyo con mi nombre y que si deseaba casarme me daría una india *gratis*.” En cinco días se celebraría “una junta” con los principales caciques y capitanejos para que lo conocieran “como amigo” y donde se debatiría acerca de su presencia en los toldos y sobre el accionar de los cristianos en general, como veremos. La “junta” resolvió que Moreno no tenía buenas intenciones y que “no debía permitírseme que paseara por los campos antes de que hiciera algo por ellos en Buenos Aires, y que regresara a Patagones”, ya que “ellos hacían demasiado con suspender la invasión y que debía contentarme con esa generosidad” (Moreno 1876).

De manera similar a lo ocurrido con Cox, los indios parecen pretender asegurarse primeramente de obtener algún beneficio de la presencia de los viajeros en los toldos, dejando para luego la decisión respecto de sus intenciones de recorrer el territorio indígena. Los caciques Sayhueque y Ñancucheuque, “este último muy amigo de los argentinos”, se mostraron en desacuerdo con la resolución, pero le hicieron saber a Moreno que “no podían desobedecer a los ancianos”. Concluida la junta, Moreno visitó los toldos de Ñancucheuque y sus alrededores donde también asistió a un parlamento con el cacique Quinchauala y a una rogativa. Al despedirse de Ñancucheuque, éste le dijo que “él era Argentino, y que no permitiría que los indios invadieran mientras él conservase la vida”. Acerca de este cacique Moreno observó su buena voluntad “para con los argentinos” (Moreno 1876). Respecto de estas diferentes adscripciones como “argentino”, Delrio (2002:212-213) nota cómo Ñancucheuque hace referencia a ella posicionado probablemente desde una estrategia manzanera de incorporación al estado nacional y de identificación como criollo –estrategia descrita por Bechis ([1999] 2006)– en un contexto de avance estatal cada vez más acuciante, mientras que Moreno, desde la perspectiva de las elites porteñas, deja al cacique afuera de “los argentinos”, excluyéndolo del proyecto de unidad social y cultural, del cual los aborígenes se esforzaron por ser parte. Esta utilización de las categorías del discurso hegemónico por parte de los indígenas continuaría luego del período de las campañas militares llevadas a cabo por el estado argentino entre 1879 y 1885 en las negociaciones por la tierra y por el derecho a su organización como grupos (Delrio 2002, 2003).

Al regresar Moreno a los toldos de Caleufú, Sayhueque estaba ebrio, festejando la visita de Quinchayala. Por este motivo y por “noticias relativas a mi persona, comunicadas por los indios *Aucaches* que habitan del otro lado de los Andes” que hacían renacer la desconfianza, fue puesto en duda el permiso otorgado para recorrer el lago Nahuel Huapi. Para conseguirlo, Moreno tuvo que dejar sus pertenencias y convencer a Sayhueque, que aún así no dejó de amenazarlo. A pesar de las manifestaciones de amistad, la desconfianza se hacía presente en un clima de tensión permanente. Antes de regresar a Patagones, Moreno participó de otra “rogativa a Dios o maricum (fiesta anual)”, debió escribir notas para el Gobierno Nacional y para el comandante de Patagones y al emprender la marcha regaló una bandera argentina a Sayhueque, “quien la izó en lo alto de su tienda” (Moreno 1876).

El relato de la visita del viajero a los toldos y de las reacciones que esto suscitó nos permite conocer algunas maneras de definir a los cristianos por parte de los indios. El “gobierno argentino” aparece identificado como aquel de quien se reciben las raciones, se entablan relaciones diplomáticas —aunque estas no sean correspondidas según se esperaba— y ocupa territorios de los indios. Además, junto con el “gobierno chileno”, representan una amenaza por sus intenciones de atacarlos. Los habitantes de Patagones son asociados con cierto reproche relacionado con la falta de entrega de bienes estimados. Según esta definición de la relación con los cristianos, los indios “dan más”, permiten que ocupen sus tierras, no malonean y toleran los incumplimientos a los tratos.

Frente a estas manifestaciones, desde el lado indígena se recalca su generosidad para aceptar la presencia del blanco en sus tierras y el buen trato dispensado a él, aún pese a sus faltas. En cuanto al trato personal que recibió el perito, fue aceptado formalmente por Sayhueque como amigo, mientras que otros caciques y otros indios tenían expresiones de preocupación y cautela. Como también sucedió en el caso de Cox, distintos caciques podían asumir posturas diferentes. Sayhueque, recibió a Moreno como amigo, lo hizo su compadre y le manifestó su deseo de poner su nombre a un hijo suyo y de casarlo con una china —expresiones de interés por vincularse estrechamente con el recién llegado. Esto también podría estar relacionado con la posibilidad de acceder a beneficios de distinta manera según cada cacique. También podemos pensar que la permanente tensión y “puesta a prueba” a los extranjeros, ponerlos en situación de peligro e incertidumbre, puede haber sido una forma de ejercer cierto tipo de control sobre ellos y de demostrar a los cristianos su poder para enfrentarlos (Irurtia 2002).

El relato más detallado de algunas de las vivencias mencionadas, nos permite conocer distintas formas de referirse a Moreno, suposiciones y creencias sobre su persona y también acerca de los blancos en general. En un viaje realizado un año más tarde, Moreno se encontró con “algunos pampas” en la región de la colonia galesa del Chubut que habían “oído hablar de la llegada de un cristiano al Limay” (Moreno mismo) y le expusieron al perito el relato de Sayhueque sobre este hecho. Según Moreno, los indios contaron que “un *queleuche* (*hombre colorado, así nombran a los europeos*) había llegado a los campos” (Moreno [1876-77] 1997:108, el destacado es mío). No poseo más datos acerca de este nombre para designar a los europeos. Respecto del significado señalado por Moreno, me pregunto si se debería a que la piel se les ponía colorada por el fuerte sol patagónico o tal vez los indios habían visto personas pelirrojas de esa procedencia llamándoles la atención el color. Si bien Moreno fue aceptado inicialmente por Sayhueque como amigo, en ciertas ocasiones la desconfianza volvía a surgir. En la “junta” celebrada por los caciques, éstos plantearon sus distintas apreciaciones acerca del viajero. El alegato de Sayhueque revela cómo éste y otros indios se referían a Moreno:

¿Cómo cree *Chacayal*—dijo *Shaihueque*— que *Tapayo* (era el nombre que me daban algunos indios) sea chileno? ¡El no ha mentido!

Y volviéndose bruscamente hacia mí preguntóme en araucano:

—¿Cuántos años tienes, compadre?

Felizmente no me turbé, y como la contestación fuera sumamente fácil y entraba en lo poco que conocía de ese idioma, le contesté inmediatamente:

— ¡Veintitrés, compadre!

—Ya ves, *Chacayal*, el chasque dice que el cristiano que viene escondido es un viejo, y éste es un joven, es casi mi hijo.

Shaihueque, en las borracheras, me daba ese título por mi edad, pues aunque seguramente no podía saber cuántos años tenían sus propios hijos, me creía aproximadamente de la misma que su hija *Liquechem*, cuyas facciones demostraban veinte años (Moreno [1876-77]1997:125-126).

Sayhueque defendía la verdad de lo expuesto por Moreno y lo llamaba “compadre” expresando así un vínculo entre ambos. Moreno señala que también lo llamaba “hijo” en las borracheras, tal vez manifestando su deseo de crear efectivamente un compromiso más estrecho casándolo con su sobrina. Según Moreno, el cacique procuró imponerle “el honor del enlace matrimonial con su sobrina” en virtud del vínculo “tan sagrado como el de hermano entre los indios” que los unía (ser compadres). Asimismo, el perito indica sin explicar su significado que algunos indios le daban el nombre de “Tapayo”. No he podido encontrar el significado de ese nombre. En *Historia natural, general y particular* escrita por el conde de Buffon en 1805 figura como un lagarto con púas agudas en su lomo está herizado, de cuerpo aparentemente hinchado resulta desagradable a la vista asemejándose a un sapo con cola y púas, pero su mansedumbre y hermosos colores hacen olvidar su deformidad. Sólo podemos preguntarnos si el nombre dado por los indios pudiera tener algo que ver con esta definición. En ese caso, estaría asociada tanto a aspectos negativos como positivos. Aunque también sabemos que entre los indios, este animal estaría asociado a presagios desafortunados (Iruña 2007).

Moreno menciona que intrigas en la toltería pusieron en duda la veracidad acerca de su procedencia e intenciones y era identificado alternativamente como “español” o “chileno”. Sayhueque afirmaba que el viajero era “español”, como él había declarado, mientras que otros indios lo acusaban de ser “chileno”, haber mentido y ser espía. Así es como se juzgó en una ceremonia cuál era su verdadera identidad manifestándose allí las características que hacen a “españoles” y “chilenos”. Abogando por la identidad española del viajero Sayhueque argumentaría:

—¿Cuándo has visto que corra un avestruz y lo bolée? ¿Cuándo le has visto enlazar un potro, como hacen los chilenos? ¿Cuándo has visto un chileno vestido así? (Y señalaba mi traje de pana hecho pedazos, y sobre todo los pantalones.) Que lleve eso en los ojos, y... ¿Cuándo has visto un chileno que tenga esas botas? (Y me pedía que le mostrara a *Chacayal* los botines rotos de elástico que calzaba y que éste jamás había visto.) ¡Los chilenos no tienen nada de esto! (Moreno [1876-77]1997:126).

A continuación Moreno explica el por qué de esta distinción:

Por lo que se ve, *Shaihueque* no sabía que existen chilenos de levita, y esto se explica porque ellos entienden por chilenos a los rotos valdivianos. A las personas de las ciudades llámanlas “españoles”, y de ahí, imaginar un chileno con pantalones y botines elásticos ¿puede creerse tamaño desatino? (Moreno [1876-77]1997:126).

Según las anteriores citas, los indios identificaban poblaciones hispanocriollas hacia ambos lados de la cordillera con el nombre de “español”. Cox hace referencia a la identificación como chileno de manera general, mientras que Moreno lo reserva para los pobladores de Valdivia, con quienes probablemente tendrían el contacto más asiduo —y a quienes además el perito agrega el despectivo adjetivo de “rotos”. Debemos ser cautelosos con las apreciaciones de Moreno respecto de los chilenos, en relación a su actuación como perito de límites y su tendenciosa mirada hacia esas poblaciones. Podríamos pensar que el nombre español remitía al origen del proceso de conquista del territorio indígena por parte de los blancos y señalaba la condición de “venidos de otras tierras” también de los pobladores criollos del siglo XIX. Esta categoría establecería una continuidad entre las poblaciones españolas de siglos anteriores y las poblaciones criollas de la década de 1870 —como también ocurriría con la denominación “huinca”, como mencionamos. En este sentido podemos pensar también la asociación que realizó Paillacan entre la expedición de Cox de 1862-1863 con los intentos de colonización llevados a cabo por los jesuitas y por el piloto Villarino en los siglos XVII y XVIII.

Acerca de la utilización de este apelativo a fines del siglo XIX, Delrio (2003) nota en la

documentación de las campañas militares llevadas a cabo por los estados argentino y chileno sobre Norpatagonia y la Araucanía entre 1879 y 1885 la utilización de los términos “españoles” e “indios” para marcar diferencias entre las poblaciones, representando dos dualidades del tipo civilización/barbarie. Las categorías englobaban al conjunto de grupos originarios como “indios” y a los grupos de origen europeo-criollo como “españoles” y remitían a una jerarquización en la cual los “españoles” ejercían la superioridad social por sobre los “indios”. Esta distinción de tipo étnico-racial se asociaba a posibilidades diferentes de acceso a los recursos tanto en el marco de sociedades coloniales como postcoloniales. Los distintos términos irían adquiriendo y reelaborando particulares significados y matices según el contexto histórico, reflejando en el campo discursivo las luchas por el control de los recursos.

Notamos que las variaciones en el acto de nombrar y en el empleo de denominaciones de distinto origen sugieren un proceso complejo, con fuerzas fluctuantes en un espacio en movimiento donde se configuran relaciones sociales (Martínez C. 1995). Este proceso se configuraba constantemente alimentándose de diversas experiencias: intercambios, ataques, discusiones, engaños, tratos. A partir de las distintas experiencias, se iba configurando una imagen acerca de los cristianos en la visión del mundo indígena, asociados a ciertas características y a una necesidad cada vez mayor de tratar con ellos. Podríamos pensar que el recelo, las disensiones internas, los rumores, las amenazas y la preocupación por develar la identidad y propósitos de los viajeros reflejaban la inquietud de los indios ante la presencia de los cristianos en sus tierras (tanto en el caso puntual de los viajes de exploración, como en cuanto al avance de las poblaciones blancas).

Esto se daba en un momento que Bechis ([1999] 2006) caracteriza como de “ahogamiento por los resueltos e inevitables avances del enemigo” sobre los recursos y el espacio físico, así como también en la construcción de un espacio político-social sin lugar para ellos. Como plantea la autora, estas manifestaciones indígenas frente al “avance” del estado eran expresadas en “un discurso emocional que reflejaba la situación de incertidumbre que prevaleció hasta los últimos días de soberanía de todas las agrupaciones” (Bechis [1999] 2006:9). Nuestra autora llama la atención acerca del manejo de términos que remiten a nociones como *estado*, *integración*, *identidad*, *territorio* y propone entender la aparición de estas expresiones como una “apropiación de la cultura indígena o mas bien de algunos de sus líderes de conceptos importados desde el oponente hegemónico con el fin de hacerse entender y, a la vez, afirmarse frente a él”. Se trataría de un “mecanismo de aculturación antagónica como recurso discursivo” que solía combinarse con acciones de negociación pacíficas o agresivas (Bechis [1999] 2006:18-19). Como vimos, las argumentaciones y expresiones surgidas en momentos de acercamiento y encuentro definían a los hispanocriollos con nombres como *español* o *huinca* que señalan su condición de “venidos de otras tierras”. Podríamos señalar también como “recurso discursivo” el efecto de estos nombres que fortalecía la posición indígena como legítimos poseedores de territorios que habían sido ocupados —o pretendían serlo— por los blancos.

En cuanto a la defensa de su territorio, los indios contaban con un minucioso conocimiento de la geografía frente al casi total desconocimiento de los blancos. En la larga historia de enfrentamiento y relación con los cristianos, los pasos cordilleranos que vinculaban las pampas del este con los poblados del oeste transcordillerano y permitían el paso de personas y animales resultaron una cuestión clave. La preocupación de los indios por dilucidar la identidad de los viajeros podría ser pensada en relación con la cuestión del resguardo de estos caminos. Como ha sido estudiado (Varela y Manara 2001; Vezub 2005), el territorio indígena era recorrido desde y hacia poblados criollos chilenos y desde y hacia poblados criollos argentinos. Los pasos andinos, controlados por las tribus cordilleranas, fueron causa de rivalidades y disputa permanentes. Los boquetes posibilitaron la intensificación de los intercambios a través de la cordillera que resultaron imposibles de controlar por las autoridades criollas (Varela y Manara 2001). A pesar de este intenso tráfico, no he encontrado menciones a comerciantes, funcionarios o viajeros criollos que partieran desde una población hispanocriolla chilena para arribar a otra argentina atravesando la

cordillera, ni tampoco el camino inverso. Los pasos eran controlados por los indios que habrían evitado el acceso a ellos por parte de los cristianos.

De esta manera, asegurarse acerca de la identidad de los viajeros podría haber sido fundamental para los indios para obligarlos a retornar a sus lugares de origen sin completar el anhelado cruce a través de la cordillera, como vimos en el caso de Cox y de Moreno. Según menciona Cox, “‘Cheu Mapu’, ¿de qué tierra?” era la “frase de rigor”, es decir era un tema obligado, siempre referido. En cuanto a la preocupación por el tema de los accesos al territorio indígena, podemos mencionar, como veremos más adelante, que uno de los caciques manifestaría su temor acerca de las intenciones de los cristianos notando que “envían a buscar los caminos” (Moreno [1876-77] 1997:125). Tampoco Musters logró el permiso en su segundo viaje de 1872 para recorrer desde Valdivia hacia Buenos Aires, debiendo huir de las tolderías, aunque lamentablemente sobre este intento del inglés no disponemos de mayores datos (ver Vignati 1964). Con respecto al “País de las Manzanas” durante la segunda mitad del siglo XIX, Vezub (2005) identifica este espacio con un sistema regional de jefaturas liderada por Sayhueque, cuyas tolderías estaban asentadas en el Calefú y vinculadas a los valles de los ríos Collón-Curá y Malleo, territorios de los caciques Molfinqueupo y Juan Ñancucheo, “jefes-parientes” estrechamente relacionados. Desde este puesto, los caciques controlaban el paso de Mamuil malal, factor fundamental en el esquema de poderes en la región. En cuanto al valor clave de este paso, Vezub (2005:110) observa que “los jefes indígenas sabían que la clave de su autonomía política residía en impedir que argentinos o chilenos pudiesen recorrer libremente el camino entre una y otra nación a través de la cordillera”.

EL AVANCE SOBRE LAS TIERRAS Y EL INCUMPLIMIENTO DE LOS TRATOS

Volviendo al relato de Moreno acerca de su visita a los toldos de Sayhueque en 1875, días después de su llegada, su verdadera identidad y propósitos fueron motivo de intranquilidad, suscitándose preguntas, presiones al viajero y reflexiones entre los indios. Estas inquietudes fueron planteadas en la ceremonia que ya he mencionado, en donde los caciques expresaron sus temores y acusaciones hacia los “huincas”. Según Moreno, Chacayal tomó la palabra y denunció a los blancos, sus avances y atropellos, definiéndolos como intrusos y ladrones por no haber nacido en “los campos” y robar los recursos del lugar; esta afirmación habría sido transmitida por los “padres”, los antepasados. Según transcribe Moreno, el cacique habría expresado:

Dios nos ha hecho nacer en los campos y éstos son nuestros; los blancos nacieron del otro lado del Agua Grande y vinieron después a éstos que no eran de ellos, a robar los animales y a buscar la plata de las montañas. Esto dijeron nuestros padres y nos recomendaron que nunca olvidáramos que los ladrones eran los cristianos y no sus hijos. En vez de pedirnos permiso para vivir en los campos, nos echan, y nos defendemos; y si es cierto que nos dan raciones, éstas sólo son un pago muy reducido de lo mucho que nos han quitado. Ahora ni eso quieren darnos, y como concluyen con los animales silvestres, esperan que muramos de hambre y no robemos (Moreno [1876-77] 1997:124-125).

El momento original en que Dios otorga las tierras a los indios se opone a la situación presente denunciada por el cacique en que los blancos invaden y maltratan a los dueños de las tierras. Esta definición se vincula con el presente de ese momento a través de relatos de los antepasados y de enseñanzas (recomendación de nunca olvidar) que especificarían y reafirmarían las características fundamentales de la relación entre indígenas y cristianos: los indios son dueños y aceptan trato amistoso; los blancos son intrusos y no respetan los pactos. Según el relato de Moreno, el cacique Chacayal comenzó su discurso diciendo:

El indio es demasiado paciente y el cristiano demasiado orgulloso. Nosotros somos dueños y ellos son intrusos. Es cierto que prometimos no robar y ser amigos, pero con la condición de que fuéramos hermanos. Todos saben que pasó un año, pasaron dos años, pasaron tres años y que hace cerca de veinte que no invadimos, guardando los compromisos contraídos. El cristiano ha visto las *chilcas* (cartas) de los ranqueles y mamuelches pidiendo gente y convidando a invadir, y sabe también que no hemos aceptado. Pero ya es tiempo que cesen de burlarse; todas sus promesas son mentiras (*¡coilá—coilá!*) Los huesos de nuestros amigos, de nuestros capitanes, asesinados por los *huincas*, blanquean en el camino de *Choleachel* y piden venganza; no los enterramos porque debemos tenerlos siempre presentes para no olvidar la falsía cristiana (Moreno [1876-77] 1997:124).

El enfrentamiento tenía lugar por las agresiones y provocaciones de los blancos y su traición debía ser siempre recordada, mientras que los indios respetaban la palabra empeñada. El discurso opera como medio de actualización de la memoria llamando explícitamente a “no olvidar” y citando hechos que definían la relación con los cristianos (robos, asesinatos). Las palabras reflejaban así características propias de una experiencia particular de contacto y de un posicionamiento en el proceso de relacionamiento. Al respecto, Bechis ha señalado la estrategia de amistad e integración al estado-nación como pueblo indígena autónomo que adoptaron los manzaneros (Bechis [1999] 2006) que parecía enfrentarse al avance de los blancos sobre las tierras de los indios, los robos y maltratos.

El fuerte tono de denuncia del discurso, el planteo de alternativas (mantenerse amigos - invadir) ante el actuar de los huincas y las definiciones de *sí mismo* y del *otro* hacen pensar en el carácter dialógico de las fuentes. En este sentido, Pratt define a las expresiones atribuidas a los indios, así como también a las fuentes en sí, como producto de una “zona de contacto”, se considera las relaciones mutuas como centrales en la constitución de los sujetos, en un marco de copresencia y de interacción, aún en el marco de relaciones de poder asimétricas. Las representaciones de los sujetos colonizados “se comprometen con los términos propios del colonizador” (Pratt 1997:26-27). Los “textos autoetnográficos” surgen del diálogo y en respuesta a las representaciones del colonizador, pues la propia situación de contacto, las necesidades, intereses y conflictos que de ella surgen, proporcionan nuevos conceptos para referirse al otro y a sí mismo. Resulta, por ejemplo, significativa la aclaración de Chacayal acerca de que “los ladrones eran los cristianos y no sus hijos [los indios]”. Si los indios roban, es porque los blancos los han dejado sin recursos. ¿Está respondiendo Chacayal a las acusaciones de los hispanocriollos respecto de los malones? No podemos responder a esta pregunta, pero si atendemos al carácter dialógico de la fuente podemos pensar en su inserción en un contexto de enfrentamiento y negociaciones y en el peso de las conceptualizaciones de los cristianos también entre los indios.

Continuó el discurso del cacique llamando a la guerra, rememorando una matanza de cristianos de la que habían participado en 1855. Según el relato de Moreno, Chacayal advirtió:

El *aucache* dice que vienen los gringos a pelearlos, ahora que no nos cumplen las raciones. No hemos dicho nada porque pelean en Salinas, porque *Namuncurá* es intruso y Dios no le dio esos campos; pero nosotros debemos defender lo que él nos dio. *Quilapan* peleó en Chile, pero *Quilapan* murió, y ahora vuelven a querer quitarnos nuestras tierras y envían a buscar los caminos (Moreno [1876-77] 1997:125).

El discurso de Chacayal expresaba una profunda enemistad con los cristianos: ellos eran intrusos, invadían sus campos dejando a los indios sin tierras ni comida, no respetaban los tratos, engañando y asesinando. Aquí la denominación “gringos” podría equipararse a “extranjeros”, en tanto foráneos y parecería referirse a los criollos del lado argentino por su mención a las raciones que debían. Si bien debemos ser cautelosos con las expresiones de Moreno acerca de indios chi-

lenos, como mencionamos más arriba, también sabemos que la información circulaba con fluidez entre las poblaciones a ambos lados de la cordillera, así sucedería, por ejemplo, con la llegada de Cox y de Moreno a las tolderías, como vimos. Según las manifestaciones de Chacayal, los indios eran legítimos dueños de la tierra, debían defenderla y defender su medio de subsistencia –aquí el cacique se diferencia de los indios de Salinas. El poder habitar “sus” tierras se veía amenazado y una de las acciones que realizaban los blancos en tal sentido era “buscar los caminos” –acción que despertaba el recelo de los indios y que procuraban impedir, como vimos. Otra referencia a este tema encontramos en una conversación de Musters con un hermano de Quintuhual, cacique cuya partida se había sumado a aquella con la que viajaba el inglés, que, hablando corrientemente español, le preguntaría a Musters su opinión sobre

el trato que los indios estaban recibiendo de los que él llamaba “Españoles”, diciendo que los chilenos estaban invadiendo las tierras por un lado y los argentinos por el otro, a causa de lo cual los indios se verían barridos en breve de la faz de la tierra, o tendrían que pelear para defender su existencia (Musters [1869-70] 1979:308).

Una vez más encontramos la denominación “español”. Según las comillas y la redacción del texto, Musters interpreta “chilenos” y “argentinos”, mientras que Quintuhual se referiría a “españoles”, aparentemente sin distinguir entre ambas nacionalidades. Los indios habían respetado los pactos, pero ante el avance de los blancos el cacique amenazó con una guerra que no llegó a concretarse. ¿Cómo puede explicarse que tan graves denuncias y contundentes amenazas no llegaron a concretarse? En otro discurso, esta vez pronunciado por Foyel (si bien unos cinco años antes), encontramos referencias que podrían ayudar a esclarecer esta situación. El cacique menciona las profusas relaciones de intercambio con los cristianos que involucraban diversas regiones del espacio patagónico y les resultaban indispensables –situación de la que surgiría un interés por mantener relaciones amistosas. Al respecto, según esta conocida cita, el cacique norcordillerano Foyel le habría manifestado a Musters:

nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la galleta, a la harina y a otras regalías que antes no conocíamos, pero que nos han sido ya casi necesarias. Si hacemos la guerra a los españoles, no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas, etc.; de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones, a parte de que aquí hay lugar de sobra para todos (Musters [1869-70] 1997:252).

La cuestión del temor manifestado por los indios ante el avance de los españoles también podría ser contemplada desde otra perspectiva que no viene en desmedro de la preocupación real ante los concretos corrimientos de la frontera blanca sobre territorio indígena. Propongo evaluar en estas expresiones el aspecto estratégico como argumentos con el fin de justificar malones, asustar a los cristianos con rumores amenazadores o tal vez azuzar a los propios hombres para emprender distintas acciones. Las denuncias operarían también como un elemento a favor de los indios en las negociaciones, sin por esto cuestionar la veracidad de lo enunciado. Y aquí es necesario sopesar los beneficios que traían para los indios los intercambios comerciales. Podríamos, entonces, pensar en la circulación de rumores amenazadores como una manera tener en vilo a los extranjeros que iban avanzando en el plan de conquista. Por otro lado, también podríamos pensar la formulación de amenazas como el planteo de una posibilidad dentro de un abanico que contemplaba también otras opciones como los acercamientos pacíficos y el comercio.

LAS RELACIONES DE INTERCAMBIO

En distintas circunstancias encontramos expresiones indígenas favorables a las relaciones con los cristianos, deseos de amistad o anhelo de bienes. Así, acerca de argentinos y chilenos, el cacique Foyel (sur de la actual provincia de Neuquén), en una conversación con Musters, declaró que estaba a favor del comercio y las buenas relaciones con “los Valdivianos del lado occidental como los argentinos en las costas orientales” para lo cual, “estaba procurando hallar un camino para Valdivia que no pasaba por las Manzanas, ni por la tribu de indios picunches, que están contra todos los extranjeros” (Musters [1869-70] 1979:291). Foyel mencionó a “valdivianos” y a “argentinos” a cada lado de la cordillera y a ambos como “extranjeros”. Según esta definición, podemos pensar en argentinos y chilenos (identificados aquí con Valdivia, probablemente por el asiduo trato con esta ciudad) conformando entidades concebidas por fuera y diferente de las agrupaciones indígenas que incluían a Foyel y su gente y a otros grupos como los picunches. Más allá de remitir a un origen geográfico, la noción de “extranjero” parece estar actuando como *categoría social*, para designar a los *otros*, a aquellos que vienen de otro lado a invadir, avanzando sobre territorio indígena, pero también a aquellos con quienes es necesario tratar. Según esta cita, podríamos pensar en lo que sería una iniciativa de un cacique para propiciar los intercambios considerando la realidad de los distintos grupos indígenas que podrían resultar implicados y sopeando tanto una determinada postura frente a los blancos como los enfrentamientos entre grupos indígenas. También nos hemos referido a las manifestaciones de Sayhueque y de Ñancucheuque a favor de las buenas relaciones con los cristianos. Un ejemplo más podría proporcionar la visita de Cox a los toldos de Huincahual en el camino de vuelta hacia Valdivia. Allí el cacique le pidió que escribiese una carta para un juez de Valdivia por un proceso que tenía un indio suyo. La carta, dictada a Cox a través del lenguaraz, decía

que todos los indios en general y los de Huincahual en particular eran gente honrada, que mantenían buenas relaciones con los chilenos, y que en el interés de todos debía reinar la paz y la buena fe, que él, Huincahual, trataba bien y hacía respetar a los chilenos que venían a comerciar a sus tierras, y era justo que también en la otra banda se respetase a su gente, etc. (Cox [1862-63] 1999:141).

No es tan claro cuáles serían palabras del cacique y cuáles de Cox al referirse a “chilenos”, “la otra banda”, pero sí podríamos distinguir una relación entre las declaraciones amistosas y el interés por resolver un problema particular y por participar del circuito de intercambios. Con respecto a iniciativas indígenas, al parecer Musters también recibió una propuesta de un indio para que “estableciera una casa de comercio cerca del Chubut pues Jackechan, que era el verdadero dueño de la tierra, si es que ésta tenía alguno, había ofrecido cederme el terreno necesario” y así, consideraba el interesado, “todo el comercio indio saldría de las manos de la gente de Patagones, que usaba notoriamente pesas falsas, aparte de recargar de una manera exorbitante el precio de todos los artículos que suministraba a los indios” (Musters [1869-70] 1997:318). También, como relata Musters, distintos grupos patagónicos decidieron unirse y declararon que defenderían a Patagones frente a posibles ataques de Calfucurá porque “si esa población llegaba a ser destruida, no habría mercado para sus pieles, etc.” (Musters [1869-70] 1997:141).

Otra opción para acceder a bienes estimados eran los intercambios con la colonia galesa del Chubut, cuyos habitantes eran considerados favorablemente, en especial en relación con los pobladores del río Negro. Según menciona Musters ([1869-70] 1979:185 y 318), los indios denunciaban los engaños, las pesas falsas utilizadas y los precios recargados de los cristianos en Patagones, mientras que los colonos galeses eran reconocidos como honrados, su trato era considerado más agradable, más seguro y más benevolente, en especial hacia los indios cuando tomaban demasiado aguardiente —circunstancia en la cual en el Carmen eran “saqueados por

completo”. Respecto de estas observaciones referidas al *otro*, Vezub ha advertido acerca de que las denuncias referidas a abusos de los comerciantes de Patagones serían un componente propio de relaciones interétnicas en situaciones de diferenciación social (Vezub 2005).

LA DIMENSIÓN MÁGICA

Las expresiones de los indios analizadas muestran a los cristianos como a aquellos de quienes anhelaban obtener bienes cada vez más necesarios y beneficios, con quienes habían establecido vínculos, pero a la vez eran quienes se expandían sobre sus tierras y los engañaban con sus tratados y promesas no cumplidas. Es necesario, ahora, considerar otro aspecto de la visión respecto de los cristianos: la dimensión mágica. Como plantea Wachtel, la realidad es percibida según la visión del mundo de cada sociedad que está regida por una lógica particular, es captada según una lógica cultural perteneciente a un proceso histórico. Los acontecimientos novedosos que exceden esta lógica se asocian al ámbito de lo sobrenatural implicando un esfuerzo de racionalización que intenta comprender la presencia de lo extraño, pues “todo aquello que represente una excepción a este orden racional [...] significa la irrupción de fuerzas sobrenaturales o divinas en el mundo profano, en esa medida, la racionalidad cotidiana resulta destruida y nace la angustia por el contacto con lo desconocido” (Wachtel 1976:50-51).

En los casos que hemos visto, los cristianos eran personajes conocidos para los indios aunque ciertas características resultaban novedosas y su presencia generaba inquietud. Los diarios analizados hacen frecuentes menciones al carácter “sobrenatural” de los cristianos y de ciertos objetos asociados a ellos, como la brújula (Cox [1862-63] 1999:216; Musters [1869-70] 1979:188), las curaciones (Moreno [1876-77] 1997:118-119). Las tareas llevadas a cabo por el viajero, como la recolección de especímenes y las mediciones, que podían ser contrarias a las concepciones indígenas, podían ser miradas con temor. Estas acciones eran escudriñadas por los indios, despertaban el recelo y daban lugar a indagaciones. Además, implementos extraños como sus anteojos también despertaban sospechas. Por ejemplo, los anteojos de Moreno llamaban la atención de las chinias. Durante unas “borracheras” el explorador interrogó a Sayhueque al respecto, que le aclaró que “ellas temen, porque dicen que, teniendo cuatro ojos, bien puedes tener cuatro corazones y ser malo” (Moreno [1876-77] 1997:114).

La interpretación “mágica” de los acontecimientos parecería estar asociada también a la desconfianza hacia los cristianos. Como han observado los estudios antropológicos acerca de las explicaciones “sobrenaturales”, los agentes y las formas místicas “reflejan las discordias y luchas presentes en la vida social” y “los profundos conflictos” que encierran las distintas posiciones (Gluckman 1978). Los poderes “sobrenaturales” mencionados por los indios estaban asociados a una práctica que venían llevando a cabo los huincas y era constantemente denunciada: avanzar sobre sus territorios y robarse sus riquezas. Así, según el chasque que relata la llegada de Moreno a las tolderías de Sayhueque, la desconfianza hacia el viajero se debía a su propósito de “buscar la plata y el oro de las sierras, y no los animales y pastos de los campos” que reconocía “gracias a su vista de *manque* (cóndor); subía a las montañas y desde allí, mirando hacia abajo, encontraba el *cullulcurá* (carbón de piedra) y otras piedras que los blancos buscaban para ir luego a poblar esa región” (Moreno [1876-77] 1997:114).

Siguiendo a Wachtel, otro tipo de esfuerzo de racionalización ante la irrupción de seres extraños está constituido por la incorporación de estos acontecimientos en la historia a través de los presagios y sueños. Los presagios, que posiblemente hayan sido inventados después de ocurridos los hechos, dan cuenta del esfuerzo por interpretar el acontecimiento, en tanto “este augurio retrospectivo da testimonio de la necesidad de arraigar en el pasado un hecho demasiado extraordinario para llevar en sí mismo su propia significación” (Wachtel 1976:40). Así habría ocurrido, por ejemplo, con la llegada de Moreno a los toldos. Ciertamente, esta había sido soñada

antes por Sayhueque y así “la noticia de su próximo arribo fue conocida de antemano en los tol-dos; el cacique había ‘soñado un sueño’ (estos juegan un gran papel en la diplomacia indígena) y le había sido anunciada con dos días de anterioridad por su espíritu bueno” (Moreno [1876-77] 1997:108-109).

Acercas de las formas de conceptualizar a los blancos, Wachtel analiza distintos ejemplos. La diferente interpretación respecto de la humanidad de los conquistadores (los indios de Guatemala consideraron a los recién llegados como *dioses* y los del Yucatán, como *extranjeros*) se relaciona con el modo en que fue llevada a cabo la conquista. La conquista de Guatemala fue muy rápida, mientras que la conquista del Yucatán fue más tardía y más lenta, a la vez que los mayas del Yucatán habían tenido ya contacto con hombres blancos (Wachtel 1976:47). En nuestro caso, más que con la rapidez o no de la conquista desde el momento de la llegada de los españoles —pues recordando, por ejemplo, la mención de Paillacan en 1862-1863 a misioneros de fines del siglo XVII y principios del XVIII y a la expedición de Villarino de 1782 podríamos considerar a los cristianos como “viejos conocidos”— la referencia a poderes “sobrenaturales” podría estar relacionada con el *peligro* que traería aparejada la presencia de los cristianos, coincidiendo con un contexto en que el avance de los hispanocriollos era cada vez más acuciante y los recursos de los indios y su autonomía se veían amenazados.

Sin embargo, no se hicieron eco de las constantes invitaciones a atacar las poblaciones cristianas. En cambio, decidieron defender Patagones y hemos visto, por ejemplo, que Sayhueque, con la llegada de Moreno a sus tolderías en 1875, anunció la suspensión de una proyectada invasión. Los indios optaron por evitar el enfrentamiento con los cristianos. Al respecto, podemos identificar distintos factores en juego, como no contar con las fuerzas necesarias para tal enfrentamiento, o los beneficios de la relación con los blancos que disuadían de atacarlos, asumiendo las denuncias un valor estratégico (sin querer decir con esto que eran falsas). La cuestión de la visión mágica acerca de los blancos estaría relacionada con un contexto en que enfrentarlos y proponer nuevos términos en el conflicto que los oponía resultaba cada vez más dificultoso. Hemos visto, por ejemplo, que la visión mágica estaba asociada a la desconfianza respecto de los “cristianos”, a su avaricia de riquezas y al temor de una invasión. La adjudicación de elementos mágicos a los huincas parecería darse en un contexto en que éste imponía cada vez más sus condiciones en la relación con las poblaciones indígenas, siendo cada vez menores las posibilidades de los indios para hacer valer las propias.

NOMBRES, DEFINICIONES Y LA RELACIÓN CON LOS CRISTIANOS

Como ha señalado Martínez C. (1995), los nombres dados a los cristianos variaban en gran medida sugiriendo un proceso complejo en un espacio en movimiento donde se configuraban relaciones sociales. Hemos analizado nombres y definiciones indígenas acerca de los blancos, cómo los identificaban, los describían y configuraban las características del espacio de relaciones entre ambos. La información acerca de los cristianos circulaba como rumores, razonamientos, debates y preguntas planteadas a los mismos viajeros. Ciertamente, con la llegada del blanco a las tolderías se suscitaban reflexiones, la expresión de distintas opiniones acerca de su presencia e implicancias de esta. Así, hemos mencionado a “cristianos”, “huincas” y “españoles”, “chilenos”, “argentinos”, al “gobierno” tanto chileno como argentino, a “ingleses”, “extranjeros”, “europeos”. Los tres primeros nombres establecerían una conexión entre las poblaciones españolas de la época colonial y los hispanocriollos de las décadas de 1860 y 1870. En el caso de los nombres “huinca” y “español” esto es más claro y subrayaba el hecho de que los blancos ocupaban un territorio que no les pertenecía por provenir de otras tierras. La identificación como “extranjero” o “europeo” también señalaba, evidentemente, la proveniencia de determinados grupos o sujetos desde otras tierras, aunque las menciones a personajes de origen inglés o francés no parecen estar asociadas

a temor por pretender ocupar territorio de los indios. Estas definiciones que identificaban a los hispanocriollos como “invasores”, junto con denuncias referidas a abusos y al incumplimiento de los tratados y referencias a elementos sobrenaturales, eran expresadas en un contexto de avance cada vez más acuciante de los cristianos en el espacio territorial y en el político.

En los casos analizados aquí las estrategias de relación estuvieron orientadas a lograr un acercamiento a los blancos en términos pacíficos que posibilitara el acceso a bienes estimados –relación que habría sido percibida como desigual, resultando desfavorecidos los indios. Podemos identificar cierta tensión entre el anhelo y la necesidad por establecer contactos con los blancos y el temor por las implicancias que este acercamiento traía aparejadas. Las menciones a “chilenos” y a “argentinos” y a su gobierno identificaban a las poblaciones criollas de esos años sin vincularlas a su pasado colonial. Con ellos era necesario negociar y la identificación de sí mismo como argentino sería una forma de plantear las relaciones con la sociedad hispanocriolla que se consolidaba en su organización política y social como estado-nación. Al mismo tiempo, volvemos a encontrar manifestaciones de recelo y denuncias acerca de las acciones de aquellos con quienes el acercamiento era buscado.

Las expresiones de temor, las amenazas y presiones parecen reflejar una realidad vivida por los indios y las definiciones indígenas describirían una forma de posicionarse frente a este *otro*. La desconfianza, rumores y amenazas aparecían una y otra vez entre los indios. También las expresiones de amistad y deseos de relaciones pacíficas, mientras que las controversias internas nunca terminaban. En efecto, el vínculo con los cristianos reportaba beneficios y era necesario para satisfacer determinadas necesidades pero, a la vez, traían aparejados perjuicios sus avances territoriales y el incumplimiento a cuestiones acordadas entre ambas partes. Estas apreciaciones constan en las fuentes, sin embargo no aparecen siempre de la misma manera. En cambio, sin poner en tela de juicio la veracidad de los enunciados, notamos que las definiciones de los indios acerca de los cristianos acentuaban una u otra característica según se quisiera obtener algún beneficio, negociar o ejercer presión. En tanto que se buscaba defender el comercio y los beneficios obtenidos de los huincas, se manifestaba buena disposición para pactar la paz y se protegían los emplazamientos cristianos. En cambio, cuando se denunciaban los abusos sufridos se hacía hincapié en la falta de cumplimiento de la palabra dada, los maltratos sufridos y la intrusión de los blancos en tierra de los indios. Con estos últimos argumentos (insisto en que no estoy evaluando su veracidad) se presionaba al blanco, se justificaban los malones o por lo menos las amenazas en tal sentido y se creaban situaciones de tensión más favorables para controlar la relación con los cristianos.

Las definiciones acerca de los blancos se fueron configurando con las sucesivas experiencias de contacto, las reflexiones y las interpretaciones propias sobre estos hechos. De esta manera, notamos su dinamismo que conjugaba las experiencias de acceso a bienes estimados, de trato pacífico, de engaños y malos tratos, con las perspectivas de futuro, y contemplaba tanto los aspectos beneficiosos como los perjuicios que denunciaban los indios, haciendo mayor hincapié en unos u otros según la circunstancia y estableciendo pautas de relación que permitían a los indios asumir un rol activo en el proceso de intercambio (social, económico, político y cultural). Ciertamente, ambas cuestiones –la visión respecto de los blancos y las diferentes formas que asumió el proceso de contacto– se fueron redefiniendo mutuamente, en tanto las experiencias aportaban información que al ser elaborada iba conformando una cierta visión que a su vez delineaba las próximas situaciones de encuentro. Notamos que los indios dispusieron de un campo de acción en el que podían tomar sus propias determinaciones, aunque para la década de 1870 este ámbito fue restringiéndose drásticamente –y esto fue claramente percibido por los indígenas. Los contactos resultaron atractivos para los indios por la posibilidad que ofrecían de acceder a bienes estimados, obtener información, protección o negociar con las autoridades hispanocriollas. Así, los grupos indígenas desarrollaron distintas estrategias para entablar relaciones con los viajeros, procurando minimizar los perjuicios que esto podía acarrear. En este sentido, podemos encontrar en los nom-

bres y definiciones con que los indios identificaban a los blancos un caudal de experiencias de contacto que se remontaba a la época colonial y una manifestación de las iniciativas y capacidad de acción puestas en juego en la compleja relación que los vinculaba a los cristianos.

Fecha de recepción: 17/12/2009.

Fecha de aceptación: 09/08/2010.

AGRADECIMIENTOS

A Lidia Nacuzzi por sus sugerentes y valiosas observaciones.

Este trabajo forma parte de las investigaciones financiadas por los proyectos PIP CONICET 112-200801-00026, UBACyT F 105, PICT 34431.

NOTAS

¹ He consultado una versión disponible en Internet en la página http://argentinahistorica.com.ar/intro_libros.php?tema=10&doc=58, por lo que no es posible consignar las páginas correspondientes para las citas.

BIBLIOGRAFÍA

Amselle, Jean Loup

[1990] 1998. *Mestizo Logics*. Stanford, Standord University Press.

Bechis, Martha A.

[1989] 1999. Los lideratos políticos en el área arauco-pampeana en el siglo XIX: ¿poder o autoridad? CD *Etnohistoria*. Buenos Aires, Equipo NayA, Noticias de Antropología y Arqueología.

[1999] 2006. La “organización nacional” y las tribus pampeanas en Argentina durante el siglo XIX. Ponencia presentada en el XII Congreso Internacional de AHILA, Porto. *Revista TEFROS. Taller de Etnohistoria de la Frontera Sur*, Volumen 4 (2). Publicación electrónica www.unrc.edu.ar/publicar/tefros/revista.

Bensa, Alban

1996. De la micro-histoire vers une anthropologie critique. En J. Revel (dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*: 37-71. París, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil. Traducción de Ana M. Lorandi para la Sección Etnohistoria del Instit. de Antropología de la FFyL de la UBA.

Bonfil Batalla, Guillermo

1992. Identidad y pluralismo cultural en América Latina. Premio Sudamérica Fondo Editorial del CE-HASS. Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Briones, Claudia

1998. La alteridad del “Cuarto Mundo”. (De) Construyendo la diferencia. Buenos Aires, Ediciones del Sol.

Buffon, Georges –Louis Leclerc (Comte de)

1805. *Historia natural, general y particular*, Volumen 21. Editado por D. Joachin Ibarra. Madrid. Disponible en Internet: books.google.com.ar.

Clendinnen, Inga

1987. *Ambivalent Conquest: Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*. Cambridge, Cambridge University Press.

Cox, Guillermo

[1862-63] 1999. *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia (1862-1863)*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Delrio, Walter

2002. Indios amigos, salvajes o argentinos. Procesos de construcción de categorías sociales en la incorporación de los pueblos originarios al estado-nación (1870-1885). En L. Nacuzzi (comp.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (Siglos XVII y XIX)*: 203-245. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2003. De “salvajes” a “indios-nacionales”. Interpelaciones hegemónicas y campañas militares en Norpatagonia y la Araucanía (1879-1885). *Mundo de Antes* 3: 189-207.

Falkner, Tomás

[1774] 2003. *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Buenos Aires, Taurus.

Gluckman, Max

1978. *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal*. Madrid, Akal.

Irurtia, María Paula

2002. La visión de los indios respecto de los “cristianos” y “huincas” en el norte de la Patagonia, siglos XVIII y XIX. En L. Nacuzzi (comp.), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (Siglos XVII y XIX)*: 247-285. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2005. Rituales y proceso social: dinámica de las relaciones entre los grupos indígenas de Patagonia y con la población blanca en el siglo XIX. *Relaciones XXX*: 193-209.

2007. Marcas, huellas y señales en el territorio. La relación de los indígenas de la Patagonia y las entidades del paisaje en el siglo XIX. *Cuadernos del Sur* 35: 345-373.

Juliano, Dolores

1992. Estrategias de elaboración de identidad. En C. Hidalgo y L. Tamango (comps.), *Etnicidad e Identidad*: 51-63. Buenos Aires, CEAL.

Mandrini, Raúl J.

1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En M. Lischetti (comp.), *Antropología*. Buenos Aires, EUDEBA.

Martínez C., José Luis

1995. Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña sobre la Puna Salada. *Memoria Americana* 4: 33-56.

Merino, María Eugenia

1999. Análisis crítico del discurso de machi. Una mirada al discurso inter e intragrupal en un contexto de dominación. *Estudios Filológicos* 34: 155-163.

Moreno, Francisco P.

1876. *Viaje a la Patagonia Septentrional. Anales de la Sociedad Científica Argentina* 1. Imprenta Coni. Buenos Aires. Edición digital disponible en sitio web http://argentinahistorica.com.ar/intro_libros.php?tema=10&doc=58.

[1876-77] 1997. *Viaje a la Patagonia Austral*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Musters, George Ch.

[1869-70] 1979. *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires, Solar-Hachette.

Nacuzzi, Lidia

1998. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2002. Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*: 229-262. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

2008. Revisando y repensando el concepto de cacicazgo en las fronteras del sur de América (Pampa y Patagonia). *Revista Española de Antropología Americana* 38 (2): 75-95.

Palermo, Miguel Angel

1991. La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial. *América indígena* LI (1): 153-192.

Pratt, Mary Louise

1997. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires, Universidad de Quilmes.

Revel, Jaques

1995. Micro-análisis y construcción de lo social. *Anuario del IEHS* 10: 125-143.

Tamagnini, Marcela y Graciana Pérez Zavala

2002. El debilitamiento de los ranqueles: el tratado de paz de 1872 y los conflictos intraétnicos. En L. Nacuzzi (comp), *Funcionarios, Diplomáticos, Guerreros: miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII-XIX)*: 119-157. Buenos Aires. Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.

Varela, Gladys y Carla Manara

2001. Tiempos de transición en las fronteras surandinas: de la colonia a la República. En S. Bandieri (coord.), *Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social. Siglos XIX y XX*: 31-63. Neuquén, CEHIR, Universidad Nacional del Comahue.

Vezub, Julio

2005. Redes comerciales del país de las manzanas: A propósito del pensamiento estructural de Guillermo Madrazo. *Andes* 16: 167-198.

Vignati, Milciades

1964. George Chaworth Musters y su segundo viaje a los dominios de Sayhueque. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* XXXV: 49-56.

Wachtel, Nathan

1976. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Madrid, Alianza Editorial, S. A.

PROCESOS DE DOMESTICACIÓN VEGETAL EN EL PASADO PREHISPÁNICO DEL NOROESTE ARGENTINO: ESTUDIO DE LAS PRÁCTICAS MÁS ALLÁ DE LOS ORÍGENES

Verónica S. Lema *

RESUMEN

En este trabajo se realiza un análisis crítico de los estudios relacionados con los orígenes de la agricultura, particularmente en el Noroeste Argentino, a partir de la escisión de la domesticación como fenómeno en sí mismo. Se propone un abordaje paleoetnobotánico como perspectiva relacional que permita entender a la domesticación en el marco de las prácticas de manejo del entorno vegetal. Mediante estudios morfológicos, anatómicos y biométricos en macrorrestos vegetales de tres sitios formativos de la provincia de Salta se concluye la presencia de prácticas hortícolas generadoras de complejos cultivo-maleza-domesticado. El reconocimiento de esta heterogeneidad de prácticas y la coexistencia de comunidades vegetales con distinto grado de asociación con el Hombre se presentan como una vía para superar visiones dicotómicas tales como la de cazador recolector -agricultor o silvestre-domesticado.

Palabras clave: agricultura - domesticación - prácticas - Noroeste argentino.

ABSTRACT

A critical analysis of studies related with the beginnings of agriculture, mainly from northwest Argentina is presented. This view is developed through the separation of domestication as a process in itself. A palaeoethnobotanical approach is proposed as a relational analytical perspective which allows an understanding of domestication in the context of management practices related to the plant environment. Through morphological, anatomical and biometrical analysis of macroremains from three Formative archaeological sites situated in the province of Salta, the presence of horticultural practices which generate wild-weedy-crop complexes is concluded. Recognition of such heterogeneous practices and the contemporaneity of plants with different associations to human populations is presented as a means to overcome dichotomised perspectives such as wild-domesticated or hunter-gatherer-farmers.

Key words: agriculture - domestication - practices - northwest Argentina.

* Laboratorio de Etnobotánica y Botánica Aplicada. Departamento Científico de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Universidad Nacional de La Plata. CONICET. E-mail: vslema@hotmail.com.

INTRODUCCIÓN

El origen de la agricultura ha sido una problemática que interesó a la arqueología desde sus comienzos y que, afortunadamente, ha recibido renovado interés entre los investigadores americanos (Kennett y Winterhalder 2006; Zeder *et al.* 2006; Pearsall 2008; Aldenderfer 2009). Lo interesante de dicha problemática es que encierra en sí misma fenómenos y procesos de naturaleza diversa, estrechamente vinculados entre sí: respuestas ante el cambio climático, demografía, evolución, cambio cultural, estratificación social, prácticas sobre el entorno natural, procesos de selección, relaciones sociales, estrategias de intercambio e interacción social, salud, dieta, entre muchas otras. Si bien quienes estamos interesados en esta área de investigación sabemos que todos estos factores son cruciales, poco ha escapado el interés académico de preguntarse y discutir en torno a *¿dónde?* y *¿cuándo?* se dio este -asumido- importante cambio.

Pero antes del advenimiento de modos de vida agrícolas, ocurre otro cambio esencial: la domesticación de plantas. Escasos son los investigadores que repensaron el tema de los orígenes de la agricultura en América analizando el paso previo y necesario que constituye la domesticación, siendo los trabajos de Bruce Smith (1985, 2001, 2006, 2007) una notable excepción al respecto. Analizar y entender a la domesticación como un fenómeno en sí mismo, traerá como consecuencia un replanteo de la problemática referida al establecimiento de los primeros asentamientos agrícolas.

Rompiendo con modelos unilineales y teleológicos, se reconoce que la domesticación -si bien antecede- no implica inexorablemente un futuro sistema agrícola (Harlan 1992). La misma puede llevar a la implementación de sistemas hortícolas de baja escala, o bien no dar lugar a un cambio mayor, sumándose y mixturándose con prácticas ya existentes en la comunidad, perdurando o desapareciendo con el tiempo (Hather y Mason 2002; Smith 2007). Por lo tanto, el estudio de la domesticación no tiene necesariamente que ver con fenómenos de cambio social a gran escala, sino con transformaciones en las prácticas, modos de relación y toma de decisiones que, al menos en principio, se dieron a pequeña escala. La perspectiva paleoetnobotánica se centra en estos aspectos, considerando a la domesticación como un fenómeno relacional (Lema 2008, 2009a). Entendemos aquí que desligar a la domesticación de su rol como preámbulo de la agricultura, e incluso, del modo de vida productor en general (Olivera 1992; Piperno y Pearsall 1998; Smith 2001, 2006; Iriarte 2009) y de la producción de alimentos en particular (Pearsall 2009), será una vía analítica enriquecedora para entender los factores que operaron o influyeron en la conformación y devenir de los procesos de domesticación, más allá de su impacto a futuro.

Este trabajo tiene como objetivo analizar conceptos referidos al estudio de los procesos de domesticación vegetal que sean operativos para buscar nuevos indicadores del mismo en el registro arqueológico, fundamentalmente los vinculados a prácticas de manejo, mediante estudios morfológicos, anatómicos y biométricos en macrorrestos vegetales. Se presentan los resultados obtenidos al aplicar este nuevo abordaje teórico-metodológico en el caso del Noroeste argentino (NOA), particularmente en sitios formativos de la provincia de Salta.

“ORÍGENES DE LA AGRICULTURA” EN EL NOROESTE ARGENTINO

Sin desarrollar un análisis exhaustivo de la manera en que se ha abordado el estudio de la domesticación y el origen de la agricultura en el NOA, dado que esto ha sido tratado ya en trabajos anteriores (Yacobaccio y Korstanje 2007; Lema 2008, 2009a), se señalarán aquí ciertas particularidades que reviste dicho estudio. En primer lugar cabe destacar que el área del piedemonte andino alberga varios *taxa* que se consideran antecesores silvestres de formas domesticadas: maní (*Arachis* sp., Krapovickas y Gregory 1994), poroto (*Phaseolus vulgaris*, Brücher y Berglund-Brücher 1976), zapallo (*Cucurbita maxima*, Cutler y Whitaker 1961) y ají (*Capsicum* sp.,

Fernández Distel 1975). Este aspecto es el que fundamentalmente ha sustentado las propuestas de que el NOA habría sido un área propicia para la domesticación inicial de especies vegetales (Raffino 1976; Tarragó 1980; Albeck 2000; Yacobaccio y Korstanje 2007). En segundo lugar, si bien desde el análisis de microrrestos se han hecho avances fundamentales en cuanto a registro de plantas domesticadas en contextos arcaicos y formativos (Babot 2004; Korstanje y Babot 2005), no ha ocurrido lo mismo en lo que refiere a macrorrestos. Los datos que actualmente aporta este último tipo de evidencia es que los *taxa* antecesores nunca aparecen en el registro arqueológico de manera aislada, es decir, sin su contraparte domesticada (Pochettino y Scattolin 1991; Oliszewski 2004; Lema 2009a). Este fenómeno ha hecho que -siguiendo un pensamiento dicotómico- se asumiera la coexistencia de prácticas agrícolas y de recolección como reflejo de la asociación de formas silvestres y domesticadas.

La evidencia arqueológica no nos permite actualmente considerar al NOA como un centro de domesticación vegetal, si bien los desarrollos socio culturales en el área propiciaron otros procesos de domesticación tempranos como aquellos vinculados a los camélidos (Yacobaccio 2007). A pesar de que los trabajos en sitios arcaicos y formativos se encuentran en aumento, son escasos aún los estudios de restos arqueobotánicos, al igual que los fechados absolutos realizados sobre los mismos. A esto se suma el hecho de que los sitios de estos periodos en el NOA poseen, por lo general, escasos macrorrestos, lo que obstaculiza la perspectiva poblacional en los estudios de domesticación vegetal, causando sesgos de información considerables (Smith 2006; Fuller 2007).

REPENSANDO LA DOMESTICACIÓN DESDE LAS PRÁCTICAS DE MANEJO DEL ENTORNO VEGETAL.

Desde hace tiempo los estudios etnobotánicos han demostrado que existen múltiples formas en que las comunidades humanas se relacionan con su entorno vegetal (Jones 1941; Fosberg 1948; Balick 1996; Alcorn 1995). La perspectiva relacional en etnobotánica se caracteriza por no colocar el énfasis ni en las sociedades humanas, ni en las plantas asociadas, sino en la manera en que ambas interaccionan y se influyen mutuamente (Jones 1941; Alcorn 1995). La paleoetnobotánica no es tan solo la suma de ciencias naturales (ecología, botánica, taxonomía) y ciencias sociales (antropología, arqueología, historia), de allí que en lo que respecta al comienzo de la domesticación de plantas y al surgimiento de la agricultura los métodos de la biología y de la arqueología han podido responder al *dónde* y al *cuándo* (Farrington y Urry 1985; Smith 2001), sin que se conteste de manera acabada el *cómo* y el *por qué* (Farrington y Urry 1985). Para Smith (2001) el *por qué* se ha respondido desde lo que denomina variables macroevolutivas, tales como cambios climáticos, aumento en la densidad poblacional, territorialidad, reducción de la movilidad y competencia intra e intergrupar en relación con los recursos, entre otras. Sin entrar en el amplio debate del rol y pertinencia de cada una de estas causas a nivel mundial, las mismas no son válidas cuando lo que se pretende analizar es un cambio más sutil y no necesariamente de alto impacto a nivel ecológico o social como lo es la domesticación. La comprensión de la gran diversidad de comportamientos humanos que están implicados en la relación con el medio, sumado al estudio de las respuestas de las comunidades vegetales y las especies particulares ante dicho accionar (de Wet y Harlan 1975; Hillman 1984; Ford 1985a, b; Harris 1989; Hillman y Davies 1990; Harlan 1992), se vuelve fundamental a la hora de analizar y caracterizar al proceso de domesticación, concebido de manera independiente al surgimiento de los sistemas agrícolas.

Cuando se busca dar respuesta al *cómo*, se cae en la cuenta de que la domesticación es una problemática que está fuertemente unida al estudio del cambio, entendido como la relación entre sociedades humanas y comunidades vegetales en perspectiva diacrónica. Hasta el presente, los estudios de domesticación vegetal se han nutrido de conceptos de cambio y marcos teóricos para

su estudio desarrollados principalmente en antropología o arqueología. Se puede pensar que, en definitiva, estamos ante procesos de selección dirigidos por sociedades humanas, aunque se sabe también que cada especie y cada comunidad vegetal son parte de este devenir e imprimen peculiaridades en el mismo, estando aun sujetas a procesos y mecanismos evolutivos naturales (Ford 1985a; Fuller 2007). En la arqueología del NOA la mayoría de los estudios que se han ocupado del advenimiento de sociedades productoras en la región lo han hecho desde un marco teórico ecológico-cultural (Olivera 1992; Yacobaccio 1992; Muscio 1998/1999, 1999). Quienes han estudiado el proceso de domesticación como preámbulo a la agricultura desde una perspectiva paleoetnobotánica lo han hecho mayormente también desde dicho marco teórico (Harris 1989; Harris y Hillman 1989; Pearsall 1989; Piperno 1989; Gremillion 1996, 1997; Winterhalder y Goland 1997; Aldenderfer 2009) y más recientemente desde la ecología comportamental (Kennett y Winterhalder 2006; Smith 2007; Gremillion y Piperno 2009) y la teoría de construcción de nicho (Smith 2007; Gremillion y Piperno 2009; Hillman y Wollstonecroft 2009). Esto es consistente con el hecho de que la paleoetnobotánica, en tanto abordaje, no ha desarrollado marcos teóricos propios (Ford 1979). La consecuencia de este posicionamiento es que el *por qué* y el *cómo* son, en todos los casos, respondidos desde un modelo de toma de decisiones donde seres humanos considerados altamente sensibles al riesgo buscan minimizar el mismo o bien maximizar la eficacia energética de sus actividades, en el marco de procesos gobernados por la selección natural y la teoría microeconómica (Gremillion 1996; Ingold 2001). El mayor inconveniente de estas aproximaciones radica en que no logran abarcar la gran diversidad de prácticas culturales referidas al manejo del entorno vegetal que surgen de construcciones culturales y operaciones cognitivas diversas (Wetterstrom 1978; Bates 1985; Hynes y Chase 1982 en Harris 1989; Chase 1989; Cotton 1995; Seeland 1997; Nazarea 1998; Haber 1999; Politis 1999; Sthapit *et al.* 2000; Ingold 2001; Luna-Morales 2002; Toledo 2002). En este sentido el abordaje paleoetnobotánico se enriquece del interés por la visión *emic* que ha tenido la etnobotánica. Si bien la inclusión de esta perspectiva ha sido escasamente explorada en el estudio arqueológico de la domesticación vegetal (Farrington y Urry 1985), ésta sería una instancia enriquecedora al dar la posibilidad de una aproximación más diversa y ontológicamente rica a las sociedades del pasado (Haber 1999, 2006; Lema 2009a, b). Por lo tanto, el estudio de las prácticas de manejo y sus distintas manifestaciones en el plano de toma de decisiones y selección cultural que guían la acción colectiva e individual, es uno de los aportes más interesante que puede brindar el abordaje paleoetnobotánico al estudio arqueológico de la domesticación vegetal (Lema 2008, 2009a). A continuación se destacan tres aspectos de relevancia que posee la perspectiva paleoetnobotánica que aquí presentamos.

– Las realidades culturales son construcciones efectuadas sobre una materialidad que impone ciertos límites y restricciones a las acciones que sobre ella se pueden efectuar (Núñez Regueiro 1979; Gándara 1987; Bate 1998). El uso de las plantas y las interrelaciones plantas-humanos están moldeados por la historia, por los ambientes físicos y sociales y por las cualidades inherentes de las plantas mismas (Alcorn 1995). Por ende, si bien el medio impone ciertas restricciones por su propia materialidad, la misma es incorporada al sistema de conocimiento e interpretación cultural (sistema de cognición) a través de una serie de mediaciones culturales que interpretan sus características contextualizándolas en relación con los marcos interpretativos culturales y las coyunturas históricas del momento (Baleé 1998). Los condicionantes que el mundo vegetal impone y que son aprehendidos e interpretados desde el “cosmos cultural” (Hallam 1989; Alcorn 1995; Toledo 2002), forman parte de las variables que operan en la toma de decisiones y prácticas consecuentes. Los estudios etnobotánicos tendientes a analizar la manera en que las poblaciones humanas manipulan especies o comunidades vegetales tanto desde el aspecto comportamental, como cognitivo (Wetterstrom 1978; Bates 1985; Cotton 1995; Seeland 1997; Nazarea 1998; Sthapit *et al.* 2000; Luna-Morales 2002; Toledo 2002) han ayudado a entender en qué medida los criterios de manejo empleados han colaborado tanto con la generación, mantenimiento o merma

de una gran diversidad de formas vegetales, así como a comprender la manera particular en que los seres humanos nos vinculamos al entorno natural en el cual vivimos. Estos estudios se adentran en el espacio *emic*, donde las personas estructuran y organizan sus experiencias y acciones y actúan eligiendo entre distintas alternativas (Kessing 1976 en Wetterstrom 1978). Se asume que en toda sociedad las prácticas o acciones sociales conjugan conocimientos, conceptos y categorías socialmente compartidos e individualmente aprehendidos y reproducidos o transformados en la acción misma (Toledo 2002).

Las acciones culturalmente mediadas poseen, a su vez, consecuencias en la materialidad sobre la que operaron originalmente, la cual se modifica no sólo como consecuencia de la acción ejercida, sino también de acuerdo con sus propios condicionantes que, en este caso, son los caracteres de las plantas que intervienen en dicha interacción como agentes activos. En este sentido resultan claras las diferencias existentes en las relaciones que se establecen con plantas propagadas por semillas (semicultura) de aquellas que lo hacen mediante estructuras vegetativas (vegicultura), como así también en el manejo de plantas con distinto ciclo de crecimiento (Fuller 2007). De acuerdo con Ford (1979) la biología de las plantas impone ciertas condiciones que impactarán en la elección cultural de las mismas para ciertos usos, de acuerdo con las clasificaciones y lógicas culturales. Luego, las sociedades operan a través de acciones concretas sobre esta materia prima vegetal y la transforman de acuerdo con sus patrones cognitivos, haciendo de las plantas domesticadas artefactos culturales donde se han seleccionado y fijado caracteres, incluso aquellos que serían desfavorables en condiciones naturales (Ford 1979, 1985a). Como dice Baleé (1989) las plantas domesticadas y semidomesticadas son culturales tanto como una pieza cerámica y la modalidad que adopta la explotación de especies vegetales es consecuencia tanto de factores ecológicos como ideológicos.

– La noción de que los artefactos son mediadores en las relaciones sociales, interviniendo en su reproducción o transformación, que son símbolos activos y comunicadores culturales (Hodder 1991) es aplicable también a las plantas cultivadas. Las plantas poseen un rol, el cual implica ciertas características y acciones específicas, dentro del medio social (Alcorn 1995). Por lo tanto, cuando se hace referencia a la relación seres humanos-plantas, no se lo hace asumiendo la bipartición naturaleza-cultura (Haber 1999; Ingold 2001), entendiendo a la primera como un escenario sobre el cual se desarrolla la trama social, sino como un espacio culturalmente incorporado cargado de entidades (animales, plantas, cerros, ríos, etc.) cuya agencia social será el producto del status ontológico que les fuera atribuido por las sociedades pasadas y que influirá tanto en la forma en que se dieron las interacciones entre humanos y plantas, como en la transformación de la misma a lo largo del tiempo. Sociedad, cultura y naturaleza son un único fenómeno, una unidad dialécticamente estructurada que existe a través de las diversas interpenetraciones, conexiones y contradicción que unen sus partes constitutivas (Baleé 1998).

– Si bien se rechaza la bipartición naturaleza-cultura y se asume un abordaje relacional, por motivos analíticos se mantiene la distinción entre poblaciones vegetales y sociedades humanas, entendiendo que en cada una de ellas operan principios muy distintos. En este sentido se asume que a lo largo de la domesticación las plantas se encuentran bajo un proceso de evolución, las sociedades humanas, en cambio, bajo un proceso de cambio cultural. Las comunidades vegetales, aisladas o no del Hombre, están sujetas a principios ecológicos y a procesos evolutivos signados por mecanismos tales como la selección natural, deriva génica, flujo génico, mutaciones, hibridación, recombinación y efecto fundador, entre otros (León 1968; Gould 1980). En las sociedades humanas el cambio es histórico (Baleé 1998) y opera mediante la toma de decisiones de agentes sociales colectivos o individuales que tienen tanto la capacidad de reproducir como de transformar las estructuras culturales en que se enmarca su existencia. La domesticación -generadora de comunidades vegetales antrópicas y puerta de entrada a los sistemas agrícolas- es la bisagra que se encuentra entre estas dos entidades y su abordaje relacional permite vincularlas en el marco de procesos de cambio, sin extrapolar factores que actúan en una, a la otra.

PRÁCTICAS DE MANEJO Y MODOS DE RELACIÓN SER HUMANO – PLANTA

Al analizar las prácticas de manejo del entorno vegetal debemos considerar al menos tres niveles de análisis. Un primer nivel es el del paisaje -entendido como el medio natural sujeto a manejo y convertido en un ambiente físico cultural e históricamente determinado (Balée 1998)- que incluye la totalidad de las plantas del entorno. El segundo es el de asociaciones entre poblaciones vegetales de distintos *taxa* en microambientes dentro del paisaje y el tercero es el de las poblaciones de un taxón determinado, unidad sobre la que operan los procesos de especiación (o generación de subespecies y/o variedades) y de domesticación *sensu strictu*.

En lo que respecta a las prácticas, se asume que la recolección es el empleo de plantas silvestres sin intención de propiciar un cambio morfológico, fisiológico o de otro tipo en las mismas, pudiendo haber sólo modificaciones incidentales a distinta escala como resultado de formas incipientes de manejo como obtención selectiva de algunos fenotipos, rotación de áreas de recolección o restricciones a la extracción de algunos recursos (Harlan y De Wet 1965; Ford 1979; Rindos 1984; Casas 2001). Las modificaciones en el ambiente resultantes de la acción humana que crea un paisaje apropiado socialmente ha recibido el nombre de “domicultura” (Hynes y Chase 1982 en Harris 1989; Chase 1989), entendiendo que los cazadores recolectores domestican el paisaje como producto de manipulaciones inadvertidas, sin que haya domesticación de una sola planta (Yen 1989). Esto es lo que Rindos (1984) denomina “domesticación incidental” y Ford (1979) “cuidado” (*tend*), donde el Hombre interviene en el ciclo de crecimiento de la planta, sin que ocurran cambios genéticos ni morfológicos detectables, aumentando solamente las ventajas competitivas y las oportunidades de éxito reproductivo de las mismas al alterar la distribución y concentración de poblaciones vegetales. Estos comportamientos de cuidado entre pueblos cazadores recolectores fueron señalados para gran cantidad de grupos actuales asentados en distintos ambientes, difiriendo el grado de intencionalidad de dichas modificaciones en los diversos casos (Politis 1996, 1999; Politis *et al.* 1997; Casas 2001; Hather y Mason 2002; Gnecco y Aceituno 2004). Más allá de su carácter incidental, la selección artificial o cultural opera en estos casos cuando se deja deliberadamente en pie plantas que presentan atributos ventajosos y se erradican otras (Casas 2001). Esta clase de manejo del entorno con creación de paisajes antropogénicos o bioculturales, no conduce a la domesticación de especies vegetales en sentido estricto. Como bien dice Alejandro Casas la diferencia radica en que “el concepto de cultivo incluye a un conjunto de formas de manejo de poblaciones o comunidades vegetales, mientras que la domesticación es un proceso evolutivo que resulta de manipular los genotipos de las plantas, lo cual no necesariamente se logra con sólo manejar el ambiente” (Casas 2001:129).

Si bien el concepto de domesticación implica aspectos diferentes para distintos autores, todos coinciden en que el rasgo que identifica a una planta domesticada es su incapacidad para reproducirse y/o dispersarse sin la asistencia humana (De Wet y Harlan 1975; Ford 1979, 1985; Hillman y Davies 1990; Harlan 1992; Geps 2005; Fuller 2007), lo que conlleva modificaciones de rasgos genéticos y/o fenotípicos en las plantas por intervención del Hombre (Higgs 1972; Ford 1979, 1985b; Farrington y Urry 1985; Hillman y Davies 1990; Harlan 1992; Gremillion 1997; Casas 2001; Hather y Mason 2002; Geps 2005). Para entender el contexto en el cual puede darse la domesticación hay que considerar que la misma es la culminación de un proceso evolutivo con múltiples etapas, caracterizado por una intervención humana cada vez mayor en los ciclos reproductivos de las poblaciones vegetales afectadas (Rindos 1984; Ford 1985; Harris 1989; Smith 2006; Fuller 2007). En primer lugar es esencial considerar dos facetas del fenómeno: la perturbación antrópica del medio y el impacto diferencial que poseen distintas prácticas y modos de relación con poblaciones vegetales específicas. La primera se genera a partir de ciertas acciones que los grupos humanos realizan en el paisaje y que modifican principalmente las condiciones microambientales, el suelo y las asociaciones ecológicas entre organismos de distinta clase (el segundo nivel de análisis mencionado al principio de este apartado). El impacto del accionar

humano puede tener diferencias de grado; cuando el mismo es moderado a elevado genera nuevas presiones selectivas sobre las plantas silvestres, dando lugar a la aparición de malezas, las cuales son plantas adaptadas a ambientes disturbados que pueden prosperar exitosamente en los mismos por sus propios medios (de Wet y Harlan 1975) (Figura 1). Las malezas pueden derivar directamente de las plantas silvestres (maleza I), o generarse por cruces entre plantas domesticadas o cultivadas y silvestres (maleza II), o por escapes de cultivo de las poblaciones domesticadas (maleza III) (de Wet y Harlan 1975) (Figura 2). Las plantas domesticadas también presentan caracteres que son positivamente seleccionados en un ambiente antrópico dado que otorgan ventajas adaptativas, sin que exista necesariamente una intencionalidad humana que procure la dominancia de esos caracteres (Rindos 1980; Asch y Asch 1985; Zohary 2004). Dichos rasgos -entre los que se incluyen aumento del tamaño de las semillas, maduración simultánea de las mismas, su empaquetamiento en estructuras terminales y altamente visibles y pérdida de los mecanismos naturales de dispersión- son conocidos como “síndrome adaptativo de la domesticación” (Epimaki *et al.* 1996; Smith 2006). Pero dichos rasgos deben ser fijados a nivel poblacional para que no sean cambios reversibles del fenotipo de plantas individuales, lo cual se da sólo por selección cultural conciente bajo ciclos de cosecha, almacenamiento de las semillas y resiembra sostenidos en el tiempo en áreas específicas destinadas a ello (Hillman y Davies 1990; Smith 2006).

La otra faceta a considerar es el nuevo conjunto de prácticas y modos de relación que los seres humanos establecen con ciertos *taxa* (tercer nivel de análisis) y que generan nuevas presiones selectivas a las cuales responderán las plantas de manera diferencial (Smith 2006; Fuller 2007). Dentro de estas prácticas pueden reconocerse aquellas que son incidentales, de las que son metódicas y dirigidas. Ente las primeras podemos mencionar ciertas técnicas vinculadas a la recolección de plantas que favorecen un aumento en la disponibilidad del recurso como, por ejemplo, la aireación y remoción del suelo al excavar la tierra para obtener rizomas y tubérculos silvestres (Hallam 1989). En el caso de plantas donde se consumen frutos y/o semillas tanto el momento en que se realiza la colecta (temprana o tardía), como si se realizan una o varias a lo largo del ciclo de maduración de la planta y el modo de coleccionar los frutos o semillas (sacudiendo la planta, arrancándola o cortándola, colectando los frutos/semillas de la planta o del suelo una vez dispersados), generará distintas presiones selectivas y por ende trayectorias evolutivas diferentes (Hillman y Davies 1990; Fuller 2007) (Figura 1). Entre las acciones concientes que implican un manejo deliberado de las poblaciones vegetales, se encuentran la tolerancia (prácticas dirigidas a mantener dentro de ambientes antropogénicos plantas útiles que existían antes de que el ambiente fuera transformado por el Hombre, o malezas que surgen por disturbación humana del mismo), el fomento o inducción (estrategias dirigidas a aumentar la densidad poblacional de especies útiles, como quema, tala, plantación de semillas y/o propágulos), la protección (cuidados que implican la eliminación de competidores y depredadores, fertilización, poda, protección contra heladas y plagas para salvaguardar plantas silvestres o malezas deseadas) (Harlan 1992; Casas 2001). Todas estas acciones se incluyen en el concepto amplio de cultivo (Lema 2009a), al cual se opone el de erradicación, entendido como la eliminación de plantas con caracteres no deseados. Cultivar implica gran cantidad de actividades diferentes de acuerdo con los autores que se consideren: es el acto intencional de cuidar u ocuparse de una planta (Farrington y Urry 1985; Harlan 1992; Gremillion 1997), implica una disrupción en el ciclo de vida de la planta (Farrington y Urry 1985; Ford 1985), es el acto de plantar una semilla o propágulo en una situación distinta (Ford 1979; Yernell 1983 en Smith 1985; Asch y Asch 1985; Hather y Mason 2002; Buxó y Piqué 2008), involucra la preparación de parcelas específicas para la propagación de plantas junto con siembra y cosecha repetida en estas parcelas (Piperno y Pearsall 1998), es el acto intencional de aumentar la tasa de reproducción de cierta especie, pudiendo propagarse la misma fuera de su área natural de distribución (Asch y Asch 1985; Smith 2001), implica la manipulación deliberada del ambiente e inducción o propagación conciente de plantas en él (Casas 2001), es la imposición de

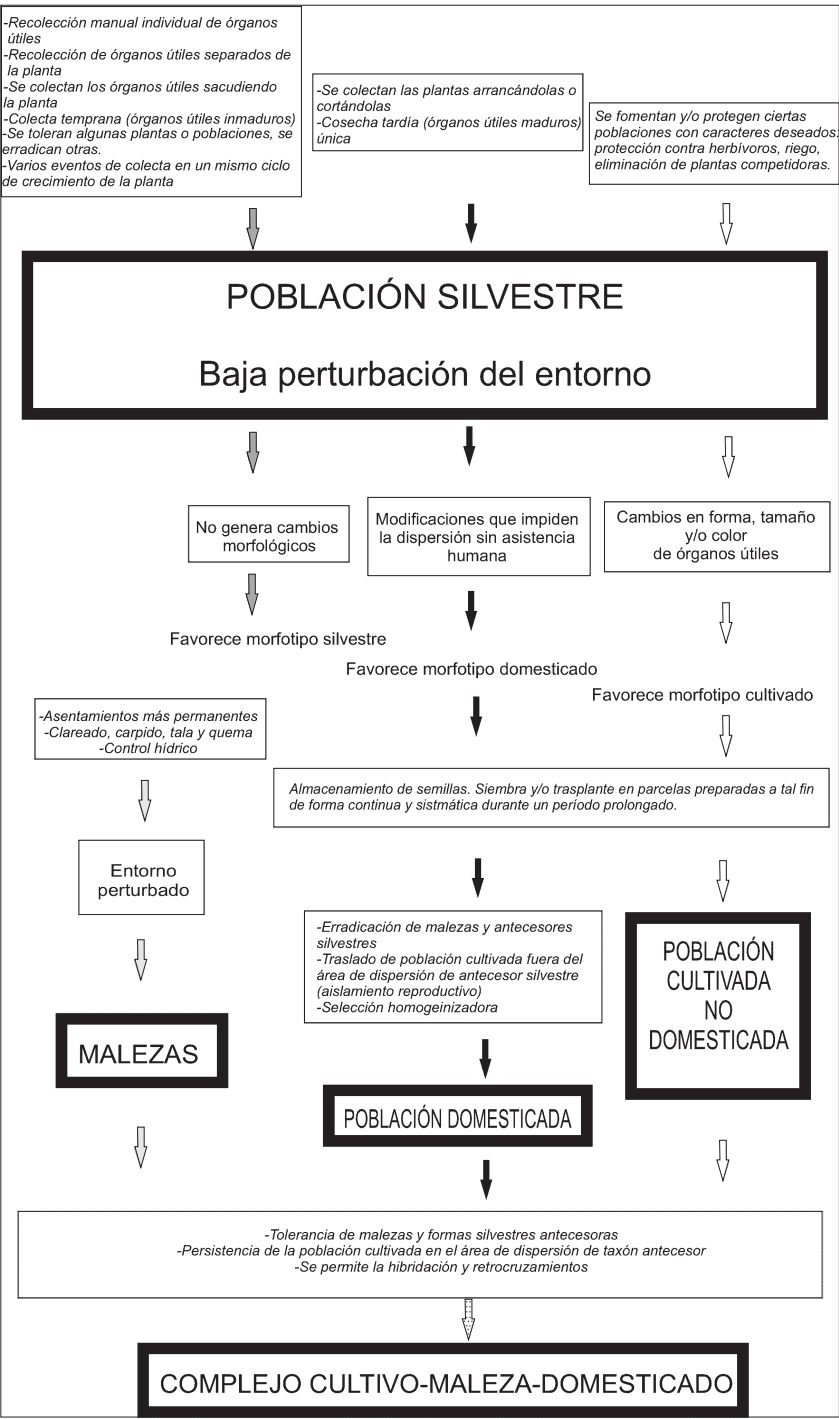


Figura 1. Prácticas de manejo y presiones selectivas que conducen a la conformación de comunidades vegetales con distinto grado de asociación con el Hombre. Nota: Las prácticas de manejo se encuentran descritas en letra cursiva. Las comunidades vegetales con distinto grado de asociación con el Hombre se encuentran en recuadros negros. Las flechas de distintos colores señalan distintas tendencias evolutivas de acuerdo con las presiones selectivas ejercidas por las diferentes prácticas.

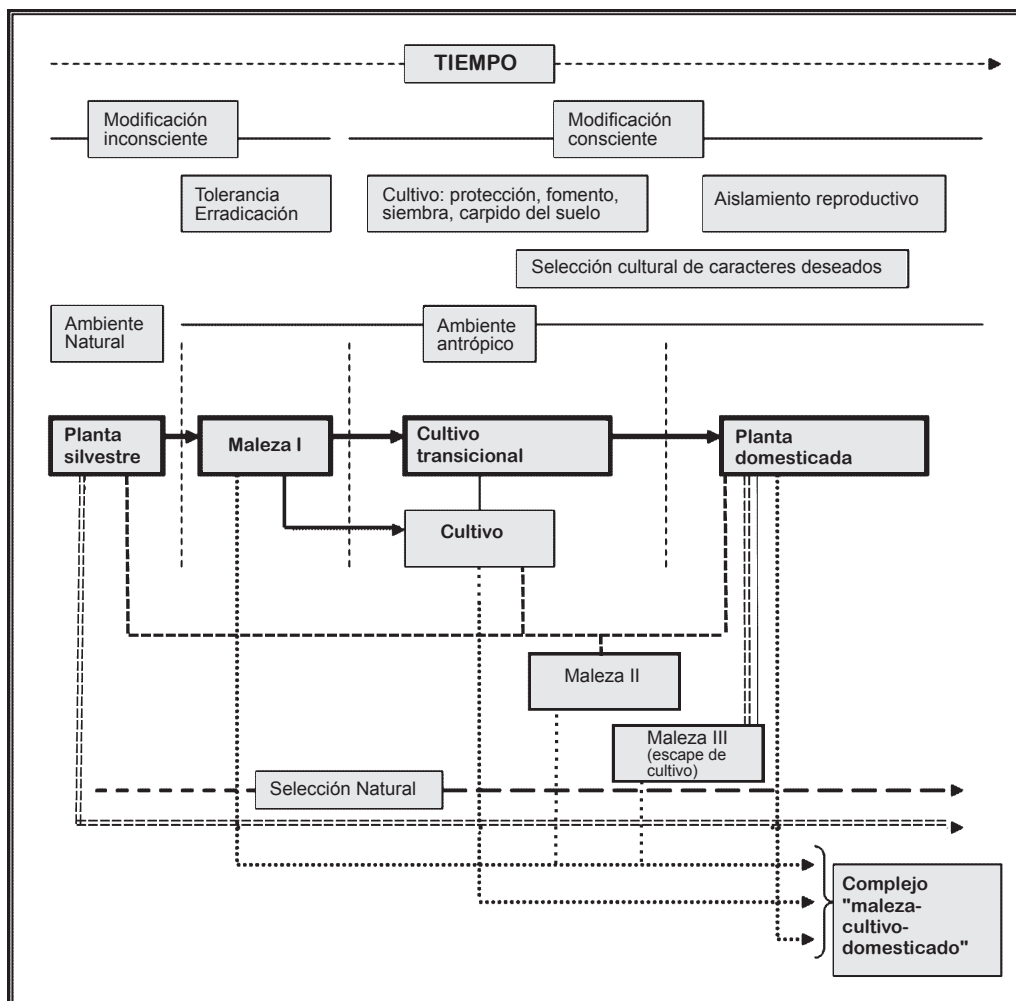


Figura 2. Transformaciones en el tiempo en la relación entre comunidades humanas y poblaciones vegetales hasta la obtención de plantas domesticadas y complejos "maleza-cultivo-domesticado".

presiones selectivas sobre mutantes de las poblaciones silvestres, principalmente el control sobre la reproducción (Geps 2005). A pesar de sus diferencias, todas las definiciones mencionan actos de cuidado intencionales y concientes, de ahí que algunos autores consideren que el cultivo es la primera forma de producción (Harris 1989; Casas 2001; Hather y Mason 2002). Sin embargo, para varios investigadores el acto crucial que identifica a la acción de cultivar es el plantar una semilla o propágulo en una situación distinta respecto a la original de la población silvestre (Ford 1979; Yernell 1983 en Smith 1985; Asch y Asch 1985; Hather y Mason 2002; Buxó y Piqué 2008). Aquí se opta por un criterio amplio, entendiendo al cultivo como todo acto deliberado de cuidado de una población vegetal, dado que la voluntad implicada en estas acciones reviste una diferencia crucial con los comportamientos de los cazadores recolectores, quienes no procuran de forma conciente generar cambios en las comunidades vegetales con las que se relacionan. En este punto se introduce un aspecto importante: así como la domesticación antecede -pero no conduce necesariamente- a la agricultura, lo mismo ocurre con el cultivo respecto de la primera. Por lo tanto, las plantas cultivadas pueden o no estar domesticadas, diferencia que radica en si dependen

o no de las comunidades humanas para reproducirse. En cuanto a las malezas, la diferencia radica en que las comunidades humanas no seleccionan rasgos específicos de las mismas, las que pueden permanecer en los ambientes antrópicos porque no son detectadas debido a su capacidad de mimetizarse con los cultivos, o bien porque, siendo reconocidas, son toleradas tal como menciona Harlan (1992). Otra alternativa es que sean erradicadas una vez detectada su presencia. Pero si las malezas comienzan a ser protegidas o alentadas pasarán a ser cultivos y si luego estas pierden su capacidad de reproducirse por sus propios medios, se convertirán en plantas domesticadas (Figura 1). Es por ello que algunos autores entienden que las malezas son las mejores candidatas para que se derivaran a partir de ellas plantas domesticadas (Hawkes 1969; Gremillion 1993; Weiss *et al* 2006). De todos los autores citados Ford (1979), Asch y Asch (1985), Hillman y Davies (1990) y Gepts (2005) consideran que las plantas bajo cultivo exhibirán cambios morfológicos y/o fisiológicos bajo presiones de selección. Gremillion (1997) define al cultivo como especies o poblaciones que son plantadas, cosechadas o manipuladas de la manera que sea, más allá de la existencia de un indicador morfológico de dicha relación. Buxó y Piqué (2008) consideran que el cultivo previo a la domesticación no generó cambios, siendo las plantas cultivadas morfológicamente silvestres, aunque su multiplicación se deba a la acción humana, de igual manera de Wet y Harlan (1975) y Harlan (1992) consideran que es posible cultivar plantas silvestres. Hillman y Davies (1990) (y en parte Harris 1989) advierten que el cultivo puede no resultar en la domesticación, dependiendo de las prácticas de manejo aplicadas por la gente en el pasado (Figura 1). Por ende, si deseamos identificar un cultivo que sí derivó en una forma domesticada, surge la difícil tarea de identificar formas cultivadas transicionales en el registro arqueológico.

Si las plantas domesticadas son también plantas cultivadas (Ford 1979), cabe preguntarse qué comportamientos son los que generan y mantienen poblaciones domesticadas. Para Higgs (1972) es la cría selectiva, para Ford (1985) la selección cultural, para Smith (2006) la siembra sostenida y deliberada de semillas almacenadas en una parcela destinada a tal efecto y para Farrington y Urry (1985) la protección de las plantas y su aislamiento. Se puede decir que el cultivo genera las presiones selectivas necesarias para que determinados morfotipos se manifiesten con cierta abundancia de manera tal que eventualmente puedan ser seleccionados por las poblaciones humanas, fijándolos a nivel poblacional mediante prácticas deliberadas y metódicas de siembra de semillas almacenadas, en las mismas parcelas de donde fueron cosechadas (Hillman y Davies 1990; Smith 2006) (Figura 1). Existen además factores que pueden retardar o impedir la domesticación como tasas elevadas de fecundación cruzada, alta introgresión con formas silvestres o malezas, y la persistencia de técnicas no conducentes a la domesticación (Hillman y Davies 1990) (Figura 1).

La figura 2 esquematiza las transformaciones en el tiempo en la relación entre comunidades humanas y poblaciones vegetales, siendo las prácticas de cultivo cruciales en el proceso que llevó a la aparición de plantas domesticadas. En las figuras 1 y 2 puede verse que, además de la sucesión temporal, existe también una contemporaneidad entre las plantas sujetas a distinto tipo de manipulación, las cuales suelen coexistir en los huertos de gran número de campesinos escasamente tecnificados de distintas partes del mundo. A la coexistencia en ambientes antrópicos de plantas con distinto grado de dependencia se le ha llamado complejos “*weed-weedy-crop*” (Beebe *et al.* 1997), el cual traducimos aquí como complejos “maleza-cultivo-domesticado” atendiendo a las definiciones dadas previamente a dichos términos.

METODOLOGÍA APLICADA PARA EL RECONOCIMIENTO DE MODOS DE RELACIÓN HUMANO – PLANTA EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL NOA

Si bien no desarrollaremos este aspecto *in extenso* aquí (ver para ello Lema 2009a), mencionaremos cuáles han sido las estrategias metodológicas desarrolladas para dar respuesta a los planteamientos teóricos previamente enunciados. Tomaremos como caso de análisis la domesti-

cación de *C. maxima* ssp. *maxima* (“zapallo criollo”) a partir de poblaciones de *C. maxima* ssp. *andreana* (Nee 1990; Decker Walters y Walters 2000; Sanjur *et al.* 2002). Los restos arqueológicos de *Cucurbita* sp. a analizar proceden de tres sitios arqueológicos del periodo Formativo temprano de la provincia de Salta: la localidad arqueológica de Pampa Grande, conformada por siete cuevas en la serranía de Guachipas con ocupaciones vinculadas a Candelaria III (González 1972; Baldini *et al.* 2003); el sitio a cielo abierto Puente sobre río La Viña I en el sector meridional del Valle de Lerma, con un fechado absoluto de 1440 ± 60 años AP (510 ± 60 d.C.), correspondiendo sus ocupaciones a la Fase La Viña (460-730 d.C.) (Escobar 2008) y el sitio Puente del Diablo/SSalLap20 en la cabecera norte de los Valles Calchaquies, cerca de la localidad de La Poma, con ocupaciones presumiblemente del Formativo temprano (Tarragó 1980; Lema 2009a)¹.

El primer paso consistió en un estudio pormenorizado de ambas subespecies, fundamentalmente de su diversidad morfológica, anatómica y biométrica en ejemplares modernos. Resulta crucial entender que las características de las poblaciones actuales de un taxón que es ancestral a otro domesticado no se pueden considerar acríticamente como las mismas que estuvieron en el pasado. Esto es debido a que dichos *taxa* continúan evolucionando luego de producirse la domesticación a partir de ellos, modificándose sus rasgos de acuerdo con las particularidades que su desarrollo evolutivo les fue imprimiendo (Harlan 1992). En el caso de *C. maxima* ssp. *andreana* la misma evolucionó como una subespecie espontánea con grados variables de asociación con su contraparte domesticada (la cual puede a su vez adquirir caracteres malezoides al escapar de cultivo y es interfertil con la subespecie *andreana*), por lo que hemos procedido de manera cautelosa al buscar formas “silvestres antecesoras” en el registro arqueológico por similitud con poblaciones contemporáneas (Lema 2009a). Analizamos distintas poblaciones de esta subespecie, de seis cultivares modernos y tradicionales de *C. maxima* ssp. *maxima* y de otros miembros del género susceptibles de ser encontrados en sitios arqueológicos del NOA (*C. ficifolia* y *C. moschata*) a fin de reconocer y caracterizar rasgos diagnósticos. También identificamos elementos diagnósticos que permitieran distinguir a estos *taxa* de *Lagenaria siceraria*, puesto que son de fácil confusión en macrorrestos arqueológicos. Los caracteres diagnósticos fueron morfológicos (macroscópicos), anatómicos (microscópicos), cualitativos y cuantitativos (biométricos) y se analizaron en los tres órganos comúnmente representados en los restos arqueobotánicos: semilla, pedúnculo y pericarpio. Realizamos además ensayos experimentales de carbonización para evaluar las modificaciones de los rasgos diagnósticos ante distintas condiciones de temperatura, tiempo y atmósfera (Wright 2003; Braadbaart *et al.* 2004).

PRÁCTICAS DE MANEJO IDENTIFICADAS EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DEL FORMATIVO SALTEÑO

Los resultados obtenidos del análisis de restos arqueológicos fueron por demás interesantes dado que nos permitieron detectar restos de ambas subespecies de *C. maxima*, ejemplares que exhibían caracteres métricos en posición intermedia entre los actuales de ambas subespecies (denominados intermedios) y otros que exhibían combinaciones de rasgos totalmente novedosas respecto a lo observado en las colecciones de referencia de ejemplares actuales (Tabla 1).

La combinación de abordajes de tipo macro y microscópico permitió no sólo la identificación taxonómica (Lema *et al.* 2008), sino también el reconocimiento de formas intermedias o novedosas que combinan rasgos presentes por separado en sus referentes actuales o que exhiben caracteres novedosos. En el caso de las semillas arqueológicas de los tres sitios analizados, identificadas como *C. aff maxima*, *C. maxima aff ssp maxima* o *C. maxima aff ssp andreana*, el análisis micro-morfológico de la cubierta seminal permitió la detección de rasgos que no estaban presentes en el material actual de referencia. El análisis macroscópico de las mismas y su comparación con el registro biométrico tomado en conjuntos de semillas actuales permitieron constatar que muchos

Tabla 1. Análisis de macrorestos del género *Cucurbita* hallados en sitios arqueológicos del Formativo temprano de la provincia de Salta.

Sitio	Órgano	Cantidad Estado	Método	Identificación taxonómica	Método	Identificación taxonómica
PG Los Aparejos	Semilla	9 enteras secas	Anatomía de la cubierta seminal, estudios cualitativos de los diversos tejidos que componen a la misma	<i>C. maxima</i> aff. ssp. <i>maxima</i> (9) Con caracteres novedosos (6)	Caracteres biométricos macroscópicos (largo y ancho aplicado sólo a ejemplares enteros)	<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (9)
PG El Litro		1 entera seca		<i>C. maxima</i> aff. ssp. <i>maxima</i>		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>
PG Caverna III		1 entera seca		<i>C. aff. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> o <i>moschata</i> Con caracteres novedosos		<i>C. aff. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (1) o <i>moschata</i>
Puente Río La Viña		3 enteras y 4 fragmentos carbonizadas		<i>C. maxima</i> aff. ssp. <i>maxima</i> (4), <i>C. aff. maxima</i> con caracteres novedosos (2), <i>C. maxima</i> aff. ssp. <i>andreaana</i> (1)		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (2) Intermedia (1)
SSaILap20		3 enteras secas		-		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (2) Intermedia (1)
PG Los Aparejos	Pericarpio	43 fragmentos secos	Anatomía, estudios cualitativos de los diversos tejidos que conforman el pericarpio	<i>C. maxima</i> ssp. <i>andreaana</i> (6) <i>C. maxima</i> aff. <i>C. maxima</i> ssp. <i>andreaana</i> (5) <i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (29) <i>Cucurbita</i> sp. (3)	Caracteres biométricos macroscópicos (espesor)	<i>C. maxima</i> ssp. <i>andreaana</i> (10) Intermedio (3) <i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (27)
PG El Litro		6 fragmentos secos		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (4) <i>Cucurbita</i> sp. (2)		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (4)
PG Caverna II		1 fragmento seco		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>
PG Los Aparejos	Pedúnculo	5 ejemplares secos	Morfología cualitativa externa	<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>	Caracteres biométricos macroscópicos (diámetro basal)	<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> cv <i>zapallito</i> (1) Intermedios (4)
PG El Litro		3 ejemplares secos		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> (2) <i>C. ficifolia</i> (1)		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> cv <i>zapallito</i> (1) Intermedio (1)
PG Caverna II		1 ejemplar seco		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i> cv <i>zapallito</i>
PG Caverna IV		1 ejemplar seco		<i>C. maxima</i> ssp. <i>maxima</i>		Intermedio

Nota: Los “intermedios” son respecto a caracteres métricos registrados en poblaciones actuales de ambas subespecies de *C. maxima*. En las identificaciones taxonómicas se ha aplicado el término *affinis* para indicar que el material observado correspondería al *taxón* mencionado o a uno cercano a éste, la imprecisión se debe a la falta de un número mayor de rasgos diagnósticos por problemas de conservación o bien a la presencia de combinaciones de caracteres no registrada en los ejemplares de referencia (carácter señalado como “novedoso” en la tabla). En las columnas de “identificación taxonómica” se señala entre paréntesis la cantidad de ejemplares que corresponden a la categoría (novedoso-intermedio) o *taxón* aludido.

de estos macrorrestos poseen combinación de caracteres de ambas subespecies actuales (el largo de ciertas semillas corresponde a la subespecie *maxima* y el ancho a *andreana*, por ejemplo) o valores intermedios entre ambas. En el estudio de la domesticación vegetal existen rasgos que permiten distinguir entre especies o variedades (vg. rasgos del margen y del extremo micropilar en el caso de las semillas de *Cucurbita* sp.), y rasgos que -a la vez que permiten esto- dan información acerca de criterios de selección y grados de asociación humano-planta en el pasado. Entre estos últimos se encuentran el tamaño de la semilla y la conformación de la cubierta seminal, los cuales pueden estar vinculados con la selección cultural tendiente a fijar caracteres deseados en semillas que se consumen, o bien ser el resultado de la adaptación de la planta a ambientes antrópicos, como se planteó en la sección precedente.

El análisis microscópico de los tejidos que constituyen al pericarpio permitió constatar la presencia de *C. maxima* ssp. *andreana* de manera fehaciente en el registro arqueológico del NOA (Lema 2009a). Estos restos se hallaron asociados a otros de *C. maxima* ssp. *maxima* y a posibles formas transicionales entre ambas subespecies, lo cual indica que no habría diferencias temporales entre los mismos, sino una posible coexistencia. Los ejemplares intermedios (Tabla 1) son pericarpios con valores de alto compartidos por la subespecie espontánea y domesticada de *C. maxima*. Los mismos no serían restos de poblaciones cultivadas transicionales en el sentido estricto de la palabra ya que no ocupan un lugar intermedio en un proceso de cambio, tratándose posiblemente de formas híbridas, malezoides o cultivadas no domesticadas. En este sentido resulta interesante la propuesta de Decker Walters y Walters (2000) de que ciertos cultivares podrían haberse desarrollado a partir de selecciones hechas sobre poblaciones de *C. maxima* ssp. *andreana* con cierto grado de introgresión con la subespecie domesticada.

Los restos de pericarpios de *C. maxima* ssp. *maxima* de Pampa Grande exhiben una gran diversidad morfológica, indicando la existencia de diversos morfotipos que, probablemente, estén representando distintos cultivares. Se identificaron frutos tanto de pericarpio duro como suave. Los primeros -representados por ejemplares de mayor espesor y lignificación de sus tejidos constitutivos- habrían tenido mayor capacidad de perdurar en el tiempo y serían aptos para ser empleados como recipientes, lo cual es sugerido también por la presencia de hollín, orificios de suspensión, rasgos de formatización y de absorción de residuos en los fragmentos estudiados. Los segundos habrían sido seleccionados para su consumo al ser más palatables. La variabilidad en los restos de frutos de *C. maxima* ssp. *maxima* de Pampa Grande se encuentra evidenciada además por la presencia de pericarpios lisos, lobulados, con o sin verrugas y de colores diversos. Los ejemplares lobulados, lignificados y con verrugas se asemejan al cultivar *zipinka*, propio de la región del NOA (Millán 1947).

No existen, hasta el momento, pedúnculos de *C. maxima* ssp. *andreana* arqueológicamente reportados, por lo cual no se puede seguir el camino evolutivo que habría llevado de un pedúnculo delgado, fibroso y caduco -como el que exhiben las poblaciones actuales de dicha subespecie- a uno engrosado, corchoso y persistente, propio de una especie domesticada que ha perdido la capacidad de dispersarse por sí sola. Los pedúnculos recuperados en Pampa Grande poseen también valores intermedios entre *C. maxima* ssp. *maxima* y *C. maxima* ssp. *andreana*. Los mismos proceden de los mismos contextos que los pericarpios identificados como *C. maxima* ssp. *andreana*, sugiriendo nuevamente formas malezoides, híbridas o cultivadas no domesticadas. Los restantes pedúnculos indican frutos de *C. maxima* ssp. *maxima* de pequeño tamaño como los del cultivar *zapallito*, propio del territorio chaqueño argentino (Millán 1947).

DISCUSIÓN DE LOS RESULTADOS OBTENIDOS TRAS LA APLICACIÓN DEL ABORDAJE PALEOETNOBOTÁNICO A LOS CASOS ANALIZADOS

Las ocupaciones humanas en la localidad arqueológica de Pampa Grande fueron asignadas al 500 - 600 d.C. por la presencia de cerámica Candelaria III, siguiendo la periodificación original

de Heredia (Baldini *et al.* 2003). Efectuamos un fechado radiocarbónico por AMS sobre los restos identificados como *C. maxima* ssp. *andreana*, el cual arrojó una edad radiocarbónica convencional de 1720 ± 50 años AP (AA82783) correspondiente a una edad calibrada de entre el 259 y 433 d.C. (1 sigma) (Lema 2009a). Si bien se reconoce la necesidad de efectuar más fechados para ajustar la cronología de dicha localidad, los restos recuperados en las diferentes cuevas sugieren cierta contemporaneidad (Baldini *et al.* 2003). Por lo tanto se asume, de manera preliminar, que los restos arqueobotánicos de la subespecie domesticadas (*C. maxima* ssp. *maxima*), de distintos cultivares, de la subespecie espontánea (*C. maxima* ssp. *andreana*) y los ejemplares híbridos, malezoides o cultivados no domesticados asociados contextualmente entre sí, serían contemporáneos y representarían complejos maleza-cultivo-domesticado.

La presencia de estos complejos sugiere que las estrategias seguidas por las sociedades del formativo salteño fue la de favorecer la diversidad. El control sobre las poblaciones de *Cucurbita* fue moderado, estableciéndose posiblemente un aislamiento reproductivo parcial que permitió la generación de formas deseadas de zapallos domesticados, a la vez que formas híbridas. En el caso de estas últimas, algunas habrían sido alentadas al poseer caracteres deseados convirtiéndose en cultivos tras su siembra sistemática, otras erradicadas por presentar rasgos considerados nocivos (vg. colocintina, Nee 1990), en tanto que aquellas que carecieran de uno u otro tipo de carácter habrían sido toleradas, convirtiéndose eventualmente en malezas. Si bien desde perspectivas más lineales esta clase de manejo y selección podría entenderse como un factor retardador de la domesticación plena (Hillman y Davies 1990), aquí se entiende como una estrategia de manejo particular, donde prima la heterogeneidad de prácticas, de modos de relación y de asociaciones vegetales.

El análisis integral del registro arqueobotánico demostró ser una vía importante para lograr un panorama acabado de la diversidad que puede haber en un mismo sitio arqueológico. Estudiar los distintos órganos (o partes de órganos) correspondientes a un mismo taxón aportó en gran medida al entendimiento de las prácticas de manejo de las poblaciones vegetales en el pasado que, de lo contrario, habrían permanecido ocultas. De esta manera entendimos que la diversidad presente en los complejos maleza-cultivo-domesticada se encuentra asociada también a los distintos usos dados a las cucurbitas. Esta diversidad nos sugirió que, al menos en Pampa Grande, la estrategia productiva habría sido de carácter hortícola más que agrícola. La importancia de los huertos en el estudio de la temprana domesticación vegetal fue señalada por Harris (1989) pero, en el caso de la arqueología del NOA, su presencia no ha sido explorada aún a nivel arqueológico. Los estudios etnobotánicos señalan que los huertos están caracterizados por una alta heterogeneidad taxonómica y por la puesta en práctica de diversos modos de interacción humano-planta (Harris 1989; Vogl *et al.* 2002). Son además espacios dinámicos en el tiempo, donde tiene lugar la experimentación de prácticas novedosas y el empleo de nuevos *taxa* por parte de la unidad doméstica (Lema 2006). La diversidad taxonómica y de prácticas de manejo que evidencian los restos arqueobotánicos analizados aquí, sugieren a los huertos como los espacios donde dicha heterogeneidad pudo haberse manifestado y a la horticultura como la estrategia productiva que favoreció dicha diversidad.

CONCLUSIONES: LA DOMESTICACIÓN COMO FENÓMENO EN SÍ MISMO

La distinción conceptual clave que han hecho etnobotánicos y paleoetnobotánicos entendiendo que puede haber cultivo sin domesticación, aunque no ocurra lo inverso, llevó a que las sociedades ya no fueran entendidas como cazadoras recolectoras o productoras en un sentido taxativo. Este cambio de enfoque donde las distintas actividades (como recolección o cultivo) implican solamente prácticas de subsistencia y no sistemas más abarcativos (la recolección se refiere al uso de plantas silvestres, ya sea que esta relación se dé en una sociedad cazadora recolectora o en una agricultora,

por ejemplo) llevó a superar la dicotomía artificiosa entre cazadores-recolectores/agricultores y a visualizar mejor la transición histórica entre ambos (Hather y Mason 2002). En estos modelos la otrora correlación directa entre domesticación y agricultura ya no existe, dado que los cambios inducidos por las prácticas humanas generan diversidad de formas y comunidades vegetales (silvestres, cultivadas no domesticadas, cultivadas domesticadas y malezas) según las presiones selectivas que operen en cada caso.

Si bien resultan innegables las repercusiones que tuvieron los primeros procesos de domesticación en general, ya que marcaron el inicio del mayor impacto a nivel histórico del Hombre sobre su ambiente (Smith 2001), estudiar los procesos en los cuales tienen lugar las distintas formas de manejo del entorno vegetal provoca una nueva perspectiva de análisis. Lo que esta nueva mirada nos ha permitido es reconocer una diversidad simultánea de prácticas referidas al entorno vegetal, que difiere de aquellas miradas de corte más dicotómico o dualista que reflexionan en términos de silvestre-domesticado, cazador recolector-agricultor, productor- no productor, autóctono-alóctono. La identificación hacia el Formativo temprano de este conjunto diverso de prácticas referidas al entorno vegetal: domesticación, recolección, cultivo sin domesticación, tolerancia, selección no homogeneizadora, erradicación y protección, relativiza la idea de buscar el “paso a” o la “adopción de” modos de vida agrícolas. En definitiva, el interés por la domesticación como fenómeno en sí surge de nuestras propias ideas acerca de las formas en que la naturaleza puede ser aprehendida, fundamentalmente como legado de la tradición judeo-cristiana e iluminista que vincula al Hombre con el control de la naturaleza. Así como las sociedades nativas actuales nos enseñan, el registro arqueológico nos sugiere que quizá deberíamos desentronizar a la domesticación como fenómeno y colocarla en el panteón de las prácticas de manejo del entorno vegetal que toda sociedad posee.

Fecha de recepción: 22/12/2009.

Fecha de aceptación: 27/05/2010.

AGRADECIMIENTOS

A mis directoras, M. Lelia Pochettino y Aylén Capparelli por brindarme la capacitación y formación necesarias para realizar este trabajo, a los evaluadores por sus oportunas sugerencias, al Dr. A. Rex González por brindarme todo su apoyo en el estudio de la colección de Pampa Grande, a la Lic. M. D. Arenas por guiarme en el registro de dicha colección y por darme acceso a sus libretas de campo del sitio SSaLap20 y al Lic. J.M. Escobar por permitirme el acceso a sus informes inéditos sobre excavaciones en el Valle de Lerma. A las autoridades y personal técnico del Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz de Cachi, Salta. Las investigaciones aquí presentadas fueron financiadas por distintas instituciones públicas (ANPCYT, CONICET, UNLP). La autora se hace responsable exclusiva del contenido de este artículo.

NOTAS

1. Un fechado AMS sobre uno de los entierros humanos de esta cueva arroja una edad radiocarbónica convencional de 9960 ± 90 años AP (AA82782). Este fechado resulta sumamente importante ya que ubicaría a las ocupaciones de Puente del Diablo como las más tempranas de los Valles Calchaquies. Tiestos de cerámica monocroma gris asociada a restos de *Cucurbita* sp., sugieren ocupaciones posteriores correspondientes al formativo temprano, dada su similitud con la recuperada por Tarragó (1996) en el sitio próximo de Campo Colorado.

BIBLIOGRAFÍA

Albeck, María Ester

2000. La vida agraria en los Andes del Sur. En M. Tarragó (dir.), *Nueva Historia argentina*. Tomo I: *Los pueblos originarios y la conquista: 187-229*. Buenos Aires, Sudamericana.

Alcorn, Janis

1995. Economic Botany, Conservation and Development: what's the connection. *Annals of the Missouri Botanical Garden* 82 (1): 34-46.

Aldenderfer, Mark (ed.)

2009. Rethinking the Origins of Agriculture. *Current Anthropology* 50(5): 585-751.

Asch, David y Nancy Asch

1985. Prehistoric plant cultivation in West-Central Illinois. *Anthropological Papers* 75: 149-204.

Balée, William

1988. Historical ecology: premises and postulates. En W. Balée (ed.), *Advances in historical ecology*: 13-29. Nueva York, Columbia University Press.

Babot, María del Pilar

2004. Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste prehispánico. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.

Baldini, Marta, Elvira Baffi, María T. Salaberry y María F. Torres

2003. Candelaria: una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de Las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dto. Guachitas, Salta, Argentina). En G. Ortiz y B. Ventura (eds.), *La mitad verde del mundo andino. Investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*: 131-151. San Salvador de Jujuy, Facultad de Historia y Ciencias Sociales-Universidad Nacional de Jujuy.

Balick, Michael

1996. Transforming Ethnobotany for the new millenium. *Annals of the Missouri Botanical Garden* 83(1): 58-66.

Bate, Felipe

1998. *Proceso de investigación en arqueología*. Barcelona, Crítica.

Bates, David

1985. Plant utilization: patterns and prospects. *Economic Botany* 39: 241-265.

Beebe, Stephen, Orlando Toro, Alma González, María Chacón y Daniel Debouck

1997. Wild-weedy-crop complexes of common bean (*Phaseolus vulgaris* L., Fabaceae) in the Andes of Peru and Colombia, and their implications for conservation and breeding. *Genetic resources and crop evolution* 44: 73-91.

Braadbaart, Freek, John Boon, Hector Veld, Peter David y Paul van Bergen

2004. Laboratory simulations of the transformation of peas as a result of heat treatment: changes of the physical and chemical properties. *Journal of Archaeological Science* 31: 821-833.

Brücher, Ollie y Heinz Berglund-Brücher

1976. The South American wild bean (*Phaseolus aborigineus* Burk.) as ancestor of the common bean. *Economic botany* 30: 257-272.

Buxó, Ramón y Raquel Piqué

2008. *Arqueobotánica. Los usos de las plantas en la península Ibérica*. Barcelona, Ariel.

Casas, Alejandro

2001. Silvicultura y domesticación de plantas en Mesoamérica. En B. Rendón Aguilar, S. Rebollar Domínguez, J. Caballero Nieto y M.A. Martínez Alfaro (eds.), *Plantas, cultura y sociedad. Estudio sobre la relación entre seres humanos y plantas en los albores del siglo XXI*: 123-158. México, U.N.A.M-S.M.A.R.N.yP.

Clement, Charles

1999. 1492 and the loss of Amazonian crop genetic resources. I. The relation between domestication and human population decline. *Economic Botany* 53: 188-202.

Cotton, Catherine

1995. *Ethnobotany: principles and applications*. Londres, John Willey and Sons.

Cutler, Hugh y Thomas Whitaker

1961. History and distribution of the cultivated cucurbits in the Americas. *American Antiquity* 26 (4): 469-485.

Chase, Adam

1989. Domestication and domestic culture in northern Australia: a social perspective. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming. The evolution of plant exploitation*: 42-53. Londres, Unwin Hyman.

De Wet, John y Jack Harlan

1975. Weeds and domesticates: evolution in the man-made habitat. *Economic Botany* 29: 99-107.

Decker Walters, Dina y Thomas Walters

2000. "Squash". En K.F. Kiple, K.C. Ornelas (eds.), *The Cambridge World History of food* 1: 335-350. Cambridge, Cambridge University Press.

Escobar, José María

2008. *Periodo formativo inferior del Valle de Salta (Salta, Argentina) Una interpretación*. Buenos Aires, Terminal Gráfica.

Farrington, Ian y James Urry

1985. Food and the early history of cultivation. *Journal of Ethnobiology* 5(2): 143-157.

Fernández Distel, Alicia

1975. Restos vegetales de etapa arcaica en yacimientos del NO de la República Argentina (pcia. de Jujuy). *Etnia* 22: 11-24.

Ford, Richard

1979. Paleoethnobotany in American Archaeology. En M. Schiffer (ed.), *Advances in archaeological method and theory* 2: 285-336. Nueva York, Academic Press.

1985a. The processes of plant food production in prehistoric north America. *Anthropological papers* 75: 1-18.

1985b. Patterns of prehistoric food production in North America. *Anthropological Papers* 75: 341-364.

Fosberg, Raymond

1948. Economic Botany. A modern concept of its scope. *Economic Botany* 2(1): 3-14.

Fuller, Dorian

2007. Contrasting patterns in crop domestication and domestication rates: recent archaeobotanical insights from the Old World. *Annals of Botany* 100: 903-924.

Gándara, Manuel

1987. Hacia una teoría de la observación en arqueología. *Boletín de Antropología Americana* 15: 17-25.

Garnelo, Luiza

2007. Cosmology, environment, and health: Baniwa food myths and rituals *História, Ciências, Saúde-Manguinhos* 14-supplement: 191-212.

Gepts, Paul

2005. Introduction of transgenic crops in centers of origin and domestication. En D. L. Kleinman, A. J. Kinchy y J. Handelsman (eds.), *Controversies in science and technology. From maize to menopause*: 119-134. Wisconsin, The University of Wisconsin Press.

Gnecco, Cristobal y Javier Aceituno

2004. Poblamiento temprano y espacios antropogénicos en el norte de Sudamérica. *Complutum* 15: 151-164.

González, Alberto Rex

1972. Descubrimientos arqueológicos en la serranía de "Las Pirguas" (Provincia de Salta). *Revista de la Universidad U.N.L.P* 12: 389-392.

Gould, Stephen Jay

1980. *El pulgar del panda*. Madrid, Hyspamérica.

Gremillion, Kristen

1996. Diffusion and adoption of crops in evolutionary perspective. *Journal of Anthropological Archaeology* 15: 183-204.
1997. Introducción. En K. Gremillion (ed.), *People, plantas and landscapes. Studies in paleoethnobotany*: 1-5. Tuscaloosa, Alabama Press.

Gremillion, Kristen y Dolores Piperno

2009. Human behavioral ecology, phenotypic (developmental) plasticity and agricultural origins. *Current Anthropology* 50 (5): 615-619.

Haber, Alejandro

1999. Uywaña, the house and its indoor landscape: oblique approaches to, and beyond, domestication. En C. Gosden y J. Hather (eds.), *The prehistory of food. Appetits for change*. One World Archaeology 32: 97-123.
2006. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenio d.C.* Córdoba, Universitas Libros.

Hallam, Sylvia

1989. Plant usage and management in southwest Australian aboriginal societies. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming, the evolution of plant exploitation*: 136-151. Londres, Unwin Hyman.

Harlan, Jack

1992. *Crops and man*. Nueva York, American Society of Agronomy.

Harris, David

1989. An evolutionary continuum of people-plan interaction. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming. The evolution of plan exploitation*: 11-26. Londres, Unwin Hyman.

Harris, David y Gordon Hillman (eds.)

1989. *Foraging and Farming. The evolution of plan exploitation*. Londres, Unwin Hyman.

Hather, Jon y Sarah Mason

2002. Introduction: some issues in the archaeobotany of hunter-gatherers. En S. Mason y J. Hather (eds.), *Hunter-gatherer archaeobotany. Perspectives from the northern temperate zone*: 1-14. Londres, Institute of archaeology, University College.

Higgs, Eric (ed.)

1972. *Papers in economic prehistory*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hillman, Gordon

1984. Interpretation of archaeological plant remains: the application of ethnographic models from Turkey En W. Van Zeist & W. Casparie (eds.), *Plant and ancient man. Studies in palaeoethnobotany*: 1-41. A. Rotterdam-Boston, Balkema.

Hillman, Gordon y Michael Stuart Davies

1990. Measured domestication rates in wild wheats and barley under primitive cultivation, and their archaeological implications. *Journal of World Prehistory* 4 (2): 157-222.

Hillman, Gordon y Michelle Wollstonecroft

2009. Evolutionary trends in human eating behaviours: food processing and niche expansion. Trabajo presentado en el V Congreso Internacional de Etnobotánica. Bariloche, Argentina.

Hodder, Ian

1991. *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Madrid, Crítica.

Hurrell, Julio

1987. Las posibilidades de la etnobotánica y un nuevo enfoque a partir de la ecología y su propuesta cibernética. *Revista Española de Antropología Americana* 17: 235-258.

Ingold, Tim

2001. El forrajero óptimo y el hombre económico En P. Descola y G. Pálsson (eds.), *Naturaleza y Sociedad: perspectivas antropológicas*: 37-59. Mexico DF, Siglo XXI.

Iriarte, José

2009. Narrowing the gap. Exploring the diversity of early food-production economies in the Americas. *Current Anthropology* 50 (5): 677-680.

Jones, Volney

1941. The Nature and Status of Ethnobotany. *Chronica Botanica* VI (10): 219-221.

Kennett, Douglas y Bruce Winterhalder (eds.)

2006. *Behavioral ecology and the transition to agriculture*. Berkley, University of California Press.

Korstanje, Alejandra y María del Pilar Babot

2005. Microfossils characterization from South Andean economic plants. En M. Madella y D. Zurro (eds.), *Plants, people and places*: 41-72. Londres, Oxbow books.

Krapovickas, Antonio y Walton Gregory

1994. Taxonomía del género *Arachis* (Leguminosae). *Bonplandia* VIII 1-4: 1-186.

Lema, Verónica

2006. Huertos de altura: el manejo humano de especies vegetales en la puna argentina. *Revista de Antropología* XII: 173-186.
2008. ¿De qué hablamos cuando hablamos de domesticación vegetal en el NOA? Revisión de antiguas propuestas bajo nuevos abordajes teóricos. En S. Archila, M. Giovannetti y V. Lema (comps.), *Arqueobotánica y teoría arqueológica. Discusiones desde Suramérica*: 97-126 Bogotá, UNIANDES-CESO.

- 2009a. Domesticación vegetal y grados de dependencia ser humano-planta en el desarrollo cultural prehispánico del noroeste argentino. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- 2009b. Criterios de selección en los procesos de manipulación vegetal: el potencial de la información etnobotánica en la interpretación de restos arqueobotánicos de *Cucurbita* sp. *Darwiniana* 47 (1): 35-55.
- Lema, Verónica, Aylén Capparelli y María Lelia Pochettino
2008. Taxonomic identification of *Cucurbita* species through seed coat micromorphology: implications for dry and carbonized archaeobotanical remains. *Vegetation History and archaeobotany* 17 (Suppl. 1): 277-286.
- León, José
1968. *Botánica de los cultivos tropicales*. San José de Costa Rica, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.
- Luna-Morales, Cesar
2002. Ciencia, conocimiento tradicional y etnobotánica. *Etnobiología* 2: 120-135.
- Millán, Roberto
1947. Los zapallitos de tronco de Sudamérica extratropical. *Darwiniana* VII(3): 333-345.
- Muscio, Hernán
1998-1999. Tendencias en la variabilidad ambiental de la Puna argentina: implicancias para la ecología humana prehistórica y para los paisajes arqueológicos. *Cuadernos del INAPL* 18: 271-296.
- Nazarea, Virginia
1998. *Cultural memory and biodiversity*. Tucson, the University of Arizona Press.
- Nee, Michael
1990. The domestication of *Cucurbita* (Cucurbitaceae). *Economic Botany* 44 (3) Supplement: Bretting (ed.) *New perspectives on the origin and evolution of New World domesticated plants*: 56-68.
- Núñez Regueiro, Víctor
1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5: 169-190.
- Olivera, Daniel
1992. Tecnología y estrategias de adaptación en el Formativo (Agro-alfarero temprano) de la Puna meridional argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Catamarca, R.A.). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata, La Plata.
- Oliszewski, Nurit
2004. Utilización de recursos vegetales en Campo del Pucará (Andalgalá, Catamarca) durante el período formativo (200- 500 DC). Análisis de macrorrestos. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo. Universidad Nacional de Tucumán.
- Pearsall, Deborah
1989. Adaptation of prehistoric hunter-gatherers to the high Andes: the changing role of plant resources. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming. The evolution of plant exploitation*: 318-334. Londres, Unwin Hyman.
2008. Plant domestication and the shift to agriculture in the Andes En H. Silverman y W. Isbell (eds.), *The handbook of South American Archaeology*: 105-120. Nueva York, Springer.
2009. Investigating the transition to agriculture. *Current Anthropology* 50 (5): 609-613.
- Piperno, Dolores
1989. Non-affluent foragers: resource availability, seasonal shortages, and the emergence of agriculture

- in Panamanian tropical forest. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming. The evolution of plant exploitation*: 538-551. Londres, Unwin Hyman.
- Piperno, Dolores y Deborah Pearsall
1998. *The origins of agriculture in lowland tropics*. San Diego, Academic Press.
- Plotnicov, Leonard y Richard Scaglione (eds.)
1999. *Consequences of cultive diffusion*. Ethnology monographs N° 17. Pittsburgh, Department of Anthropology. University of Pittsburgh.
- Pochettino, María Lelia y María Cristina Scattolin
1991. Identificación y significado de frutos y semillas carbonizados de sitios arqueológicos formativos de la ladera occidental del Aconquija (Catamarca, Republica Argentina). *Revista del Museo de La Plata IX* (71): 169-181.
- Politis, Gustavo
1996. Moving to Produce: Nukak Mobility and Settlement Patterns in Amazonia. *World Archaeology* 27(3): 492-511.
1999. Plant exploitation among the Nukak hunter-gatherers of Amazonia: between ecology and ideology. En C. Gosden y J. Hather (eds.), *The prehistory of food. Appetites for change*. One World Archaeology 32: 97-123. Londres y Nueva York, Routledge.
- Politis, Gustavo, Gustavo Martínez y Julián Rodríguez
1997. Caza, recolección y pesca como estrategia de explotación de recursos en forestas tropicales lluviosas: los Nukak de la amazonia colombiana. *Revista Española de Antropología Americana* 27: 167-197.
- Raffino, Rodolfo
1976. Las aldeas del Formativo inferior de la Quebrada del Toro. En *Obra del Centenario del Museo de La Plata II*: 253-297. La Plata, Museo de Ciencias Naturales.
- Rindos, David
1980. Simbiosis, instability, and the origins and spread of agriculture: a new model. *Current Anthropology*, 12(16): 751-773.
1984. *The origins of agriculture: an evolutionary perspective*. Nueva York, Academic Press.
- Sanjurjo, Oris, Dolores Piperno, Thomas Andres y Linda Wessel-Beaver
2002. Phylogenetic relationships among domesticated and wild species of *Cucurbita* (Cucurbitaceae) inferred from a mitochondrial gene: Implications for crop plant evolution and areas of origin. *PNAS* 99 (1): 535-540.
- Seeland, Klaus
1997. Indigenous knowledge of trees and forests in non-European societies. En K. Seeland (ed.), *Nature is culture*: 102-112. Londres, Intermediate technology Publications.
- Smith, Bruce
1985. The role of *Chenopodium* as a domesticate in pre-maize garden systems of the eastern United States. *Southeastern archaeology* 41 (1): 51-72.
2001. Documenting plant domestication: the consilience of biological and archaeological approaches. *PNAS* 98 (4): 1324-1326.
2006. Documenting domestication in plants in the archaeological record. En M. Zeder, E. Emshwiller, D. Bradley, B. Smith (eds.), *Documenting domestication: new genetic and archaeological paradigms*: 15-24. Berkeley, University of California Press.
2007. Niche construction and the behavioural context of plant and animal domestication. *Evolutionary Anthropology* 16: 188-199.

Sthapit, Bhuwon, Pratap Shrestha, Madhu Subedi y Fernando Castillo-González

2000. Mass selection: a low-cost, widely applicable method for local crop improvement in Nepal and México. En E. Friis-Hansen y B. Sthapit (eds.), *Participatory approaches to the conservation and use of plant genetic resources*: 111-116. Dinamarca, IPGRI Centre for development research.

Tarragó, Myriam

1980. El proceso de agriculturización en el noroeste argentino, zona Valliserrana, y sus relaciones con zonas vecinas. Trabajo presentado en el V Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Juan, Argentina.
1996. El formativo en el noroeste argentino y el alto Valle Calchaquí. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XXIII (1/4):103-164.

Toledo, Víctor

2002. Ethnoecology. A conceptual framework for the study of indigenous knowledge of nature. En J. Stepp, F. Wyndham y R. Zarker (eds.), *Ethnobiology and biocultural diversity*: 511-522. Athens, Georgia, International Society of Ethnobiology.

Vogl, Christian, Brigitte Vogl-Lukasser y Javier Caballero

2002. Homegardens of Maya Migrants in the District of Palenque, Chiapas, México. En J. Stepp, F. Wyndham y R. Zarger (eds.), *Ethnobiology and biocultural diversity*: 631-647. Athens, Georgia, International Society of Ethnobiology.

Wetterstrom, Wilma

1978. Cognitive systems, food patterns and paleoethnobotany. *Anthropological Papers* 67: 81-95.

Winterhalder, Bruce y Carol Goland

1997. An evolutionary ecology perspective on diet choice, risk and plant domestication. En K. Gremillion (ed.), *People, plants and landscapes. Studies in paleoethnobotany*: 108-123. Tuscaloosa, Alabama Press.

Wright, Patti

2003. Preservation or destruction of plant remains by carbonization? *Journal of Archaeological Science* 30: 577-583.

Yacobaccio, Hugo

2007. Complejidad social, especialización y domesticación de camélidos en cazadores recolectores Surandinos. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 305-315. Buenos Aires, Artes Gráficas Buschi.

Yacobaccio, Hugo y Alejandra Korstanje

2007. Los procesos de domesticación vegetal y animal. Un aporte a la discusión argentina en los últimos 70 años. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXII: 191-215.

Yen, Dorothy

1989. The domestication of environment. En D. Harris y G. Hillman (eds.), *Foraging and Farming. The evolution of plant exploitation*: 55-72. Londres, Unwin Hyman.

Zeder, Melinda, Daniel Bradley, Eve Emshwiller y Bruce Smith (eds.)

2006. *Documenting domestication. New genetic and archaeological paradigms*. Berkley, University of California Press.

Zohary, Daniel

2004. Unconscious selection and the evolution of domesticated plants. *Economic Botany* 58 (1): 5-10.

ESTRATEGIAS DE SUBSISTENCIA DE LAS JEFATURAS INDIGENAS DEL SIGLO XVIII. ZOOARQUEOLOGIA DE LA LOCALIDAD ARQUEOLOGICA AMALIA (TANDILIA ORIENTAL)

Diana L. Mazzanti y Carlos A. Quintana*

“... cada Indio junta, y mantiene su buena tropa, ó manada de Caballos mansos. Comen la carne asi de estos, como de los Baguales. Tal vez es tan abundante la Caza, que del Cavallo solamente comen las costillas, lomos y espaldar; lo demás queda para los Perros” (Sánchez Labrador 1936: 35).

RESUMEN

Se analiza el registro zooarqueológico de los sitios 1, 3 y 4 de la localidad arqueológica postconquista Amalia (siglo XVIII), ubicada en el extremo oriental de las sierras de Tandilia. Se propone una estrategia de subsistencia de carácter doméstico vinculada al circuito comercial de manejo de ganado a gran escala entre la pampa y Chile. Se identificaron dos componentes de la fauna explotada: el uso principal de especies exóticas (vaca y caballo) y el complemento de especies silvestres cazadas o recolectadas. El registro analizado es singular debido a que se trata de un asentamiento indígena postconquista en situación de autonomía política.

Palabras clave: zooarqueología - arqueología postconquista - región pampeana.

ABSTRACT

The zooarchaeological record of the sites 1, 3 and 4 of the postconquest archaeological locality Amalia (XVIII century) of the Eastern edge of Tandilia Range is analyzed. A large scale domestic character subsistence strategy linked to the commercial circuit of livestock management between the Pampas and Chile is proposed. Two components of the exploited fauna were identified: the main use of exotic species (cow and horse); complemented with the hunting or gathering of wild species. The analyzed record is singular because it is an indigenous postconquest settlement in a situation of political autonomy.

Key words: zooarchaeology - postconquest archaeology - pampean region.

* Laboratorio de Arqueología. Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: arqueolab@gmail.com.

INTRODUCCIÓN

Durante más de 300 años las llanuras y sierras pampeanas se constituyeron en el centro principal de abastecimiento de ganado vacuno y caballar destinado al consumo y al comercio intra e interétnico. Estas nuevas especies incorporadas al ecosistema pampeano por el proceso colonial europeo se adaptaron ventajosamente a las condiciones ambientales de esta región. El relieve del terreno de Tandilia oriental se caracteriza por cerros aislados y macizos mesetiformes con valles y cimas planas que se elevan sobre la planicie pampeana. Estos microambientes con abundancia de pasturas naturales y fuentes de agua permanentes se constituyeron en sectores privilegiados para la subsistencia de las extensas manadas de ganado europeo que se criaron en esta área, ya sea como ganado cimarrón o bajo el cuidado y control por parte de los grupos de indígenas del período colonial (Mazzanti 1993, 2007). Estas condiciones ambientales y biológicas estimularon y favorecieron la conformación de un núcleo económico de tipo pecuario por parte de los indígenas. Algunas evidencias arqueológicas de la infraestructura económica se manifiestan a través de un tipo de arquitectura monumental que conservó estructuras construidas con pircas, distribuidas a lo largo de los sistemas serranos de Tandilia y Ventania en adyacencias a recursos naturales imprescindibles para la ganadería (Madrid 1991; Mazzanti 1993, 2007; Ferrer y Pedrotta 2006).

Por otra parte, historiadores y antropólogos (Mandrini 1985; Palermo 1986, 2000; Mandrini y Ortelli 2002; Nacuzzi 1996, entre otros) llamaron la atención sobre la importancia de la agricultura, ganadería y el comercio en la economía indígena desde los primeros siglos de contacto. La movilidad ecuestre facilitó la integración económica de redes sociales extensas que hicieron circular numerosos bienes de origen europeo o indígena. La particularidad que adquirió la movilidad ecuestre en las sociedades indígenas favoreció y estimuló redes antiguas de intercambios e interacciones sociales sobre un territorio extenso, el cual llegó a unir a estas llanuras y sierras orientales pampeanas con aquéllas de la región trasandina (Araucanía) (Mazzanti 2007).

Es necesario considerar que, por lo menos desde el período colonial, muchos de los grupos indígenas de la región pampeana no se conformaban como sociedades cazadoras-recolectoras, sino en organizaciones socio-políticas jerarquizadas internamente, con acumulación de riqueza y con surgimiento de líderes étnicos institucionalizados por herencia (caciques). Estas jefaturas segmentales expresaron de modos singulares sus estrategias culturales para resolver las tensiones político-ideológicas que comprometían sus territorios y su etnicidad. Boccara (1996, 2003) es uno de los primeros en llamar la atención sobre el proceso de etnogénesis de estas organizaciones que, a partir del siglo XVIII y para el caso de estudio, comenzaron a autodenominarse mapuches (Mazzanti 2007).

La complejidad de los cambios sociales, económicos e ideológicos en los pueblos del cono sur americano, que en épocas prehispánicas se conformaron como sociedades cazadoras-recolectoras complejas, demostró que las transformaciones en sus modos de vida fueron de gran magnitud y rapidez tras las nuevas relaciones sociales implicadas en la situación colonial. En este contexto, en las sierras orientales de Tandilia (Figura 1) fue posible hallar evidencias arqueológicas y relacionarlas con información documental, que señala la presencia de un nodo económico relevante durante el siglo XVIII, con asentamientos indígenas indicativos de las nuevas estrategias económicas de carácter pecuario. El hallazgo y análisis de varias estructuras pircadas (corrales) y de la localidad arqueológica Amalia validó algunos de los aspectos implicados en los nuevos modos de subsistencia que caracterizaron a esas jefaturas ecuestres (Mazzanti 1993, 2007). Éstas fueron las sociedades indígenas que las fuentes escritas señalan como agentes activos en intercambios y pactos con la sociedad hispano-criolla colonial y quienes, además, desplegaron estrategias de etnicidad y defensa de su territorialidad. En general este tema fue poco abordado por la arqueología pampeana, lo cual comenzó a revertirse en los últimos años con el inicio de una serie de investigaciones originales (Berón 2005; Pedrotta 2006; Curtoni 2007; Mazzanti 2007; Tapia 2008).

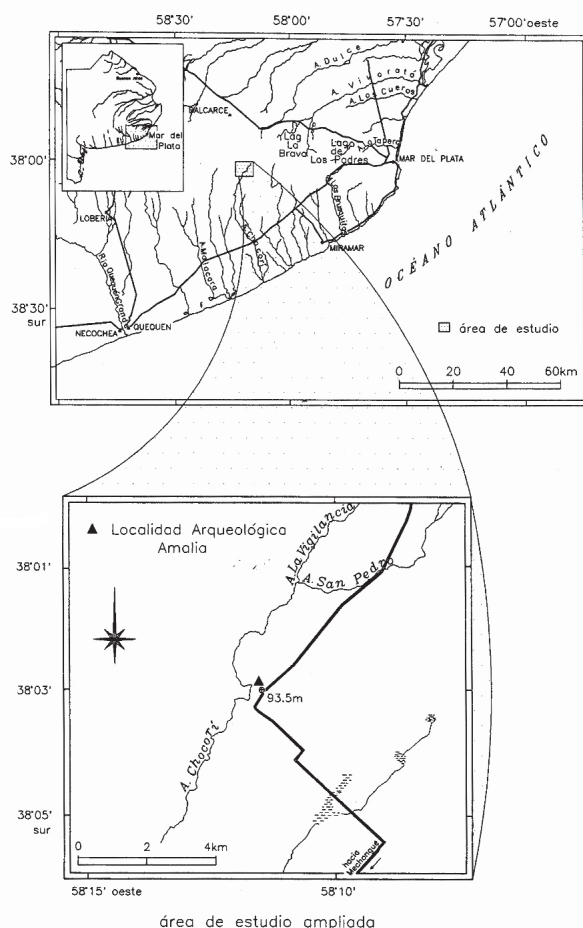


Figura 1. Ubicación geográfica de la Localidad Arqueológica Amalia en las sierras orientales de Tandilia.

Con la intención de avanzar sobre esta línea este trabajo se aborda puntualmente el registro arqueofaunístico de varios de los sitios que componen la localidad mencionada, considerada como un asentamiento doméstico de referencia para el período tratado (Mazzanti 2007) (Figura 1). Los sitios que la forman se localizan en ambientes diversos, tales como un pequeño cerrito, una loma y la ribera de un arroyo adyacente, en algunos de los cuales las condiciones físicas y químicas de los depósitos sedimentarios favorecieron la conservación de materiales faunísticos. Estos materiales asociados a numerosos restos arqueológicos (lítico, cerámica, pigmentos, bienes de origen europeo, etc.) se utilizaron para cotejar la función de cada uno de los sitios y comprender el modo de complementariedad que existió en la resolución de las prácticas domésticas y simbólicas producidas por las unidades domésticas indígenas que habitaron ese paraje.

La cronología obtenida a partir de fechados y materiales industriales señalan que las actividades se llevaron a cabo durante la segunda mitad del siglo XVIII (Mazzanti 2007). Este gran asentamiento de carácter semipermanente o de utilización recurrente por grupos indígenas dedicados a la actividad pecuaria y comercial, presenta un registro significativo sobre uso de recursos faunísticos del período, el cual, por su carácter de asentamiento doméstico, permitió conocer cuáles fueron las actividades de subsistencia que llevaron a cabo las jefaturas indígenas en esta porción oriental de la región pampeana.

METODOLOGÍA

La identificación de los restos óseos se efectuó utilizando caracteres diagnósticos y material óseo actual como referencia para las comparaciones anatómicas. Los restos de aves, excepto *Rhea americana*, se encuentran en proceso de identificación. El material estudiado está depositado en la colección científica del Laboratorio de Arqueología de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Se aplicaron los siguientes parámetros de descripción de abundancia taxonómica: Número de Especímenes Identificados por Taxón (NISP) (Payne 1975) y Número Mínimo de Individuos identificados por taxón (MNI). El MNI basado en restos óseos se calculó considerando la lateralidad y el estado etario, en función de que la muestra no requirió de otras estrategias más complejas. Para el cálculo del MNI de huevos de ñandú se tomó la propuesta de Quintana (2008) basada en los parámetros estadísticos del peso de 90 huevos actuales de una misma población (vacíos y con la cáscara completa), aplicando el modelo 2 de regresión (Sokal y Rohlf 1969). Se calculó la tendencia de la ecuación lineal $Y = 86,39 \cdot X + a$ aplicando el método de cuadrados mínimos, cuyos valores proyectaron la recta que representa mejor a la mayor cantidad posible de puntos. La cuantificación de las astillas de hueso no identificables anatómica o taxonómicamente se efectuó en categorías de 10 milímetros de longitud; no se incluyeron huesos menores a 2 milímetros ni fragmentos de cáscaras de huevo.

El uso antrópico de los animales representados en el registro arqueológico de los sitios de la localidad arqueológica Amalia fue determinado mediante la búsqueda de evidencias en sus huesos que validen la existencia de una interacción entre esos restos y las sociedades que los utilizaron. Se examinaron las superficies de la totalidad de los restos óseos recuperados, buscando huellas de filos de instrumentos como consecuencia de acciones de procesamiento de los animales. La identificación de esas trazas como producto de la acción humana se basó en los criterios discutidos por diversos autores (ver una síntesis en Lyman 1994). Para la búsqueda y caracterización de huellas de corte se utilizó una lupa triocular de hasta 45 aumentos y en los casos definidos, además, se registraron imágenes digitales con una cámara Motic 2000 adosada a esa lupa. Las fracturas antrópicas se identificaron siguiendo el criterio de Johnson (1985), Lyman (1994) y Villa y Mahieu (1991).

Las especies que carecieron de evidencias de manipulación antrópica claras, como las mencionadas más arriba, fueron descartadas del conjunto incorporado a la subsistencia. Las mismas se consideran intrusivas a la ocupación indígena cuya presencia puede ser atribuida a procesos naturales (Lyman 1994; Stahl 1996).

LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS Y LOS MATERIALES FAUNÍSTICOS

De los cinco sitios que componen esta localidad (Mazzanti 2007), tres (sitios 1, 3 y 4) presentan registro de fauna, siendo el sitio 4 el más rico en cantidad y calidad de evidencias. También se hallaron restos faunísticos en el depósito superficial del sitio 2 con estado de conservación deficitario, valorados como intrusivos y que por lo tanto, no fueron considerados en asociación al contexto posconquista.

Sitio 1 (estructuras pircadas)

Se localiza en la pendiente media-superior del cerrito y se compone de un corral y un pequeño parapeto adyacente (Mazzanti 2007) (Figura 2). Ambos fueron construidos con bloques de piedras (pircas) de diversos tamaños obtenidos en las inmediaciones. La estructura de mayor

tamaño es un corral cuya construcción se efectuó mediante cerramientos de rocas intercalados entre grandes bloques de ortocuarcitas hasta delimitar un recinto ovalado (24 x 11 metros). La segunda estructura es pequeña, no conservó depósitos sedimentarios y fue construida con pircas sobrepuestas generando una planta de forma de U (3 x 2,5 metros). Se efectuaron sondeos en el interior y en el exterior del recinto de mayor tamaño para determinar los niveles de carbono, nitrógeno y fósforo, identificándose el incremento de estos elementos entre los horizontes A y B del muestreo interior, lo que relacionamos con el efecto de las deyecciones del ganado encerrado. Las excavaciones realizadas en dos áreas dentro del corral, denominadas A-C (6 m²) y B (4 m²) presentaron contextos estratigráficos con indicadores de utilización de fauna exótica en una de las dos áreas (cuadrícula B), asociada a escasos restos arqueológicos (cerámica y lítico). Los restos relevados en las cuadrículas A-C se consideraron intrusivos a la ocupación indígena debido a que se presentaron muy superficiales, asociados a restos de vidrio moderno, fueron muy escasos, fragmentarios y de organismos muy pequeñas, de modo que no se pudieron atribuir a ningún taxón.

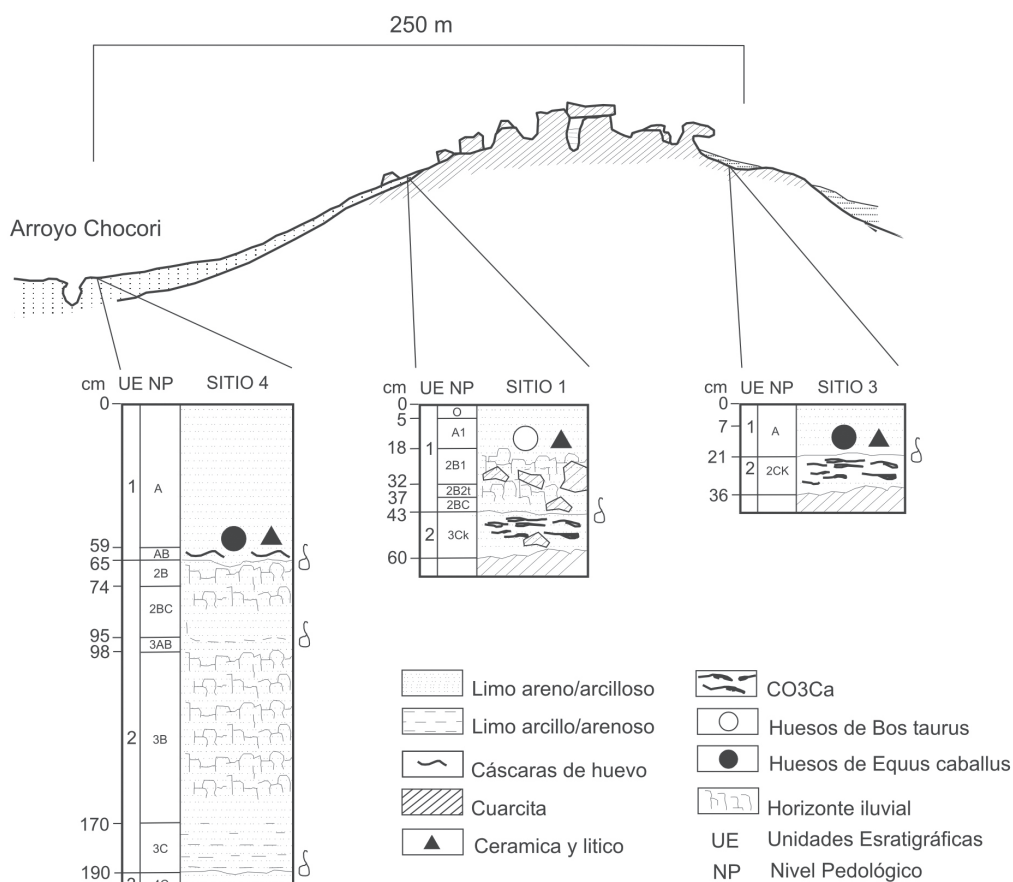


Figura 2. Esquema topográfico del cerro que ocupa la Localidad Arqueológica Amalia y perfiles estratigráficos de los sitios 1, 3 y 4 (tomado y modificado de Martínez *et al.* 2004).

La muestra faunística de la cuadrícula B tiene buena calidad de preservación, lo que permitió identificar fracturas posdeposicionales que, en general, son longitudinales al eje axial del hueso y que en algunos casos ocasionaron la compresión del hueso sobre sí mismo. No se

registraron manchas de manganeso como en otras áreas de la localidad. Las superficies corticales se encuentran en buen estado, con evidencias de alteraciones producto de la exposición en superficie (descamaciones) en sólo seis elementos. Las marcas de ácidos radiculares son escasas, distribuidas en muy baja densidad y poco profundas. Sólo en un caso se identificó una marca de tipo ranurado ocasionada por un carnívoro (costilla de vaca N° 291), la cual se dispone sobre una huella de corte. En algunas costillas de vaca las marcas de raíces se superponen sobre huellas de raspado o corte. Esta muestra es homogénea en sus propiedades físicas como color, alteraciones, características de la superficie, tamaño de la carcasa, etc. excepto un elemento correspondiente a un roedor. A continuación se describen los taxones recuperados:

Bos taurus, vaca (MNI= 1, NISP= 74)

Los fragmentos óseos recuperados corresponden a un ejemplar juvenil con partes anatómicas de diversos sectores de la carcasa (Tabla 1). Los restos no identificables anatómicamente (44, ver Tabla 1) se consideran pertenecientes a la misma carcasa debido a que presentan un aspecto y tamaño equivalentes al resto de los huesos de esta especie y se hallaron en la misma concentración de los huesos identificados. Su edad relativa se pudo determinar en función de que las epífisis de las falanges se hallaron sin fusionar y desarticuladas, mientras que las costillas presentan extremidades distales finas y sin hueso cortical. En los fragmentos de costilla (N° 278, 291 y 293 y 263) se identificaron huellas de corte y de raspado, todas producidas por filos líticos (Figura 3).

Tabla 1. Elementos recuperados de *Bos taurus* en el sitio 1 de la Localidad Arqueológica Amalia.

Elementos	NISP
Tarsianos	4
Carpianos	8
Falange I	3
Falange III	1
Falange indeterminada	1
Sesamoides	6
Fíbula, epífisis distal	2
Metapodio, epífisis distal	3
Incisivos	2
Fragmentos de costillas	40
Calcáneo	2
Vértebra lumbar	1
Vértebra indeterminada	1
No identificables	44

Myocastor coypus, coypu (MNI= 1, NISP= 1)

Se trata de un húmero (N° 288) asociado a los huesos de vaca, que presenta roídos en el margen del proceso deltoideo, un hoyo similar al ocasionado por carnívoros y dos huellas de corte

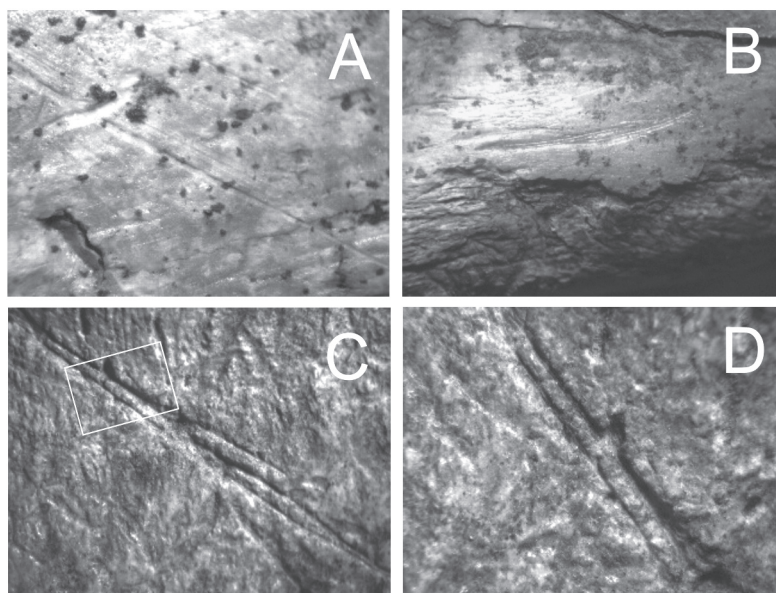


Figura 3. Huellas de corte. Sitio 1: A. *Bos taurus*, costilla N° 293 (lítico), 10x; B. *Myocastor coypus*, húmero N° 288 (lítico), 10x. Sitio 4; C. *Equus caballus*, vértebra N° 78 (metal), 7x; D. Detalle de la vista anterior, 15x.

realizado por un filo lítico en la base de la epífisis (Figura 3). Su presencia dentro de la estructura de piedra y a una distancia de 200 m del cauce del arroyo Chocorí lo caracteriza como una presa, probablemente capturada y trasladada a este sector del cerro.

El registro faunístico descrito muestra el procesamiento de una especie exótica (vaca) introducida en tiempos coloniales y de fauna silvestre propia al paraje.

Sitio 3 (cielo abierto)

Se ubica sobre la pendiente del sector noroeste del cerrito, a cielo abierto y contiguo a un alero con registro arqueológico prehispánico (Figura 2). El área excavada en el sector abierto fue de 6 m² y permitió identificar depósitos en estratigrafía que muestran procesos erosivos posiblemente derivados de su orientación hacia los vientos predominantes. Se diferenciaron dos unidades aloestratigráficas y dos edafoestratigráficas (Martínez *et al.* 2004). Los materiales arqueológicos (cerámica posconquista y lítico) se hallaron en asociación a restos faunísticos de dos especies introducidas (*Equus caballus* y *Canis familiaris*).

Equus caballus, caballo (MNI= 1, NISP= 26)

Se trata de restos de un ejemplar juvenil con un pobre estado de preservación causado por los factores arriba mencionados. Los restos no identificables anatómicamente (6, ver Tabla 2) se consideran pertenecientes a la misma carcasa debido a que presentan un aspecto, alteraciones y tamaño equivalentes al resto de los huesos de esta especie. La mayor alteración se debe a la desfoliación de la superficie cortical y a las fracturas posdeposicionales. Todos los huesos están

incompletos e impactados por ácidos radicales y por hoyos de disolución. Algunos ejemplares presentan fracturas sagitales y transversales que facilitaron la compresión del hueso sobre sí mismo. Esta situación impidió el análisis de rasgos de procesamiento.

Tabla 2. Elementos recuperados de *Equus caballus* del sitio 3 de la Localidad Arqueológica Amalia.

Elementos	NISP
Fragmentos de costilla	10
Vértebra torácica	2
Vértebra lumbar	1
Fragmentos de vértebras indeterminadas	6
Húmero, epífisis distal	2
Oléocranon	1
Astrágalo	1
Falange distal (ungueal)	1
Diáfisis de hueso largo indeterminado	2
Indeterminados	6

Canis familiaris, perro (MNI= 1, NISP= 2)

Un ejemplar de perro fue identificado a partir de los dos molares secodontes inferiores (m1), hallados asociados a los restos del caballo. Estos molares, uno completo y el otro fragmentado, se disponían fuera de restos mandibulares.

El estado de preservación deficitario de las superficies corticales de los huesos de caballo impidió identificar huellas de cortes u otras evidencias de manipulación. Los huesos registrados (Tabla 2), la asociación y su tamaño relativo permiten inferir que los restos pertenecen a un único ejemplar. La ausencia de evidencias de explotación antrópica no permite incorporar a este caballo al conjunto explotado. Sin embargo, su posición estratigráfica y su asociación con cerámica acanalada son consistentes con la ocupación posconquista relevada también en los sitios 2 y 4. La presencia del perro es coincidente con el registro de esta especie en tiempos posconquista y concordante con los numerosos comentarios de crónicas que destacan el rol de este animal en las tolderías.

Sitio 4 (Arroyo Chocorí)

Se localizó en la rivera izquierda del Arroyo Chocorí; se trata de un curso permanente que drena la llanura de norte a sur con un diseño sinuoso a meandriforme por tramos, su cauce corre a 150 m al oeste del cerro y frente al sitio 1 (Figura 2). Se estima que el sitio 4 ocupa una superficie mínima de unos 200 m de largo y con el arroyo como eje del asentamiento. En su margen se observa una secuencia clásica compuesta por depósitos fluviales, lacustres y eólicos parcialmente modificados por pedogenésis. En este sitio se identificaron tres unidades aloestratigráficas y ocho horizontes pedológicos (Martínez *et al.* 2004). Las excavaciones se efectuaron en dos áreas con-

tiguas sobre la barranca que, por su contenido faunístico fueron denominadas: Área del Caballo y Área del Ñandú. Los restos óseos se presentaron en asociación con fragmentos de cerámica, lítico y áreas de combustión. Ambos sectores excavados están separados por unos 10 metros delimitados por el borde de la barranca y un paso del ganado actual que abreve en el arroyo.

Área del Caballo

Comprende un sector de la barranca donde se excavaron 24 m² con excelente integridad estratigráfica derivada de la profundidad establecida en 0,50 m para la ocupación humana, por lo que la actividad agropecuaria no disturbó el depósito arqueológico. Se recuperó una rama mandibular y gran parte del esqueleto poscraneano de un primer ejemplar de caballo (el más adulto) y una rama mandibular y un fragmento de húmero de otro (el más joven). El estado de preservación es bueno y muchos elementos se presentaron articulados, principalmente vértebras y costillas. También se registraron restos de un armadillo y de aves pequeñas, junto a algunos pocos fragmentos de cáscaras de huevos de ñandú.

Equus caballus, caballo (MNI= 2, NISP= 85)

Ejemplar 1

Se trata de una mandíbula de la que se preservó la rama derecha, la serie dentaria i1-i2-i3; c1; p1-p2-dp3-m1-m2, y un fragmento de la rama izquierda. También se conservaron molariformes sueltos que corresponden a la serie premolar izquierda completa, más el dp2 y dos molares superiores (Figura 4) y se registraron casi todas las partes del esqueleto poscraneano (Tabla 3). El estado de conservación es bueno y se identificaron alteraciones naturales y antrópicas. Por la diferencia etaria entre este ejemplar y el siguiente, se atribuyó la mayoría del poscráneo a este individuo.

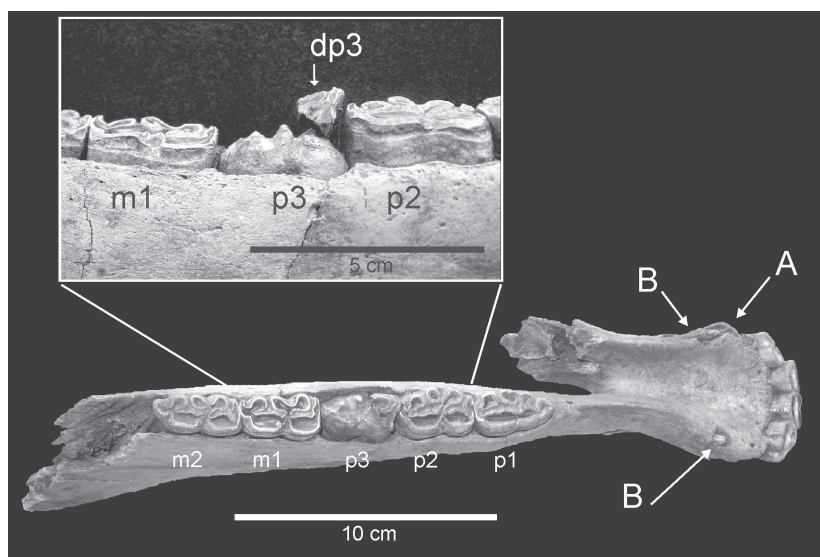


Figura 4. Rama mandibular del ejemplar 1 de *Equus caballus* del Sitio 4. A. i3 en su alvéolo, sin desgaste; B. caninos en sus alvéolos, sin desgaste. Nótese el p3 sin erupcionar y todavía con un fragmento del dp3.

Tabla 3. Elementos recuperados (NISP) de los dos ejemplares de *Equus caballus* del sitio 4 de la Localidad Arqueológica Amalia. El ejemplar 2 se compone de elementos recuperados de ambas áreas de excavación.

Elementos	Ejemplar 1	Ejemplar 2
Rama mandibular derecha	1	1
Proceso coronoides de rama mandibular	1	-
Incisivo	1	-
Premolares inferiores izquierdos	3	1
Premolar deciduo inferior derecho dp1	-	1
Premolar deciduo inferior izquierdo dp2	1	-
Molares superiores	2	3
Falange proximal	1	-
Falange media	1	-
Vértebra torácica	17	-
Vértebra lumbar	6	-
Discos intervertebrales	6	-
Costillas enteras	9	-
Costillas fragmentos	19	5
Rama pélvica	3	1
Radioulna, epífisis distal	1	-
Radio	1	-
Ulna	1	-
Navicular	1	-
Carpiano	1	-
Rótula	1	-
Fémur, diáfisis	1	-
Fémur, cabeza	1	1
Fémur, trocánter	-	1
Húmero, epífisis distal	-	1
Húmero, epífisis proximal	-	1
Fíbula, epífisis proximal	-	1
Tarsiano III	-	1
Tarsiano IV	-	1
Metatatarso II, epífisis proximal	-	1
Metatatarso IV, epífisis proximal	-	1

Indicadores etarios

Incisivos: la serie completa se encuentra erupcionada, pero el i3 de ambos lados todavía está en el alvéolo siendo observable sólo por el deterioro de ese sector de la mandíbula; ambos i3 carecen de desgaste (Figura 4). El tercer incisivo erupciona hacia los cuatro años y medio, mientras que el i2 lo hace a los tres años y medio (Ali 1995).

Caninos: Los dos caninos son visibles y se encuentran dentro del alvéolo, es decir no erupcionaron, lo cual ocurre también a los cuatro años (Ali 1995). La ausencia de desgaste evidencia que, en vida, estaban ocultos por los tejidos blandos (Figura 4) y su presencia revela que se trata de un macho.

Molariformes: la serie premolar y molar derecha se conservó completa, excepto el m3. Los premolares 1 y 2 definitivos (p1 y p2) están erupcionados y con desgaste (Figura 4). El dp3 se presenta fracturado y a punto de caer; se observa claramente el p3 por debajo. La misma situación ocurre con la serie premolar izquierda que se encontró fuera de la rama mandibular. La pérdida del dp3 ocurre a los tres años y medio (Ali 1995), mientras que la erupción del p2 es a los dos años y medio, pero en este ejemplar esta pieza dentaria ya estaba en uso durante un tiempo considerable, según lo indica el desgaste. La relación entre datos de erupción de incisivos, premolares y caninos permite proponer una edad estimada entre tres años como mínimo y tres años y medio como máximo.

Alteraciones Antrópicas: se hallaron pocas piezas con evidencias de manipulación en las superficies óseas:

- vértebra torácica N° 78: se encuentra en el lado derecho del cuerpo vertebral, es un conjunto de varias trazas finas de sección en forma de V, sin estrías en su interior y que se observan a simple vista (Figura 3).

- vértebra lumbar N° 79: en el lado derecho del proceso articular anterior se identificó dorsalmente una huella de corte; se trata de un rasgo largo y muy fino de sección en forma de V cuyo interior carece de estrías.

Ejemplar 2

Corresponde a un fragmento de la rama mandibular derecha que preservó algunos dientes y unas pocas láminas de hueso del cuerpo mandibular que incluye al proceso angular (Figura 5, Tabla 3). También se halló asociado un resto distal de húmero.

Indicadores etarios

Molariformes: se encuentra presente la serie p1-dp2-dp3; el estado de la pieza permite observar con claridad los p2 y p3 sin erupcionar por debajo (Figura 5). El p1 está recién erupcionado sin verificarse desgaste, ya que todavía no se formó una corona plana ni se erosionaron las cúspides dentales. La edad se estima en dos años en función de la reciente pérdida del dp1 (Ali 1995).

Rhea americana, ñandú (MNI= 1, peso= 5 g)

Se trata de un conjunto de sólo cinco fragmentos de cáscaras de huevo, posiblemente asociadas a la actividad del área contigua.

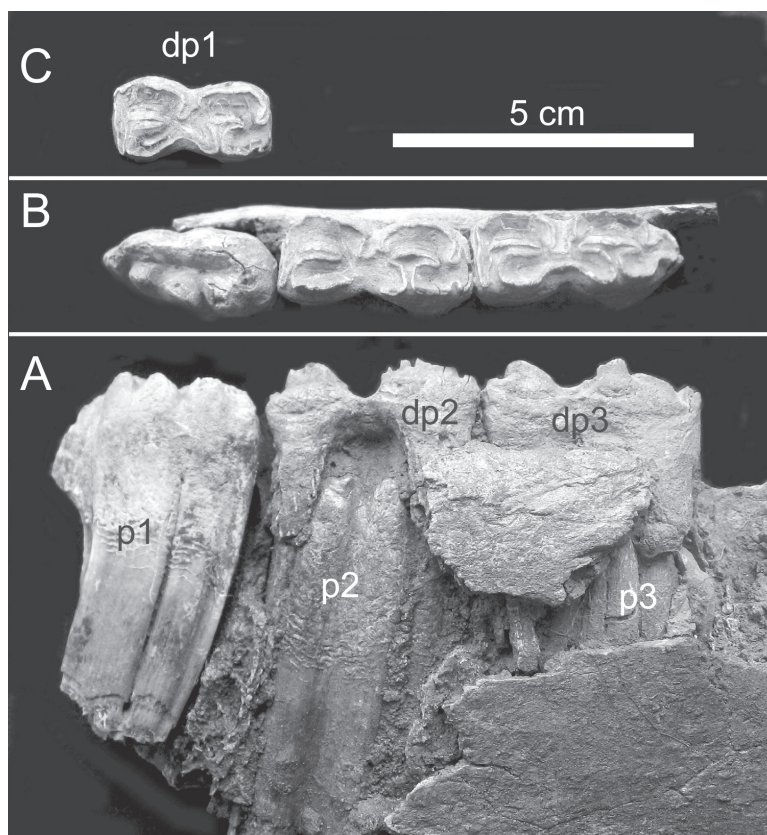


Figura 5. Rama mandibular derecha del ejemplar 2 de *Equus caballus* del Sitio 4. A. Vista interna, los molares definitivos se encuentran por debajo de los deciduos; B. Vista oclusal, nótese el p1 sin desgaste; C. dp1 obtenido del área contigua y asignado a esta rama mandibular.

Chaetophractus villosus, peludo (MNI= 1, NISP= 4)

Los restos de este armadillo consisten en huesos del miembro posterior (astrágalo, calcáneo, navicular y una falange). No se identificaron evidencias de su manipulación y se considera que es posible que estos huesos provengan de la actividad del área contigua o sean de origen natural.

Ave indeterminada, (MNI= 1, NISP= 1)

Se halló un fragmento distal de húmero de un ave pequeña ingresado al sitio de modo natural.

La preservación de los huesos depositados en este sector es de mejor calidad que la registrada en el área siguiente. Las alteraciones naturales identificadas ocurrieron principalmente luego del enterramiento; no se identificaron modificaciones producto de la exposición en superficie, mientras que el impacto de mordeduras de animales es insignificante. Algunos indicios de mordeduras de carnívoros se observaron en dos vértebras torácicas: N° 80: un hoyo en la espina neural con una marca asociada de arrastre del diente; N° 08: un hoyo en la espina neural y marcas de arrastre de dientes del tipo ranurado; y en el fragmento de hueso largo N° 09 marcas de arrastre.

Todos los huesos presentan marcas de disolución producidas por ácidos radiculares y la mayoría tiene fracturas posdepositacionales (89,28%). Las marcas de raíces raramente afectan a la totalidad de la superficie cortical y en ningún caso son muy profundas ni alteran la anatomía del hueso; mayormente están dispersas y son poco profundas (53,57%). Más de la mitad de los huesos presentan sutiles inclusiones de manganeso (68%). En tanto, las astillas son escasas (N = 19) (Figura 6), predominando los tamaños entre 2 y 5 centímetros, ya que la muestra se compone principalmente de elementos reconocibles anatómicamente. Hay otros indicios de que el registro de este sector sufrió pocas alteraciones, como son los conjuntos de vértebras torácicas articuladas con costillas o grupos de huesos relacionados anatómicamente (costillas, vértebras cervicales o huesos de la pelvis). No se registraron huesos expuestos al fuego.

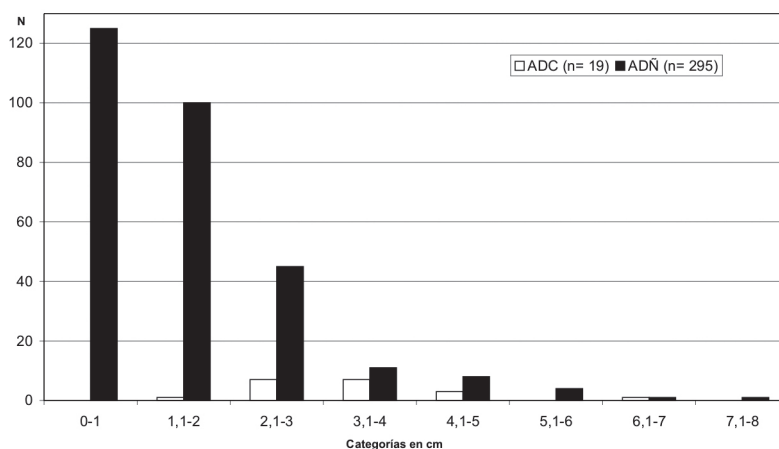


Figura 6. Diversidad del tamaño de las astillas óseas no identificables del sitio 4 de la Localidad Arqueológica Amalia. ADC: Área del Caballo; ADÑ: Área del Ñandú.

Área del Ñandú

Comprende un sector excavado de 33 m², que contextualmente posee una característica notable expresada por la presencia de una amplia superficie compuesta por miles de fragmentos de cáscaras de huevo de ñandú sobre la que se distribuyen restos faunísticos, materiales arqueológicos y áreas de combustión. Una datación por carbono 14 sobre una muestra de esas cáscaras estableció una edad radiocarbónica de 225 ± 60 años AP (LP-772), la cual es considerada como referencia general al período posconquista, debido al tipo de material procesado (cáscaras de huevo) y a los límites confiables del método.

El registro faunístico se complementa con hallazgos de restos óseos pertenecientes a una diversidad mayor de especies que la registrada en el área anterior. Las identificadas pudieron ser discriminadas en dos conjuntos bien definidos según su modo antrópico o natural de ingreso al sitio.

Especies ingresadas al sitio por factores culturales:

Equus caballus, caballo (MNI= 1, NISP= 18)

Se trata de huesos poscraneanos y de dientes correspondientes a un animal juvenil (Figura 7, Tabla 3). La presencia de un premolar deciduo inferior (dp1) (Figura 5) sugiere una edad de dos

años, lo que se corresponde con la talla de los huesos poscraneanos que acompañan esta muestra. El estado de conservación en general es bueno, indicado además por un conjunto formado por un tarso incompleto semi articulado compuesto por dos fragmentos proximales de metatarsianos II y IV y los tarsianos III y IV (Figura 7).

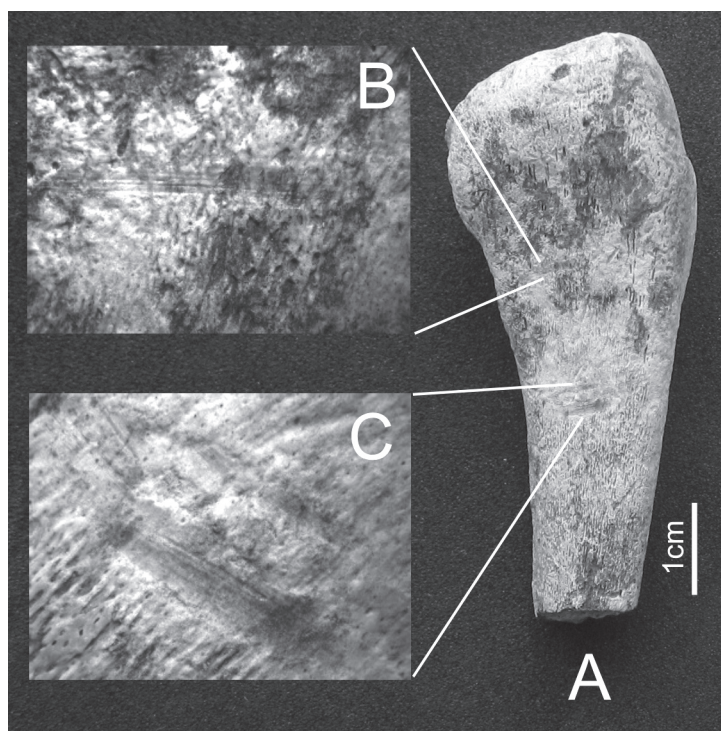


Figura 7. Huellas de corte producidas por filos líticos en el metatarsiano II (N° 90) de *Equus caballus* del sitio 4. A. Vista general; B. Huella proximal, 7x; C. Huellas distales, 10x.

Rhea americana, ñandú (esqueleto: MNI= 1, NISP= 3) (huevos: MNI= 50, peso= 4333,4 g)

Se hallaron tres huesos: un fragmento de diáfisis con la epífisis proximal de un tarsometatarso y un resto distal de un tarsometatarso con una falange articulada *in situ*. El estado de conservación de las piezas difiere; el tarsometatarso proximal tiene fracturas posdeposicionales y está parcialmente comprimido sobre sí mismo, mientras que el distal tiene una fractura natural longitudinal y otra transversal y mineralización de sesquióxidos de manganeso en algunos sectores. La falange se encuentra entera y casi en perfecto estado. Estas piezas presentan un bajo impacto de acción de raíces.

Los miles de fragmentos pequeños de cáscaras de huevos de ñandú relevados se hallaron superpuestos y encastrados unos con otros, posiblemente debido al pisoteo, originando un depósito horizontal de 0,02 y 0,03 m de espesor, que se encuentra en la misma capa y profundidad (0,50 m) que los restos de caballos hallados en el sector anteriormente señalado.

Se registraron áreas de combustión que alteraron térmicamente la superficie de muchas cáscaras y de algunos huesos, en especial aquéllos muy pequeños que se calcinaron. La mayor concentración de cáscaras de huevo se registró hacia al sector lindante al curso del arroyo Chocorí,

disminuyendo su densidad hacia el norte del sitio, de modo que desaparece totalmente a unos seis metros del borde de la barranca.

Chaetophractus villosus, peludo (MNI= 1, NISP= 14)

Las evidencias de este armadillo consisten en placas de la coraza y en unos pocos huesos del esqueleto poscraneal: un astrágalo y un calcáneo izquierdos articulados.

Myocastor coypus, coypo (MNI= 3, NISP= 33)

Es el taxón más numeroso de esta área representado a través de su esqueleto. Se hallaron restos craneanos y poscraneanos de diversas partes del cuerpo (Tabla 4).

Tabla 4. Elementos recuperados de *Myocastor coypus* del sitio 4 de la Localidad Arqueológica Amalia.

Elementos	NISP
Rama mandibular izquierda	3
Rama mandibular derecha	1
Maxilar derecho	1
Húmero derecho	1
Fémur derecho	1
Tibia derecha	1
Calcáneo derecho	1
Falanges	2
Vértebra	1
Incisivos	4
Molares sueltos	9
Costilla	1

Lagostomus maximus, vizcacha (MNI= 2, NISP= 19)

Es un taxón representado principalmente por huesos poscraneanos de los miembros. En dos casos se hallaron huesos asociados: una articulación completa de la cintura pélvica con ambos fémures, y un conjunto de tibia, calcáneo y III metatarsiano izquierdos (Tabla 5). Sólo se halló un hueso craneano, tratándose de un maxilar derecho y ninguna rama mandibular.

Alteraciones antrópicas

El conjunto articulado de huesos del tarso de caballo es significativo ya que la epífisis proximal del metatarso II presenta dos sectores con huellas de corte efectuadas con un filo lítico. Se trata

de un conjunto distal de dos rasgos cortos y anchos con estrías claras en su interior y otra huella también con estrías en un área más proximal (Figura 7). En la epífisis distal del húmero derecho de coypo N° 235 hay dos pares de cortes, sobre ambos laterales; todos tienen sección con forma de V, son muy profundos y alcanzaron a eliminar fragmentos de hueso (Figura 8). Cada par se dispone uno paralelo al otro sobre el borde de la cresta supinadora y sobre el borde de la cresta supratroclear. Ambos pares de incisiones parecen ser el resultado de dos cortes que afectaron las partes más salientes de ese sector del hueso y que no rasgaron la parte media de la diáfisis por estar ocupada por una depresión (la fosa anconeal). La orientación del gesto de corte fue casi paralela al plano sagital del húmero de modo que, del lado externo, alteraron la superficie entre los cortes generando un área plana y con brillo (Figura 8A). No se pudo determinar el origen lítico o metálico del filo que provocó estas huellas, pero fueron efectuados con suficiente energía para ocasionar muescas profundas similares, pero más pequeñas que las producidas por machacado. La posición de las huellas y la dirección del corte sugieren que se trató de una acción destinada a la desarticulación del húmero respecto de la ulna.

Tabla 5. Elementos recuperados de *Lagostomus maximus* del sitio 4 de la Localidad Arqueológica Amalia.

Elementos	NISP
Fémur izquierdo	2
Fémur derecho	2
Tibia derecha	2
Rama pélvica	2
Calcáneo izquierdo	1
Calcáneo derecho	2
Falanges	2
Metacarpiano	1
Metatarsiano III	2
Maxilar derecho	1
Vértebra	1
Sacro	1

Especies ingresadas al sitio de modo natural

Cavia aperea, cuis (MNI= 3, NISP= 9)

Sus restos consisten en ramas mandibulares y de un fragmento proximal de fémur.

Galea musteloides, cuis (MNI= 3, NISP= 4)

Se trata de ramas mandibulares y de una rama de la cintura pélvica. La presencia de esta especie es significativa ya que en las sierras de Tandilia Oriental se conoce el registro de *Galea tixiensis* desde el Pleistoceno tardío, habiéndose extinguido hacia los 500 AP (Quintana 2001a). Durante ese rango no se identificaron ejemplares de *Galea musteloides*, siendo este registro el primero de esta especie para la zona serrana.

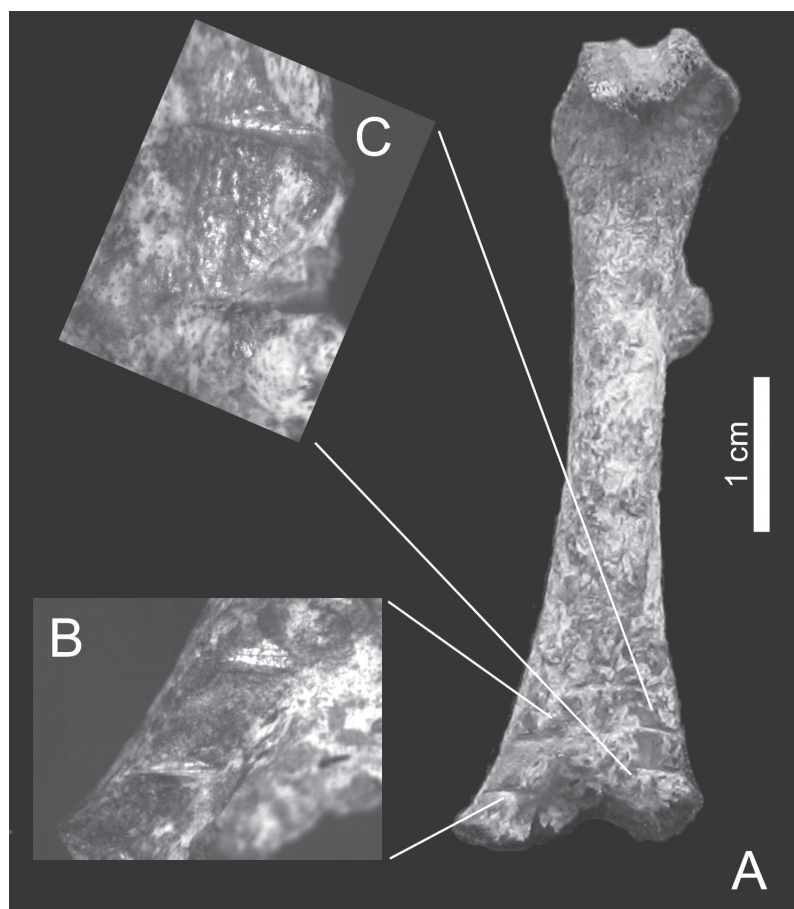


Figura 8. Huellas de corte en el húmero (N° 235) de *Myocastor coypus* del Sitio 4. A. Vista posterior; B. Detalle de los cortes sobre la cresta supratroclear 15x; C. Detalle de los cortes sobre cresta supinadora, de la cual el corte seccionó parte de la lámina que la compone, 8x.

Calomys sp., (MNI= 2, NISP= 2); *Akodon azarae*, (MNI= 1, NISP= 2)

Estos dos ratones de campo están representados por dos ramas mandibulares cada uno.

Aves no identificadas, (MNI= 2, NISP= 2)

Se trata de dos coracoides de aves medianas.

La preservación de restos óseos en esta área en general no es buena, debido al impacto producido por raíces con distribución densa sobre todos los huesos. En general alteraron profundamente la superficie cortical (70,17%) y el esmalte de algunos dientes, llegando a modificar rasgos anatómicos. Sólo el 3,5% de los huesos tienen un grado de impacto de raíces similares al del Área del Caballo. Las inclusiones de sesquióxidos de manganeso están presentes en la mayoría de los huesos (82,33%) y en algunos casos con alta densidad. Estos dos factores y las

fracturas posdeposicionales (93,4%) dificultaron la observación más extensa de rasgos naturales o antrópicos en las superficies óseas. Una tibia de coyo presenta marcas de raíces superpuestas a mordeduras de un roedor pequeño. Se trata de numerosas marcas transversales al eje del hueso dispuestas sobre un borde de la superficie posterior. A diferencia del área anterior, las astillas son más numerosas ($N = 295$) y abundan las menores a 0,03 m (Figura 6). Las pequeñas áreas de combustión afectaron a huesos y cáscaras de huevo.

Dos líneas de evidencia permiten proponer que las áreas del Sitio 4 funcionaron simultáneamente. Por un lado, la disposición estratigráfica de los materiales es idéntica y bien definida; en ambas áreas se disponen a unos 0,50 m de profundidad y en la base de la unidad 1 sobre una discordancia erosiva (Martínez *et al.* 2004). Por el otro, los huesos del caballo más joven (ejemplar 2) del Área del Caballo y los restos de caballo del Área del Ñandú pertenecen a un mismo individuo. En ese individuo, los huesos poscraneos coinciden en tamaño y en edad relativa, habiéndose encontrado asociados varios elementos que corresponden a una misma parte anatómica (el tarso, húmero, fémur, costillas y restos de pelvis) y se efectuó el reensamblaje de un premolar. El premolar deciduo derecho (dp1) (Figura 5 C) proveniente del Área del Ñandú concuerda con su ausencia en la rama mandibular derecha (Figura 5 A y B) del área contigua (Área del Caballo). Además se corresponde con el tamaño, mientras que la falta de desgaste del premolar definitivo derecho (p1) (Figura 5 B) indica que no fue funcional en vida, lo cual es consecuente con que la pérdida del dp1 fue posterior a su muerte. La distancia de varios metros entre ambas piezas y su asociación con áreas de actividad, indica el traslado del dp1 junto a los huesos del poscráneo como consecuencia de la actividad humana en ese sector del arroyo.

DISCUSIÓN

Durante el siglo XVIII el extremo oriental de las sierras de Tandilia formó parte de un circuito ganadero macro-regional correspondiente a los grupos indígenas que basaron su economía en el comercio y en la actividad pastoril. Estas sociedades estaban inmersas en un contexto histórico caracterizado por procesos complejos de contactos interétnicos y etnogénesis de nuevas identidades. Algunas parcialidades de esas jefaturas complejas, con alto rango de movilidad ecuestre, establecieron un núcleo de vida doméstica y de explotación ganadera en un paraje serrano óptimo para esa actividad productiva. El cerrito y el arroyo de la localidad arqueológica Amalia fue el lugar seleccionado por estos grupos para conformar un gran campamento residencial, constituyéndose a su vez en un demarcador ideológico-político de la territorialidad (Mazzanti 2007), dentro de un contexto colonial signado por la fricción interétnica (Cardoso de Oliveira 1977) y por el proceso de reconfiguración de identidades étnicas (Boccaro 1996). Este campamento es atribuido a grupos indígenas pertenecientes a jefaturas mapuches y se situó estratégicamente en el sector más oriental del territorio del *Puel Mapu* (Mazzanti 2007).

Las serranías adyacentes a la localidad Amalia fueron los lugares donde se abastecieron de caballos, capturándolos y controlándolos en los valles y mesetas (Mazzanti 1993, 2003). Esos animales fueron la base alimenticia de su subsistencia junto al ganado manso (vaca) y a algunas especies silvestres. En los sitios de esta localidad donde se conservaron restos de fauna fue posible analizar la dieta y observar la complementariedad de actividades realizadas en cada uno de ellos, entre las que se destaca el procesamiento y consumo de fauna.

Los sitios 1, 3 y 4 presentan evidencias zooarqueológicas que muestran un tipo de subsistencia basada en dos conjuntos complementarios: uno da cuenta de las especies exóticas controladas para el comercio y el consumo de los miembros de las tolderías, y otro compuesto por las especies silvestres cazadas en el paraje.

El registro faunístico del sitio 1 (dentro del corral para ganado manso) indica un evento de despiece de un ejemplar juvenil de vaca con instrumentos líticos que consistió, al menos, en el

descarne de las costillas. Fueron abandonados unos pocos restos costales, del autopodio posterior y de dos vértebras, por lo que el consumo debió ser fuera del recinto pircado.

El caballo del sitio 3 presenta un estado de preservación pobre, lo cual impidió un análisis más detallado de su rol en la economía del sitio. Una tercera especie domesticada, el perro, como animal acompañante pero no consumible, es significativa ya que su presencia está mencionada en numerosas referencias históricas, como la de Sánchez Labrador (1936) cuando describe a estos grupos ecuestres de Pampa y Patagonia. Sus restos se registraron en este sitio, pero también hay evidencias secundarias de su presencia en el corral del Sitio 1 a través de marcas de mordidas sobre costillas de vaca y, además, en el sitio 4 sobre restos de caballo. Estas marcas de carnívoros presentan tallas atribuibles a perros, en tanto que son más grandes que zorros, hurones, comadreas o zorrinos y más pequeñas que las de pumas.

El sitio 4 es el más rico en información zooarqueológica de la localidad (Tabla 6). Las dos áreas analizadas se pueden definir como: sector de despique al Área del Caballo y sector de consumo al Área del Ñandú. En el Área del Caballo la fauna que acompaña a estos ungulados son restos escasos de especies silvestres incorporadas naturalmente (ave pequeña) o de modo ocasional (armadillo), por lo que su papel en el sitio sería insignificante. La disposición espacial de los huesos del ejemplar 1 de caballo indica que se trata de un evento único de despique, lo que se corresponde con la referencia del poscráneo a un mismo individuo (el macho sub adulto), y con su depósito en una misma paleo superficie. La carcasa de este animal fue separada y distribuida, quedando en el lugar partes del cráneo, del cuarto delantero, del cuarto trasero y casi todas las vértebras torácicas. Éstas se disponen en dos sectores, uno en el que fueron abandonadas luego de un procesamiento intenso que involucró su separación, y otro en el que todavía estaban articuladas entre sí y con algunos fragmentos proximales de costillas. Otras costillas estaban enteras, se disponían juntas pero fueron abandonadas desarticuladas, posiblemente luego de su descarte. Como resultado del procesamiento, algunas vértebras tienen huellas de corte que, debido a su morfología, se las puede atribuir a artefactos metálicos. Se trata de acciones de descarte secundario, siendo significativo el caso de la vértebra N° 78 ya que la disposición del corte en el cuerpo vertebral indica que fue efectuado luego de retirar las costillas, lo que es consecuente con las costillas enteras abandonadas separadas del esqueleto axial. Los huesos de este área tienen fracturas posdeposicionales, pero la mayoría fue depositado entero, concordando con el hecho de que las astillas asociadas son escasas (Figura 6).

El Área del Ñandú se caracteriza por el procesamiento final más intenso de especies domésticas y silvestres, y su posterior consumo. Como en el caso anterior, la evidencia zooarqueológica se presenta en un mismo nivel arqueológico de escasos centímetros de potencia, sin huesos superpuestos y con una superficie de miles de cáscaras de huevos de ñandú. Esta abundancia de cáscaras es el aspecto que más resalta en este sector, en el que se disponen áreas funcionales definidas por estructuras de combustión planas, con carbón, huesos y cáscaras de huevo quemadas. Un caballo juvenil (parte del ejemplar 2) está representado por huesos del poscráneo y molariformes (lo completa la mandíbula y el húmero depositados en el área contigua), con evidencias de un procesamiento más integral debido a la fractura de todos los elementos y a la presencia de huellas de corte. Como consecuencia de ello las astillas son más numerosas, preponderan las pequeñas y representan más categorías de tamaños que el área adyacente (Figura 6). A diferencia del ejemplar 1, se utilizaron artefactos líticos para su faenamiento (Figura 3).

Este sector, además, tiene evidencias de la captura de especies silvestres pequeñas como coypo, peludo, vizcachas y recolección de huevos de ñandú. Este conjunto indica el mantenimiento de actividades de caza y de recolección característico de las estrategias de subsistencia de tiempos anteriores (Quintana y Mazzanti 2001). Sin embargo, estas presas habrían sido obtenidas de modo ocasional y oportunista, cumpliendo un papel de complemento y de diversidad de la dieta en el contexto de una economía pastoril y comerciante. Este conjunto comprende presas obtenidas en la llanura (*Chaetophractus villosus*, *Lagostomus maximus*, huevos de *Rhea*

Tabla 6. Diversidad y abundancia de especies de la Localidad Arqueológica Amalia.

ESPECIES IDENTIFICADAS	SITIO 1 (corral)		SITIO 3		SITIO 4				Evidencias de Uso
	NISP MNI	118 1	NISP MNI	-	(área del ñandú)		(área del caballo)		
					Peso	NISP MNI	Peso	NISP MNI	
<i>Bos taurus</i>				-	-	-	-	-	Huellas de filos líticos
<i>Equus caballus</i>		-	36 1	-	-	18 1*	-	85 2*	Huellas de filos líticos y metálicos Quebradura intencional
<i>Rhea americana</i> (cáscaras de huevo)		-	-	-	4333,4 g	-	50**	5 g 1	Exposición al fuego
<i>Rhea americana</i> (tarsometatarso y falange)		-	-	-	-	3 1	-	-	Quebradura intencional
<i>Chaetophractus villosus</i>		-	-	-	-	14 1	-	4 1	Exposición al fuego
<i>Myocastor coypus</i>	1 1	-	-	-	-	33 3	-	-	Exposición al fuego, huellas de corte
<i>Lagostomus maximus</i>	-	-	-	-	-	19 2	-	-	-
<i>Canis familiaris</i>	-	-	2 1	-	-	-	-	-	-
<i>Galea musteloides</i>	-	-	-	-	-	4 3	-	-	-
<i>Cavia aperea</i>	-	-	-	-	-	9 3	-	-	-
<i>Akodon azarae</i>	-	-	-	-	-	2 1	-	-	-
<i>Calomys</i> sp.	-	-	-	-	-	2 2	-	-	-
Aves indeterminadas	-	-	-	-	-	2 2	-	1 1	-

*= Los NMI de caballo fueron calculados en referencia a la evidencia de cada área de excavación; en la discusión se interpreta que un ejemplar del Área del Caballo y el del Área del Ñandú corresponden al mismo individuo (ejemplar 2). **= valor corregido por cálculo de regresión, ver métodos.

americana) y una de ámbitos fluviales (*Myocastor coypus*). En todos los casos, la distancia de obtención fue potencialmente mínima respecto del sitio 4, particularmente en el caso de *M. coypus*, cuyo rango de actividad incluye la superficie del propio sitio arqueológico. La carcasa mejor representada de este grupo corresponde a *M. coypus*, la cual tiene evidencias de despiece en el miembro anterior. La única especie silvestre grande cazada fue el ñandú, del cual se cuenta con huesos de al menos un individuo, lo que confirma el aprovechamiento de las carcasas de este ave además de los huevos. Otros animales silvestres como las aves pequeñas, las dos especies de cuises y los ratones de campo carecen de cualquier indicio que las vincule causalmente con la ocupación humana.

Una característica destacada del sitio 4 es el consumo intenso de huevos de ñandú. La presencia de al menos 50 huevos no tiene antecedentes similares en el registro arqueológico ni en las crónicas escritas. Este volumen indica una fuente de alimento de entre 25 y 30 kg, lo que supera la masa aprovechable del resto de las presas pequeñas. La disposición de los fragmentos de cáscaras concentrados en una misma área y acotados estratigráficamente a unos pocos centímetros sugiere que se trató de un mismo evento de consumo o de varios muy próximos temporalmente. La cantidad de huevos estimada representa la totalidad de una o de dos nidadas (Bruning 1974), lo cual refuerza la idea de simultaneidad del proceso de obtención y consumo. A su vez es un indicador de estacionalidad ya que los ñandúes tienen su época de puesta durante los meses cálidos (entre diciembre y marzo).

En síntesis, se propone que ambos sectores del sitio 4 funcionaron de modo simultáneo y complementario, y que tienen representada la explotación amplia de los caballos. El Área del Caballo es el sector donde sus carcasas fueron procesadas primariamente, generando escasas astillas y abandonando algunas partes enteras que pudieron ser descarnadas. Otras partes anatómicas fueron trasladadas al Área del Ñandú donde se consumieron y procesaron más intensamente, lo que ocasionó mayor producción de astillas de distintos tamaños y alteración de los huesos (sólo los elementos pequeños están enteros) y exposición al fuego. En este sector también se efectuaron acciones de consumo de la fauna silvestre pequeña, de ñandú y de huevos.

La estrategia de subsistencia analizada en esta localidad contrasta significativamente con otros sitios arqueológicos a escala microregional. Para Tandilia oriental se formuló un modelo de uso de recursos animales durante el lapso comprendido entre el Pleistoceno tardío y el Holoceno tardío (prehispánico) a partir del análisis de sitios arqueológicos cercanos a la localidad arqueológica Amalia (Quintana y Mazzanti 2001; Quintana *et al.* 2002; Quintana 2005). Las sociedades cazadoras-recolectoras iniciales desarrollaron un tipo generalista de apropiación de recursos, con consumo de especies extinguidas. Durante el Holoceno medio y gran parte del Holoceno tardío desplegaron una estrategia de especialistas en la captura de los ungulados más grandes disponibles en el paisaje (guanaco y venado). A partir de los últimos mil años ocurrió un cambio significativo en toda la región, caracterizado por una intensificación del uso del ambiente. En esta zona serrana, el papel protagónico de la caza de ungulados fue desplazado hacia una diversificación que dio mayor relevancia a las especies pequeñas con ciclos de vida más cortos, lo cual generó la incorporación de nuevas presas a la dieta en un contexto socioeconómico de mayor complejidad de las estructuras organizativas de esos grupos (Quintana *et al.* 2002; Quintana 2009).

En tiempos de contacto hispano-indígena se vuelve a identificar, a partir de la evidencia arqueológica de la localidad arqueológica Amalia, un cambio crítico en la estrategia de subsistencia indígena, el cual estuvo influenciado por un componente ambiental y uno cultural. Las sociedades de cazadores-recolectores complejos, inmediatamente precedentes a este registro, se desarrollaron durante una anomalía climática de características cálidas y húmedas (Óptimo Climático Medieval), estable durante unos cuatrocientos años hasta ser interrumpida por un cambio drástico de condiciones frías y secas (Pequeña Edad de Hielo). Este último fenómeno es evidente en la pampa húmeda por la decapitación de un horizonte A de suelo de antigüedad prehispánica sobre el que se depositó un nivel con fauna exótica (Rabassa *et al.* 1985). Las secuencias geológicas de Tandilia

oriental presentan una superficie discordante sobre la que se dispone un nivel eólico que indica el término de esa anomalía climática (Martínez *et al.* 2000). En la localidad arqueológica Amalia el registro de fauna exótica, fechado hacia la segunda mitad del siglo XVIII (Mazzanti 2007), se ubica precisamente en un nivel eólico inmediatamente por encima de un suelo erosionado. Estas variaciones breves pero extremas del clima influyeron en la composición actual de la fauna de la región Pampeana. A partir de la Pequeña Edad de Hielo se registra localmente la pérdida de poblaciones de especies que fueron económicamente significativas como el guanaco y el venado de las pampas (Quintana 2001b), pero también el ingreso de la fauna exótica. Este conjunto de factores naturales generó localmente una oferta ambiental caracterizada por la ausencia de ungulados silvestres. Simultáneamente, durante la conquista europea fueron introducidos nuevos mamíferos de gran tamaño, como vacas y caballos, los cuales tienen ciclos de vida largos, son visibles en el paisaje y presentan poblaciones numerosas.

Además de las diferencias en la composición del conjunto explotado, la subsistencia desarrollada en la localidad arqueológica Amalia incorpora innovaciones en la relación sociedad naturaleza significativamente distintas a las correspondientes a sitios prehispánicos. En su registro se manifiesta una estrategia de subsistencia que indica la disminución marcada de la caza de especies silvestres y la implementación de la dinámica pastoril que derivó en una movilidad ecuestre con ventajas en la inversión de tiempo y en las distancias recorridas. Este tipo de movilidad patrocinada por causas económicas y políticas provocó que los derroteros fueran muy extensos y dentro de territorios que contuvieron núcleos estratégicos por la concentración de recursos naturales (Mazzanti 2007). Si se tienen en cuenta esos fenómenos es esperable hallar sitios arqueológicos en las llanuras y sierras orientales de la Pampa Húmeda que remitan a un sistema económico ganadero.

Las estructuras elaboradas mediante la técnica de la superposición de rocas (pircas) que originaron recintos para la función de corrales y aguadas pircadas son ejemplos de la infraestructura indígena destinada al cuidado y control del ganado capturado o engordado, ocurrido en este área por los menos desde mediados del siglo XVIII (Mazzanti 1993, 2007). Estos recintos de piedra representan una arquitectura monumental destinada a controlar grandes cantidades de animales antes de su traslado hacia otros núcleos pastoriles y/o su venta final en los mercados de Chile. En Tandilia (Slasky y Ceresole 1988; Mazzanti 1993; Ferrer y Pedrotta 2006) y en Ventania (Madrid 1991) se relevaron numerosas estructuras similares que dan cuenta de la magnitud y escala que asumió el control y traslado de ganado desde el oriente pampeano. La conformación de varios núcleos productivos especializados (pastoriles) distribuidos en puntos estratégicos de la región pampeana, permite vincular y explicar que ciertas estructuras pircadas distribuidas en las dos cadenas de sierras bonaerenses formaron parte de un mismo sistema macro-regional de origen indígena.

Para el caso local, hay una relación visual que une la localidad Amalia con las entradas o abras de los dos valles de la sierra La Vigilancia, donde se encuentran varias estructuras pircadas (Mazzanti 2007). Tanto esos dos valles como sus cimas mesetiformes sirvieron como potreros para el cuidado de ganado caballar durante el siglo XVIII. Esta actividad se vio favorecida por la abundancia de pasturas naturales y fuentes de agua permanentes (arroyos, ojos de agua y manantiales) que garantizaron el crecimiento de pasturas anuales y permitieron el manejo a gran escala de los animales capturados para la subsistencia y para la comercialización en pie (Mazzanti 1993). Otros recintos tienen tamaños marcadamente menores y estuvieron destinados a contener ganado manso (vacunos, por ejemplo), necesario para el consumo en la vida doméstica de las tolderías como es el ejemplo del sitio 1 de la localidad Amalia. Es posible que esta localidad, establecida en el extremo oriental de la macroárea pan-araucana, señalara el valor económico ganadero de los valles y sierras, que también influyó en la formación de un nodo de abastecimiento de ganado y de intercambios interétnico, especialmente durante la presencia jesuítica en estas sierras (1746-1751).

La comparación de la información zooarqueológica de esta localidad, con aquellas provenientes de investigaciones en otros sitios posconquista de la región pampeana se vio dificultada por asimetrías entre clases de datos, calidad contextual, cronologías y tipo de sitios a escala regional. Entre los sitios arqueológicos de contacto posconquista sólo Gascón 1 (Cabanillas y Oliva 2004), ubicado en el sistema de Ventania, fue correlacionado cronológica (siglo XVIII) y culturalmente con la localidad arqueológica Amalia (Mazzanti 2003, 2007; Oliva y Lisboa 2006). Este sitio representa un evento singular de entierros primarios, con varios individuos sepultados con ajuar funerario (objetos metálicos, cerámica y cuentas vítreas), que incluyeron restos de fauna exótica (*Ovis aries*). Ya que la fauna presenta una función estrictamente ceremonial, no nos permite inferir con claridad el valor de los ovinos en la subsistencia de ese grupo social.

Los asentamientos bonaerenses del siglo XIX son preponderantes en las investigaciones del período posconquista. Mayoritariamente son de origen europeo y delimitaban espacios políticos (establecimientos militares) y sociales, como aquéllos generados para el intercambio interétnico (pulperías, etc.) o para producción agropecuaria (estancias y chacras). Esos asentamientos representan situaciones histórico-políticas distintas a las que contextualizan a la localidad Amalia.

Un caso particular se presenta en la provincia de La Pampa con el sitio arqueológico Don Isidoro 2 (Tapia 2008), que consiste en una gran estructura de combustión con materiales faunísticos, líticos e industriales. Estos últimos permiten referir la cronología hacia fines del siglo XIX. La fauna exótica consiste en vaca y oveja, con evidencias de fracturas antrópicas y huellas de corte, y en perro. También presenta especies silvestres como mara (*Dolichotis patagonum*) y armadillos. La muestra está muy fragmentada y termoalterada, por lo que la autora no propone un análisis del procesamiento de las carcasas.

En la provincia de Buenos Aires los sitios Arroyo Nieves 1 y 2, ambos atribuidos al siglo XIX y a los llamados “indios amigos”, contienen buena calidad de información zooarqueológica (Pedrotta 2006). Particularmente el último tiene un registro de cuatro especies domésticas (vaca, caballo, oveja, cerdo y gallina), las cuales fueron utilizadas de modo diferente. Se destaca la preponderancia del uso y procesamiento de la oveja, mientras que el caballo y la vaca habrían sido menos aprovechados, aunque se caracterizan por presentar evidencias de desollado. El uso de cueros de vaca y caballo es interpretado por la autora como bienes de cambio con alto valor comercial, lo que coincide con las referencias históricas. La presencia de cerdo y gallina es significativa por su registro escaso en la región. La muestra también comprende el uso de especies silvestres (venado, vizcacha y armadillos). Tanto Don Isidoro como Arroyo Nieves coinciden con el registro de la localidad Amalia en la coexistencia de la explotación de fauna exótica y el complemento del uso de especies silvestres. Sin embargo, la presencia y preponderancia de oveja y de bienes industriales manifiestan la influencia del estado nacional y de una estrategia de subsistencia diferente.

Otros sitios como las estructuras pircadas de Tandilia denominadas Siempre Verde y Santa Rosa, asignadas hacia fines del siglo XIX, presentan una numerosa muestra de restos óseos mayormente fragmentados y termoalterados (Lanza 2007). A pesar del registro de vaca y oveja junto a especies silvestres, el estado de conservación de la muestra no permitió analizar la estrategia de subsistencia. Un fenómeno similar es mencionado por Merlo (2006) en varios contextos de fortines y fuertes bonaerenses del siglo XIX, cuyos materiales faunísticos presentan un alto grado de alteración térmica y fragmentación.

El sitio Fortín Necochea fue referido como de origen indígena, de tiempos pos hispánicos y con registro de especies silvestres y domesticadas (Crivelli *et al.* 1987/1988a y b, 1997), lo cual se configuraría como un antecedente significativo para complementar la información analizada en la localidad arqueológica Amalia. Sin embargo, la integridad de su registro arqueológico y su cronología fue cuestionada por diversos autores (Berón y Politis 1997; Mazzanti 2003, 2007; Politis y Pedrotta 2006). Este sitio fue localizado por Menghin (Silveira y Crivelli 1982) en cercanías a un fortín de finales del siglo XIX. Los estudios arqueológicos sistemáticos posteriores denomi-

naron a este sitio como Fortín Marías II (Silveira y Crivelli 1982) y más tarde Fortín Necochea (Crivelli *et al.* 1987/1988a y b), identificando en sus materiales a las industrias Blancagrandense y Bolivarense y a sus ocupantes como los “pampas” mencionados en las fuentes documentales. A estas inferencias, provenientes de un modelo teórico superado desde esos años, se le suman varios problemas de índole estratigráfico y de alteraciones postdeposicionales. Estos factores implican problemas cronoestratigráficos y tafonómicos que causaron modificación, mezcla y desplazamientos de materiales faunísticos y culturales. Estos fenómenos son mencionados por González y Weiler (1987/1988) y por Crivelli *et al.* (1987/1988b). Particularmente González y Weiler (1987/1988) describen la notoria bioturbación del nivel atribuido al período de contacto hispano-indígena (Estrato I, Unidad A1), producida por actividad biológica que mezcló materiales de distintos horizontes. El arado del suelo también contribuyó a la mezcla de evidencias. A su vez, los restos de caballo hallados en superficie fueron considerados como producto de la alimentación del asentamiento posthispanico, aunque los autores reconocen que los restos de superficie representan a varios milenios de actividad humana (Crivelli *et al.* 1987/1988a). Esta mezcla de materiales de distinto origen fue discutido largamente en función del registro conjunto de guanaco y especies exóticas (Politis y Pedrotta 2006). Por ello, se considera que los materiales faunísticos y arqueológicos implican asociaciones secundarias de materiales históricos (vidrio y metal) e indígenas (lítico y cerámica), los cuales carecen de evidencias cronológicas atribuibles al contacto hispano indígena. A su vez, los escasos restos cerámicos tienen características tecnomorfológicas y decorativas (pintura roja) (Crivelli *et al.* 1997) similares a la alfarería prehispánica, lo cual no sustenta su consideración como cerámica post-hispánica (Mazzanti 2007).

En este contexto, la localidad arqueológica Amalia presenta un registro zooarqueológico singular que da cuenta de la subsistencia de un asentamiento indígena de contacto interétnico del siglo XVIII en situación de autonomía política. Los sitios asignados al siglo XIX presentan diferencias respecto de los patrones de asentamiento indígena por sus implicancias con los nuevos modos de relaciones políticas, sociales y económicas del período nacional. Estas transformaciones derivaron en procesos acelerados de mestizaje y surgimiento de nuevos agentes sociales de carácter multiétnico, lo cual se materializó arqueológicamente en sitios como fortines, pulperías o campamentos militares. Los grupos indígenas sometidos de la campaña bonaerense ingresaron, a partir de 1879, a un proceso de pérdida total de sus condiciones materiales de existencia, con una extrema dependencia hacia los productos europeos (harinas, hortalizas, cereales, frutas, etc.). En cuanto a la dieta, los datos que contamos actualmente permiten plantear diferencias con la localidad arqueológica Amalia, que se manifiestan en el registro principalmente por el consumo preponderante de ganado ovino en contraste con otras especies exóticas (caballo y vaca) explotadas centralmente durante la estrategia pastoril y comerciante del siglo XVIII.

Fecha de recepción: 05/01/2010.

Fecha de aceptación: 23/09/2010.

BIBLIOGRAFÍA

Ali, Talib

1995. *Manual para el personal auxiliar de sanidad animal primaria*. Roma, Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

Berón, Mónica

2005. Relaciones interétnicas e identidad social en el registro arqueológico. Género y etnicidad en la Arqueología Sudamericana. En V. Williams y B. Alberti (eds.), *Género y etnicidad en la arqueología sudamericana*: 119-138. Serie Teórica 4: 163-192. Olavarría, INCUAPA, UNICEN.

Berón, Mónica y Gustavo Politis

1997. Arqueología pampeana en la década de los '90. Estado de las investigaciones y perspectivas. En M. A. Berón y G. Politis (comps.), *Arqueología pampeana en la década de los '90*: 7-32. Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza), XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Olavarría, INCUAPA, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

Boccarda, Guillaume

1996. Dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza del siglo XVI al siglo XVIII. En J. Pinto Rodríguez (ed.), *Del discurso colonial al proindigenismo. Ensayos de historia latinoamericana*: 27-39. Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera.
2003. *Los vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial*. Santiago, Línea Editora HAM, Universidad de Chile.

Bruning, Donald

1974. Social structure and reproductive behavior of the gheather *Rhea*. *Living Bird* 13: 251-294.

Cabanillas, Edgardo y Fernando Oliva

2004. Análisis de elementos metálicos procedentes del sitio Gascón 1, provincia de Buenos Aires. *Libro de Resúmenes XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 201. Río Cuarto.

Cardoso de Oliveira, Roberto

1977. Articulación interétnica en Brasil. En Esther Hermitte y Leopoldo Bartolomé (Comps.), *Procesos de articulación social*: 282-304. Buenos Aires, Amorrortu editores.

Crivelli Montero, Eduardo, Emilio Eugenio, Ulyses Pardiñas y Mario Silveira

1997. Archaeological investigation in the plains of the province of Buenos Aires, Llanura Interserrana Bonaerense. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10 (1994):167-207.

Crivelli Montero, Eduardo, Emilio Eugenio y Mario Silveira

- 1987/1988a. El sitio Fortín Necochea (Provincia de Buenos Aires). El material de superficie. *Paleoetnológica* 4: 7-31.

Crivelli Montero, Eduardo, Mario Silveira, Emilio Eugenio, Patricia Escola, Mabel Fernández y Nora Franco

- 1987/1988 b. El sitio Fortín Necochea (Partido de General La Madrid, Provincia de Buenos Aires). Estado actual de los trabajos. *Paleoetnológica* 4: 39-53.

Curtoni, Rafael

2007. Arqueología y paisaje en el área centro-este de la provincia de La Pampa: la espacialidad humana y la formación de territorios. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Ferrer, Eduardo y Victoria Pedrotta

2006. *Los corrales de piedra. Comercio y asentamientos aborígenes en las sierras de Tandil, Azul y Olavarría*. Tandil, Crecer Ediciones.

González, Miguel Ángel y Nilda Weiler

- 1987/1988. Sitio arqueológico Fortín Necochea. Informe geológico preliminar. *Paleoetnológica* 4: 55-63.

Johnson, Eileen

1985. Current developments in bone technology. En M. Schiffer (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*: 157-235. Orlando, Academic Press.

Lanza, Matilde

2007. Donde hubo fuego... huesos quedan: Análisis de estructuras de combustión en sitios históricos de

Tandilia. *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Número Especial de Revista PACARINA: 273-280. Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Lyman, Robert

1994. *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge, Cambridge University Press.

Madrid, Patricia

1991. Estudio arqueológico de los sitios con estructuras de piedra en las Sierras de Pillahuincó, provincia de Buenos Aires. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* 11 (3): 129-156. San Rafael.

Mandrini, Raúl

1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En M. Lischetti (comp.), *Antropología*: 205-229. Buenos Aires, EUDEBA.

Mandrini, Raúl y Sara Ortelli

2002. Los araucanos en las pampas (C.1700-1850). En G. Boccara (ed.), *Colonización, Resistencia y Mestizaje en las Américas*: 237-257. Quito, Ediciones Abya Yala/Instituto Francés de Estudios Andinos.

Martínez, Gustavo, Margarita Osterrieth y Natalia Borelli

2000. Registro de la Pequeña Edad de Hielo en ambientes sedimentarios del sudeste bonaerense, Argentina. *Actas del II Congreso Latinoamericano de Sedimentología*: 113-114. Mar del Plata.

Martínez, Gustavo, Margarita Osterrieth y Diana Mazzanti

2004. Ambientes sedimentarios y uso del espacio en la Localidad Arqueológica Amalia, provincia de Buenos Aires. En C. Gradín y F. Oliva (eds.), *La Región Pampeana, su pasado arqueológico*: 61-72. Rosario, SAA-CEAR, Laborde Editor.

Mazzanti, Diana

1993. Control del ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las sierras de Tandilia. En R. Mandrini y A. Reguera (comps.), *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*: 75-89. Tandil, IEHS-UNCPBA.

2003. Problemas de la arqueología postconquista en la región pampeana. En R. Mandrini y C. Paz (eds.), *Las Fronteras Hispanocriollas del Mundo Indígena Latinoamericano en los Siglos XVIII-XIX. Un Estudio Comparativo*: 313-343. Tandil, IEHS-UNS-UNC.

2007. Arqueología de las Relaciones Interétnicas posconquista en las sierras de Tandilia. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Merlo, Julio

2006. Investigaciones actualísticas experimentales para la interpretación del registro arqueofaunístico en sitios fortificados del Siglo XIX. En P. Funari y F. Brittez (eds.), *Arqueología Histórica en América Latina. Temas y discusiones recientes*: 219-241. Mar del Plata, Ediciones Suárez.

Nacuzzi, Lidia

1996. *Identidades impuestas. Tehuelches, acuas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Colección Tesis Doctorales, Sociedad Argentina de Antropología.

Oliva, Fernando y María Lisboa

2006. El estudio de cuentas en diferentes contextos arqueológicos del Sistema de Ventania (Área Ecotonal Húmeda Seca Pampeana). *Revista de la Escuela de Antropología* 12: 135-148. Rosario, Escuela de Antropología Facultad de Humanidades y Artes.

Payne, Sebastian

1975. Partial recovery and sample bias. En A. Clason (ed.), *Archaeozoological Studies*: 7-17. Amsterdam, North Holland Publishing Co.

Palermo, Miguel

1986. Reflexiones sobre el llamado “complejo ecuestre” en la Argentina. *Runa* 16: 157-178.
2000. A través de la frontera. Economía y sociedad indígena desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX. En M. Tarragó (dir.), *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*: 344-382. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Pedrotta, Victoria

2006. Las sociedades indígenas del centro de la provincia de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Politis, Gustavo y Victoria Pedrotta

2006. Recursos faunísticos y estrategias de subsistencia en el este de la región Pampeana durante el Holoceno tardío: el caso del guanaco. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 31: 301-336.

Quintana, Carlos

- 2001a. *Galea* (Rodentia, Caviidae) del Pleistoceno Superior y Holoceno de las sierras de Tandilia Oriental, Provincia de Buenos Aires, Argentina. *Ameghiniana* 38 (4): 399-408.
2001b. Composición y cambios en la secuencia faunística. En D. Mazzanti y C. Quintana (ed.), *Cueva Tixi: cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia oriental. I. Geología, Paleontología y Zooloarquología*: 37-64. Publicación Especial 1. Mar del Plata, LARBO-UNMDP.
2005. Despiece de micro roedores en el Holoceno Tardío de las sierras de Tandilia, Argentina. *Archaeofauna* 217: 227-241.
2008. Cálculo del número mínimo de individuos de huevos de ñandú. *Intersecciones en Antropología* 9: 17-21.
2009. La subsistencia de los últimos cazadores-recolectores serranos. En D. Mazzanti (ed.), *Cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia oriental. Holoceno tardío*. Publicación Especial 3. Mar del Plata, LARBO-UNMDP. En prensa.

Quintana, Carlos y Diana Mazzanti

2001. Selección y aprovechamiento de recursos faunísticos. En D. Mazzanti y C. Quintana (eds.), *Cueva Tixi: cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia oriental. I. Geología, Paleontología y Zooloarquología*: 181-209. Publicación Especial 1. Mar del Plata, LARBO-UNMDP.

Quintana, Carlos, Federico Valverde y Diana Mazzanti

2002. Roedores y lagartos como emergentes de la diversificación de la subsistencia durante el Holoceno de las sierras de Tandilia, Argentina. *Latin American Antiquity* 13 (4): 455-473.

Rabassa, Jorge, Aldo Brandani, Gustavo Politis y Mónica Salemmme

1985. La Pequeña Edad de Hielo (Siglos XVI a XIX) y su posible influencia en la aridización de áreas marginales de la Pampa Húmeda (Provincia de Buenos Aires). *Iras Jornadas Geológicas Bonaerenses*: 15-16. Tandil.

Sánchez Labrador, José

1936. *Paraguay Cathólico. Los indios Pampas, Puelches, Patagones*. Buenos Aires, Viau y Zona.

Silveira, Mario y Eduardo Crivelli Montero

1982. El sitio Fortín Marias II. Informe Preliminar. *Actas del VII Congreso Nacional de Arqueología*: 128-135. Colonia del Sacramento, Uruguay.

Slavsky, Leonor y Ceresole Gladis

1988. Los corrales de piedra de Tandil. *Revista de Antropología* III (4): 43-51.

Stahl, Peter

1996. The recovery and interpretation of microvertebrate bone assemblages from archaeological contexts. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3 (1): 31-75.

Sokal, Robert y James F. Rohlf

1969 *Biometry. Principles and practice of statistics in biological research*. San Francisco, Freeman W. and Company.

Tapia, Alicia

2008. Arqueología histórica de los cacicazgos ranqueles (Siglos XVIII-XIX). Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Villa, Paola, y Erik Mahieu

1991. Breakage patterns of human long bones. *Journal of Human Evolution* 21 (1): 27-48.

**LA CAZA DE VICUÑAS EN TEBENQUICHE CHICO
(DPTO. ANTOFAGASTA DE LA SIERRA, CATAMARCA).
UN ACERCAMIENTO DE LARGA DURACIÓN¹**

*Enrique Moreno** y *Claudio M. Revuelta***

RESUMEN

La caza de vicuñas, en el marco de la historia social de la Puna meridional argentina, ha sido una práctica recurrente y relevante dentro de las estrategias sociales, políticas y económicas de las poblaciones humanas que ocuparon el área. En este trabajo mostramos, a partir del registro arqueofaunístico de dos compuestos domésticos (TC1 y TC2) de la Quebrada de Tebenquiche Chico (Dpto. Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca), la representación diferencial de camélidos silvestres y domesticados, resaltando la importancia de esta particular práctica de apropiación en el largo término de ocupación de la quebrada entre los siglos III y XVII d.C. Asimismo, recurrimos a una serie de elementos de la cultura material como, por ejemplo, restos de fanéreos, puntas de proyectil y estructuras de caza (parapetos), para fundamentar nuestra interpretación.

Palabras clave: cacería - camélidos - paisaje - Tebenquiche Chico - fauna.

ABSTRACT

The hunting of vicuña, in the framework of the social history of the southern Argentinian Puna, has been a recurrent and relevant practice within the social, political, and economic strategies of the human populations which occupied the area.

In this paper we show, on the basis of the archaeofaunal records of two domestic compounds (TC1 and TC2) of the Tebenquiche Chico Ravine (Antofagasta de la Sierra County, Province of Catamarca), the differential representation of wild and domesticated camelids, highlighting the importance of this particular appropriation practice during the long term occupation of the ravine between the 3rd and 17th century a.D.

* Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca - CONICET. E-mail: enalmor@yahoo.com.

** Unidad de Antropología, INCIHUSA - CCT Mendoza - CONICET. Museo de Cs. Naturales, Universidad Nacional de La Rioja. E-mail: claudiorevuelta@hotmail.com.

We also discuss a series of material culture elements, for example, wool remains, projectile points, and hunting structures (parapets), in order to reinforce our interpretation.

Key words: *hunting - camelids - landscape - Tebenquiche Chico - faunal remains.*

INTRODUCCIÓN

Los camélidos han sido un recurso importante para las poblaciones que habitaron el paisaje de la puna durante el largo término de ocupación humana del área (Yacobaccio 1988; Aschero *et al.* 1991; Yacobaccio y Madero 1992; Aschero *et al.* 1993-94; Elkin 1996; Pintar 1996; Olivera 1997; Yacobaccio *et al.* 1997-98; Aschero y Martínez 2001; Haber 2003, 2006, 2007; Ratto 2003, entre otros). Sin embargo, las estrategias de apropiación de estos animales han variado principalmente entre un modo generalizado (cacería) y un modo restringido (domesticación), en función de la definición social y política de los animales (Ingold 1987). Los camélidos sudamericanos se pueden dividir entre aquellos de carácter silvestre, sin dueños humanos, como vicuñas (*Vicugna vicugna*) y guanacos (*Lama guanicoe*), que son apropiados únicamente mediante cacería, y las alpacas (*Lama pacos*)² y llamas (*Lama glama*) que, por su carácter de animales domesticados, son apropiados como ganado de actores particulares³.

La domesticación de camélidos, iniciada hace unos 5000 años, habría comenzado un proceso de modificación de las poblaciones locales que fue dando lugar a cambios en la estrategia predominante sobre la cual se planificaban y llevaban a cabo las diversas esferas organizativas y actividades económicas del grupo. Estas modificaciones, han sido expresadas por medio de una serie de dicotomías como caza-recolección, caza-domesticación, caza-pastoreo y pastoreo-caza, que muestran en primer término la estrategia predominante y luego la complementaria (Yacobaccio *et al.* 1997-98). Alrededor del inicio del primer milenio d.C. se establecen definitivamente las sociedades agro-pastoriles en el Noroeste Argentino, las que conforman el período Formativo dentro de la cronología constituida por la arqueología (Olivera 2001). Estas sociedades, en el caso de la Puna, se caracterizaban en su mayoría por ser pequeños poblados dedicados al pastoreo, con un grado diferencial de desarrollo agrícola y aportes de la caza de camélidos silvestres (vicuñas y guanacos) y roedores. De esta manera, la organización económica y por lo tanto las estrategias de reproducción de los grupos humanos, giraban en torno del control de los rebaños, supeditándose las demás prácticas al desarrollo de estas actividades (Yacobaccio 2001).

Sin embargo, recientes investigaciones en diversas localidades arqueológicas de los Andes Centro-Sur han mostrado la importancia del desarrollo de prácticas como la cacería y la agricultura para poblaciones locales con ocupaciones pastoriles (Cartajena 1994; Elkin 1996; Haber 1999, 2001, 2003, 2006; Quesada 2001, 2007; Revuelta 2005; Cartajena *et al.* 2007). En este sentido, las investigaciones centradas en conjuntos faunísticos han evidenciado una preponderancia relativa del aprovechamiento de camélidos silvestres, específicamente vicuñas, como sucede en Tebenquiche Chico 1 (Haber 2001, 2006; Revuelta 2005), Quebrada Seca 3 (Elkin 1996) y Real Grande 1 (Olivera 1997) en el área puneña de la provincia de Catamarca, y Huachichocana III (Yacobaccio y Madero 1992) en la Puna jujeña. Esto nos permite reflexionar acerca del rol de la cacería de vicuñas para el período agro-pastoril y la organización de los paisajes cazadores en relación a contextos sociales más amplios.

Por lo tanto, el objetivo de este trabajo es evaluar la representación diferencial de especies silvestres y domesticadas a partir del estudio de dos muestras arqueofaunísticas provenientes de las unidades domésticas TC1 y TC2 de la quebrada de Tebenquiche Chico (Dpto. Antofagasta de la Sierra, Provincia de Catamarca) para luego proponer, junto con otra serie de evidencias, la importancia y la permanencia de la cacería de vicuñas a través del tiempo. Las unidades domésticas aquí analizadas presentan la particularidad de poseer una ocupación prolongada durante el primer milenio de la era y una reocupación durante el período colonial. Esta particularidad

permite evaluar la importancia de las prácticas de caza desde una perspectiva de largo término, analizando de qué manera diversas coyunturas políticas, sociales y económicas juegan un papel destacado en la organización del aprovechamiento de la fauna silvestre.

LA QUEBRADA DE TEBENQUICHE CHICO

El área de estudio tiene como marco el Salar de Antofalla, depresión tectónica de orientación NNO-SSE que abarca aproximadamente 150 km de largo y 12 de ancho, y separa las sierras del Calalaste (5350 msnm) hacia el sur y de Antofalla (6100 msnm) hacia el norte (Figura 1). La primera cierra la cuenca de Antofalla y separa a ésta de la de Antofagasta de la Sierra, mientras que la segunda, caracterizada por la presencia de una diversidad de quebradas que descienden hacia el Salar, cierra la cuenca al noroeste. Las quebradas que descienden al Salar de Antofalla comparten la característica de iniciarse en uno o más ojos de agua y descender hasta el salar, donde se insume su curso, formándose grandes conos de deyección. Entre estas quebradas podemos nombrar, desde el SW hacia el NE, las de Botijuelas, Las Minas, Las Cuevas, Onas, Antofalla, Tebenquiche Grande, Tebenquiche Chico y Antofallita.

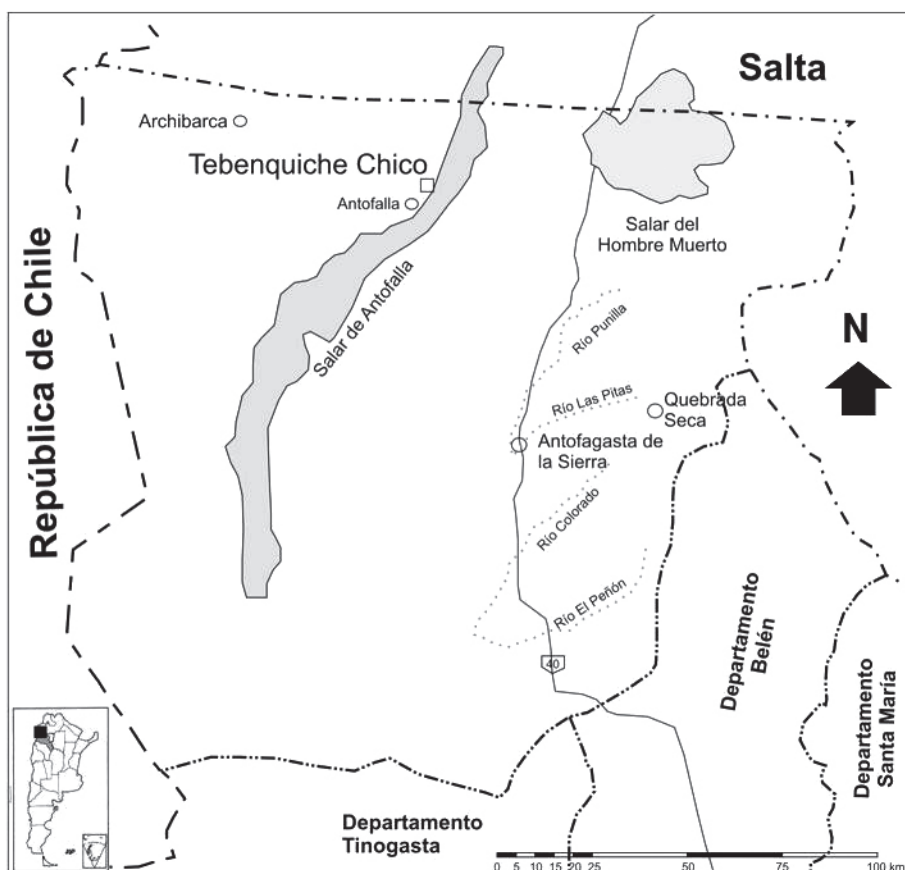


Figura 1. Mapa del departamento Antofagasta de la Sierra, donde se marca la ubicación de la quebrada de Tebenquiche Chico y algunas localidades nombradas en el texto.

Este sector, ubicado en lo que se conoce como Puna sur o salada, se caracteriza por su extrema aridez con un clima de tipo árido andino puneño, con precipitaciones medias de 100 mm anuales. Presenta una amplitud térmica muy marcada, provocando heladas durante cualquier época del año. La vegetación muestra dos tipos de distribución: una vegetación concentrada, conformada por vegas que se caracterizan por una cobertura de césped más o menos continuo, asociadas a corrientes de agua lenta (Haber 1991) y una vegetación dispersa conformada por tolares y pajonales. El tolar está formado por arbustos en su mayoría espinosos pertenecientes a los géneros *Adesmia*, *Acantholippia*, *Baccharis*, *Fabiana*, *Senecio* y *Paratresphia*. El pajonal se encuentra formado por matas de gramíneas de gran valor forrajero, predominando los géneros *Festuca*, *Stipa* y *Deyeuxia* (Haber 1991; Elkin 1996). Con respecto a la fauna, se observa una variedad de taxones importantes para la comprensión de las estrategias sociales de apropiación de los recursos. Entre los mamíferos encontramos roedores de las familias *Abrocomidae*, *Cavidae* y *Ctenomyidae*, entre otros. Los camélidos forman parte de la fauna local, con la presencia de vicuñas (*Vicugna vicugna*) y llamas (*Lama glama*), mientras que la alpaca (*Lama pacos*) no se encuentra en el NOA (Olivera 1997; Yacobaccio *et al.* 1997-1998), ya que está adaptada a un hábitat particular con humedad importante como los bofedales (Custred 1977)⁴. En la actualidad el guanaco (*Lama guanicoe*) tampoco se observa en esta región, situación que se constata también en Antofagasta de la Sierra (Olivera 1991; Olivera y Elkin 1994), desconociendo por el momento la causa de dicha ausencia o el momento de su retraída⁵. También se encuentran en el sector algunos carnívoros, como pumas (*Puma concolor*) y zorros (*Pseudalopex* spp).

La Quebrada de Tebenquiche Chico yace al poniente del Salar de Antofalla, desembocando en un amplio cono. Se origina en un ojo de agua a 4900 msnm y posee una longitud de 7,8 km. Sobre las terrazas de esta quebrada se encuentra ubicada una aldea formada por 13 compuestos domésticos (Figura 2). Por este último, Haber (2006) definió al espacio ocupado por un conjunto de estructuras arquitectónicas integrado por un núcleo residencial compacto de habitaciones y patios, generalmente acompañado por estructuras agrícolas, en las que se observan canales de



Figura 2. Vista general de la quebrada de Tebenquiche Chico, donde se puede observar el paisaje de vega en el fondo de la quebrada y las terrazas donde se ubican las evidencias arqueológicas.

riego (Quesada 2001; Haber 2006). En esta investigación nos centraremos en dos de ellos, que describiremos a continuación: TC1 y TC2⁶.

TC1 (Figura 3): se encuentra sobre la terraza este, al borde de la barranca del curso de agua. El compuesto doméstico TC1 está integrado por dos recintos habitacionales contiguos (TC1A1 y TC1A2), delimitados por muros elevados y comunicados por un vano de circulación de orientación este-oeste, a los cuales se accede desde un patio (TC1A5). Otros dos espacios (TC1A3 y TC1A4) están delimitados por líneas bajas de piedra ubicados hacia el oeste. Hacia el este hay tres grandes parcelas (TC1A6, TC1A7 y TC1A8), que son regadas por dos canales (TC1C1 y TC1C2). Se han realizado 14 fechados radiocarbónicos en diferentes sectores de la secuencia estratigráfica, hecho que permite reconstruir un largo período de ocupación humana que se origina aproximadamente entre el 250 d.C. y el 400 d.C., llegando hasta aproximadamente entre el 1650 d.C. y el 1800 d.C., interrumpido por un hiato entre el 1300 d.C. y el 1500 d.C. (Haber 2006).

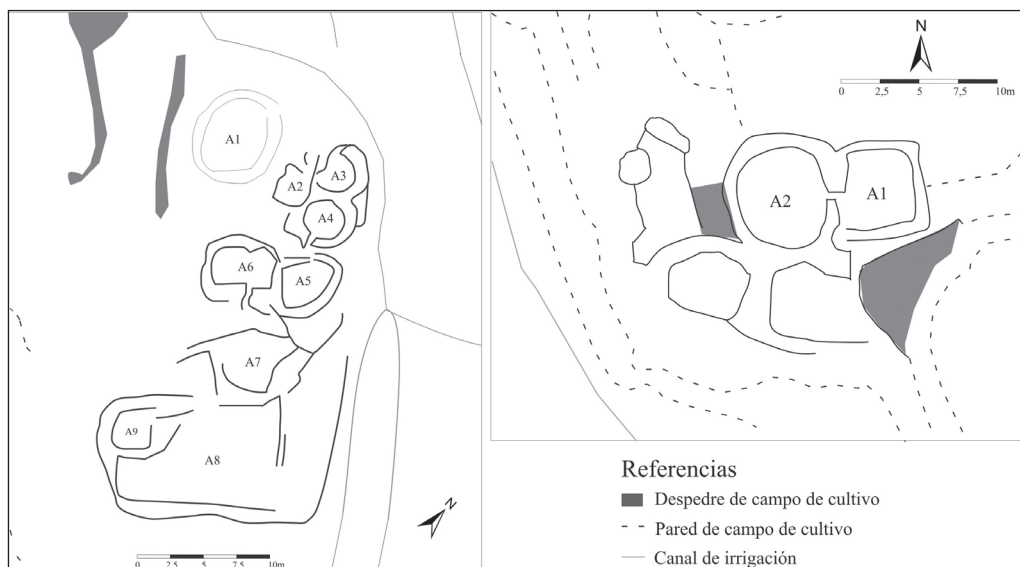


Figura 3. Planos de las unidades domésticas TC1 (derecha) y TC2 (izquierda) (modificados de Haber 2006), de donde provienen las muestras analizadas en este artículo. En el caso de TC1 se indican únicamente las áreas excavadas (1 y 2), mientras que para TC2 se encuentran dibujadas todas las estructuras que conforman la unidad doméstica.

TC2: Este núcleo residencial presenta dos recintos (TC2A4 y TC2A5), que se disponen al norte y sur de un patio (TC2A10), con sus entradas hacia el este. Al norte de TC2A4 hay otros dos recintos contiguos (TC2A2 y TC2A3), siendo el último probablemente un patio. Al oeste de TC2A5 se ubica un recinto contiguo pero con entrada hacia el sur, hacia otro patio (TC2A11), el cual, a su vez, tiene la entrada orientada hacia otro recinto (TC2A7). Al sur de éste hay un recinto de grandes dimensiones (TC2A8) con entrada orientada al norte, junto con uno más pequeño (TC2A9) en su esquina nororiental (Haber 2006). Esta unidad doméstica presenta, al igual que TC1, una ocupación durante el primer milenio de la era y una reocupación colonial. Esta última pudo ser identificada de mejor manera que en TC1 dado que se registró un piso de ocupación con materiales correspondientes a este período, consistentes en instrumentos de hierro y cuentas de vidrio (Lema 2004; Haber 2006).

LA CATEGORIZACIÓN DE LOS CAMÉLIDOS

Dos dominios principales parecen caracterizar generalmente a los animales en el mundo andino, ambos en función de sus relaciones con los humanos. Estas dos diferencias encuentran correlato en dos etnocategorías quechua-aymaras como *sallqa* y *uywa* (Grebe Vicuña 1984; Arnold y Yapita 1998; Puló de Ortíz 1998; Haber 1999, 2006, 2007), donde los primeros refieren a los animales silvestres por excelencia (entre ellos, la vicuña) que son criados por la tierra o los cerros, y los segundos, a los animales domesticados (como la llama), con dueños, criados por la gente.

Como es sabido, existen cuatro especies de camélidos sudamericanos, dos en estado silvestre (guanacos y vicuñas) y dos domesticadas (alpacas y llamas). En la actualidad, como se dijo más arriba, el único camélido silvestre presente en la zona de estudio es la vicuña (*Vicugna vicugna*). Ésta habita en las franjas más altas de los Andes (entre los 3600 y 4800 msnm), abarcando las Provincias Altoandina y Puneña, encontrándose en las provincias de Jujuy, Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan (Canedi *et al.* 1998). Es un bebedor diario (Franklin 1982) y su organización social se compone principalmente por machos solitarios, grupos de machos y grupos familiares. Poseen un sistema de defensa del territorio más desarrollado que el guanaco, abarcando áreas claras de dormidero y pastoreo. Como se conoce, la fibra de la vicuña es muy fina, con un grosor promedio de 13,2 micrones (Guerrero Lara 1986), aunque las fibras analizadas en Chile arrojaron un diámetro de $12,07 \pm 2,33$ (Gecele y Glade 1983 en Benavente *et al.* 1993). La calidad de la fibra varía según la zona del cuerpo que se trate, siendo la de mejor calidad la del lomo y costillar medio (Hoffmann *et al.* 1983). Su distribución en la provincia de Catamarca abarca los departamentos de Antofagasta de la Sierra, noroeste de Tinogasta, noroeste de Santa María y norte de Belén (Canedi *et al.* 1998).

Por otro lado, el único camélido domesticado presente es la llama (*Lama glama*), cuyos rebaños pastorean a lo largo de la vegas que dan vida a las quebradas de Tebenquiche Chico, Tebenquiche Grande y Antofalla. La llama habita entre los 2300 y 4000 msnm. (Franklin 1982), siendo su límite de distribución más austral la provincia de Catamarca en Argentina y Antofagasta en Chile (Guerrero Lara 1986). Su comportamiento es similar al de vicuñas y guanacos (Franklin 1982; Haber 1995-1996). Los grupos familiares se componen por varias hembras, sus crías y un macho adulto llamado comúnmente “relincho”, manteniendo también un territorio con áreas bien definidas de dormidero y comedero. Estacionalmente los rebaños se llevan a pastorear desde las zonas más bajas (vegas) hacia las más altas (pajonales) (Haber 1995-1996; Yacobaccio *et al.* 1997-1998). Su vellón es de menor calidad que la que se conoce para la alpaca (Guerrero Lara 1986), y sus diámetros varían entre 30 a 22,56 micras según medidas tomadas en adultos (Lanino 1977 en Benavente *et al.* 1993).

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Para ambas unidades domésticas centramos la investigación en el conjunto faunístico recuperado de las excavaciones estratigráficas. La metodología de análisis implicó un primer aspecto tafonómico, destinado a medir los procesos de modificación de los especímenes óseos desde su depositación hasta su recuperación, y un segundo factor taxonómico, relacionado con la identificación de los especímenes óseos y de su asignación específica.

Tafonomía

Para evaluar la conservación y el estado de las muestras arqueofaunísticas utilizamos la medición de los grados de meteorización de cada espécimen *sensu* Behrensmeyer (1978), utili-

zando la escala de 0 a 5. También tuvimos en cuenta las modificaciones producidas por roedores y carnívoros (Binford 1981; Lyman 1994; Mondini 1999, 2000), considerando su ubicación, forma, tamaño y frecuencia.

Taxonomía

Para la identificación de los elementos esqueléticos, el primer paso fue su comparación con muestras actuales de referencia⁷, considerando aspectos diagnósticos de cada espécimen óseo como epífisis, carillas articulares, inserciones musculares, agujeros nutricios, etc. (Mengoni Goñalons 1988, 1999). Una vez identificado el elemento (por ejemplo: epífisis distal de tibia derecha) reconocimos su diferenciación taxonómica utilizando un criterio osteométrico.

Este criterio se basa en la posibilidad de diferenciar las distintas especies de camélidos andinos en función de las variaciones de tamaño existente entre las mismas (de menor a mayor, vicuñas, alpacas, guanacos y llamas). Esta vía metodológica permite discriminar principalmente dos grupos de tamaños, uno grande que incluye a llamas y guanacos, y otro pequeño, con vicuñas y alpacas. El problema radica en discriminar en el interior de cada grupo. En nuestro caso, ello podría simplificarse por las siguientes consideraciones. El grupo pequeño estaría representado solamente por vicuñas dado que, como se dijo en acápite anteriores, la alpaca no habitó el NOA, lo cual facilitaría su identificación taxonómica. En lo que concierne al grupo correspondiente a tamaños grandes, tanto llamas como guanacos podrían estar presentes en el conjunto faunístico de TC1 y TC2, por lo cual tendríamos en rigor un grupo indiferenciado de llamas/guanacos. Los especímenes que seleccionamos para la aplicación del criterio osteométrico fueron las primeras falanges, dada su excelente representación en ambos conjuntos y por ser buenas indicadoras de las diferencias de tamaño entre ambos taxones, siempre y cuando se encuentren fusionadas, tomándose en cuenta la relación entre tamaño y fusión (Miller 1979; Kent 1982; Madero 1993; Haber 2001, 2006; Revuelta 2005; Izeta 2007).

Por último, es de destacar que para el manejo de los dos conjuntos utilizamos básicamente como unidad de cuantificación el NISP, que es el número de especímenes óseos (huesos enteros o fragmentados) identificados por taxón (Grayson 1984), cuyas ventajas y/o desventajas son bien conocidas (Mengoni Goñalons 1999). Esta unidad nos permite un manejo general de los conjuntos, facilitando su comparación a fines de interpretar los mismos.

Perfiles etarios

Para evaluar la edad de muerte de los animales que conforman los conjuntos analizados, exploramos sólo genéricamente los porcentajes de huesos no fusionados, semi fusionados y fusionados, tomando la propuesta de Kent (1982); aunque agrupamos las dos últimas en una sola categoría (fusionados). Igualmente, seguimos lo planteado por Mengoni Goñalons (1999) al tener en cuenta algunos indicadores de edad menos variables, por ejemplo, dividiendo aquellas fusiones que ocurren tempranamente (el acetábulo de la pelvis, la tróclea del húmero distal, etc.), de aquellas que ocurren tardíamente (la cabeza del fémur proximal, la epífisis del fémur distal, etc.) (Mengoni Goñalons 1999). Esto permite caracterizar al conjunto en base a dos grandes categorías: animales inmaduros (no fusionados) y animales maduros o adultos (semi fusionados y fusionados).

LOS CAMÉLIDOS EN LAS UNIDADES DOMÉSTICAS

TC1

En la excavación de esta unidad estratigráfica se recuperaron 4022 especímenes correspondientes a *Artiodactyla*, de los cuales 2785 especímenes (69 por ciento) han podido ser asignados

a *Camelidae* (Revuelta 2005, 2008). En la figura 4 se muestra la representación del NISP%, que presenta los picos en las falanges proximales (314 especímenes), mesiales (226 especímenes) y distales (156 especímenes), costillas (282 especímenes) y sesamoides (164 especímenes).

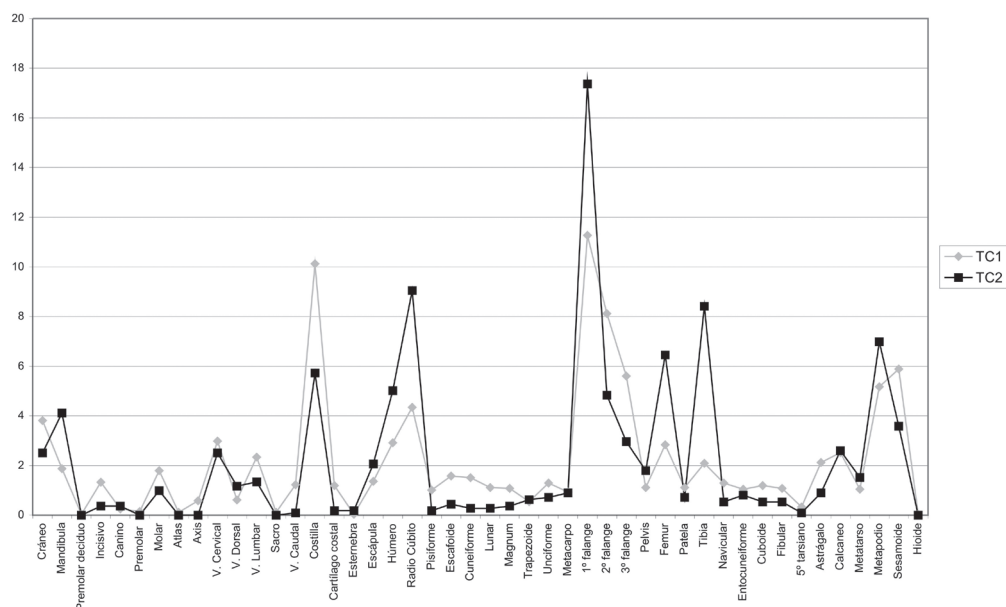


Figura 4. Representación de NISP% en las dos unidades domésticas analizadas en este texto.

Esta muestra presenta un buen estado de conservación general, encontrándose el 74% de la misma entre los estadios 0 a 2 de meteorización. La acción de roedores y carnívoros en el conjunto afectó un 10% con respecto al total de la muestra (4022 especímenes), o un 13,8% en función solamente de los valores del NISP (2785 especímenes). Entre los huesos más afectados por carnívoros, observamos que las mayores frecuencias se encuentran en costillas con 28 fragmentos, falanges proximales con 13 fragmentos y vértebras lumbares con 11 fragmentos.

Entre los carnívoros más comunes de la Puna se encuentran dos especies de zorros, el colorado (*Pseudalopex culpaeus*) y el gris (*P. griseus*), siendo el primero el más grande (Mondini 1996, 2000). En ambos casos su dieta es omnívora, pero presentan algunas diferencias ya que el zorro colorado se basa principalmente en pequeños mamíferos e incluye la carroña de vertebrados más grandes, y el zorro gris es más carroñero que el anterior (Mondini 1996). También se encuentra el puma (*Puma concolor*), que es por excelencia cazador.

Con respecto a los huesos afectados por roedores, figuran en orden de importancia, falanges proximales con 44 fragmentos, mesiales con 39 fragmentos, costillas con 33 fragmentos, sesamoides con 31 fragmentos, falanges distales con 24 fragmentos y metapodios con 22 fragmentos. Entre los roedores de la fauna local de la quebrada y del conjunto zooarqueológico de TC1 se encuentran sigmodontinos (*Phyllotis* sp. cf. *xanthoygus*, *Akodon* sp. o *Abrotes* sp., *Neotomys ebriosus* y *Eligmodontia* sp.) y caviomorfos (*Ctenomys* sp., *Lagidium viscacia*, *Abracoma* sp. y *Chinchilla* sp.) (Haber 2006). Las marcas podrían ser asignadas por sus características, principalmente por su tamaño, a roedores pequeños.

En lo que se refiere a los perfiles etarios del conjunto, tenemos una presencia de 531 especímenes que están fusionados y 368 no fusionados. En otras palabras, podríamos decir que según los criterios seguidos para esta variable, tenemos un 59% de animales maduros y un 41% de animales inmaduros. Ahora bien, adelantándonos a la información que consignamos en el párrafo siguiente,

es pertinente mencionar que dentro del total de elementos asignados a primeras falanges, un 71% (n=161) se encuentran fusionadas y un 29% (n=61) no lo están.

Dado que uno de los principales objetivos de este trabajo es evaluar las prácticas de caza en contextos agropastoriles, es necesario identificar la selección de especies silvestres y domésticas en los conjuntos analizados. Una de las principales vías de adscripción taxonómica de restos arqueofaunísticos de camélidos ha sido la comparación de los tamaños a través de la utilización de la osteometría (Miller y Burger 1994; Yacobaccio *et al.* 1997-98; Izeta 2007). Para el caso de TC1, tomamos las medidas de las primeras falanges para evaluar la similitud en los tamaños, las que fueron comparadas con valores conocidos de muestras comparativas (Izeta 2004; Belloti López de Medina 2007; Srur e Izeta 2008). Tuvimos en cuenta aquellas falanges que presentaran las áreas de medición para este análisis, como así también que se encontraran fusionadas.

En la figura 5 mostramos el dendograma (siguiendo el sistema UPGMA, distancia Manhattan) con los datos métricos de las falanges de TC1 y de las muestras comparativas. En la misma podemos observar dos poblaciones principales, una caracterizada por los camélidos de tamaños grandes que se correlacionan con las medidas de llamas y guanacos comparativos, a los que no pudieron ser asignados valores de muestras arqueológicas. La otra población podría ser dividida en otras dos, una con medidas de camélidos grandes a la que se asocia un espécimen recuperado en TC1 y algunos de vicuñas y valores correspondientes a elementos arqueológicos. Estas falanges no podrían ser asignadas a ninguna de las especies, sino simplemente a camélidos, ya que existe una correlación con las diferentes poblaciones de camélidos. Finalmente, la otra población presenta la mayoría de los valores arqueológicos que se asociarían con medidas correspondientes a vicuñas.

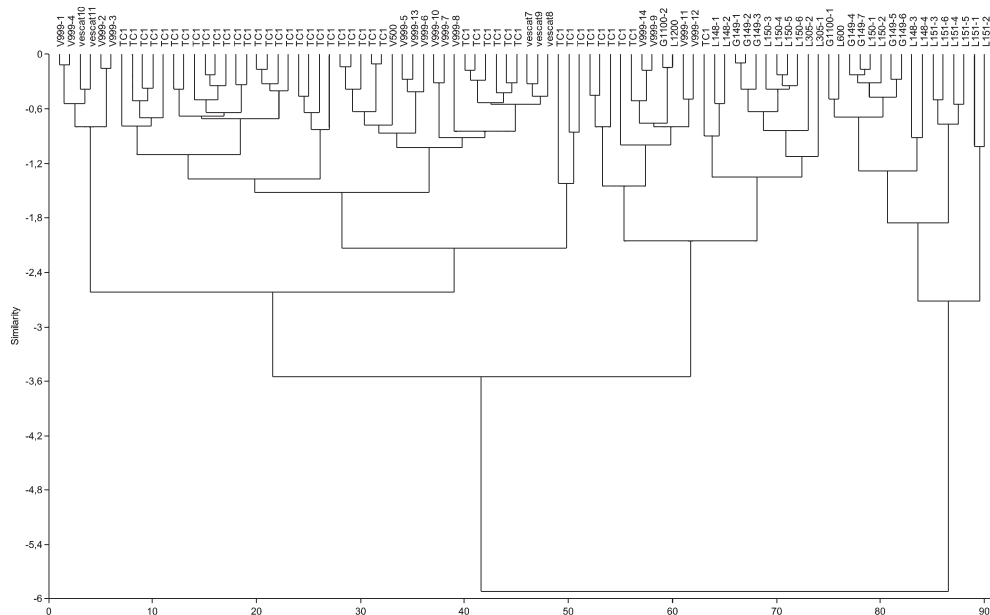


Figura 5. Dendrograma correspondiente a las mediciones de cinco variables para primeras falanges. Las medidas utilizadas son: largo máximo, ancho de la superficie articular proximal, alto de la superficie articular proximal, ancho de la superficie articular distal y alto de la superficie articular distal (Kent 1982). Los valores que se indican como TC1 corresponden a los ejemplares medidos procedentes de la excavación de dicha unidad doméstica, mientras que aquéllos cuya primera letra es L corresponde a llamas, V corresponde a vicuñas y G a guanacos. Las medidas de referencia fueron tomadas de Belloti López de Medina (2007), Izeta (2004) y Srur e Izeta (2008).

Para observar esta distribución de otra manera, realizamos un análisis bivariado en el cual comparamos las medidas de largo total y el ancho latero-medial de la epífisis proximal de falanges proximales completas con valores conocidos de referencia⁸. Mediante este análisis, de la totalidad de falanges identificadas (n=314), 75 fueron asignados a vicuñas (84,3%) y 14 a llamas/guanacos (15,7%) (Figura 6). La representación diferencial de primeras falanges a favor de vicuñas se observa también en otros elementos óseos identificados taxonómicamente siguiendo algunas claves macroscópicas (Benavente *et al.* 1993), las cuales fueron vertidas en otro lugar (Revuelta 2005, 2008; Haber 2006). Sin embargo, teniendo en cuenta algunas críticas realizadas a esta metodología (Cartajena 2003), hemos decidido aquí no utilizar la información obtenida a través de dicho estudio.

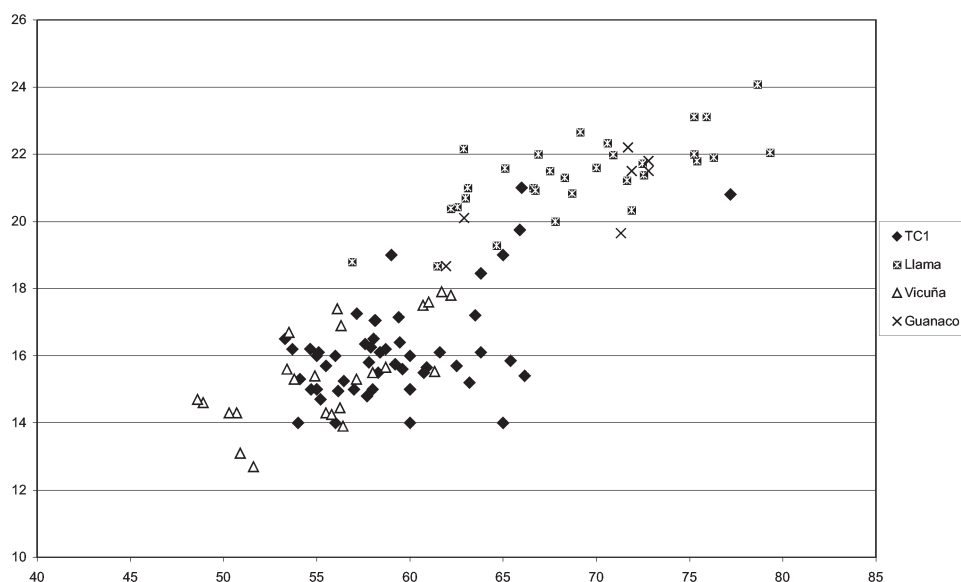


Figura 6. Osteometría de falanges proximales (ancho latero-medial de la epífisis proximal y largo total) de TC1. Las medidas de referencia fueron tomadas de Belloti López de Medina (2007), Izeta (2004) y Srur e Izeta (2008).

TC2

En la unidad doméstica TC2 identificamos 1622 especímenes óseos correspondientes a *Artiodactyla*, de los cuales 1118 pudieron ser identificados como pertenecientes a *Camelidae* (en términos porcentuales sería el 68,9%). En la figura 4 observamos el NISP del conjunto de TC2 donde se observan los picos de mayor representación en las primeras falanges, tibias, radio-cúbitos, metapodios, fémures y costillas. Al igual que en TC1, esta unidad doméstica muestra un muy buen estado de conservación general, donde el 75% del conjunto se encuentra ubicado en los estadios 0 a 2, aunque es un poco más alta la presencia de elementos con meteorización 3 y más baja la correspondiente a la meteorización 0 en relación con TC1. La presencia de marcas de roedor y/o carnívoros no parece incidir de manera definitiva en la conservación de los especímenes óseos. Se pudieron identificar 77 especímenes con marcas que alcanzan casi el 5% de la muestra total. Del total de piezas que presentan marcas, 54 corresponden a huesos identificados, mientras que 23 corresponden a especímenes no identificados.

Con respecto a la diferenciación entre marcas de roedores y carnívoros, hemos notado en 7 especímenes marcas de ambos, mientras que 53 corresponden a huellas de roedores y 12 a marcas de carnívoros; los restantes presentan marcas no identificadas. Los especímenes óseos que presentan una mayor afección por marcas son las primeras falanges (15 marcas), mientras que las demás partes esqueléticas no superan las 5 marcas. Sin embargo, si comparamos porcentualmente la cantidad de marcas en relación con la cantidad de huesos encontrados, los que presentan una mayor representación son los metapodios con 20%, los trapezoides con 14,3% y el calcáneo con 13,8%, mientras que las primeras falanges con marcas representan únicamente el 7,7%. En conclusión, notamos una muy baja acción de roedores y carnívoros en la muestra de TC2.

En relación a los perfiles etarios de la muestra de TC2 (n=361), podemos observar un alto predominio de ejemplares fusionados, que alcanza el 70,9% de la muestra total (n=256), frente al 29,1% correspondiente a especímenes no fusionados (n=105). Ahora bien, si acotamos esta información a la obtenida para las primeras falanges, notamos que 99 de estos ejemplares se encuentran fusionados (68,7%), indicando el aprovechamiento de animales maduros, mientras que 45 se encuentran no fusionados (31,2%).

Para la asignación taxonómica procedimos de la misma manera que en TC1, obteniendo un dendograma que nos permite diferenciar dos poblaciones mayores, una correspondiente a los valores de llama y guanaco, donde dos elementos de TC2 pueden ser relacionados (Figura 7). Luego la otra población mayor, al igual que en TC1 puede ser dividida en dos, una de las cuales corresponde a algunos valores compartidos de llamas, guanacos y vicuñas y donde se incluyen algunas medidas de especímenes arqueológicos, que se corresponderían a elementos cuya diferenciación interespecífica por el momento no es posible. La última población se corresponde con valores de vicuñas y es donde se agrupa la mayor parte de los valores medidos de TC2.

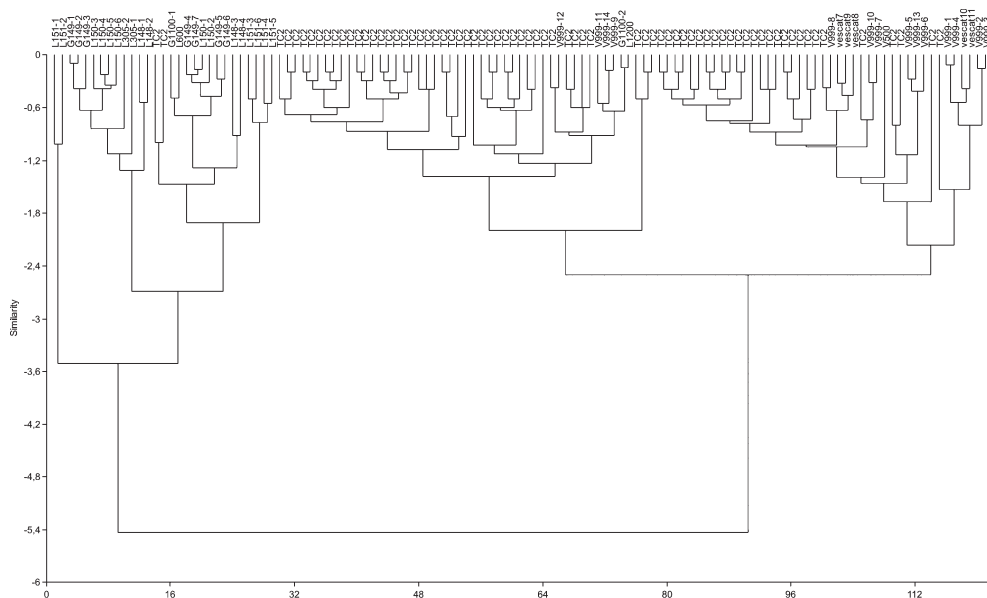


Figura 7. Dendrograma correspondiente a las mediciones de cinco variables para primeras falanges. Las medidas utilizadas son: largo máximo, ancho de la superficie articular proximal, alto de la superficie articular proximal, ancho de la superficie articular distal y alto de la superficie articular distal (Kent 1982). Los valores que se indican como TC2 corresponden a los ejemplares medidos procedentes de la excavación de dicha unidad doméstica, mientras que aquéllos cuya primera letra es L corresponde a llamas, V corresponde a vicuñas y G a guanacos. Las medidas de referencia fueron tomadas de Belloti López de Medina (2007), Izeta (2004) y Srur e Izeta (2008).

Al analizar los valores de largo y ancho máximo, notamos, al igual que en TC1, que la mayor parte de los especímenes se asocian a los valores de referencia de vicuñas. Reconocimos 194 especímenes de primeras falanges, de las cuales 62 pudieron ser asignadas a vicuña (91,2%) y a llama/guanaco solamente 6 (8,8%) (Figura 8).

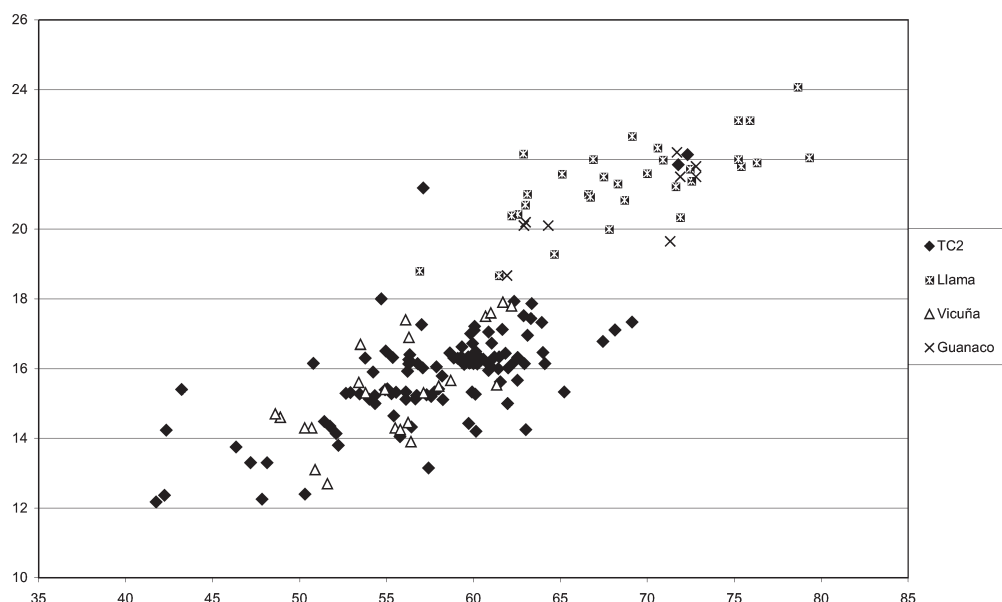


Figura 8. Osteometría de falanges proximales (ancho latero-medial de la epífisis proximal y largo total) de TC2. Las medidas de referencia fueron tomadas de Belloti López de Medina (2007), Izeta (2004) y Srur e Izeta (2008).

LA CAZA DE VICUÑAS A LO LARGO DEL TIEMPO

Ambos compuestos presentan similitudes en cuanto a la caracterización de los conjuntos óseos, teniendo en cuenta que en su mayoría TC1 estaría representando la ocupación del primer milenio y TC2 la del segundo milenio. Esto nos permite pensar en un aprovechamiento similar a lo largo de la historia de ocupación del oasis de Tebenquiche Chico. Incluso, si evaluamos en términos diferenciales ambos períodos, notamos que para el primer milenio en TC1 identificamos una representación del 85% para vicuñas frente al 15% correspondiente a especies de tamaño grande (llamas y/o guanaco). Por su parte, en TC2, el conjunto se corresponde casi en su totalidad a la reocupación colonial, siendo que solamente 58 especímenes óseos corresponden al primer milenio, de los cuales 18 pudieron ser identificados y sólo una falange pudo ser diferenciada como correspondiente a vicuña, mientras que los demás especímenes fueron caracterizados como pertenecientes a *Camelidae*. Esto se puede deber a la limpieza que se realizó del recinto previo a la reocupación colonial, donde el conjunto muestra una representación superior al 90% para vicuñas.

Por lo tanto, notamos que ambas estructuras tienen una importante representación de vicuñas y que, además, tal vez la misma aumentaría durante la reocupación colonial. Este punto es importante dado que permite apreciar la permanencia de prácticas de caza en las poblaciones que ocuparon la aldea de Tebenquiche Chico en los diferentes momentos históricos, dado que la vicuña únicamente puede ser apropiada a través de la cacería.

OTRAS EVIDENCIAS DE CAZA EN EL ÁREA

Hasta aquí hemos visto la manera en que el registro faunístico nos muestra la relativa importancia de las prácticas de caza en el área de estudio. Sin embargo, existen otras evidencias que nos hablan acerca de la relevancia de la vicuña para los pobladores de Tebenquiche Chico. Datos importantes acerca de estas prácticas nos lo proporciona la presencia de varios ejemplares de puntas de proyectil manufacturados en materia prima lítica y ósea.

En la unidad doméstica TC1 recuperamos un total de 37 puntas de proyectil manufacturadas 11 en basalto-andesita negro y 26 en obsidiana⁹. Casi la totalidad de las puntas de proyectil presentaban retoque y microretoque bifacial parcial o totalmente extendido, forma triangular con pedúnculo y aletas destacadas (Figura 9). Los tamaños de las puntas de proyectil completas son principalmente pequeños (83,8%) y los módulos son primordialmente medianos alargados (54%) y laminares normales (24,3%)¹⁰. Las puntas de proyectil representan el 11% del total de instrumentos identificados en TC1, notándose una representación no muy alta, pero que nos permite pensar en la importancia de estas prácticas. Estas puntas de proyectil han sido asignadas al primer milenio de la era y corresponderían a un sistema de armas compuesto de arco y flecha, de acuerdo a las características tecnológicas de las mismas (Moreno 2005, 2007).



Figura 9. Diseño de las puntas de proyectil características del primer milenio de la era.

Para el período correspondiente a la reocupación colonial, la tecnología utilizada para la apropiación de las vicuñas cambia radicalmente, dado que se reemplaza la materia prima lítica por la ósea, aunque el sistema de armas permanece constante. A partir de las excavaciones realizadas en Tebenquiche Chico, se han recuperado 13 puntas de proyectil de forma lanceolada y base escotada, ocho en TC2 y cinco en TC1 (Figura 10). En la última unidad doméstica solamente se recuperó un espécimen completo cuyas dimensiones alcanzan 76,5 mm de longitud máxima, 13,6 mm de ancho máximo y 5,1 g de peso. En TC2, seis de las ocho puntas de proyectil se recuperaron completas, variando el largo máximo entre 69,8 y 184 mm. y el ancho máximo entre 14,6 y 20,7 mm. Apparently se utilizaron metapodios de camélidos como forma base (Lema 2004).

La presencia importante de puntas de proyectil se encuentra asociada a la relevancia de las prácticas de caza para las personas que habitaron estas casas en el largo término. Un aspecto interesante es analizar el por qué de esta modificación en la tecnología. Como vimos la reocupación colonial marcó la puesta en funcionamiento nuevamente de las unidades domésticas y de las redes



Figura 10. Punta de proyectil manufacturada en hueso registrada en la excavación de TC2.

de riego (Lema 2004), pero la tecnología de caza sufrió una modificación significativa. Diversas investigaciones arqueológicas en el NOA han mostrado la presencia de estas puntas de proyectil para momentos incaicos y posteriores (Lema 2004), mientras que para momentos preincaicos se encuentran ausentes en el área andina, aunque en la llanura chaco-santiagueña se encuentran presentes para el siglo XIII d.C., asociadas a cerámicas Averías y Sunchituyoj (Lorandi y Carrió 1975; Lema 2004). El cambio tecnológico ha sido interpretado por Lema (2004) como una conjunción de varios factores. Por un lado, un cambio en la accesibilidad de la materia prima, rompiendo antiguas redes de intercambio que se articulaban alrededor de materias primas líticas y por otro lado, implican relaciones directas con poblaciones de los valles orientales o sudorientales, dado que la tecnología de puntas de proyectil óseas es similar y preexistente. Por último, esta modificación permitía a las poblaciones locales la realización de prácticas de caza obteniendo la materia prima para sus armas de las propias presas, siendo innecesario el conocimiento acerca de la ubicación de las fuentes de materia prima lítica o los conocimientos técnicos para su procesamiento. Por lo tanto, se marca una modificación tanto en los modos de realización de las prácticas de caza como en los objetivos que llevan a su realización, como veremos más adelante en este trabajo.

Otra vía de acceso a la importancia de estas prácticas es la estructuración de los paisajes de caza presentes en el área de estudio. En la quebrada de Tebenquiche Chico, se han podido identificar canales de riego hasta casi los 4000 msnm (Quesada 2007), marcando un aprovechamiento casi completo de la quebrada para la realización de actividades agrícolas. Esto implica necesariamente que las cacerías debían ejecutarse en otros paisajes, dado que el constante movimiento de personas en las áreas de cultivo provocaría el escape de las vicuñas hacia otros lugares, donde la interacción con las poblaciones humanas habría sido menos frecuente. Es por ello que creemos que las cacerías podrían haber sido realizadas en otros lugares, como por ejemplo, la quebrada de Antofalla. Esta quebrada, distante unos 15 km de Tebenquiche Chico, presenta una diversidad de evidencias relacionadas con las prácticas de caza. Allí hemos podido identificar paisajes en los cuales se habrían realizado las cacerías, definidos por el aprovechamiento de rasgos naturales del entorno a los cuales se les adosan estructuras que permiten el escondite de los cazadores. Las estructuras principalmente aprovechadas son los parapetos o trincheras (Figura 11), caracterizadas como pequeños muros en forma de medialuna con una longitud que varía entre 1,5 y 4 m y con una altura máxima promedio de 0,7 m. Estas estructuras se encuentran siempre ubicadas en posiciones elevadas y asociadas varias de ellas, pudiéndose aprovechar en conjunto en cazas comunales. Además, se encuentran vinculadas a pasos o abras que utilizan las vicuñas en sus movimientos diarios entre las áreas altas aprovechadas como dormitorios y las áreas bajas de pastura y bebedero. En la quebrada de Antofalla hemos registrado 503 trincheras, posiblemente utilizadas a lo largo de los últimos 11000 años (Moreno 2009). Se observa una reutilización de estos paisajes, marcada principalmente por la presencia de puntas de proyectil líticas correspondientes



Figura 11. Ejemplos de trincheras posiblemente utilizadas para cazar vicuñas registradas durante los trabajos de campo realizados en la quebrada de Antofalla.

a diferentes momentos temporales, incluidos puntas semejantes a las identificadas en TC1 para el primer milenio de la era. Creemos entonces que periódicamente los pobladores de Tebenquiche Chico podrían haberse trasladado hasta Antofalla para la apropiación de vicuñas, que luego eran transportadas nuevamente a las unidades domésticas para su procesamiento definitivo.

Existe un tercer aspecto que sostendría también esta idea, como es la presencia de fanéreos recuperados en TC1 identificados como de vicuña. Los mismos constan de restos de fibra con sustancias adheridas (suciedades), recortes de cuero con pelo producidos durante las actividades de esquila de los mismo y fibras sin hilar e hiladas, lo que estaría vinculado con procesos de hilado y preparado de textiles con fibras de alta calidad (Haber 2006).

¿POR QUÉ SE CAZABA EN ESTOS MOMENTOS?

Ahora bien, pensando en ocupaciones con un importante desarrollo agrícola y posiblemente la implementación del pastoreo e incluso el control estatal, ¿por qué estas poblaciones continuaron cazando vicuñas?

Variadas han sido las respuestas frente a esta situación. Una podría ser la implementación de prácticas de caza en momentos de stress ambiental que provocan una mala cosecha, o algún inconveniente en la reproducción de los rebaños. Otra explicación estaría dada por el aporte de proteínas que implica la explotación de estos animales silvestres, lo cual no afectaba la reproducción de los rebaños domésticos y promovía su aumento. Sin embargo, notamos en ambas respuestas una limitación a la hora de explicar los factores e implicancias sociales y políticas de dicha explotación, ya que no hay que explicar la presencia de vicuñas sino su alta representación en relación con camélidos domesticados.

La preponderancia de vicuñas además de implicar la puesta en práctica de cacerías realizadas probablemente en sectores más alejados, como así también el transporte de distintas partes

producto de los descuartizamientos primarios y secundarios de los lugares de matanza hacia los compuestos domésticos, está sugiriendo una apropiación mucho más compleja que la tendiente sólo a paliar las deficiencias de recursos del ambiente puneño. En este sentido, creemos que la importancia radicaría posiblemente en la calidad de la fibra de vicuña, muy superior al resto de los camélidos, lo que ya ha sido propuesto por algunos autores (Wheeler *et al.* 1976; Cartajena 1994; Haber 2001, 2006; Revuelta 2005, 2008).

Una de las evidencias que creemos estarían avalando el punto anterior es precisamente la alta frecuencia de falanges, las cuales como hemos visto más arriba, osteométricamente coinciden en su mayoría con medidas conocidas de vicuñas. La asociación entre falanges y cueros se daría primero en el marco de las actividades de cuereado del animal y posteriormente, en las de trozamiento.

En el caso de las actividades de cuereado, se ha sugerido para camélidos domésticos que éstas dejan huellas de cortes transversales u oblicuas a la altura de la primera falange y que dichas huellas son “*dejadas por instrumentos de filo cortante al querer cortar el cuero del pie o la mano a la altura de la primera falange con el objeto de extraer el cuero separado de la parte del acropodio que posee la pezuña*” (Mengoni Goñalons y Silveira 1976: 263), quedando por consiguiente falanges y pezuñas adheridas al cuero. La asociación de falanges adheridas al cuero también aparece en Aschero *et al.* (1991). Por otro lado, la desarticulación de las patas anteriores y posteriores se produce generalmente a la altura de los carpos y tarsos, resultando que metacarpos, metatarsos, falanges (primeras, segundas y terceras) y sesamoides, permanecen como una unidad independiente. La conformación de esta unidad ha sido documentada por distintas investigaciones etnoarqueológicas y experimentales, como los casos descritos por Miller (1979), Haber *et al.* (1991) y Olivera y Nasti (2001) para camélidos andinos, y por Binford (1981) para otros ungulados.

Lo anterior ha sido trabajado con mayor detalle para TC1 por uno de nosotros (Revuelta 2005), habiéndose analizado las huellas de cortes presentes en tarsos, carpos, metatarsos, metacarpos y principalmente primeras falanges, encontrándose un patrón de huellas coincidente con las actividades descriptas. En función de ello, creemos que probablemente las falanges de vicuña hayan ingresado a los compuestos domésticos junto con los cueros para su procesamiento final (Haber 2001, 2006, 2007; Revuelta 2005), pudiendo además las falanges ser aprovechadas como fuentes de grasa ósea (Mengoni Goñalons 1999).

Los datos presentados hasta aquí permiten sugerir una apropiación de la vicuña tendiente a la obtención de fibras, lo que obviamente también incluía su consumo. Este producto, así como textiles manufacturados durante el primer milenio, podría haber sido utilizado en el marco de diversas articulaciones regionales, dado que era un bien posible de ser intercambiado a escala macro-regional. Una serie de elementos recuperados en Tebenquiche Chico proveen una idea aproximada de dicha articulación. Entre ellos damos cuenta de valvas de ositión (*Chamys sp.*) del Pacífico, cerámicas del área de San Pedro de Atacama (vasos y pipas San Pedro Negro Pulido, vasos San Pedro Rojo Pulido y pucos San Pedro Rojo Grabado), cerámicas de la Quebrada del Toro (Vaquerías Tricolor y Las Cuevas), cerámicas del valle de Hualfín y Abaucán (Ciénaga, Hualfín, Saujil) y valle de Ambato (Aguada Negro Grabado), donde los tejidos, hilos y/o fibras de vicuñas -como bien producido localmente- estarían formando parte del conjunto de bienes que el oasis insertaba en la articulación circumpuneña (Haber 2006).

Pero existen otros bienes que también podrían haber servido para la articulación interregional junto a cueros y textiles de vicuña, como por ejemplo, la obsidiana de Onas. La cantera de esta materia prima lítica se encuentra a unos 25 km de la quebrada de Tebenquiche Chico, lo que implica una distancia relativamente corta para la amplia distribución en el NOA que ha sido registrada para esta materia prima, alcanzando sectores de las yungas de Salta y Tucumán (Scatollin y Lazzari 1997; Yacobaccio *et al.* 2004; Escola 2007).

Luego del abandono de Tebenquiche Chico, en algún momento del siglo XVI se reocupa esta quebrada, recuperándose las unidades domésticas y recomponiendo los campos de cultivo,

probablemente intentando volver a la organización social que habían tenido que abandonar en el siglo XIII o XIV (Lema 2004; Haber 2006). Sin embargo, en estos momentos el control estatal sobre las poblaciones locales, los servicios personales, las encomiendas y demás instituciones implementadas por la corona española, cohibían a las poblaciones indígenas de la posibilidad de desarrollar sus modos de vida tradicional. Sin embargo, es probable que en el caso de Tebenquiche Chico, la reocupación haya estado relacionada con romper este control. La distancia espacial de las áreas de control colonial o los frentes de fricciones, sumados a las evidencias claras de poblados habitables y productivos, pudieron convertir a los oasis de altura en una opción desde la cual reconstituir la vida comunitaria (Lema 2004). En este marco, la lana de vicuña se convierte en un recurso significativo, ya que les permitía a los indígenas locales hacer frente al pago de los tributos exigidos por la corona española (factible de intercambiarse por metálico, materia prima transformable en manufacturas colocables en el mercado u objeto que se aceptara como ‘moneda de la tierra’) (Assadourian 1987; Lema 2004; Yacobaccio *et al.* 2007). De esta manera, los pobladores locales cumplían con las exigencias de la corona y podían desarrollar sus prácticas tradicionales en un sector donde el control español no habría sido tan estricto como en otras áreas del noroeste argentino. Otra respuesta frente a la alta representación de vicuñas durante este período estaría dada por el uso de su fibra para la confección de textiles como mercancía de alto valor para la economía regional del Colonial Temprano (Puló de Ortíz 1998), en articulación con los nacientes mercados macro-regionales (Lema 2004; Haber 2006; Haber y Lema 2006).

Para concluir, hemos mostrado que para ambos períodos de ocupación en TC1 y TC2 se evidencia una apropiación similar de camélidos a través del tiempo, con énfasis particular en la vicuña, aunque la explotación de ésta parece incrementarse hacia los siglos XVI y XVII d.C. La vicuña fue entonces objeto de una apropiación social de singular importancia desde los inicios de la vida campesina hasta el Período Colonial en el oasis puneño de Tebenquiche Chico. Lo desarrollado hasta aquí permite mostrar que la cacería de vicuñas lejos está de ser una actividad complementaria, muy por el contrario, parece constituir una práctica tan fundamental como cualquier otra, donde el pastoreo era un factor importante pero no necesariamente determinante en la organización de las poblaciones locales que habitaron esta área a lo largo de la historia. De esta manera, vemos que prácticas tales como la caza, la agricultura o el intercambio, son centrales para estas poblaciones y juegan todas un papel significativo en la reproducción de las relaciones sociales cotidianas a escala del oasis y más allá del mismo.

Catamarca y La Rioja, Octubre de 2008.

Fecha de recepción: 02/12/2008.

Fecha de aceptación: 24/09/2010.

AGRADECIMIENTOS

Diversos colegas han contribuido de alguna manera para este trabajo. Entre ellos, quisiéramos agradecer a Alejandro Haber por habernos dado la posibilidad de trabajar con los materiales de la quebrada de Tebenquiche Chico, a Carolina Lema que nos cedió importante información acerca del período colonial de Tebenquiche Chico y de los materiales asociados a esta ocupación. A Andrés Izeta que nos resolvió dudas, aportó bibliografía y datos osteométricos que ayudaron a subsanar algunas cuestiones metodológicas. Guillermo Mengoni Goñalons, amablemente ha brindado sus trabajos y dejado siempre una puerta abierta a nuestras consultas. A los evaluadores, Jorge Martínez y anónimos, que con su atenta lectura enriquecieron el texto. A Nora Franco y el comité editorial, quienes han sido muy atentos frente a nuestras consultas. Sin embargo, la responsabilidad de lo escrito es nuestra.

NOTAS

- ¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el I Congreso Nacional de Zooarqueología Argentina, realizado en la ciudad de Malargüe, Mendoza, en el mes de septiembre del año 2008.
- ² Recientes estudios genéticos en camélidos muestran que la alpaca derivaría de la vicuña, por lo cual su nombre científico sería *Vicugna pacos* (Kadwell *et al.* 2001).
- ³ En este sentido, es pertinente la argumentación de Ingold (1984 citado en Dransart 1991) al entender a los animales como vehículo de las relaciones sociales más que como objetos de actividades prácticas.
- ⁴ Existen por el momento aisladas referencias sobre la presencia de alpaca en el pasado, como las reportadas para Jujuy en base a los análisis faunísticos del sitio Tomayoc mediante la identificación de incisivos (Lavalleé *et al.* 1997). Para el lado chileno, en la quebrada de Tulán, se han identificado también incisivos y algunas fibras (Nuñez *et al.* 2006).
- ⁵ La situación del guanaco en el pasado pudo ser distinta, ya que se han encontrado restos de fibra a lo largo de toda la secuencia de ocupaciones del sitio Quebrada Seca 3 (Olivera y Elkin 1994).
- ⁶ Las excavaciones en las unidades domésticas fueron realizadas en el marco de los proyectos “*Estudio arqueológico de los límites agrícolas de los oasis del área de Antofalla*” y “*Arqueología de los períodos Agro-alfarero temprano y medio en el área de Tebenquiche*”, dirigidos por el Dr. Alejandro Haber y financiados por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Catamarca.
- ⁷ Se cuenta con tres muestras comparativas, dos de llamas (una juvenil y otra madura) y otra de vicuña (juvenil).
- ⁸ Tomamos valores de referencia de muestras comparativas obtenidas en Antofagasta de la Sierra y publicados (Izeta 2004; Belloti López de Medina 2007; Srur e Izeta 2008).
- ⁹ Para TC1 se identificaron dos materias primas principalmente aprovechadas. El basalto-andesita negro, ubicado en la boca de la Quebrada de Antofalla a unos 15 km de TC1 y la obsidiana proveniente de la cantera de Onas a unos 25 km. de TC1 (Moreno 2005, 2007).
- ¹⁰ Se utiliza las medidas de tamaño y módulo *sensu* Aschero (1975, 1983).

BIBLIOGRAFÍA

Arnold, Denise y Juan Yapita

1998. Sallqa: dirigirse a las bestias silvestres en los Andes Meridionales. En D. Arnold, D. Jiménez Aruquipa y J. Yapita (eds.), *Hacia un orden andino de las cosas. Tres pistas de los Andes meridionales*: 175-211. La Paz, Hisbol, ILCA. Segunda edición.

Aschero, Carlos

1975. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe presentado al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Ms.

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos. Apéndice A y B. Cátedra de Ergología y Tecnología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Ms.

Aschero, Carlos, Dolores Elkin y Elizabeth Pintar

1991. Aprovechamiento de recursos faunísticos y producción lítica en el precerámico tardío. Un caso de estudio: Quebrada Seca 3 (Puna Meridional Argentina). *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena II*: 101-114. Santiago de Chile, Museo Nacional de Historia Natural.

Aschero, Carlos, Liliana Manzi y A. Gómez

1993-94. Producción lítica y uso del espacio en el nivel 2b4 de Quebrada Seca 3. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIX*: 191-214.

Aschero, Carlos y Jorge Martínez

2001. Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna meridional, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVI*: 215-241.

Assadourian, Carlos

1987. La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial. En E. Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*: 223-292. México, Fondo de Cultura Económica.

Behrensmeyer, Anna

1978. Taphonomic and ecologic information from bone weathering. *Paleobiology* 1(2): 150-162.

Belloti López de Medina, Carlos

2007. Zooarqueología del sitio Soria 2 (Depto. De San José, Pcia. de Catamarca) y estudio comparativo del registro zooarqueológico del sur de los valles calchaquíes, para los períodos Formativo y Desarrollos Regionales (Siglos I A.C. y XV D.C.). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Benavente, A. Antonia, Luis Adaro A., Plinio Gecele C. y Claudio Cunazza P.

1993. *Contribución a la determinación de especies animales en arqueología: familia Camelidae y taruca del norte*. Santiago de Chile, Universidad de Chile, Vicerrectoría Académica y Estudiantil, Departamento Técnico de Investigación.

Binford, Lewis

1981. *Bones, Ancient Men and Modern Myths*. Nueva York, Academic Press.

Canedi, Arturo, Patricia Pasini Canedi y Rosana Virgili

1998. Evaluación poblacional de Vicuñas. XVIII Reunión Ordinaria de la Comisión Técnica Administradora del Convenio de la Vicuña. Comisión Regional de Provincias Vicuñeras. República Argentina. Ms.

Cartajena, Isabel

1994. Determinación de restos óseos de camélidos en dos yacimientos del Loa Medio (II Región). *Estudios atacameños* 11: 25-52.
2003. Los conjuntos arqueofaunísticos del arcaico temprano en la Puna de Atacama, Norte de Chile. Tesis Doctoral inédita. Alemania, Freie Universität Berlin, ABESY Vertriebs GMBH (impresa en microfilm).

Cartajena, Isabel, Lautaro Núñez y Martin Grosjean

2007. Camelid domestication in the western slope of the Puna de Atacama, northern Chile. *Anthropozoologica* 42 (2): 155-173.

Custred, Glynn

1977. Punas en los Andes Centrales. En Flores Ochoa (comp.), *Pastores de Puna*: 55-86. Lima, Peru, IEP.

Dransart, Penelope

1991. Llamas, Herders and Exploitation of Raw Materials in the Atacama Desert. *World Archaeology* 22 (3): 304-319.

Elkin, Dolores

1996. Arqueozoología de Quebrada Seca 3: indicadores de subsistencia temprana, en la Puna meridional argentina. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Escola, Patricia

2007. Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. En V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (eds.), *Sociedades precolombinas andinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*: 73-88. Buenos Aires, Edición de los Autores.

Franklin, William

1982. Biology, Ecology, and Relationship to man of the South American Camelids. En M. Mares y H. Genoways (eds.), *Mammalian Biology in South American*: 457-490. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Grayson, Donald

1984. *Quantitative zooarchaeology*. Orlando, Academic Press.

Grebe Vicuña, María Esther

1984. Etnozoología andina: concepciones e interacciones del hombre andino con la fauna altiplánica. *Estudios Atacameños* 7: 455-472.

Guerrero Lara, Raúl

1986. Los camélidos sudamericanos y su significado para el hombre de la Puna. *Diálogo Andino* (5). Departamento de Historia y Geografía, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Haber, Alejandro

1991. Investigaciones metodológicas en arqueología: el caso del pastoreo de llamas. *Cuaderno de Humanidades* 5: 69-81. Salta.
- 1995-1996. Definición e investigación arqueológica del pastoreo de llamas: aportes etnoarqueológicos. *Shincal* 5: 57-65.
1999. Uywaña, the house and its indoor landscape: oblique approaches to, and beyond, domestication. En C. Gosden y J. Hather (eds.), *The prehistory of food: Appetites for change*: 57-82. Londres, Routledge.
2001. El oasis en la articulación del espacio circumpuneño. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* 1: 251-267. Córdoba.
2003. Informe presentado a la National Geographic Society. Ms.
2006. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenio d.C.* Córdoba, Jorge Sarmiento Editor.
2007. Arqueología de uywaña: un ensayo rizomático. En A. Nielsen, C. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (eds.), *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*: 13-36. Córdoba, Editorial Brujas.

Haber, Alejandro, Silvina Ahumada, Juan Ferreyra y Marta Jiménez

1991. De la carnicería al almacén. Hacia la identificación arqueológica del charqueo: un estudio de caso. *Shincal* 3 (I): 219-233.

Haber, Alejandro y Carolina Lema

2006. La pura opinión de Vladimiro Weisser y la población indígena de Antofalla en la Colonia temprana. *Intersecciones en Antropología* 7: 179-191.

Hoffmann, Rudolf; Kai Otte, Carlos Ponce y Manuel Ríos

1983. *El manejo de la vicuña silvestre. Tomo II*. Eschborn, Sociedad Alemana de Cooperación Técnica (GTZ).

Ingold, Tim

1987. *The appropriation of nature. Essays of human ecology and social relations*. Iowa City, University of Iowa Press.

Izeta, Andrés

2004. Zooarqueología del sur de los valles Calchaquies. Estudio de conjuntos faunísticos del Período Formativo. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
2007. *Zooarqueología del sur de los valles Calchaquies (Provincias de Catamarca y Tucumán, República Argentina)*. *Análisis de conjuntos faunísticos del primer milenio A.D.* Bar International Series 1612. Oxford, Archaeopress.

Kadwell, Miranda, Matilde Fernandez, Helen F. Stanley, Ricardo Baldi, Jane C. Wheeler, Raul Rosadio y Michael W. Bruford

2001. Genetic analysis reveals the wild ancestors of the llama and the alpaca. *The Royal Society Proceedings* 268: 2575-2584. Londres.

Kent, Jonathan

1982. The domestication and exploitation of the South American camelids: methods of analysis and their application to circuí-lacustrine archaeological sites in Bolivia and Perú. Tesis Doctoral Inédita. St. Louis, Missouri, Washington University.

Lema, Carolina

2004. Tebenquiche Chico en los siglos XVI y XVII. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

Lorandi, Ana María y Nélica Carrió

1975. Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 301-322. Museo Histórico Provincial 'Dr. Julio Marc', Rosario.

Lyman, Richard Lee

1994. *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge manuals in Archaeology. Cambridge, Cambridge University Press.

Madero, Celina

1993. Explotación faunística, tafonomía y economía en Humahuaca antes y después de los Yupanqui. En R. Raffino (ed.), *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*: 145-168. Buenos Aires, Editorial Corregidor.

Mengoni Goñalons, Guillermo

1988. Análisis de materiales faunísticos de sitios arqueológicos. *Xama* 1: 71-120.

1999. *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Mengoni Goñalons, Guillermo y Mario Silveira

1976. Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Prov. de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 10: 261-270.

Miller, George

1979. An introduction to the ethnoarchaeology of andean camelids. Tesis doctoral inédita. Berkeley, University of California.

Miller, George y Richard Burger

1994. Our father the cayman, our dinner the llama: animal utilization at Chavin de Huantar, Peru. *American Antiquity* 60(3): 421-458.

Mondini, Mariana

1996. Artiodactyl prey transport by foxes in Puna rock shelters. *Current Anthropology* 36: 520-524.

1999. Modificaciones óseas por carnívoros en la puna Argentina. Una mirada desde el presente a la Formación del registro arqueofaunístico. *Mundo de Antes* 3: 87-108.

2000. Tafonomía de abrigos rocosos de la Puna. Formación de conjuntos escatológicos por zorros y sus implicaciones arqueológicas. *Archaeofauna* 9: 151-164.

Moreno, Enrique

2005. Artefactos y prácticas. Análisis tecno-funcional de los materiales líticos de Tebenquiche Chico 1. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.

2007. El cuerpo y la conformación de subjetividades. *Aportes Científicos desde Humanidades* 7: 1599-1609.
2009. El paisaje cazador en la Quebrada de Antofalla, Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Zaranda de Ideas* 5. En prensa.
- Núñez, Lautaro A., Isabel Cartajena, Carlos Carrasco, Patricio H. de Souza y Martin Grosjean
2006. Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 32: 95-117. San Pedro de Atacama.
- Olivera, Daniel
1991. El Formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna meridional Argentina). Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos agro-alfareros tempranos del Noroeste Argentino y Norte de Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* II: 61-78. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago de Chile.
1997. La importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10000 y 500 años A.P. *Estudios Atacameños* 14: 29-41.
2001. Sociedades agropastoriles tempranas: El formativo inferior del Noroeste Argentino. En E. Berberian y A. Nielsen (eds.), *Historia Argentina Prehispánica* I: 83-125. Córdoba, Editorial Brujas.
- Olivera, Daniel y Dolores Elkin
1994. De agricultores y pastores: el proceso de domesticación en la Puna meridional argentina. En *Zoarqueología de Camélidos* 1: 95-124. Grupo de Zoarqueología de Camélidos, Buenos Aires.
- Olivera, Daniel y Atilio Nasti
2001. Processing and Economic Yield in Lama glama. En L. A. Kuznar (ed.), *Ethnoarchaeology of andean South America. Contributions to archaeological Method and Theory*: 296-309. Ann Arbor, International Monographs in Prehistory, Ethnoarchaeological Series 4.
- Pintar, Elizabeth
1996. Prehistoric Holocene adaptations to the Salt Puna of Northwest Argentina. Tesis doctoral inédita. Southern Methodist University, Dallas.
- Puló de Ortíz, Mercedes
1998. La vicuña: el oro que camina por los andes. *Andes. Antropología e historia* 9: 243-280.
- Quesada, Marcos
2001. Tecnología agrícola y producción campesina en la Puna de Atacama, I milenio d.C. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
2007. Paisajes agrarios en el área de Antofalla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola. Primer y segundo milenio d.C. Tesis doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Ratto, Norma
2003. Estrategias de caza y propiedades del registro arqueológico en la Puna de Chaschuil (Departamento de Tinogasta, Catamarca, Argentina). Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Revuelta, Claudio
2005. Apropiación social y vicuñas. Análisis zooarqueológico de la unidad doméstica TC1. Oasis de Tebenquiche Chico - Primer milenio d.C. Tesis de Licenciatura inédita. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.
2008. Vicuñas en el oasis. Zooarqueología en Tebenquiche Chico, primer milenio de la era (Puna de Atacama, Catamarca). *Revista UNLaR Ciencia* 8 (1): 13-25. Revista Científica de la Universidad Nacional de La Rioja, Consejo de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, LATINDEX Red AL y C. La Rioja.

Scatollin, Cristina y Marisa Lazzari

1997. Tramando redes: obsidianas al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14: 189-209.

Srur, María Gabriela y Andrés Izeta

2008. Osteometría de elementos del esqueleto apendicular de Lama glama. Su importancia como conjunto comparativo para estudios arqueológicos. *Resúmenes de las XXII Jornadas Argentinas de Mastozoología*: 116-117. Villa Giardino, Córdoba.

Wheeler Jane, E. Pires Ferreyra y Peter Kaulicke

1976. Pre-ceramic animal utilization in the central peruvian andes. *Science* 194 (646): 483-490.

Yacobaccio, Hugo

1988. Camélidos, domesticación y tamaño de la muestra. Reflexiones sobre la utilización animal prehistórica en los Andes. En A. Haber y N. Ratto (eds.), *De procesos, contextos y otros huesos*: 91-100. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

2001. La domesticación de camélidos en el Noroeste Argentino. En E. Berberian y A. Nielsen (eds.), *Historia Argentina Prehispánica* I: 7-40. Córdoba, Ed. Brujas.

Yacobaccio, Hugo, Patricia Escola, Fernando Pereyra, Marisa Lazzari y Michael Glascock

2004. Quest for Ancient Routes: Obsidian Sourcing Research in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31: 193-204.

Yacobaccio, Hugo, Leonardo Killian y Bibiana Vilá

2007. La explotación de la vicuña durante el período colonial (1535-1810). El negocio de los cueros y lanas de vicuña. *Todo es Historia* 483: 16-21.

Yacobaccio, Hugo y Celina Madero

1992. Zooarqueología de Huachichocana III (Jujuy, Argentina). *Arqueología* 2: 149-188.

Yacobaccio, Hugo, Celina Madero, Marcela Malmierca y Mercedes Reigadas

1997-98. Caza, domesticación y pastoreo de camélidos en la Puna Argentina. *Relaciones XXII-XXIII*: 389-418.

SIMBOLISMO E IDENTIDAD EN LAS TIERRAS BAJAS DEL PARANÁ: UN ABORDAJE CONTEXTUAL DEL ARTE MOBILIAR CERÁMICO

*Flavia V. Ottalagano**

RESUMEN

Se intenta una aproximación al simbolismo de los grupos humanos que habitaron las Tierras Bajas del río Paraná Medio durante el Holoceno Tardío, a través de un abordaje contextual de su arte mobiliario cerámico. En base a esto, se procura abrir la discusión hacia temáticas interconectadas y escasamente investigadas, como ser la identidad, las relaciones inter-grupales e intra-grupales de las poblaciones asentadas en el área en momentos prehispánicos. El carácter probablemente cotidiano de estos recipientes, así como la magnitud espacio-temporal que manifiestan las regularidades de lo artístico, podrían estar indicando que el arte mobiliario del Paraná Medio se haya encontrado involucrado en la reflexión activa de una diferencia a nivel de grupo.

Palabras clave: simbolismo - identidad - arte mobiliario cerámico - Paraná Medio - sociedades prehispánicas.

ABSTRACT

This paper presents an approach to the study of symbolism, through the contextual study of portable ceramic art, of the human groups who inhabited the Lowlands of Paraná River during the Late Holocene. It attempts to open discussions towards interconnected themes which have been scarcely investigated, such as identity and inter-group and intra-group relations of the population settlement in the area during prehispanic times. The probable domestic profile of these containers, as well as the spatial and temporal scale manifested by the regularities of the artistic record, might be indicating that the portable art of the Middle Paraná actively reflects symbolic difference at the group level.

Key words: symbolism - identity - portable ceramic art - Middle Paraná - prehispanic societies.

* CONICET/Escuela de Antropología, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario (UNR). E-mail: flaviaott7@gmail.com.

PRESENTACIÓN

La conceptualización de aquello que puede ser considerado arte, y su aplicación en contextos no occidentales, forma parte de una vasta discusión en la actualidad. Inicialmente este término nace de una postura etnocéntrica que considera al arte un fenómeno que tiene lugar en los más altos escalones evolutivos. En este marco, la creación artística ha sido vista como una producción básicamente no funcional, periférica al ambiente social y generalmente desligada de los aspectos cotidianos (Layton 1991; Morphy 1994). Esta noción del arte, sin embargo, ha venido modificándose progresivamente en las investigaciones arqueológicas de los últimos años y cargándose de contenidos distintos a los iniciales. La preocupación por las expresiones artísticas de las sociedades del pasado, en sus distintas manifestaciones, ha ido cobrando renovadas fuerzas en buena medida gracias a la disponibilidad de variadas herramientas teóricas y metodológicas desde las cuales poder abordarlas (por ej. Hodder 1982a; Conkey 1984; Washburn y Crowe 1988; Bender 1989; Morphy 1989; Tilley 1991; Kelly 1993; Zimmermann Holt 1996). El arte logra posicionarse como uno de los dispositivos más importantes de representación de los grupos humanos, así como un terreno adecuado para vehiculizar significados. Teniendo en cuenta su naturaleza social, se transforma entonces en una de las vías clave para aproximarse a los aspectos simbólicos de las sociedades (Hodder 1982b; Foster 1994; Morphy 1994). Entre los trabajos que han seguido este rumbo se destacan a nivel nacional aquellos enfocados hacia el simbolismo de la cerámica, siendo los del Noroeste argentino los principales referentes al respecto (por ej. Kusch y Valko 1999; Natri 2005; Velandia 2005; Scattolin 2006; Gordillo 2009, entre muchos otros).

En este camino pretende situarse este artículo, el cual constituye una versión resumida y parcial de la tesis doctoral de la autora (Ottalagano 2009b). La misma se conformó como un primer paso hacia el estudio sistemático de las expresiones artísticas presentes en los artefactos de alfarería de las Tierras Bajas del Paraná, especialmente en su sector medio. Los restos cerámicos, dada su abundancia, resultan en este ámbito los materiales arqueológicos más relevantes para el estudio de los grupos prehispánicos que habitaron el sector, los cuales han sido considerados básicamente cazadores-recolectores-pescadores. El término arte mobiliario cerámico será utilizado en esta oportunidad para referirse a los motivos abstractos (*sensu* Gradin 1978) realizados mediante técnicas de incisión, y para referirse a los motivos representativos biomorfos (*sensu* Gradin 1978), de carácter zoomorfo y antropomorfo¹ realizados por medio de incisión y/o modelado, que se hallan presentes en los recipientes cerámicos. El registro de representaciones humanas y de animales en la alfarería presenta particularmente un importante alcance regional, que incluye las zonas aledañas al río Paraná Medio y Bajo, así como también parte del río Uruguay y de la costa atlántica uruguaya (Ceruti 2003).

En la arqueología del Paraná Medio lo artístico constituyó tradicionalmente un ámbito de estudio no abordado de manera sistemática. Las perspectivas que enfocaron su estudio tuvieron fundamentalmente un énfasis descriptivo, sujeto a la elaboración de esquemas clasificatorios en pos de la elaboración de cronologías, y áreas culturales (por ej. Torres 1913; Outes 1918; Frenguelli y Aparicio 1923; Serrano 1946; González 1977). Para ciertos autores, no obstante, los motivos representativos fueron susceptibles particularmente de contener significados (por ej. Torres 1911; Serrano 1961); pero pese a ciertos empeños, estos argumentos no fueron acompañados de herramientas teóricas ni de medidas metodológicas que los sustentaran. Con posterioridad, y en concordancia con el progresivo afianzamiento de opciones teóricas alternativas a las corrientes histórico-culturales y con el desarrollo de trabajos de campo metódicos, los aspectos relacionados con el simbolismo de la alfarería fueron relegados como ejes centrales de análisis (por ej. Ceruti 1989; Nóbile *et al.* 1999); enfatizándose mayormente los estudios sobre tecnología cerámica (por ej. Letieri 1998).

Esta investigación pretende de algún modo reabrir esta temática, y entender las expresiones artísticas como parte de los comportamientos estilísticos de los grupos humanos, con la capacidad

de desempeñar roles activos en el interior de las sociedades que las producen. Aquí se pretende concebir al estilo como un fenómeno amplio, fundamentalmente relacionado con determinados modos de hacer, el cual estaría en condiciones de: a) mantener una función comunicativa, b) involucrar un ordenamiento de las cosas y comprender reglas estructurales, c) formar parte de estrategias sociales, y d) ser uno de los medios a través de los cuales los hombres perciben y dan sentido al mundo (por ej. Hodder 1982a, 1990; Washburn 1983; Wiessner 1983; Washburn y Crowe 1988; Conkey 1990; Hegmon 1992).

Como muestra de estudio se tienen en cuenta los materiales cerámicos provenientes de nueve sitios arqueológicos localizados en el sector entrerriano del Paraná Medio (figura 1), los



Figura 1. Localización de los sitios arqueológicos considerados: (a) sitios Puerto Cuartel I y II, A. Las Mulas I, A. Largo I y V, A. Arenal I y IV; (b) La Palmera II; (c) Villa Urquiza III.

cuales se caracterizan por presentar un importante cuerpo de información con respecto a las asociaciones de la cultura material, permitiendo así un abordaje contextual de la cerámica desde la perspectiva definida a continuación. Sin embargo, estos sitios cuentan con distintos niveles de información de campo disponible. Los primeros trabajos arqueológicos en los sitios Arroyo Las Mulas I, Puerto Cuartel I y Arroyo Largo I se efectuaron en la década de 1940 (por ej. Serrano 1946) y se caracterizaron por la realización de excavaciones no estratigráficas. Posteriormente, se efectuaron en ellos trabajos de campo sistemáticos por parte de Ceruti (por ej. Ceruti 1989, 2003), quien intervino asimismo los siguientes sitios entre las décadas de 1970 y 1990: Puerto Cuartel II, Arroyo Largo V, Arroyo Arenal I y IV, La Palmera II y Villa Urquiza IV.

Se pretende en esta ocasión privilegiar la discusión de los resultados obtenidos en la mencionada investigación, los cuales han sido objeto de publicaciones específicas (por ej. Ottalagano 2007a, 2007b, 2007c, 2008, 2009a). La discusión de esta información se organiza en este artículo en dos niveles. En el primero, se expone aquella generada a partir de la muestra cerámica estudiada. En el segundo nivel, en tanto, se desarrolla una discusión de mayor alcance en la cual se intenta una aproximación al simbolismo de la alfarería de los grupos prehispánicos adaptados a este ambiente fluvial, resaltando las posibles conexiones entre arte, estilo e identidad en el área de estudio.

CRITERIOS METODOLÓGICOS

Para realizar un estudio sistemático de estas expresiones artística se propusieron algunos criterios metodológicos en los cuales estos aspectos fueron tratados conjuntamente con aquellos funcionales, técnicos y distribucionales de la alfarería; dando sustento a la idea de un abordaje contextual de lo artístico. Bajo la consideración de que la multiplicidad de enfoques constituye la vía más fructífera para el abordaje de los aspectos relacionados con el simbolismo de las sociedades pasadas, se intentó emplear y ajustar distintas vías de análisis. Con tal fin se tomaron dos grandes ejes de aproximación al arte mobiliario cerámico, presentados aquí sucintamente por razones de espacio, pero explicitados detalladamente junto a sus posibles limitaciones en trabajos previos (por ej. Ottalagano 2007b, 2008, 2009a, 2009b): uno referido al estudio de las cualidades de lo artístico, y otro concerniente al análisis de sus aspectos contextuales. Para el primer eje se consideraron los siguientes tres grupos de información, los cuales fueron tratados de manera interconectada: 1) datos en relación al los aspectos técnicos o de elaboración del registro artístico; 2) datos vinculados a la morfología de las expresiones artísticas; y 3) datos con respecto a los patrones recurrentes de lo artístico.

La evaluación de la información contextual de las manifestaciones artísticas se consideró en sentido amplio, teniéndose en cuenta a su vez otros tres conjuntos de información: 1) datos acerca de las características técnicas, formales y de uso de los recipientes cerámicos con motivos abstractos y representativos (RMA-RMR), es decir, el soporte sobre el cual se desarrolla lo artístico; 2) datos con respecto a las características técnicas, formales y de uso de otras categorías de recipientes, a fin de efectuar comparaciones: recipientes lisos (RL) y recipientes pintados (RP); y 3) datos en relación a la distribución intra-sitio de los ítems artísticos y acerca de las asociaciones de estos materiales con otros elementos del registro arqueológico, particularmente con los sectores de entierro. Para este último punto se planteó una jerarquía de áreas contextuales, según los grados de certeza de asociación y relación con los enterratorios. De esta manera, se establecieron las siguientes áreas contextuales según las particularidades de cada sitio: a) asociación directa a entierros: ítems cerámicos que se habrían desempeñado como ajuar funerario, b) asociación probable a entierros: ítems cerámicos procedentes de los sectores potencialmente afectados por las sepulturas y/o que habrían formado posiblemente parte de la cubierta de algunas de las inhumaciones, c) no asociación a entierros: ítems cerámicos recuperados en áreas donde no se registraron enterratorios ni restos humanos aislados.

Con respecto a la reconstrucción de las formas de los recipientes, y como consecuencia de su alta fragmentación, se empleó la división básica entre formas restringidas y no restringidas, a la cual se le adicionó una subdivisión propia que tuvo en cuenta la apertura de las paredes, en el caso de los recipientes abiertos, y el tipo de cuello en el caso de los recipientes cerrados. Como muestras de referencia para la individualización de estas probables formas se tomaron como parámetro los recipientes enteros disponibles para el área (ver Ottalagano 2009a). Por cuestiones operativas los RMA y RMR fueron analizados inicialmente en forma separada, no obstante lo cual podrían ser considerados como una categoría unificada. Es decir, por un lado, la mayoría de las vasijas con asas zoomorfas o antropomorfas (motivos representativos realizados mediante técnicas de modelado) suelen estar acompañadas por motivos abstractos incisos en la proximidad de los bordes. Por el otro, las técnicas incisas no sólo se registran para la elaboración de motivos abstractos sino también para la realización de motivos con formas de animales o humanas, como muestra la figura 2 en relación a la representación de un ave psitaciforme. En contraste con las técnicas de incisión y modelado, las técnicas de pintura no fueron empleadas en ningún caso para la elaboración de motivos representativos zoomorfos o antropomorfos. Los recipientes pintados (RP), como se visualiza en la figura 2, manifiestan superficies totalmente pintadas o con la presencia de anchas bandas (fundamentalmente de color rojo), comúnmente situadas de manera paralela a la línea del borde; por lo cual en este estudio se los consideró como una categoría artefactual decorada² (*sensu* Morphy 1994) esencialmente diferente a los RMA-RMR³.

EL SOPORTE CERÁMICO Y EL COMPORTAMIENTO DE LO ARTÍSTICO

La muestra cerámica analizada tiende a indicar, primeramente, que los artefactos elegidos como soportes de lo artístico, además de haber participado de actividades funerarias lo habrían hecho principalmente en actividades domésticas. Estas consideraciones se darían en virtud de: a) presentar similitudes tecno-formales con los recipientes lisos; b) evidenciar rastros de utilización sobre ambas superficies, y especialmente restos de lípidos en sus paredes internas; c) localizarse en distintos contextos de asociación; d) presentar alta frecuencia en los sitios; y e) registrar semejanzas de manufacturación y decoración entre los contextos funerarios y no funerarios.

Es decir, los soportes de lo artístico no parecen evidenciar elecciones tecnológicas extremadamente específicas que los diferencien notablemente respecto de la manufacturación de los recipientes lisos (RL), los cuales por no presentar una cuota de esfuerzo, materiales o tiempo extra para su elaboración, podrían ser vistos como el prototipo de las vasijas domésticas. En la figura 2 se sintetiza a modo de ejemplo para ilustrar lo mencionado, la información con respecto a los atributos formales de las vasijas. A diferencia de los RP que tienden a diferenciarse del resto de los contenedores por un amplio predominio de formas abiertas (87%, n=456), ambas categorías artefactuales presentan comparativamente proporciones mayormente equivalentes entre formas abiertas (RMA-RMR: 63,5%, n=384; RL: 59,5%, n=487) y cerradas (RMA-RMR: 36,5%, n=220; RL: 40,5%, n=334). Dentro de cada uno de estos grandes grupos formales, y en los casos en los cuales el tamaño de los fragmentos lo permitió, se destacan con mayor frecuencia las formas con paredes poco a nada divergentes (RMA-RMR: 42,5%; RL: 42,5%), entre los recipientes abiertos; y aquellas con paredes invertidas (RMA-RMR: 49%; RL: 48%), entre los cerrados⁴.

Los diámetros de boca suelen ser pequeños: menores a 18 cm (RMA-RMA: 33%, n=189; RL: 31%, n=216) y medianos: 18 cm/30 cm (RMA-RMR: 47%, n=269; RL: 45%, n=312), registrándose en un porcentaje algo menor vasijas de boca grande: mayores a 30 cm (RMA-RMR: 20%, n=118; RL: 24%, n=154). Los RMA-RMR comparten además con las otras categorías, y particularmente con los RL, la presencia de formas de contornos simples con y sin orificios de suspensión, paredes de grosores medianos (0,45 cm-0,65 cm) y una mayoría de labios convexos. Las semejanzas de atributos entre RMA-RMR y RL se identifican también a nivel de características de la pasta y en el

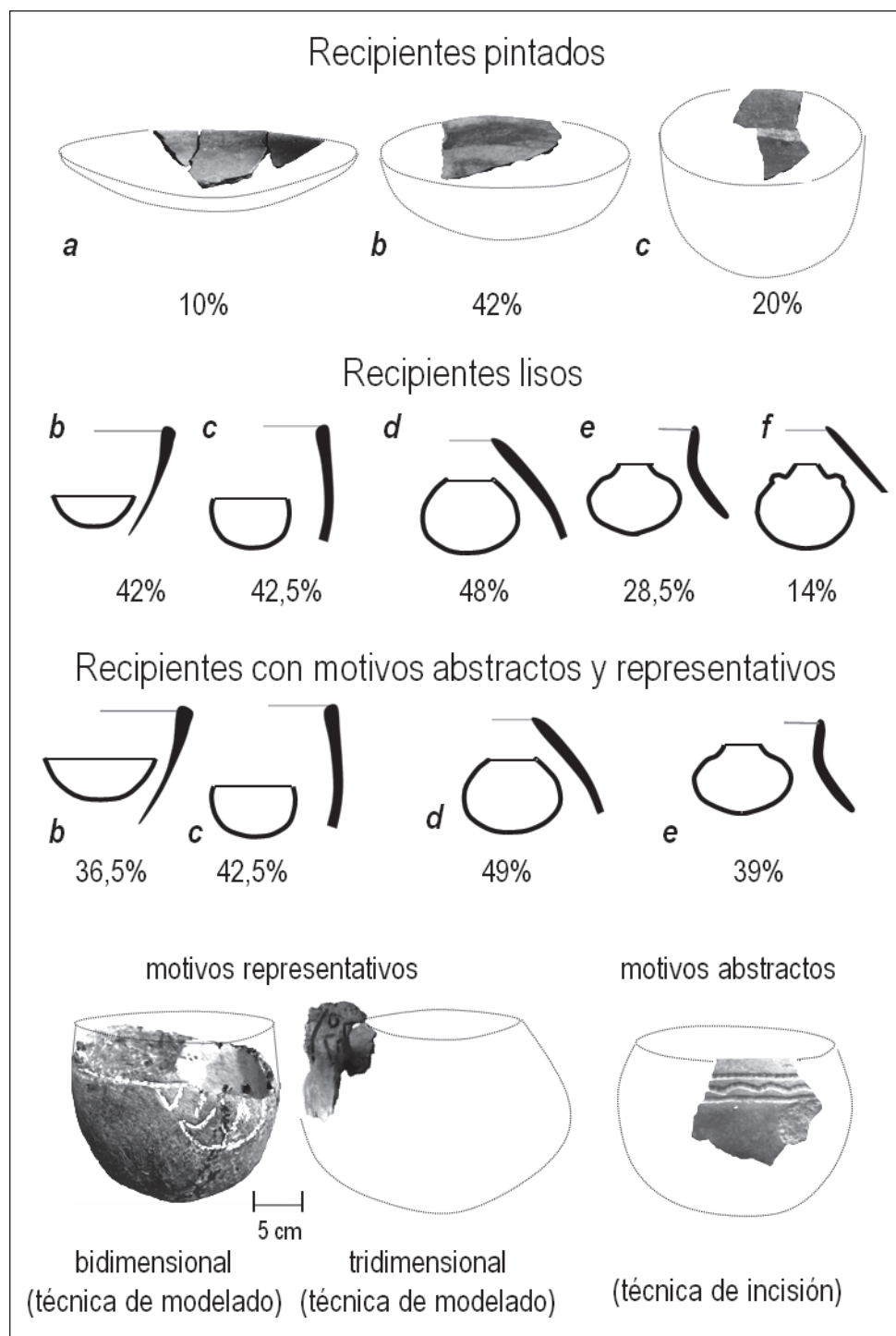


Figura 2. Formas más frecuentes, según categoría de recipiente: (a) abierta con pared ampliamente divergente; (b) abierta con pared medianamente divergente; (c) abierta con pared poco o nada divergente; (d) cerrada con pared invertida; (e) cerrada con pared evertida; (f) cerrada con pared recta. Porcentajes calculados sobre el total de bordes asignables a las categorías formales mayores: abiertas y cerradas.

aspecto y tratamiento de superficie. Se distinguen, por ejemplo, superficies bien alisadas con escasa proporción de irregularidades. En algunos casos se registra engobe (RMA-RMR: 12%, n=175; RL: 16%, n=163) y en muy pocos se evidencia pulido (RMA-RMR: 2,5%, n=36; RL: 4%, n=40). Las pastas suelen manifestar texturas compactas, presentar inclusiones de tiesto molido, arena y materiales orgánicos, así como condiciones reductoras de cocción. Prácticamente no se registra la presencia de cavidades de dimensiones relativamente grandes y distribución azarosa, indicadoras de un amasado inapropiado (Rye 1981; Cremonese 1985). Las fracturas tienden a ser regulares. La ausencia casi total de texturas poco compactas y la presencia minoritaria de fracturas irregulares sugeriría que los recipientes fueron cocidos a temperaturas relativamente altas (Orton *et al.* 1997); situación que contribuye a incrementar muchas de las propiedades de la cerámica (Schiffer y Skibo 1987). El hecho que en la muestra estudiada, los recipientes que presentan motivos abstractos y representativos compartan una mayoría de atributos tecno-formales con aquellos lisos, podría estar indicando, entonces, similitudes en cuanto a los usos para los cuales fueron pensadas ambas categorías de vasijas (*sensu* Schiffer y Skibo 1987). Por el contrario, los RP presentan tendencias particulares en cuanto al comportamiento de ciertos atributos artefactuales tales como aquellos relacionados con la forma y dimensión, pasta y tratamientos de superficie⁵, haciendo pensar que su manufactura se habría desarrollado de acuerdo a conductas tecnológicas orientadas a originar una categoría artefactual distinta, y probablemente vinculada a usos diferenciales.

Por otro lado, y como se visualiza en la figura 3, en todos los sitios con estratigrafía aparecen fragmentos y/o familias de fragmentos de RMA-RMR que presentan hollín (5,5% del total, n=78). Estas adherencias se registran mayormente en las superficie externas (78%, n=61), pero también lo hacen en aquellas internas (12%, n=9) o sobre ambas superficies (9%, n=7); localizándose, en un caso, sobre un asa modelada de características psitaciformes (1%) procedente del sitio A. Largo I. Los recipientes que fueron utilizados para cocción de alimentos por lo general suelen verificar depósitos de carbón en el exterior y residuos de comida en el interior (Rye 1981). En tal sentido, la presencia de estos rastros -particularmente aquellos localizados en la parte interna o sobre ambas superficies a la vez- podría relacionarse posiblemente con un uso culinario de los recipientes. El registro de hollín externo, especialmente en los casos en que éstos adquieren magnitudes abundantes (14%, n=11) y moderadas (49%, n=38), podría ser considerado además, en función de la vinculación de estos recipientes con episodios de reiterada exposición al fuego. Este probable uso culinario quedaría afianzado, en parte, por la identificación de lípidos en fragmentos (con hollín externo abundante y moderado, y adherencias internas escasas) provenientes de los sitios A. Largo I y A. Las Mulas I (figura 3). La presencia mayoritaria de ácido palmítico (C16:0) y esteárico (C18:0) en ambas muestras, así como la detección de otros saturados (C12:0, C14:0, C15, C17:0, C19:0, C20:0, C21:0, C22:0, C23:0, C24:0) y de monoinsaturados como el oleico (C18:1), podría estar indicando la utilización de los recipientes para la cocción de sustancias de origen animal y vegetal (Cañabate Guerrero y Sánchez Vizcaíno 1995).

Tal como se ilustra en la figura 3, la distribución intra-sitio de los RMA-RMR con hollín, que cuentan con una asignación confiable a alguna de las áreas contextuales consideradas, se da mayormente en áreas sin entierro (80,5%, n=33). En tanto que un porcentaje menor se verifica en contextos de probable asociación con las inhumaciones (19,5%, n=8), particularmente con respecto al sitio A. Arenal I. El registro de rastros de uso en una y otra área, por otra parte, permitiría desestimar la posibilidad que estas adherencias se relacionen con la participación del arte mobiliario cerámico en actividades vinculadas, por ejemplo, con quemas rituales. Si bien esta posibilidad no quedaría descartada totalmente, la presencia de rastros de utilización fundamentalmente en contextos no funerarios, reforzaría la idea de la utilización de los RMA-RMR para actividades de eventual cocción de alimentos. Debe tenerse en cuenta además, que los motivos abstractos y representativos se ubican en porciones cercanas a los bordes de los recipientes, por lo cual, y al contar casi exclusivamente con una muestra fragmentada, es posible que la presencia de RMA-RMA con adherencias de hollín sea en realidad mayor a la constatada.

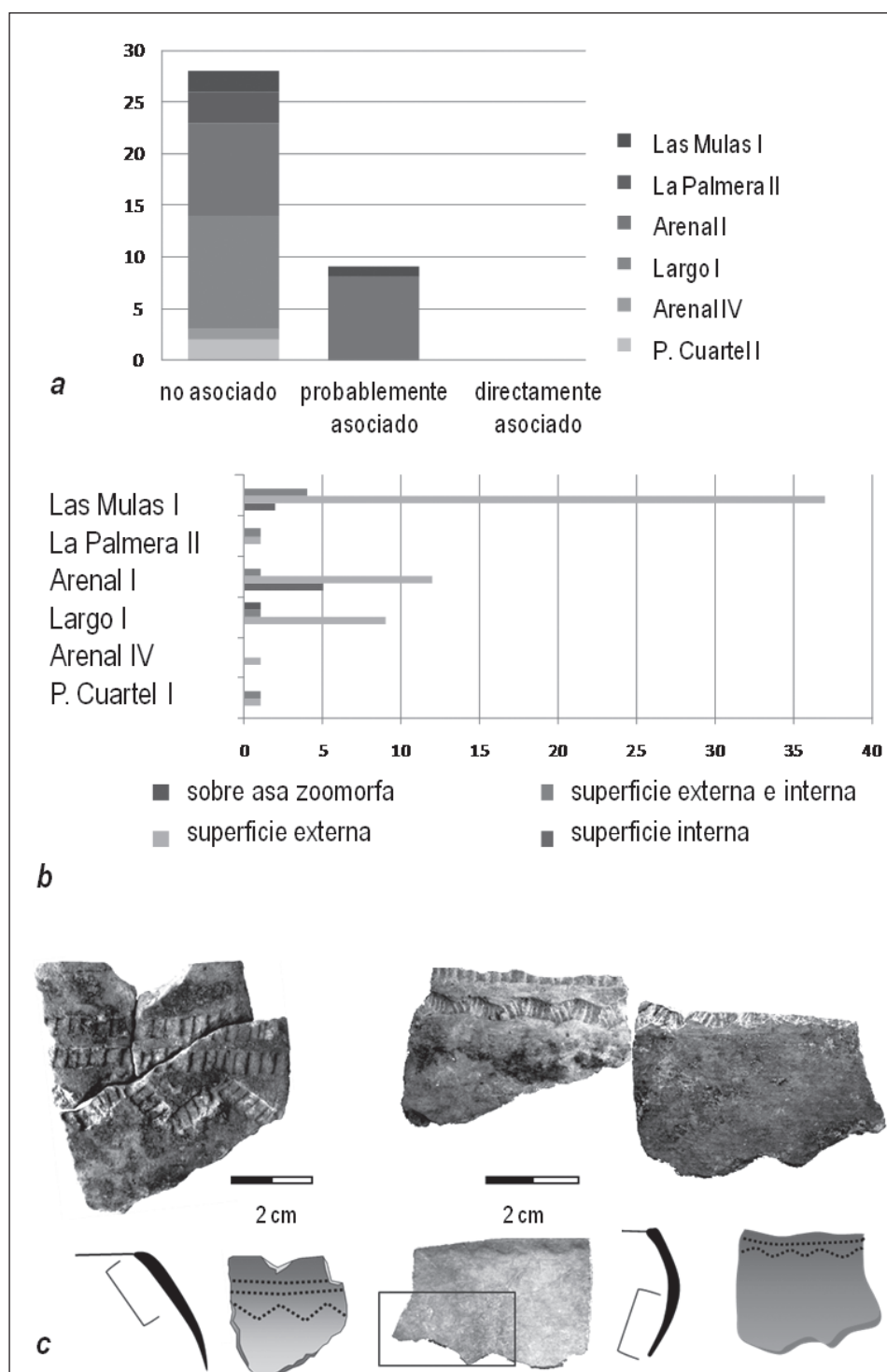


Figura 3. Rastros de uso en RMA-RMR: (a) porcentajes de fragmentos con hollín según sitio en función de su asociación diferencial a los entierros; (b) ubicación del hollín en los recipientes, según sitio; (c) muestras analizadas mediante cromatografía gaseosa y espectrometría de masa.

Los análisis distribucionales intra-sitio, por otra parte, señalan la inexistencia de localizaciones específicas para los RMA-RMR. Los soportes de lo artístico se detectan tanto asociados a inhumaciones como a otro tipo de evidencia arqueológica, como por ejemplo restos de alimentación, artefactos óseos, partículas de carbón y/o fogones (Ottalagano 2007b, 2007c, 2009a). Se identifica la presencia del 3,5% (n=21) de los RMA en directa asociación a entierros, el 21% (n=123) en áreas de probable asociación a las inhumaciones, y el 75,5% (n=442) restante en contextos sin entierros. En el caso de los RMR se repite esta distribución, detectándose un 7% (n=7), 14% (n=14) y 79% (n=78) en contextos de asociación directa, probable asociación y sin asociación a enterratorios, respectivamente⁶. Con respecto a la distribución de los taxones representados, la figura 4 indica que si bien la presencia de aves, psitácidos y posibles psitácidos se observa en todas las áreas contextuales, en aquellas directamente asociadas con las inhumaciones se presentan con carácter exclusivo. Es decir, entre los materiales que formaban parte de ajuares funerarios se registra un repertorio acotado de representaciones faunísticas, pertenecientes precisamente a los taxones con mayor representatividad, tanto en los sitios considerados aquí, como en general en las Tierras Bajas del Paraná. Entre los materiales recuperados en las áreas probablemente asociadas a los enterratorios, se manifiesta a su vez una variedad algo mayor de especies faunísticas representadas, distinguiéndose algunos reptiles (A. Arenal I) y mamíferos (La Palmera II). Las áreas no asociadas a los enterratorios, por contraste, parecen registrar una gama más amplia de categorías taxonómicas representadas (figura 4).

Otro aspecto a destacar de los análisis intra-sitio es que las variables tecno-formales analizadas no plantean la existencia de comportamientos específicos en función de las áreas consideradas. De manera semejante, la morfología, organización y elaboración de lo artístico, como se tratará más adelante, no manifiestan diferencias apreciables entre los conjuntos cerámicos discriminados en función de su asociación diferencial con los sectores de entierro. El hecho de no registrarse recipientes con características distintivas (por ej. en cuanto a su manufactura, uso y variables artísticas) en las distintas áreas contextuales, podría estar sugiriendo que los RMA-RMR hallados en contextos funerarios habrían circulado inicialmente en un ámbito no funerario, probablemente doméstico. Es interesante señalar que los comportamientos estables que manifiestan las variables artefactuales analizadas, se verifican también en sitios multicomponentes (por ej. A. El Largo I) o con ocupaciones prolongadas (por ej. A. Las Mulas I). Se cuenta con un fechado radiocarbónico para Las Mulas I que lo ubica cronológicamente en 950 ± 120 años AP (carbón), a los 0,70-0,80 m de profundidad; el cual, sumado a su potencia arqueológica, sugieren una extensa ocupación prehispánica de cerca de 1.000 años. En A. Largo I, en tanto, se habrían desarrollado dos ocupaciones separadas por un breve período de desocupación: un primer emplazamiento cronológicamente situado en los 1380 ± 100 años AP (carbón), y un segundo asentamiento ubicado hacia los 950 ± 120 (carbón) AP (Ceruti 1989, 2003). Ambos ejemplos, en los cuales los sitios habrían funcionado durante importantes períodos o que habrían sido reocupados en más de una oportunidad, permitiría plantear la profundidad cronológica de las formas pautadas de hacer, registradas para lo artístico y su soporte cerámico en la muestra abordada.

Más allá de estar manifestando cierta heterogeneidad, las cualidades del registro artístico aquí abordado presentan ciertas regularidades de base, las cuales cobran particular interés en este estudio, y por ello han sido específicamente enfocadas. Las mismas se relacionan con: a) la morfología de los motivos: por ej. preferencia por la realización de determinados motivos abstractos y representativos, así como por la representación de partes anatómicas específicas; b) el modo en que se estructura lo decorativo: por ej. aplicación de un repertorio acotado de reglas de simetría; relación particular entre motivos abstractos y su localización en los recipientes y/o en los distintos sectores de los motivos antropomorfos y zoomorfos; c) la manera de ejecutar técnicamente los motivos: ej. relación particular entre técnica decorativa empleada y su localización dentro de los recipientes y/o en los distintos sectores de los motivos antropomorfos y zoomorfos; forma y tamaño de las improntas incisivas.

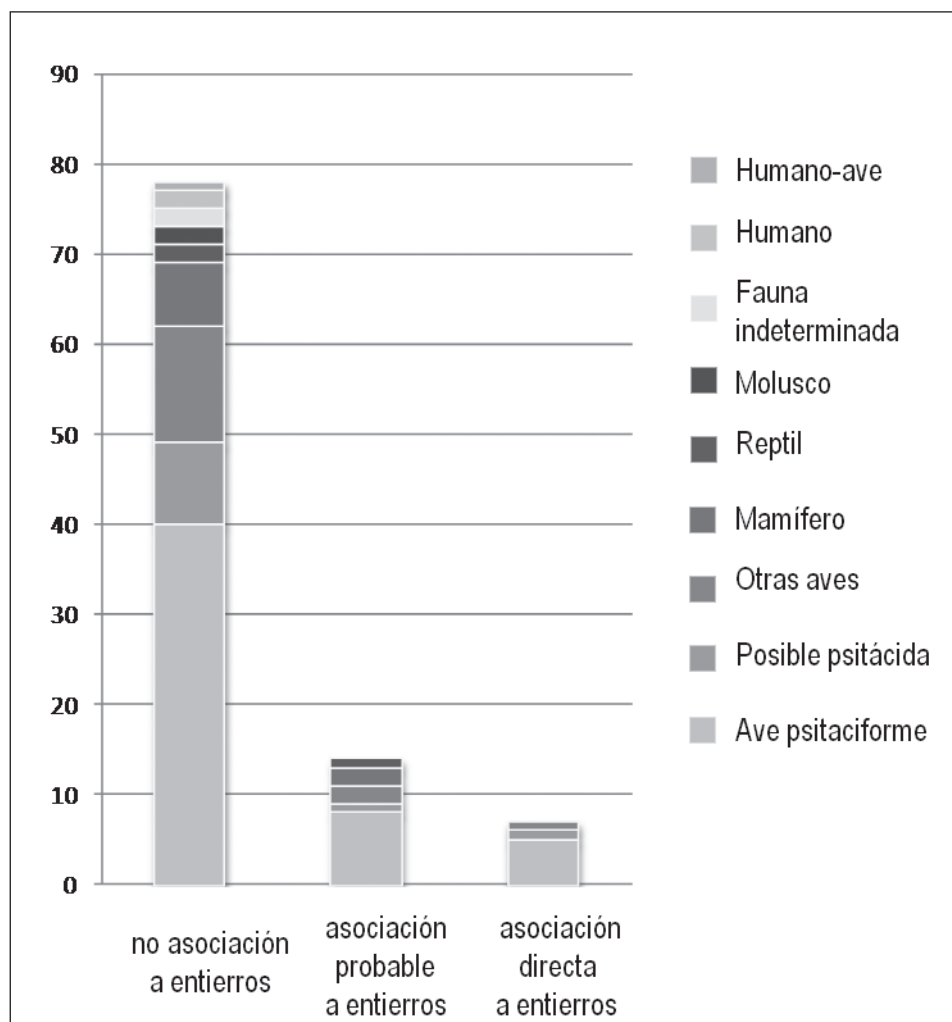


Figura 4. Taxones representados y distribución de los recipientes con motivos antropomorfos y zoomorfos según asociación diferencial a los enterratorios.

El aspecto más destacado de estas recurrencias es quizás la gran frecuencia de representaciones de aves (74%, $n=134$ de la muestra total), entre las que predominan las strigiformes, las falconiformes y, fundamentalmente, las psitaciformes⁷. Estas últimas con una proporción del 67% ($n=88$) sobre la totalidad de aves, pudiendo ser mayor si se tienen en cuenta aquellas designadas como posibles psitácidas (14%, $n=18$), debido a su estado fragmentado. En menor proporción se registran representaciones de mamíferos ($n=21$), especialmente de felinos ($n=7$)⁸. La representación de reptiles: ofidios y quelonios ($n=10$), moluscos ($n=3$) y humanos ($n=4$), por el contrario, resulta minoritaria. En tanto que en sólo un caso se registró una figura mixta, correspondiente a una cabeza humana con rasgos de ave strigiforme (sitio La Palmera II). En su gran mayoría se prefirió representar solamente un segmento del cuerpo (cabeza-cuello: 88%, $n=158$) en detrimento del cuerpo completo; este último caso vinculado mayormente a determinados taxones, como reptiles y moluscos. Es de destacar que el “protagonismo” de las aves en la muestra cerámica abordada no se evidencia solamente por su mayor representatividad, sino también por la extensión de algunas

de sus características morfológicas a otros taxones, como seres humanos y otros mamíferos. En el caso de la figura mixta, la combinación entre caracteres humanos y de ave es bien explícita, pero existen muchos otros casos en que esta extensión de caracteres se da más sutilmente. Así por ejemplo, el modelado de “plumas erizadas” en la parte superior de los motivos representativos (coronilla y nuca), como muestran los ejemplares psitacíformes de la figura 5, no resulta un rasgo exclusivo del grupo de las aves, sino que puede encontrarse asimismo en diversos tipos de mamíferos.

En el caso de los motivos abstractos, predominan ampliamente aquellos constituidos por líneas rectas (76,5% sobre la muestra total, $n=981$) y/o quebradas (55% sobre la muestra total, $n=704$), con disposición paralela al borde de las vasijas. Por el contrario, la presencia de otros elementos tales como la línea curva, el triángulo, el rombo, la cruz, el círculo, el paralelogramo, el rectángulo, entre otros, resultan escasamente presentes en la muestra. Si se realiza una segmentación de las figuras zoomorfas y antropomorfas, de modo tal de poder observar el comportamiento de los distintos atributos en función de cada localización, se distingue asimismo una preponderancia de líneas rectas y quebradas. Como se observa en la figura 5, la línea recta resulta mayoritaria en las distintas localizaciones, como ser: en la parte superior de la cabeza (76%, $n=78$), en la periferia de los ojos (64,5%, $n=31$) y en el área lateral (38%, $n=35$), calculándose los porcentajes de acuerdo a los totales respectivos para cada localización en particular. En menor medida se registran también líneas quebradas, particularmente en el sector lateral (30,5% sobre el total para esta localización, $n=28$), así como también escalonados en esta misma área (22,5%, $n=21$). Otra de las recurrencias relacionadas con la manera de organización de lo artístico se relacionan con el predominio de principios de traslación (51%, $n=779$) y de reflexión simple (48%, $n=735$), siendo muy escasa por el contrario la presencia de reflexión deslizada y rotación (*sensu* Washburn 1983; Washburn y Crowe 1988). La traslación de los elementos se produce predominantemente sobre un vector horizontal, en tanto que la reflexión toma como referencia un eje vertical y, en caso de los motivos representativos, un eje sagital que da lugar a dos mitades exactas.

La figura 5 muestra también la utilización diferencial de técnicas incisas en función de los distintos sectores de los motivos representativos. La incisión de surco rítmico resulta, por ejemplo, la técnica más ampliamente elegida (67%, $n=103$), especialmente para los diseños laterales. La incisión de línea (11%, $n=17$) y la incisión de punto (22%, $n=34$) se registran en menor proporción; la primera fue utilizada preferentemente en la parte superior de las figuras, y la segunda especialmente para diseñar los ojos de los motivos representativos. Ocasionalmente se empleó incisión de punto en el área correspondiente a la cabeza-cuello, pero no en todos los grupos taxonómicos representados, sino fundamentalmente en los felinos. Con respecto a las guardas incisas que se ubican próximas a los bordes de las vasijas, el 82% ($n=1213$) de los casos se realizó mediante surco rítmico. En menor medida se empleó incisión de línea (13%, $n=192$), sola o en combinación con la técnica anterior, para los motivos situados preferentemente en el labio de las vasijas. La incisión de punto (3,5%, $n=51$), así como otras técnicas: por ej. unguiculado, estampado de cestería y corrugado, resultan por su parte muy minoritarias en la muestra (1,5%, $n=21$).

Algunas de las regularidades encontradas en la elaboración de lo artístico conciernen, por otra parte, a la propia manufactura de los motivos. Así, los motivos representativos se realizaron predominantemente por medio de modelado (83,5%, $n=149$), técnica que aporta un aspecto tridimensional y un mayor naturalismo (*sensu* Gradin 1978). La representación bidimensional, por su parte, es menos frecuente (16,5%, $n=30$). Otras regularidades asociadas a la elaboración de lo artístico se relacionan con el tamaño y forma de las improntas incisas. Es decir, las mismas tienden a ser generalmente cuadrangulares (63,5%, $n=905$) y rectangulares (31%, $n=437$), encontrándose menos presentes por el contrario las huellas triangulares y semicirculares. Se registra, por otra parte, una preponderancia de huellas de tamaño pequeño (1-3 mm: 49%, $n=932$) y mediano (3-5 mm: 46,5%, $n=451$), por sobre las grandes (más de 5 mm: 4,5%, $n=44$); indicando la utilización de

instrumentos de similares dimensiones de puntas. Por último, se destacan importantes porcentajes de alta precisión en la ejecución de los diseños incisos (excelente: 8%; muy buena: 47%; buena: 38%; regular: 7%); entendiendo este concepto como un bajo nivel de “error” en aspectos relacionados, por ejemplo, con el paralelismo con que se ejecutaron las líneas y en la homogeneidad de las improntas a lo largo de un mismo motivo (por ej. en cuanto a morfología, presión ejercida).

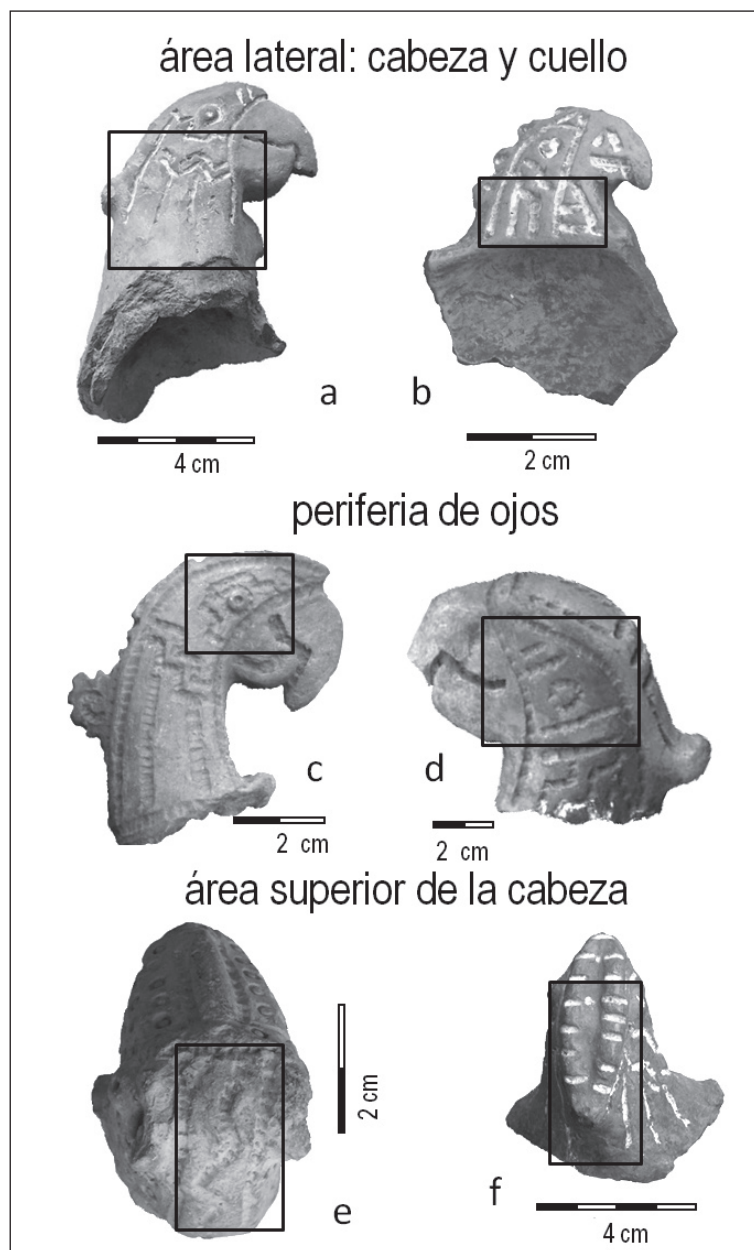


Figura 5. Motivos representativos elaborados mediante técnicas de modelado, con detalles abstractos incisos en sus distintas localizaciones: (a), (b), (c), (d) y (f) representaciones psitaciformes; (e) representación de felino.

UNA APROXIMACIÓN AL SIMBOLISMO DEL ARTE MOBILIAR CERÁMICO

Registro material e identidad

La existencia de determinados patrones que se repiten en la cultura material (Hodder 1990) conduce a la noción de estilo, y con ello a la cuestión de la clase de información que porta. El estilo, por consiguiente, abre la posibilidad de abordar y discutir las conductas identitarias de los grupos humanos del pasado, a partir de la materialidad del registro arqueológico. Las relaciones entre estilo e identidad fueron, en cierta manera, inicialmente planteadas desde los enfoques histórico-culturales, pero en términos de una reflexión pasiva de las diferencias culturales. Estas posturas se basaron en la existencia de correlaciones directas entre cultura-lengua-raza, en cuyo marco el concepto de identidad aparecía asociado al de grupo étnico. Éste era concebido como una unidad social objetiva, relativamente homogénea y conformada por un inventario de rasgos involuntariamente compartidos (Jones 1997). Bajo tales conceptos el arte mobiliario cerámico fue considerado en la arqueología del Paraná como particularmente distintivo de los denominados ribereños plásticos o goya malabrigo (por ej. Serrano 1946; González 1977); y donde la adhesión de identidad a estos objetos hacía referencia generalmente al grupo de personas que los manufacturaban (Jones 1997).

Ahora bien, los datos registrados con respecto al arte mobiliario analizado señalan la presencia de ciertas regularidades de base. Estas regularidades podrían ser tomadas en el caso de estudio como indicadoras de un *estilo emblemático*, el cual es entendido por Wiessner (1983) como las variaciones formales presentes en la cultura material que contienen mensajes precisos con respecto a la identidad grupal. En relación a este punto, cabe considerar la noción de lo cotidiano. Desde distintos autores se señala a la cotidianeidad como uno de los espacios donde mejor se revela la información que hace a la identidad de un grupo (Eriksen 1991; Bartolomé 1997; Jones 1997). Así, las distinciones que estarían marcando fronteras culturales se naturalizan y legitiman en su continua repetición en la vida diaria. Al ser parte de una acción rutinaria actuarían de modo subterráneo y profundo, omitiendo la necesidad de verbalización y sorteando la transitoriedad implicada en el lenguaje (Hodder 1982a, 1982b). En este sentido, el desempeño del arte mobiliario del Paraná, particularmente en el ámbito de lo cotidiano, podría estar sugiriendo la voluntad de comunicar determinados símbolos de identidad en artefactos que debido a estar sujetos potencialmente a un nivel de exposición mayor resultan altamente visibles, y por ende también sus significados implicados. Estos planteamientos ofrecen un marco, a su vez, para pensar las razones por las cuales algunos recipientes presentan motivos y otros no, ya que probablemente se los habría privilegiado en aquellos artefactos destinados a una mayor exposición. También, permiten pensar acerca del por qué se habría invertido, en virtud de la elaboración de estos motivos, una mayor cantidad de tiempo, habilidad, e instrumental en contenedores destinados a actividades cotidianas, relacionadas por ejemplo con la cocción de alimentos. Lo expresado no apunta, sin embargo, a minimizar la participación del arte mobiliario cerámico del Paraná en actividades rituales, como por ejemplo los comportamientos funerarios de los grupos involucrados. De hecho, para algunos autores, los aspectos materiales de las prácticas mortuorias pueden ser también buenos identificadores grupales (por ej. De Corse 1989). El hecho que se privilegie como ajuar mortuario en los sitios analizados recipientes cerámicos con representaciones de los taxones con mayor representatividad en el área del Paraná (aves, en general, psitácidas, en particular), estaría afianzando este punto.

Considerar el rol de la cultura material en la expresión y comunicación de una identidad grupal, por otro lado, no implica negar la intersección de ésta con otras dimensiones identitarias, tales como aquellas relacionadas con el género, el estatus y el individuo. Sin embargo, como puntualiza Eriksen (1991), las cuestiones de estatus, o incluso de género, no se despojan totalmente de la identificación grupal, sino ésta siempre partícipe de cualquier situación. Si bien pueden confluir, entonces, otras dimensiones identitarias en el registro artístico estudiado, la identidad

de grupo estaría en condiciones de desarrollar a nivel arqueológico patrones más visibles en el tiempo y en el espacio. El estilo emblemático, tal como ha sido planteado, se diferencia de otras clases de comportamientos estilísticos por generar un patrón distintivo de visibilidad arqueológica. Resulta esperable que éste, en tanto presenta un referente preciso y está destinado a marcar fronteras intergrupales, se distinga claramente por su uniformidad y por su distribución discreta, así como por una tasa de cambio diferente. A menos que se produzca un cambio en el referente, el estilo emblemático no presentaría grandes modificaciones a través del tiempo, sino que variaría gradualmente en virtud de errores en su reproducción (Wiessner 1983). En este sentido, la profundidad cronológica y espacial que mantienen los comportamientos repetitivos en el arte mobiliario de los sitios arqueológicos considerados, reforzaría esta posible connotación emblemática del registro artístico. Se debe tener en cuenta, además, que las expresiones artísticas estudiadas no se restringen a los sitios arqueológicos considerados en esta investigación, sino que forman parte de un fenómeno de alcance regional. Como se indicó previamente, la presencia de motivos representativos (particularmente psitaciformes) en contenedores cerámicos, constituye un aspecto frecuente entre los grupos cazadores-recolectores-pescadores prehispánicos que poblaron a lo largo de 1.500 años un amplio sector ribereño del Nordeste argentino.

Los argumentos anteriores no implican asumir la existencia de un grupo definido como un todo cultural homogéneo, como tradicionalmente se caracterizó a estas sociedades en el caso de estudio. La identificación de las personas con un grupo se posiciona como parte de un proceso fluido que depende del acuerdo de los individuos que se asumen como miembros del mismo y que son aceptados como tales, y donde el eje de importancia radica en el *límite* y no en el contenido cultural que encierra (Barth 1976; Ucko 1989). Siguiendo estos conceptos, postular la posibilidad que las expresiones artísticas del Paraná se hayan encontrado involucradas en la señalización consciente de una diferencia a nivel de grupo estaría implicando, entonces, la existencia de un límite socialmente significativo en función de una interacción. En este sentido, los símbolos que permitirían señalar este *límite* podrían, por consiguiente, ser apropiados para asumirse y ser aceptado como parte de una configuración identitaria en particular, de acuerdo a las necesidades y circunstancias de sus miembros.

Un acercamiento hacia el por qué de la señalización de la diferencia

Lo anterior lleva a la necesidad de comenzar a discutir acerca de los factores que podría enmarcar el sostenimiento de este límite socialmente significativo. Desde diferentes líneas teóricas se ha planteado que las cuestiones identitarias, y la consiguiente diferenciación en la cultura material de los grupos, guardan relación con determinadas circunstancias, como por ejemplo de estrés económico y social (por ej. Wobst 1977; Hodder 1982a, 1982b; Wiessner 1983; Earle 1990). En contextos de inseguridad e inestabilidad, por ejemplo, la auto-identificación de las personas como miembros de la misma comunidad necesita ser explícitamente invocada y confirmada en la vida diaria. La diferenciación por medio de la cultura material contribuye a ser reconocido como “amigo” y evita ser atacado en tanto “enemigo”, otorgando un sentido de protección y legitimidad a los miembros de un grupo (Hodder 1982b). En el caso de estudio, y como ha sido enfocado detalladamente en trabajos previos (por ej. Loponte *et al.* 2004; Ottalagano 2005), los registros etnohistóricos tempranos subrayan numerosas situaciones de interacción, tanto de “amistad” como de “enemistad” entre las poblaciones asentadas sobre las márgenes del río Paraná en momentos post-hispánicos⁹. Las fuentes del siglo XVI mencionan que varias parcialidades chaná-timbú mantenían relaciones cordiales entre sí, y que a su vez, sus adornos corporales tendían a ser similares. Puntualmente se comenta que algunas de ellas realizaban intercambios con grupos asentados tierra adentro, como los querandí (por ej. Ramírez 1892; Schmidl 1950; Fernández de Oviedo 1959). Se señala asimismo que parcialidades nortenas de los chaná-timbú mantenían relaciones hostiles con

grupos diferentes a causa del acceso a recursos relacionados con la caza y la pesca. Se menciona, por ejemplo, que los denominados chaná salvajes se movilizaban hasta las costas del Paraná cuando se veían escasos de alimentos “para pescar y guerrear contra los mocoretá” (Schmidl 1950:59, ver también Fernández de Oviedo 1959). También son numerosas las referencias con respecto a la belicosidad de los guaraníes, en las cuales se los considera frecuentemente como enemigos de todos los otros grupos asentados sobre el Paraná (por ej. Ramírez 1892; López de Velasco 1894; Techo 1897; Schmidl 1950; Fernández de Oviedo 1959).

Pero más allá de esta información, la cual funcionaría en pos del planteo de hipótesis iniciales, el desempeño del arte mobiliario cerámico fundamentalmente en el ámbito de lo cotidiano, podría ser tomado como un aspecto que reforzaría la connotación emblemática de este arte en el marco de una situación de tensión entre grupos. Desde diferentes posiciones teóricas se ha planteado que la proyección de una identidad grupal a través de ciertos patrones culturales distintivos, y por medio de artefactos de uso doméstico, se haría apropiada a fin de marcar fronteras, excluir a otras poblaciones del acceso a recursos clave y/o establecer relaciones de alianza en situaciones de conflicto (por ej. Wobst 1977; Hodder 1982b; Earle 1990). Esta expresión cotidiana y regional de ciertos símbolos de identidad podría ser evaluada, en este punto, bajo las dos siguientes perspectivas interconectadas. Por un lado, y como se dijo, como una expectativa arqueológica de relaciones inter-grupales de alianza y conflicto, y por el otro, en tanto correlato arqueológico de la existencia de grupos con una incipiente diferenciación social. En este punto, el desempeño de lo artístico en distintos ámbitos de funcionamiento podría ser una cuestión relacionada, siguiendo a Bender (1989), con la naturalización simbólica de esta diferenciación.

En ambos casos, y teniendo en cuenta el giro que en los últimos años se ha venido otorgando a la conceptualización de las sociedades cazadoras-recolectoras, las cuestiones identitarias de la cultura material podrían llegar a situarse como una contracara de la existencia de procesos de complejidad en el área de estudio. Para autores como Price y Brown (1985) la complejidad es entendida como un proceso de intensificación, el cual puede ser discutido en términos de una multiplicidad de factores entre los que se encontrarían: la intensificación en la explotación de recursos, la reducción de la movilidad, el almacenamiento, la especialización artesanal, las interacciones sociales de competencia e intercambio, y la diferenciación de estatus. De acuerdo a estos autores, el afloramiento de las cuestiones identitarias podría ser visto como una consecuencia más del proceso de complejización de las sociedades, ya que los cambios que supondrían este proceso requerirían una fuerte integración social así como la implementación de una autoridad encargada de la toma de decisiones. Por ello, la aparición de señales de identidad en la cultura material es vista como una consecuencia tanto de la diferenciación intra-grupo como inter-grupo, pudiendo ser entendida como una expresión arqueológica de la defensa activa del espacio. Así, la distribución espacial de diseños y artefactos distintivos, por ejemplo, se asociaría a la necesidad de una demarcación territorial vinculada al desenvolvimiento de procesos de complejidad (Price y Brown 1985).

Las fuentes históricas, entre ellas las más tempranas destacan para los grupos del Paraná la presencia de ciertas jerarquías sociales, bajo la forma de “indios principales” (Schmidl 1950:52; ver también Díaz de Guzmán 1998). Asimismo, otros comportamientos usualmente asociados a cazadores-recolectores complejos (por ej. redes de intercambio y alianza, almacenamiento, intensificación en la explotación de recursos, territorialidad) pueden ser rastreados también en las fuentes históricas del área (por ej. Schmidl 1950; Fernández de Oviedo 1959). A nivel arqueológico, algunos de estos comportamientos descritos por las crónicas podrían discutirse en los sitios aquí considerados, a través de ciertos indicadores como ser: la presencia de ítems obtenidos mediante el establecimiento de redes sociales extensas (por ej. piezas de metal y materia prima lítica extra-local, sitio La Palmera II); entierros en áreas de asentamiento que podrían connotar tanto territorialidad como baja movilidad (especialmente, sitios A. Las Mulas I y A. Arenal I); el aprovechamiento de recursos fluviales; la aparición de probables signos de violencia en los restos

humanos (sitio A. Las Mulas I y La Palmera II); mayor tamaño y duración de los asentamientos (sitios A. Largo I y A. Las Mulas I); y tratamientos mortuorios diferenciales (especialmente, sitios A. Las Mulas I y La Palmera II) (por ej. Price y Brown 1985; Earle 1990; Arnold 1996).

Otro de los grandes ejes con mayor visibilidad arqueológica para detectar procesos de complejidad se asocia a los correlatos materiales de la intensificación de la producción, entre los que se incluyen los aspectos relacionados con la tecnología de subsistencia. En contextos de complejidad, ésta tiende a ser más abundante, diversificada y especializada (Price y Brown 1985). Siguiendo esto, la abundancia de cerámica en los sitios arqueológicos considerados y la implementación de elecciones técnicas orientadas a la elaboración de categorías artefactuales distintas y probablemente vinculadas a desempeños diferenciales, podrían ser evaluadas en tal sentido. En este marco, la especialización artesanal se destaca como un atributo de sociedades complejas, pudiendo comprender sin embargo un amplio rango de situaciones y distintos gradientes (Costin y Hagstrum 1995). La especialización está frecuentemente vinculada con la estandarización, la cual constituiría una evidencia indirecta de la organización de la producción cerámica. Esta última es entendida como resultado de una reducción en el número de elementos utilizados para la fabricación de los artefactos (materias primas, instrumental) así como también en relación a las secuencias de manufactura y en las conductas desplegadas por los artesanos para elaborarlos; cuestiones que se verán reflejadas en la fabricación de contenedores con menores variaciones en sus atributos, especialmente en aquellos mecánicos (Rye 1981; Costin y Hagstrum 1995). De este modo, los gestos técnicos implicados en la elaboración de lo artístico, por ejemplo, pueden constituir una vía posible para evaluar cuestiones relativas a procesos de estandarización, ya que los mismos no estarían sujetos a requerimientos funcionales o sociales esperables para los contenedores. En este sentido, si se tiene especialmente en cuenta los atributos relacionados con la elaboración técnica del registro artístico, la uniformidad planteada especialmente en cuanto a la forma y tamaño de los trazos incisos, podría estar señalando el uso de un instrumental acotado y un repertorio restringido de acciones acerca de cómo utilizarlo (ver Rye 1981). Sin embargo, estos argumentos requieren cautela, ya que la existencia cierta uniformidad en estas variables podría no implicar necesariamente estandarización. Por otro lado, estos planteamientos demandan una profundización mayor, por lo que la realización actual de pruebas experimentales sobre técnicas decorativas por parte de la autora se orienta a tal fin.

Cultura material y metáforas de significados

Más allá de la posición asumida previamente, en cuanto a la manera de pensar la identidad en términos de señalar un límite socialmente significativo, las cuestiones identitarias se hallan en condiciones de trascender esta perspectiva, pudiéndonos ver también en relación a una manera particular de ser y estar en el mundo. Según Hernando (2004), la adscripción de las personas a distintas identidades implica fundamentalmente la construcción cognitiva de mundos distintos en los que vivir, y donde se halla implícita una determinada representación simbólica de la realidad. La identidad puede entenderse asimismo, entonces, en términos de esquemas simbólicos, de significados generados dentro de un grupo. La naturaleza se conforma como una fuente especial de significados disponibles para las sociedades (Foster 1994), y en tal sentido, ciertas cualidades morfológicas o de comportamiento tornan a muchas especies zoológicas particularmente adecuadas para constituirse como recursos metafóricos (ver por ej. Douglas 1990; Saunders 1990; Tilley 1991). Dentro de este marco, es posible abordar los aspectos de significado del arte mobiliario del Paraná, y particularmente aquellos vinculados con la representación de animales, desde la noción de metáfora (*sensu* Tilley 1991). De este modo, si bien los estatus y las lógicas de conexiones de los significados se encuentran sujetos a cambios constantes (Saunders 1990), la extensión espacio-temporal del simbolismo de las aves podría derivar, en cierto modo, de la potencia metafórica de

estas formas zoológicas. Es de destacar que el simbolismo de este grupo faunístico resulta también un aspecto frecuente entre los materiales arqueológicos, cerámicos y no cerámicos, de otras partes de Argentina y América (por ej. González 1974; Reichel-Dolmatoff 1988; Kelly 1993; Zimmerman Holt 1996; Scattolin 2006). Por otra parte, este simbolismo se presenta recurrentemente además en relatos míticos y prácticas rituales de amplios sectores de Suramérica y Centroamérica, en los cual se enfatiza la facultad de volar de las aves como un atributo “positivo” y donde se las observa frecuentemente como seres potentes, creadores y bienhechores (ver por ej. Reichel-Dolmatoff 1988; Ottalagano 2007d).

Como se mencionó previamente, el protagonismo de este grupo faunístico en el arte de las Tierras Bajas del Paraná, no sólo se evidencia por su mayor representación en la muestra de estudio sino también por la extensión y combinación de ciertas características propias a otros taxones. Cabe la posibilidad, entonces, que estas recurrencias manifestadas en torno a la representación de aves puedan ser entendidas en relación a elementos del comportamiento y de la morfología de este taxón. Las aves psitaciformes, aquellas mayormente representadas en arte mobiliar cerámico del Paraná, estarían en condiciones de poseer cualidades que en cierta medida las tornarían especiales: ya sea por su esplendor, sus habilidades cognitivas, así como por contar con la facultad de volar (ver Ottalagano 2007d, 2008). Hasta el momento no se han registrado restos de aves psitaciformes en los materiales zooarqueológicos analizados; siendo escasa, por lo general, la proporción de aves presentes en el registro arqueológico (ver por ej. Tonni *et al.* 1985). Estas circunstancias podría encontrarse relacionadas tentativamente con diversas causas, como por ejemplo, la conservación deficiente de estos restos, la relativamente baja proporción de muestra estudiada de forma sistemática y/o el reducido porcentaje de ingesta de los recursos avícolas. Existiendo la posibilidad, por otra parte, que en el caso puntual de las psitácidas, éstas gozaran de una condición de especies protegidas; por lo cual, quedan por establecer a futuro correlaciones metódicas entre la información aportada por el registro faunístico y el artístico.

De acuerdo a lo expuesto, los artefactos cerámicos en el caso de estudio podrían estar implicados en construcciones metafóricas, pudiendo ser capaces entonces de evocar ciertas cualidades a un nivel no discursivo (Thomas 1996). Además de cumplir funciones en determinadas actividades, actuarían fundamentalmente como símbolos (Hodder 1982b), y en tanto tales contarían con la propiedad de ser a la vez “portadores y evocadores de la presencia y de la virtud de lo que es simbolizado” (Morin 1994:170). De acuerdo al pensamiento no occidental los artefactos se encuentran revestidos de múltiples cualidades que los convierten en mucho más que simples objetos. El pensamiento moderno occidental produjo la escisión de aspectos que en las sociedades no occidentales se encuentran integrados, entre los cuales se puede mencionar la separación radical entre objetos y personas, naturaleza y cultura, e individuo y sociedad, así como la contraposición entre el ámbito mítico y el plano de la razón y de la técnica (Ingold 1993; Morin 1994; Thomas 1996; Hernando 2004). Estos planteos dan lugar a pensar que entre las sociedades prehispánicas del Paraná, la división entre objetos cotidianos y rituales no se habría dado de una manera tácita. Por el contrario, los datos discutidos apuntan a considerar que no habría artefactos propiamente cotidianos y artefactos exclusivamente rituales. La cultura material es un elemento constitutivo del modo particular de ser y estar en el mundo, que es la identidad; y éstas, en definitiva, pueden ser entendidas como narrativas sociales en cuya construcción las personas y los objetos se encuentran estrechamente unidos (Thomas 1996).

CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS FUTURAS

En este trabajo se intentó desglosar y analizar por parte las distintas discusiones que pueden generarse en torno a las regularidades presentes en el registro artístico estudiado. Se focalizó primeramente en las relaciones entre cultura material e identidad; considerándose al estilo como

mediador entre ambos términos, y por ende, como correlato material de los distintos aspectos que pude asumir la identidad. En el caso de estudio, los datos obtenidos aportarían mayores elementos para pensar que los comportamientos estilísticos presentes en arte mobiliario cerámico tendrían una connotación emblemática a nivel de grupo. Esto no implica, sin embargo, asumir a este grupo como un todo cultural homogéneo, ya que las identificaciones identitarias sobrepasarían los contenidos culturales mismos (Barth 1976) y estarían basadas en narrativas socialmente construidas (Thomas 1996). Se procuró, en segundo lugar, dar cuenta de las derivaciones que podría tener la señalización material de la diferencia por parte de las poblaciones prehispánicas adaptadas al ambiente fluvial del Paraná. Es decir, se pretendió dirigir la discusión hacia el marco que habría generado estos patrones en el registro arqueológico. En función de esto, se consideró que la señalización de la diferencia podría encontrarse vinculada tanto a relaciones inter-grupales como intra-grupales, en cuyo caso las cuestiones identitarias no resultarían ajenas a estrategias sociales de los grupos. Si bien estos planteos refuerzan los que se consideraría una perspectiva instrumentalista que posiciona a la identidad dentro de un juego de intereses (por ej. ver críticas de Bartolomé 1997), la identidad puede ser vista fundamentalmente como un fenómeno multidimensional (Jones 1997); y en tanto tal puede ser entendida desde diferentes perspectivas mutuamente no excluyentes. Es por ello, que en tercer lugar, se intentó un acercamiento más interpretativo de los artefactos cerámicos y de sus aspectos artísticos, resaltando el rol de la metáfora en la construcción de los significados. En este sentido, se planteó la necesidad de observar a la identidad en relación a una manera particular de percibir y experimentar el mundo, en la que se enfatizarían las relaciones ente personas y cosas, hombres y animales.

A futuro, las perspectivas que se abren son muchas. Resultaría de gran interés por ejemplo poder contar con información acerca del comportamiento de la cerámica, tal como ha sido aquí planteado, en otros sitios de la misma área; así como en relación a otros sectores del ambiente fluvial del río Paraná, e incluso del río Uruguay, a fin de comparar resultados. Por otro lado, sería vital relacionar esta señalización de la diferencia con un marco cronológico más preciso, que permita anclar las regularidades observadas con una mayor cantidad de fechados absolutos. Como sostiene Bartolomé (1997), las configuraciones identitarias requieren de elementos diacríticos que se asumen como colectivamente distintivos y que constituyen aspectos culturales preexistentes que se resignifican al comportarse como emblemas seleccionados de identidad, adquiriendo cargas significativas tal vez ausentes en sus contenidos anteriores. Por el momento, no son muchos los datos que permitirían evaluar en qué momento lo artístico adquirió una connotación emblemática en las costas del Paraná, ni tampoco sobre los procesos sociales y económicos que podrían haber tenido lugar para que ésta ocurra. La temática concerniente a la presencia de cazadores-recolectores complejos, si bien está siendo desarrollada por la arqueología regional en puntos más australes del corredor paranaense (por ej. Loponte *et al.* 2004; Bonomo 2005), no ha sido profundizada en los registros arqueológicos del Paraná Medio entrerriano; razón por la cual no se cuenta una discusión sistemática del tema en el caso de estudio. En este punto, se espera que este trabajo actúe de disparador para comenzar a discutir ejes de análisis relacionados con procesos de complejidad en el área, los cuales pretenden y deben ser necesariamente retomados en futuras investigaciones en base a un cuerpo más amplio de información, que contemple no sólo el estudio de la cerámica sino todos los aspectos del registro arqueológico. Por consiguiente, resta mucho por profundizar en la arqueología del Paraná. Uno de los caminos por los cuales la investigación arqueológica debería orientarse es en el tratamiento de la información conocida con un bagaje de conceptos teóricos nuevos con los cuales repensar los datos ya existentes, y en especial mediante la incorporación de nueva información de campo y fechados que posibiliten la conformación de un amplio *corpus* de datos de base.

Fecha de recepción: 17/12/2009.

Fecha de aceptación: 19/07/2010.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento al Museo “Profesor Antonio Serrano” de Paraná, donde se desarrollaron mis tareas de investigación. A mi director Carlos Ceruti, a Myriam Tarragó por su tiempo y cordialidad, y también a los evaluadores de este trabajo. Esta investigación fue posible gracias a una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

NOTAS

- ¹ Se optó por seguir la terminología de Gradin (1978:121), originalmente enfocada para el análisis del arte rupestre. Sin embargo, otros autores utilizan también la denominación de motivos figurativos para referirse por ejemplo, como en el caso de estudio, a aquellos con características antropomorfas y zoomorfas (por ej. Gordillo 2009).
- ² Algunos autores oponen el concepto de decoración al de arte, empleando el primero para hacer referencia a una cualidad sin significado representacional (Morphy 1994).
- ³ Esta discusión puede ser ampliada en Ottalagano (2007b, 2009a).
- ⁴ Los porcentajes referidos a cada subgrupo formal, como se indica en la figura 2, se calcularon sobre el total de bordes asignables a las categorías formales mayores. Sin embargo, en muchos casos y debido a la fragmentación de la muestra, si bien fue posible determinar si se trataban de vasijas abiertas o cerradas, no pudo identificarse su asignación a los subgrupos formales menores.
- ⁵ Por ejemplo, suelen presentar altos índices de engobe, regularidad superficial, grosores delgados, labios rectos, diámetros de boca grande (mayores a 30 cm) y formas abiertas; no registrándose prácticamente restos de hollín.
- ⁶ No se tuvieron en cuenta aquí los materiales procedentes de intervenciones no estratigráficas efectuadas durante la década de 1940, ni las muestras provenientes de sectores altamente afectados por procesos post-depositacionales como el caso de parte de los materiales del sitio Las Mulas I, por estar potencialmente alterada la ubicación original de los materiales.
- ⁷ En muchos casos, es posible que se trate de ejemplares de géneros *Ara* y *Amazona*, según lo discutido en Ottalagano (2008).
- ⁸ Dentro de los mamíferos también se registran representaciones de primates y fauna adaptada al medio acuático (ej. carpincho: *Hydrochoeris hydrochaeris*, coipo: *Myocastor coypus*, lobito de río: *Lontra longicaudis*), así como ejemplares de osos hormigueros (Fam. *Myrmecophagidae*).
- ⁹ Para un análisis crítico y una contextualización de este tipo de fuentes puede consultarse también Ottalagano (2005, 2007d).

BIBLIOGRAFÍA

- Arnold, Jeanne E.
1996. The archaeology of complex hunter-gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2(3): 77-126.
- Barth, Fredrick
1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bartolomé, Miguel A.
1997. *Gente de costumbres y gente de razón. Identidades étnicas en México*. México, Siglo XX.
- Bender, Bárbara
1989. The roots of inequality. En D. Miller, M. Rowland y Ch. Tilley (eds.), *Domination and resistance*: 83-95. London-New York, Routledge.
- Bonomo, Mariano
2005. Proyecto Investigaciones arqueológicas en el Delta medio e inferior del río Paraná. Trabajo presentado en el *I° Encuentro de Discusión Arqueológica del Nordeste Argentino*. Santa Fe, Argentina.

Cañabate Guerrero, María Luisa y Alberto Sánchez Vizcaíno

1995. Análisis de indicadores bioquímicos del contenido de recipientes arqueológicos. *Complutum* 6: 281-291.

Ceruti, Carlos N.

1989. Las modificaciones ambientales del Pleistoceno final Holoceno, y su relación con los asentamientos humanos en el noroeste de Entre Ríos (PID-CONICET N° 3-081800/88). Informe Final. MS.
2003. Entidades culturales presentes en la cuenca del Paraná Medio (margen entrerriana). *Mundo de Antes* 3: 111-135.

Conkey, Margaret

1984. To find ourselves: art and social geography of prehistoric hunter-gatherers. En C. Shire (ed.), *Past and present in Hunter-Gatherer studies*: 253-276. New York, Academic Press.
1990. Experimenting with style in archaeology: some historical and theoretical issues. En M. Conkey y Ch. Hastorf (eds.), *The use of style in archaeology*: 44-51. Cambridge, Cambridge University Press.

Costin, Cathy L. y Melissa B. Hagstrum

1995. Standardization, labor investment, skill, and the organization of ceramic production in Late Pre-hispanic highland Perú. *American Antiquity* 60(4): 619-639.

Cremonte, M. Beatriz

1985. Alcances y objetivos de los estudios tecnológicos sobre la cerámica arqueológica. *Anales de Arqueología y Etnología Universidad Nacional de Cuyo* 38-40(1): 179-217.

De Corse, Christopher

1989. Material aspects of Limba, Yalunka and Kuranko ethnicity: archaeological research in northeastern Sierra Leone. En D. Shennan (ed.), *Archaeological approaches to cultural identity*: 125-140. London, Routledge.

Díaz de Guzmán, Ruy

1998. *La Argentina. Historia argentina del descubrimiento, población y conquista del Río de La Plata*. Buenos Aires, Emecé.

Douglas, M.

1990. The pangolin revisited: a new approach to animal symbolism. En R. Willis (ed.), *Signifying animals. Human meaning in the natural world*: 159-178. London, Routledge.

Earle, Timothy

1990. Style and iconography as legitimation in complex chiefdoms. En M. Conkey y Ch. Hastorf (eds.), *The use of style in archaeology*: 73-81. Cambridge, Cambridge University Press.

Eriksen, Thomas

1991. The cultural context of ethnic differences. *Man* 26(1): 127-144.

Fernández de Oviedo, Gonzalo

1959. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, Ediciones Atlas.

Foster, Mary L.

1994. Symbolism: the foundation of culture. En T. Ingold (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*: 366-395. Londres, Routledge.

Frenguelli, Joaquín y Francisco Aparicio

1923. Los paraderos de la margen derecha del río Malabrigo. *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación* 1: 7-112.

- González, Alberto R.
1974. *Arte, estructura y arqueología*. Buenos Aires, Nueva Visión.
1977. *Arte precolombino de la Argentina*. Buenos Aires, Imprenta Coni.
- Gordillo, Inés
2009. Dominios y recursos de la imagen. Iconografía cerámica del valle de Ambato. *Estudios Atacameños* 37: 99-121.
- Gradin, Carlos
1978. Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres. *Revista del Museo Provincial* 1:120-133.
- Hegmon, Michelle
1992. Archaeological research on style. *Annual Review Anthropological* 21: 517-536.
- Hernando, Almudena
2004. Arqueología de la identidad. Una alternativa estructuralista para la arqueología cognitiva. En G. Politis y R. Peretti (eds.), *Teoría arqueológica en América del sur*: 33-56. Olavarría, INCUAPA-UNICEN.
- Hodder, Ian
1982a. *The present past*. New York, Pica Press.
1982b. *Symbols in action*. Cambridge, Cambridge University Press.
1990. Style as historical quality. En M. Conkey y Ch. Hastorf (eds.), *The use of style in archaeology*: 44-51. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ingold, Tim
1993. Tool-use, sociality and intelligence. En K. Gibson y T. Ingold (eds.), *Tools, language and cognition in human evolution*: 429-445. Cambridge, Cambridge University Press.
- Jones, Sian
1997. *The archaeology of ethnicity*. London-New York, Routledge.
- Kelly, Lucretia
1993. The role of animals in Mississippian society. Trabajo presentado en el 58° *Annual Meeting of the Society for American Archaeology*. Saint Louis, USA.
- Kusch, Florencia y Marcelo Valko
1999. Los sistemas simbólicos y sus transformaciones. La aguada después de La Aguada. Trabajo presentado en el 13° *Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. La Plata, Argentina.
- Layton, Robert
1991. *The anthropology of art*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Letieri, Fabián
1998. Aspectos tecnológicos presentes en el proceso de producción cerámica del sitio Bajada Guereño y sus implicancias conductuales. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- López de Velasco, Juan
1894. *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid, Fortanet.
- Loponte, Daniel, Alejandro Acosta y Javier Musali
2004. Hacia la complejidad social: cazadores-recolectores y horticultores en el sector centro-oriental de la región pampeana. En G. Martínez, M. Gutiérrez y R. Curtoni, M. Berón y P. Madrid (eds.),

Aproximaciones contemporáneas a la arqueología pampeana: 41-60. Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales (UNCPBA).

Morin, Edgar

1994. *El método. El conocimiento del conocimiento*. Madrid, Cátedra Teorema.

Morphy, Howard

1994. The anthropology of art. En T. Ingold (ed.), *Companion Encyclopedia of Anthropology*: 648-685. Londres, Routledge.

Morphy, Howard (ed.)

1989. *Animals into art*. London, Routledge.

Nastri, Javier

2005. El simbolismo en la cerámica de las sociedades tardías de los Valles Calchaquies (siglos XI a XVI). Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.

Nóbile, Juan, Carlos Ceruti y Silvia Cornero

1999. Investigaciones arqueológicas en el área de Alejandra (dpto. San Javier, provincia de Santa Fe). Trabajo presentado en el 12º Congreso Nacional de Arqueología Argentina. La Plata, Argentina.

Orton, Clive, Paul Tyers y Alan Vince.

1997. *La cerámica en arqueología*. Barcelona, Crítica.

Ottalagano, Flavia V.

2005. La evidencia documental en el litoral fluvial del Paraná: algunas implicancias para el registro arqueológico. *Revista de la Escuela de Antropología* 10: 29-39.

2007a. Algunos datos sobre las manifestaciones simbólico-iconográficas de las costas del Paraná: estudios cerámicos en Las Mulas 1 (provincia de Entre Ríos). En C. Bayón, A. Pupio, M.I. González, N. Flegenheimer y M. Frére (eds.), *Arqueología en las Pampas*: 679-696. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

2007b. Propuesta e implementación de medidas metodológicas para el estudio de los motivos abstractos y representativos cerámicos de Arroyo Arenal 1 (departamento La Paz, provincia de Entre Ríos). *Revista de la Escuela de Antropología* 13: 197-207.

2007c. Una propuesta de abordaje para el estudio del arte mobiliario cerámico de cazadores-recolectores del Litoral fluvial del Paraná. Trabajo presentado en el 16º Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Salvador de Jujuy, Argentina.

2007d. Algunas referencias en torno al simbolismo de las aves en los registros etnohistóricos y etnográficos de guaycurúes y matak-mataguayos. *Arqueología Suramericana* 3(2): 213-228.

2008. Hacia la identificación taxonómica de las representaciones de psitácidos en la cerámica de la cuenca del río Paraná. *Comechingonia* 11: 78-98.

2009a. Análisis contextual del registro artístico del sitio A. Arenal 1 (provincia de Entre Ríos, Argentina): aportes para el estudio de los aspectos identitarios de los grupos humanos del litoral fluvial del Paraná. En C. Páez y G. De la Fuente (eds.), *La cerámica en la materialización de la sociedad: transformaciones, metáforas y reproducción social*. En prensa.

2009b. Aproximaciones al simbolismo de los grupos cazadores-recolectores de las Tierras Bajas del Paraná Medio: un abordaje contextual del arte mobiliario cerámico. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

Outes, Félix

1918. Nuevo jalón septentrional en la dispersión de representaciones plásticas en la cuenca paranaense y su valor indicador. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 85: 53-66.

- Price, Theron D. y James A. Brown
1985. Aspect of hunter-gatherer complexity. En T. D. Price y J. A. Brown (eds.), *Prehistoric hunter-gatherer*: 3-20. Orlando, Academic Press.
- Ramírez, Luis
1892. Carta de Luís Ramírez. En E. Madero (ed.), *Historia del Puerto de Buenos Aires*: 330-359. Buenos Aires, Imprenta de la Nación.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo
1988. *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Medellín, Editorial Colina.
- Rye, Owen
1981. *Pottery technology*. Washington, Taraxacum.
- Saunders, Nicholas J.
1990. Tezcatlipoca: jaguar metaphors and the Aztec mirror of nature. En R. Willis (ed.), *Signifying animals. Human meaning in the natural world*: 159-178. London, Routledge.
- Scattolin, María Cristina
2006. Categoriemas indígenas y designaciones arqueológicas en el noroeste argentino prehispánico. *Chungara* 38(2): 185-196.
- Schiffer, Michael y James Skibo
1987. Theory and experiment in the study of technological change. *Current Anthropology* 28(5): 595-621.
- Schmidl, Ulrico
1950. *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral.
- Serrano, Antonio
1946. *Arqueología del Arroyo Las Mulas en el noroeste de Entre Ríos*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
1961. El arte plástico de los ribereños paranaenses. *Nordeste, Revista de la Facultad de Humanidades y Artes* 2: 73-86.
- Techo, Nicolás
1897. *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*. Madrid, Biblioteca paraguaya.
- Thomas, Julian
1996. *Time, culture and identity. An interpretative archaeology*. London-New York, Routledge.
- Tilley, Christopher
1991. *Material culture and text: the art of ambiguity*. Londres, Routledge.
- Tonni, Eduardo, Carlos Ceruti y Martín Iriondo
1985. Los vertebrados del sitio Arroyo Arenal 1, dpto. La Paz, provincia de Entre Ríos (Argentina). *Revista de la Asociación de Ciencias Naturales del Litoral* 16(2): 157-167.
- Torres, Luis María
1911. El totemismo. Su origen, significado y supervivencias. *Anales del Museo de Buenos Aires* 20: 485-553.
1913. *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*. Buenos Aires, Imprenta Coni.
- Ucko, Peter
1989. Foreword. En S. Shennan (ed.), *Archaeological approaches to cultural identity*: ix-xx. London, Routledge.

Velandia J., César Augusto

2005. *Iconografía funeraria en la cultura arqueológica de Santa Marta*. Ibagué, UNICERN-Universidad de Tolima.

Washburn, Doroty

1983. Symmetry analysis of ceramic design: two tests of the method on Neolithic material from Greece and Aegean. En D. Washburn (ed.), *Structure and Cognition in Art*: 138-165. Cambridge, Cambridge University Press.

Washburn, Doroty y Donald Crowe

1988. *Symmetries of culture. Theory and practice of plane pattern analysis*. Washington, University of Washington Press.

Wiessner, Polly

1983. Style and social information in Kalahari San projectile points. *American Antiquity* 48: 253-276.

Wobst, Martin

1977. Stylistic behavior and information exchange. En C.E. Clealand (ed.), *Research essay in honor of James B. Griffin*: 317-342. New York, Academic Press.

Zimmerman Holt, Julie

1996. Beyond optimization: alternative ways of examining animal exploitation. *World Archaeology* 28: 89-109.

LA PRIMACÍA DEL OBJETO EN LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA EN LAS FOTOGRAFÍAS TOMADAS DURANTE LOS TRABAJOS DE CAMPO EN EL NOA (1905 A 1930)

María José Saletta*

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar la historia de la arqueología argentina entre 1905 y 1930 en el NOA a través de las fotografías tomadas durante los trabajos de campo hechos por las expediciones del Museo Etnográfico durante ese período. Se plantea que la primacía del objeto -considerar que sólo las cualidades de los objetos arqueológicos y no sus vínculos contextuales- daban cuenta del pasado humano operó generando un habitus de visión rastreable en dichas imágenes. Las fotografías se analizaron cuantitativamente usando variables que permitieron establecer cuáles eran los elementos seleccionados en la composición de las tomas. Se concluye que la representación diferencial de estructuras y artefactos en las fotografías, la fotografía de artefactos aislados de su contexto y el uso preeminente de planos generales son el resultado del habitus de visión generado por la primacía del objeto en un momento de conformación disciplinar de la arqueología argentina.

Palabras clave: primacía del objeto - predisciplinabilidad - fotografías - habitus de visión - arqueología.

ABSTRACT

This paper presents an analysis of the history of archaeology in Northwestern Region of Argentina between 1905 and 1930 through the photographs taken during the archaeological fieldwork expeditions organized by the Museo Etnográfico. It is suggested that primacy of the object -the notion that only the material qualities of the archaeological objects and not their contextual links can explain the human past- generated a vision habitus that can be traced in photographs. The photographs were analyzed quantitatively using 18 variables that allowed to establish which were the items selected in their composition. It is concluded that the differential representation of structures and artifacts in photographs, the photographs of artifacts isolated

* Asociación de Investigaciones Antropológicas-CONICET. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
E-mail: adverbiodemodo@gmail.com.

from its context, and the prominent use of wide-angle shots are the result of the vision habitus generated by the primacy of the object at a time of formation of the archaeological discipline in Argentina.

Key words: primacy of the object - *pre-disciplinary* - *photographs* - vision habitus - *archaeology*.

INTRODUCCIÓN

La historia del desarrollo de la arqueología argentina como disciplina científica ha sido abordada desde diferentes perspectivas a lo largo de los últimos 30 años (Fernández 1982; Haber 1994; Nastri 2003). Si bien cada uno de estos abordajes se ha concentrado en alguna de las múltiples aristas que tiene la formación de una disciplina científica, todos ellos se han centrado en la producción escrita de los investigadores que participaron de dicha conformación.

El propósito de este artículo es indagar sobre el desarrollo de la historia de la arqueología argentina, la construcción de su ámbito disciplinar y la de su objeto de estudio en la región del NOA entre 1905 y 1930 (Saletta 2008), usando como fuente de información las fotografías tomadas en los trabajos de campo realizados durante las expediciones organizadas y dirigidas por el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El tema principal del trabajo es evaluar cómo el contexto pre-disciplinar en el que se encontraba la arqueología argentina en el período bajo estudio fue configurando la construcción del objeto de estudio arqueológico en el NOA. Dicho análisis se propone demostrar de qué modo la *primacía del objeto* (*sensu* Shanks y Tilley 1987:47) influyó en la toma de fotografías y, por lo tanto, es visible en ellas.

El Museo Etnográfico, fundado en 1904, es el primer museo argentino dedicado exclusivamente al estudio y exhibición de materiales arqueológicos y antropológicos (Podgorny 1999). Por tal motivo, la etapa bajo estudio se inicia con su fundación, considerada por muchos autores como el comienzo de la institucionalización de la práctica arqueológica argentina (Fernández 1982; Haber 1994; Nastri 2003). Es por ello que el Museo Etnográfico resulta un caso ideal para examinar el proceso de construcción del objeto de estudio de la arqueología y de su campo disciplinar. El período bajo estudio finaliza en 1930, con la muerte de Salvador Debenedetti, su segundo director y discípulo directo del fundador y primer director del museo, Juan Bautista Ambrosetti.

ANTECEDENTES Y MARCO TEÓRICO

Historia de la arqueología argentina

Varios autores se han dedicado a examinar la historia de la arqueología argentina en el NOA. Cada uno de ellos (Fernández 1982; Madrazo 1985; Haber 1994; Olivera 1994; Nastri 2004a) se ha concentrado en diferentes aspectos del desarrollo de la arqueología como disciplina científica (cronología, producción académica, publicaciones, inserción institucional, contexto sociopolítico, desarrollos teóricos, etc.). Dada esta pluralidad de intereses al momento de analizar la historia de la disciplina, todos estos aportes pueden considerarse como complementarios. Todos ellos comparten un mismo hilo conductor, ya que se han enfocado en establecer cuáles fueron las tendencias teórico-epistemológicas que han predominado en la práctica arqueológica en nuestro país. Sin embargo, lo que los diferencia es el peso que cada uno de ellos le ha otorgado a la acción de los contextos sociales y políticos de nuestro país sobre el quehacer científico. Fernández (1982) y Olivera (1994) se concentran sobre todo en el desarrollo teórico y metodológico de la producción científica en arqueología, poniendo su peso en la inserción institucional de los actores

involucrados; por su parte, Madrazo (1985), Haber (1994) y Nastri (2004a) incorporan dentro del análisis teórico-metodológico el contexto sociopolítico que impera en cada uno de los momentos del desarrollo de la disciplina.

De todos los artículos existentes, aquéllos más relevantes para el presente trabajo son los de Fernández (1982) y Haber (1994). El primero de ellos porque hace una recopilación exhaustiva de la producción académica de los primeros momentos de formación de la arqueología argentina. El segundo, porque si bien analiza un período previo al que se aborda en este trabajo, presenta una caracterización de la formación de la disciplina que es central para comprender su desarrollo posterior.

Fernández (1982) distinguió diferentes etapas de desarrollo, centrándose en: a) las prácticas de los propios investigadores, lo que el autor denominó “la suma metodológica” (Fernández 1982:15) y b) el tipo de organismo o institución -si es que lo hubo- en la que se desarrolló la investigación arqueológica. La etapa más relevante para este artículo es la denominada *arqueología en la universidad (1901-1925)*, que se caracterizó por la creación de materias relacionadas con la arqueología -en general dependientes de la carrera de Historia- en diferentes universidades y la creación de institutos y museos de antropología y arqueología dependientes de las mismas. Otra de las características de esta etapa es que los investigadores son mayoritariamente argentinos y existe financiación estatal de las campañas, las investigaciones y las instituciones. Estas particularidades mencionadas por Fernández son pertinentes a la definición de nuestro período de estudio, ya que se condicen con el lapso elegido y la importancia dada al peso y formación de una arqueología argentina desde los ámbitos académicos.

Haber (1994) analizó la constitución inicial de la arqueología, pero haciendo foco en la región del NOA, más precisamente en Catamarca, entre 1875 y 1900. Esta etapa fue caracterizada por el autor como *pre-disciplinaria o liminar* (entendiendo este término como sinónimo de prólogo de la formación disciplinaria de la arqueología). Si bien dicho período es previo al que se analiza en este artículo, es necesario retomar su propuesta para comprobar si el corte entre lo pre-disciplinar y lo disciplinar fue tan abrupto como pareciera indicar el comienzo de la institucionalización o si hay elementos que permanecieron y, de haber sido así, cuáles de ellos revistieron de importancia para el período siguiente. Haber estudió los supuestos teóricos y metodológicos de esta primera etapa y examinó la autorrepresentación de los primeros investigadores en el plano discursivo y en la demarcación del objeto de estudio de la disciplina en formación (Haber 1994). Para este autor, existió una baja autorrepresentación de los investigadores evidenciada por la poca discusión sobre los diversos enfoques teóricos propuestos por cada uno de ellos desde su producción escrita académica. Esto sería consecuencia de una disciplina en estado de génesis en donde todo, o casi todo, puede ser admitido (Haber 1994).

La demarcación del objeto de estudio de la arqueología en ese período fue analizada por Haber como una consecuencia de la disputa -nunca explicitada- entre dos diferentes tendencias predominantes dentro de los investigadores:

- a) *naturalista-viajera*, vinculada a los viajeros que desarrollaban sus actividades arqueológicas en conjunto con otras actividades relacionadas con las ciencias naturales. Sus representantes fueron Moreno, Ameghino y Zeballos, entre otros. Para estos investigadores, la arqueología era una disciplina más dentro de las ciencias naturales, que se ocupaba del pasado natural del hombre.
- b) *histórico-filológica*, vinculada con investigadores que realizaban sus trabajos arqueológicos inspirados por las lecturas de fuentes históricas y leyendas del folklore. Los más representativos fueron Lafone Quevedo y Quiroga. Ellos consideraban a la arqueología como parte de la historia americana (Haber 1994).

Haber (1994) postuló que el triunfo de la primera tendencia conformó el carácter que adquirió el objeto de estudio de la arqueología argentina del NOA en las etapas sucesivas. Este triunfo quedó puesto en evidencia por la prevalencia en la práctica arqueológica de los años posteriores de la visión hegemónica de una ciencia positiva y empírica, que se encontró dirigida por la observación rigurosa y la medición de objetos y fenómenos observables, metodologías todas derivadas del positivismo. Esta visión, predominante entre los naturalistas, era coherente con la ideología de orden y progreso de los intelectuales liberales de la última parte del siglo XIX. En este artículo analizaremos la visibilidad fotográfica del método inductivo y del empirismo derivados de esta concepción de la arqueología como una ciencia positiva.

Conceptos teóricos desde la arqueología

Haber afirma que a “...fines de esta etapa aquí considerada [1875 y 1900] es cuando se empieza a notar una estructura disciplinaria con una autorrepresentación más homogénea” (Haber 1999:33). Según este autor, el carácter más palpable del comienzo del autorreconocimiento sucedió en 1905, cuando el Museo Etnográfico (dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) condujo la primera de las expediciones a la región del Noroeste, dirigida por J. B. Ambrossetti. Este museo fue el primero dedicado únicamente a colecciones etnográficas y arqueológicas y en considerarse como un centro de formación universitaria en antropología (Podgorny 1999; Pegoraro 2005). Se diferenciaba así de otros museos de la época (el Museo de La Plata y el Museo de Historia Natural de Buenos Aires), al separar el estudio de materiales culturales del estudio de materiales naturales y dedicarse exclusivamente al estudio y exhibición de los “objetos etnográficos”, según el decreto del decano Norberto Piñero de la Facultad de Filosofía y Letras (publicado en Podgorny 1999:66). Esta institucionalización de los saberes es una de las maneras de rastrear la formación de los límites entre las ciencias (Foucault 1992). El Museo Etnográfico representaría, de este modo, el primer paso en la construcción institucional de la arqueología, tanto en sus prácticas de exhibición de objetos como en sus prácticas de campo, orientadas a la adquisición de éstos.

En la práctica, la demarcación disciplinar trazó los límites reales -un museo/edificio propio- y simbólicos -un campo de estudio con cierto tipo de objeto a estudiar- que antes se inscribían en otro tipo de relaciones e instituciones, mezclados con materiales de historia natural. Es así que se quitaron los objetos antropológicos y arqueológicos, conceptualmente, del ámbito de la historia natural y, físicamente, de los museos de historia natural, para situarlos en otra red de relaciones de índole cultural que -se presumió- le otorgarían mucho más sentido. En el museo, los objetos arqueológicos provenientes de colecciones y excavaciones entraron en relación con otros objetos arqueológicos (adquiridos por compra, canje o intercambio con otros museos). Sin embargo, no eran vinculados entre sí desde la investigación de las relaciones en las que se encontraban en el pasado y que les habían otorgado sentido en el “contexto sistémico” (*sensu* Schiffer 1972). No se pretendió relacionarlos necesariamente entre sí en su propio contexto arqueológico para comprender su funcionamiento social en el pasado. Aquello que les otorgaba sentido de pertenencia en el museo era su condición de ser representantes de la otredad, sea en el pasado (arqueológicos) o de diferentes sociedades (etnográficos). Si estaban todos allí juntos era porque representaban esa otredad concebida como exótica o ajena a la realidad social de Argentina en ese momento.

El primer director del Museo Etnográfico fue Juan Bautista Ambrossetti. Su formación científica provenía de las ciencias naturales y sus primeras colaboraciones se habían producido en el campo de la botánica a través de la colaboración con Scalabrini, un botánico de formación darwinista y positivista (Nastri 2004b). Se había acercado de casualidad a la arqueología, a la que luego se abocó por completo (Haber 1999; Nastri 2003). Consideraba que los patrones observados en la evidencia arqueológica eran intrínsecos a ella misma y que sólo a través de una cuidadosa observación por

parte de los investigadores estos patrones podrían ser develados. En síntesis, metodológicamente, Ambrosetti era un arqueólogo de la observación, lo cual puede ser corroborado en sus publicaciones sobre Pampa Grande (Ambrosetti 1906) y La Paya (Ambrosetti 1907), ambos sitios ubicados en la provincia de Salta, que son marcadamente descriptivas. Este punto ya ha sido señalado por Haber (1994), quien coloca a Ambrosetti dentro de la corriente naturalista recién entrado el siglo XX. Ambas publicaciones constituyen inventarios de objetos arqueológicos encontrados durante la excavación. Esta marcada presencia de la descripción no le quitó un lugar a la interpretación de esos hallazgos basada sobre concepciones implícitas y aplicación de fuentes históricas. Sin embargo, primó siempre la idea de que una mayor cantidad de información -traducida en mayor cantidad de objetos- permitiría aumentar el conocimiento. Los objetos eran clasificados sobre la base de atributos estilísticos y morfológicos, realizando valoraciones estéticas ancladas en las tradiciones europeas. La ausencia de formulaciones de hipótesis a contrastar evidencia también un empirismo ingenuo. La inducción operaba al considerar que los datos obtenidos eran inherentes a los objetos en sí y que, por lo tanto, le permitían al objeto “hablar” por sí mismo.

Al respecto, Shanks y Tilley (1987) han elaborado un concepto que es de utilidad para analizar la manera en que la construcción de la arqueología como disciplina conceptualizó el registro arqueológico. Este concepto es el de *primacía del objeto* y consiste en la desvinculación entre el objeto arqueológico y el “valor” del material arqueológico (artefacto, ecofacto o estructura), tanto en la práctica como en la reflexión arqueológica. El “valor” se refiere, para estos autores, a una relación de significación entre objetos y personas en el pasado y en el presente. Por lo tanto, puede considerarse como valor tanto a la relación establecida por los objetos y sus usuarios en el pasado, como a la relación establecida por el investigador entre los objetos y el contexto arqueológico en donde se encuentran. Ambos tipos de relaciones fueron ignoradas por la *primacía del objeto*.

Para Shanks y Tilley (1987:47), la *primacía del objeto* actuó en el paradigma empirista positivista de manera tal que igualó sus cualidades registrables y observables con su realidad material y desestimó la posibilidad de análisis de las relaciones de significación (el valor) entre los objetos y las personas. Al concentrarse sólo en medir sus cualidades sensibles como la forma de estudio del pasado arqueológico, la epistemología empirista de los investigadores de principios de 1900 generó una arqueología focalizada en la descripción de rasgos, sin dar lugar a una interpretación sobre cuál era la significación de las relaciones entre los mismos para interpretar un sistema cultural.

Los autores mencionan que el positivismo/empirismo cayó en la pretensión de objetividad al confundir la realidad material de los objetos con su capacidad de ser mensurables y descriptos (Shanks y Tilley 1987). De esta manera, la materialidad de los objetos sería abstraída en la construcción de los datos, asumiendo que uno y otro (objeto y dato), son lo mismo. Siguiendo a los autores, esto ignora la relación -valor- entre el investigador y los objetos, establecida a través del método en el proceso de construcción de los datos. El empirismo/positivismo pretende así que es posible una objetividad neutral y aséptica (libre de valor), porque los datos se consideran independientes del proceso de investigación. Aunque ambos autores se posicionen en un relativismo extremo, posición que no es compartida en este artículo, el concepto de *primacía del objeto* es utilizado aquí como herramienta teórica para poder dar cuenta de esta característica del positivismo inicial, en donde se asume que los datos son inherentes a los objetos y no una construcción metodológica usada para su estudio.

El concepto de primacía del objeto ha sido aplicado por Natri (2004a) en su análisis de la actividad arqueológica argentina desde la segunda mitad del siglo XX. En este trabajo se analizará si la primacía del objeto existió en la práctica arqueológica del NOA en un momento previo al tomado por Natri, entre 1905 y 1930, y, de haber existido tal primacía, qué formas adquirió que puedan ser visualizadas a través de la fotografía de trabajos de campo.

Para analizar la historia de la arqueología argentina en ese período se utilizará en el presente trabajo la fotografía como dato para rastrear aquellas prácticas de los investigadores que pueden

indicar una tendencia a la primacía del objeto. La fotografía será usada para obtener información sobre aquellas prácticas que hacen a las nociones implícitas de cómo es el trabajo científico y qué es lo constituyente de él y que no son expresadas en los trabajos escritos producidos por los propios investigadores. Es decir, las fotografías analizadas aquí funcionan como una fuente alternativa de información al registro escrito (Fiore 2007). Así, se formulará una hipótesis con expectativas precisas sobre la visibilidad fotográfica de la primacía del objeto (ver el apartado Hipótesis).

Conceptos teóricos desde de la fotografía

La fotografía es un artefacto de la cultura material (Ruby 1996; Fiore 2002, 2007) y, por lo tanto, puede ser analizada como un producto del quehacer humano utilizando una perspectiva arqueológica. Entendida así, la fotografía no es una tecnología libre de posiciones subjetivas, tal como fue concebida en sus inicios, cuando se la consideraba capaz de representar objetivamente la realidad (Gernsheim 1986). Como todo producto humano, entonces, la fotografía no es ingenua ni se encuentra despojada de intencionalidad y significado, por lo que para su análisis necesariamente se debe adoptar una postura crítica. Dicha postura debe considerar a todos los actores relacionados con la toma de una fotografía: quién la toma, a qué o quién/es se retrata, la situación de retrato, y para quiénes/qué público se la realiza; de otro modo se corre el riesgo de caer en una interpretación de la fotografía que considere a los sujetos (fotógrafos, retratados y público) como pasivos y que se les niegue su capacidad de acción (Kossoy 2001; Fiore 2002, 2005).

Desde la arqueología se ha trabajado la fotografía de dos maneras. En la primera, se encuentra la línea planteada por Fiore, ya mencionada, que se concentra en establecer cómo las secuencias de producción de una fotografía -toma, edición, publicación, archivo- brindan información tanto sobre los sujetos que la producen, como sobre los sujetos y objetos retratados (Fiore 2007). Otros autores (Orquera y Piana 1999) han utilizado también a la fotografía etnográfica como fuente de información relevante sobre los sujetos fotografiados. La otra vertiente es la utilizada por autores como Manzi (2000), que la consideran como fuente de hipótesis a contrastar con el registro arqueológico.

Entre los autores que han trabajado con teoría de la fotografía mencionaremos a tres: Barthes (1995), Bourdieu (1994, 1998) y Kossoy (2001).

Barthes (1995) sostiene en su trabajo “El mensaje fotográfico” que la fotografía no es lo real (en el sentido de que *no es* lo que se fotografió), sino lo que denomina su *analogon* perfecto. Esta cualidad es la que otorga a la imagen fotografiada, desde el sentido común, la pretensión de verdad, que surge a partir de considerar que la foto sólo se reduce a lo que ella denota, sin considerar que también produce sentido connotado.

Aquí se utiliza la doble estructura de la fotografía *sensu* Barthes (1995): lo *denotado*, el análogo fotográfico (entre lo fotografiado y la imagen fotografiada) y lo *connotado* (es decir, la imposición de un sentido derivado de la imagen). La denotación y la connotación se producen a lo largo de los diferentes momentos de producción de una fotografía (selección, tratamiento técnico, encuadre), que pueden ser vistos como procesos de formación de registro fotográfico (Fiore 2007). Este sentido denotado y connotado de la fotografía no es arbitrario sino que es histórico, contingente al momento en que esa fotografía es tomada, vista e interpretada.

El segundo autor que se utiliza en este artículo es Bourdieu (1998), quien se dedicó a examinar especialmente la relación entre objetividad y realidad en la fotografía y los usos sociales de las visiones fotográficas. Según este autor, una primera aproximación a la fotografía revela que:

la fotografía fija un aspecto de lo real que nunca es el resultado de una relación arbitraria y, por ello mismo, de una transcripción: entre todas las cualidades del objeto, sólo son retenidas

aquellas (cualidades) visuales que se dan en el momento y a partir de un punto de vista único; éstas son transcriptas en blanco y negro (sic), generalmente reducidas y siempre proyectadas en el plano (Bourdieu 1998:135).

Es decir, el carácter atribuido a la fotografía en sus comienzos como verdadero y real, tiene su origen en la manera de encuadrar las imágenes según las normas de la perspectiva renacentista que emplea las leyes tradicionales de la ortometría. Para este autor, las imágenes que no responden a esta lógica son generalmente descartadas por la mayoría de los fotógrafos, no porque sean menos “reales” que las otras, sino porque no concuerdan con las reglas tradicionales de representación visual de Occidente. Esto devela que la visión plasmada en la fotografía responde a la visión clásica y hegemónica del mundo.

De acuerdo con las normas sociales que orientan la práctica fotográfica, la mayoría de los fotógrafos capta el mundo de la manera en que lo ve. El carácter de *objetivo* que el realismo ingenuo otorgó a la fotografía proviene de que las mismas reglas de composición que quedaron fijadas en las tomas corresponden a una definición social de cómo debería ser la visión *objetiva* del mundo. A ello se le suma su génesis mecánica, que es el otro aspecto de este acuerdo social sobre la supuesta objetividad atribuida a la fotografía en sus comienzos.

La definición social de la visión objetiva del mundo es parte de lo que Bourdieu (2007) denomina *habitus*, que define como el conjunto de prácticas estructuradas y estructurantes de una sociedad. El concepto de *habitus* se aplica también por el mismo autor (Bourdieu 1994) para referirse al campo científico. Según Bourdieu, cada campo científico/disciplinar genera sus principios organizadores de representación de sus prácticas de acuerdo con aquello que el consenso entre científicos considera pertinente representar. Por lo tanto, a medida que la constitución de una disciplina se va tornando más estructurada, sus participantes consensúan y legitiman ciertas formas de representación de la práctica por sobre otras. En la fotografía científica esta legitimación se expresa en lo que en este trabajo se denomina un *habitus de visión* -uniendo el concepto de *habitus* de Bourdieu con el de visión del mundo- de determinado campo disciplinar. Para este autor, “el análisis estético de la gran mayoría de obras fotográficas puede legítimamente reducirse, sin caer en el reduccionismo, a la sociología de los grupos que las producen, de las funciones que les asignan y de las significaciones que les confieren, explícita y, sobre todo, implícitamente” (Bourdieu 1998:23). De esta manera, en este artículo se analizará de qué modo la incipiente formación disciplinar se puede observar en la forma en que los investigadores decidían representar el trabajo de campo científico a través de su *habitus de visión*, identificable a partir del análisis de sus fotografías de campo.

Kossoy (2001) es otro de los autores que se han dedicado a indagar la relación entre la fotografía, su realidad material y la capacidad que tiene ésta de ser fuente de información. Analiza que todos los componentes de la secuencia de producción (*lato sensu*) de la imagen fotográfica -que le dan origen por medio de un fotógrafo y una tecnología disponible- se encuentran “materializados en la fotografía” (Kossoy 2001:33). Esto se debe a que el acto de producción de la fotografía se da en un *contexto* histórico, social, económico, estético, etc., determinado, que la *tecnología* empleada se encuentra indicada en la imagen en sí y que el *asunto* registrado se muestra como un fragmento de lo real. Kossoy remarca así que el fotógrafo es un “filtro cultural” (Kossoy 2001:35). La fotografía no registra en sí misma sólo la tecnología que la hizo posible sino también “documenta la propia actitud del fotógrafo frente a la realidad; su estado de espíritu y su ideología acaban transparentándose en sus imágenes...” (Kossoy 2001:36). Para este autor es posible detectar en las fotografías estas actitudes y esas visiones del mundo. Siguiendo estos lineamientos, es por estas razones que en este trabajo se considera las imágenes fotográficas como fuentes de información, tanto de la realización técnica de la fotografía como de la visión del mundo del fotógrafo (el *habitus de visión*).

HIPÓTESIS

Si se tiene en cuenta el contexto histórico y académico presentado anteriormente, se puede plantear la siguiente hipótesis:

La preeminencia de una epistemología *empirista* y la utilización del método *inductivo* en la arqueología argentina en el período 1900-1930 condujeron hacia la *primacía del objeto*, haciendo que los objetivos principales de las expediciones fueran primordialmente la recolección de artefactos arqueológicos, el relevamiento de estructuras y su fotografía en el campo.

Por lo tanto, de cumplirse esta hipótesis se podría observar en el análisis de las fotografías que los artefactos y las estructuras -y no sus contextos arqueológicos- fueron los más fotografiados debido al interés de los investigadores de hacer explícita visualmente su búsqueda por los objetos materiales en las expediciones.

Las expectativas empíricas de esta hipótesis son: a) que se hayan fotografiado los hallazgos de artefactos, ecofactos y restos humanos fuera del contexto de hallazgo, porque lo que importaba era el material y no el contexto de hallazgo; b) que la mayoría de los artefactos, cuando fueron fotografiados *in situ*, hayan sido fotografiados aislados unos de otros porque no importaban las relaciones existentes entre los objetos en el contexto de hallazgo; c) que los artefactos y las estructuras hayan sido fotografiados aislados unos de otros, al igual que en el caso de las estructuras, porque no se asociaba al artefacto con el lugar donde se lo había encontrado; d) que no se hayan seleccionado para fotografiar los artefactos altamente fragmentados ni los fragmentos sueltos, porque importaba el artefacto entero y no los fragmentos para la exhibición en el museo; e) que en las fotografías tomadas a los artefactos haya predominado el uso de primeros planos debido a la importancia dada a estos objetos, y f) que en las fotografías tomadas de las estructuras predomina el uso de planos enteros, por la importancia en detallar estos restos arqueológicos.

MÉTODO

El Museo Etnográfico realizó veinticinco expediciones arqueológicas desde su fundación en 1904, por decreto del decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, hasta la muerte de su segundo director, Salvador Debenedetti, en 1930. De ellas, se han podido relevar con seguridad trece expediciones a la región del NOA. En la tabla 1 se presenta un listado de los números de campaña, año, sitios visitados y cantidad de fotografías tomadas.

Tabla 1. Expediciones relevadas, sitios y fotografías.

Nº de expedición	Fecha	Ubicación	Cantidad de fotografías
I	1905	Pampa Grande, Salta	29
II	1906	Kipón, Salta	2
II-III	1906-1907	La Paya, Salta	29
IV	1908	La Isla, Jujuy	6
IV-V-VI-XXIV	1908-1909-1910-1929	Pucará de Tilcara, Jujuy	52
XI-XII-A	1914-1916	Valle de Calingasta, Angualasto y Pachimoco, San Juan	16
XIII-A	1917	El Alfarcito, Jujuy	5
XIV	1918	Perchel, Campo Morado y La Huerta, Jujuy	8
XVIII	1922	San Juan Mayo, Jujuy	9
XXV	1929-1930	Titiconte, Salta	11

La muestra

Las fotografías fueron relevadas en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico (en adelante, AFyDME) y la Biblioteca “Augusto Cortazar” (en adelante, BAC), ambos dependientes del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras.

Sobre el total de 297 fotografías de trabajo de campo obtenidas en el Museo Etnográfico halladas en el AFyDME y en la BAC, se seleccionó una muestra de 165 tomas para ser analizadas en este trabajo. Para ello, se precisaron los siguientes criterios de selección:

- fotografías de campaña o trabajo de campo;
- fotografías de paisajes del NOA;
- mención de Ambrosetti, Debenedetti, o algún otro investigador relacionado con el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras durante el período mencionado;
- mención del período de 1905 a 1930;
- mención de alguno de los sitios visitados durante las 25 expediciones.

Variables de análisis

Para analizar las fotografías se seleccionaron 18 variables¹, siguiendo algunos de los criterios mencionados en Fiore (2002, 2007). Las variables fueron incluidas en una base de datos Excel en la que se realizaron dos tipos de tablas: a) una general por fotografía y b) otra específica por material que proporciona información de cada uno de los objetos visibles en la fotografía, indicando las características de cada uno de los artefactos, restos humanos, estructuras, personas e implementos retratados (Fiore 2002).

Las variables generales más relevantes para la hipótesis a desarrollar en este artículo son:

1. Tipo de toma que encuadra la fotografía, que puede ser: a) *panorámica*, compuesta de una serie de fotografías sobre el mismo eje para retratar un paisaje amplio; b) *plano general*, en el que la figura humana aparece pequeña y suele ser el fondo lo que obtiene mayor importancia; c) *plano entero*, en el que el personaje aparece entero y completamente reconocible y hay poco espacio por arriba y por debajo del mismo; d) *primer plano*, en el que aparece una porción reconocible del personaje. Cuando se retratan personas usando este plano el encuadre de la fotografía va desde la caída de los hombros hasta por encima de la cabeza; e) *plano detalle*, que toma una porción de un objeto de tal manera que el objeto no se muestra entero (por ejemplo, el detalle del asa de una vasija).
2. Situación documentada en la fotografía o tipo de actividad fotografiada: a) *paisaje*: se muestran los paisajes de las localidades donde se ubican los sitios y/o su ubicación topográfica. En estas fotos puede o no aparecer registro arqueológico visible; b) *sitio*: se muestra un sitio o una porción de un sitio; en ellas se visualizan los trabajos de excavación; c) *contexto de excavación*: se muestra la excavación propiamente dicha o un contexto de hallazgo de materiales; d) *cotidiana*: situaciones de producción habitual diaria de una campaña, tales como campamentos o trabajos cotidianos (cocina, armado de carpas, etc.); e) *cultivo*: campos de cultivo actuales; f) *trabajadores descansando*: retratados durante un alto del trabajo en el sitio.
3. Presencia de materiales arqueológicos en la fotografía: identifica la presencia/ausencia de artefactos y/o restos humanos en la imagen. Los estados de esta variable son “sí” o “no”.
4. Presencia de estructuras en la fotografía: presencia/ausencia de estructuras. Puede adoptar el valor de “sí” o “no”.

Las variables específicas detallaban los estados del material arqueológico o de las personas fotografiadas. Para este trabajo se presentan las variables relacionadas con la presencia y estado

de los materiales arqueológicos en las fotografías. Las variables usadas fueron:

- a. Tipo general de materiales arqueológicos: es la materia prima con la que están confeccionados los artefactos o se denomina a los restos humanos. Sus estados son: cerámica, lítico, óseo humano (las variables como fauna, instrumental óseo, madera, etc., estaban presentes pero no fueron usadas pues no aparecieron dichos materiales en las fotografías).
- b. Tipo específico de material arqueológico: identifica el tipo específico de material arqueológico que está fotografiado. Sus estados son: cráneo, hueso largo, esqueleto, momia, vasija, puco, jarra, urna, mortero.
- c. Estado de fragmentación de los materiales: refiere al estado en que se encuentran los materiales arqueológicos fotografiados. Su estado puede ser: entero, fragmentado (la estructura del material se encuentra intacta, pero le faltan partes) y fragmentos (se aprecian en las fotografías solo partes del artefacto).

Análisis de las variables

Estas variables se analizaron realizando diferentes cuantificaciones. Primero se realizó un análisis univariado que estableció la primera estructura de la muestra que indica cómo se comportan cuantitativamente cada una de las variables de la muestra por separado. Luego se realizó un análisis bivariado cruzando las variables entre sí. En este trabajo se analizan los seis cruces² considerados más significativos para responder a la hipótesis bajo estudio. De este segundo análisis cuantitativo surgió una segunda estructura en la muestra, definida por los patrones que se forman al relacionar las variables. Estos patrones son el resultado de que las variables escogidas se relacionan de manera no azarosa. Esto implica que las variables seleccionadas forman patrones que resultan significativos en relación con las preguntas e hipótesis establecidas.

ANALISIS DEL CASO

Cuantificación de las variables: análisis univariado

1) Tipos de toma identificados

Se puede observar una tendencia a planos generales (58,1%) y enteros (33,9%) por sobre los otros tipos de planos identificados, lo que indica que las fotografías no muestran los materiales arqueológicos o los sitios con mucho detalle (tabla 2).

Tabla 2. Cuantificación de tipos de toma utilizados.

Tipo de toma	Total
Panorámica	3
Plano entero	56
Plano general	96
Primer plano	10
Total general	165

2) Situaciones documentadas en las fotografías

La mayoría de las fotografías (38,7%) corresponde a la documentación de *sitios*, tanto excavados como sin excavar. Las imágenes que describen un *paisaje* (figura 1), sea con restos arqueológicos visibles o no, se ubican en el segundo lugar (31,5%). De estas fotografías de paisaje, sólo el 40% (menos de la mitad) tienen restos arqueológicos visibles. En tercer lugar se ubican las fotografías que documentan *contextos de excavación* (23%). El hecho de que las situaciones de *sitio* y *paisaje* fueran más asiduamente documentadas que los *contextos de excavación*, las *situaciones cotidianas* o los *trabajadores descansando* implica una tendencia de los investigadores a mostrar más los lugares en los que estaban trabajando que el trabajo mismo de excavación (tabla 3).



Figura 1. N° AFYDME C278 F05. La Paya. Vista estereoscópica.
Ejemplo de situación documentada *paisaje*.

Tabla 3. Cuantificación de las situaciones documentadas en las fotografías.

Situación documentada en la fotografía	Total
Campos de cultivo	3
Contexto de excavación	38
Cotidianas	6
Paisaje	52
Sitio	64
Trabajadores descansando	2
Total general	165

3) Presencia de materiales arqueológicos (artefactos y restos humanos) en las fotografías

3.1. Fotografías con materiales arqueológicos

En la mayor parte de las fotografías no se registran materiales arqueológicos: sólo en 20 de las 165 (12%) se observan artefactos en su composición. Esto implica una muy baja tendencia a fotografiar artefactos en el campo (tabla 4).

Tabla 4. Cuantificación de cantidad de fotografías con materiales arqueológicos.

Presencia de artefactos arqueológicos fotografiados	Total
No	144
Si	20
Indeterminados	1
Total general	165

La tabla 5 indica la cantidad de objetos arqueológicos por fotografía. En las 20 imágenes, hay un total de 46 artefactos retratados, lo que da un promedio de 2,3 artefactos por fotografía. Si tomamos en cuenta sólo esta media, ello indicaría que no hubo una tendencia a tomar fotografías con un solo objeto arqueológico. Pero esta tabla muestra también que en 13 de las 20 fotografías con hallazgos arqueológicos, ellos aparecen retratados individualmente. Por lo tanto, se puede afirmar que hubo una tendencia a retratar materiales arqueológicos de manera individual. Esto implica que había un interés en explicitar visualmente el artefacto aislado del contexto arqueológico en el que fue hallado. Es decir, se los aisló de los posibles nexos significativos con los otros artefactos con los que podría haber estado asociado.

Tabla 5. Cantidad de artefactos en las fotografías.

N° Registro Base de Datos	Cantidad artefactos	Indet.	Total general
11	8	1	9
47	1	-	1
48	1	-	1
49	1	-	1
50	1	-	1
51	1	-	1
52	1	-	1
54	2	-	2
55	2	-	2
56	1	-	1
57	1	-	1
81	2	-	2
82	1	-	1
93	1	-	1
97	1	-	1
116	8	1	9
135	3	-	3
159	1	-	1
162	5	1	6
190	1	-	1
Total general	43	3	1

3.2. Tipos generales de materiales fotografiados

La tabla 6 muestra los tipos generales de materiales fotografiados en las expediciones. En la columna de la derecha aparecen los totales generales divididos según la categoría general de material a la que pertenezcan. La cerámica es el tipo general más fotografiado (56%) y el lítico el menos representado (3%). Esto permite identificar una primera tendencia: fotografiar en el campo artefactos hechos en cerámica más que otras clases de artefactos. Por lo tanto, se puede interpretar que el interés de los investigadores en las tomas en el campo estaba dirigido a los objetos manufacturados en ese material. Cabe destacar aquí que en el total de las trece expediciones relevadas sólo fue fotografiado un solo artefacto lítico en el campo. Asimismo, resulta importante advertir que estas expediciones encontraron mucha más cantidad de artefactos líticos que lo fotografiado en campo y que en las publicaciones aparecen fotografías de estos materiales, tomadas en el laboratorio. La implicancia de esto está relacionada con la mayor visibilidad (debida al mayor tamaño) que los artefactos de cerámica tenían con respecto a los líticos en el campo y al mayor uso de las cerámicas como indicadores culturales por parte de los investigadores (figura 2).

Tabla 6. Tipos de materiales fotografiados y estados de fragmentación.

Tipo general	Tipo específico	Estado de fragmentación			Total general
		Entero	Fragmentado	Fragmento	
Óseo	Cráneo	14	-	-	14
	Huesos Largos	2	1	-	3
	Esqueleto	-	2	-	2
	Momia	1	-	-	1
Cerámica	Vasija	9	2	-	11
	Puco	5	3	-	8
	Jarra	2	-	-	2
	Urna	-	3	1	4
Lítico	Mortero	1	-	-	1
	Total general	34	11	1	46



Figura 2. N° ADYDME: C278 F15. La Paya. Vista estereoscópica. Fotografía publicada en Ambrosetti 1907, pero sólo una de sus vistas. Nótese la disposición de los artefactos y restos humanos. El epígrafe dice “Fig. 104. La tumba N° 132 (CCXII) después de excavada, los peones en su interior demostrarían la forma de la primitiva colocación de los muertos. Fotografía del señor Salvador Debenedetti.”

3.3 Tipos específicos de materiales fotografiados

En la tabla 6, en la segunda columna empezando desde la izquierda, se observan los tipos específicos de materiales fotografiados. En la columna de la derecha se observan los totales generales para cada uno de los tipos específicos encontrados.

Como ya se mencionó, la cerámica es el tipo general de artefacto que aparece en más fotografías. Del total de 25 artefactos retratados cerámicos, las vasijas (44%) y los pucos (32%) son los elementos más representados.

Respecto de los 20 elementos óseos fotografiados en 20 fotografías, los cráneos predominan en la muestra ósea con el 70%. Esto implica que los cráneos eran positivamente seleccionados para ser fotografiados. Dentro del material óseo humano aparecen también, pero en mucha menor cantidad, los huesos largos, esqueletos parcialmente articulados y una momia. Si bien las partes esqueléticas humanas eran positivamente seleccionadas al momento de tomar una fotografía, los esqueletos que estuvieran ya desarticulados eran clasificados por tipo de elemento óseo (cráneo y huesos largos) y fotografiados de esa manera. Este tipo de clasificación responde a los criterios de catalogación anatómica de las colecciones de los depósitos de los museos. En los dos casos de esqueletos fotografiados, éstos estaban parcialmente articulados y dentro de la matriz de sedimento; el restante es la imagen de un cuerpo momificado, lo cual implica un tratamiento diferencial en la fotografías de los materiales óseos.

Finalmente, el único artefacto lítico fotografiado es un mortero entero. Cabe destacar la total ausencia de arqueofauna entre los materiales fotografiados en el campo, lo cual es coherente con los tipos de materiales que se consideraban relevantes para conocer el pasado en el período 1900-1930.

3.4 Estado de los materiales fotografiados

En la misma tabla 6 se explicita el estado de los materiales arqueológicos fotografiados. Del total de los materiales, el 73% fueron fotografiados enteros, el 23% fragmentados y el 4% corresponde a la imagen de un fragmento (en este caso, un fragmento de cerámica). No se fotografiaron fragmentos óseos humanos ni líticos. Esto marca una clara tendencia a seleccionar los objetos que estuvieran enteros para ser fotografiados.

Las columnas centrales de la tabla 6 muestran el estado de cada uno de los tipos específicos de los materiales arqueológicos al ser fotografiados. El 81,8% de las vasijas fueron fotografiadas enteras y el restante 18,2% se encuentra fragmentado. Los pucos se fotografiaron un 62,5% entero y el restante 37,5%, fragmentado. Las jarras están fotografiadas todas enteras, mientras que las urnas están todas fragmentadas. El único fragmento fotografiado de toda la muestra es un fragmento de pared de una urna. Los dos esqueletos completos se ven fragmentados, mientras que la momia se ve entera. Los cráneos se aprecian enteros, sin fragmentación aparente y los huesos largos en su mayor parte enteros.

Estos datos están mostrando que la atención sobre los artefactos recaía sobre dos tipos de materiales: los cerámicos y los restos humanos. De los artefactos cerámicos, lo que más interesaba registrar eran las vasijas, los pucos y las urnas, en la medida de lo posible enteros. Los numerosos fragmentos hallados no eran fotografiados. El único caso de un fragmento fotografiado es una pared de urna que tenía un cráneo adherido a ella, lo cual sugiere que el interés residía en fotografiar el resto humano y no el fragmento cerámico (Figura 3; N°RBD: 55; tomada de Ambrosetti 1906: Figura 90). En cuanto a los elementos óseos, los investigadores se interesaban particularmente en los cráneos y huesos largos.



Figura 3. N° RBD: 55. Publicada en “Expedición a Pampa Grande” (Ambrosetti 1906). El epígrafe publicado dice: “Fig 90. Gran fragmento de la pared de la urna N° 201 mostrando el cráneo adherido.”

En resumen, podemos ver en la tabla 6 que el interés de los investigadores/fotógrafos estaba dirigido a fotografiar mayormente artefactos de cerámica enteros, los cráneos enteros y, si aparecían articulados, los esqueletos enteros. Los fragmentos de todos los materiales, aunque presentes en la excavación, no fueron seleccionados para ser fotografiados, puesto que no cubrían las expectativas de objetos arqueológicos capaces de ser exhibidos en el museo. El material lítico tampoco fue fotografiado en el campo, prefiriéndose hacerlo en el museo. Tal vez, el criterio operante en la selección positiva de qué era lo fotografiable estaría definido no sólo por el estado del material, sino por el tamaño y su portabilidad. Esta posibilidad se explorará más adelante en el artículo.

4) Presencia de estructuras en las fotografías

En la tabla 7 se observa que las estructuras aparecen en el 65,4% de las fotografías de la muestra. Esto implica que eran seleccionadas mucho más activamente que los artefactos arqueológicos

(12%) como elementos de la composición de las fotografías. Esta diferencia en la representación diferencial de los artefactos y las estructuras podría implicar un tratamiento diferencial de estos dos tipos de materiales arqueológicos fundado en la capacidad o incapacidad de ser trasladados a los laboratorios para su análisis.

Tabla 7. Presencia de estructuras en la fotografía.

Presencia de estructuras en fotografías	Total
Si	108
No	56
Indet.	1

Análisis bivariado. Resultados

1) Tipos de tomas por situaciones documentadas

En la figura 4 se analizan los tipos de tomas usadas en cada una de las situaciones documentadas. Los *planos generales* se encuentran distribuidos sobre todo en imágenes de *paisajes* y en *sitios*, lo cual se espera por ser planos amplios con poco detalle. Los *planos enteros* eran usados para fotografiar *sitios* y *contextos de excavación*; también este uso es el esperado, ya que son planos que presentan a los objetos con un poco más de detalle. Los *primeros planos* fueron usados casi en su totalidad en los *contextos de excavación*, en los que se requieren planos que muestren los objetos con mucho detalle. De tal manera, se registra una fuerte concordancia entre la elección del tipo de plano y la situación documentada.

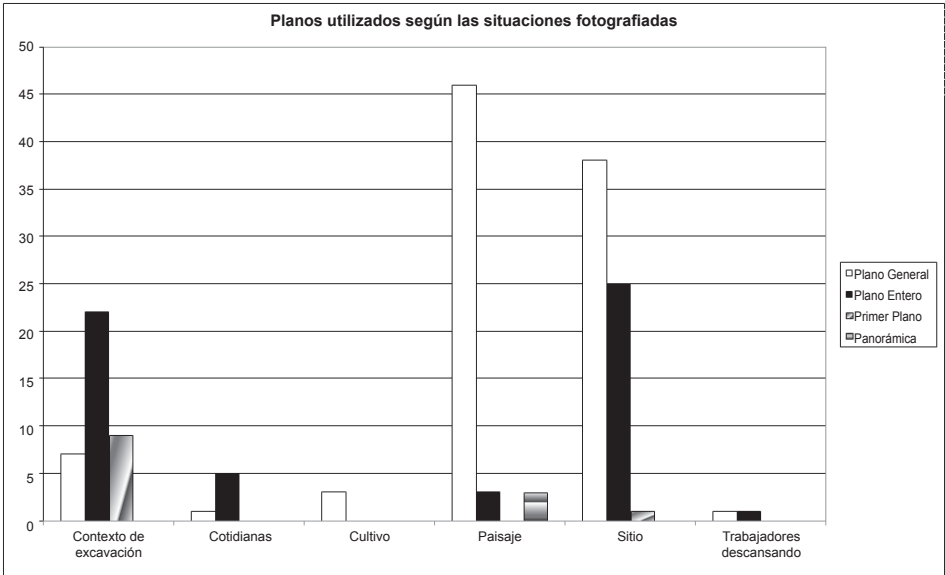


Figura 4. Tipos de tomas usadas por situaciones documentadas en la fotografía.

2) Tipos de tomas usados en las fotografías con materiales arqueológicos

De las 20 fotos en las que aparecen materiales, en el 70% se usaron los planos enteros y en el 20% se usaron los primeros planos (tabla 8). A ellos se suma que el uso de primeros planos es mayor en fotografías en las que no hay materiales retratados (véase el siguiente apartado). Esto implica que los materiales arqueológicos encontrados no se tomaban con mucho detalle y que la elección de un primer plano no estaba orientada a la presencia de artefactos.

Tabla 8. Tipos de tomas usadas en fotografías con materiales arqueológicos.

Tipo de toma	Presencia de material arqueológico			Total general
	Indet.	No	Sí	
Panorámicas	-	3	-	3
Planos enteros	-	42	14	56
Planos generales	1	93	2	96
Primeros planos	-	6	4	10
Total general	1	144	20	165

3) Tipos de tomas usados en las fotografías con estructuras

Los planos generales (63%) y los enteros (36%) fueron los más usados para tomar imágenes con estructuras, lo cual es lógico debido a su tamaño (tabla 9). Sin embargo, también se usaron primeros planos (1%) para registrar estructuras, que son además las fotos en las que no se incluyen artefactos. Esto implica que incluso la elección de un plano con mucho más detalle estaba orientada más a las estructuras (seis casos) que a los artefactos (cuatro casos), aunque las frecuencias no sean fuertes estadísticamente (tablas 8 y 9).

Tabla 9. Tipos de tomas usados en las fotografías con estructuras.

Tipo de toma	Presencia de estructuras			Total general
	Indet.	No	Sí	
Planos generales	1	32	63	96
Planos enteros	-	17	39	56
Primeros planos	-	4	6	10
Panorámicas	-	3	-	3
Total general	1	56	108	165

4) Situación documentada en la fotografía y presencia de materiales arqueológicos

El 90% de las fotografías en las que aparecen objetos arqueológicos se refieren a contextos de excavación (figura 5); el restante 10% es de artefactos en fotografías de sitios. Esto es lo esperado en una colección de fotografías tomadas durante una campaña arqueológica (figura 6).

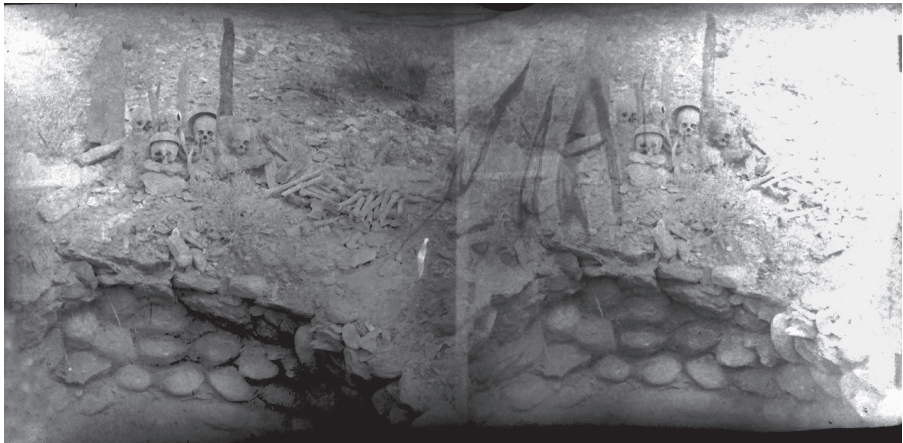


Figura 5. N° AFYDME: C94 F17. Otra toma de la cista de la fotografía de la Figura 2. Vista estereoscópica. Atribuida a Salvador Debenedetti.

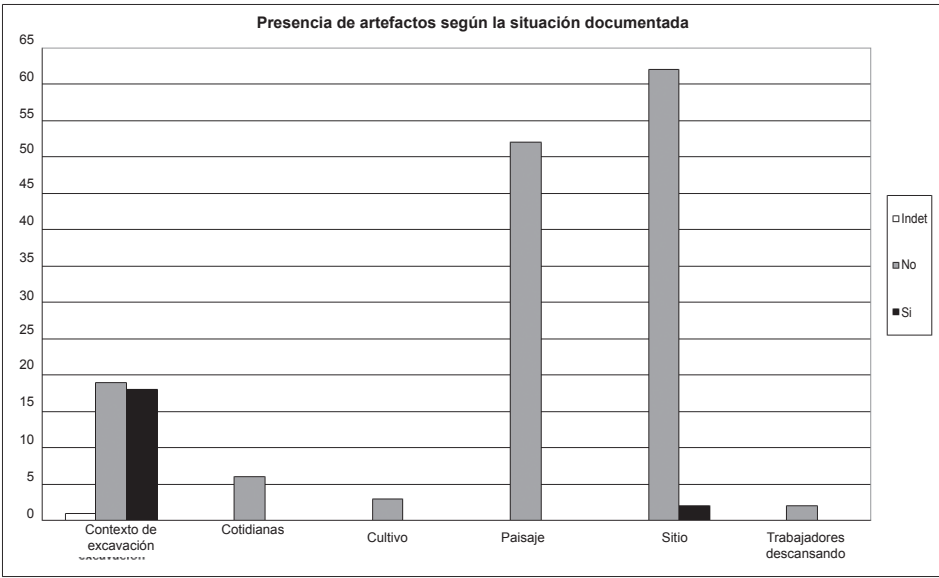


Figura 6. Presencia de artefactos en las situaciones documentadas.

5) Presencia de estructuras según la situación documentada

El 56% de las 108 fotografías en las que aparecen estructuras se refieren a sitios, siguiendo con el 24% de contextos de excavación, el 19% en paisaje y el 1% en situaciones de trabajadores descansando (figura 7). Esto indica que las estructuras fueron elegidas como elemento de la composición en mayor variedad de situaciones. Además, su alta presencia en estas situaciones se espera por ser parte del objeto de estudio de los investigadores.

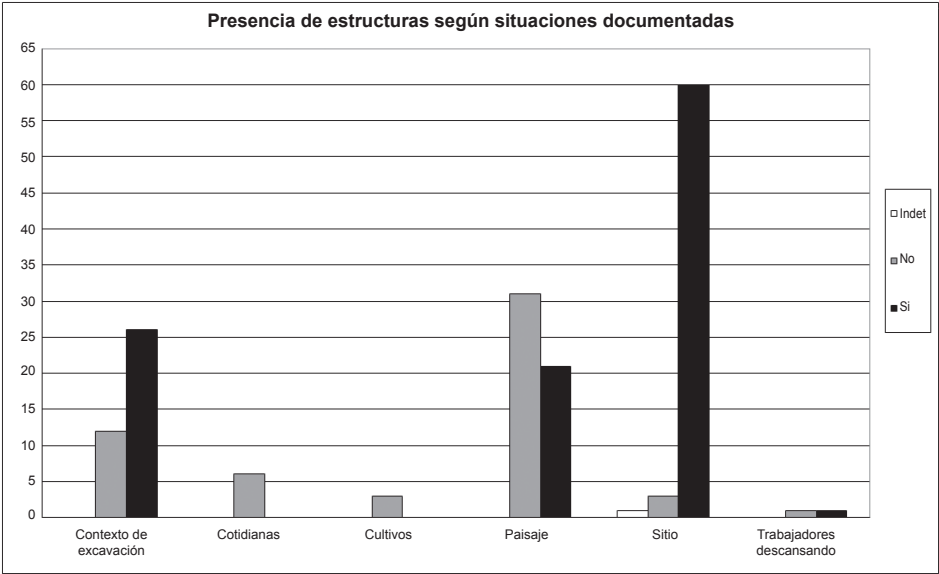


Figura 7. Presencia de estructuras según la situación documentada.

6) Presencia de materiales arqueológicos y estructuras

Sólo en el 4,8% de las 165 fotografías de la muestra aparecen juntos materiales arqueológicos y estructuras (tabla 10). Esto implica que ambos elementos no eran elegidos juntos para componer la toma fotográfica. Sin embargo, si se observa la relación entre las fotografías en las que aparecen artefactos y las que aparecen estructuras, se puede observar que de las 20 fotografías en las que se retrataron artefactos, el 40% también tiene estructuras. Cabe señalar que, de las 108 fotografías de estructuras, sólo en el 7,4% aparecen además materiales arqueológicos. Aquí se puede observar una tendencia levemente marcada a fotografiar los artefactos junto a/o en estructuras y a fotografiar estructuras sin artefactos, que son la mayoría de los casos, lo cual implica nuevamente que se privilegian las primeras por sobre los segundos.

Tabla 10. Presencia de artefactos y estructuras en la fotografías.

Presencia de artefactos arqueológicos fotografiados	Presencia de estructuras			Total general
	Indet.	No	Sí	
Indeterminados	-	-	1	1
No	1	44	99	144
Si	-	12	8	20
Total general	1	56	108	165

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Si bien el Museo Etnográfico fue un hito en la institucionalización académica de la práctica arqueológica, así como en la formación de recursos humanos especializados en esta disciplina, su fundación no generó de manera instantánea cambios en los marcos disciplinares arqueológicos.

Este proceso fue mucho más lento y gradual. Es por ello que en este ámbito de baja estructuración disciplinar -continuación de la etapa previa caracterizada por Haber (1994) como *liminar*, en el que el método no era ni visual ni discursivamente discutido- existía un punto de anclaje común: la *primacía del objeto*. Todos los investigadores acordaban en que aquello con lo que trabajaba la arqueología eran los objetos producidos por sociedades del pasado. Esos artefactos eran los que les permitirían llegar a conocer más de las sociedades que los habían producido, lo cual significa que estos primeros investigadores fueron los que generaron la información de base, los primeros datos arqueológicos sobre la región. Por ello, el primer paso lógico era obtener la mayor cantidad de información posible. Dicha información provenía de los artefactos encontrados en los “yacimientos” que fueron excavados por los investigadores.

Concordantemente, la epistemología de estos primeros investigadores era principalmente inductiva, y estaba amparada por el poco conocimiento que se tenía del pasado prehispánico de la región, así como por la falta de importancia dada a la explicitación y uso de un marco teórico, combinado con el rechazo o temor al uso de la teoría evolucionista, generado por la controversia en torno a las interpretaciones de Ameghino (Podgorny 1999). Por eso, eran necesarias las investigaciones arqueológicas para generar más datos y los datos estaban asociados directamente a los artefactos y las *ruinas* (Debenedetti 1918:1, 1930:1) de las poblaciones que se pretendían conocer.

De acuerdo con el concepto de *primacía del objeto*, los arqueólogos produjeron una disociación entre el *objeto* y el *valor* del material arqueológico. Esta disociación implicó la abstracción del objeto arqueológico de cualquier marco de referencia previo, su *valor* -sea el contexto social en el que fue producido y que ya no existe, o el contexto arqueológico de donde es recuperado por el investigador- para presentarlo sólo como un referente de sí mismo, el *hecho*. Este movimiento es el que permitió pensar que un objeto era capaz de hablar por sí mismo, sin considerar que operaba en un contexto de significación científico que le proporcionaba un valor actual e intentaba conocer su valor en el pasado.

Esta primacía del objeto ha podido rastrearse en las fotografías de los trabajos de campo en el NOA a través de las siguientes variables:

- a) tipo de toma utilizada en las fotografías;
- b) presencia de materiales arqueológicos en las fotografías;
- c) presencia de estructuras en las fotografías.

Al vincular la información proveniente de estas tres variables para toda la muestra, se ha analizado cuál fue la importancia otorgada a los artefactos y a las estructuras en las fotografías tomadas durante las excavaciones en las expediciones desde 1905 hasta 1930. De esta manera, se señala cómo la epistemología inductivista y descriptiva y la primacía del objeto pueden ser rastreadas en la composición de las fotografías al momento de la toma:

- hay 12,1% de fotografías de artefactos en toda la muestra;
- hay 65% de fotografías con estructuras en toda la muestra;
- sobre un total de 20 fotografías con presencia de materiales arqueológicos, los artefactos que aparecen más frecuentemente fotografiados son vasijas (44%) y pucos (32%), en su mayoría enteros o ligeramente fragmentados;
- sobre un total de 20 fotografías con materiales arqueológicos, en el 43% aparecen restos óseos humanos;
- no aparecen artefactos líticos o de materiales como madera, hueso o metal fotografiados en el campo.

Esto implica que hubo una selección negativa de los artefactos por sobre las estructuras, que sí fueron positivamente seleccionadas para la composición de las fotografías de campo. Esta representación diferencial, como se verá más adelante, no quiere decir que no hubo primacía del objeto, sino que ésta se expresó visualmente de manera diferente, según el foco de la toma y la cualidad del tipo de elemento arqueológico seleccionado.

El análisis de estos resultados no responde exhaustivamente a todas las expectativas generadas a partir de la hipótesis. Una de las expectativas era encontrar gran cantidad de fotografías con artefactos, debido a la primacía del objeto. Esto último fue confirmado parcialmente, ya que sólo el 12% de las fotografías de la muestra tiene artefactos; no obstante, sí fue confirmado debido a que se encontró un 65% de fotografías de estructuras en toda la muestra. Si bien los artefactos no se fotografiaron en el contexto de excavación o en el campo, sí fueron fotografiados en el laboratorio, una vez llevados al Museo Etnográfico.

Esto confirma parcialmente la hipótesis sobre la primacía del objeto. Aún cuando los artefactos no eran retratados fotográficamente en el campo, sí lo eran en el momento en que llegaban al Museo Etnográfico, adonde además se los catalogaba para su estudio. Esas fotografías eran utilizadas luego en las publicaciones. Una característica de estas fotografías es que juntaban todos los artefactos en una sola placa, clasificados según su materia prima (cerámica, lítico, madera, etc.), pero sin hacer una distinción del lugar en el que había sido hallado cada uno de ellos dentro del sitio estudiado (por ejemplo, Ambrosetti 1906, 1907; Debenedetti 1930). Aquí se los desvinculaba de las relaciones que les otorgaban significado dentro de un contexto de deposición arqueológica y se los instauraba en un nuevo contexto de significación: el del análisis científico. En estas fotografías, el valor del objeto en cuanto representante de una relación social del pasado quedaba anulado al desvincularlo contextualmente de los demás objetos y estructuras que le habían otorgado una significación en dicho pasado para sus usuarios.

Este criterio de presentación de los objetos en las placas fotográficas también se encuentra en relación con la aplicación de la clasificación taxonómica imperante en los museos, que se derivaba de sus orígenes como museos de historia natural. De hecho, en las fotografías de campo los hallazgos eran ordenados según estos mismos criterios taxonómicos y tipológicos de materias primas. Esto constituye otra tendencia que confirma esta expectativa sobre la primacía del objeto en la representación visual de la evidencia, ya que no se los presentaba como habían sido encontrados, sino respondiendo a criterios de clasificación científicos: los anulaba como representantes de una relación valorativa entre ellos y los convertía en los *hechos* a ser analizados por los investigadores.

La expectativa de que las estructuras sí fueran seleccionadas positivamente en las fotografías tomadas en el campo, resultado esperado según esta hipótesis, se cumple cabalmente. La intención de los investigadores estuvo a las claras orientada a integrarlas dentro de la composición de los elementos de la fotografía. Por lo tanto, se puede afirmar que la presencia de estructuras en gran parte de las fotografías de todas las expediciones denota el hecho de que constituían una prioridad como objeto de estudio.

De esta manera, la relación entre la baja presencia de los artefactos (12%) y la altísima presencia de las estructuras (65%) en las fotografías indica que la primacía del objeto operaba de manera diferencial de acuerdo con cuál fuera el objeto fotografiado. La separación entre *hecho* y *valor* siguió operando: cuando se fotografiaban los artefactos, aislados de los contextos de excavación y de otros artefactos, mientras que cuando se fotografiaba una estructura no se incluían los artefactos encontrados en sus interiores. Es decir que, al igual que en el caso de los materiales, se aislaba a las estructuras de todas las relaciones contextuales que hacían que fuera significativa como resto arqueológico del pasado. Esto se apoya sobre el hecho de que sólo ocho de las 165 fotografías de la muestra tienen materiales arqueológicos y estructuras juntos³.

Este registro fotográfico diferencial de artefactos (considerando aquí a todos los materiales arqueológicos) y estructuras en las fotografías de campo puede ser explicado en términos de las características diferentes que tienen cada uno y de las limitaciones de la tecnología fotográfica disponible en esa época. El razonamiento seguido es el siguiente. Si se considera que las fotografías eran tomadas en negativos de vidrio, su transporte exigía mucho cuidado y, consecuentemente, la cantidad de material fotográfico que se podía llevar al campo era limitado, ya que el medio de transporte para llegar a los sitios era la tracción a sangre. Debido a esta limitación en la cantidad

de material fotográfico que se podía transportar al sitio, la selección de lo que se iba a fotografiar estaba relacionada tanto con la importancia de los hallazgos como con la principal cualidad que diferencia a una estructura de un artefacto: su transportabilidad. Es decir, salvo que se produjera el hallazgo de un artefacto muy importante para los investigadores de ese momento, los artefactos arqueológicos no eran retratados en el campo, pues podían serlo en el laboratorio luego de su transporte a Buenos Aires. Así, la primacía del objeto en las estructuras se demuestra en sus fotografías *in situ*, porque no pueden ser transportadas, mientras que la primacía del objeto en el artefacto no se demuestra en las fotografías tomadas en el campo, sino que se verifica en la gran cantidad de artefactos fotografiados en laboratorio que aparecen en las publicaciones.

Por lo tanto, la diferencia en la importancia concedida a las estructuras y a los artefactos, pese a que esta distinción es posterior a la época bajo análisis, en términos cuantitativos no radica en la importancia que cada uno de ellos tuviera para los investigadores, sino en su capacidad diferencial de transporte y en su consecuente registro fotográfico diferencial en el campo. De esta manera, la hipótesis queda confirmada totalmente para el caso de las estructuras y parcialmente para el caso de los artefactos fotografiados en el campo.

Para finalizar, se puede concluir que el proceso de autorreconocimiento de los investigadores a principios de 1904, cuando se fundó el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se encontraba aún en sus inicios. Este bajo autorreconocimiento se traduce en estructuras disciplinares aún muy vagas, en las cuales el método científico que se aplicaba para realizar investigaciones arqueológicas todavía no estaba totalmente explicitado, discutido ni consensuado.

La formación de las estructuras disciplinarias es un proceso que se solidifica a lo largo del tiempo y no puede ser reducido a un hito en la historia, como lo es la fundación del Museo Etnográfico. Es por esta razón que, aún siendo reconocida institucionalmente, la arqueología como ciencia todavía no había definido en términos de campo disciplinar lo que consideraba como objeto de estudio (lo que Haber 1999 ha denominado como pre-disciplinarietà).

De manera general, entre 1904 y 1930 la arqueología en nuestro país -especialmente en el NOA- se encargó de estudiar el pasado indígena prehispánico. A falta de un desarrollo teórico y metodológico propio, se tomaron elementos conceptuales y epistemológicos de las ciencias naturales. Por lo tanto, los primeros investigadores desarrollaron prácticas *empiristas* e *inductivistas*. Aplicadas ambas a la arqueología, resultó en una primacía del objeto (Shanks y Tilley 1987), que privilegió ciertos aspectos de la investigación de la cultura material por sobre otros. Los investigadores esperaban que sólo la *observación*, la *descripción* y la *medición* minuciosa de los rasgos de los objetos revelarían por sí mismos aspectos de las sociedades que querían investigar. Aplicaban así una lógica que privilegiaba la inducción por sobre la deducción, con lo que una mayor cantidad de objetos les permitiría obtener mayor cantidad de información sobre las sociedades. Sin embargo, al no contar con una teoría que les permitiera integrar la información obtenida en explicaciones más generales, enfatizaron la descripción y el inventario de los objetos. Las interpretaciones quedaban por fuera de la información que pudieran obtener de los objetos y se apoyaban en su mayoría en los textos escritos y en el uso de la analogía etnográfica. Éstas son las características pre-disciplinares que generaron un *habitus de visión* (Bourdieu 1998), el cual puede ser rastreado en las fotografías tomadas en el campo. Este *habitus de visión* está directamente relacionado con la ausencia de explicitación de las asociaciones entre artefactos y estructuras en los contextos de hallazgo, que implica que sólo el 4,8% de las fotografías tengan estructuras y artefactos juntos en su composición y que el 65% de las 20 fotografías con materiales arqueológicos sean de objetos retratados individualmente. El *habitus de visión* de los investigadores estaba más relacionado con la presentación visual de la evidencia aislada que con los contextos de hallazgo, lo que puede ser traducido en un interés por visualizar el lugar de trabajo más que el cómo se hacía el trabajo. Esto último se apoya en que el 38,5% de las fotografías documentan situaciones de *sitio*, el 31,5% sean documentaciones de *paisajes* y que sólo el 23% correspondan a *contextos de excavación*.

La primacía del objeto, la separación en la práctica arqueológica entre el “hecho” y el “valor” -equiparando el primero a la existencia material del objeto y dejando de lado el segundo (sus relaciones contextuales)-, operó teórica y metodológicamente en la arqueología al separar los artefactos y estructuras arqueológicas de sus contextos de hallazgos primarios y trasladarlos a nuevos contextos científicos. Esto también explica la poca cantidad de artefactos fotografiados en el campo. La principal consecuencia de esta disociación fue la necesidad, motivada tanto por esta primacía como por el empleo de una metodología inductiva, de realizar excavaciones extensas para obtener y registrar la mayor cantidad de materiales. Es por esta razón que Fernández (1982: 40) llamó al final de esta etapa de la arqueología como “horizontal”.

Todo este proceso influyó de manera significativa en la visión de los investigadores que se dedicaron a estudiar las culturas prehispánicas del NOA. Y es esta visión la que actuó como “filtro cultural” (Kossov 2001:35) en la toma de las fotografías en el campo durante el período entre 1904 y 1930. Este filtro cultural es el que se ha tratado de establecer en la fotografías buscando aquellos patrones dentro de las variables seleccionadas que establecen un recorte del mundo, al priorizar ciertos puntos de vista por sobre otros (Sorlin 2004). Este punto de vista de la incipiente estructura disciplinar arqueológica se tradujo en un *habitus de visión* que privilegió algunos aspectos en la toma de las fotografías en el campo:

- a) los planos generales;
- b) la predominancia de las fotografías de estructuras por sobre artefactos arqueológicos (basada en la transportabilidad diferencial de ambos), y
- c) la preferencia por fotografías de sitios antes que de contextos de excavación.

La existencia de un 4,2% de fotografías que retratan situaciones cotidianas del trabajo de campo arqueológico (las correspondientes a *trabajadores descansando, cotidianas, y campos de cultivo*) denotan que este *habitus de visión* en este momento de la conformación disciplinar de la arqueología aún no estaba consensuado en sus formas de representación.

En conclusión, al mismo tiempo que la arqueología generó un conjunto de objetos arqueológicos discretos (disociándolos de sus contextos primarios y asociándolos en nuevas relaciones con otros objetos y/o personas) para estudiar las sociedades del pasado, produjo también otro conjunto de artefactos discretos: las fotografías. Resultado del registro del proceso de trabajo de campo arqueológico, estas fotografías permiten adentrarse en la historia de la arqueología de una manera novedosa: a través de la cultura material fotográfica producida por la misma disciplina que se define por el estudio de la cultura material del pasado.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no hubiera sido posible sin la incansable colaboración y paciencia de Dánae Fiore quien me dirigió en la tesis de licenciatura y, actualmente, en mi tesis de doctorado. También se nutrió de los aportes, discusiones y correcciones de Luis Orquera y el apoyo de la Asociación de Investigaciones Antropológicas y Conicet. Debo agradecer el inmenso apoyo recibido por mis padres, Alicia y Rubén, mi hermano Juanma y de mis amigas y compañeras de carrera: Lau, Clara y Caty. A la familia Trebisacce, por brindarme contención y cariño en mis primeros años de carrera en Buenos Aires. A Efe, con quien compartí años de vida y numerosas discusiones que enriquecieron algunas de las perspectivas que utilizo en este trabajo. A Pili, con quien intercambiamos muchas ideas. A Vicky Pedrotta, por brindarme la primera oportunidad de ir a una campaña en donde surgió la chispa de la pregunta que luego guió este trabajo. Este trabajo se enmarca dentro del proyecto “Arqueología con fotografías” PICT 38216 (ANPCYT 2005).

Fecha de recepción: 14/12/2009

Fecha de aceptación: 02/11/2010

NOTAS

- ¹ Las 18 variables seleccionadas son: Número de Fotografía de Registro en Base de Datos (Nº RBD); Número de Fotografía del Archivo (Nº AFyDME); Nombre del fotógrafo; Fecha de la fotografía; Número de la Expedición; Técnica fotográfica y/o soporte utilizado; Ubicación geográfica de la toma; Tipo de Toma; Situación documentada en la fotografía; Presencia de personas en la fotografía; Cantidad de personas en la fotografía; Presencia de artefactos arqueológicos en la fotografía; Presencia de implementos de campo arqueológicos: presencia/ausencia de implementos de campo; Estructuras; Procedencia de la fotografía; Lugar y fecha de publicación; Epígrafes; Comentarios.
- ² En la Tesis se presentan los resultados de los cruces de las 18 variables. Allí se puede observar que algunas de ellas, al ser correlativas, la información que provenía no era significativa (por ejemplo, año y número de expedición). Otras, como autor de la fotografía, no dieron resultados significativos puesto que no se contaba con mucha información sobre esta variable.
- ³ Es cierto que de si se observa que sólo son 20 las fotografías con artefactos, la proporción de éstas con estructuras es del 40%. Es evidente que hay una tendencia a asociar artefactos con estructuras, sin embargo, estas fotografías siguen representado menos de la mitad.

BIBLIOGRAFÍA

Ambrosetti, Juan Bautista

1906. *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*. Publicaciones de la Sección Antropológica 1. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1907. *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaqui, Prov. de Salta)*. Publicaciones de la Sección Antropológica 1. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Barthes, Roland

1995. *El mensaje fotográfico. Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos y voces*. Barcelona, Paidós.

Bourdieu, Pierre

1994. El campo científico. *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia* 2 (1): 131-160.

1998. *Un arte medio: ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili S.A.

2007. *El sentido práctico*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Debenedetti, Salvador

1918. *Las ruinas prehispánicas de Alfarcito (Depto. de Tilcara, Jujuy)*. Publicaciones de la Sección Antropológica 18. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1930. *Las Ruinas del Pukara de Tilcara, Quebrada de Humahuaca. Provincia de Jujuy*. Archivos del Museo Etnográfico II, Primera Parte. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Fernández, Jorge

1982. *Historia de la Arqueología Argentina*. Mendoza, Asociación Cuyana de Antropología.

Fiore, D.

2002. Body-Painting in Tierra del Fuego. The Power of Images in the Uttermost Part of the World. Tesis Doctoral Inédita, University of London, UCL, Londres.

2005. Fotografía y pintura corporal en Tierra del Fuego: un encuentro de subjetividades. *Revista Chilena de Antropología Visual* 6: 55-73.

2007. Arqueología con fotografías: el registro fotográfico en la investigación arqueológica y el caso de tierra del fuego. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos... y develando arcanos*: 767-778. Punta Arenas, Ediciones CQUA.

Foucault, Michel

1992. *Microfísica del poder*. Madrid, La Piqueta.

Gernsheim, Helmut

1986. *A Concise History of Photography*. Nueva York, Dover Publications.

Haber, Alejandro

1994. Supuestos teórico-metodológicos de la etapa formativa de la arqueología de Catamarca (1875-1900). *Publicaciones del CIFYH* 47: 31-54. Córdoba.

1999. Caspichango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3: 129-141. San Pablo.

Kossoy, Boris

2001. *Fotografía e historia*. Buenos Aires, La Marca.

Madrazo, Guillermo

1985. Determinantes y orientaciones en la antropología argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1: 13-56.

Manzi, Liliana

2000. ¿Por qué los arqueólogos insisten en leer crónicas? Los Selk'nam a través de los registros documentales. *Desde el País de los Gigantes. Perspectivas Arqueológicas de la Patagonia. Actas de las IV Jornadas de Arqueología de la Patagonia*: 223-242. Río Gallegos, Universidad Nacional de la Patagonia Austral.

Nastri, Javier

2003. Aproximaciones al espacio calchaquí (Noroeste argentino). *Anales* 6: 99-125. Universidad de Gotemburgo.

2004a. La arqueología argentina y la primacía del objeto. En G. Politis y R. Peretti (eds.), *Teoría arqueológica en América del Sur* 3: 213-231. Olavarría, Incuapa, FACSIO, UNICEN.

2004b. Los primeros americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los Valles Calchaquíes (Noroeste argentino). En A. F. Haber (ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*: 91-114. Bogotá, Universidad de los Andes.

Olivera, Daniel

1994. A corazón abierto: reflexiones de una arqueólogo del NOA. *Rumitacana* 1: 7-12.

Orquera, Luis y Ernesto Piana

1999. *La vida social y material de los Yámana*. Buenos Aires, Eudeba.

Pegoraro, Andrea

2005. Instrucciones y colecciones en viaje. Redes de recolección entre el Museo Etnográfico y los Territorios nacionales. *Anuario de Estudios en Antropología Social* 2: 49-69. CAS-IDES.

Podgorny, Irina

1999. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas*, Buenos Aires, Eudeba.

Ruby, Jay

1996. Visual Anthropology. En D. Levinson y M. Ember (eds.), *Encyclopedia of Cultural Anthropology* 4: 1345-1351. Nueva York, H. Holt and Co.

Saletta, María José

2008. La cámara discreta. La historia del desarrollo de la arqueología como disciplina científica en el NOA entre 1905 y 1930 vista a través de las fotografías tomadas en el campo. Tesis de Licenciatura inédita. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Schiffer, Michael

1972. Archaeology context and systemic context. *American Antiquity* 37 (2): 156-165.

Shanks, Michael y Christopher Tilley (eds.)

1987. *Re-Constructing Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.

Sorlin, Pierre

2004. *El "siglo" de la imagen analógica: los hijos de Nadar*. Buenos Aires, La Marca.

OBJETIVOS ANTROPOLÓGICOS Y PROBLEMAS CON LAS FUENTES HISTÓRICAS. ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL DEBATE SOBRE LA IDENTIDAD DE UN CACIQUE BLANCO CHAQUEÑO DE FINES DEL SIGLO XIX

Julio César A. Spota*

RESUMEN

En el presente trabajo nos proponemos exponer sintéticamente las características del debate suscitado en torno a la identidad de un cacique blanco chaqueño que atacó diferentes poblaciones de la frontera norte de Santa Fe durante los años 1898 y 1899. El estudio del accionar de los renegados y de los cautivos dentro del complejo entramado de relaciones interétnicas de la frontera chaqueña permite problematizar algunos aspectos conceptuales en torno al mestizaje social. Como corolario esperamos plantear algunas reflexiones en torno a las problemáticas propias del escenario fronterizo hacia finales del siglo XIX. Con estos objetivos en mente analizamos fuentes históricas primarias y secundarias relativas al tema de interés poniéndolas en tensión con las investigaciones científicas contemporáneas interesadas en los actores sociales mestizos.

Palabras clave: cacique blanco - región chaqueña - siglo XIX - mestizaje social - antropología.

ABSTRACT

In this article we intend to briefly expose the characteristics of the debate that took place regarding the identity of a white chaqueñan Cacique that raided different settlements located in the northern border of the province of Santa Fe during 1898 and 1899. Studying the actions of the renegades and the captives within the complex frame of the social relationships displayed in the chaqueñan frontier, we were able to question some of the main conceptual issues regarding the social mixing. In order to accomplish this objective, we analyzed first hand and secondary historic sources related to the subject, and articulated that information with the contemporary scientific research interested in the "mestizos" social actors.

Key words: white cacique - chaqueñan region - 19th century - social mixing - anthropology.

* Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Etnohistoria. E-mail: juliospota@gmail.com.

INTRODUCCIÓN. MESTIZAJE SOCIAL, MIMETISMO CULTURAL Y FRONTERAS SOCIALES

La tarea de estudiar los rasgos particulares de un actor social como un cacique-blanco¹ involucra la necesidad de compatibilizar la moderna noción de frontera con un concepto de cultura dinámico. La articulación conceptual concurre a visibilizar los condicionamientos analíticos de una investigación que si bien “no puede escapar enteramente al uso reduccionista de dicotomías y esencias, puede por lo menos esforzarse autoconscientemente para no retratar ‘otros’ abstractos y ahistóricos” (Clifford 2003:143). Los planteos contemporáneos sobre la frontera la definen como un ámbito poroso en donde las influencias culturales y sociales recíprocas se imbrican de forma históricamente determinada configurando escenarios con características específicas (Boccaro 2003). En estos espacios los agentes operaban dentro de una estructura de relaciones a partir de sus capacidades de acción y negociación. Este panorama social donde el poder se distribuía de forma asimétrica requiere de una aproximación hacia la noción de cultura donde las categorías clasificatorias mestizas como la que nos ocupa adquieran inteligibilidad. Abandonando las perspectivas teóricas fragmentarias basadas en que la discontinuidad entre las sociedades representaba el basamento último de las posibilidades de clasificación cultural, los debates conceptuales en Antropología superaron las limitaciones analíticas previas postulando que las culturas y las identidades culturales son configuradas específicamente a partir de los vínculos que ponen en contacto a los grupos humanos.

En tanto que la cultura supone una manera de “describir la conducta humana” (Barth 1976:09), las clasificaciones sociales y “las distinciones étnicas no dependen de una ausencia de interacción y aceptación sociales; por el contrario, generalmente son el fundamento mismo sobre el cual están contruidos los sistemas sociales que las contienen” (Barth 1976:10). A partir de lo establecido por Barth resulta necesario considerar a la cultura (a una cultura y las culturas en su conjunto) como una entidad cuyo contenido y contorno se ordena en relación a los otros. Más aún, es mediante las articulaciones particulares establecidas con la alteridad que las sociedades definen y actualizan los lineamientos que configuran sus perspectivas sociales y sus sistemas de categorías. Un enfoque de la noción de cultura donde el diálogo simbólico, social y material entre los grupos constituye la estructura desde la cual puede comprenderse la configuración de los límites clasificatorios se complementa conceptualmente con la perspectiva interactiva de un campo social donde el estudio de los actores sociales mestizos permite exponer las vinculaciones trans-grupales existentes en los ámbitos de frontera.

Las modernas aproximaciones teóricas hacia el fenómeno de las fronteras señalan que tales espacios constituían ámbitos de “interacción cultural, social, económica, genética, militar, política, religiosa y lingüística” (Ortelli 2005:75) donde los agentes y los grupos operaban de acuerdo a sus propias agendas. “En este complejo panorama de relaciones, intercambios, violencia, guerra, intencionalidades políticas, alianzas, amistades y enemistades que tuvo por escenario la frontera” (Quijada 2002:125) nos encontramos con individuos cuyas características diacríticas escapan a la simple dicotomización entre “blancos” e “indios”. Szasz (1994) propuso entender a los actores sociales fronterizos como *cultural brokers*. Estos agentes surgen donde existe un encuentro de culturas (característica esencial de la frontera)². Para los “cultural brokers” lo que a primera vista supondría restricciones sociales, en verdad constituían posibilidades concretas de diálogo intercultural. En base a su “posición particular”, los mestizos desarrollan enfoques donde se articulan diferentes códigos culturales, “para lo cual se requiere una habilidad especial, son repositorios de dos o más culturas y cambian su rol de acuerdo con las circunstancias. Ellos saben cómo piensan y se comportan ‘los del otro lado’ y actúan en función de ello (Szasz 1994:3).

La complejidad de las relaciones fronterizas se evidencia en los estudios sobre los actores sociales que la poblaron. Los autores que se ocuparon de estos temas postularon a los actores

sociales “mestizos” como passeurs (Gruzinski 2000) o articuladores entre los diferentes ámbitos socio-culturales presentes en la frontera. Siguiendo a Ares y Gruzinski podemos definir a los actores sociales mestizos como agentes ubicados generalmente en un espacio “a menudo liminal, a caballo entre culturas, favorecieron las transferencias y el diálogo entre universos aparentemente incompatibles, elaborando mediaciones muchas veces insólitas y contribuyendo así a su articulación y a la permeabilización de sus fronteras” (Ares y Gruzinski 1997:10)

Una puesta en práctica de los conceptos de cultura, sociedad e individuo en la frontera que posibilite una aproximación analítica idónea hacia el estudio de los indios-blancos implica posicionar la investigación en una perspectiva donde entren en juego los condicionamientos histórico-culturales propios de la frontera como contexto estudio y los rasgos particulares que caracterizaban a los actores sociales mestizos como elementos de reflexión. Encarar nuestro tema de investigación requiere la redefinición de algunas de nuestras categorías de análisis dado que el proceso de mestización excedió los contornos de lo estrictamente biológico, aunque sin desconocer esta dimensión del fenómeno. El mestizaje incluyó todas las instancias en las cuales se manifestó un tipo de contacto intercultural donde “el préstamo y la mezcla de rasgos culturales fueron una parte intrínseca. El mestizaje, planteado de esta manera, refleja la necesidad que tenían los contemporáneos para “inventar” a diario modos de coexistencia y soluciones para sobrevivir (Ratto 2005:182). Tal posicionamiento nos permite aplicar a nuestra investigación los modernos conceptos instrumentales en torno al fenómeno del mestizaje.

CAUTIVERIO, VISIBILIDAD HISTÓRICA Y PROBLEMAS HISTORIOGRÁFICOS

Entre las causas generales que llevaban a los blancos a instalarse en las tolderías (huida de la ley, persecución política, estrategia comercial, etc.) el cautiverio representa una instancia de análisis privilegiada en lo tocante a los estudios sobre las relaciones interétnicas. Las características de un caso particular (Carlo Binaghi) nos permitirán simultáneamente señalar las dificultades historiográficas que conllevan los estudios sobre los *cultural brokers* y describir brevemente algunos rasgos generales de las biografías mestizas derivadas del cautiverio. Una cronista resume la dinámica de la incorporación forzosa a las tolderías:

Los cautivos criollos adultos son ultimados **sin** excepción y los niños siempre conducidos al desierto, aunque éstos no los maltratan; cuando están en edad de casarse son declarados libres, pero casi siempre quedan en el Chaco, que constituye para ellos una segunda patria, porque han adoptado la vida y costumbres de los indios (Beck-Benard [1864] 2001:191).

Los testimonios destacan a los actores sociales mestizos como elementos muchas veces desestabilizadores de las relaciones interétnicas en la frontera. Tal es el caso de nuestro sujeto de interés:

Andaban nuestros abuelos luchando a brazo partido allá por las últimas décadas del siglo pasado cuando una noche aciaga, en el Fortín Las Toscas por una parte, aturdí el fragor de alaridos guturales entre el viborear de lanzas (...) mientras que en las contiguas rancherías de los colonos, que por lo sorpresivo del gosse no alcanzaron a refugiarse en el fuerte de “palo a pique” (...) se evidenciaba la falta de varias mujeres y niños, entre los que se encontraba Carlitos Binaghi, hijo de una familia inmigrante (...) Transcurre luego un lapso de veinte años sin que las novedades dejen de divagar en lo inconcreto, hasta que testigos que dicen ser presenciales, coinciden en que (...) Carlo Binaghi capitanea un grupo poco numeroso, integrado por familias aborígenes y algunos gauchos alzados, entre los que se encuentra un

feroz criminal de apellido Rajoy, y un cuatrero de origen italiano conocido con el nombre de Da'Osla. El 24 de diciembre de 1898, a tres leguas de Colonia Florencia, al amanecer. Hacheros dan la alarma de que se acercan indios hacia el obraje con aparente intención de atacar. El dueño, Luis Urdartiz, no se encontraba, pero un contratista de apellido Echeluz reúne a la gente dentro del cuadro de palo a pique que rodeaba la administración, y se disponen a la defensa. A las 9 de la mañana aproximadamente 200 indios armados con lanzas y algunas carabinas Remington inician el ataque, la mayoría eran indígenas, se escuchaban voces de mando e insultos en idioma indígena. En dicho acontecimiento un obrajero describe a un indio blanco muy sanguinario con penetrantes ojos azules (...) El 14 de marzo de 1899 asaltan el Establecimiento La Palometa que se encuentra ubicado a 12 leguas de Resistencia. Mueren 17 personas... Un peón... posteriormente relata los hechos y que entre los indios “se hallaban algunos blancos y describe a un indio de tez blanca, pelo rojizo y ojos claros” (...) En un informe elevado posteriormente a la administración del ferrocarril, relata que el ataque fue capitaneado por el “Cacique Blanco” (Binaghi 2000:24-25).

El caso de Binaghi representa un ejemplo de la oscuridad con la cual las interpretaciones históricas presentaron a los actores sociales mestizos. Esta situación genera desacuerdos entre los estudiosos. Puntualmente, existe un debate en torno a la propia existencia del mencionado cacique-blanco. Otros historiadores han puesto en tela de juicio la idea de identificar a Binaghi como el conductor de los malones que se le adjudican. Tissera menciona que los autores del ataque serían el capitanejo mocoví “Illiri” y el caudillo toba llamado “Chará” a quienes suma un tercer colaborador de identidad desconocida. En su comentario sobre la muerte de la condesa Alice La Saige el autor realiza una descripción vaga del malón que atacó La Palometa y luego la estancia de la noble francesa arraigada en suelo chaqueño. El ataque fue detectado recién cuando “ya se escuchaba el tropel de una caballería. Alguien dio el alerta desde el mangrullo. Alrededor de 60 jinetes indios, encabezados por tres criollos se aproximaban a galope tendido en franca actitud de asalto. Unos llevaban lanza, otros carabinas” (Tissera 2008:9).

La imprecisión de la cita dificulta la asociación directa entre Binaghi y la dirección del ataque. Paralelamente, el intercambio epistolar que sostuvo el hijo de la mencionada condesa francesa con un historiador local años después del ataque —comunicaciones registradas posteriormente por una escritora de la región en una novela histórica sobre los acontecimientos— ofrece una versión alternativa a las dos anteriores. Las cartas indican que el ataque fue perpetrado por “un malón de indios mocovíes encabezado por el cacique Santos Padres” (Segovia de Giuliano 1977:53). Por su parte, Sosa de Newton realiza una descripción por demás somera que poco aporta a esclarecer el debate: “Un día de marzo de 1899 los mocovíes atacaron la casa, matando a varios de sus ocupantes” (Sosa de Newton 1986:53). Empero, las divergencias aumentan cuando atendemos a lo expresado por otro historiador chaqueño respecto de otro ataque adjudicado por algunos al “cacique blanco”.

El malón que asaltó la localidad de “La Sabana” al norte de la Provincia de Santa Fe plantea una situación idéntica respecto del episodio anterior. Miranda corrobora la presencia de blancos en el malón sin por ello señalar a Binaghi como protagonista del episodio:

El 26 de junio de 1899, al amanecer, un malón de trescientos jinetes, con varios caudillos vestidos con uniformes militares, se precipitó contra La Sabana, a los sones de guerra de un clarín (...) Dos peones del obrajero Brulé (Agüero y Villanueva) estaban carneando en las afueras del pueblo. Absorbidos por la faena no advirtieron la llegada de un individuo que venía cubierto con un kepi de la tropa, el cual, disparándoles un tiro, les gritó: “No se asusten que todos somos argentinos!” (...) De improviso comprendieron que el agresor era un hombre de vanguardia del tropel (Miranda [1955] 2005:196-197).

Miranda sostiene que el malón de La Sabana –otro ataque cuya dirección es asignada al cacique-blanco por parte de su biógrafo (Binaghi 2000), podría haber estado al mando de:

El paraguayo Juan Saavedra, que vivió como peón en La Sabana y en cuyas reuniones domin-gueras fue cantor y guitarrero afortunado. Dícese que alguien, agrandado por la autoridad o el dinero, le quitó el cariño de una mujer, transformándole por resentimiento en un matrero en cuyo corazón no se había borrado del todo, sin embargo, los sentimientos de compasión (Miranda [1955] 2005:200).

A continuación observaremos las consecuencias interpretativas de la disparidad de versiones históricas.

Miranda afirma que el mencionado paraguayo es quien salvó a la señora Camors de que la mataran durante el asalto (Miranda [1955] 2005:200) mientras que la revista *Caras y Caretas* le adjudica la autoría del hecho a un indígena. La incompatibilidad de los datos disponibles resulta evidente. Es oportuno establecer aquí que el acceso a la información provista por los documentos originales relativos a la serie de malones ocurridos en la frontera chaqueña entre finales de 1898 y mediados de 1899 se encuentra mediatizado por el tratamiento dado por los historiadores a las fuentes, y que la mayoría de las veces los imprecisos estilos de citación utilizados por los autores impidieron la revisión directa de los testimonios de la época. La anterior salvedad condiciona a los informes oficiales y los escritos contemporáneos consultados por los investigadores que se ocuparon de estudiar los eventos vinculados al “cacique blanco”. Aún las cartas del hijo de la condesa asesinada, a pesar de la inmediatez y familiaridad que tenía con algunos de los protagonistas de los hechos, se presentan de manera fragmentaria en la publicación y la información que proveen se halla teñida de imprecisiones.

Dentro de la muestra de trabajos revisados, *Caras y Caretas* constituye la única fuente primaria que tuvimos a nuestra disposición. Sin embargo, la intencionalidad periodística de una publicación periódica y el tratamiento brindado a las declaraciones de los testigos presenciales condicionan de forma específica su versión de los hechos. Por lo tanto, consideramos que todos los trabajos examinados se encuentran interpelados (aunque de forma desigual en base a sus procesos de producción particulares) por factores como la distancia temporal, la ausencia de testimonios redactados por observadores directos y la utilización de versiones de informantes jamás identificados. Estos son los factores que contribuyen a oscurecer el papel que las fuentes primarias le reservaron a los actores sociales mestizos, a motivar divergencias en las interpretaciones disponibles en las fuentes secundarias y en conjunto, problematizan el panorama general de la misma investigación antropológica e histórica, obstaculizando la posibilidad de determinar una toma de posición conclusiva sobre la identidad del conductor de los ataques indígenas contra los asentamientos criollos en el norte de Santa Fe a finales del siglo XIX. En base a la caracterización del conjunto de elementos que operan como condicionantes específicos de las obras analizadas se deriva la posibilidad de establecer un tratamiento uniforme aplicado indistintamente a los dos tipos de fuentes examinados (una única fuente primaria y un conjunto de fuentes secundarias donde constan citas de fuentes primarias que aún no hemos logrado localizar) con la intención de contraponer en un mismo nivel de análisis la información que en los escritos remite, directamente o indirectamente, a los acontecimientos bajo estudio. De acuerdo a la fuente primaria consultada, “La esposa de Camors y madre de la niña milagrosamente salvada, debe su vida a la humanidad de un indio, que la conocía y pidió que no la matasen, que sólo la desnudasen” (*Caras y Caretas* 1899) mientras que Miranda relata el episodio de manera diferente:

Revistiese de asombro el hecho de que Carlota Maciel de Camors se salvase, cuando ya las lanzas de los aborígenes hincaban su cuerpo, para traspasarla. Rodeada por varios individuos de la turba, le quitaron sus vestidos, no se sabe si por mero hábito de rapiña o por ensayar

la ejecución de un rito salvaje inmolándola despojada de sus atributos exteriores de mujer blanca. En ese instante, un criollo se acercó a los indios y hablando con calma les solicitó que no asesinaran a esa mujer, porque siempre había sido piadosa con ellos. Los indios acataron con torpeza tan extraña indicación y volvieron por sus lanzas, dejando a Carlota Maciel aislada en medio del estupor, a la vista de su esposo e hijita yacentes en el patio del aserradero. El providencial protector de la señora de Camors habría sido el mismo sujeto a quien se atribuyó la jefatura del malón, el paraguayo Juan Saavedra (Miranda [1955] 2005: 199-200).

El debate sobre la identidad del protector de Carlota Maciel se complejiza aún más si atendemos a las dificultades que presenta la propia distinción entre indios-blancos, blancos e indios. Un oficial experimentado en la vida de frontera de la primera parte del siglo XIX expresaba sus dudas respecto del tema cuando refería que a los renegados “no era fácil distinguirlos por el color: acostumbrados a la vida salvaje, sus figuras son las mismas que las de los indígenas” (García, en Quijada 2002:134). Las similitudes fisonómicas que los mestizos compartían con el resto de los miembros de sus grupos de pertenencia confundían aún más a los viajeros y militares al combinarse con la asimilación de diacríticos perteneciente indistintamente a los mundos blanco e indio, configurando una compleja mimesis de rasgos culturales. Por ejemplo, en relación a de las tropas auxiliares que servían a la confederación durante el interregno que medió entre Caseros y Pavón, una cronista ya citada comentaba que todos los indios usaban “la manta o poncho común entre los gauchos y el chiripá, que sirve como pantalón ancho y holgado” (Beck-Bernard 2001: 177).

La dinámica de otorgamientos y revocaciones culturales incluía la resignificación de determinados rasgos o artículos cotidianos que por el hecho de ser incorporados por individuos de diferentes grupos sociales adquirían propiedades novedosas. Tal es el caso de los artículos de vestimenta criolla que al ser utilizados entre los indígenas, podían pasar a configurar elementos que resaltaban la distinción y el prestigio de las autoridades aborígenes que podían detentarlos.

El cacique Gregorio se cubre la cabeza de muy distinta manera. Luce con orgullo un viejo sombrero de copa, que parece protestar, cómicamente, a pesar de su estado imposible, contra el resto de la indumentaria. Las boleadoras y una larga lanza completan el equipo del cacique (Beck-Bernard 2001:177).

Las fuentes refieren que la ostentación de posesiones provenientes de los grupos criollos, como la vestimenta y las armas, operaban como marcadores de status en los indígenas que las portaban (Nacuzzi [1998] 2005).

Escapa a los objetivos del presente trabajo problematizar en profundidad un tema tan estudiado como la constitución de la autoridad –ascendiente personal y dominación lograda sobre el grupo gracias a las características singulares de un individuo– y poder –prerrogativas y facultades específicas propias de un cargo jerárquico cuya legitimidad arraiga en condiciones formales previas al advenimiento del sujeto que lo detenta– (Bechis 1989; Nacuzzi [1998] 2005). Empero, consideramos que para comprender las posibilidades de éxito social que poseía un actor social mestizo resulta necesario estudiar el complejo repertorio de cualidades y saberes que requería dominar. La eficacia social “de estos personajes dependía no solo de su manejo de la lengua de los grupos en contacto sino también de un sólido dominio de la etiqueta diplomática puesta en juego en los encuentros oficiales” (Ratto 2005:184). Nacuzzi expuso las condiciones particulares que debía poseer quien aspirara a ostentar la jefatura de una parcialidad aborígen en el siglo XIX: “haber viajado mucho, tener amplias relaciones políticas y vinculaciones sociales, conocer el español [y] ser culturalmente mestizo” ([1998] 2005:185). Los rasgos enumerados coinciden con las características biográficas de los ejemplos hasta ahora estudiados.

La correspondencia entre el modelo ideal y los casos empíricos corrobora la validez del esquema teórico a la vez que explica el éxito social de los actores puntuales. La evidencia indica que las sociedades indígenas demostraban una enorme versatilidad “para incorporar en forma permanente a un nutrido conjunto de alógenos, o para establecer con ellos cierta clase de relaciones intermitentes y específicas”. (Villar y Jiménez 2005:173). La complementación entre el esquema y la información de base nos proporciona la posibilidad de contribuir tangencialmente al estudio de la formación de las jefaturas indígenas señalando la presencia de un elemento común de pluralidad étnica en la selección de los caciques en los grupos aborígenes presentes en las fronteras. La capacidad de convocatoria mostrada por los caciques blancos igualaba –y en ocasiones superaba– a la de sus congéneres nativos. El locus particular que ocupaban les permitía officiar como mediadores “para las gestiones de paz entre el gobierno y los indios, entre los jefes de las fronteras y las embajadas de las *tolderías*” (Hux 2004:15) y entre las diferentes parcialidades aborígenes.

La determinación de las condiciones requeridas por un individuo para acceder a las jerarquías más altas de la estructura social indígena arroja luz sobre las causas que posibilitaban la promoción de los mestizos culturales hasta la categoría de caciques. Resulta indicativo a los fines de las investigaciones sobre las dinámicas sociales en los espacios de frontera que las características específicas de los renegados –fluidez lingüística en varios idiomas, dominio de los diferentes protocolos diplomáticos y posesión de una extensa red de relaciones personales, por sólo nombrar algunos de los rasgos que evidencian la disponibilidad de una doble codificación cultural– coincidan con los rasgos exigidos para ascender dentro de la jerarquía india. Esto no significa que todos los blancos que por distintas razones se asentaban en a las *tolderías* indefectiblemente devenían en autoridad tribal sino que los actores sociales mestizos, por su propia configuración cultural mixta, poseían potencialmente las condiciones requeridas a cualquier individuo que pretendiera alcanzar las posiciones de mando dentro de una parcialidad aborígen. La inferencia previa nace de la revisión tanto de los estudios científicos contemporáneos como de la información disponible en las fuentes primarias y secundarias aunque estas últimas continúan mostrándose indefectiblemente vagas en lo concerniente a los actores sociales mestizos en general y particularmente imprecisas y contradictorias respecto de la identificación de la persona que dirigió el ataque contra los asentamientos criollos en la frontera chaqueña entre 1898 y principios de 1899.

La escasa evidencia primaria disponible sobre la identidad del conductor de los malones anteriormente comentados confirma la falta de certezas imperante entre los investigadores. Las contradicciones existentes entre las fuentes primarias y secundarias consultadas refuerzan la necesidad de mantener un control permanente de los hechos investigados a través de un constante ejercicio de intertextualidad comparativa. El único punto en el cual concuerdan todas las fuentes consultadas es la crudeza con la cual se efectuaron los malones. Los detalles del ataque figuran en una publicación de la época ya mencionada donde tangencialmente se comenta el hecho de Camors al hacerse referencia a su familia directa:

No hubo una hecatombe bestial, de una ferocidad refinada e inaudita por haberse cebado, el salvaje en los seres más débiles, sin el excitante de la resistencia, sin la atenuante siquiera del cautiverio, a que las indias del malón antiguo sometían, preferentemente a la mujer y al hijo de su enemigo, el cristiano. Aquí han matado, fría y deliberadamente, saciando un rencor bestial en seres cuya debilidad e inocencia hasta a las fieras conmoviera. (...) Ha sido una desolación, casi un aniquilador arrasamiento en que los hombres, ¡singular circunstancia! han salvado la vida y han caído lanceadas las mujeres y los niños. Sólo un hombre cayó en la matanza, Camors, un pobre colono francés que soñaba allá en conquistar el bienestar de los suyos a fuerza de sudor y de trabajo honesto en la aspereza del médium primitivo, y que ha caído en la bestial volteada., lanceado con una hijita de dos años con la que huía, llevándola en brazos (Caras y Caretas 1899).

La supuesta intensidad de la violencia ejercida en el ataque se inscribe en la lógica del costado más cruento de las relaciones sociales de frontera. Los enfoques contemporáneos en torno a los espacios de frontera las definen como ámbitos donde las vinculaciones culturales, las dependencias económicas recíprocas y las influencias sociales multilaterales superan la imagen simplificada de un escenario exclusivamente definido por el conflicto armado. Sin embargo, la violencia –un elemento intrínseco de la compleja dinámica fronteriza– representa el aspecto de las relaciones interétnicas más difundido por las crónicas de la época. Dentro de este contexto, el debate en torno a la determinación de la identidad del conductor de los malones describe las dificultades que se presentan en la tarea de la reconstrucción del pasado en los contextos donde el poder estatal chocaba con las parcialidades aborígenes reacias a su autoridad.

PALABRAS FINALES

La divergencia observada en las interpretaciones históricas analizadas proporciona un ámbito de aproximación crítica hacia los trabajos antropológicos e históricos ocupados en los actores sociales mestizos como los caciques blancos. La propia existencia de estos individuos destaca la complejidad de las relaciones interétnicas en los ámbitos de frontera. Los *cultural brokers* representaban agentes que combinaban exitosamente los rasgos sociales idóneos para la conducción indígena gracias a la puesta en práctica de todas las posibilidades culturales que su condición mestiza les proporcionaba. La razón de la promoción de estas personalidades hasta las máximas jerarquías aborígenes radicaba en que las características propias de sus biografías –experiencias históricas profundamente marcadas por un proceso de mestización social– les otorgaban elementos eficaces de negociación intra e inter-étnica.

La reunión de rasgos culturales aborígenes y criollos, diacríticos supuestamente antagónicos para la mentalidad decimonónica, sumados a los elementos exclusivamente mestizos resultantes del cautiverio les otorgaba a los caciques blancos la posibilidad de operar simultáneamente con códigos culturales diversos. Los rasgos intrínsecos de los actores sociales mestizos les permitían operar como intermediarios en el complejo (y muchas veces violento) proceso de diálogo intercultural. Sumado a lo anterior, durante el siglo XIX, la promoción social del cautivo se tornaba probable a partir de su propia condición mestiza. Las relaciones entre la constitución del poder y la autoridad aborígen y el lugar que ocupaban los *passerus* culturales en tal proceso comporta un costado determinante en los estudios sobre los blancos asentados voluntaria u obligatoriamente, transitoria o definitivamente entre los indios. Sin embargo, las particularidades específicas de los cautivos devenidos autoridades aborígenes representan un desafío analítico para las investigaciones científicas.

A partir de una sintética presentación de la contraposición de opiniones históricas relativas a la identidad del conductor de los malones que asolaron el norte de Santa fe durante 1898 y 1899 vislumbramos la amplitud que puede alcanzar la discrepancia de interpretaciones en torno a un tema aparentemente simple. La exposición de las características del debate suscitado sobre nuestro tema de interés señala la complejidad que subyace a los estudios sobre las dinámicas sociales en las fronteras del siglo XIX. El desafío de profundizar las investigaciones futuras sobre los actores sociales mestizos requerirá de perspectivas teórico-conceptuales que se encuentren a la altura del desafío analítico que presenta el fenómeno del mestizaje social como objetivo de estudio.

Fecha de recepción: 11/12/2009.

Fecha de aceptación: 03/08/2010.

AGRADECIMIENTOS

La producción de este artículo sólo fue posible gracias al apoyo incondicional de la Dra. Lidia R. Nacuzzi quien contribuyó con sugerencias, ideas, revisiones y correcciones en su incesante tarea de investigadora, su constante labor como formadora y su inculdicable calidad humana. Lleguen a ella muchos más agradecimientos de los que me son posibles expresar aquí.

NOTAS

- ¹ Coincidimos con Villar y Jiménez (2005:158) cuando sostienen que el número de investigaciones específicamente ocupadas en los actores sociales mestizos en Pampa y Patagonia durante el siglo XIX es reducido (Ortelli 1999, 2000; Salomón Tarquini 2002). Lo mismo es válido para el Chaco decimonónico aunque la lista de estudios sobre el tema es aún más reducida (Spota 2008).
- ² Dentro de la producción antropológica argentina existen antecedentes conceptuales que se vinculan temáticamente con la noción de cultural broker que utilizamos como dispositivo heurístico en este artículo. Puntualmente nos referimos a algunos trabajos de Leopoldo Bartolomé donde el término *brokers* era implementado en las investigaciones para señalar a los actores que lograban poner en diálogo a diferentes sectores y distintos ámbitos dentro de las entonces denominadas “sociedades complejas”. Los rasgos de específicos de los *brokers* (*sensu* Bartolomé) coinciden en gran medida con el contenido que Szasz (1994) le otorga a la misma definición pero orientada al estudio de los actores sociales mestizos: bilingüismo y dominio de patrones de protocolo variados que garantizaran la configuración de un ámbito de comunicación legítimamente reconocido por los actores que buscaban entablar un diálogo. Una muestra representativa de esta propuesta se puede apreciar en Hermitte y Bartolomé (1977).
- ³ Un estudio pormenorizado sobre los cacicatos duales en el siglo XVIII y su posterior evolución hacia un cargo unipersonal en las zonas del Chaco, Pampa y Patagonia puede apreciarse Nacuzzi, Lucaioli y Nesis 2008.

BIBLIOGRAFÍA

- Ares, Berta y Sergei Gruzinski
1997. *Entre dos mundos: fronteras culturales y agentes mediadores*. Sevilla, EEHA.
- Barth, Fredrik
1976. *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bechis, Martha
1989. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿Autoridad o poder? Trabajo presentado en el *I Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires.
- Beck-Bernard, Lina
[1864] 2001. *El río Paraná. Cinco Años en la Confederación Argentina 1857-1862*. Emecé, Buenos Aires.
- Binaghi, Luis
2000. *Tras las huellas de la familia Binaghi*. Resistencia, Meana Impresores.
- Boccaro, Guillaume
2003. Rethinking the Marthins/Thinking from the Marhins: Culture, Power, and Place on the Frontiers of the New World. Identities. *Global Studies in Culture and Power* 10: 58-81.
- Caras y Caretas
1899. *El malón de la Sabana*. Resistencia, Archivo Histórico.

Clifford, James

[1988] 2003. Sobre la autoridad etnográfica. En C. Reynoso (ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*: 141-170. Barcelona, Editorial Gedisa.

D'Orbigny, Alcides

[1827] 1998. *Viaje por América meridional*. Emecé, Buenos Aires.

Gruzinski, Sergei

2000. *El pensamiento mestizo*. Barcelona, Editorial Paidós.

Hermitte, Esther y Leopoldo Bartolomé (comps.)

1977. *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrutu.

Hux, Meinrado P.

2004. Prólogo. En P. Meinrado Hux (recopilador), *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*: pp 7-27. Buenos Aires, Editorial el Elefante Blanco.

Miranda, Guido

[1955] 2005. *Tres Ciclos Chaqueños*. Resistencia, Librería de la Paz.

Nacuzzi, Lidia R.

1998 [2005]. *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

Ortelli, Sara

1999. Historias de cautivos y agregados. La incorporación de no-indígenas entre los comanches y los ranqueles en el siglo XIX. *Cuicuilco* 6(17): 153-171.

2000. Marginalismo y relaciones inter-étnicas: blancos e indios en la frontera rioplatense en el siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América* 26: 181-198.

2005. Del discurso oficial a las fuentes judiciales. El enemigo y el proceso de mestizaje en el norte no-vohispano tardocolonial. *Memoria Americana* 13: 53-82.

Quijada, Mónica

2002. Repensando la frontera sur Argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidades de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII y XIX). *Revista de Indias* 62(224): 103-142.

Ratto, Silvia

2005. Rompecabezas para armar: el estudio de la vida cotidiana en un ámbito fronterizo. *Memoria Americana* 13: 179-208.

Salomón Tarquini, Celia Claudia

2002. Rehenes, cautivos, aindiados y refugiados: funciones económico-sociales de los alógenos incorporados por las sociedades indígenas en la región pampeano-nordpatagónica (Siglos XVIII-XIX). Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de La Pampa, La Pampa.

Segovia de Giuliano, Sixta

1977. *La condesa de las tierras tobas*. Santa fe, Librería y Editorial Colmegna.

Sosa de Newton, Lily

1986. *Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra.

Spota, Julio César A.

2008. Del Oxímoron discursivo a la Metáfora social. Un acercamiento antropológico hacia la construcción y semántica de la categoría "indio-blanco" en la narrativa criolla de la frontera Chaqueña (1862-1885). *Cuestiones Sociales y Económicas* 11: 109-129.

Szasz, Margaret

1994. *Between Indians and White Worlds. The cultural broker*. EE.UU., University of Oklahoma Press.

Tissera, Ramón de las Mercedes

2008. *Vidas Trágicas del Chaco*. Chaco, Librerías de la Paz.

Villar, Daniel y Juan Francisco Jiménez

2005. El continuo trato con infieles. Los renegados de la región pampeana centro-oriental durante el último tercio del siglo XVIII. *Memoria Americana* 13: 151-178.

EL PASTOR Y SU REBAÑO: USOS NO ALIMENTICIOS DE LA FAUNA EN LAS SOCIEDADES CAMPESINAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Aixa Vidal*
Ruth Maicas**

RESUMEN

En este trabajo se plantean distintas posibilidades de uso de la fauna entre las primeras sociedades campesinas y metalúrgicas, tomando como ejemplo la Península Ibérica y sus islas próximas. El auge experimentado en la última década en las revisiones zooarqueológicas, sumado a un renovado interés en la industria ósea y la incorporación cada vez más frecuente de las alteraciones tafonómicas, dio lugar a un alto número de publicaciones españolas que trata directa o indirectamente el tema de la fauna. Aquí se presenta el registro arqueológico existente comparándolo con los hallazgos de otras zonas, períodos inmediatamente posteriores y registros escritos, para ampliar las discusiones habituales sobre las faunas recuperadas en sitios prehistóricos y abarcar los distintos aspectos sociales en los que los animales pudieron haber participado.

Palabras clave: fauna - usos no alimenticios - Prehistoria Reciente - Península Ibérica.

ABSTRACT

This paper discusses different possibilities for the use of animals by early agricultural and metallurgical societies, considering the case of the Iberian Peninsula and neighboring islands. For the last decade, the growth in zooarchaeological revisions, supplemented by a renewed interest in bone industry and the increasing consideration of taphonomic modifications, has resulted in an important number of Spanish publications dealing directly or indirectly with faunal remains. The current archaeological record is presented here against findings from other areas, immediately

* Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano/ Departamento de Prehistoria y Etnografía. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid. Av. Complutense s/n. 28040. Madrid. España. E-mail: aixavidal@gmail.com.

** Museo Arqueológico Nacional (Madrid)/Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid. C/ Serrano, 13. 28001 Madrid. España. E-mail: ruth.maicas@man.mcu.es.

later periods and written records, to enlarge traditional discussions of prehistoric faunal remains and consider the many social aspects animals might have participated in.

Key words: *fauna - non-feeding uses - Late Prehistory - Iberian Peninsula.*

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, todos los informes de excavación recogen en sus páginas referencias más o menos extensas dedicadas a la fauna recuperada en el sitio y a su interpretación. Los trabajos sobre cazadores-recolectores generalmente se centran en la consideración del registro faunístico: especies cazadas, representación anatómica de los animales, alteraciones tafonómicas, etc. Junto a ellos, la industria ósea vincula los animales al ámbito tecnológico del grupo, y las representaciones artísticas incorporan nuevos planos de discusión que incluyen el simbólico y el ritual.

Con el surgimiento de las sociedades productoras de alimentos se hará hincapié en los procesos de domesticación y en el papel de las especies animales, sean salvajes o domésticas, en las actividades de subsistencia, así como en las necesarias modificaciones en las pautas de asentamiento y uso del espacio, consecuencias directas del cambio en la forma de vida que implica el pastoralismo. En este momento, empiezan a cobrar protagonismo algunas especies selectas en distintos puntos del globo: suidos y bóvidos en Europa, camélidos en América y ovicápridos en el Cercano Oriente.

Sin embargo, la función alimenticia de los animales eclipsa otros usos de las faunas en las sociedades de la Prehistoria. Muchas veces, esta interpretación restrictiva se debe a problemas de conservación o de falta de contextualización de los restos arqueológicos, pero es necesario desarrollar nuestra visión y considerar que las posibilidades son muy amplias ya que, en la mayor parte de las sociedades campesinas, los animales y sus productos son omnipresentes.

Hasta hace algunas décadas, gran parte de los trabajos sobre fauna estudiaba los restos totales o parciales del individuo haciendo referencias a huesos desarticulados, en ocasiones quemados o partidos, con frecuencia junto a los hogares o en los basureros (Rowley-Conwy 2000), dando lugar a la interpretación tradicional que los considera representantes más o menos fiables de los alimentos consumidos en la sociedad bajo estudio.

Con el paso del tiempo y el surgimiento de nuevas escuelas teóricas, la investigación arqueológica tradicional que veía a los animales casi exclusivamente como una fuente de alimento (de Marrais 2004) se reorientó para abarcar las tecnologías implicadas, las capacidades simbólicas, el peso en la economía, las funciones y usos de los distintos aspectos implicados en la interpretación de los recursos faunísticos de los grupos culturales del pasado.

En este sentido, en los últimos años, se han realizado numerosos estudios de ámbito internacional en los que se defienden las múltiples aplicaciones de la fauna más allá de los meramente nutricionales, como los congresos celebrados recientemente en Nottingham, Inglaterra (Collard *et al.* 2010), o en Santander, España (Álvarez y Carvajal 2009). Por lo que respecta a España, asistimos en estos momentos a un auge de los estudios de arqueozoología, tanto desde el ámbito académico como desde la investigación, incrementado sin duda la atención prestada a este sector; esta tendencia probablemente sea más notoria en el futuro, al tener los nuevos arqueólogos una mejor formación en temas faunísticos y de ergología ósea.

Si bien en la práctica totalidad de los grupos humanos al hablar de alimentación se habla también de animales, su protagonismo no se restringe a las actividades de subsistencia, ya sean cinegéticas o productivas. El creciente interés por la fauna arqueológica ha propiciado nuevos temas de investigación que sirvieron para redefinir las relaciones entre animales y humanos. Así, por ejemplo, uno de los nuevos enfoques de trabajo que mayor interés suscitó en los últimos años es el estudio de las condiciones en que se realiza ese consumo de alimentos y bebidas (Collard *et al.* 2010), propiciando de este modo el reconocimiento de una mayor participación

de los animales en la vida social y modificando radicalmente la visión estática de los animales en el pasado.

No olvidemos tampoco que a los restos animales interpretados como vestigios de alimentación y a la industria ósea (normalmente sintetizada como un conjunto de herramientas y adornos, pero con posibilidades interpretativas que abarcan actividades sociales desde el procesamiento técnico de los materiales a la demarcación de jerarquías), se suman los esqueletos completos de una gran variedad de animales salvajes y domesticados hallados en inhumaciones y otros contextos no domésticos, ampliando el rango de usos y significados de los animales dentro de espacios vinculados con la esfera ritual (Davies 1989).

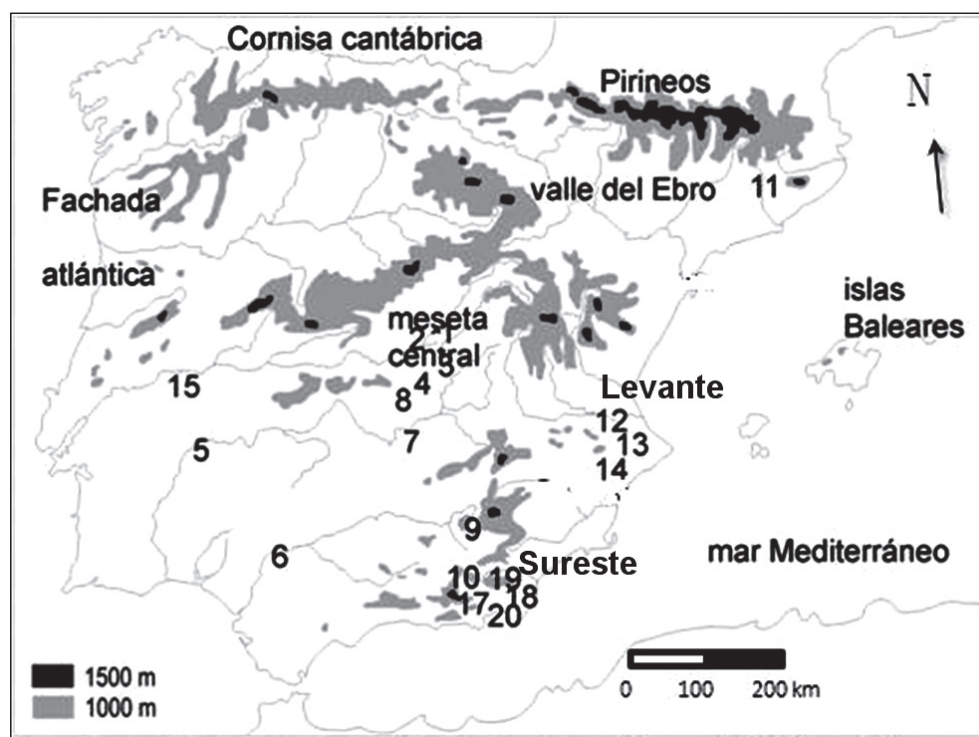
ALGUNOS USOS NO ALIMENTICIOS DE LOS ANIMALES EN LA PREHISTORIA RECIENTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

A tenor de lo comentado *supra*, surge la necesidad de ampliar la discusión sobre la utilidad de los recursos faunísticos para lo cual proponemos aquí el ejemplo de las sociedades agrícolas y ganaderas de la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica, considerando que dicha reflexión puede ser válida para gran parte de las sociedades campesinas antiguas y tradicionales, con las variaciones específicas del contexto físico y cultural al que se adscriban.

La discusión se centra cronológicamente en la Prehistoria Reciente, amplio marco que reúne distintos períodos post-Paleolíticos desde el Neolítico al Bronce Final, que en la Península Ibérica implica, a grandes rasgos, desde VI al I milenio a.C., ambos inclusive. Este amplio rango temporal responde a una necesidad argumentativa: la mala conservación del registro orgánico, en algunos casos, impide proporcionar ejemplos físicos de prácticas que en momentos posteriores se ven ampliamente consolidadas, sugiriendo un origen más antiguo que se remonta a momentos prehistóricos. De la misma manera, el hecho de que el cambio en el perfil de los estudios faunísticos sea relativamente reciente aún no ha dado lugar a una bibliografía específica del tema que permita su discusión en períodos puntuales. De esta manera, la discusión presentada aquí no apunta a un desarrollo diacrónico de los usos de la fauna y sus cambios durante la Prehistoria Reciente, sino a la presentación de sus múltiples posibilidades dentro de sociedades igualitarias o poco jerarquizadas, sin implicar con ello un estatismo social o tecnológico ni un determinismo cultural.

Las condiciones medioambientales actuales de la Península Ibérica (Figura 1) configuran, en líneas generales, dos grandes demarcaciones espaciales definidas por niveles de humedad bien diferenciados: por un lado, la Cornisa Cantábrica, los Pirineos y la Fachada Atlántica (septentrional y occidental) y, por otro, el resto de la Península. Estas condiciones medioambientales durante la Prehistoria Reciente supusieron un contraste menos acusado entre las zonas del Norte y del Sur del apreciable en la actualidad, ya que las variaciones climáticas fueron poco a poco incrementando un proceso de aridez que hoy configura áreas semidesérticas –como es la actual provincia de Almería en el Sudeste de la Península–, un proceso exacerbado, además, desde el Calcolítico (III milenio a.C.) por una acción antrópica desforestadora (Arteaga y Hoffman 1999) que propició cambios sustanciales en los núcleos poblacionales que entonces constituían las áreas de mayor desarrollo cultural de la Península.

Actualmente, las áreas húmedas (zona septentrional) presentan un predominio del ganado bovino, frente a una cabaña ganadera basada fundamentalmente en ovicápridos en la España seca. Los estudios de faunas prehistóricas indican un panorama bastante similar en cuanto a tipo de especies domésticas y su distribución, si bien los datos no son homogéneos en el conjunto de la Península, estando algunas zonas (como Galicia) mal representadas por causas tafonómicas. Junto a los dos taxones mayoritarios, es necesario destacar también el importante valor económico de los suidos, especialmente en el área occidental. La representación de équidos es en muchos casos sólo



REFERENCIAS DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS

- | | |
|-----------------------------------|---------------------------------------|
| 1. Camino de las Yeseras (Madrid) | 10. C. Murciélagos, Albuñol (Granada) |
| 2. El Espinillo (Madrid) | 11. La Draga (Girona) |
| 3. Las Matillas (Madrid) | 12. Cueva de la Araña (Valencia) |
| 4. Cienpozuelos (Madrid) | 13. Cañica del Calar (Murcia) |
| 5. La Pijotilla (Badajoz) | 14. Cueva Sagrada (Murcia) |
| 6. Cerro de la Cabeza (Sevilla) | 15. Lagunita III (Cáceres) |
| 7. La Encantada (Ciudad Real) | 16. Tarajal (Almería) |
| 8. Azután (Toledo) | 17. Los Millares (Almería) |
| 9. Galera (Granada) | 18. El Oficio (Almería) |
| | 19. Cerro de la Sabina (Almería) |
| | 20. El Argar (Almería) |

Figura 1. Mapa de la Península Ibérica con los términos mencionados en el texto.

residual, pero la importancia del caballo, por sus múltiples implicaciones de interpretación social, genera una atención especial que incluye desde la polémica en torno a la fecha de domesticación hasta su papel como elemento de prestigio (Liesau 2005). Entre la fauna salvaje representativa a partir del Neolítico, podríamos destacar los cérvidos y lagomorfos, con una presencia menor de cánidos y otros carnívoros. Aves, microfauna y moluscos complementan a grandes rasgos la disponibilidad de animales en la zona para momentos prehistóricos (Altuna 1995). Esta distribución faunística, empero, no parece implicar grandes diferencias en el tratamiento de los animales por las poblaciones prehistóricas, ya que en todas las áreas se podían localizar especies potencialmente explotables ya sea en estado salvaje, o domesticadas.

Las diferencias observables entre las dos áreas medioambientales de la Península Ibérica no pueden ser abordadas en un estudio de estas características. A partir del Holoceno, la investigación española se ha decantado mayoritariamente por el área seca, más amplia, con núcleos culturales llamativos y una mejor conservación de los restos de origen orgánico; mientras el Norte sigue acusando entre otros factores, el marcado peso historiográfico de los estudios sobre el Paleolítico.

Aunque en su conjunto, y dado el predominio de zonas secas, la conservación de restos animales puede calificarse de buena, en muchos casos sólo es posible una aproximación teórica a ciertos usos. Existen evidencias directas recuperadas en excavación que justifican la gran mayoría de los usos faunísticos aquí propuestos, pero en numerosas ocasiones la acción de procesos tanto sociales como tafonómicos atentaron contra la preservación de los restos biológicos, y sólo es posible señalar usos probables de los animales utilizando *proxies* o extrapolando evidencias más tardías, sin llegar a ser una argumentación contundente, pero no por ello menos válida para plantear cuestiones de complejidad cultural.

Con ello, los ejemplos presentados a continuación tienen como objetivo sintetizar algunos de los usos no alimenticios más probables de las especies animales encontradas en los contextos culturales correspondientes a la prehistoria reciente de la Península Ibérica. Sin embargo, esta compilación no debe considerarse exhaustiva. Nuestra intención es propiciar la reflexión sobre los usos de los animales y no un listado definitivo de la evidencia disponible en la actualidad para la zona de estudio.

CONTEXTOS DE USO DE LOS RECURSOS ANIMALES

Con el fin de presentar una visión ordenada de las relaciones existentes entre seres humanos y animales en el pasado, se propone organizar los datos de manera espacial, partiendo del área de captación de recursos, pasando por las unidades habitacionales (aldeas o poblados) y entrando en el ámbito doméstico, para llegar finalmente hasta la zona central de agregación junto al hogar (Tabla 1). Puesto que atendemos a un recorrido espacial como pauta de organización de los datos de aprovechamiento de los recursos faunísticos, algunos de las materias específicas propuestas figurarán en más de un apartado debido a que su utilización es diferente en los distintos contextos propuestos.

Tabla 1. Posibles funciones de los productos de origen animal en las distintas unidades espaciales consideradas.

ÁREA DE CAPTACIÓN	POBLADO	ÁMBITO DOMÉSTICO	HOGAR
<ul style="list-style-type: none">- transporte- colaboración en caza/ganadería- fertilizantes- unidad monetaria- armas- explotación forestal- herramientas- marcas de <i>status</i>	<ul style="list-style-type: none">- arquitectura- ritual- ofrendas funerarias- reserva alimenticia- protección- música- adorno	<ul style="list-style-type: none">- adecuación espacial- protección- calefacción- talabartería- iluminación- anticongelante- colorante	<ul style="list-style-type: none">- combustible- contenedor- vestimenta- industria ósea- menaje de cocina- preservación de alimentos- manufactura cerámica- medicina- juguetes

Disponibilidad faunística no alimentaria en el área de captación de recursos

En la Península Ibérica, el paso hacia la economía productora es sin duda una etapa de gran interés, no exenta de polémica. En el Mesolítico peninsular se sientan las bases de los grandes

cambios económicos del período siguiente, con un paulatino proceso de priorización de unas especies frente a otras, seleccionando siempre aquellas que suponen un mayor beneficio para el consumo humano, un proceso que finalizará en una verdadera domesticación de plantas y animales. A los cambios que se generan en el sustrato local se irán incorporando aportes externos, ya sea por vía costera (mar Mediterráneo) o interior (Pirineos), cuyo peso en el conjunto del proceso de cambio sigue siendo uno de los temas candentes de la Prehistoria española en la actualidad.

Por otro lado, avanzando en el tiempo, en un momento aún no muy bien definido entre el Neolítico y el Calcolítico, asistimos a la llamada “revolución de los productos secundarios” (*sensu* Sherratt 1981) que supondrá una mayor rentabilidad en la explotación de la fauna (alimentos de larga vida mediante su transformación en yogurt, queso, etc., transporte, arrastre, lana, medicina, higiene personal, entre otros). De este modo, en la Prehistoria Reciente, se desarrolla una progresiva explotación de los recursos faunísticos disponibles en el entorno con diversos fines. Es posiblemente en este momento de nuestro pasado cuando este aprovechamiento faunístico llega a su máxima expresión ya que en los períodos históricos posteriores el continuo aumento de las comunicaciones facilitaría el acceso a un abanico más amplio de materias y de productos, haciendo innecesario el rendimiento exhaustivo de los recursos existentes en el entorno.

Podemos iniciar nuestro recorrido por los animales en pie. La utilización de fauna viva tuvo durante la prehistoria un papel importante como medio de transporte de personas o mercancías, además de permitir el arrastre de materiales y objetos pesados. La evidencia al respecto es sólo indirecta, deducible a partir de los accesorios propios para estas funciones como los bocados de caballo documentados desde la Edad del Bronce, o los ronzaes, identificados ya en los abrigos levantinos (Aparicio Pérez 2007). Asimismo, los grabados de las estelas del Sudoeste español del Bronce Final, muestran las primeras representaciones de carros (Celestino 2001; Galán y Ruiz-Gálvez 2001). Finalmente, los datos osteométricos mencionados en algunos análisis faunísticos de la Península (Pérez Ripoll 1999) recogen deformaciones óseas que postulan un desarrollo muscular propio de animales de tiro. Su uso en actividades agrarias como el arado parece ser posterior al período aquí considerado, si bien también en este caso se apela a la presencia de accesorios como los yugos, normalmente confeccionados en madera y, por ello, susceptibles de una rápida descomposición.

Otro aporte notable es sin duda el estiércol para usos agrarios. Estudios sedimentológicos realizados, por ejemplo, en la Comunidad Valenciana documentan su utilización como abono (Badal 1995). Además, los animales vivos en el área de captación de recursos se pudieron haber utilizado como asistentes para la caza, la custodia de ganado o la expulsión de depredadores. En este sentido, la presencia de perros se menciona con frecuencia en algunos sitios neolíticos de la Península, relacionados con actividades de pastoreo (Altuna 1995), desvinculados de las prácticas alimenticias, como parece demostrar la falta de marcas de descarnado en sus huesos.

Otro aspecto de la presencia de los animales en este registro, sin relación con las actividades de subsistencia, es la utilización de ciertos moluscos como unidad monetaria. El caso más conocido es el de la *cyprea* o *Luria luridae*, cuyo uso como moneda se documenta en sociedades posteriores de zonas dispares del mundo, por lo que no sería extraño que en las fases avanzadas del período propuesto adquiriera también un valor de referencia.

Sin embargo, la interacción entre animales y seres humanos en el pasado, como en el presente, excedería el ámbito económico. Una vez consolidadas las estrategias productivas, la caza gradualmente pasa de ser una actividad de subsistencia a una marca de *status* entre las primeras sociedades metalúrgicas. En estas sociedades jerárquicas, los animales adquieren un significado agregado a su valor intrínseco, ya sea como trofeos o como marcas de posición social y/o económica, en términos de los derechos de caza sobre ciertos taxones. El posible reflejo arqueológico de estas prácticas sería la presencia de los caninos de ciervo y los dientes de carnívoros y de jabalí encontrados en numerosos enterramientos de la Prehistoria Reciente en el Sudeste español (Maicas 2007). De hecho, ya en el Neolítico, e incluso de forma esporádica

en el Paleolítico, estos adornos habrían alcanzado un valor intrínseco tan alto que se imitaron sobre valvas de molusco.

La piel y el cuero de los animales fueron, posiblemente, los materiales más utilizados durante los desplazamientos por el área de captación, tanto para la vestimenta como para la construcción de estructuras habitacionales efímeras y la manufactura de útiles relacionados con las actividades desarrolladas, como hondas, bridas, arneses, ronzales, sogas, etc. independientemente del momento considerado. Sin embargo, dada la naturaleza fácilmente degradable de estas materias, la conservación de artefactos es inusual.

Otros usos posibles del cuero y la piel se pueden deducir a partir del hallazgo de cantos rodados (ya en el Paleolítico) y de bolas de arcilla endurecida, cuyos contextos permiten interpretarlos como proyectiles para honda, siendo particularmente conocido en España el caso de Mallorca (Castro *et al.* 2002). Asimismo, dentro de los objetos vinculados a las armas, se encontró en uno de los yacimientos destacados de la Edad del Bronce, el Castellón Alto de Galera (Granada), una funda de daga realizada en cuero junto a un individuo parcialmente momificado por las condiciones de aridez de la zona (Molina *et al.* 2003).

Dentro de la esfera tecnológica, los animales también han sido una fuente tradicional de materia prima con la dureza suficiente para realizar diferentes tipos de armas, que se pueden encontrar terminadas o partidas tras su uso en contextos externos, o bien en proceso de manufactura en las áreas de actividad. Los puñales y puntas de flecha de hueso son relativamente abundantes en la prehistoria peninsular, como las industrias de Levante, por ejemplo, con piezas poco elaboradas que aprovechan la fortaleza del soporte, o algunas variantes más desarrolladas en el Valle del Ebro (Rodanés Vicente 1987; Pascual Benito 1998). Las puntas de flecha de hueso muestran diversas tipologías, desde las formas próximas a las metálicas localizadas en diversos yacimientos de la Edad del Bronce en el interior (Fonseca 1988) hasta las largas piezas biapuntadas de los yacimientos calcolíticos de la Fachada Atlántica o del Sudeste (Maicas 2007).

En relación a las flechas, se localizan en el centro de la Península en los inicios de las fases metalúrgicas, algunos ejemplos del denominado “brazalete de arquero” (Figura 2), una placa de hueso con perforaciones a ambos lados que se ataría al brazo del usuario para protegerlo (López Plaza 1980). Asimismo, las excelentes condiciones de conservación de la cueva neolítica de los



Figura 2. Brazalete de arquero calcolítico realizado en hueso.
Gótzquez, San Martín de la Vega (Madrid).

Murciélagos de Albuñol (Granada) permitieron la recuperación de astiles confeccionados con varillas de caña y madera que presentan en su extremo distal fragmentos del raquis de plumas atadas con tendones, que cumpliría la función de equilibrar la dirección del tiro (Sáez Lara y Madrigal Belinchon 2001), un buen ejemplo de la complejidad de conocimientos aplicados a la construcción de armas y útiles que excede a la mera materia prima disponible.

Distintos tipos de herramientas para usos agrarios o forestales también fueron confeccionados total o parcialmente sobre hueso. En este sentido, destacan los diferentes tipos de mangos, soportes y elementos intermedios recuperados en sitios subacuáticos como La Draga (Palomo 2005), yacimiento neolítico con unas excepcionales condiciones de conservación. Su existencia en un contexto cultural de características similares a la sorprendente industria ósea de los sitios lacustres de Europa central y septentrional, nos permite una mayor aproximación a su lectura. Adheridos a un hacha pulida de material lítico, conformaban una herramienta útil para la tala de árboles y el trabajo de la madera, sumamente necesarias en un momento en que comienza a manifestarse una deforestación creciente (Fumanal y Calvo 1982) vinculada a la utilización de las tierras para labranza y de explotación de madera para las innovadoras pirotecnologías. También se postula, complementando las tareas agrícolas, la posible utilización de palos cavadores sobre asta (Maicas 2007).

En el poblado

La presencia de los animales dentro de los espacios de los poblados no suele ser un tema frecuente en las publicaciones arqueológicas; unos pocos estudios los mencionan indirectamente, como las discusiones sobre corrales (Seva *et al.* 2005) o la interpretación de las casas largas de la Edad del Bronce centroeuropeo que las define como residencias de familias nucleares cohabitando con sus animales domésticos (Kuper 1977).

Ya cerca de los espacios de habitación, es posible encontrar un mayor número de productos animales, representados de forma directa por los restos conservados, o deducidos a través de las inferencias obligadas por las actividades que en dichos espacios debieron realizarse.

El uso más llamativo de los huesos quizás sea el arquitectónico. Las cabañas de hueso de mamut halladas en Spadzista, Cracovia (Kozlovski 1974), son un ejemplo excepcional del uso de productos animales para construir espacios de habitación. En España no se han registrado evidencias de estas características, posiblemente debido a la disponibilidad de recursos de más fácil acceso para la construcción; pero sí se documentan algunas estructuras de difícil interpretación realizadas con huesos. A principios del siglo pasado, uno de los pioneros de la arqueología española, Louis Siret, excavó en el yacimiento calcolítico de Almizaraque (Almería) un recinto delimitado por huesos apuntados y clavados en la tierra a modo de grandes clavos. El espacio comprendido podría vincularse a una pequeña tienda o, dadas las condiciones del asentamiento, a una estructura menor (Maicas 2007). Estructuras de huesos como la descrita, vinculadas a la utilización de cueros y pieles o no, debieron constituir un recurso muy explotado por las sociedades de la prehistoria en el ámbito habitacional. Muchas de estas sociedades no eran aún plenamente sedentarias y algunas posiblemente no llegaron a serlo nunca. La disponibilidad de estas materias les permitiría realizar las tiendas o refugios, ya sean estacionales o de mayor duración.

Dentro de estos aspectos pragmáticos del aprovechamiento de recursos faunísticos, los animales en pie también pudieron ser acompañantes o actuar como medio de defensa de los habitantes del poblado y, sobre todo, de su ganado, anunciando la llegada de extraños, o de predadores comunes, como es el caso de lobos o zorros. Estas posibilidades pueden ser detectadas mediante el estudio específico de las marcas de carnívoros en el análisis arqueozoológico, una vía de análisis de reciente aparición en España (Yravedra 2010).

Por último, no hay que dejar de lado la utilidad de mantener animales vivos como reserva

alimenticia y bien económico para enfrentar los períodos de escasez alimentaria que pudiera afectar al conjunto de la población, muy frecuentes durante la consolidación de las estrategias productivas, como queda reflejado en las paleopatologías de los habitantes de la época (Chimeno 1990).

En otro ámbito, la presencia de animales también puede documentarse en las actividades rituales o simbólicas de las distintas sociedades. Así, aparecen con una alta frecuencia en los enterratorios complejos. Depósitos de perros se conocen en diversos sitios del centro peninsular, como Camino de las Yeseras, cerro de la Cervera, El Espinillo, Las Matillas, La Pijotilla o cerro de la Cabeza (Liesau *et al.* 2008). Además de los mamíferos, siempre más próximos a las sociedades humanas, los sitios peninsulares reflejan asimismo la presencia de especies menos frecuentes como los quelonios (Budó *et al.* 2005; Liesau *et al.* 2008). Uno de los ejemplos más claros de un enterratorio compartido corresponde a los festines argáricos de la Edad del Bronce (Figura 3), donde se ofrecía una porción de carne al difunto, posiblemente implicando la participación simbólica en su propio ritual de enterramiento. En este caso, el tipo de animal ofrecido variaba según la adscripción social y económica del muerto: bóvidos para los sectores de mayor jerarquía y ovicápridos para el resto de la población (Aranda y Montón-Subías 2009).

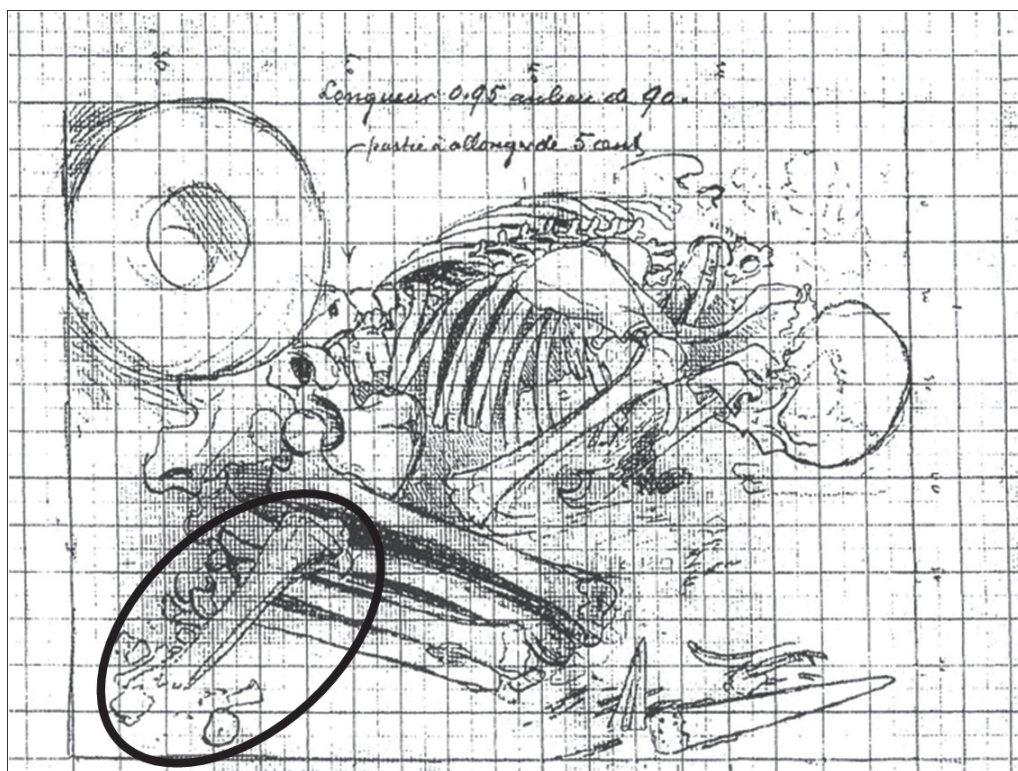


Figura 3. Ofrendas cárnicas en sociedades argáricas del Bronce Pleno: tibia de bóvido en la cista de Mina Iberia (Almería). Dibujo: Louis Siret, sin escala ni norte en el original.

Siguiendo con los aspectos rituales y simbólicos, también se registran algunos ejemplos de la utilización de la fauna como elemento constitutivo en la representación de posibles lugares de culto y altares. En el primer caso se podrían mencionar las interpretaciones de las pinturas rupestres que jalonan buena parte de la España mediterránea (Aparicio Pérez 2007), con contex-

tos comprendidos entre el Mesolítico y la Edad del Hierro. Al segundo caso corresponden los ejemplos excepcionales de los altares de cuernos de El Oficio, en el Sudeste, o La Encantada, en España central (Romero *et al.* 1983), durante el Bronce Pleno. Además, el uso ritual de los animales está presente en algunos artefactos muebles, como las vasijas zoomorfas calcolíticas del estilo de la recuperada en la Cuesta de la Sabina (Gor, Granada), o los relieves en arcilla de otros sitios contemporáneos en la provincia de Almería (Siret [1908] 1995) que representan ofrendas o posibles divinidades.

Más ejemplos de este campo los representan los ídolos confeccionados sobre soporte óseo (Figura 4), en especial los oculados realizados sobre huesos largos o los conocidos como ídolo-falange por estar realizados sobre este soporte. En este caso, la utilización de materiales óseos para la confección de estos ídolos en Levante y en el Sureste de forma prioritaria, supone una variante de la personalidad propia de estas áreas en la expresión de un mensaje iconográfico. Dicha iconografía unifica distintos grupos culturales del Sur peninsular bajo el simbolismo de unos grandes ojos abiertos que en otras áreas se representarán sobre otros soportes.

El canto, la danza y la música son aspectos intrínsecos al desarrollo de las relaciones sociales y por ello las materias de origen animal contribuyeron sin duda a su expresión. En la Península Ibérica, tenemos documentada la presencia de restos óseos y malacológicos en forma de instrumentos musicales desde tiempos paleolíticos. La presencia de instrumentos de viento en distintos sitios de Europa incluye ejemplares de la Península Ibérica (Menéndez y García 1998). En diversos sitios se documentan falanges perforadas que en ocasiones se atribuyen a silbatos (Maicas 2007), pero sin duda los mejores ejemplos son las flautas alicantinas del Neolítico (Martí *et al.* 2001). En el caso del registro artefactual del Sudeste español, Siret ([1908] 1995) identificó a comienzos del siglo pasado la transformación antrópica de caracolas de gran tamaño, como la *Charonia nodifera*, para la confección de trompas simples. La facilidad para confeccionar sencillos instrumentos musicales como sonajas o hueseras, sería sin duda explotada aunque no se pueda confirmar con el registro disponible; lo mismo sucede con los intestinos y cueros de animales que tradicionalmente se utilizaron en contextos preindustriales españoles como cajas de resonancia, cuerdas o parches de tambor, por citar sólo unos pocos ejemplos.

Otro amplio apartado es el que engloba el adorno personal. Considerado como un elemento que excede el restringido concepto estético actual, el adorno se entiende entre las sociedades preindustriales como un elemento de comunicación entre el grupo, actuando como efectivo marcador social y, al mismo tiempo, como identificador de los miembros de dicho grupo frente a extraños. Desde los más sencillos adornos sobre soporte malacológico (recogidos muchas veces ya perforados) a los peines compuestos o las peinetas de marfil de Los Millares (Almería), la variedad de soportes, elaboraciones y combinaciones es enorme en los conjuntos peninsulares (Rodanés Vicente 1987; Pascual Benito 1998; Maicas 2006-2008). Sin embargo, gran parte de los elementos constitutivos de esos adornos de origen animal se perdieron a causa de su frágil conservación, y debe apelarse a datos indirectos como los ofrecidos por las representaciones de las pinturas rupestres.

El ámbito doméstico

Dentro de las viviendas, los animales también desempeñan múltiples funciones. Pueden ser un medio de protección, acompañantes o generadores de calor, aspecto que hoy se tiende a olvidar, pero que resulta muy importante en los rigurosos inviernos de la Meseta castellana, por ejemplo. Además, la presencia de animales en el interior de las viviendas los protege contra depredadores y condiciones meteorológicas adversas.

Los cueros y las pieles de los mamíferos probablemente fueron utilizados como vestimenta desde los comienzos de la interacción entre hombres y animales. Además, el cuero puede utili-

zarse como materia prima para la confección de cuerdas, tapas para contenedores cerámicos o incluso los contenedores mismos. La evidencia de estos usos en la Península Ibérica es bastante limitada, siendo una excepción la bolsa de cuero procedente del contexto mortuario calcolítico de Cueva Sagrada, en la actual provincia de Murcia (Ayala 1990). El uso de la sangre, ya sea como colorante o aglutinante para la decoración de cueros, pudo servir tanto para la decoración de la indumentaria como para los elementos de acomodación del espacio.

Los tendones y el pelo de jabalí son útiles en la confección de vestimenta y calzado, así como en la elaboración de cuerdas y material de atalaje. En la España preindustrial, por ejemplo, el pelo de jabalí era muy buscado por los zapateros debido a su resistencia (Real Cédula de S.M. y señores del Consejo 1783). Vinculada con los usos del cuero está la realización de contenedores y prendas de vestir a partir de los intestinos de diversos animales, registrada etnográficamente entre los Inuit (Victor y Robert-Lamblin 1989) y en algunas representaciones de arte paleolítico francés.

El tuétano como combustible para la iluminación fue aprovechado en la Cornisa Cantábrica ya desde el Paleolítico (Freeman y González Echegaray 2004), y también es posible que se utilizara para el tratamiento de enfermedades dermatológicas y desordenes y carencias alimentarios, junto con las grasas (Organización Mundial de la Salud 1978). Las grasas animales debieron ser muy apreciadas debido a que actúan como un excelente aislante en la cerámica, pero también en el cuerpo humano (Victor y Robert-Lamblin 1989). Además de los lípidos, otros productos de origen animal fueron utilizados en la producción de pigmentos, como la orina y la sangre, detectados en el estudio del arte rupestre de diversa cronología (Navarro y Gómez 2003) dentro de la Península, y los análisis de pigmentos (García *et al.* 2004) de recipientes, como el cuenco que contenía ocre mezclado con sebo (probablemente de bóvido) hallado recientemente en el relleno del túmulo de Lagunita III, Santiago de Alcántara, Cáceres (Bueno *et al.* 2006).

Dejando a un lado los vertebrados, existen algunos usos de animales peculiares no vinculados al consumo alimenticio. Tanto el calamar como diversos moluscos (*Murex trunculus*, *Murex brandaris*, *Thais haemastoma*), o incluso el kermes (parásito de la encina) se mencionan en tiempos protohistóricos como materia prima para tintas y teñidos de una variedad de materiales, y se ha señalado la posibilidad de que su uso se extendiera a épocas anteriores (Roquero 2002; Álvarez y Carvajal 2009).

Pero no sólo los animales muertos aportan la materia prima necesaria para el desarrollo de las actividades humanas. Los subproductos animales también son importantes. No se ha conservado en el registro artefactual de la Península Ibérica ninguna evidencia directa de plumas utilizadas como vestimenta o adorno, pero pueden rastrearse a través de las representaciones de arte rupestre levantino, donde un gran número de individuos masculinos utiliza tocados que parecen confeccionados con plumas (Jordá Cerdá 1970-71).

El pelo de los animales parece haber sido tan útil como su cuero, con la ventaja de mantener vivo al animal. Tanto el pelo como la lana, fueron utilizados en la Prehistoria. Conocemos la elaboración de pelo prensado como fieltro en el Cercano Oriente hace unos 5.000 años, y es posible que también se usara en otras zonas como sugiere su distribución etnográfica actual. Por lo que respecta a la lana, aparecen referencias fiables de su presencia en España desde el Neolítico Final (Pérez Ripoll 1999). Una vez que se perfeccionó su producción, la lana fue probablemente el material más popularizado, tanto para la vestimenta como para el ajuar doméstico, como las mantas.

Incluso los deshechos animales pudieron tener su utilidad. La orina se considera un producto excelente para el tratamiento de cueros y la decoloración debido a su alto contenido de ácido úrico. Además, se recomienda como descongelante, utilizado en la actualidad en superficies amplias para evitar la acumulación de hielo. En el pasado podría haber cumplido una función similar, en la entrada o incluso dentro de los espacios de habitación, en especial en las áreas de cuevas montañosas donde la temperatura invernal baja drásticamente. Además, su naturaleza corrosiva

pudo haber sido útil para otras funciones, como el grabado de figuras de hueso o marfil (Siret [1908] 1995; Maicas 2007), muy apreciadas en la Prehistoria Reciente en España.

Zona central de agregación

En torno al hogar doméstico, la presencia de productos de origen animal se multiplica debido fundamentalmente a que la mayoría de las áreas de habitación durante la Prehistoria Reciente o bien se componen de un espacio único o cuentan con un área común en torno a la cual se realiza la mayor parte de las actividades domésticas. Según los registros recuperados en estas zonas, los adornos de cuero, hueso y concha exhibidos por personas de todas las edades se complementan con los objetos cotidianos utilizados en la realización de diferentes artesanías y con la actividad central de preparación, consumo y conservación de alimentos.

El estiércol, además de una fuente de fertilizante, constituye un excelente combustible para la calefacción, la cocción de alimentos y las pirotecnologías. M. Harris (1974) señalaba que el principal uso del ganado en la India contemporánea es el de la obtención de combustible, una situación que repercute en cuestiones no sólo económicas sino también sociales y religiosas. Debido a que el estiércol es un recurso fácil de conseguir en sociedades campesinas (particularmente en los lugares donde la madera es escasa) y quema lentamente manteniendo la temperatura, constituye una importante ventaja para la preparación de alimentos que requieren un largo tiempo de cocción como es el caso de las féculas y granos de cereal, fundamentales en la dieta de las primeras poblaciones agrícolas. Además, en la actualidad algunos alfareros utilizan el estiércol tanto para la cocción de las vasijas como para la composición de las pastas, con el fin de incrementar la porosidad de las cerámicas destinadas a la exposición al fuego (Rice 1987). Debido a que la mayor parte de los componentes orgánicos del estiércol se volatilizan cuando se hornea la cerámica, la evidencia de su uso en la Prehistoria es, en el mejor de los casos, indirecta. Sumado a estos casos, un uso añadido del estiércol es el de impermeabilizar los silos (Gransar 2003), que con frecuencia se ubicaban en las zonas inmediatas a las viviendas o, incluso, dentro de las mismas o de cuevas y abrigos aledaños.

Sin duda, las herramientas óseas son la principal categoría de restos animales no comestibles encontrados dentro de las áreas domésticas. Con frecuencia, la función específica de los diferentes útiles se utiliza para señalar la presencia de áreas de actividad diferenciadas o talleres. Sin embargo, en las sociedades preindustriales es muy frecuente que se interrelacionen distintas funciones y que la mayoría de las actividades estén vinculadas entre sí, especialmente en el caso de la alimentación. Es muy posible que esta asociación de funciones quede reflejada en algunos de los procesos de la manufactura de objetos óseos, como la técnica de percusión, por ejemplo, ya que un buen número de huesos quebrados con el objetivo de obtener el tuétano se utilizaban para formatizar objetos óseos (Sidera 2004), en especial en el caso de las astillas de huesos grandes. Además, los sobrantes de hueso en forma de desechos serían de utilidad para mantener la temperatura de los fogones (Yravedra *et al.* 2005). Otro ejemplo de la vinculación entre la preparación de alimentos y las actividades domésticas sería la alteración térmica de los diferentes materiales, realizada probablemente en el hogar doméstico. Los huesos cocidos o asados no siempre se descartaban automáticamente (Rowley-Conwy 2000) y pueden transformarse en una variedad de útiles y adornos. Un caso más de la relación entre actividades artesanales y procesamiento de alimentos sería la presencia de un bruñido muy marcado en huesos y cerámicas, que pudo haberse realizado con grasas calentadas (Maicas 2007).

Si bien existen muchas críticas al respecto, la leche se menciona con frecuencia como una de las principales ventajas de la revolución de los productos secundarios debido a que posibilita la nutrición de infantes y ancianos, además de constituir un medio de conservación de recursos mediante su transformación en yogurt o queso, documentados en los numerosos restos de encellas

registrados en diferentes sitios de la Edad del Bronce en España (Montero Ruiz y Rodríguez de la Esperanza 2008) y en la clasificada como botella de leche de El Tarajal, yacimiento calcolítico ubicado en Almería (Almagro Gorbea 1974). Además, puede ser de utilidad como medicina o loción, un uso bien conocido por los romanos y quizás también por pueblos anteriores, para el tratamiento de enfermedades dérmicas, al igual que la grasa y el tuétano.

Un uso adicional de los animales con propósitos médicos es la explotación de sapos, ranas, serpientes y otras especies productoras de sustancias venenosas. Además de su amplia utilización como alucinógeno, pudieron haber sido buscados con fines analgésicos o como repelente de insectos (Pijoan 2007). En la actualidad, aún se utilizan telarañas para detener pequeñas hemorragias entre algunos grupos etnográficos. Si bien no se han conservado sus restos en el registro arqueológico, sabemos de su presencia en lugares como el Abrigo III de la Cañaica del Calar (Moratalla, Murcia) donde un motivo formado por cinco trazos lineales se ha interpretado como tal (Beltrán Martínez 1972).

La conservación de los alimentos no sólo requiere de los recipientes apropiados, sino también de ciertas condiciones de almacenaje. Se ha mencionado *supra* que los recipientes de intestinos o pellejos animales podrían haber cumplido esta función, pero su corta vida útil afectaría a los contenidos. Más allá del tiempo de almacenaje, las tapas de cuero pudieron haber sido de utilidad al combinarlas con contenedores de cerámica. Cuando no se consiguen las condiciones anabólicas necesarias, como suele suceder en este tipo de contenedores, se puede utilizar además una sustancia que los selle o preserve. Las evidencias del intercambio de sal en la Península Ibérica se remontan al menos al Neolítico como demuestra el estudio de salinas y los restos fermentados de algunas vasijas, siendo especialmente significativos los estudios realizados en torno a la conocida como Muntanya da Sal de Cardona (Weller y Fíguls 2008). En este sentido, por lo que respecta a sustancias de origen animal, las grasas y la miel para preservar, y la cola de pescado para sellar (Vázquez Varela 2004) pudieron haber complementado las opciones disponibles en las sociedades prehistóricas, según consta en los restos de los bordes de algunas vasijas de almacenamiento. El consumo de miel debió realizarse ya en el Paleolítico, pero los datos más claros remiten a la interpretación de las pinturas levantinas –como la escena de “la recolectora de miel” de la cueva neolítica de la Araña, en Valencia (Aparicio Pérez 2007)– o a algunos restos orgánicos, como el recuperado en una vasija de Azután (Toledo), considerada la referencia de uso de miel más antigua de Europa, con una cronología de 5.250 ± 40 años AP (Bueno *et al.* 2006).

Al considerar la alimentación, no sólo los ingredientes cuentan, sino también los útiles de cocina que, en material óseo, son mayoritariamente las cucharas y los contenedores. Las cucharas (Figura 5) probablemente sean uno de los útiles más directamente involucrados en la preparación y el consumo de alimentos. Su presencia es notable a lo largo de la cuenca del Mediterráneo y sólo puntual en Europa septentrional. Normalmente aparecen en escasa cantidad, con excepción de algunas áreas costeras donde superan los dos centenares de ejemplares, confeccionados en una variedad de materias primas (Maicas y Vidal 2009). El hecho de que su contexto de hallazgo corresponda casi exclusivamente con el Neolítico –seguidas en cantidad por las del Calcolítico– las asocia con el cambio substancial en la dieta planteado por Sherratt (1981), que probablemente repercutiera en modificaciones en los hábitos sociales de alimentación donde primaría un consumo más individualizado (Whittle 2003). Aunque su morfología se asemeja a las cucharas actuales, en la mayoría de los casos no hay pruebas definitivas de algún uso específico; en el Sudeste español, por ejemplo, los hermanos Siret (Siret y Siret 1890) sugirieron que estos artefactos podrían haber sido lámparas de grasa en tiempos de El Argar, descartando un uso alimenticio pero incluyéndolo en el ámbito doméstico. En otros casos, como en las cucharas de hueso valencianas, las marcas presentes y el desgaste diferencial sugieren con bastante seguridad su uso para el consumo de alimentos (Pascual Benito 1998).

La escasez de cucharas en otros lugares puede deberse a una variedad de motivos, ya sean naturales, sistémicos o arqueológicos. En el Sudeste español, por ejemplo, la disponibilidad de

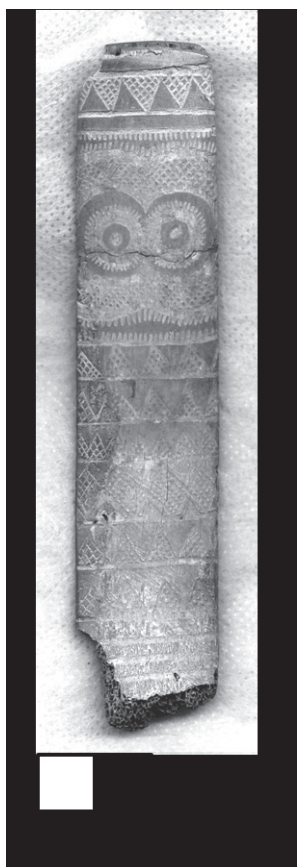


Figura 4. Ídolo sobre costilla.
Almizaraque (Almería).

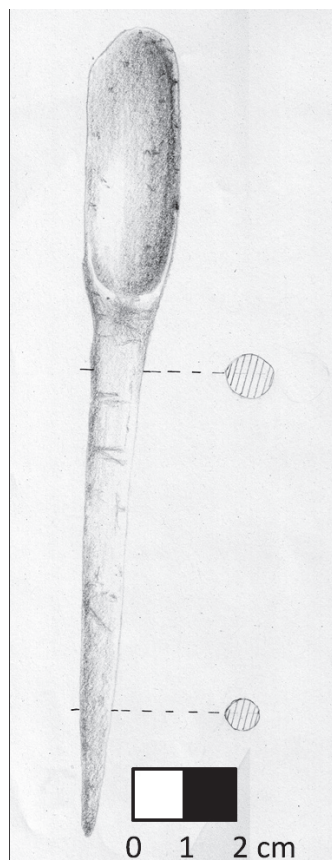


Figura 5. Cuchara sobre hueso de la
Cova de la Sarsa (Valencia).

materias vegetales duras para la elaboración de utensilios adecuados para el consumo directo de alimentos (ya que no todas las maderas son aptas para ello) explicaría las notables diferencias en número entre esta área y la contigua Comunidad Valenciana durante el Neolítico (Pascual Benito 1998; Maicas 2007). Por otro lado, en el Sudeste se hallaron unos artefactos óseos apuntados que tradicionalmente se han clasificado como cucharas debido a su morfología natural pero que parecen haber sido utilizados exclusivamente para funciones de apuntados o, a lo sumo, como pequeñas espátulas sin demasiada formatización (Maicas 2007).

Ante la escasez generalizada de cucharas de hueso en el conjunto de la prehistoria de la Península Ibérica, estos útiles se debieron haber confeccionado en materiales orgánicos degradables, como madera, pero también sobre valvas de moluscos. Algunas valvas se han conservado, demostrando que ofrecían un contenedor versátil sin necesidad de importantes modificaciones. Con excepción de la sugerencia de Siret ([1908] 1995), la posibilidad de utilizar conchas como cucharas es muy reciente en el ámbito español, pero constituyen una posibilidad interesante dada la gran cantidad de moluscos recuperados en sitios tanto litorales como del interior. La facilidad para obtener la materia prima y la tecnología expeditiva necesaria para transformarla en recipientes, o el uso directo de los fragmentos erosionados por el mar, favorecen a esta ergología sobre otras que requieren mayor inversión de tiempo como la cerámica, la industria ósea tradicional o el trabajo de la madera para la confección de útiles de uso cotidiano.

Se hallaron distintas clases de restos orgánicos e inorgánicos (lípidos, barnices y pigmentos) en la superficie interna de algunas valvas (García *et al.* 2004; Maicas 2007) que, sumados a las modificaciones de la pieza, su tamaño y el contexto de hallazgo, sugieren que pudieron utilizarse como contenedores, ejemplificados en los recipientes para maquillaje del Egipto pre-dinástico. Incluso la presencia de agujeros en el umbo o cerca de él serían apropiados para adjuntar una varilla de madera a modo de asa (Siret [1908] 1995), como en el caso de las cucharas de valvas de diversas zonas costeras de América Central y el Pacífico. Por otro lado, la perforación también pudo haber funcionado como chimenea o filtro, para transformarla en una especie de lámpara o un pequeño colador.

Algunas valvas recuperadas en yacimientos del Calcolítico español contienen en su interior restos de betún (Siret y Siret 1890), utilizado como *mastic* para enmangar artefactos líticos o remendar cerámicas de alto valor (Connan 1999). Una vez más, la presencia de esta sustancia en el interior de las valvas puede explicar su uso como pequeños contenedores a corto o mediano plazo.

En Los Millares (Almería), uno de los sitios emblemáticos del período Calcolítico en la Península Ibérica, se hallaron especímenes de pequeños vasos de marfil de función incierta (Siret [1908] 1995) que se asemejan a los recipientes para la elaboración de maquillaje de otros sitios. Otros ejemplos de contenedores de origen animal son la utilización directa de las caparazones de quelonios documentadas en algunas zonas de la Península (Budó *et al.* 2005) y los recipientes sobre hueso, como los vasitos de la Tumba 3 de La Pijotilla en Extremadura (Hurtado *et al.* 2000).

Además de los contenedores y pendientes, las valvas de *Glycymeris*, *Cerastoderma* and *Acanthocardia* fueron utilizadas como herramientas de alfarero en la decoración de cerámicas como la cardial. Además, algunos ejemplares cumplieron la función de raspadores o bruñidores, como parece indicar la falta de perforaciones y marcas de abrasión en las valvas, además de su tamaño, que las hace inadecuadas para brazaletes o incluso anillos.

La tecnología cerámica registra asimismo el uso de animales en otros aspectos de la manufactura. La utilización de hueso molido y quemado está bien documentada en la composición de las pastas y el relleno de incisiones (de Andrés *et al.* 1993; Odriozola Lloret y Hurtado Pérez 2007) en cerámicas como la de Ciempozuelos, Madrid. Dichas pastas también pueden incluir restos de sangre y leche, utilizados en reemplazo del agua para facilitar el trabajo de arcillas poco plásticas (Vidal 2009) o, incluso, estar compuesta básicamente de harina de hueso (Rice 1987).

En cuanto a las actividades de ocio, no sólo la música puede dejar vestigios en las sociedades prehistóricas. La presencia de los niños en torno al hogar doméstico fue sin duda notoria. Aunque su relación con los animales domésticos como mascotas o compañeros de juego no tiene documentación arqueológica, hay ciertos artefactos que pudieron haber cumplido la función de juguetes, como las posteriores muñecas articuladas y dados de hueso. Es tentador suponer el uso de sonajas realizadas con dientes, pasatiempos basados en el uso de astrágalos o esquemas de juego planteados sobre la existencia de soportes similares disponibles en distintos tamaños, como podría ser el caso de algunas falanges del Sudeste (Maicas 2007), todo ello con paralelos etnográficos de amplio espectro.

CONSIDERACIONES FINALES

Como hemos intentado demostrar, dentro de la variedad de recursos disponibles para las sociedades prehistóricas, la fauna tuvo una importancia que excede ampliamente el mero consumo alimenticio. La diversidad de usos tanto dentro de los sitios residenciales como en su entorno geográfico se amplió de forma notable con la domesticación de animales, ya que ello permitió disponer de una reserva casi permanente de explotación de productos secundarios y una garantía de alimento futuro.

El Neolítico supuso la introducción y la transformación de especies animales en beneficio de su rendimiento esencialmente cárnico para el consumo humano. En las fases finales de este período y comienzos del Calcolítico, la intensificación del proceso de explotación faunística permitiría un aprovechamiento más completo del animal, fomentando un recurso diferido de los potenciales alimenticios. Para las sociedades metalúrgicas, además de la importancia del ganado como fuente de alimento, los animales suponen una de las principales fuerzas de tracción y desplazamiento en un mundo cada vez más abierto y comunicado. El control progresivamente riguroso de las explotaciones ganaderas, unido a una notable mejoría de la producción agraria permitió liberar efectivos de trabajo que en un primer momento, dedicados a tiempo parcial y posteriormente como especialistas a tiempo completo, fomentaron un verdadero sector artesanal al que la materia de origen animal no fue ajeno. Todo este proceso repercutió en la organización social y económica de las últimas fases de nuestra Prehistoria, sentando las bases de las estructuras estatales posteriores.

El papel desempeñado por la fauna fue sin duda importante desde el punto de vista de la evolución económica, pero además de estos factores de transcendencia, los animales fueron para los contextos domésticos, simbólicos y artísticos de la Prehistoria Reciente, un recurso disponible e indispensable para enfrentar necesidades más allá de la subsistencia básica, como hemos intentado demostrar en los ejemplos esgrimidos.

La mayor complejidad y diferenciación social manifestada en la Prehistoria Reciente requirió el aprovechamiento de materias exóticas para usos no convencionales, como la ornamentación, el intercambio o la demarcación de *status*. A ello se suma el aprovechamiento de las materias primas tradicionales para la confección de nuevos objetos, como las cucharas de hueso, o manufacturas innovadoras, como la cerámica. Todo ello trajo aparejado una relación diferente del ser humano con los animales –y, asimismo, con el entorno– donde estos últimos se hacen más notorios y necesarios. Sus funciones intentan cubrir gran parte de las necesidades humanas, desde la alimentación al enterramiento y desde la demostración de riqueza al acondicionamiento del espacio doméstico.

El entorno construido antrópicamente que sucedió a los hábitats paleolíticos no sólo incluye cambios en la concepción del espacio de residencia, sino también en la del paisaje circundante. La presencia de posibles cercados o corrales para la estabulación del ganado doméstico reservado para consumo diferido y conservación, serían también demarcadores de territorios reconocidos como propios dentro de sociedades más o menos sedentarias. El paisaje también se vería alterado por una utilización de áreas de captación de recursos diferentes de las anteriormente aprovechadas con exclusividad como cazaderos y zonas de recolección. A ellas se sumarían los necesarios campos de veranada e invernada, la protección de abrevaderos y la demarcación de senderos de tránsito. Así, desde la alimentación al paisaje circundante, pasando por la cultura material o la iconografía, todo el entorno de los hombres y mujeres de la Prehistoria Reciente se vio transformado por las modificaciones establecidas en su interacción con la fauna. Seguramente las utilidades reales de los animales hayan sido más numerosas de las aquí presentadas, pero las reflexiones expuestas apuntan simplemente a profundizar las posibilidades que tiene el estudio de las faunas para la comprensión de las sociedades humanas.

Fecha de recepción: 17/12/2009.

Fecha de aceptación: 10/09/2010.

BIBLIOGRAFÍA

Almagro Gorbea, M.

1974. Un nuevo recipiente pintado del Bronce Antiguo almeriense. *Trabajos de Prehistoria* 31: 317-327.

Altuna, J.

1995. Visió històrica de l'arqueozoologia a la Península Ibérica. *Cota Zero* 11: 8-12.

Álvarez, E. y D. Carvajal

2009. Not only food: Marine, Terrestrial and Freshwater Molluscs in Archaeological Sites. En E. Álvarez y D. Carvajal (eds.), *Not only Food. 2nd Archaeomalacology Working Group Meeting. Abstracts Guidebook*: 11-27. Santander.

Aparicio Pérez, J. (ed.)

2007. *Catálogo del arte prehistórico de la Península Ibérica. Arte rupestre levantino*. Valencia, Real Academia de Cultura Valenciana, Sección de Prehistoria y Arqueología.

Aranda, G. y S. Montón-Subías

2009. Death and everyday life: The Argaric societies from Southeast Iberia. *Journal of Social Archaeology* 9: 139-162.

Arteaga, O. y G. Hoffmann

1999. Dialéctica del proceso natural y sociohistórico en las costas mediterráneas de Andalucía. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2: 13-121.

Ayala, M.

1990. Estudio del ritual funerario calcolítico en Lorca, Murcia. *Zephyrus* 43: 77-86.

Badal, E.

1995. La vegetación carbonizada. Resultados antracológicos del País Valenciano. En *El Cuaternario en el País Valenciano*: 217-226. Valencia, Universitat de Valencia.

Beltrán Martínez, A.

1972. Los abrigos pintados de la Cañaica del Calar y de la Fuente del Sabuco, El Sabinar (Murcia). *Monografías Arqueológicas IX*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

Budó, J., J. Félix, J. Nadal y J. Soler

2005. La presencia de quelonios en yacimientos neolíticos en Cataluña. Interpretaciones paleoculturales y paleobiogeográficas. *III Congreso del Neolítico Ibérico*: 63-71.

Bueno, P., R. Barroso, R. Balbín y F. Carrera

2006. *Megalitos y marcadores gráficos en el Tajo Internacional: Santiago de Alcántara (Cáceres)*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

Castro, P., T. Escoriza y M. Sanahuja

2002. Trabajo y espacios sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca. *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Número extraordinario dedicado al IV Coloquio Internacional de Geocrítica (Actas del Coloquio), Vol. VI, núm. 119 (10). Universidad de Barcelona.

Celestino, S.

2001. *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Barcelona, Bellaterra.

Chimenos, E.

1990. *Estudio Paleo-estomatológico de poblaciones prehistóricas de Cataluña*. Zaragoza, Pórtico.

Collard, D., J. Morris, E. Perego y V. Tamorri (eds.)

2010. *Food and drink in Archaeology 3. University of Nottingham Postgraduate Conference 2009*. Londres, Prospect Books.

Connan, J.

1999. Use and trade of bitumen in prehistory: molecular archaeology reveals secrets of the past. *Philosophical Transactions of the Royal Society of London* 354: 33-50.

Davis, S.

1989. *La Arqueología de los animales*. Barcelona, Bellaterra.

de Andrés, A., P. Menéndez e I. Muñoz

1993. Estudio arqueométrico de cerámicas prehistóricas gallegas. *El Cuaternario en España y Portugal* 1: 357-367. Madrid, Instituto Tecnológico Geominero de España.

de Marrais, E., C. Gosden y C. Renfrew (eds.)

2004. *Rethinking Materiality*. Cambridge, Oxbow.

Fonseca, R.

1988. Utilaje y objetos de adorno óseos del Bronce de la Mancha. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 11-12: 47-55.

Freeman, L. y J. González Echegaray

2004. Minimally retouched magdalenian bone artifacts from El Juyo (Cantabria, Spain) *Zona arqueológica* IV: 170-176.

Fumanal, P. y A. Calvo

1982. Estudio de la tasa de retroceso de una vertiente mediterránea en los últimos 5.000 años. Serra del Benicadell, S. del País Valenciano. *Cuadernos de Geografía* 29: 1-17.

Galán, E. y M. Ruiz-Gálvez

2001. Rutas ganaderas, trastermitancia y caminos antiguos: el caso de Occidente peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro. En J. Gómez-Pantoja (ed.), *Los rebaños de Gerión*: 263-278. Madrid, Casa de Velázquez.

García, P., I. Domingo, C. Roldán, C. Verdasco, J. Ferrero, P. Jardón y J. Bernabeu

2004. Aproximación al uso de la material colorante en la Cova de l'Or. *Recerques del Museu d'Alcoi* 13: 35-52.

Gransar, F.

2003. L' Apport de l'étude du stockage à la reconstitution des systèmes agro-alimentaires de l'âge du Fer en France septentrionale. En P. Anderson, L. Cummings, T. Schippers y B. Simonel (eds.), *Le traitement des récoltes*: 201-218. Antibes, APDA.

Harris, M.

1974. *Vacas, cerdos, guerras y brujas: los enigmas de la cultura*. Madrid, Alianza.

Hurtado, V., P. Mondéjar y J. Pecero

2000. Excavaciones en tumba 3 de La Pijotilla. *Extremadura Arqueológica* 8: 249-266.

Jordá Cerdá, F.

1970-71. Los tocados de plumas en el arte rupestre levantino. *Zephyrus* 21-22: 35-72.

Kozłowski, J.

1974. Upper Paleolithic dwellings of mammoth bone. *Folia Quaternaria* 44: 1-110.

Kuper, R.

1977. Der Bandkeramische Siedlungsplatz Langweiler 9, Gem. Aldenhoven, Kr. Daren. *Rheinische Ausgrabungen* 18. Bonn.

Liesau, C.

2005. Arqueozoología del caballo en la Antigua Iberia. *Gladius* XXV: 187-206.

Liesau C., C. Blasco, P. Ríos, R. Mendiña, J. Blanco, J. Baena, A. Petri y J. Gómez

2008. Un espacio compartido por vivos y muertos: El poblado calcolítico de fosos de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid). *Complutum* 19 (1): 97-120.

López Plaza, S.

1980. Brazaete de arquero precampaniforme procedente de “La Peña del Águila”, Munogalindo (Ávila). *Zephyrus* 30-31: 257-258.

Maicas, R.

2006-2008. ¿Qué me pongo? Adornos personales sobre soportes de origen orgánico en el Neolítico y Calcolítico del Sureste peninsular. *Boletín del MAN* 24-26: 13-32.

2007. *Industria ósea y funcionalidad: Neolítico y Calcolítico en la Cuenca de Vera*. Bibliotheca Prae-historica. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Maicas, R. y A. Vidal

2010. More than food: Beads and shell tools in Late Prehistory in the Spanish Southeast. *Actas del 2nd Archaeomalacology Working Group Meeting. Munibe*. En prensa.

Martí, B., A. Arias-Gago, R. Martínez y J. Juan-Cabanilles

2001. Los tubos de hueso de la Cova de L'Or (Beniarres). Instrumentos musicales en el Neolítico Antiguo de la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria* 58 (2): 41-67.

Menéndez, M. y E. García

1998. Instrumentos musicales paleolíticos: la flauta magdaleniense de la Cueva de la Huelga (Asturias). *Espacio, Tiempo y Forma. Prehistoria y Arqueología* 11: 167-177.

Molina, F., M. Rodríguez-Ariza, S. Jiménez y M. Botella

2003. La sepultura 121 del yacimiento argárico de El Castellón Alto (Galera, Granada). *Trabajos de Prehistoria* 60 (1): 153-158.

Montero Ruiz, I. y M. Rodríguez de la Esperanza

2008. Un pequeño campamento minero de la Edad del Bronce: La Loma de la Tejería (Albarracín, Teruel). *Trabajos de Prehistoria* 65 (1): 155-168.

Navarro, J. y M. Gómez

2003. Resultados analíticos obtenidos en el estudio de pigmentos y posibles materiales colorantes de las pinturas de la Cueva de Tito Bustillo. En R. Balbín y P. Bueno (eds.), *El arte prehistórico desde los inicios al siglo XXI*: 161-172. Logroño, Ribadesella.

Odriozola Lloret, C. y V. Hurtado Pérez

2007. Tecnología de cerámicas campaniformes con relleno de hueso en la cuenca del Guadiana. *Actas VI Congreso Ibérico de Arqueometría*: 71-79. Madrid, CSIC.

Organización Mundial de la Salud

1978. *Promoción y desarrollo de la medicina tradicional*. Ginebra, OMS Editions.

Palomo, A.

2005. La caza en el yacimiento lacustre de La Draga (Banyoles). *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*: 135-144. Santander, Universidad de Cantabria.

Pascual Benito, J.

1998. *Utilaje óseo, adornos e ídolos neolíticos valencianos*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica, Diputación Provincial de Valencia.

Pérez Ripoll, M.

1999. La explotación ganadera durante el III milenio a.C. en la Península Ibérica. *II Congr s del Neol tic a la Pen sula Ib rica, Saguntum* Extra 2: 95-103.

Pijoan, M.

2007. Venenos tribales: Armas emponzo adas y ordal as. *OFFARM* 26 (4): 104-116.

Real c dula de S.M. y se ores del Consejo

1783. *Real c dula de S.M. y se ores del Consejo por la qual se declara, que no solo el Oficio de Curtidor, sino tambi n los dem s Artes y Oficios (...)*. Madrid, I.P. Mar n.

Rice, P.

1987. *Pottery Analysis*. Chicago, University of Chicago Press.

Rodan s Vicente, J.

1987. *La Industria  sea en el Valle del Ebro*. Zaragoza, Diputaci n General de Arag n.

Romero, H., A. Fern ndez, C. Gal n, M. Poyato y J. S nchez

1983. El oficio y la Encantada: dos ejemplos de culto en la Edad del bronce de la Pen sula Ib rica. *Cr nica del XVI Congreso Arqueol gico Nacional*: 383-396.

Roquero, A.

2002. Tintorer a en la Antigua Roma. Una tecnolog a al servicio de las artes suntuarias. En I. Gonz lez Tas c n (ed.), *Artifex. Ingenier a romana en Espa a*: 51-55. Madrid, Ministerio de Fomento Ediciones.

Rowley-Conwy, L. (ed.)

2000. *Animal bones, human societies*. Oxford, Oxbow Books.

S ez Lara, F. y A. Madrigal Belinch n

2001. *Un paseo por la historia. Museo Arqueol gico Nacional*. Madrid,  mbit.

Seva, E., J. Rom n y R. Seva

2005. El origen prehist rico de los bancales/borda como habitaci n y refugio ganadero en la monta a de Alicante. *Mediterr nea* 18. Alicante, Universidad de Alicante.

Sherratt, A.

1981. Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution. En I. Hodder, G. Isaac y N. Hammond (eds.), *Pattern of the Past: Studies in honour of David Clarke*: 261-305. Cambridge, Cambridge University Press.

Sidera, I.

2004. L'Industrie de l'Os Pr historique: Mati res et techniques. *Cahier* XI. Par s, Editions Soci t  Pr historique Fran aise.

Siret, H. y L. Siret

1890. *Las primeras edades del metal en el Sudeste de Espa a*. Barcelona.

Siret, L.

[1908] 1995. *Religiones neol ticas de Iberia*. Colecci n Siret 2. Almer a, Macael.

V zquez Varela, J.

2004. *Ensayos de etnoarqueolog a*. Pontevedra, Diputaci n Provincial.

Victor, P. y J. Robert-Lamblin

1989. *La civilisation du phoque*. Par s, Armand Colin.

Vidal, A.

2009. Identificación de agregados líquidos en pastas cerámicas. *Actas del II Congreso de Arqueología Experimental*. Ronda. En prensa.

Weller, O. y A. Fíguls

2008. Première extraction de sel minier: place et rôle du sel de Cardona dans les échanges communautaires du Néolithique moyen catalan. En M. Hernández Pérez *et al.* (eds.), *IV Congreso del Neolítico Peninsular I*: 353-360. Alicante. Diputación Provincial de Alicante.

Whittle, A.

2003. *Europe in the Neolithic*. Cambridge, Cambridge University Press.

Yravedra, J.

2010. Discutiendo sobre Amalda. La intervención de carnívoros. *Zona Arqueológica* 13. En prensa.

Yravedra, J., J. Baena, A. Arrizabalaga y M. Iriarte

2005. El empleo de material óseo como combustible durante el Paleolítico Medio y Superior en el Cantábrico. Observaciones experimentales. *Museo de Altamira. Monografías* 20: 369-383. Santander.

NOTA

SALIR DEL SITIO. UNA TRAVESÍA COMPARTIDA ENTRE ARQUEÓLOGOS Y ANTROPÓLOGOS¹

*Cristina Bellelli, Pablo Marcelo Fernández y Carolina Crespo**

Fruto de la influencia de la denominada “Nueva Arqueología”, a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta cobra fuerza la idea de “salir del sitio arqueológico” y encarar investigaciones de “carácter regional” que permitieran dar cuenta de la complejidad del comportamiento humano del pasado a una escala más amplia que la del sitio. Sin embargo, la metáfora que titula esta nota refiere a otra cuestión. No remite a una dimensión espacial sino a la búsqueda de una mirada que tome en consideración el lugar que ocupa la evidencia arqueológica y los relatos contruidos a partir de ella en las prácticas sociales del presente. En ese sentido, nuestro interés en este escrito es relatar la experiencia de trabajo compartida entre arqueólogos y antropólogos sociales en proyectos de investigación que comenzaron hacia fines de los años noventa en el norte de Patagonia y supusieron “salir del sitio arqueológico” pero bajo esta otra acepción.

Ya desde mediados de los años setenta y principios de los ochenta muchos estudiantes y graduados recientes de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se unieron, más allá de su especialidad y por fuera de la Facultad de Filosofía y Letras, en grupos de estudio y trabajo (CIA, AIDEAS, AIA²) y en proyectos “editoriales” alternativos (la revista *Epiworld*, la editorial La Manivela, entre otros). En conjunto fueron armando estrategias de resistencia al pensamiento impuesto a partir de la intervención de la UBA en 1974 y al golpe militar de 1976-83. Estos antecedentes de trabajo, sin duda relacionados con el contexto histórico, no se tradujeron en el diseño de proyectos de investigación que mancomunaran a antropólogos sociales y arqueólogos, al menos en el ámbito de la UBA. Con la llegada de la democracia, cuestiones político-ideológicas entre antropólogos sociales y arqueólogos de esta universidad, vinculadas con el rol que tuvieron algunos de ellos en el período antes mencionado, y la disputa sobre los nuevos espacios de poder, no favorecieron el trabajo en colaboración. A esto se agrega que no había marcos teóricos que alentaran proyectos comunes.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - Universidad de Buenos Aires. E-mails: bellelli@retina.ar; pfernand@retina.ar y carolcres@hotmail.com

El espacio para formular preguntas sobre problemas que intersectan a las dos especialidades de la antropología se vio propiciado por la conjunción de un contexto sociopolítico particular y de cambios teóricos-metodológicos. Por un lado, surgen movimientos que comienzan a reclamar el reconocimiento del derecho a la diferencia, se implementan políticas internacionales, nacionales, provinciales y locales que hacen lugar a algunos reclamos³ y se ejecutan políticas de desarrollo neoliberales que activan el patrimonio arqueológico como objeto turístico. También, varios pueblos originarios realizan reclamos en torno a estos recursos culturales y cuestionan los discursos elaborados sobre este pasado. Por otro, los debates teóricos en torno a la noción de patrimonio (Rosas Mantecón 1998) y los usos del pasado (Hobsbawm y Ranger 1983) y las propuestas teóricas en arqueología que proponen un acercamiento más reflexivo acerca de las implicancias sociales del quehacer arqueológico, contribuyeron a hacer visibles problemas que intersectan ambas especialidades. Uno de ellos es el vínculo entre arqueología y sociedad, dentro del cual se encuentra la cuestión patrimonial.

En este escenario y a partir de un proyecto de investigación arqueológica iniciado en 1995, comenzaron a rondar en el equipo de trabajo ciertas inquietudes que fueron tomando forma a lo largo de estos años y que hoy podemos formular con más claridad. Éstas remitían a conocer, entre otras cosas, cuál era el papel social y los sentidos que tenían los objetos y sitios arqueológicos para los distintos sectores sociales; cómo eran los modos de apropiación de los “restos” materiales vinculados a los pueblos indígenas en patrimonio del Estado (nacional y provincial); qué tipo de relaciones se entablaban entre los diversos sectores sociales a partir de la constitución de estos bienes como patrimonio; cuál era el papel del arqueólogo en los procesos de patrimonialización y de producción del pasado y qué consecuencias políticas tenía su práctica y discurso; qué lugar ocupaba el pasado previo a la “Conquista del Desierto” así como los vestigios materiales asociados a éste en la historia de la región; en qué medida el relato histórico que incluía aquel pasado era considerado parte de la identidad local y cómo se integraba -si es que esto ocurría- y quiénes lo hacían, a la memoria social.

Responder estas preguntas implicaba, para nosotros, la necesidad de incluir en las investigaciones a antropólogos que, especializados en investigar problemáticas sociales contemporáneas, contaban con herramientas teórico-metodológicas adecuadas para analizar éstos y otros interrogantes en toda su complejidad. Presentamos aquí algunas de las reflexiones y aprendizajes recíprocos que supuso la intersección entre ambas especialidades.

ITINERARIO DE UNA INVESTIGACIÓN

La experiencia se desarrolla en la región boscosa cordillerana ubicada entre los Parques Nacionales Nahuel Huapi y Los Alerces. Comprende la denominada “Comarca Andina del Paralelo 42°” (en adelante CA42°, integrada por las localidades de El Bolsón, en Río Negro, y El Maitén, Lago Puelo, El Hoyo, Epuyén y Cholila, en Chubut) y el valle inferior del río Manso, en Río Negro.

Durante los años noventa se implementaron allí una serie de políticas socioeconómicas que trajeron como consecuencia, entre otras cosas, el aumento del interés inmobiliario de la tierra y su extranjerización. Esto creó situaciones en las que se desconocieron las prácticas tradicionales de tenencia y posesión de la misma derivando, en muchos casos, en desalojos, apropiaciones ilegítimas de tierras por sectores con poder, amenazas y violencia física. Asimismo, se incentivó el desarrollo minero, que también originó algunos conflictos territoriales además de constituirse en una amenaza al medio ambiente. Frente a este escenario, algunos sectores -indígenas, sindicatos, vecinos, etc.- fueron organizándose y realizando reclamos.

Por otra parte, el proyecto neoliberal generó una fuerte crisis, desocupación y pauperización

de las condiciones de vida de la población y a la par introdujo la idea del turismo como motor de desarrollo y como forma de contrarrestar la crisis de las economías regionales. En la región, esta idea fue retomada con gran fuerza a partir del abandono de la convertibilidad. El área no sólo se caracteriza por su belleza paisajística y la posibilidad de realizar distintas actividades vinculadas con el turismo (agroturismo, turismo aventura, pesca deportiva, etc.) sino también por la cantidad de sitios arqueológicos con manifestaciones rupestres⁴. Algunos de estos sitios fueron considerados recursos pasibles de incluirse en estos circuitos turísticos.

Las investigaciones arqueológicas en la CA42° y alrededores fueron intersectadas por estos fenómenos mencionados. El objetivo de los trabajos científicos era generar información sobre las características que tuvo la ocupación humana de los ambientes boscosos en el noroeste de Chubut y sudoeste de Río Negro en el pasado y promover acciones de protección de los sitios con manifestaciones rupestres. En el área, este tipo de sitios son los más visibles y, por lo tanto, tienen mayores probabilidades de ser dañados. En efecto, un primer relevamiento realizado en El Bolsón, El Hoyo, Lago Puelo y Cholila mostró que muchos sitios estaban afectados por deterioros producidos por las personas (*grafitti*, rayados, piqueteados, etc.) (Bellelli *et al.* 1998; Podestá *et al.* 2000).

Previo a la incorporación de antropólogos sociales al equipo de trabajo, los lineamientos generales en relación con los aspectos patrimoniales de la investigación fueron tomados del “Programa de Documentación y Preservación del Arte Rupestre Argentino” implementado por el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL)⁵ (Rolandi *et al.* 1998). Inspirados por la bibliografía y cursos dictados por expertos en el tema de manejo y gestión de sitios arqueológicos con arte rupestre que se hicieron sobre todo en esta institución, las ideas centrales giraban alrededor de proteger, cuidar y conservar para el futuro los sitios (Gale y Jacobs 1987; Stanley-Price 1989; Clottes 1993; Gutiérrez *et al.* 1996; Martín 2001; etc.). Con esta finalidad, una de las primeras acciones realizadas fue elaborar un CDROM que reúne información escrita y fotográfica de los sitios con manifestaciones rupestres de la CA42°, describe su estado de conservación y difunde en la región este conocimiento científico (Bellelli *et al.* 1998). Este material fue entregado a escuelas, bibliotecas, municipios, y a todo aquel que lo requiriera. Además, se confeccionaron bajo esta misma premisa cuatro afiches para las localidades de Cholila, El Hoyo, Lago Puelo y El Bolsón. Todas estas acciones se sustentaban en la idea de que “no se podía cuidar aquello que no se conocía”. Ahora bien, el desarrollo del trabajo de investigación arqueológica y la interacción con los pobladores de la Comarca nos hizo dar cuenta que esta asunción de la que habíamos partido los arqueólogos era un tanto ingenua. Una experiencia reveladora al respecto fue aquella que sucedió durante la visita de un grupo de estudiantes secundarios a uno de los sitios del área, en cuyo transcurso se hicieron *grafitti* sobre las pinturas. La visita complementaba contenidos que se habían dictado previamente en clase, con lo cual perdía sustento el argumento de que la transmisión de los valores estéticos e históricos activaría la conservación y cobraba importancia dar cuenta de los usos de los sitios y de las valoraciones sociales que los impulsaban a partir de un estudio procesual, relacional y contextual. Pronto empezamos a poner en duda los alcances de aquel enfoque patrimonial, centrado exclusivamente en valores sostenidos por los científicos o por la legislación estatal y empezaron a tomar forma las preguntas mencionadas en la introducción de esta nota.

“ZAPATERO A TUS ZAPATOS”

En 1999 se integra una antropóloga social al equipo y en 2000 un antropólogo visual⁶, quienes comienzan a trabajar en conjunto en la localidad de Cholila (Chubut). La primera se propuso examinar cómo organizan y reproducen su memoria social los pobladores, reflexio-

nar sobre el valor patrimonial que éstos le asignan a la historia local y caracterizar el contexto sociocultural que enmarcan los relatos sobre el pasado (Ondelj 2004). Concluyó así que los pobladores de Cholila rescataban a las bellezas naturales como su patrimonio más importante y aludían a su potencial turístico. A los sitios con arte rupestre y la presencia aborigen no los vinculaban directamente con la comunidad ni con su pasado. Reconocían apenas una antigüedad de aproximadamente un siglo para la ocupación humana en la región y reivindicaban a la cabaña de los bandoleros norteamericanos Butch Cassidy, Sundance Kid y Etta Place como testimonio material del pasado de la localidad. Estas elecciones se condicen con el orden social hegemónico que se implantó en Patagonia a fines del siglo XIX y con el relato histórico que lo legitima. La desarticulación de la forma de vida de los pueblos indígenas, el exterminio físico de gran parte de sus integrantes, la apropiación del territorio ocupado y la incorporación subordinada de los sobrevivientes al sistema económico capitalista y al Estado-nación fue acompañada por la elaboración de un relato que se apoya en la idea de que la Patagonia era una zona “virgen”, que sus “antiguos habitantes, los tehuelches, estaban prácticamente extinguidos y que los mapuches eran invasores chilenos”⁷. Asimismo el relato sostiene que la ocupación de la región fue obra de los “pioneros” fundamentalmente de origen europeo, que se asentaron en aquella época. Este orden impuesto, los discursos ideológicos que lo acompañaron, las relaciones interétnicas asimétricas aún vigentes y las políticas contradictorias delineadas desde las instituciones estatales sobre los pueblos indígenas en el contexto actual del “multiculturalismo neoliberal” (Hale 2004) explican las razones por las cuales -como se señaló al final del apartado anterior- en muchas ocasiones, disponer de información arqueológica no siempre trae aparejada la valoración y cuidado de los bienes patrimoniales de este tipo por parte de varios sectores de la población, ni su inscripción dentro del pasado considerado propio.

En paralelo a esta investigación, el antropólogo visual plasmó en imágenes qué objetos y relatos eran significativos para la memoria local. El resultado fue la elaboración de un video que incluía a diversas voces, entre ellas, la de los arqueólogos (Masotta 2001). El video fue presentado a la comunidad y ampliamente distribuido.

Ahora bien, desde el inicio de los trabajos arqueológicos en la CA42° sabíamos del gran potencial turístico del área. Como ya lo mencionamos, esta actividad sufrió un incremento importante por la confluencia de factores coyunturales -como la salida de la convertibilidad- y de políticas de estado de fomento a la industria turística enmarcadas en programas internacionales financiadas, en muchos casos, por organismos multilaterales de crédito. En el año 2000 la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica abrió una convocatoria de subsidios a proyectos científicos que contribuyan al desarrollo regional⁸. Dado que el incremento del turismo podría derivar en un aumento de las visitas no organizadas a los sitios arqueológicos y constituir una potencial amenaza para su conservación, el equipo elaboró un proyecto que contemplaba dos aspectos que se intersectaban entre sí. Por un lado, la producción de conocimiento arqueológico acerca de las sociedades que poblaron la zona en el pasado más remoto y que serviría de base para la interpretación de los sitios y su entorno. Por otro, los aspectos relacionados con la planificación dirigida a lograr un manejo “turístico sustentable” de los mismos.

En el marco de este proyecto se incorporó como zona de investigación el valle del río Manso inferior (Río Negro). Allí desarrolló sus tareas otro antropólogo social⁹ que analizó la reconversión al turismo de la economía del valle, la valoración del patrimonio arqueológico y su significado para la comunidad rural y el impacto que tuvo en la población el trabajo arqueológico realizado en uno de los sitios con manifestaciones rupestres que estaba siendo utilizado con fines turísticos. La investigación mostró que los sitios arqueológicos siempre tuvieron un papel pequeño en la conformación de la historia local y la identidad comunitaria y que además, la transferencia de conocimiento académico junto con el uso turístico de los sitios modificó la valoración que algunos

pobladores otorgaban al patrimonio arqueológico (Xicarts 2005). Como en Cholila, aquí también Masotta (2004) desarrolló un relevamiento visual en paralelo al trabajo de Xicarts y plasmó los resultados en un video que refleja cómo la reconversión hacia el turismo estaba operando en el valle, la visión que al respecto tenían los pobladores más antiguos y el papel de los sitios arqueológicos en esta nueva actividad¹⁰.

En el año 2004 las actividades del equipo se ampliaron a El Hoyo y Lago Puelo (Chubut). En esta última localidad se generó un conflicto con los agentes municipales en relación con la activación turística de un sitio arqueológico con pinturas rupestres. Se contrapusieron dos criterios diferentes sustentados por dos líneas político-partidarias. Por un lado, un grupo sostenía una valoración del sitio que, lejos de rescatar positivamente al lugar como una manifestación de los pueblos originarios y del pasado regional, veía en él una fuente de recursos económicos y de rédito político. Por otro, la otra facción, aunque también perseguía un rédito político, reconocía el valor del mismo como testimonio de la memoria local y buscó en nuestro equipo asesoramiento y apoyo (Crespo 2006; Bellelli 2007). A esto se agregaba un fuerte conflicto entre los agentes municipales y dos comunidades mapuches a quienes no se les reconoce ni el título de propiedad comunitaria de la tierra ni su autoadscripción indígena. En esta complicada coyuntura se integra otra antropóloga social¹¹ para indagar en un tema aún no abordado en esta zona: el lugar que ocupa el pasado previo a la “Conquista del Desierto” en la construcción de la memoria de los pueblos indígenas. Así, examina la forma en que se articulan las políticas de la memoria y sentidos de pertenencia vinculadas con el pasado indígena que se intentan imponer desde las agencias estatales en el marco de programas internacionales, con aquellas memorias e identidades que construyen dos comunidades mapuches. Toma en consideración los condicionantes históricos y presentes, los mecanismos ideológicos que se ponen en juego y los procesos hegemónicos en los que se enmarcan. Además, observa la incidencia que tienen en ellas los movimientos mapuches y la práctica y discurso elaborado por algunos etnólogos a mediados de los años setenta así como por el equipo. A diferencia de lo planteado en otros estudios en nuestro país, aquí las comunidades indígenas no reclaman el patrimonio arqueológico y las relaciones que entablan con este pasado son de muy diferente índole y complejidad: sentido de pertenencia y continuidad en un caso, filiaciones más oscilatorias, ambivalentes y contradictorias, en el otro (Crespo 2008, 2009). Estas divergencias y/o contradicciones permiten desnaturalizar el vínculo entre los vestigios arqueológicos, el pasado más remoto y las comunidades indígenas y observar en estas prácticas del recuerdo cómo se ponen en juego diferencialmente ejercicios de poder y condicionamientos que responden a procesos estructurales y experiencias subjetivas presentes pero también históricas. Asimismo expresan las contradicciones entre contestación y reproducción simultánea de la dominación.

REFLEXIONES FINALES

A lo largo de este derrotero hemos aprendido mucho. Principalmente, a trabajar en conjunto en pos de ciertos objetivos compartidos. Para lograrlo fue necesario superar varios desafíos. Los arqueólogos necesitamos “salir del sitio”, dar un espacio a otras miradas que trascienden el valor científico y los aspectos vinculados con la conservación del patrimonio. Los antropólogos sociales incorporamos en los estudios sobre memoria y patrimonio una dimensión temporal que tradicionalmente había sido materia de discurso y práctica arqueológica. En ambos casos, la interrelación supuso vencer prejuicios históricos entre ambas especializaciones, adecuar el lenguaje evitando las trampas de las jergas, repasar la historia de nuestra disciplina y revisar los efectos políticos que ella ha tenido y tiene en la sociedad.

La incorporación de antropólogos sociales aportó a la difusión, diálogo y conexión permanente con la comunidad. La inclusión de los estudios socioculturales permitió al equipo conocer

más cabalmente las relaciones y conflictos actualmente vigentes y las interpretaciones y valores otorgados al pasado y presente indígena por parte de la población de la zona. Este conocimiento es de vital importancia para poder desnaturalizar ciertos vínculos preestablecidos entre patrimonio arqueológico y comunidad, complejizar esta relación y entender en qué contexto se va a desenvolver nuestro relato sobre el pasado.

Las investigaciones arqueológicas muestran que la ocupación del territorio por parte de las poblaciones originarias se remonta a 3200 años atrás, que estas sociedades tenían una organización social compleja, un gran conocimiento y manejo de los recursos y pautas de traslado y circulación definidas que no reconocían las fronteras actuales entre Chile y Argentina (ver detalles en Bellelli *et al.* 2008; Fernández *et al.* 2010; entre otros). Esta imagen del pasado fue volcada en múltiples actividades que el equipo desarrolló en y junto con las comunidades locales: charlas, visitas de colegios y pobladores a las excavaciones, notas periodísticas, capacitación de docentes y de guías turísticos locales, redacción de un informe en el marco de una causa judicial y confección de guiones, folletos, fichas y carteles para las visitas a los sitios arqueológicos. Los estudios antropológicos contribuyeron también a revisar y modificar la forma en que se transmite el conocimiento académico, el vocabulario a utilizar, los aspectos a enfatizar. Además, nos llevaron a reflexionar sobre cómo relacionarnos con la población, conocer las necesidades y relaciones de fuerza vigentes en las comunidades y las expectativas que se tienen de nosotros. Finalmente, la travesía de trabajo conjunto nos permitió superar las visiones románticas del concepto de comunidad y de la idea de participación que suelen acompañar los proyectos de gestión de bienes culturales en general y del patrimonio arqueológico en particular, a partir de tener en cuenta cómo operan ideologías, desigualdades, luchas y conflictos dentro de procesos hegemónicos más amplios.

Fecha de recepción: 01/02/2010.

Fecha de aceptación: 22/09/2010.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo de investigación que nos acompañó todos estos años. A los organismos que financiaron las investigaciones (CONICET, UBA, ANPCyT, INAPL). Especialmente a los pobladores de la Comarca Andina y del valle del río Manso. A los colegas que evaluaron esta nota.

NOTAS

- ¹ Parte de estas reflexiones fueron expuestas por C. Bellelli en la Mesa “Intersecciones en el quehacer antropológico, 2002-2008” llevada a cabo durante las Jornadas “50 años de antropología en Buenos Aires, 1958-2008” en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- ² CIA, Centro de Investigaciones Antropológicas; AIDEAS, Asociación Iberoamericana de Estudios Antropológicos y Sociales; AIA, Asociación de Investigaciones Antropológicas.
- ³ Algunos reclamos fueron incluidos como derechos dentro de normativas nacionales e internacionales. Sin embargo, al menos en el caso de los pueblos originarios de nuestro país, los derechos legislados no necesariamente se han efectivizado en la práctica y otros todavía continúan siendo fuente de debate por su inclusión.
- ⁴ Hasta el momento se relevaron más de 40 sitios entre el río Manso y la localidad de Cholila (Bellelli *et al.* 2008).
- ⁵ Desde los inicios del proyecto hasta el año 2002 esta institución fue la principal fuente de financiamiento. Además contribuyó el CONICET (PIA 6226/95 y PIP 119/98) y la Secretaría de Cultura de la provincia de Chubut.

- ⁶ Se trata de Margarita Ondelj y Carlos Masotta, que se incorporan al equipo de arqueólogos/as conformado por Mariana Carballido, Pablo Fernández, Soledad Caracotche, Vivian Scheinsohn, Mercedes Podestá y Cristina Bellelli.
- ⁷ Continuar las investigaciones de índole social en Cholila forma parte de la agenda de trabajos a futuro, para indagar, entre otras cosas, sobre el impacto del relato arqueológico en la construcción de la historia local.
- ⁸ La categoría era “Proyectos de investigación sobre Temas Prioritarios” y la línea se llamó “Prioridades Nacionales o Prioridades Regionales” e incorporaba al turismo, entre otros al arqueológico.
- ⁹ Se trata de Darío Xicarts que, junto con Soledad Caracotche estaban participando desde 1999 en un proyecto de Parques Nacionales, el INTA, la provincia de Río Negro, los pobladores del valle, etc. dirigido a organizar y definir qué tipo de actividades turísticas, entre otras, se desarrollarían en la región.
- ¹⁰ En años recientes se abordó etnográficamente el lugar otorgado a la genealogía indígena en el pasado territorial a través de relatos de pobladores de origen inmigrante en los valles de los ríos Manso y Foyel, provincia de Río Negro (Masotta 2008).
- ¹¹ En este caso, se trata de una de las autoras de este trabajo, Carolina Crespo, quien desarrolla su investigación tanto en Lago Puelo como en El Bolsón.

BIBLIOGRAFÍA

Bellelli, Cristina

2007. Arqueología, patrimonio y turismo. Experiencias de investigación, conservación, manejo y gestión en la Comarca Andina del Paralelo 42° y valle del Manso inferior. En C. Vázquez y O. M. Palacios (eds.), *Patrimonio cultural: la gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas*: 3-14. Buenos Aires, Comisión Nacional de Energía Atómica.

Bellelli, Cristina, Mercedes Podestá, Pablo Fernández, Vivian Scheinsohn y Damián Sánchez

1998. *Imágenes para el futuro. Arte rupestre patagónico: su registro y preservación en la Comarca Andina del Paralelo 42°*. En formato CDRom. Buenos Aires, edición de los autores.

Bellelli, Cristina, Vivian Scheinsohn y María Mercedes Podestá

2008. Arqueología de pasos cordilleranos: un caso de estudio en Patagonia norte durante el Holoceno tardío. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (2): 37-55.

Clottes, Jean

1993. La Conservation des Sites. L'Art Pariétal Paléolithique. Techniques et méthodes d'étude. *Documents Préhistoriques* 5: 389-400.

Crespo, Carolina

2006. Entre el “deber” y el “derecho”: patrimonio arqueológico y obligaciones mutuas en Patagonia Argentina. *Intersecciones en Antropología* 7: 63-76.

2008. Políticas de la memoria, procesos de patrimonialización de los recursos arqueológicos y construcción identitaria entre los Mapuches de la Rinconada de Nahuelpán en Río Negro. Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

2009. Patrimonio arqueológico, memoria y territorio. Procesos de autoctonización entre los mapuches de Lago Puelo, Chubut (Patagonia Argentina). *Revista Frontera Norte* 23(45). En prensa.

Fernández, Pablo, Mariana Carballido Calatayud, Cristina Bellelli, Mercedes Podestá y Vivian Scheinsohn

2010. Marcas en la piedra, huellas en la tierra. El poblamiento del bosque del suroeste de Río Negro-noroeste de Chubut. En S. Valverde, G. Maragliano, M. Impemba y G. Stecher (eds.), *“Mapuches” y “Pobladores” en el corredor de los Lagos Norpatagonia: identidad, políticas estatales y conflictos territoriales*. Buenos Aires, Editorial Reunir. En prensa.

Gale, Fay y Jane Jacobs

1987. *Tourist and the National Estate. Procedures to Protect Australia's Heritage*. Canberra, Australian Heritage Commission, Special Australia Heritage Publication Series N° 6.

Gutiérrez, María de la Luz, Enrique Hambleton, Justin Hyland y Nicholas Stanley Price

1996. The management of World Heritage sites in remote areas. The Sierra de San Francisco, Baja California, México. *Conservation and Management of Archaeological Sites* 1: 209-225.

Hale, Charles

2004. El protagonismo indígena, las políticas estatales y el nuevo racismo en la época del 'indio permitido'. Ponencia presentada para la conferencia, *Construyendo la paz: Guatemala desde un enfoque comparado*, organizada por la Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Guatemala (MINUGUA), 27-29 de octubre. http://cnuevaguinea.uraccan.edu.ni/MAS%20DIGITAL/MAS6-CD/Hale_protagonismo%20ind%C3%ADgena%20y%20nuevo%20racismo.doc.

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger

1983. *The Invention of the Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press.

Martín, Marcelo

2001. Sobre el necesario vínculo entre el patrimonio y la sociedad. Reflexiones críticas sobre patrimonio, turismo y desarrollo sostenible. Ms.

Masotta, Carlos

2001. *Marcas del tiempo en Cholila. Gente y relatos de la Patagonia*. Video digital, 55 minutos. INAPL-UBA, Buenos Aires.

2004. *El paisaje encantado. Turismo y arqueología en el valle del río Manso*. Video digital, 30 minutos, INAPL-ANPCyT, Buenos Aires.

2008. "Escuché voces..., vi luces". Relatos de territorio y localidad en el "camino viejo". En CD Rom *III Jornadas de Historia de la Patagonia*. Bariloche, CONICET - Universidad Nacional del Comahue - ANPCyT - Instituto de Formación Docente del Comahue.

Ondelj, Margarita

2004. Memoria Social en la Patagonia Argentina. El pasado en el presente de Cholila. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Podestá, María Mercedes, Cristina Bellelli, Pablo Marcelo Fernández, Mariana Carballido y Mariel Paniquelli

2000. Arte rupestre de la Comarca Andina del Paralelo 42°: un caso de análisis regional para el manejo de recursos culturales. En M. M. Podestá y M. de Hoyos (eds.), *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*: 175-201. Buenos Aires, SAA y AINA.

Rolandi, Diana, Carlos Gradín, Carlos Aschero, María Mercedes Podestá, María Onetto, Mario Sánchez Proaño, Ian Wainwright y Kate Helwig

1998. Documentación y preservación del arte rupestre argentino. Primeros resultados obtenidos en la Patagonia Centro-Meridional. *Chungara* 28(1/2): 7-31.

Rosas Mantecón, Ana

1998. Presentación. *Alteridades* 16: 3-9.

Stanley-Price, Nicholas

1989. What Makes a Conservation Treatment Acceptable or Not? Preserving Our Rock Art Heritage.

Proceedings from the Symposium on Rock Art Conservation and Protection, ARARA Occasional Publication 1: 17-22. San Miguel, California, American Rock Art Research Association.

Xicarts, Darío

2005. El patrimonio arqueológico como recurso turístico. El caso del valle del río Manso inferior, Argentina. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 14(1): 51-71.

NOTA

DICTADURA Y RESISTENCIA: FORMARSE COMO ANTROPÓLOGO EN EL PERÍODO 1975-1983

*Mónica Berón**

El que deja de reír, envejece
El que deja de cantar, envejece
El que deja de luchar, envejece
Liliana Felipe

INTRODUCCIÓN

Entre los días 8 y 10 de octubre de 2008 se celebró el 50° aniversario de la Carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA), tal como fuera brevemente reseñado en el volumen XXXIII de Relaciones (Hidalgo 2008:233). Las intervenciones de los panelistas fueron organizadas de acuerdo a períodos claves y significativos de la historia de nuestra disciplina. Cada panel tuvo un número variable de oradores, los cuales fuimos especialmente convocados por los organizadores de las Jornadas para dar cuenta de nuestras experiencias, según la etapa en la que fuimos estudiantes o profesores de la carrera. En mi caso, fui invitada a participar en el panel correspondiente al período 1975-1983, durante el cual fui alumna ya que ingrese a la carrera en 1975 y concluí mi Tesis de Licenciatura en octubre de 1984. No suelo escribir artículos en primera persona, pero dado que en este caso se trata de una nota testimonial, usaré dicho recurso para intentar transmitir de la mejor manera posible las vivencias, centradas principalmente en las dos caras de esta difícil etapa: dictadura y resistencia.

DICTADURA

El panel en que participé se corresponde exactamente con los años en que fui estudiante y me formé como antropóloga profesional, que fueron los años más terribles de nuestra historia reciente. Esta conjunción no es poca cosa. En esos años se produjeron hechos horribles en nuestro país; hubo sueños y pesadillas que, por suerte, algunos aún podemos contar. Otros no han tenido

* CONICET, Museo Etnográfico, UBA, UNCPBA. E-mail: monberon@retina.ar.

esta posibilidad. Me pregunto: ¿desde dónde piensan el pasado aquellos que sin haber participado del genocidio lo justifican y minimizan al mismo tiempo? En ese sentido, *los negacionistas* (como han sido llamados por distintos autores y que se corresponde muy bien con este caso) son asesinos de la memoria, que niegan la realidad del pasado o la deforman y/o acomodan según su conveniencia (Filchestein 2006:14). Cada golpe de Estado ocurrido en nuestro país contó con la complicidad y/o aceptación de distintos sectores políticos y sociales. La dictadura no fue una purulencia sorpresiva, aislada, sino la necesidad histórica de un proyecto (Bartis 2006). El peligro actual radica en convertir la dictadura en un recorte histórico y terminar por vaciarlo de contenido, aunque, parafraseando a Galeano, no hay escoba en el mundo que pueda barrer la “basura de la memoria”.

También se ha dicho, reiteradamente, ¿para qué revolver el pasado? En lo referido a nuestra carrera y a nuestra Facultad, debemos ser especialmente cuidadosos con estas expresiones pues constituyen el principio del negacionismo: el olvido involuntario o muchas veces intencional debido al poco uso de la memoria colectiva en “un país con memoria de baja intensidad”, como afirma el periodista Jorge Halperín.

Dentro de las universidades, como no podía resultar de otro modo, existieron personajes impúdicos y siniestros que actuaron como promotores, apologistas y defensores de los autoritarismos de turno. Algunos de los ellos se comportan hoy como meros negacionistas de un sórdido pasado en el que fueron actores. Muchos de ellos hoy conviven en el mundo académico, gracias al mimetismo que les permitió la democracia, con quienes fueron sus víctimas o victimarios (según el caso) en distintas instancias represivas.

En referencia a los hechos ocurridos, el período que me toca reseñar fue quizás el más oscurantista, críptico y perverso de la historia académica de la Facultad de Filosofía y Letras. En el año 1974 la Facultad estuvo cerrada durante el segundo cuatrimestre por la gestión de Ottalagano, a la sazón nombrado rector-interventor en la UBA, y los estudiantes sólo pudieron rendir algunos exámenes finales tomados por profesores de la nueva tendencia ideológica. Por lo tanto al comenzar el año 1975 nos encontramos dos generaciones o camadas de estudiantes con historias diferentes (más allá de lograr que muchos otros desertaran o desaparecieran definitivamente).

En los paneles que antecedieron al que me estoy refiriendo (*Creación y primeros años 1958-1966; Debates internos y éxodo de profesionales 1967-1972; Las Ciencias Antropológicas y el proyecto de Universidad Nacional y Popular 1973-1974*) se escucharon testimonios que alternaban entre el entusiasmo por la creación de la carrera, las expectativas, los desencantos, los renacimientos y los decaimientos. No siempre estuve de acuerdo con lo expresado. Pero coincidí en afirmar que la última dictadura militar marcó a fuego y para siempre la historia de nuestro país y de nuestra carrera, de una vez y para nunca jamás. Se instaló en el mundo la figura del “desaparecido” (ingrato honor u horror). Y eso fue parte de la historia de nuestra carrera. Lo testimonian los retratos de nuestros detenidos-desaparecidos, rescatados por parte de los organizadores de estas Jornadas y que constituyeron la muestra *Construyendo memorias: estudiantes, docentes y graduados detenidos, desaparecidos y asesinados de la Carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA, 1974-1983*.¹ Esta fue exhibida al cierre de las Jornadas, realizándose un acto con la presencia de familiares de los detenidos-desaparecidos a quienes, además, se les entregó la documentación que conservaba la Facultad sobre su paso por las aulas. La muestra se repitió durante los primeros meses de 2009 en el Museo Etnográfico *Juan B. Ambrosetti* con un nuevo acto recordatorio.

En mi caso, estudiante secundaria recién egresada de una escuela pública barrial, con firme vocación de arqueóloga, la universidad me recibió con un plan de estudios que me deparaba siete materias de historia: Historia Argentina, correspondiente al “Tríptico Nacional” -conjunto de materias introductorias, obligatorias para todos los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, con carácter nivelador- y una vez iniciada la carrera, Historia Argentina I y II, Historia de América I y II, Historia de España e Historia Antigua I (Oriente). A excepción de Historia de América II, todas tenían una orientación fáctica que implicaba el estudio memorístico de genea-

logías monárquicas, fechas, hechos, personajes, detalles irrelevantes, mientras que ninguna estaba concebida para ser compatible con Ciencias Antropológicas.

Con respecto a las materias de la carrera, una de las iniciales era Antropología, que era catalogada y operaba como materia “filtro”. El profesor titular iniciaba sus clases de Antropología diciendo que esta disciplina era “para charlar con los amigos”. Es decir que los sueños de un campo de trabajo amplio y abierto, de un área vacante de investigación en nuestro país, se veían borrados de un plumazo. Esto se reflejaba en aplazos generalizados en exámenes parciales y finales, en especial si se tenía apellido judío. En oportunidad del reclamo por un 60% de aplazos en un parcial, uno de sus discípulos convertido en docente, se limitó a contestarnos: “Ustedes para mí son sólo un número”.²

¿Y qué leíamos? Nuestra principal fuente de información era por ejemplo la *Scripta Ethnológica*, *La mentalidad primitiva* de Lévi Brhul, *Lo Numinoso* de Rudolf Otto, Frobenius y el padre Schmidt de la escuela de Viena. Las comunidades de pueblos originarios eran “objetos de estudio” de los cuales había que “rescatar lo que quedaba de su cultura original”, antes que la influencia de la cultura occidental terminara con ella o con ellos. Pero esto aún subsiste en el pensamiento de muchos investigadores formados bajo tales preceptos, que pretenden *aggiornarse* mediante el uso de terminologías innovadoras y que encubren la nostalgia por “lo perdido” en lugar de rescatar los procesos de construcción y reformulación de las tradiciones culturales e identidades. La impronta de la etnología romántica aún continúa vigente en algunos grupos de investigación.

Con respecto a las nuevas tendencias en antropología y arqueología, se nos negaba la posibilidad de leer y aprender sobre el estructuralismo de Lévi-Strauss. Y mucho menos Karl Marx y toda la literatura relacionada con el marxismo o nuevas tendencias de pensamiento en las ciencias sociales en general. Durante muchos años, en la orientación arqueológica el marco Histórico Cultural (*Kulturkreis*) fue lo vigente, lo único (Politis 1988, 1992). Con respecto a la Nueva Arqueología (L. Binford y sus discípulos, quienes ya venían desarrollando un importante campo de innovación teórico-metodológica en todo el mundo) existía una negación absoluta. Específicamente, en un seminario de grado se nos transmitió la decisión tomada entre varios docentes luego de leer un puñado de trabajos de Binford, que esta nueva tendencia “no servía, no conducía a nada”. Esto demuestra que “los de arqueología” no éramos un grupo aparte, “privilegiado o aventajado”, como se comentaba durante los años posteriores a la dictadura, idea que aún persiste entre algunos colegas.

Pero ocurrían hechos significativos y graves para ese momento. Mientras un nutrido grupo de estudiantes cursábamos Folklore, en 1976 ya circulaban por los pasillos y entre los compañeros noticias sobre el hallazgo de cadáveres en las costas del Atlántico, como producto de los vuelos de la muerte. En ese contexto político, en una materia del área Folklore se nos encomendó como tarea para la siguiente clase un registro de elementos y expresiones campestres (estribo, montura, pial, bagual, *naidas*, *güeya*, *jogón*, cimarrón, china, espuelas, rebenque, palenque...) en obras clásicas del género gauchesco como *Martín Fierro* y *Don Segundo Sombra*, por ejemplo. La ayudante de clases prácticas convocaba a los alumnos, por orden alfabético, para exponer oralmente el resultado de su trabajo. Al llegarle el turno a un compañero que no había cumplido con la tarea requerida y por lo que obtuvo un cero como nota reprobatoria, se desató una fuerte discusión en la que se le recriminaba a la profesora el maltrato hacia los estudiantes y la absoluta inutilidad de la propuesta de trabajo. La profesora, incapaz de sostener la situación, hizo abandono de la clase. A la semana siguiente, un policía uniformado custodiaba la puerta del aula en un claro acto de amedrentamiento y amenaza. Es preciso aclarar que por entonces, cuando la sede estaba en avenida Independencia (sede actual de la Facultad de Psicología), existía una Resolución por la que se permitía a la policía ingresar en los edificios de la Facultad.

Mientras tanto, en el ámbito público sucedieron hechos gravísimos. En junio de 1978 se publicó en la revista *Cabildo* (mayo-junio 1978; Figura 1) un artículo anónimo, titulado *Antropología y Subversión*, en el cual se mencionaba, con nombre y apellido, a un grupo de antropólogos por

haber organizado la exposición *Patagonia: 12.000 años de historia* a la que se reseñaba así: “que arrancando de la noche de los tiempos culminaba en la aurora montonera de la liberación, pasando naturalmente por la ‘edad oscura’ de la colonización hispánica, las expediciones navales militares y la conquista del desierto” (Cabildo mayo-junio 1978:30). También acusaba a los mismos colegas (y añadía otro grupo de nombres), de haber integrado “la *embajada universitaria* (o *carrousel* peronista-marxista)” enviado especialmente a Cuba por la entonces decana de la Facultad “para exponer ante los ‘hermanos’ cubanos el arte primitivo de nuestros aborígenes”. Debe quedar claro que dicha revista era un órgano de difusión filo nazi de la extrema derecha argentina y que el sólo hecho de figurar con nombre y apellido en un artículo de esta naturaleza podía costar el exilio, expulsión y hasta la misma “desaparición”. El artículo continúa con el subtítulo *La prueba de la ignominia*, en el cual se cataloga como publicación montonera un trabajo publicado el 23 de diciembre de 1973 por la Imprenta de la Universidad de Buenos Aires. En ese trabajo se exponían las consecuencias de la avanzada genocida de Roca contra los pueblos originarios de la Pampa y la Patagonia en las expediciones de 1878-1879, concluyendo que: “De esta forma se satisficieron los intereses de la burguesía terrateniente por cuya cuenta corrió la financiación de la campaña al desierto y Roca pudo preparar el terreno para su propia candidatura”. En el artículo de *Cabildo* se evalúa ese texto como un:

grosero alegato indigenista que no titubea en distorsionar la verdad sino que omite culposamente la epopeya verdaderamente histórica y nacional de tantos expedicionarios, científicos y misioneros que -de una manera u otra- rescataron la Patagonia para el patriotismo argentino, dentro del cual había estado desde tiempos del Virreinato (Cabildo mayo-junio 1978:30).

Pero el artículo avanzaba un poco más, en el subtítulo *Las profesiones de la infiltración*, al decir:

Es requetesabido (...) que en 1955 cuando el marxismo bien pensante (...) se posesionó de la Universidad y comenzó a demoler las bases más firmes de nuestra autentica nacionalidad, sentaron las bases de tres carreras que serían las piezas claves de esa estrategia disolvente: las de *Sociología*, *Psicología* y *Antropología*. A esta altura del ‘proceso’, ¿quién podría ignorar que esas profesiones aparecen sintomáticamente repetidas en el ‘currículum’ de los guerrilleros? (Cabildo mayo-junio 1978:31).

Y sin más vueltas, le dedica un extenso párrafo a la Antropología, diciendo cosas tales como que:

La Antropología, tras la excusa de que es materia que tiene como campo de observación y estudio a las poblaciones marginadas (aborígenes, indígenas, campesinos folklóricos), que realiza sus tareas en lugares remotos, apartados e impenetrables, para estudiar a los primitivos o descubrir restos de civilizaciones extinguidas que nada tienen que ver con nuestra nacionalidad, resulta campo propicio para reclutar e instruir a sus huestes subversivas y soliviantar a los pobladores de esos lugares (Cabildo mayo-junio 1978:31).

Sin duda los párrafos transcriptos no merecen desperdicio y dejaré en honor a la extensión de la nota y de la experiencia de cada uno, las reflexiones del caso, a sabiendas que de acuerdo a la coyuntura generacional de los lectores tendrá distintas lecturas y resignificaciones. Es preciso destacar que a continuación se mencionan prestigiosos investigadores que fueron dejados cesantes en sus cargos.³

En el siguiente párrafo se hace expresa mención al Instituto Nacional de Antropología

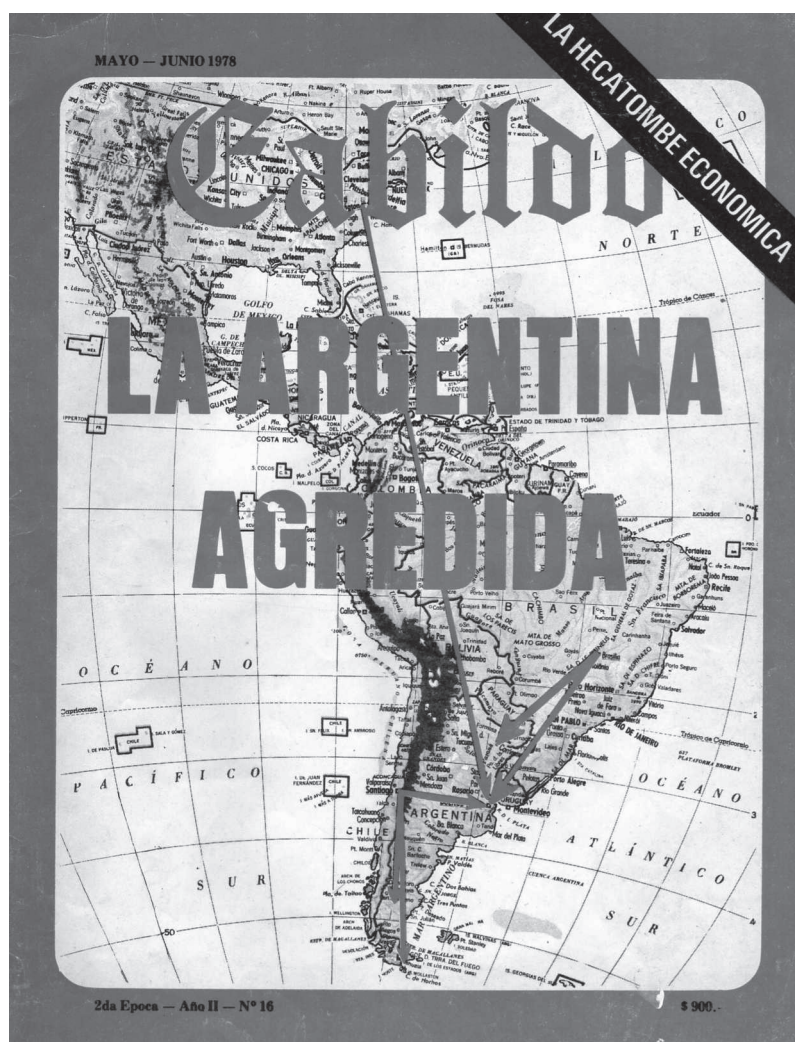


Figura 1. Tapa de la Revista Cabildo, mayo-junio de 1978, en la que se publicó el artículo “Antropología y Subversión”.

(INA, hoy INAPL) y se destaca los nombres de prestigiosos investigadores “todavía en funciones oficiales ya que en ese instituto no se declaró ninguna prescindibilidad desde el 24 de marzo de 1976, por debilidad de las autoridades superiores” (Revista Cabildo. Mayo-Junio 1978:31).

Para finalizar su diatriba anti-etnológica el autor anónimo señala que en algunas universidades los estudios etnológicos han sido colocados “en su verdadero lugar, es decir que se suprimió la carrera” y se convirtió en una instancia de postgrado como en “Rosario, Mar del Plata o en La Plata donde existe con carácter de especialización de Ciencias Naturales” (Revista Cabildo. Mayo-Junio 1978:31)⁴. Al respecto cabe consignar que en universidades como la de Mar del Plata jamás se restableció la carrera de etnología, más allá de proyectos que pugnan por lograrlo.

En lo personal, ingresé como empleada no docente al Museo Etnográfico en junio de 1981, siendo encargada del Depósito Arqueología junto a la doctora Adriana Callegari. Por entonces Jehan Vellard era su director y Raquel Naso su vicedirectora, a la vez que jefa del Departamento

de Antropología, que también funcionaba allí. En el Museo reinaba la era de la oscuridad, con la biblioteca abierta pocas horas y el cierre de los depósitos a los alumnos. El abandono de la institución fue total sobre sus distintos componentes: colecciones, biblioteca, depósitos, exposiciones. Se confeccionaron listas de personas con prohibición de ingreso al Museo, entre ellos todos los que lo habían dirigido en 1973.

Es preciso detenernos un momento en la figura de Jehan Albert Vellard (1901-1996). Fue director del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de San Marcos en Lima, Perú, entre 1947-1956. Entre 1975 y 1984 fue director del Museo Etnográfico en Buenos Aires. Etnógrafo y herpetólogo de origen francés, realizó investigaciones en Brasil, Perú, Argentina y Bolivia. Sus publicaciones cuentan por centenas, en idioma español y en francés. El siguiente reporte nos permite conocer mejor la personalidad e ideología de este etnólogo:

Recientemente un etnólogo de pocos escrúpulos humanitarios, de nacionalidad francesa, tomó a su cargo la triste misión de aprisionar un guayakí. Tomó como guías a otros indios mansos de la región, mbjá y avachiripá, los armó con remington y asaltó un campamento guayakí, en pleno bosque. Conquistó muertos, heridos, y un niño que fue abandonado, juntamente con todos los enseres del campamento sorprendido, cuya lista ofrece minuciosamente. El niño conducido a Colonia Mainhussen, cerca de Encarnación, a pesar de los buenos cuidados, sufrió de tristeza incurable, se enfermó probablemente de tuberculosis y murió, no sin antes haber dictado todo lo que sabía de su idioma. Esta “sauvagerie” de nuestra ‘civilización’, fue descrita en un libro romanceado, bajo el título de: “Civilization du Miel”. Las autoridades paraguayas no tomaron cartas en el asunto. Oficialmente, también allá, matar indio no es delito. Los civilizados que van acorralando y despojando a los indios de su *habitat*, se presentan siempre como víctimas de los asaltos y malones para justificar sus delitos (Nimuendajú 1944:61, nota 72).

Por su parte Bartomeu Meliá y Münzel recopilan similares relatos:

El mismo Vellard (...) no sentía escrúpulos en aislar a una criatura Axé caída en sus manos de prácticamente todo contacto con el ambiente social que lo reodeaba, sólo con el fin de impedir que el valor de las informaciones lingüísticas recibidas de la criatura fueran disminuidas por influencias ajenas (porque un aislamiento tal sólo puede significar que el niño, tal como lo informa orgullosamente Vellard, ha sido puesto fuera de todo contacto con personas de habla guaraní). No es de extrañar que esta criatura se mostrara un tanto renuente en suministrar informaciones lingüísticas. La descripción de Vellard descubre que este autor no consideraba la mencionada renuencia de otra forma como un domador consideraría la aversión de su animal a hacer su número de circo: ‘después de una semana de mutismo casi total, desafiando los esfuerzos para hacerle hablar, se decidió súbitamente... estaba domado’ [sic] (Bartomeu Meliá y Münzel 1971:125).

Vellard en 1932, presencié cómo hombres Mbyá trajeron como botín, después de un ataque contra un campamento Axé: ‘Un recipiente lleno de miel, un coati y una niña guayakí, pobre pequeña de 2 o 3 años que habían amordazado con hojas secas después de haberla atado de pies y manos ... habían querido tomar las mujeres para violarlas, pero éstas huyeron; llevaron, pues la criatura con intención de venderla; varios estancieros de la región han comprado de esta manera a criaturas Guayakí (...). Estas criaturas se pagan al precio de 200 a 300 pesos paraguayos’. (...) Vellard asistió personalmente a un ataque contra un campamento Axé en el cual se capturó a un joven Axé: ‘antes que ellos se hayan rehecho de sus sorpresas, estuvimos en medio de ellos (los Axé). Los del cobertizo huyeron llevando sus armas con ellos... los indios que estaban cerca del árbol no habían podido escaparse; de improviso

sonaron disparos. Para evitar las balas mis peones se apartaron arrastrando consigo el muchachito Guayakí. Los últimos guayakí se aprovecharon de eso para escaparse, pero uno de ellos gemía sobre el suelo, sólo sobrevivió algunos instantes. El inventario del campamento se hizo rápidamente: sólo había 30 objetos; como no podíamos cargar con el cadáver, me contenté con medirlo. El muchachito Guayakí nos miró con ojos asombrados, sin ningún grito, sin ninguna lágrima, obedecía a nuestros signos sin decir palabra (Bartomeu Meliá y Münzel 1971:126-127).

En el contexto de la dictadura, de fuerte opresión y oscurantismo, este tristemente célebre personaje de la antropología sudamericana recaló en el Museo Etnográfico *Juan B. Ambrosetti*, al que sólo accederían como investigadores un grupo de colaboradores que compartía este tipo de pensamiento. Esto ocurrió hasta 1984, año en que se produce el recambio institucional con el fin de la dictadura y el comienzo de un gobierno constitucional.

RESISTENCIA

Los entonces estudiantes, algunos anteriores al 74, con más experiencia política y universitaria y los más jóvenes, muchos recién egresados del secundario, más allá de cualquier militancia político-partidista, establecimos distintas formas de resistencia, con muchas variantes. Dentro de lo académico hubo algunos resquicios, algunas luces de esperanza, de que algo distinto podía existir, al menos en arqueología. En 1976 se dictó un Seminario de Arte Rupestre que tuvo una asistencia multitudinaria. A partir de 1979 comenzó a dictarse la cátedra de Ergología y Tecnología que fue como una bocanada de aire para los futuros arqueólogos. Allí pudimos conocer otras formas de encarar la investigación, diferentes posturas teórico-metodológicas, experiencias de trabajo diversas en distintas partes del mundo, y no sólo los modelos difusionista e histórico-cultural. Allí surgieron, para muchos de nosotros, las primeras oportunidades de hacer trabajo de campo e integrar equipos de investigación.

Pero también pusimos en práctica nuestra propia resistencia, buscando otros espacios de formación, organizando nuestras propias experiencias de campo, de contacto con la gente. Así, entre 1977 y 1978, autogestionamos viajes de trabajo de campo grupales para observar fiestas populares, como la de la Virgen de Punta Corral, y realizamos algunas experiencias de práctica arqueológica en la Quebrada de Humahuaca. Para ello nos preparamos concienzudamente, buscando los antecedentes de investigación de cada uno de los casos.

En 1977 se organizó una excavación en el Lago Posadas, con buena parte de la gente que había cursado el año anterior el Seminario de Arte Rupestre. Ello trajo como consecuencia que Marcelo Bórmida cuestionara a los responsables por haber permitido la participación de algunos estudiantes “que eran comunistas, ya que esta era una guerra a muerte”.

En el mismo año se crea el Centro de Investigaciones Antropológicas (CIA), en el que participaban un grupo de estudiantes avanzados de arqueología y que propiciaba un espacio de trabajo, aprendizaje y discusión. Allí se dictaban charlas a cargo de profesionales de distintos ámbitos, se organizaban jornadas sobre temas específicos y se editaron tres boletines. En el CIA se procesaban materiales de excavación, aprendiendo a aplicar métodos clasificatorios novedosos. Entre los eventos más recordados estuvieron las Primeras Jornadas de Tecnología y Tipología Líticas desarrolladas entre el 24 y 26 de octubre de 1980, cuyas actas fueron luego publicadas e intensamente utilizadas.

En 1979 se creó la Asociación Iberoamericana de Estudios Antropológicos y Sociales (AIDEAS), por gestión de Guillermo Magrassi, quién reunió a un grupo de profesionales y estudiantes tanto de antropología como de sociología. En el marco de esta Asociación se llevaron a cabo varios ciclos de cine antropológico en los que se proyectaban películas de Jorge

Prelorán (importante documentalista argentino entonces residente en los Estados Unidos) y material que facilitaban las cinematecas de las embajadas de diferentes países. Los ciclos se desarrollaban para público general, en espacios alternativos como la Sociedad Hebrea Argentina, el Instituto Goethe de Cultura Alemana, Yuchán -un local de venta de artesanías y centro cultural-. Además de las proyecciones de distinto tipo, generalmente relacionadas con problemas socioeconómicos y políticos, se proponían debates, se dictaban charlas por parte de especialistas de diversos campos de la Antropología Sociocultural, Arqueología, Sociología, Etnomusicología, etc. También hubo reuniones con dirigentes indígenas. Los miembros de la Asociación manteníamos reuniones periódicas para discutir variados temas, organizar eventos y acciones. En ocasiones se promovían reuniones de discusión y camaradería, algo que estaba vedado por decreto de la dictadura.

Ya en la década de 1980 nos dedicamos también a fortalecer nuestra formación académica en espacios alternativos como el Instituto de Estudios Económicos y Sociales (IDES), de reciente formación en el área Antropológica, que estaba presidido por la Doctora Esther Hermitte, quién además convocaba prestigiosos profesionales de otros países de América.

Mientras tanto presenciábamos con recelo y desconfianza como algunos compañeros nuestros se acercaban a los grupos de poder académico, que convocaban a participar en trabajos de campo. Se reunían con ellos a fin de lograr espacios y oportunidades de trabajo, relegando cualquier tipo de autonomía de pensamiento.

Para esa misma época, 1980, comencé a trabajar en el laboratorio de Carlos Gradín, entonces recluido en una pequeña sala del Colegio PIO XI en la calle Yapeyú, gracias a las gestiones de M. Lanzone, quién les consiguió ese lugar también a Pedro Krapovickas y Jorge Fernández, luego de haber sido denunciados en un listado que afortunadamente cayó en manos benévolas, razón por la cual se salvaron de luctuosos destinos.

Entre 1980 y 1981 también surgió la revista *Enfoque Antropológico* que reunió a un grupo de estudiantes y amigos. La publicación fue planificada en reuniones con miembros del Colegio de Graduados en Antropología y profesionales que alentaron el proyecto. También en ese marco se dictaron cursos, se fundó una editorial, que se llamó La Manivela. Por entonces empezó a ponerse de moda la experimentación en Arqueología y publicaron un número con notas sobre el tema que tuvo mucho éxito.

En esos mismos años comienza a circular *Epi-World*, una revista fotoduplicada que producían jóvenes estudiantes “irreverentes” de la carrera de antropología, que incluía notas con bromas sobre los profesores y espacios de humor (Figura 2). Y se publicaban artículos críticos de lo que era en ese momento la antropología de la Facultad. Extractaré un párrafo, donde luego de criticar la mirada hacia el otro con “extrañamiento” decía:

Por otro lado, que puede ser para nosotros la Antropología sino algo vivo, aquí en América, donde cada color es vida, y no recuerdo en una estantería de Museo, donde cada costumbre es el palpitante de una sociedad, de un grupo de gentes, donde cada herida es más grande y más sangrante, donde para nosotros no puede haber distancia, porque nosotros somos parte del objeto antropológico, sin embargo nos empeñamos en ser los antropólogos de la Antropología con mayúscula, esa que viene de arriba y del costado también y nos hace sentir extraños en nuestra propia tierra, porque no la comprende.”

Tenían también un equipo de fútbol, el Epiparalítico (parafraseando evidentemente la jerga histórico-cultural). Y se divertían haciendo canciones como ésta, que con la música de “Rasguña las piedras” y luego de excavar una serie de inhumaciones en el sitio Arroyo Seco 2 donde había una gruesa capa de carbonato difícil de extraer, decía cosas como:

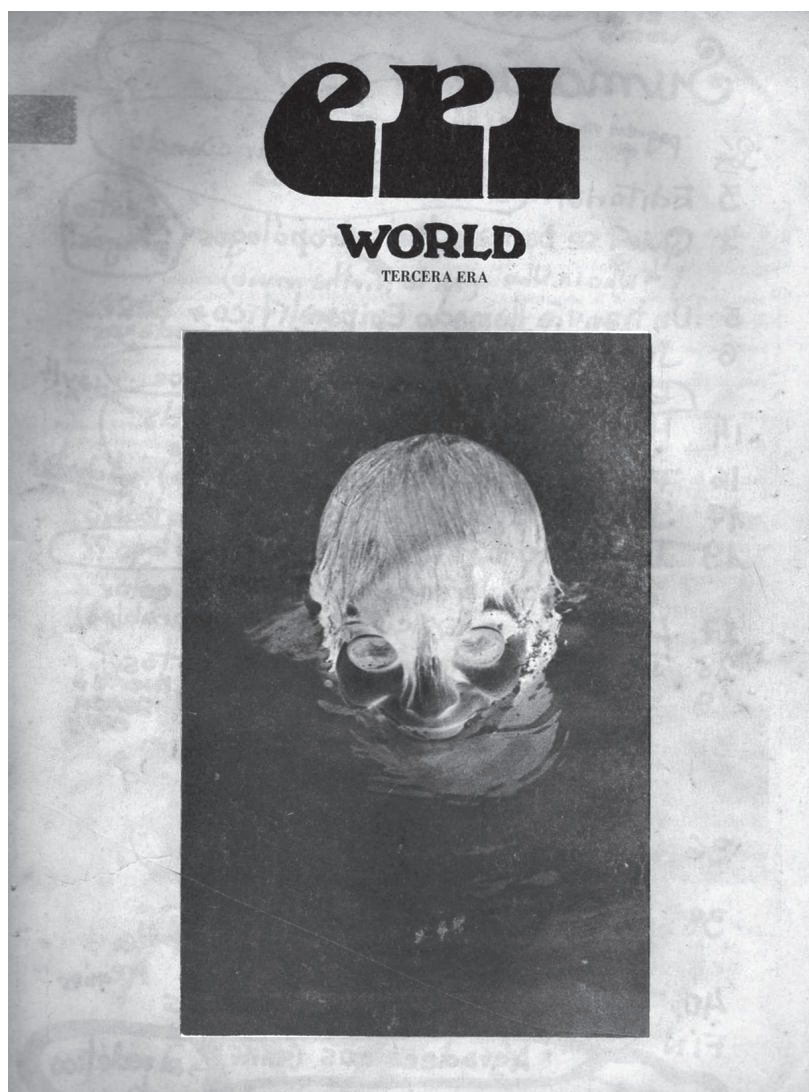


Figura 2. Tapa de la Revista mimeografiada Epi-world.

Y por fin veo tu pelvis
Que asoma desde el fondo
Y empiezo a amarte con el cucharín
Y quiero perforarte
Más lo hago con cuidado
Pues desde el Pleistoceno no has fifado.⁴

Y por estas irreverencias, un grupo de profesores de nuestra Facultad, en ese momento comenzaron una persecución y tortura psicológica a algunos estudiantes, proponiéndoles citas periódicas, durante las cuales les recomendaban lecturas “correctivas”, que debían ir a comentar con ellos días después. Cada uno de ellos lo sobrellevó de diferente manera, algunos emigrando internamente o al exterior, cayendo en el misticismo o abandonando sus estudios.

CONSIDERACIONES FINALES

En esta nota he tratado de referirme a distintos aspectos de lo acaecido en la historia de la Carrera de Ciencias Antropológicas durante el período en que fui estudiante, 1975 a 1984, haciendo hincapié en algunos párrafos a lo que sucedía con los estudiantes de arqueología. En otros abordé un marco más general. Este recorte parte de lo vivenciado y no pretende ser un reflejo completo de la situación. De hecho, hubo otros participantes en la Mesa respectiva de las Jornadas que comentaron sus propias experiencias. Sin embargo debo destacar que en nuestra Facultad de Filosofía y Letras quedó el resabio durante mucho tiempo (y algunos siguen pensándolo) que como los arqueólogos siguieron trabajando (algunos) y fueron menos perseguidos, ellos fueron funcionales a la dictadura. Nada más lejos de la realidad que se vivía. Eso fue enarbolado durante mucho tiempo, incluso ya en democracia y sólo sirvió para abrir aún más la brecha entre las especialidades (Social y Arqueología), que hasta hoy lamentablemente continúa y que debemos tratar de desarticular.

Durante el período constitucional que se inicia en diciembre de 1983, varios colaboracionistas de la dictadura, que actuaron en el campo académico, conservaron sus espacios de trabajo. A la vez surgieron nuevas oportunidades. En particular en el Consejo Nacional de Ciencia y Técnica (CONICET) se abrieron en 1984 los concursos de becas internas, que hasta entonces eran espacios cerrados, con acceso para muy pocos. Pero los resabios de la época oscura no cesaron de aparecer. De hecho, durante la primera gestión democrática en el CONICET, por acción de uno de los miembros de la Comisión respectiva (lo que no involucra a los restantes miembros), prácticamente se descabezó una generación entera de jóvenes investigadores, arqueólogos y antropólogos sociales. Es decir que hubo que seguir luchando. Pero esto es sin duda parte de la vida. Por eso, retomando los versos de la canción de Liliana Felipe que encabezan esta nota:

El que deja de reír, envejece
El que deja de cantar, envejece
El que deja de luchar, envejece

Y yo agregaría: el no quiere recordar, el que pierde o no quiere hacer memoria, el que no aprende del pasado, también envejece prematuramente. Por eso en este recordatorio de años tan duros he tratado de recordar desde una visión algo recortada (la personal), con el agregado de algo de humor y canciones anecdóticas, para conseguir ejercer la memoria sin dejar de luchar, para que las jóvenes generaciones conozcan algunos acontecimientos vividos en la historia de nuestra carrera y para que esto no nos vuelva a suceder.

Fecha de recepción: 13/02/2010.

Fecha de aceptación: 23/07/2010.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar a los organizadores de las Jornadas de los 50 años de la Carrera de Ciencias Antropológicas y en particular a la Doctora Carolina Crespo que me invitó a participar en el panel por ella coordinado. Luego agradezco muy especialmente a Cristina Bellelli, que me ayudó rememorar cosas que a veces uno prefiere enterrar en el olvido, así como a Diana Mazzanti quienes me alentaron para concretar esta participación. Tanto ellas como J.C. Radovich facilitaron datos y materiales. Sin embargo el contenido de la nota es de mi entera responsabilidad.

NOTAS

- ¹ El proyecto de investigación *Construyendo memorias: estudiantes, docentes y graduados detenidos, desaparecidos y asesinados de la Carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA, 1974-1983* se desarrolla en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), a cargo de Eugenia Morey, Pablo Perazzi y Cecilia Varela.
- ² He obviado intencionalmente los nombres de los colegas responsables de los hechos o de los denunciados, porque en el contexto político cambiante de nuestro país, nunca se sabe cuando “se dará vuelta la taba”. Cabe aclarar que esta expresión es propia y no la aprendí en la cátedra de Folklore luego mencionada.
- ³ Cabe destacar que en el INA hubo dos colaboradoras desaparecidas.
- ⁴ Si bien esta estrofa de la canción publicada en esa revista de la “resistencia” pretende reflejar las diferentes formas de acción y reacción ante los hechos que se vivían, no refleja el tratamiento que se le da actualmente a la investigación de restos bioarqueológicos.

BIBLIOGRAFÍA

Bartis, Ricardo

2006. Una violencia que no cesa. *Revista Ñ* N°128: 39, 18 de marzo de 2006.

Bartomeu Meliá S. J. y Christine Münzel

1971. “Ratones y jaguares. Reconstrucción de un genocidio a la manera de los Axé Guayakí”. *Suplemento Antropológico*. Universidad Católica, Asunción del Paraguay.

Filchestein, Federico

2006. Irving, el negador de la historia. *Revista Ñ* N°126: 14. 25 de febrero de 2006.

Nimuendajú, Curt

1944. *Las leyendas de la creación y destrucción del mundo como fundamento de la religión de los apokuva-guaraní*. Traducción de J. F. Recalde (1978). Lima, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica. São Paulo.

Politis, Gustavo

1988. Paradigmas, modelos y métodos en la arqueología de la Pampa bonaerense. En H. Yacobaccio (ed.), *Arqueología contemporánea. Actualidad y perspectivas*: 59-108. Buenos Aires, Editorial Búsqueda.

1992. Política nacional, arqueología y universidad en Argentina. En G. Politis (ed.), *Arqueología en América Latina Hoy*: 70-87. Colombia, Biblioteca Banco Popular.

NOTA

OCUPACIONES HUMANAS CORRESPONDIENTES A LA TRANSICIÓN PLEISTOCENO-Holoceno AL SUR DEL MACIZO DEL DESEADO: EL ÁREA DE LA GRUTA (PROVINCIA DE SANTA CRUZ, ARGENTINA)

*Franco, Nora Viviana**; *Marilina Martucci***;
*Pablo Ambrústolo****; *George Brook*****;
*María Virginia Mancini****** y *Natalia Cirigliano******

INTRODUCCIÓN

El área de La Gruta (provincia de Santa Cruz, en cercanías de la localidad de Gobernador Gregores) se encuentra localizada en las estribaciones meridionales del Macizo del Deseado. En la misma son frecuentes ignimbritas riolíticas y silíceas -que forman grandes cavernas y oquedades-, coquinas y areniscas coquinoideas, además de basaltos y andesitas de distintas edades. Las rocas de muy buena calidad para la talla son frecuentes en el Macizo. Existen algunos sectores muy silicificados, en los que se presentan calcedonia, jaspe y troncos silicificados (entre otros Panza y Marín 1998; Echeveste 2005).

En el área de estudio existen variaciones estacionales en la disponibilidad de agua, siendo el curso de agua más importante el río Chico, ubicado al sur (figura 1). Cabe señalar, por otra parte, que la humedad habría sufrido fluctuaciones durante el Tardiglacial y el Holoceno en el sur de Patagonia (entre otros Stine y Stine 1990; Mancini 1998; Páez *et al.* 2003; de Porras *et al.* 2009).

Nuestra área de trabajo está localizada al sur del Macizo, en el que se encuentran los fechados más tempranos de utilización humana en la Patagonia argentina, correspondientes a la transición Pleistoceno-Holoceno (entre otros Cardich *et al.* 1973; Paunero 2000; Miotti y Salemme

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas) – Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. E-mail: nvfranco2008@gmail.com.

** Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica – Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas. E-mail: martuccimarilina@yahoo.com.ar.

*** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Universidad Nacional de La Plata - Museo de Ciencias Naturales y Museo. E-mail: pambrustolo@hotmail.com.

**** University of Georgia, Department of Geography. E-mail: gabrook@uga.edu.

***** Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. E-mail: mvmancini@mdp.edu.ar.

***** Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Instituto Multidisciplinario de Historia y Ciencias Humanas). E-mail: naticirigliano@hotmail.com.

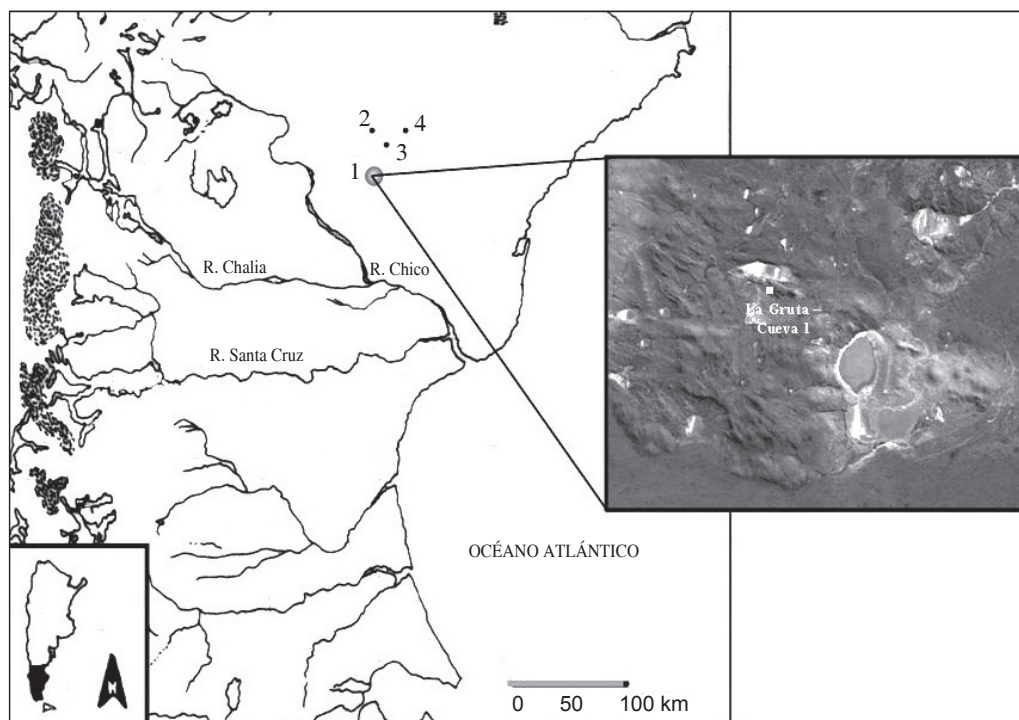


Figura 1. Mapa con distribución de sitios antiguos en el sur del Macizo del Deseado.
Referencias: 1 - La Gruta; 2 - Cueva 4 de La Martita; 3 - El Verano; 4 - Casa del Minero 1.

2004; Paunero *et al.* 2007). Los fechados antiguos más próximos al área de La Gruta corresponden al Holoceno temprano. Se trata de dos cuevas, la denominada cueva 4 de La Martita y el sitio El Verano (entre otros Aguerre 2003; Durán *et al.* 2003) (figura 1). En la cueva 4 de La Martita, los depósitos antiguos -con fechados de *ca.* 8050 y 7940 años AP- muestran la presencia de artefactos de grandes dimensiones (Aguerre 2003), existiendo similitudes estilísticas con las ocupaciones iniciales de la cueva El Verano, fechadas en *ca.* 8900 y 7500 años AP (Durán *et al.* 2003). Más hacia el noreste (figura 1), el equipo dirigido por R. Paunero ha recuperado evidencias de ocupaciones correspondientes al Pleistoceno final - Holoceno temprano en Casa del Minero 1 (Paunero *et al.* 2007).

El arte rupestre del área de La Gruta ha sido reconocido por distintos investigadores. Gradin y Aguerre (1983) identificaron la presencia de distintos motivos en una cueva de la estancia homónima, ubicada al sur de una laguna próxima al casco de la misma. Por otra parte, realizaron también una síntesis de las representaciones rupestres presentes en el sur del Macizo del Deseado señalando sus semejanzas con el río Pinturas. Más recientemente, en el marco de trabajos de impacto realizados en el área, J. B. Belardi y F. Carballo Marina (en Vector 2005) visitaron, en la zona de influencia del proyecto Manantial Espejo, un alero conocido por pobladores y operarios locales, próximo a otra laguna. Éste presentaba dos paneles, uno con cinco negativos de manos en rojo y otro con únicamente dos de ellos.

EL ÁREA DE ESTUDIO Y LAS TAREAS REALIZADAS

Las tareas se focalizaron en proximidades de dos lagunas, que se denominaron laguna 1 y 2, de 0,59 y 0,26 km de diámetro respectivamente y a una distancia de aproximadamente 1,2 km entre

ellas. En proximidades de la primera, Gradin y Aguerre (1983) reconocieron los motivos rupestres ya mencionados. En la otra, Belardi (en Vector 2005) registró la presencia de las mencionadas representaciones de manos.

Ambas lagunas han tenido variaciones en su disponibilidad de agua, tal como atestigua la presencia de ramas y troncos en los bordes de la laguna 1 (Franco y Cattaneo 2009) -que marcan la línea de resaca- y de antiguas líneas de costa de la laguna 2 (figura 2). En proximidades de las mismas se realizaron muestreos de materias primas, transectas, sondeos y relevamientos de arte rupestre.



Figura 2. Vista de niveles antiguos de la laguna 2. Al fondo puede verse la pequeña cueva sondeada.

Los relevamientos de materias primas líticas efectuados y su comparación con los realizados en otros sectores del Macizo del Deseado mostraron que, en el área de La Gruta, la disponibilidad de materia prima de calidad muy buena o excelente para la talla es menor que en espacios localizados más hacia el norte (Franco *et al.* 2009). Por otra parte, se ha identificado la existencia de variabilidad en escala local. Las transectas se realizaron tanto en proximidades de la laguna 1 (Franco y Cattaneo 2009) como de la laguna 2. Se efectuaron también sondeos estratigráficos en ambas lagunas (Franco y Cattaneo 2009). Por otra parte, en cuanto al arte rupestre, se adicionaron a los motivos reconocidos por otros investigadores en el área, puntos en rojo y negro, además de la existencia de negativos adicionales de manos en colores rojo y naranja. Se recolectó información paleoambiental, incluyendo muestras de sedimento en niveles antiguos de la laguna y polínicas.

LAS OCUPACIONES TEMPRANAS EN EL ÁREA

La cueva 1 se encuentra ubicada en un sector elevado que bordea la laguna 2. Se trata de un abrigo que es y ha sido de dimensiones reducidas (figura 3). Presenta buena visibilidad de la laguna

cercana, a la que en la actualidad se acercan los guanacos (*Lama guanicoe*). En un sondeo inicial se obtuvo un fechado de 10656 ± 54 años AP (AA76792) (Franco y Cattaneo 2009).



Figura 3. Vista del interior de la cueva 1 de la laguna 2, La Gruta.

Los resultados obtenidos en el mencionado sondeo llevaron a la ampliación del mismo a una superficie de un m². En la capa más profunda, conformada por limo arenoso castaño rojizo que suprayace a la roca de base, se identificaron artefactos confeccionados sobre rocas silíceas en relación con conjuntos de carbones. Uno de ellos (figura 4) posee contorno sub-circular y está compuesto por carbón y sedimento quemado, por lo que fue interpretado como una estructura de combustión (Solari 2000; Fanning *et al.* 2009).

Los fechados más antiguos provienen de un conjunto de carbones recuperados a poca distancia de la roca de base, en proximidades de un bloque ubicado en el perfil norte del sondeo. Dicho conjunto ocupaba una superficie de diez por diez centímetros, no descartándose que la dispersión continúe por debajo del bloque, que no fue extraído. Se fecharon dos carbones procedentes de dicho conjunto y separados por una distancia vertical de 7,5 cm. El fechado más antiguo corresponde al carbón superior, obteniéndose una datación de 10845 ± 61 años AP (AA84224). El otro carbón fue obtenido por debajo del bloque mencionado, siendo el fechado de 10840 ± 62 años AP (AA84223). Si se tiene en cuenta el error asociado a estas dataciones, las mismas son indistinguibles desde el punto de vista estadístico.

Por otra parte, se fechó un carbón procedente de un pequeño conjunto ubicado en proximidades del perfil oeste, con una dispersión de aproximadamente ocho por cinco cm. Se obtuvo una datación de 10477 ± 56 años AP (AA84225). Esta muestra se encontraba ubicada a una distancia vertical de diez cm por encima de la muestra AA84224. Los fechados más recientes obtenidos en el sitio oscilan entre *ca.* 3480 y 1400 años AP y proceden de fogones más grandes.

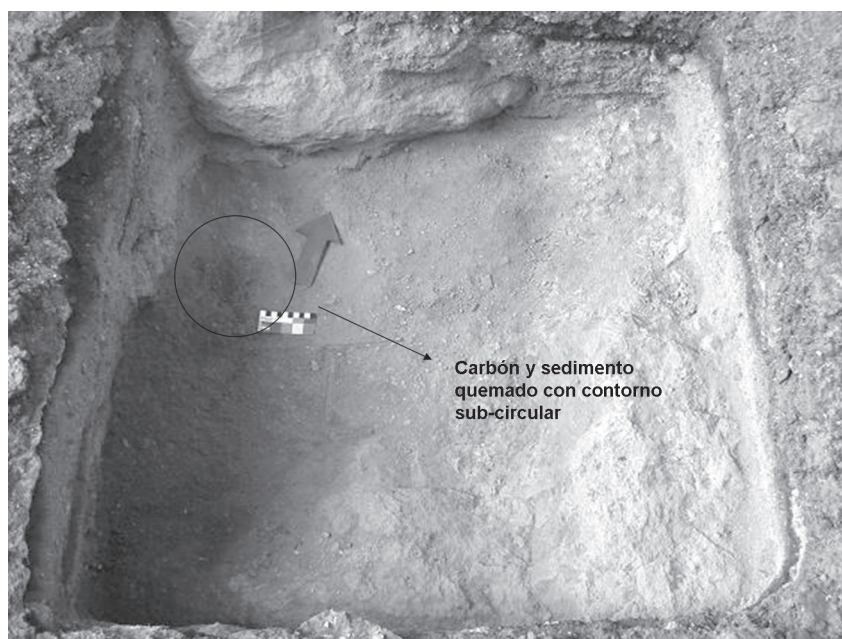


Figura 4. Vista de estructura de combustión correspondiente a los depósitos antiguos del sitio.

La muestra artefactual ($n=91$) está conformada por desechos de talla (*sensu* Aschero 1983). Se observó únicamente la presencia de una hoja. La mayoría de estos artefactos tiene tamaños inferiores a 20 mm (89% de la muestra). Los restantes tienen dimensiones comprendidas entre 25 y 40 mm. Entre las materias primas representadas, la más frecuente es la calcedonia (64,8%), siguiéndole las rocas silíceas (30,8%), obsidiana negra y gris (3,3%) y madera silicificada (1,1%).

En la muestra predominan las lascas angulares (53,33%), planas (12,22%) y de arista (16,67%). Se ha identificado también la presencia de lascas de reactivación (3,33%) y adelgazamiento (3,33%). Estas últimas están manufacturadas sobre calcedonia. Se ha reconocido la existencia de dos lascas primarias (2,22% de la muestra), con tamaños inferiores a 20 mm. En el resto de la muestra no pudieron identificarse los caracteres básicos de la forma base (*sensu* Aschero 1983).

El predominio de tamaños inferiores a los 20 mm, sumado a la presencia de lascas de adelgazamiento correspondientes a estadios finales de talla y lascas de reactivación, junto con el registro de talones filiformes (15,38%), facetados (14,29%), puntiformes (5,49%) y diedros (2,20%), sugieren la puesta en práctica de actividades de talla vinculadas con los últimos estadios de manufactura de instrumentos y con su reactivación. Cabe destacar, por otra parte, que el 6,6% de los ejemplares presenta evidencias observables con lupa de mano de pátinas o rasgos de abrasión (3,3% sobre una cara, y en 3,3%, sobre ambas). En el caso de la abrasión (dos ejemplares = 2,2% de la muestra), esto sugiere la exposición de las mismas durante cierto período de tiempo al ambiente. Por otra parte, en estos depósitos no se han recuperado aún restos de fauna.

Los espectros polínicos indican que entre hace ca. 10800 a 10400 años AP, la vegetación estaba dominada por gramíneas con arbustos (Asteraceae subf. Asteroideae) y subarbustos (*Nassauvia*), que representan comunidades características de la Meseta Central asociadas con condiciones semiáridas. Los resultados obtenidos para otros sitios de la Meseta Central también indican que una estepa de composición similar se desarrolló entre hace ca. 11000 y 10000 años AP. En la secuencia polínica de La Martita -en proximidades del área-, el dominio de gramíneas

continuó hasta hace *ca.* 8000 años AP (Mancini 1998). Por otra parte, la información procedente de cañadones al norte del área (localidad de Los Toldos) señala un aumento de arbustos (*Asteraceae* subf. *Asteroideae*), lo que sugiere un incremento de temperatura y una disminución de la humedad (Mancini *et al.* 2008).

CONSIDERACIONES GENERALES

Los resultados preliminares obtenidos apuntan a la utilización de la cueva 1 de la laguna 2 de La Gruta por grupos cazadores-recolectores durante el Pleistoceno Final-Holoceno Temprano. El tamaño de la cueva y el de los conjuntos de carbones y estructuras de combustión identificados en los depósitos profundos permiten inferir que la cantidad de individuos que ocupó la misma fue pequeña. La localización acotada de los conjuntos de carbones y estructuras de combustión, sumada a la coherencia estratigráfica de las dataciones obtenidas en cada uno de ellos sugiere la ocupación reiterada del sitio durante este lapso temporal.

La posición de la cueva en un área con buena visibilidad de la laguna 2, con probable presencia de animales, junto con las características de los artefactos líticos (tamaños pequeños, presencia de lascas de reactivación y de adelgazamiento final de artefactos bifaciales), sugiere que la misma podría haberse utilizado de manera reiterada para el avistamiento de animales. Se trataría, por lo tanto, de un sitio utilizado con funciones logísticas en el lapso comprendido entre hace *ca.* 10845 y 10480 años AP. La ausencia de registro faunístico en el sector excavado apunta a sugerir que el procesamiento de la misma se efectuó en otro sector del espacio o dentro de la cueva, en un sector no excavado. El pequeño tamaño de la cueva tiende a apoyar la primera de las hipótesis. Los análisis polínicos realizados indican, para este momento, la existencia de una estepa dominada por pastos, lo que apuntaría a la existencia de condiciones semiáridas.

Los resultados obtenidos indican, entonces, que la ocupación humana del sur del Macizo del Deseado habría comenzado hace al menos *ca.* 10840 años AP, en fechas pennecontemporáneas con las existentes en sitios localizados más hacia el norte (Paunero *et al.* 2007).

Fecha de recepción: 17/12/2009.

Fecha de aceptación: 02/08/2010.

AGRADECIMIENTOS

Estos trabajos fueron realizados en el marco de los proyectos PIP 11420090100356, 5209 (CONICET) y PICT 19-26040 (ANPCyT). A la Dirección de Cultura de la localidad de Gobernador Gregores, a la Minera Triton S.A. por el financiamiento de tres fechados radiocarbónicos y el apoyo logístico en el campo; en particular, al Mag. C. Baetti y al Prof. Marcelo Cebeira. Al AMS Laboratory, University of Arizona y, en particular, a T. Jull. A R. Cattaneo, con quien realizamos los primeros trabajos en este sector. Al Dr. Echeveste, por la información sobre la geología local y sobre la existencia de la cueva 1, laguna 2, Estancia La Gruta. A A. M. Aguerre por sus valiosos comentarios sobre el área. A V. Durán y J. B. Belardi por sus comentarios y sugerencias.

BIBLIOGRAFÍA

Aguerre, Ana M.

2003. La Martita: Ocupaciones de 8000 años en la Cueva 4. En A. Aguerre (comp.), *Arqueología y Paleoambiente en la Patagonia Santacruceña Argentina*: 29-61. Buenos Aires, Ediciones del autor.

Aschero, Carlos A.

1983. Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos. Informe al CONICET. Revisión 1983. Ms.

Cardich, Augusto, Lucio Cardich y Adam Hajduk

1973. Secuencia Arqueológica y Cronología Radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 7(N.S.): 85-123.

de Porras, María E., M. Virginia Mancini y Aldo Prieto

2009. Vegetation changes related to human occupations in the patagonian steppe during the Late Holocene. *Vegetation History and Archaeobotany* 18 (3): 235-244.

Durán, Víctor, Adolfo Gil, Gustavo Neme y Alejandra Gasco

2003. El Verano: ocupaciones de 8900 años en la Cueva 1 (Santa Cruz, Argentina). En A. Aguerre (comp.), *Arqueología y Paleoambiente en la Patagonia Santacruceña Argentina*: 93-120. Buenos Aires, Ediciones del autor.

Echeveste, Horacio

2005. Travertinos y jasperioides de Manantial Espejo, un ambiente Hot Spring Jurásico. Macizo del Deseado, Provincia de Santa Cruz, Argentina. *Latin American Journal Sedimentology and Basin Analysis* 12(1): 33-48.

Fanning, Patricia, Simon Holdaway y Rebecca Philipps

2009. Heat retainer hearth identification as a component of archaeological survey in western NSW, Australia. *Terra Australis* 28: 13-24.

Franco, Nora Viviana, Pablo Ambrústolo, Fabiana Skarbun, Natalia Cirigliano y Marilina Martucci

2009. La evaluación de la circulación de los recursos líticos a grandes escalas: algunos ejemplos entre los ríos Deseado y Santa Cruz (Patagonia Argentina). *Libro de Resúmenes del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 61-3. Museo de Historia Natural de Valparaíso y Sociedad Chilena de Arqueología. Valparaíso, Chile.

Franco, Nora Viviana y Roxana Gabriela Cattaneo

2009. Trabajos arqueológicos en el área de La Gruta (Gobernador Gregores, Santa Cruz, Argentina). Ms.

Gradín, Carlos y Ana M. Aguerre

1983. Arte rupestre del Área La Martita (Provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XV: 195-223.

Mancini, María Virginia

1998. Vegetational changes during the Holocene in Extra-Andean Patagonia, Santa Cruz Province, Argentina. *Palaeogeogr. Palaeoclimatol. Palaeoecol.* 138: 207-219.

Mancini, María Virginia, Aldo Prieto, Marta Mercedes Páez y Frank Schäbitz

2008. Late Quaternary vegetation and climate of Patagonia. En Rabassa J. (ed.), *The Late Cenozoic of Patagonia and Tierra del Fuego, developments in Quaternary Sciences*: 351-368. Elsevier, Amsterdam.

Miotti, Laura y Mónica Salemme

2004. Peopling, mobility and territories between the hunter-gatherers populations in Patagonia. *Complutum* 15: 177-206.

Páez, Marta Mercedes, Marcelo Zárate, María Virginia Mancini y Aldo Prieto

2003. Paleoenvironments During the Pleistocene-Holocene transition in southern South America, Argentina. En L. Miotti, M. Salemme y N. Flegenheimer (ed.), *Where the South Winds Blow*: 121-125. Center for the Study of the First Americans, Texas, A&M University Press, College Station.

Panza José Luís y Graciela Marín

1998. Hoja Geológica 4969-I “Gobernador Gregores” Provincia de Santa Cruz. *Boletín* 239. SEGEMAR. Bs.As., Argentina.

Paunero, Rafael Sebastián

2000. Localidad Arqueológica La María. En L. Miotti, R. Paunero, M. Salemme y R. Cattaneo (eds.), *Guía de Campo de la visita a las localidades arqueológicas. Taller Internacional del INQUA. La Colonización del Sur de América durante la transición Pleistoceno/Holoceno*: 101-120. La Plata.

Paunero, Rafael, Ariel Frank, Fabiana Skarbun, Gabriela Rosales, Manuel Cueto, Gonzalo Zapata, Matias Paunero, Natalia Lunazzi y Martín Del Giorgio

2007. Investigaciones arqueológicas en sitio Casa del Minero 1, Estancia La María, Meseta Central de Santa Cruz. En F. Morello, M. Martinic, A. Prieto y G. Bahamonde (eds.), *Arqueología de Fuego-Patagonia. Levantando piedras, desenterrando huesos y develando arcanos*: 577-588. Punta Arenas, Chile. Ediciones CEQUA.

Solari, María Eugenia

2000. Antracología, modo de empleo: En torno a paisajes, maderas y fogones. *Revista Austral de Ciencias Sociales* 4: 167-174.

Stine, Scott y Mary Stine

1990. A record from Lake Cardiel of climate change in Southern South America. *Nature* 345: 705-708.

Vector Argentina S.A.

2005. Estudios de la Línea de base del proyecto Manantial. Informe arqueológico. En MWH. Informe de Impacto Ambiental Proyecto Manantial Espejo. Gobernador Gregores, Provincia de Santa Cruz, Argentina. Noviembre de 2005.

MEMORIA DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

1 DE JULIO DE 2009 AL 30 DE JUNIO DE 2010

Durante la **Asamblea General Ordinaria**, celebrada el 22 de diciembre de 2009, fue elegida la nueva Comisión Directiva y el Órgano de Fiscalización, titulares y suplentes para el período 1º de enero de 2010 a 31 de diciembre de 2011.

La Comisión Directiva saliente conformada por:

Presidente:	Gustavo G. Politis
Secretaria:	Victoria Coll Moritán
Tesorera:	Victoria Pedrotta
Vocal Titular Primero:	Luis Borrero
Vocal Titular Segunda:	Ingrid de Jong
Vocal Suplente Primero:	Mariano Bonomo
Vocal Suplente Segundo:	Javier Nastri
Revisor de Cuentas:	Luciano Prates
Revisor de Cuentas:	Ramiro Barberena

fue reemplazada por la única lista presentada:

Presidenta:	Verónica I. Williams
Secretaria:	Mónica A. Berón
Tesorera:	Cristina Bellelli
Vocal Titular Primero:	Luciano Prates
Vocal Titular Segunda:	Laura Miotti
Vocal Suplente Primero:	Ramiro Barberena
Vocal Suplente Segunda:	Roxana Boixadós
Revisor de Cuentas:	Sergio Iván Pérez
Revisora de Cuentas:	Sonia Lanzelotti

TRABAJO EDITORIAL

RELACIONES de la SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

Relaciones XXXIII (2008)

En el mes de octubre de 2009 se terminaron de imprimir los 700 ejemplares de este tomo, con el cual se retomó la modalidad de temas libres. Luego del proceso de evaluación fueron seleccionados siete artículos, tres notas, una entrevista y dos homenajes, además de incluirse la Memoria Anual y las Normas Editoriales para los autores. El tomo consta de 255 páginas y contó con la colaboración de 22 evaluadores. El comité editorial estuvo conformado por Gustavo Politis (Director), Ingrid de Jong (Co-Directora), Nora Franco, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Axel Nielsen y Florencia Tola. El Comité Asesor estuvo integrado por Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi, Carlos A. Aschero y José Antonio Pérez Gollán. En este tomo se presentan las nuevas normas editoriales de la revista, elaboradas por la Comisión Directiva a los efectos de unificar la calidad gráfica de *Relaciones* y acortar tiempos de edición.

Relaciones XXXIV (2009)

En el mes de noviembre de 2009 se publicó el tomo XXXIV, siguiendo la modalidad de temas libres. Con la presentación de este número, el segundo publicado en el mismo año, se logró con mucho esfuerzo poner nuevamente al día la publicación de la revista después de muchos años. En este caso, luego del proceso de evaluación fueron seleccionados para su publicación catorce artículos, dos notas y un obituario, además de la memoria y las normas editoriales para los autores. El tomo consta de 371 páginas y contó con la colaboración de 38 evaluadores. El comité editorial estuvo conformado por Gustavo Politis (Director), Ingrid de Jong (Co-Directora), Roxana Boixadós, Nora Franco, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Axel Nielsen y Florencia Tola. El Comité Asesor estuvo integrado por Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi, Carlos A. Aschero y José Antonio Pérez Gollán.

Relaciones XXXV (2010)

En el mes de noviembre de 2009 se envió a los socios la convocatoria para presentar artículos inéditos para este tomo, la cual finalizó el 17 de diciembre de 2009. Se espera la impresión de este volumen para el mes de diciembre de 2010. Luego del proceso de evaluación, para lo cual se contó con la colaboración de 32 árbitros, fueron seleccionados para su publicación doce artículos, tres notas y tres obituarios, además de la Memoria y una versión revisada de las Normas Editoriales. El Comité Editorial estuvo conformado por Verónica I. Williams (Directora), Roxana E. Boixadós, Nora Franco, M. Beatriz Cremonte, Valeria Cortegoso, Cecilia Hidalgo, Leandro Luna, Florencia Tola y Analía Canale. Además, para este volumen se contó con la colaboración de Leandro Luna como Secretario Editorial de la revista. El Comité Asesor estuvo integrado por Alejandra Siffredi, Ana María Lorandi, Carlos A. Aschero y José Antonio Pérez Gollán.

CANJE INTERBIBLIOTECARIO NACIONAL E INTERNACIONAL

Se completó el envío y el canje nacional del tomo XXXIII (2008) e internacional de los tomos 2007 y 2008. Está previsto para fin del corriente año finalizar el envío nacional y el canje nacional e internacional del tomo XXXIV (2009).

La SAA continúa realizando el canje interinstitucional con 74 entidades nacionales así como con 55 instituciones de diferentes países: Alemania, Australia, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, España, Francia, Honduras, Italia, Inglaterra, Japón, Méjico, Perú, Paraguay, Portugal, Suecia, Uruguay y Venezuela. Se respondió a la solicitud de bibliotecas nacionales y extranjeras enviando números faltantes de Relaciones. Se realizaron ventas a librerías, distribuidores y durante la celebración de congresos o jornadas científicas.

SERIE DE COLECCIONES DE TESIS DOCTORAL Y PUBLICACIONES

Con todo éxito continuó el trabajo editorial relacionado con las Colecciones *Tesis Doctorales* y *Tesis de Licenciatura* y con la *Serie Publicaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología, que se inició bajo la Dirección de la Dra. Lidia Nacuzzi en marzo de 1998 hasta diciembre de 2005 y que continuara la Dra. Victoria Horwitz hasta la actualidad.

Colección Tesis de Doctorado

- 2009: *Historia evolutiva y subsistencia de cazadores-recolectores marítimos de Tierra del Fuego* de A. Francisco Zangrando.
- 2009: *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina)* de Federico Wynveldt.

Otras ediciones

La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología, con aval de la Sociedad Argentina de Antropología

Entre los meses de julio y noviembre de 2009 se realizaron las actividades editoriales del número 5 que incluyeron evaluación de los trabajos, edición gráfica, compaginación y prueba de imprenta. Finalmente, durante el mes de diciembre se realizaron las lecturas y correcciones finales por parte del comité editorial para el envío de los manuscritos a imprenta. Para el número 5 se armaron las secciones de Misceláneas, Editorial y Comentarios de artículos y se convocó a un concurso de fotografía.

En febrero de 2010 se imprimió *La Zaranda de Ideas* N° 5, con el apoyo económico del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, subsidio Resolución N° 703/09 del Expediente N° 2163. El monto concedido fue utilizado para el pago de la impresión de 300 ejemplares y para cubrir gastos de envío postal de cortesía a evaluadores y autores residentes fuera de la Capital Federal y conurbano. El 25 de marzo fue presentada la revista en el Museo Etnográfico *Juan B. Ambrosetti*.

En diciembre de 2009 se realizó la convocatoria para el N° 6 de la Revista y se inició el proceso editorial. Se incorporó al Comité Editorial a Myriam Wagner (Estudiante Lic. en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA); Silvia Chinen (Estudiante Lic. en Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA - INAPL) y Matías Gramajo Brühler (Estudiante de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, UNT). La Zaranda realiza su propio canje y recibe donaciones nacionales.

Se rediseñó la página de la revista (<http://www.lazarandadeideas.com.ar/>). En la misma ahora se pueden encontrar los contenidos de la revista en formato PDF, así como los resultados del Concurso de Fotografía realizado en 2009, la información actualizada sobre seminarios y otros datos útiles. Se logró la admisión al **Núcleo Básico de Revistas** (Resolución 295/10 CONICET, <http://www.caicyt.gov.ar/nucleo-basico-de-revistas-cientificas/dd>).

Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana, con aval de la SAA

Durante el período junio 2009 - julio 2010 se ha publicado el Número 3 de la Revista correspondiente al año 2009, que incluye cinco artículos y una reseña.

Presentación de libros

- Junio 2009. *Imágenes a través del tiempo. Arte rupestre y construcción social del paisaje en la Meseta Central de Santa Cruz*, de Natalia Carden. Presentado por la Lic. Mercedes Podestá en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Asistieron 45 personas.
- Septiembre 2009. *La protección del patrimonio cultural argentino. Arqueológico y paleontológico. Ley Nacional N° 25.743* de Eduardo Berberían, incluye CD, Editorial Brujas, Córdoba, 261 páginas. Comentado por el Lic. Luis A. Orquera, Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”. Asistieron 20 personas.
- Diciembre 2009. *Estructura de sexo y edad en guanaco. Estudios actualísticos y arqueológicos en Pampa y Patagonia* de Cristian A. Kaufmann. Colección Tesis Doctorales. Sociedad Argentina de Antropología. Comentado por Guillermo L. Mengoni Goñalons. Asistieron 75 personas.

- Diciembre 2009. *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo en el Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina)* de Federico Wynveldt. Colección Tesis Doctorales. Sociedad Argentina de Antropología. Comentado por Bárbara Balesta. Asistieron 75 personas.
- Diciembre 2009. *Patrimonio, ciencia y comunidad. Un abordaje preliminar en los partidos de Azul, Olavarría y Tandil* de María Luz Endere y José Luis Prado (Compiladores) Olavarría, UNICEN. p. 364. Comentado por José A. Pérez Gollán. Asistieron 75 personas.
- Junio 2010. *Mamül Mapu. Pasado y presente desde la Arqueología Pampeana*. Editores M. Berón, L. Luna, M. Bonomo, C. Montalvo y C. Aranda. Presentado por el Dr. Luis Borrero en el Museo Etnográfico “Juan B. Ambrosetti”. Asistieron 52 personas.

CURSOS Y CONFERENCIAS

- Conferencia de la Lic. Sandra Guillermo, titulada “Los trabajos arqueológicos en la Obra y Puesta en Valor de la Aduana Taylor de la Ciudad de Buenos Aires”. La misma tuvo lugar el día **jueves 3 de junio a las 18 hs. en el Museo Etnográfico “Juan Bautista Ambrosetti”** (UBA), Moreno 350, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

- Organización de un ciclo de Conferencias, coordinado por Iván Pérez, para ser dictadas durante el segundo semestre de 2010, dentro del ciclo “Estudios Antropológicos Contemporáneos” destinado a alumnos, docentes, investigadores y público en general. Las mismas se desarrollarán en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP) y los disertantes y las temáticas planificadas serían:

Verónica Lema (Laboratorio de Etnobotánica y Botánica Aplicada, Departamento Científico de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, CONICET): “Lo que las plantas cuentan sobre la gente: Aproximación paleoetnobotánica a las prácticas de manejo sobre el entorno vegetal en el pasado”.

Federico Wynveldt (Laboratorio de Análisis Cerámico, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP): “La problemática de la guerra en la arqueología Andina: Una mirada desde el Noroeste Argentino”.

Florencia Cesani (IGEVEV, Facultad de Ciencias Veterinarias, UNLP, CONICET): “Sobrepeso, obesidad infantil y el entorno obesogénico: Un problema creciente en Argentina, abordado desde la perspectiva antropológica”.

Marina Muzzio (Instituto Multidisciplinario de Biología Celular (IMBICE), CONICET): “Linajes genéticos, linajes sociales. Más que pipetas y trabajo de campo”.

Laura Teves (Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP): “El análisis de Redes Sociales como campo de investigación en Antropología”.

Los cursos organizados por La Zaranda de Ideas, con el auspicio de la SAA, durante el ejercicio 2009-2010 fueron:

“La arqueología y la comunicación pública de la ciencia”, dictado por Virginia Salerno (Septiembre-Octubre 2009).

“Introducción a la metodología y teoría en el arte rupestre”, dictado por Anahí Re (Octubre 2009).

“Aproximación al estudio de los metales antiguos. Métodos, técnicas y secretos”, dictado por Luis González (Mayo 2010).

AUSPICIOS Y ADHESIONES

- Apoyo el 15 de junio de 2010 por la restitución de los restos de Damiana, joven de la etnia

Aché de la comunidad *Kuetuwive* al Paraguay como respuesta a un reclamo de la comunidad y de acuerdo a la Ley 25.517.

- Participación en solicitada en apoyo al Matrimonio Igualitario, *Diario Página 12*, julio 2010.
- Apoyo a la Marcha de los Pueblos Originarios que llegó a la ciudad de Buenos Aires el día 20 de mayo de 2010.
- Participación en el 2do Encuentro sobre Práctica Arqueológica y Comunidades del NOA, realizado en la ciudad de Tilcara los días 2, 3 y 4 de junio de 2010. Concurrieron representantes de las comunidades originarias locales que junto a los arqueólogos expusieron tanto diferencias como coincidencias en las visiones y posturas acerca de las sociedades pasadas, presentes y su patrimonio.

TAREAS ADMINISTRATIVAS

- Se presentó el formulario de actualización de datos del **Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas al CAICYT** para la acreditación julio 2010- julio 2013.
- Se está en proceso de renovación de la cuota anual de la Cámara Argentina del Libro que facilitó el envío de diversas publicaciones con un costo inferior al de la tarifa del Correo.
- Se continuó con el inventario de la biblioteca de la SAA, incluyendo publicaciones recibidas por canje, donaciones de libros y revistas de edición propia.
- Cobro de cuotas sociales: se prosiguió con la cuenta corriente en el Banco Río, sucursal 203, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, para facilitar el cobro de las cuotas. Las mismas también pueden abonarse en la Capital Federal en el Museo Etnográfico (Mónica Berón y Sonia Lanzelotti), Instituto de Arqueología (María Isabel González y Magdalena Frere), INAPL (Cristina Bellelli, Gabriela Guraieb y Mercedes Podestá) y en la Facultad de Filosofía y Letras (Ingrid de Jong) y a los representantes de la SAA en varias localidades del país: Salomón Hocsman (Tucumán), Gabriel Cocco (Santa Fe), Florencia Borella (Olavarría), Clara Scabuzzo (La Plata), Silvia Dahinten (Puerto Madryn), Patricia Escola (Catamarca), Bernarda Marconetto (Córdoba), Miguel Giardina (Mendoza), Beatriz Cremonte (Salta y Jujuy) y Mónica Salemme (Tierra del Fuego).
- Se continuó con la actualización de la página web de la Sociedad (www.saanthropologia.org.ar) a cargo de Catriel Greco.
- Se continuó con la digitalización de Relaciones, logrando así que más de 15 números de nuestra revista estén disponibles, con acceso gratuito, para todo el público en nuestra página web. Además, se cuenta a la fecha con los diez Boletines de la SAA y los tomos de Relaciones V (2) y X, a la vez que se espera que para fin de año se finalice la digitalización de los tomos hasta el año 1989.
- Se llevaron a cabo los estados contables y el informe del Revisor de Cuentas del ejercicio 2009-2010. El balance estuvo a cargo del contador Francisco Chicote.
- Se aceptaron las solicitudes de inscripción de 41 nuevos socios, sumando así un total de 634 socios al momento de cerrar esta memoria.

OTROS

Se comenzó a discutir y trabajar sobre un borrador de Reglamento de la SAA sobre Auspicios a Reuniones Científicas, siguiendo la línea del Reglamento interno, confeccionado

en el año 2004 por la CD sobre Auspicios a obras de carácter científico o de divulgación solicitados a la SAA.

Recursos

Los recursos de la Sociedad Argentina de Antropología están constituidos exclusivamente por el aporte de los socios y eventualmente por alguna donación y obtención de subsidios, como el del **Fondo Nacional de las Artes**, otorgado para el año 2010. Con estos ingresos se subvienen las erogaciones inherentes al funcionamiento administrativo, a la publicación de Relaciones y a los gastos de correo para el envío de publicaciones a los socios y al mantenimiento del canje nacional e internacional.

Debido a la publicación de dos tomos de la Revista Relaciones en un año, los fondos de la SAA disponibles se redujeron sustancialmente, por lo que se trabajó intensamente en el cobro de cuotas y venta de publicaciones para recuperar los fondos necesarios para el funcionamiento administrativo y la publicación del tomo XXXV.

Mónica A. Berón
Secretaria

Verónica Isabel Williams
Presidenta

NORMAS EDITORIALES E INFORMACION PARA LOS AUTORES

RELACIONES es una publicación anual de la Sociedad Argentina de Antropología dedicada a publicar artículos, notas y comentarios inéditos basados en investigaciones que brinden información original acerca de las diversas especialidades de la Antropología (Arqueología, Antropología socio-cultural, Bioantropología, Etnohistoria, Lingüística y disciplinas afines), que proporcionen conclusiones relevantes y útiles para la comunidad científica. Se recomienda enviar **ARTÍCULOS** de síntesis, resultados de varios años de investigación en temas teóricos y/o metodológicos con un alto grado de avance en las principales áreas temáticas de la antropología, arqueología, etnohistoria, folklore y antropología biológica. Las **NOTAS** deben orientarse a la breve presentación de problemas o hallazgos de relevancia para la discusión de temas generales. Con ello se busca que *Relaciones* presente panoramas completos de los temas de investigación actuales en el país que sean de utilidad al público local e internacional. Las **NOTAS** sobre temas específicos serán consideradas de la misma jerarquía que los artículos y enviados a evaluar como los anteriores. Los **COMENTARIOS** corrigen errores sobre publicaciones anteriores o bien proveen nuevos datos considerados de importancia en relación con otros trabajos previamente aparecidos en esta revista. Asimismo, pueden incluirse secciones temáticas (que no ocupen más de un tercio de la revista), reseñas de libros y obituarios que serán solicitados oportunamente por el Comité Editorial.

Política Editorial: La revista publica preferentemente artículos de los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología **CON CUOTA AL DIA**, aunque el Comité Editorial puede solicitar artículos a especialistas que no sean socios. Los manuscritos enviados para su publicación por no-socios, deben ser acompañados por un derecho de edición no reembolsable cuyo valor se determinará en el momento de realizarse la convocatoria correspondiente. La evaluación del manuscrito no se comenzará hasta que este requisito no haya sido cumplimentado. En caso de que los trabajos presentados para un volumen excedan el espacio disponible, el Comité Editorial *ad referendum* de la Comisión Directiva se reserva el derecho de seleccionar aquellos que se publicarán, con el criterio de que los temas referidos a las diversas especialidades de la Antropología, estén equitativamente representados. Sólo se podrá presentar un artículo por persona (como primer autor/a o coautor/a). Una vez publicado, los/as autores/as sólo podrán presentar un nuevo trabajo luego de transcurridas dos convocatorias sin envíos.

Proceso de revisión: El Comité Editorial controlará que los trabajos recibidos se ajusten las normas generales de la convocatoria (incluida su adecuación estricta a las normas editoriales). Los trabajos que no cumplan este requisito serán rechazados antes de su evaluación y los que sí lo hagan serán enviados a dos revisores de reconocida capacidad en el tema tratado por el artículo. El rechazo de un manuscrito por parte de uno de los evaluadores será causa suficiente para su rechazo definitivo salvo en casos particulares que, frente a dictámenes divergentes, el Comité Editorial considere conveniente una reconsideración con el concomitante envío a un tercer evaluador, el cual puede ser un miembro del mismo Comité Editorial. Aquellas contribuciones que hayan sido aceptadas serán remitidas a los autores a fin de efectuar, si las hubiera, las correcciones sugeridas. Una vez realizadas y remitidas las correcciones sólo se enviará a los autores la prueba de edición del correspondiente número de la revista, con el único objeto de chequear errores tipográficos. No se admitirá reescritura del texto en esta instancia. Todo cambio o adición representa tan sólo una sugerencia, que puede no ser tenida en cuenta por los editores.

Derechos y obligaciones: Una vez enviado un trabajo a *Relaciones*, los/as autores/as se comprometen a no presentar el mismo a otra publicación. Los autores son responsables del contenido de sus contribuciones, de la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y del derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben obtener el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por *copyright*. La Sociedad Argentina de Antropología no ofrece retribución monetaria por los manuscritos, ni servicios tales como tipeado, impresión, fotocopiado, diseño, cartografía, montaje de ilustraciones y traducción, los que quedan a cargo de los/as autores/as. Los/as autores/as podrán presentar figuras en color asumiendo los costos extras que ello implique.

Las contribuciones no deben exceder el límite de páginas estipulado: cuarenta (40) páginas para los **Artículos**, diez (10) para las **Notas** y cinco (5) para los **Comentarios**, escritas a interlineado doble con letras *Times New Roman* en cuerpo 11 en todas sus secciones (incluyendo tablas), en hojas numeradas, tamaño A4. El total de páginas incluye Resumen y *Abstract* (sólo para los artículos), texto, bibliografía, figuras y tablas. Los márgenes superior e izquierdo deben ser de 4 cm y los márgenes inferior y derecho de 2 cm. El Comité Editor se reserva el derecho de rechazar, o devolver para su corrección, aquellos trabajos excesivamente largos.

Presentación: Los trabajos deben ser presentados en programa Word para Windows y enviar una copia papel y una copia electrónica al Comité Editorial. La copia deberá ser acompañada por una carta con nombres, direcciones, correo electrónico de los/as autores/as y, en caso de trabajos en co-autoría, se especificará cual de ellos actuará como mediador con el Comité Editorial.

Envíos: la presentación completa debe enviarse a:
Comité Editor de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología
Moreno 350
(CP 1091) Ciudad de Buenos Aires.

GUIA DE ESTILO

1. Orden de las secciones

Los manuscritos deben contar con las siguientes secciones:

- 1) **Título** en mayúsculas, en negrita, centralizado, sin subrayar.
- 2) **Autor/es** (en mayúscula sólo las iniciales), en el margen derecho, separados por una línea de espacio del título y del resumen. Cada autor con llamada a pie de página indicando lugar de trabajo y/o pertenencia institucional y académica sin abreviaturas y dirección de correo electrónico..
- 3) **Resumen y Abstract** de 150 palabras como máximo y cinco **palabras clave** en castellano e inglés. El resumen de un trabajo representa una pieza muy importante del mismo, ya que puede alentar o desalentar la decisión de leerlo. Sugerimos efectuar una síntesis de los contenidos y conclusiones del escrito, referir datos novedosos allí presentados y aludir especialmente a la relevancia del manuscrito. El resumen no debe repetir textualmente contenidos del trabajo, no ser una introducción al trabajo, ni restringirse a enumerar las secciones que este último contiene, sino que debe presentar un panorama de los puntos temáticos sobre los que versa, invitando al lector a interesarse por el material. Las palabras clave (no claves) van sin mayúsculas, a menos que la palabra lo amerite, y separadas entre guiones cortos.

4) **Texto** con subtítulos primarios colocados en el margen izquierdo, en mayúsculas sin subrayar; subtítulos secundarios en el margen izquierdo, en minúsculas, cursiva; subtítulos terciarios se colocarán sobre el margen izquierdo, sin cursiva. Cada subtítulo estará separado del texto anterior y posterior por doble espacio. Los párrafos comenzarán con sangría de un tabulado y no se dejará doble espacio entre ellos. El margen derecho debe estar justificado y no deben separarse las palabras en sílabas.

5) **Agradecimientos.** Todo tipo de apoyo recibido para efectuar el trabajo debe ser citado: financiero, institucional, intelectual y técnico (por ej. diseño gráfico, traducción del resumen, entidades financiadoras, etc.).

6) Las **Notas** deben ser usadas con moderación, para proveer información adicional absolutamente necesaria o para aclaraciones sólo cuando la inclusión de dicha información en el texto interrumpa su fluidez por agregar demasiado detalle o un punto particular o por agregar material tangencial a la argumentación en curso. Las notas deben agregarse en una nueva página después de los Agradecimientos, bajo el encabezado primario de NOTAS.

7) **Bibliografía.** Todas las referencias citadas en el texto y en las notas deben aparecer en la lista bibliográfica y viceversa. Debe ser alfabética, ordenada de acuerdo con el apellido del primer autor. Dos o más trabajos del mismo autor, ordenados cronológicamente. Varios trabajos del mismo autor y año, con el agregado de una letra minúscula luego del año (sin espacio). Se recomienda no asignar más del 10% del total de páginas del artículo a la bibliografía.

8) **Títulos de las figuras y tablas**

2. Elementos del texto

2.1 Números, valores y cantidades

Cuando se utilizan números cardinales en medio de una oración, todos los números por encima del 30 (treinta) deben expresarse en números arábigos. Los números cero a treinta se expresan con palabras (31 en adelante con números). Cuando en una oración u oraciones estrechamente vinculadas aparecieran conjuntamente números mayores y menores a 30, deberán expresarse todos en números arábigos (por ej.: se detectaron 45 puntas de proyectil, 31 pedunculadas y 14 apedunculadas). Los decimales se expresan con comas y no con puntos: 5,99. No hay que usar espacios entre los números y los signos como el % o \$, por ej.: 63%, \$40, 20°C, ¹⁴C, etc. Utilice punto y coma para separar cantidades, por ejemplo: 5.000; 10.000; 75.000. Los números que encabezan una oración deben expresarse con palabras, por ejemplo: “Diez mil años de historia...”, “Tres de los sitios analizados...”. Los números ordinales siempre se expresan con palabras, por ejemplo: “Durante la tercera rueda de entrevistas...”, “La primera excavación...”.

Todas las medidas de distancia, área, volumen y peso deben ser expresadas en el sistema métrico decimal. Se deben utilizar entonces centímetros, metros, kilómetros, litros, gramos y hectáreas y no pulgadas, pies, millas, etc. Las unidades métricas deben ser abreviadas sin puntos y sin pluralizar. Ejemplos: 18 cm, 3 m, 12 km², 28 ha, 2 l (por litro) kg, g (por gramo) (NO: cms, mts. Kms², has, etc., ni m., cm., etc.). Todas las medidas deben ser expresadas acompañando a números arábigos y abreviados excepto cuando son usados de modo no específico o aparecen al comienzo de la oración. Ejemplos: “Varios metros cúbicos de relleno...”. “Tres kilómetros desde el sitio...”. Los puntos cardinales se pondrán con la palabra completa en minúscula (norte, sur, este, oeste)

o bien con inicial mayúscula sin punto (N, S, E, O). La ubicación por coordenadas se expresará sin dejar espacios (S22°8'20" y O65°35'28").

Las cantidades expresadas en números llevan punto a partir de los millares. Ejemplos: 2.000.000 de personas o 1.700 ha. En el caso de los millones tratar de evitar su uso y escribir “un millón”, “31 millones”. Los años exactos como 1520, 1748 ó 26 de febrero de 2008, no llevan punto (incluidas las cantidades de años tipo 3000 AP). Tampoco llevan punto los códigos postales y las direcciones. Para referirse a décadas, no usar “la década del 90”, sino “la década de 1990”. Es recomendable utilizar “en los años cuarenta” y no “en los años ‘40”.

2.2 Edades y datos radiométricos

En todas las categorías de publicación (artículos, notas, comentarios, etc.) en las cuales los datos son informados por primera vez, las siguientes convenciones deben ser empleadas. Si los datos fueron publicados en otro lugar por primera vez sólo es necesario citar esa referencia (con número de página/s).

Las edades radiocarbónicas no calibradas deben:

1. estar expresada en “años AP” (nótese que no se utiliza punto en AP);
2. estar seguida por 1-sigma desvío standard tal cual es informado por el laboratorio;
3. incluir el número de identificación dado por el laboratorio;
4. determinar qué material fue datado (por ej. madera carbonizada, marlo de maíz, hueso);
Ejemplo: 3680 ± 60 años AP (Pta-3964; hueso).
5. citar carbono catorce con superíndice y mayúscula: ¹⁴C

Los fechados calibrados deben ser siempre identificados como tales, usando las convenciones cal d.C. o cal a.C. (nótese el lugar que ocupa y la puntuación de cal, a.C., d.C. o A.D.). Los autores deben identificar la calibración particular utilizada, deben indicar si la calibración está hecha con 1 sigma o con 2 sigma (2 sigma es preferido), y presentar la edad calibrada como un rango de la edad calendario (o rangos cuando más de uno es posible).

2.3 Citas textuales

Las citas textuales de más de tres líneas deben escribirse en párrafos con una sangría en el margen izquierdo y estarán separadas del resto del texto por doble espacio antes y después. No se escribe en itálica y no llevarán comillas, ni puntos suspensivos iniciales en las oraciones ya iniciadas. El tamaño de las letras en estas citas se reduce a 10. Las citas textuales de tres renglones o menos se incorporan al texto encomilladas y no se escriben en itálica. En este caso el tamaño de la letra es el mismo que el del resto del texto y se escribe a continuación entre paréntesis el autor o la fuente y la/s página/s o folio/s (por ej. Rodríguez 1970:15). Utilice comillas sencillas (‘’) sólo cuando es necesario utilizarlas dentro de una cita textual.

En el caso de citas de fuentes documentales, desplegar las abreviaturas, modernizar la ortografía, pero respetar la grafía de topónimos y gentilicios. Citar, en la primera vez, el nombre del archivo o repositorio en forma completa seguido por la sigla entre paréntesis. Por ejemplo: Archivo General de la Nación (AGN). Luego seguir utilizando sólo la sigla.

2.4 Ortografía y gramática

Se debe utilizar como autoridad para las reglas de ortografía y gramática la última edición de la *Ortografía de la Lengua Española* y del *Diccionario de la Real Academia Española*.

2.5 Abreviaturas y siglas

Se ruega evitar el uso de abreviaturas: doctor (no Dr.), señor (no Sr.), fray (no Fr.), figura (no fig.). Constituyen excepciones las unidades métricas (véase sección 2.1) y otras que se detallan a continuación: etc. (lleva punto), por ej. (abreviado para decir “por ejemplo” en el interior de un paréntesis), f. (para folio y folios con una sola f y con punto), p. (para página/s (con una sola p y con punto), n° (para número va con minúscula), *cfr.* (para compárese o véase), *s/f* (para sin fecha).

Otras excepciones las constituyen los acrónimos (siglas) de largos títulos de agencias, instituciones, etc., los cuales serán mencionados frecuentemente en el texto. La primera vez que se nombra a una institución debe escribirse el nombre completo seguida entre paréntesis la sigla sin punto. Ejemplo: Universidad de Buenos Aires (UBA), Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). La segunda vez que se nombra se incluye directamente la sigla en mayúscula, sin paréntesis y sin punto: AGN, AGI, ONU, UNESCO, OMS. Cuando son en plural llevan punto (tratar de evitarlas): EE.UU., FF.AA. Es recomendable evitar el uso de abreviaturas en otros idiomas cuando existan equivalentes en español.

2.6 Itálica, comillas y negrita

No exagerar en el uso de encomillados y en el caso de hacerlo utilizar comillas inglesas (“”). Evitar en la medida de lo posible las referencias “*op. cit.*” o “*ibidem.*”, así como el uso de **negrita** o **bold** en el texto. Se escribirán en *itálica/bastardilla* las palabras o frases que el autor crea necesario destacar y las palabras en latín (por ej. *et al.*, *latu sensu*, *a priori*, *in situ*, *corpus*, *ad hoc*, *ca.* etc.) y en lenguas extranjeras (por ej. *forager*). Deben italicizarse además: los nombres científicos (*Homo sapiens sapiens*; *Spondylus* sp.), los títulos de libros, revistas, poemas y otros trabajos literarios cuando se incluyen dentro del texto y las letras que representan variables matemáticas.

2.7 Mayúsculas y minúsculas

Deberán ir en minúscula: tabla, figura, días de la semana, meses, puntos cardinales, accidentes geográficos (sierra, monte, bahía, valle, río), cargos (ministro/s, presidente/s, gobernador/es, general/es), provincia, partido y sustantivos gentilicios (argentino, afgano, catalán, tehuelche, diaguita, yámana, tucumano, inca/inka). No se aconseja el uso de mayúsculas para las regiones, por ej.: región pampeana, sí para “Pampa”, “Mesopotamia” o “Patagonia”. Se debe utilizar mayúscula para nombres de áreas arqueológicas y geográficas (por ej. América, Pilcomayo, Salta, Argentina), estilos cerámicos (por ej. cerámica Belén) y nombres taxonómicos con el nivel de género y de mayor jerarquía taxonómica. En la bibliografía no deben ponerse en mayúscula los términos principales del título de los libros.

3. Tablas y figuras

Además del texto, los trabajos sólo contarán con figuras y tablas (no se permite el uso de rótulos como lámina, mapa, foto, gráfico, cuadro, etc.). Las figuras y tablas no se incluirán en el texto, pero

se indicará en cada caso su ubicación en el mismo, utilizando “Ubicación figura 4” o “Ubicación tabla 2”. Deben entregarse numeradas secuencialmente con números arábigos según el orden en que deban aparecer en el texto, con sus títulos y/o epígrafes tipeados en hoja aparte. Las tablas y figuras no deben exceder las medidas de caja de la publicación (13 x 20 cm) y deben estar citados en el texto. Para los epígrafes, se creará un archivo diferente: Epígrafes figuras y tablas.

Todas las tablas y figuras deben estar citadas en el texto, comenzando con tabla 1/figura 1 y continuando secuencialmente. No abrevie las palabras tabla y figura. Ejemplos: (tabla 1) (figura 4), (figuras 1 y 2), (tablas 1-3), (figuras 2, 3, y 7), “Como se ilustra en la tabla 1...”. Se recomienda no poner “(véase figura 3)”, ya que el véase es redundante.

3.1 Tablas

Las tablas consumen tiempo y cuestan mucho trabajo formatearlas en el texto y constituye la única porción del manuscrito que no es procesada electrónicamente por el Comité Editorial. En consecuencia, la presentación de los datos en forma de tablas debe ser utilizada moderadamente. Los datos en una tabla pequeña, por ejemplo, pueden ser a menudo incluidos en el texto sin pérdida de claridad. Sólo cuando los datos que se quiere mostrar son numerosos, se aconseja su presentación en forma de tablas.

Provea un título corto para cada tabla, centrado en la parte superior de la página. El título no deberá dar información o describir los resultados ilustrados por la tabla. Ejemplo de un título correcto: Tabla 2. Sumario de las partes esqueléticas de un cementerio familiar. Si una columna de encabezamiento no se aplica a uno de los datos la celda debe ser dejada en blanco. No use “N.A.” para lo que no sea aplicable. Si no hay datos para una celda en particular inserte una un guión (-).

Hay tres tipos de notas al pie para tablas. El título de la tabla nunca debería ir al pie. Ubique la información pertinente de una tabla completa en una “nota general” (véase abajo). La información concerniente a la fuente de los datos debe ir tanto en una nota general (si toda la información proviene de una sola fuente) o en una nota al pie específica para una entrada particular, sección, o encabezado.

1. Nota general pertinente a la tabla completa. Ejemplo: Nota: Dato de Kent (1991); todas las dimensiones en mm.
2. Nota específica para entrada, sección, o encabezamiento. Ejemplos:
C = chicos; A = adultos.
Contiene elementos de latón decorativos idénticos a los encontrados en los entierros 2 y 6.
Los datos vienen de Owsley *et al.* (1987).
3. Notas indicando un nivel de significado estadístico. Ejemplo: * $p < .05$.

Nota: Ordene las notas, cada una comenzando en su propia línea, estilo párrafo cortado, en el siguiente orden: nota general, nota específica indicada por letras, y notas de significado indicado por asteriscos.

3.2 Figuras

Todo material ilustrativo debe ser referido como figura. Los originales deben ser profesionalmente dibujados en papel de dibujo de buena calidad o en programas de diseño gráfico (Corel Draw,

Illustrator, PhotoShop). Deben tener una muy buena resolución para permitir una impresión de alta calidad. Las versiones electrónicas deben ser enviadas en formato gráfico (TIFF preferentemente). La mayoría de las figuras son reducidas antes de la publicación. Las ilustraciones extremadamente complejas con detalles considerables y letras pequeñas podrían no reducirse adecuadamente. Evite ilustraciones con demasiada densidad de figuras o letras. Procure que los caracteres incluidos dentro de las figuras sean los mismos (es altamente recomendable el uso de fuente de tipo Arial Narrow).

El encabezamiento no debe estar escrito dentro de la figura. Cada figura original debe estar numerada al dorso en lápiz, con una referencia en la lista de encabezamientos de figuras. Todos los símbolos de los mapas o caracteres convencionales deben aparecer en la figura, no en el encabezado. Los mapas deben tener flechas de orientación (norte). Use una escala visual cuando incluya en la figura objetos, planos, secciones, etc. No use la leyenda: “un cm equivale a 450 cm”; porque casi todas las figuras son reducidas antes de la publicación, de modo que tales escalas no serán exactas después de la reducción. Use una escala dibujada en la figura, que luego va a ser reducida en la misma proporción que la figura y permanecerá exacta. Las palabras en las figuras deben seguir el estilo de la revista, por ej. cm y no “cm.”, “A.D.” y no “AD” y los acentos deben ser agregados cuando sean necesarios.

Ejemplos de títulos:

Figura 1. Taxones presentes en los sitios: (a) *Lama guanicoe* (guanaco) rótula; (b) *Lama* sp. (camélido) fragmento de húmero.

Nota: sólo letras minúsculas son usadas para identificar secciones de una figura.

Figura 4. Dos vistas de los esqueletos humanos hallados en Arroyo Seco 2: *izquierda*, niño con ajuar; *derecha*, entierro primario de un individuo adulto de sexo masculino. Museo Municipal José Mulazzi, Tres Arroyos. Cortesía J. Domínguez, fotógrafo.

4. Bibliografía

4.1 Citas en el texto

Las referencias bibliográficas irán en el texto siguiendo el sistema autor-año. Ejemplos:

* (Rodríguez 1980) o Rodríguez (1980), (Rodríguez 1980, 1983), (Rodríguez 1980a, 1980b), etc. Nótese que no se usa coma entre el nombre del autor y el año.

* Se citan hasta dos autores; si son más de dos se nombra al primer autor y se agrega *et al.* (con itálica).

* Citas con páginas, figuras o tablas: (Rodríguez 1980:13), (Rodríguez 1980:13-17, 21), (Rodríguez 1980:figura 3), (Rodríguez 1980:tabla 2), etc. Nótese que no se deja espacio entre el año y el número de página.

* Autores diferentes citados dentro de un mismo paréntesis o comentario, deben ir separados por punto y coma (;) y ordenados cronológicamente en primera instancia y alfabéticamente en segunda instancia. Ejemplos:

(Torres 1911; Rodríguez 1980, 1983; Álvarez 2004; García 2004).

* Las comunicaciones personales van sin fecha y sin abreviar, por ej.: (Silvia Rodríguez, comunicación personal).

4.2 Citas en la Bibliografía

Se contemplará el siguiente orden:

Autor/es. Fecha. Título. Publicación, número: páginas. Lugar, Editorial (excepto Revistas periódicas).

Deben ir en cursiva los títulos de los libros o los nombres de las publicaciones. Los nombres de los autores citados deben ir con iniciales y los apellidos deben estar completos.

Si el autor lo considera importante puede citar entre corchetes la fecha de la edición original de la obra en cuestión (tanto en el texto como en la bibliografía, sobre todo en el caso de viajes y/o memorias, por ejemplo: Lista [1878] 1975).

-En el caso de referencias bibliográficas con doble año, citadas en el texto, se colocará 1994-95 y no 1994-1995.

-En el caso de referencias bibliográficas en inglés, se respetarán las mayúsculas de las principales palabras del título sólo si así están consignadas en el original.

-En la bibliografía final, en el caso de manuscritos inéditos, se colocará Ms. al final de la referencia y no se pondrá en itálica el título del trabajo.

Ejemplo de lista bibliográfica:

Libros

Waters, M. R.

1992. *Principles of geoarchaeology: an North American perspective*. Tucson, University of Arizona Press.

Ingold, T., D. Riches y J. Woodburn (eds.)

1988. *Hunters and gatherers. History, evolution and social change*, 1. Berg, Oxford.

D'Orbigny, A.

[1839] 1944. *El hombre americano: considerando sus aspectos fisiológicos y morales*. Buenos Aires, Futuro.

Buikstra, J. y D. Ubelaker

1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Arkansas Archaeological Survey Research Series No. 44, Fayetteville, Arkansas.

Revistas

Presta, A. M.

1988. Una hacienda tarijeña en el siglo XVII: La Viña de "La Angostura". *Historia y Cultura* 14: 35-50.

1990. Hacienda y comunidad. Un estudio en la provincia de Pilaya y Paspaya, siglos XVI-XVII. *Andes* 1: 31-45.

Ambrossetti, J. B.

1902. Hachas votivas de piedras (pillan toki) y datos sobre rostros de la influencia araucana prehistórica en la Argentina. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* 2(4): 93-107.

Del Papa, M.

2008. Estructuración espacial de la variación biológica humana en la República Argentina durante el Holoceno tardío final a través de los rasgos epigenéticos craneofaciales. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 10(2): 21-41.

Capítulos de libros

Borrero, L. A., J. L. Lanata y B. N. Ventura

1992. Distribuciones de hallazgos aislados en Piedra del Águila. En L. A. Borrero y J. L. Lanata (eds.), *Análisis espacial en la arqueología patagónica*: 9-20. Buenos Aires, Ayllu.

Mays, S. y M. Cox

2000. Sex determination in skeletal remains. En M. Cox y S. Mays (eds.), *Human osteology in archaeology and forensic sciences*: 117-130. Londres, Greenwich Medical Media.

Tesis de Licenciatura y Doctorales

Blasi, A. M.

1986. Sedimentología del río Colorado. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de la Plata.

Trabajos presentados en reuniones científicas

Shott, M. J.

2006. Core reduction and refitting: lessons from WHS623x, an Upper Paleolithic site in Jordan. Trabajo presentado en el 71° *Annual Meeting of SAA*. San Juan, Puerto Rico.

Trabajos en Prensa

No es recomendable la cita de trabajos enviados y sin resolución de aceptación; estos deberán referirse como ms. En los casos de trabajos en prensa, deberán ser citados como cualquier otro trabajo publicado y con la aclaración: "En prensa". Como todos los trabajos de la lista bibliográfica, deberá consignarse en ellos la fecha, para lo cual debe considerarse el momento de aceptación del mismo.

Galley, T. S.

1999. First evidences of Homo Sapiens in South Africa. *Nature*. En prensa.

Trabajos en páginas web

Barreto, M.

1998. Paradigmas actuales de la Museología. <http://www.naya.org.ar/articulo/museologia01/htm> (1 de abril de 1999).

Cita de documentos electrónicos

Debe citarse de acuerdo a la norma ISO 690-2 de 1997 que dice "se debe establecer una ubicación dentro de los documentos electrónicos que no tienen referencias de páginas a través de líneas, párrafos o pantallas". Se puede consultar el link <http://alhim.revues.org/index447.htm> para ver ejemplos.

Nota: Se controlará estrictamente el cumplimiento de estas normas editoriales, aunque seguramente cada autor se habrá cerciorado previamente de la calidad del manuscrito que presenta. La elaboración y publicación de estas normas busca unificar la calidad gráfica de *Relaciones* y acortar tiempos de edición, simplificando el trabajo de los responsables de la publicación. Se solicita a los autores que acepten el principio de autorizar correcciones estilísticas que faciliten la lectura de los artículos sin alterar su contenido.

PUBLICACIONES DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGÍA

RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología. Desde 1936 se han publicado 35 tomos.

Colección Tesis Doctorales (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi y luego hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz)

- *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 1998.
- *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica.* Guillermo L. Mengoni Goñalons. Buenos Aires, 1999.
- *Arqueología de la educación. Textos, indicios, monumentos.* Irina Podgorny. Buenos Aires, 1999.
- *La fundación de villas en San Juan (siglo XVIII).* Catalina T. Michieli. (incluye CDrom). Buenos Aires, 2004.
- *El consumo en grupos cazadores recolectores.* Un ejemplo zooarqueológico de patagonia meridional. Mariana E. De Nigris. Buenos Aires, 2004.
- *Tierra, encomienda e identidad: Omaguaca (1540-1638).* Carlos E. Zanolli. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos.* María Isabel González. Buenos Aires, 2005.
- *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano.* Mariano Bonomo. Buenos Aires, 2005.
- 2ª edición *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia.* Lidia R. Nacuzzi. Buenos Aires, 2005.
- *Arqueología y biogeografía humana en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2008.
- *Los indígenas del río Negro. Un enfoque arqueológico.* Luciano Prates. Buenos Aires, 2008.
- *Imágenes a través del tiempo. Arte rupestre y construcción social del paisaje en la Meseta Central de Santa Cruz.* Natalia Carden. Buenos Aires, 2009.
- *Estructura de sexo y edad en guanaco. Estudios actualísticos y arqueológicos en Pampa y Patagonia.* Cristian A. Kaufmann. Buenos Aires, 2009.
- *Historia evolutiva y subsistencia de cazadores-recolectores marítimos de Tierra del Fuego.* Atilio Francisco Zangrando. Buenos Aires, 2009.
- *La Loma de los Antiguos de Azampay. Un sitio defensivo del Valle de Hualfín (Catamarca, Argentina).* Federico Wynveldt. Buenos Aires, 2009.

Colección Tesis de Licenciatura (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi y luego hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz)

- *Los Límites del Mar. Isótopos estables en Patagonia Meridional.* Ramiro Barberena. Buenos Aires, 2002.
- *La comunidad nuclear. Una mirada antropológica sobre el desarrollo nuclear argentino.* Naymé Natalia Gaggioli. Buenos Aires, 2003.
- *Hermeneútica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966.* Pablo Perazzi. Buenos Aires, 2003.
- *Ictioarqueología del canal Beagle. Explotación de peces y su implicación en la subsistencia humana.* Atilio F. Zangrando. Buenos Aires, 2003.

- *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. Griselda Palleres. Buenos Aires, 2004.
- *Los grupos mocoví en el siglo XVIII*. Florencia Sol Nesis. Buenos Aires, 2005.
- *Los grupos abipones hacia mediados del siglo XVIII*. Carina Paula Lucaioli. Buenos Aires, 2005.
- *Carnívoros y huesos humanos de Fuego-Patagonia. Aportes desde la tafonomía forense*. Fabiana María Martín. Buenos Aires, 2006.

Publicaciones de la SAA (dirigida entre 1998 y 2006 por la Dra. Lidia Nacuzzi y luego hasta diciembre de 2010 por la Dra. Victoria Horwitz)

- *Arqueología de la región del canal Beagle (Tierra del Fuego, República Argentina)*. Luis A. Orquera y Ernesto L. Piana. Buenos Aires, 1999.
- *Las piedras con marcas de la cordillera del Viento. Arte rupestre en el departamento Minas, Neuquén, Argentina*. Jorge Fernández C. Buenos Aires, 2000.
- *Estrategias y recursos para jóvenes profesionales. Tesis, propuestas, CVs, entrevistas y presentaciones en general*. Victoria Diana Horwitz y María José Figuerero Torres. Buenos Aires, 2001.
- *Entre montañas y desiertos: Arqueología del sur de Mendoza*. Adolfo Gil y Gustavo Neme (eds). Buenos Aires, 2002.
- *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de pampa y patagonia (siglos XVIII y XIX)*. Lidia R. Nacuzzi (comp.). Buenos Aires, 2002.
- *Etnografías globalizadas*. V. Hernández, C. Hidalgo y A. Stagnaro (comps.). Buenos Aires, 2005.
- *Clásicos de Teoría Arqueológica Contemporánea*, Luis A. Orquera (trad.) y Victoria D. Horwitz (comp.). Buenos Aires, 2007.
- *Condiciones paleoambientales y ocupaciones humanas durante la transición Pleistoceno-Holoceno y Holoceno de Mendoza*, Marcelo Zárate, Adolfo Gil y Gustavo Neme (comps.). Buenos Aires, 2010.
- *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*, Carina P. Lucaioli y Lidia R. Nacuzzi (comps.). Buenos Aires, 2010.

Coediciones

- *Arte en las Rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*. Editado por M. Mercedes Podestá y María de Hoyos. Buenos Aires, 2000. Coeditado con la Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.
- *Tramas en la piedra. Producción y usos del arte rupestre*. Editado por Dánae Fiore y M. Mercedes Podestá. Buenos Aires, 2006. Coeditado con World Archaeological Congress y Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología.

Otros

- *Junta de hermanos de sangre. Un ensayo de análisis del Nguillatun a través de tiempo y espacio desde una visión Huinca*. Isabel Pereda - Elena Perrotta. Buenos Aires, 1994.

Composición de originales Beatriz Bellelli
bbellelli@yahoo.com.ar

Esta tirada de 700 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010,
en **Altuna Impresores**, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.
altunaimpresores@altunaimpresores.com.ar